Teatro crítico universal

TOMO II

Benito Jerónimo Feijoo

El Teatro crítico universal (teatro ha de entenderse con la acepción, hoy olvidada, de «panorama» o visión general de conjunto), fue publicado entre 1726 y 1739 en ocho tomos. Consta de 118 discursos que versan sobre los temas más diversos, pero todos se hallan presididos por el vigoroso afán patriótico de acabar con toda superstición y el empeño de Feijoo en divulgar toda suerte de novedades científicas para erradicar lo que él llamaba «errores comunes», lo que hizo con toda dureza y determinación, como Christian Thomasius en Alemania, o Thomas Browne en Inglaterra. El autor se donominaba a sí mismo «ciudadano libre de la república de las letras», si bien sometía todos sus juicios a la ortodoxia católica, y poseía una incurable curiosidad, a la par que un estilo muy llano y atractivo, libre de los juegos de ingenio y las oscuridades postbarrocas, que abominaba, si bien se le deslizan frecuentemente los galicismos. Se mantenía al tanto de todas las novedades europeas en ciencias experimentales y humanas y las divulgaba en sus ensayos, pero rara vez se propuso teorizar reformas concretas en línea con su implícito progresismo. En cuestión de estética fue singularmente moderno (véase por ejemplo su artículo «El nosequé») y adelanta posturas que defenderá el Romanticismo, pero critica sin piedad las supersticiones que contradicen la razón, la experiencia empírica y la observación rigurosa y documentada.

Benito Jerónimo Feijoo

Teatro crítico universal. Tomo II

ePub r1.0
IbnKhaldun 30.07.13

Título original: *Teatro crítico universal*
Benito Jerónimo Feijoo, 1728

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.0

Dedicatoria

Que hizo el Autor al Ill.mo y R.mo Sr. D. Fr. Antonio Sarmiento de Sotomayor, Maestro General, y Definidor Mayor de la Religión de S. Benito, Abad exento del Real Monasterio de S. Julián de Samos en Galicia, Dignísimo General de toda la Congregación Benedictina de España, e Inglaterra, Teólogo de S. M. Católica en su Real Junta de la Concepción, y nuevamente electo Obispo de Jaca, del Consejo de S. M. &c.

Ill.mo Señor

No busco en V. S. I. Patrono a este Libro, porque sin buscarle le tengo: así el obsequio de esta Dedicatoria tiene mucho de gratitud, y nada de interés. La generosa [IV] inclinación de V. S. I. a favorecer mis escritos, se ha anticipado a mucho más de lo que pudiera granjear mi solicitud. La benignidad de mi estrella ha negociado en V. S. I. un Mecenas tan propiamente tal, que sólo la Religión que profesa, y el tiempo en que florece, pueden distinguirle de aquel grande amigo de Octaviano Augusto, que hizo su nombre glorioso, comunicándole a todos los Patronos de las Letras.

En aquel Ilustre Prócer (C. Cilnio Mecenas) sobre las dos excelentes cualidades de Sabio, y Protector de Sabios, que atestiguan todos los Escritores de aquel tiempo, nos descubrió Horacio la de descendiente de Reyes: *Moecenas atavis edite Regibus*; y según Propercio, no menos que de los más antiguos de Europa,

como fueron los de Etruria, o Toscana: *Eques Hetrusco de sanguine Regum*. Este concurso de señas, trasladado al presente siglo, tan individualmente caracterizan la persona de V. S. I. que no habrá quien no la distinga por ellas. De la primera, y segunda dan testimonio cuantos hombres [V] doctos hay en nuestra Congregación Benedictina de España; y de la tercera los monumentos más firmes de la Historia. Es V. S. I. hijo de los nobilísimos señores de Petan, Deba, Alcabra, Corzanes, y fortaleza de Trasdeza, Casa segunda de Salvatierra, y Soberoso; y por consiguiente XV nieto de D. Garci Fernández, señor de Villamayor, Aza, y Celada; de quien fue VI abuelo el Rey D. Ramiro el III de León; y III abuela de la infanta doña Urraca de Navarra, hija del Rey D. García VI del nombre, y de la Reina doña Estefanía de Barcelona; como lo testifican muchas Escrituras, y lo refieren con el Padre Moret varios Autores.

Y si es timbre grande de la nobilísima Familia de V. S. I. el descender ella de Reyes, no lo es menor el que también Reyes, y tales Reyes como los de Francia, y España, desciendan de ella. D. Pedro Ruiz Sarmiento, Adelantado Mayor de Galicia, y IX abuelo de V. S. I. (según prueba la consumada erudición de D. Luis de Salazar en el memorial por la grandeza de Salvatierra) logra [VI] el Regio blasón de ser XI abuelo de nuestro Católico monarca Felipe V y XIII del Cristianísimo Luis XV que felizmente reinan en estas dos grandes Monarquías. Porque su hija doña Constanza Sarmiento fue mujer de Garci Álvarez de Toledo, y madre de D. Fernán Álvarez de Toledo, primer Conde de Alba de Tormes; y por consiguiente IV abuela de doña Leonor de Toledo, mujer del gran Duque de Etruria, o Toscana Cosme I de Médicis, de quien fue nieta (como se podrá ver en el grande Diccionario Histórico de Moreri, y en otros muchos Autores, así propios, como extraños) María de Médicis, Reina de Francia, y mujer de Enrico IV, el Grande: *Hetrusco de sanguine Regum*. No son estas glorias genealógicas, y otras muchas que omito, de aquellas que tal vez fabrica la fantasía, para que en las Dedicatorias las estampe la lisonja; sino hechos constantes, acreditados por los más fidedignos instrumentos impresos, y manuscritos. Mas no se contentó V. S. I. con la herencia de tantos blasones antiguos de sus mayores, pues [VII] noblemente ambicioso

les añadió un nuevo esplendor en las heroicas acciones, que costeó el grande erario de su prudencia, y su virtud, que es lo que admiraba Tíbulo en su Mesala.

Non tua majorum contenta est gloria fama,
Nec quaeris quid, quaque Index sub imagine dicat;
Sed generis priscos contendis vincere honores:
Quam tibi majores, majus decus ipse futurus.

Pero yo, arrebatado en celebrar lo menos de V. S. I. me olvidé de que ofendo lo más, que es su religiosísima modestia. Sirva de disculpa el paralelo instituido entre uno, y otro Mecenas, que no sólo me llevó sin violencia, más aún con precisión, al asunto de la Regia Estirpe de los SARMIENTOS, honor grande de Galicia mi patria. Me olvidé también de otro muy específico paralelo. Al partirse el César a campaña el año de 722 de la fundación de Roma, encargó a Mecenas el gobierno absoluto de Italia, durando aún las centellas de la facción, y la discordia; y en otro año de 722 veneró nuestra Congregación a V. S. I. por su General, y Prelado. En su último trienio (si creemos a Plinio) no dormía [VIII] Mecenas: *Trienio supremo nullo horae momento contigit somnus*; o como se explica Patérculo: *Urbis custodis praepositus C. Moecenas Equestri ac splendido genere natus; vir, ubi res vigiliam exigeret, sane insomnis, providens, atque agendi sciens*. V. S. I. en su último trienio tampoco perdonó afán que no aplicase al mayor lustre de la Congregación, y acierto de su Prelacía. Este desvelo en otros parecería enfermedad; en V. S. I. fue cuidado. Las sabias máximas que produjo ésta continua tarea, se ven acreditadas por los efectos que experimenta el buen régimen de nuestra República.

Gobernó V. S. I. felizmente solo; porque quien en sus propios talentos tiene sobra de caudal, no necesita ajenos sufragios. Ni aun los Mitológicos supieron fingir que Atlas pudiese sostener solo el peso de la esfera; y así le pusieron por auxiliar a Hércules. Ni César fue capaz de gobernar por sí el Imperio, si no le dividía con Mecenas. En esto salió V. S. I. del paralelo, verificándose mejor el vaticinio de Horacio: *Quum tot* [IX] *sustineas, & tanta negotia solus*. Carácter es del Sol no mendigar ajenos rayos para lucir: *Sol quia*

solus. Por luminar mayor le aclama la Escritura, pues aún no bien nacido, ya salía a lucir, y a presidir a toda la congregación de los Astros. Todos admiraron a V. S. I. Sol del Hemisferio Benedictino por cuatro años. Corto lustro fue éste tiempo para nuestros deseos; pero mucho más corto para tantos aciertos. Desde su juventud empezó a mostrar el desempeño de nuestras esperanzas: *Cor gerens senile ::: aetatem moribus transiens*. Discretamente satirizaba Juvenal a los antiguos, que pesaban las excelencias del mérito por cuatro años más de ancianidad: *Venerabile erat praecedere quatuor annis*. Error común, en todos tiempos convencido de falso; pues a V. S. I. le sobraron más años para los aciertos, que otros desean para las veneraciones.

Logre, pues, y admita V. S. I. los merecidos aplausos, que justamente agradecida le tributa nuestra Congregación; pues no son estas glorias de aquellas que V. S. I. ha renunciado por caducas. Su perpetuidad se afianza en la [X] duración de esta Benedictina República; y no menos en la debida gratitud de mi reconocimiento, en que perpetuamente brillará la fortuna del singular agrado que merezco de V. S. I. debiendo siempre repetir lo que Horacio decía a Mecenas: *Magnum hoc ego duco, quod placui tibi*. Y por no lastimar más la delicada modestia de V. S. I. concluyo implorando la continuación de su patrocinio; para que recuerdo a V. S. I. las cláusulas conque solicito el favor de su Mecenas el mayor de los Poetas y el mayor de los amigos.

Tuque ades, inceptumque una decurre laborem:
O decus, o famae merito pars maxima nostrae
Moecenas.

Nuestro Señor guarde a V. S. I. muchos años para lustre de España, gloria de la Religión Benedictina, y protección de Sabios. De este Colegio de San Vicente de Oviedo, y Febrero 18 de 1728.

De V. S. Ill.ma
su más rendido Siervo, y Capellán,
que B. S. P.
Fr. Benito Feijoo.

Aprobación

Del M. R. P. M. Fr. Esteban de la Torre, Maestro General de la Religión de San Benito, Abad que ha sido dos veces del Colegio de S. Vicente de la Ciudad de Oviedo, del Claustro de la Universidad de esta Ciudad, Catedrático de Santo Tomás, Sagrada Escritura, Vísperas, y al presente de Prima de Teología en ella, &c.

De orden de nuestro Rmo. P. Maestro Fr. José Barnuevo, General de la Congregación de nuestro Padre San Benito de España, Inglaterra, &c. he visto el segundo tomo del *Teatro Crítico Universal, o Discursos varios en todo género de materias*, que para desengaño de errores comunes ha escrito el M. R. P. Maestro Fr. Benito Feijoo Montenegro, Maestro General de la misma Religión, Abad que fue de este Colegio de San Vicente de Oviedo, graduado en la Universidad de dicha Ciudad, Catedrático de Santo Tomás, y de Sagrada Escritura, y actualmente de Vísperas de Teología, &c. y me parece que el habérmele remitido más ha sido por cumplir con la disposición del Tridentino, ses. 4. Decreto *de Editione, & usu sacrorum Librorum*, y con lo que ordenan nuestras Leyes, lib. I. cap. 28. núm. 12. que porque haya necesidad de censurarle; porque, ¿cómo se podrá hallar qué corregir en lo que saca a la pública luz tan acreditado, y erudito Escritor? Conque será preciso pase a ser alabanza la censura: *Neque enim fas erat* (decía Casiodoro 9. Variar. epist. 22.) *ut quod tantus Doctor produxerat, nostra sententia in eo*

aliquid corrigendum inveniret.

Por esta causa, hablando Séneca, epist. 64, de los Escritos de Quinto Sextio, dijo así: *Cum legeris Sextium, dices: Vivit, viget, liber est supra hominem: quorumdam scripta carum habent tantum nomen, caetera exanguia sunt, disputant, instituunt, cavillantur, non faciunt animum, quia non habent*. Tenían los Escritos de Sextio tal viveza, y tanto jugo, que se debían leer como obra mayor que de hombre, [XII] al paso que los de otros muchos tienen sólo el nombre de Escritores; y estos se deben examinar con cuidado, porque como en ellos se halla o nada, o muy poco de alma, como les falta la sangre, y el espíritu, es menester registrarlos con la mayor atención.

Escribió nuestro Autor el primer volumen del Teatro Crítico Universal con tanto acierto, y aplauso, que se admiró el mundo al ver tan singular novedad. De él se puede decir con verdad que es el que vió volar el Profeta Zacarías, cap. 5. vers. 2. *Ecce ego video volumen volans*. Gran prodigio, que vuele un libro, cuando andan tantos tan despacio, que en muchos años no dan paso, ni se pueden despachar. Pero este apenas salió de las manos de su Artífice, cuando en las veloces alas de sus créditos voló, y llegó a los Reinos extranjeros, a Francia, a Italia, y otras Provincias remotas, que para mejor entenderle trabajaron en traducirle en sus idiomas propios; y así es su mayor elogio que no fue visto, ni oído. Corríase de entre las manos, porque al que lograba la dicha de tenerle, se le pedían a porfía, con el deseo de leerle; y los más que le buscaban, no le hallaban. Todos le solicitaban como cosa peregrina; por cuya causa fue preciso que dentro de brevísimo tiempo se volviese a imprimir.

Ofréceseme a este asunto, aunque en diversa materia, lo que refiere el doctísimo P. Juan Mabillón, Benedictino, de los libros de N. P. S. Bernardo *de Consideratione*, al Papa Eugenio (in Praefat. núm. 4.): *Haec sane fuit Bernardi dexteritas, ut quem primum ejus libri de Consideratione in publicum prodiere, eos certatim exquisierunt, lectitarunt, amaverunt universi*. No dudo que sucederá lo mismo a este segundo volumen, en que prosigue el mismo intento, siguiendo el consejo del Sabio (Eclesiastes, cap. 12, v. 12.): *Faciendi plures libros nullus est finis*; que en escribir libros, que enseñar, y desengañar errores, plantando en los hombres verdades, no se debe poner fin. Dejaba dicho que había sacado a luz varios escritos

rectísimos, llenos de toda verdad: *Conscripsit sermones rectissimos, ac veritate plenos*. [XIII] Y luego añade, que ha de ser continuo este trabajo, que él jamás se debe cesar.

Quien hubiere leído el Primer Tomo le parecerá que no se puede hallar más que decir, porque así los asuntos, como la exquisita erudición para probarlos, podía haber agotado el entendimiento más capaz, y de mayor perspicacia. En este segundo me parece que si no se sobrepone a sí mismo, a lo menos prosigue en tratar materias poco usadas con un estilo armonioso, airoso, y delectable, que se ha hecho natural.

Decía Séneca que nadie podía satisfacer a un mismo tiempo a dos facultades diferentes, ni merecer la palma en dos empleos, y que por esta razón no fue igual Virgilio en la prosa, y en el verso. Los que como yo han sido testigos de los muchos, y grandes lucimientos del Autor en la Cátedra, y el Púlpito, han admirado hasta ahora que un sujeto solo alcanzase tanta comprehensión en las dos facultades Teológica y expositiva. Pero esta admiración crece ahora mucho a vista de sus Escritos, en los cuales se halla, que su ingenio, y doctrina se extiende a tantas facultades diferentes, que parece que ninguna le es forastera. Aquí viene lo de Cicerón: *Si singulas disciplinas percipere magnum est, cuanto majus omnes*, lib. I. de Nat. Deor.

Contiene este libro infinito, sacado de varios Autores, con una lección continua, pero también encierra varias cosas excogitadas de nuevo, y sutilmente probadas contra la opinión común; porque como dice Filón (de vita Moysis): *Praeclara ingenia multa novant*; venció este Autor lo que tuvo un docto por arduísimo (Plin. lib. I, Epist. 22.). *Sane arduum est* (decía) *vetustis novitatem dare, nobis auctoritatem, obscuris lucem, dubiis claritatem*; y así le viene ajustado lo que dijo Cicerón: *Aut meliora invenit, aut inventa meliora facit*. Creo que si Plinio hubiera leído este libro, dijera con más verdad, y sin lisonja de su Autor, lo que dijo de Tito Aristón: *Nihil est quod discere velis, quod ille docere no possit*. Y también lo que escribió otro:

Digna legi scribis, facis & dignissima scribi:
Scripta probant doctum te, tua facta probum. [XIV]

Concluyo este asunto con unas palabras de Mafeo al glorioso San Agustín: *Tanta legente cum occurrit doctrinarum onmium eruditio, tanta eloquii ubertas, tanta ingenii vis, & altitudo, quanta satis onmium judicio pervulgata praedicantur; tam callidus, & disputator, tam doctus dicendi artifex, ut quo velit quorumcunque animos ducat, & unde nolit esse, facile pro arbitrio suo deducat, &c*.

Pero advierto que puede ser que le suceda al Autor con el libro lo que a José con la túnica, que aunque se llevó los ojos de todos cuantos la miraban, con todo eso fue motivo de la envidia: *Tunica polymita, assidue oculos fratrum feriens*, que dijo un docto Expositor. Era tejida de muchas, y diversas telas, de muchos, y diversos colores, que la hacían muy vistosa, y agradable; y al ver un compuesto coordinado con tan grande arte, y primor, así como movía la admiración así también fue motivo de una envidia poderosa. Es cada Discurso de este libro una parte de tela rica, y delicada; y como se lleva los ojos a todos cuantos le miran, sin duda se puede recelar que cause no menor envida que ocasionó la pasada crisis.

Digo, pues, que no hallo en él cosa, ni cláusula alguna que disuene de lo que enseña nuestra Santa Madre Iglesia, o que no sea conforme a las buenas costumbres; antes sí es muy digno de alabanza, y de singular admiración (*Plin. lib. 4. Epíst. 2*.): *Censoriae virgae nihil; laudis, & admirationis multa digna, imò cuncta dignissima reperi*; porque desterrar errores es utilísimo trabajo. Y así soy de sentir que se le conceda la licencia que pide, para que se imprima, y llegue a noticia de todos. Así lo siento, *salvo meliori, &c*. En este Colegio San Vicente de Oviedo, a seis días del mes de Diciembre de mil setecientos veinte y siete.

Maestro Fr. Esteban de la Torre.

Aprobación

Del Rmo. P. M. Fr. José Navajas, del Orden de la Santísima Trinidad Calzada, Redención de Cautivos, Maestro en Sagrada Teología, Examinador Sinodal del Arzobispado de Toledo, y Predicador del Número de Su Majestad, &c.

Ave Maria

De orden, y comisión del Señor Doctor D. Cristóbal Damasio, Canónigo del Sacro Monte, extramuros de la Ciudad de Granada, Inquisidor Ordinario, y Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido, he visto un libro intitulado: *Teatro Crítico Universal*, Tomo segundo, compuesto por el Rmo. P. M. Fr. Benito Feijoo, &c. Y aunque cuando recibí el orden, estimé infinitamente la memoria, me ví constituido en una suma indiferencia entre mi deseo de obedecer el precepto, y la gran dificultad que encontraba en el asunto, viendo fiar a mi censura una Obra de tan alta magnitud, que fuera gloriosa vanidad de mi comprehensión llegar a tocar su pie.

No desayudaba este conocimiento aquella discreta respuesta de San Bernardo en un caso parecido, que en el Santo fue modestia, pero en mí siempre es precisa {(a) *S. Bernad. Epíst. mihi 82*}. *Ad ea, de quibus nostram curasti consulere parvitatem, primum quidem non respondere statueram, non quod dubitaverim quid respondere deberem,*

sed quia viro cosilii consilium dare, aut praesumptuosum judicabam, aut superfluum. En esta indiferencia se halló San Bernardo en una ocasión, sobre dar consejo a quien se podía dar. ¿Pues cómo no tendría yo por superfluo, o por presuntuoso aprobar una Obra de tan ejecutoriada, y notoria sabiduría, que con sólo su aprobación irá cualquiera segura? Y no solamente la mía (que ya se ve que esto es nada), pero ni otra creo yo que [XVI] haría la menor falta a un libro que sale a luz en nombre del Rmo. P. M. Feijoo, que Obras de un Autor tan grande tienen toda la aprobación en su nombre {(a) Tertul.}: *Optimus enim Auctor approbat suo de nomine sua*. Fuera de que quien tiene en sus aciertos la aprobación más segura, inútilmente se expone a censura ajena {(b) Casiodor.}: *Frustra ad censuram proponitur, qui tantis titulis approbatus videtur*, que dijo Casiodoro. Y aun de no diferente opinión San Ambrosio dijo, que las Obras grandes no necesitan de quien las aplauda, porque ellas mismas testifican su grandeza {(c) S. Ambrosio. *lib. 1. Hexam*. cap. 9}. *Bonorum operum proprium est, ut externo commendatore non egeant, sed gratiam suam, cum videntur, ipsa testantur*. Que por esto dice él mismo, que la luz no necesita de quien apruebe, y abone su hermosura, porque el mismo resplandor que goza es la ejecutoria mejor de su belleza {(d) *Ibid.*}: *Lux suo utitur testimonio, & non alieno suffragio*.

En esta misma propiedad me persuadía superflua, o presuntuosa mi aprobación. Luces llamaban los antiguos a los héroes singulares, y famosos {(e) Pier. Valer. *verb. Lunar.*}: *Luminis nomine appelarunt*, dice Pierio Valeriano. Y de los grandes ingenios con particular motivo lo dijo discretísimo Fortunato {(f) Fortunat. *lib. 4, de Paenit.*}: *Ingenium vestrum luminis instar habet*. Pues, Señor, decía yo, si los grandes ingenios, si los varones famosos son sin controversia luz, y la luz no necesita de distinta aprobación, ¿de qué podrá servir la mía en una Obra tan lúcida, que ella misma por sí está aprobada? siendo como es trabajo de un Autor, a quien devengan como a ninguno el epíteto de luz, los singulares desvelos de su ingenio, y de su estudio, que le han constituido debidamente famoso en la venerable elevación del Orbe literario.

Aplaudir, y encomendar los sujetos a quienes sus aciertos han hecho muy conocidos, es empeño tan ocioso, decía discretísimo

Simacho, como fuera alumbrar con una luz a quien tuvieran cercado los resplandores del Sol {(a) Symmach. *lib. 3, cap. 48.*}: *Supervacanei laboris est commendare conspicuos, ut si in Sole positis facem praeferat.* ¿Qué seguridad dará mi aprobación a los aciertos que tienen la mayor devengada por sí mismos? Supongo que ninguna. Pero siendo forzoso expresar mi parecer en circunstancias que me precisan a hablar; hecho cargo de que la notoria improporción de mi pequeñez no puede ser bastante satisfacción para honestar el silencio, a cuenta de que Sinesio dio vencido este reparo, expresando que prendas singularmente gloriosas, no pueden tener iguales Panegiristas {(b) *Sines. Epíst. 22*}: *Equidem quamquam laudatur impar bonum saeculi publicato; nihil enim ex hoc derogatur operis tui gloriae, nam & Homerum novimus à dissimilibus praedicari: careret enim fama magnorum virorum celebritate, si etiam minoribus testibus contenta no esset.* Siendo preciso, pues, que celebren a Homero otros menores ingenios, no siendo posible que haya Homeros para todos, aún se encuentra mi distancia en la precisa congoja de no ser posible remontar tanto el aplauso, que pueda llegar mi elogio donde su acierto {(c) *Natal. Compend. de Venaut. disp. 1*}:

Omnia nec nostro comprehendi carmine possunt.

Fuera de que sus elogios no se pueden fiar a los acentos; pues aún las admiraciones no son bastantes aplausos, sintiendo de sus trabajos todos los hombres eruditos, y discretos en debida justificada concordia, lo que sintió de Orígenes un grande maestro de la elocuencia {(d) *Florei Origenes, cujus viri quoties expectamus ingenium, toties facere oportet, quod Persae ad Solem Orientem; impresso statim ori digito, silere, & mirari*}. Éste debiera ser el menos [XVIII] improporcionado elogio a cualquiera obra de tan gran Maestro, sacrificar un silencio respetuoso, remitiendo a la admiración todo el aplauso: porque sólo la admiración podrá aplaudir tan conveniente, y abundante erudición. Mayormente creciendo de modo en la colección de tanto diverso asunto la perfección, y grandeza del tratado, que aunque cada uno de por sí fuera capaz de alabanza, juntos, sólo se podrán admirar por

maravilla, como acaso con mucho menor motivo dijo la discreción de Casiodoro {(a) *Casiodor.*}: *Habent haec sigillatim distributa pareconium, conjuncta miraculum*. Propone el Autor en este Libro tantos, y tan discretos avisos contra comunes introducidos engaños, que aunque cada uno de por sí se pudiera aplaudir, y celebrar como acierto, juntos, sólo se pueden admirar como milagro.

Bien debidamente funda el elogio la multitud, y la diversidad de sagrada, y profana erudición, conque en tan muchas, y tan extrañas materias, las más, tan rara, o ninguna vez tocadas, se entra como Sol de luces resplandecientes, disipando, y desvaneciendo nieblas de errores comunes, a desenvolver de entre la espesura de vulgaridades crédulas el candor de las verdades ignoradas, y escondidas, dejando los desengaños, no sólo convencidos, sino patentes, con tantas sagradas, y profanas luces, que siendo la admiración tributo digno, no se sabe a cuál se deba rendir primero, si a las noticias de la erudición profana, o a los apoyos de la Escritura Divina; como de algunos Doctores antiguos, en una, y otra erudición muy copiosos, dudó con igual motivo la grande discreción de S. Jerónimo {(b) S. Hier.}: *Doctores antiqui in tantum Philosophorum doctrinis, atque sententiis, suos resperserunt libros, ut nescias in illis quid prius admierare debeas, eruditionem saeculi, an scientiam scripturarum*. Todo es maravilloso en este libro; la erudición profana en las noticias, la erudición [XIX] Sagrada en las Escrituras: pero con tal propiedad traídas, y enlazadas unas, y otras, que no es fácil que el discurso acierte cuál es lo más admirable, si la propiedad conque trae las primeras, o la oportunidad conque usa de las segundas.

Sobre esta admiración, que funda su propiedad, no la funda menor su multitud. De Marco Varrón escribe S. Agustín, que no era menos admirable en él que hubiese leído tan mucho el que había escrito tanto, que el que hubiese escrito tanto el que había leído tan mucho {(a) *S. Aug.*}: *Tam multa legit, ut aliquid ei scribere vacasse miremur, tam multa scripsit, ut vix quidquam legere potuisse credamus*. Pues este tan grande elogio aún me parece pequeño encarecimiento del grande Autor de este Libro: en quien la abundancia selectísima de lo que imprime, y promete, hace en la realidad sin distinción admirable cómo ha tenido tiempo para escribir quien se conoce que ha gastado tanto en leer; o cuándo ha tenido tiempo para leer quien

tanto ha consumido en escribir; que por uno; y otro ejercicio, en que se ve de bulto, que ha sido infatigable, ha conseguido hacer verdad el hipérbole, que llamando al Emperador Trajano noticioso dueño de las más arcanas curiosidades del mundo, le rindió respetuoso Tertuliano {(b) *Tertul. in Apol. cap. 5*}: *Omnium curiositatum scrutatorem*. ¿Con cuánto mayor motivo se debiera tributar al Rmo. Feijoo este aplauso, al verle dueño de tantas, y tan curiosas noticias, como revela en sus Obras, vengando del desaire de ignoradas contra vulgares errores, las importancias de muchas obscurecidas verdades? Mayormente tratando todos los asuntos con tan propia erudición, y tanta puntualidad, que prácticamente convence común error el axioma tenido hasta ahora por verdad común, creyendo todos que *pluribus intentus minor est ad singula sensus*, y quedando con sus escritos desengañados, de que puede tratar [XX] muchos asuntos con la valentía, y propiedad que sólo uno, quien es tan dueño de la erudición en todo: y aun para mí hace la Obra no menos admirable la dificultad de preferir entre lo que refiere, y lo que discurre: porque sobre ser sus noticias tan particulares, se anhelan tanto sus discretas reflexiones, que en presuroso seguimiento de las unas, pasa con impaciencia el discurso por sobre las otras. Cuando discurre, se echa menos que refiera. Cuando refiere, se echa de menos que discurra. Tan dulce embeleso son sus singulares noticias. Tan halagüeño hechizo sus discretísimas máximas: por lo que sólo aquí no será encarecimiento, el que acaso lo fue de S. Jerónimo a Paulino {(a) S. Hier. *Epíst. 13, Ad Paulin.*}: *Quibus nihil pulchrius, nihil doctius, nihil dulcius*.

Por tanto, no sólo siento, que debe darse a la luz pública esta Obra, para que desengaños tan doctos, y tan seguros se inmortalicen con el molde, como asunto al común tan conveniente {(b) Gilb. *serm. 45, in Cantic.*}: *Scriptura enim verbum stabile facit*; sino es que consultando la utilidad común, y conveniencia pública, deben todos hacer al Autor la petición de Séneca {(c) *Senec.*}: *Ede alia quam primum, quam celerrime, unde & tuo nomini celeritas, & nostris temporibus claritas, & studiosis onmibus pariatur utilitas*; o pedirle con Plinio que lisonjee la más común conveniencia con no hacer, ni pensar en otra cosa {(d) Plin. *lib. 1, cap. 3*}: *Hoc sit negotium tuum, hoc otium, hic labor, haec quies, in his vigiliae, in his etiam sommus*

reponatur. Y no creo que sobrará la súplica, teniendo yo entendida la tibieza conque se halló el Autor en orden a proseguir, viendo la confusión de Papeles, que contra sus doctísimos Escritos porfiaban tercamente a cerrar los ojos. Y cierto, que yo no sé por qué motivo entretuvieron estos estorbos su curso; porque mirados con madura reflexión, y sin pasión alguna, a las luces brillantes de su Obra, los que solos dicen algo, vienen a decir lo mismo; y los que quieren significar otra cosa, sólo dicen el enojo que les gobernó la pluma: por lo que todos los juicios eruditos, y discretos los han reputado por lunares de la obra que hacen con su oposición sobresalir su hermosura.

Supongo, que el Rmo. Feijoo ha hecho muy discretamente en proseguir sus Escritos, sin embarazarse de estos opuestos estorbos; y ni yo esperaba menos: porque sé que el varón que es docto, y sabio, es fuerte, y es poderoso {(a) Prov. 24, v. 5}: *Vir sapiens fortis est, & vir doctus robustus, & validus*: conque nunca me pude persuadir a que la valentía, y fortaleza de tanta sabiduría se dejase vencer de una oposición tan flaca. ¿Cómo había de ceder a una oposición vulgar un varón a quien su mucha sabiduría adorna de singular fortaleza? Eso sería dejarse vencer del error común quien ha hecho tan noble empeño de impugnar, y desvanecer el notable perjuicio de tanto común error. Vuelvo a decir que aplaudo su discreción; pero no puedo dejar de extrañar en este punto, así los ayes como las satisfacciones. Extraño infinito la queja en los doloridos, porque haciendo el Rmo. Feijoo en la clase, o esfera de los quejosos tan grande, y tan discreta distinción entre doctos, y gregarios, no sé cómo no teme la queja el que se alienta a expresar una palabra: porque el que se tiene por docto, no se debe tener por agraviado; y el que se siente agraviado, sin duda que no se tiene por docto. Confieso que a mí me contuviera infinitamente para no expresar mi queja, no tener que responder a esta pregunta: ¿o te tienes por de los buenos, o por de los malos? Si por de los buenos, ¿por qué te quejas, si aquí no se habla contigo? Si por de los malos, ¿por qué no te quejas de tí propio? Pues bueno fuera, porque no te resintieses tan indebidamente, tolerar un perjuicio tan notable. De aquí nace mi extrañeza, viendo empeñado al Rmo. Feijoo en satisfacer a impugnaciones de actividad tan remisa, [XXII] que ninguna le ha

llegado al pelo de la Cogulla: porque es malgastar el tiempo andar apartando estorbos, que en el camino que lleva no pueden ser embarazos. A mí en este caso me pareciera discretísima máxima el castigo de Júpiter a los Gigantes del Flegra: que para inmortalizar el atrevimiento de su rebelión, los dejó arrojando siempre exhalaciones al Cielo, librándolos el castigo en la misma ocupación que los alentó su enojo. Así yo, a los que gastan el tiempo con tanta inutilidad, no les diera más castigo que dejarlos escribir, para que en el inútil trabajo de su empleo y su ejercicio, quedasen castigados de su mano. Lo que yo puedo asegurar es, que para el interés grande de nuestra salud, importarán más los Libros de Rmo. Feijoo, que cuantos a beneficio de nuestra naturaleza ha dictado la más sabia Medicina: porque están llenos todos de saludables consejos, y donde abunda el consejo, no puede faltar salud, dice el Espíritu Santo {(a) Prov. 24, v. 6.}: *Et erit salus ubi multa consilia sunt*. Por esto anhelando en todos el más importante logro, los alentára yo siempre a leer en este Libro, en que reducida a volumen de extensión no muy crecida, hallará la curiosidad una Librería entera.

Hic liber est, lector, librorum magna supellex,
Et non exigua Bibliotheca, lege.

Y por último, expresando mi parecer, sólo hallo en este Libro una palabra digna de que se borre, o no se escriba, que es la que fingieron los antiguos que tacharon las Musas, en las Obras de Marcial discretas, y celebradas; pues remitidos todos los Escritos de este Autor a su discreta censura, expresaron, que aprobaban gustosas toda la Obra, exceptuando la última palabra: y así resolvieron, que donde decía *Finis*, se debía decir *Phenix*. O para mostrar, que tan grande Obra no había de tener fin, [XXIII] sino es ser como el Fénix inmortal; o para significar que ingenio tan peregrino era singular como el Fénix en el Mundo. Esta sola palabra hallo yo que enmendar en esta Obra. Diga *Phenix*, donde *Finis*, por la misma causa, y soy de parecer que puede correr segura (súframe el Autor para expresión de una verdad tan debida usar de la propiedad de una Ave, que tan justamente niega). De este dictamen soy, y de que no contiene este Libro doctrina, o cláusula que haga la

menor disonancia a la sagrada armonía de los misterios, y preceptos inviolables de nuestra Santa Fe, y buenas costumbres; antes sí muchos desengaños útiles, y convenientes: por lo que soy de sentir que deben imprimirse para el provecho común, y corona lucida de su Autor {(a) *S. Ambrosio*}: *Scriptis coronetur suis*. Así lo juzgo, salvo *semper meliori judicio*. En este Convento de la Santísima Trinidad de Redentores Calzados de Madrid, a 28 de Febrero de 1728.

Fr. José Navajas.

Censura

Del Rmo. P. Mro. Fr. Juan Interian de Ayala, del Claustro, Teólogo, y Catedrático de Regencia de Filosofía, y en propiedad, y Jubilado en la de Sagradas Lenguas de la Facultad de Teología en la Universidad de Salamanca, Predicador, y Teólogo de Su Majestad en la Real Junta de la Inmaculada Concepción, Padre de la Provincia de Castilla, del Real, y Militar Orden de nuestra Señora de la Merced, Redención de Cautivos, &c. M. P. S.

Obedeciendo con el debido respeto el superior orden de V. A. he leído con toda atención el Libro intitulado: *Teatro crítico Universal*, Tomo segundo, escrito por el Reverendísimo Padre Maestro Fray Benito Jerónimo Feijoo, Maestro General de la Religión del Gran Patriarca San Benito, y Catedrático de Vísperas de Teología de la Universidad de Oviedo, &c. Y si este encargo, o ministerio pudiera satisfacerse, y ejecutarse del modo que lo practicaba la seria circunspección, y severidad de nuestra Nación en otro tiempo, en que se escribieron, sin ofensa de la edad presente, mayores, y mejores libros, pocas, y ceñidas palabras pudieran, y debieran bastar, no sólo para aprobación, sino para elogio de esta erudita Obra, y de su Autor; pero hoy, con no sé qué espíritu de relajación de la ya insinuada, y nunca bastantemente alabada severidad, se han introducido otros usos que no puedo, ni quiero contenerme de llamarlos lo que ellos son; esto es, abusos: y se piden de los que dan

su Censura, o Aprobación, cosas muy distantes, y muy distintas. En cuya consecuencia no puedo dudar que habrá muchos, si no son todos, que deseen, o esperen en este lugar un haz, o a lo menos un manojo de sentencias, y de conceptos, cogidos, o sacados de los amenos jardines de los Poetas, y de los fértiles, y bien cultivados [XXV] campos de los Oradores, y los Históricos; y esto para adorno, y formación de una cosa tan sencilla, y de su naturaleza tan seria, como es la Censura de un Libro, en que el Superior que la manda dar, sólo pide parecer, y no Panegírico; confieso, no sin empacho (que es oportuna circunstancia de buena confesión) el que yo mismo en otros años (pues ha verdaderamente muchos que se me han fiado estos mandatos) caí frecuentemente en este género de inconveniente, aprobando Obras de mucho menos monta; o sea llevándome de la inclinación de contentar al ajeno deseo; o sea también buscando insensiblemente en las Aprobaciones de Obras ajenas el propio aplauso. Es muy cierto que no conocía yo entonces el poco favor que en esto me hacía a mí mismo: pues fue, si no causa, a lo menos ocasión para que muchos, con menos noticia de mis estudios, imaginasen, y podrá ser que publicasen que yo era un grande, y elegante Humanista. Yo, ni niego, ni afirmo el que en este género de Letras tenga, o haya tenido, conducido, y de la abundancia del genio que nuestro Señor fue servido de darme, o de alguna mayor aplicación al empleo, o poco desperdicio del tiempo, algún razonable, o moderado caudal. Nada de esto afirmo, ni tampoco niego; pues el verificarlo, o no verificarlo no es del caso presente. Lo que digo, y esto muy seriamente, es, que mi profesión, tratada con la dignidad que me ha sido posible, y que vio en muchas, y repetidas funciones Teológicas, y aprobó uno de los más insignes Teatros de Letras, y doctrina de la Universidad de Salamanca, no ha sido, ni es de Humanista, sino de Teólogo. Y como esta sola calidad es la que puede, y debe servir para decir en esta parte con algo de peso, y de autoridad mi dictamen, digo que en esta Obra, que como llevo dicho, he leído con atención, ninguna cosa hay que se oponga a las reglas de nuestra Santa, y Católica Fe, ni a las de las buenas, y cristianas costumbres, como ni a las regalías, y derechos de S. M. (que Dios guarde); mucho sí hay por cierto en obra tan varia, tan amena, y tan erudita, [XXVI] que

conduce a la ilustración de unas, y otras. El asunto de las merecidas alabanzas del Autor ya le satisfacieron, y le llenaron condignamente otros mayores hombres: en el de las que merece esta Obra tan varia, tan especiosa, y tan discursiva, no me atrevo a entrar: porque a la verdad no me hallo con ánimo para ayudar fructuosamente al doctísimo Autor a ejercitar el arduo, y tan mal recibido oficio, de que se ha encargado, como es el de distinguir las verdades, y las fábulas, y como le llama el familiar estilo *Desengañador*, en una Nación tan severa, y tan constante, y aun tan tenaz de lo que una vez aprehende, como la nuestra. Con esto he dicho enteramente mi parecer, salvo siempre, &c. En este Convento del Real, y Militar Orden de nuestra Señora de la Merced, Redención de Cautivos de Madrid, a veinte y ocho de Diciembre de mil setecientos veinte y siete años.

Fr. Juan Interian de Ayala.

Prólogo

1. Lector mío, segunda vez parezco en público a leer invectivas, y oír aclamaciones. Discurro de la suerte de este Libro por la del primero; y como sea la misma, estoy contento. El público me ha favorecido liberalísimamente; y esto basta para que yo, bien lejos de desistir de lo empezado, continúe más fervorosamente en servir a su diversión, y utilidad. Algunos pocos quisieron con sus censuras detener la corriente de la general aceptación que logró el primer tomo; pero el haber sido pocos, me basta para consuelo; y si examino el motivo, me sobra para confianza. Los que por defender las facultades que profesaban, y que consideraban agraviadas, escribieron contra mí con tanto ardor, manifestaron hacer demasiada estimación de mi pluma en el concepto que formaron de que esta era capaz de arruinar los créditos de su profesión: de estos no me quejo (aun comprehendiendo los que más se destemplaron), porque donde el honor de la facultad, y el interés de la persona mueven la pluma, le dan tan recio impulso, que la arrojan mucho más allá de la raya que señala la decencia.

2. A quienes no disculpo, aunque los perdono, es a aquellos, que en sátiras anónimas vertieron su saña, sin más motivo que el ver celebrada mi Obra. ¡Oh envidia! monstruo de tan infelices ojos, que no el humo, sino la luz, te saca lágrimas.

3. Es cosa notable que en Francia, aquel gran Teatro de Guerras de Crítica, ningún Autor haya padecido tantas censuras, y tantos Censores, como los dos mayores espíritus que para la elocuencia métrica, y suelta, produjo el siglo pasado en aquel Reino, Pedro Cornelio, y Juan Luis de Balzac. La conspiración contra este segundo fue tal, y tales los artificios de sus émulos desde que [XXIX] vieron el aplauso, conque fueron recibidas sus primeras producciones, que hicieron mudar de dictamen al Público, y al

Autor le tuvieron veinte años como ahogado, hasta que disipándose poco a poco las nieblas conque la envidia había cegado los ojos del común, volvieron a brillar las Obras del ilustre Balzac, con resplandor aún más copioso que el que habían logrado al principio. El gran Cornelio no fue tan desgraciado, porque tuvo siempre al Público de su parte, aun viéndole censurado por el formidable Cuerpo de la Academia Francesa, y empeñado todo el crédito del Cardenal de Richelieu en su descrédito. No hago esta memoria por compararme a aquellos por la parte del mérito, sino por la de la fortuna. Ellos merecieron la celebridad; yo la logré sin merecerla. Pero así ellos, como a mí, el aire del aplauso nos llevó hacia el escollo de la envidia.

4. No niego que justamente se me pudo censurar en muchas cosas. Conozco varios defectos míos; y es de creer que sean muchos más los que no conozco. Pero la emulación fue en este lance más ciega que el amor propio; pues no vieron los censores las flaquezas de mi pluma, viéndolos yo mismo; y no advirtiendo los defectos verdaderos, me los achacaron fingidos. ¡Oh cuántos infieles comentarios parecieron de mis Escritos, arrancando con mala fe, y con violencia suma, voces, y cláusulas de su genuino sentido, para escandalizar con quimeras el público! ¿Ésta es corrección, o corrupción?

5. Otro linaje de Censores ha habido más dignos de compasión que de enojo. Hablo de aquellos pobres incapaces, condenados a ignorancia de por vida, cabezas de cal, y canto, cerebros amasados con el error, calloso por todas partes el discurso, para quienes toda novedad es mentira, toda vejez axioma. Estos en oyendo, o leyendo algo contra la común opinión, tocan a novedad como a fuego, montan en cólera, ármanse de dos refranes añejos, enristran la lanza del *Quantaque*, plántanse por los méritos de su antigüedad el yelmo de Mambrino, o la dureza de [XXX] sus cascos les sirve de morrión, y veis aquí la mejor milicia que alista debajo de sus banderas el error inveterado, al fin, invencible a todo argumento.

6. A esto se agrega uno, u otro auxiliar, que al mismo tiempo los patrocina, y los condena, diciendo que ¿para qué se ha de tomar el empeño de sacar al vulgo de sus errores? que los necios son infinitos, y que es prudencia no conmover este poderoso partido. Yo

te confieso, Lector mío, que me parece muy cuerda aquella antigua máxima de hablar con los muchos, y sentir con los pocos. Pero tanta cordura no se acomoda con mi sinceridad. Y veo por otra parte que el contemplar tanto a los necios, es estrechar mucho la libertad de los entendidos. Óyeme un chiste, o llámalo, si quieres apotegma. En una marcha que hacía con su Ejército Filipo, Rey de Macedonia, llegó a un sitio hermoso, apacible, despejado; y enamorado de él, quiso que parasen allí las Tropas. Pero los Oficiales le representaron que no era posible, porque no había allí pasto para la Caballería, y bestias del bagaje. ¡*Oh qué desdichada vida es la nuestra* (exclamó Filipo) *si nos hemos de atemperar al gusto, y comodidad de las bestias! Qualis vita est nostra, si ad asinorum commodum nobis est vivendum*! Aplícalo tú, que yo estoy de priesa.

7. Algunos alargaron la censura más allá de la calidad de la Obra, notando de osado el proyecto, y de viciosa la intención. Decían que el título de *Teatro Crítico Universal* era muy arrogante, que era también mucha presunción mía esperar cumplir con lo que en él prometía; y que la magnificencia de la promesa manifestaba un apetito desordenado de gloria. Con decir que nada de esto es del caso, porque es sacar la Crítica fuera de su esfera, tengo respondido bastantemente. Pero añadiré, que en la resolución de esta empresa no procedí fiado a mi dictamen. Años ha que muchos sujetos de mi Sagrada Religión, algunos de la primera magnitud, han estado lidiando con mi pereza, o con mi cobardía, sobre que trabajase para el Público. Vencido al fin de sus instancias, y determinado [XXXI] a escribir para imprimir, les comuniqué diferentes proyectos que tenía ideados, entre los cuales escogieron por más útil, y por más honroso el que sigo. Así, Lector mío, como yo tengo más satisfacción de la prudencia, y buena intención de los que me aconsejaron entonces que los que me fiscalizan ahora, proseguiré sin miedo en la Obra, entre tanto que el Público le dé favorable acogida. Ceder a ajeno dictamen, no fue osadía, sino doctilidad. Nadie desconfía más de mis fuerzas que yo mismo. Si parecieren inferiores al empeño, responderán por mí los que creyéndolas iguales, me han animado.

8. En este Tomo hallarás el mismo método que en el pasado, que es diversificar los asuntos, a fin de evitar el fastidio con la variedad.

El estilo también es el mismo. Si hasta aquí te agradó, no puede ahora desagradarte. Digo el mismo respectivamente a las materias; pues ya sabrás la distribución que el recto juicio hace de los tres géneros de estilos, consignando a la moción de afectos el sublime, a la instrucción el mediano, y a la chanza el humilde. Yo a la verdad no pongo algún estudio en distribuirlos de esta manera, ni de otra. Todo me dejo a la naturalidad. Si en una, u otra parte hallares algo del sublime, sabe que sin buscarle se me viene, o porque la calidad de la materia naturalmente me arrebata a locuciones figuradas, que son más eficaces cuando se trata de mover algún afecto; o porque tal vez la imaginación, por estar más caliente, me socorre de expresiones más enérgicas. Y ni yo cuido de templarla cuando está ardiente, ni de esforzarla cuando está lánguida. En punto de estilo, tanto me aparta mi genio del extremo de la afectación, que declino al de la negligencia.

9. En cuanto a la ortografía (pues también de esto suele dar razón el Autor a los Lectores) no sigo regla determinada, porque no la hay. Unos quieren que se arregle a la etimología, otros a la pronunciación; y unos, ni otros cumplen con el mismo precepto que prescriben; pues no se hallará Autor alguno que siga en todo la etimología, [XXXII], o que siga en todo la pronunciación.

10. Advierto, que en las materias controvertibles, especialmente físicas, prescindo de la autoridad de los que favorecen la opinión contraria a la mía. Busco la verdad en sí misma, sin cuidar de la mayor probabilidad extrínseca, la cual supongo estar por las opiniones comunes. La autoridad más grave, como no llegue a infalible, me ejecuta sobre la veneración, sin obligarme al asenso. Sigo la discreta máxima de S. Agustín: *Ad discendum dupliciter ducimur, auctoritate, atque ratione. Tempore auctoritas; re autem ratio potior est*. De esto es menester que se hagan cargo los que quisieren impugnarme. Salgo al campo sin más armas que el raciocinio, y la experiencia; con las mismas se me ha de combatir. Oponerme, como algunos han hecho, que más se debe creer a tantos, y tales Doctores, que a mí, es saltar fuera del coro; pues yo no pretendo ser creído sobre mi palabra, sino sobre mi prueba. Mis razones se han de examinar, no mis méritos. Pero los que no fueren capaces de pesar las razones, harán muy bien en contar los votos, y atenerse a

aquellas opiniones en cuyo favor hallaren el mayor número de sufragios.

11. A persuasión de algunas personas sabias he introducido en este Tomo las dos Respuestas Apologéticas que van al fin de él. Al Doctor Ros respondo en el Idioma Latino; porque él me impugnó en este Idioma. He introducido también la Carta defensiva del Doctor Martínez, porque no se sepulte en el olvido este precioso rasgo de su pluma. Cuanto escribe este sabio, y elocuente Autor es digno de la inmortalidad. La impugnación del Doctor Ros es muy larga para poder darle aquí cabimiento.

12. Avísote que el tercer Tomo seguirá muy en breve al segundo; pues cuando este acabe de imprimirse, estará, dándome Dios salud, trabajada la mayor parte de aquél. No sé si hay algo más que prevenirte. Por ahora no me ocurre. VALE.

Discurso primero

Guerras filosóficas

§. I

1. Aquel gran mofador de los Filósofos, Luciano, apenas los saca alguna vez al teatro de la disputa en sus Diálogos, que no los represente pasando prontamente de las razones a las injurias. Poco nos doliera el gran abuso de sustituir a los silogismos los dicterios, si se hubiera quedado en el siglo de Luciano; pero la lástima es que no se remedió el mal, antes cobró mayores fuerzas con el tiempo. Comparó Claudiano el espíritu de un hombre sabio a la cumbre del Olimpo, que superior a las nubes y los vientos, nunca es inquietada de tempestades {(a) *In Panegyr. Manlii Teodoreti.*}.

… Ut altus Olympi
Vertex, qui spatio ventos, hyemesque relinquit,
Perpetuum nulla temeratus nube serenum.

2. Si esta es la seña de los Sabios, fuera están de la clase tantos Filósofos, cuyas contiendas más parecen borrascas que disputas: en cuyos escritos a cada paso se leen las acusaciones de ignorancia, de rudeza, a veces también de impiedad, en sus contrarios.

3. La falsa persuasión, en que cada uno está de la verdad de su secta, tiene en gran parte la culpa de este abuso. Cada uno (dice un autor moderno) juzga sus conclusiones tan invenciblemente demostradas como los Elementos de Euclides. De aquí es el furor e

indignación contra los que las impugnan: *Unusquisque illorum conclusiones suas aequè certò, ac firmiter, ac Euclidis elementa, jam demonstratas* [2] *esse arbitratur: Unde rancor, & indignatio, si quod contra delectum semel systema afferatur* {(a) *Auctor Observ. Select. ad rem literar. spectantium: tom. 2. observ. 1.*}.

4. Con exceso hiperbólico encarece el mismo Autor en otra parte las iras de los que disputan en las Aulas públicas: *Veritas, quam quaerunt, triumphos vult agere: hoc ut fiat, alios vult vincere; inde clamores, rixae, damnationes, ignes, gladii, & ipse furiae infernales* {(b) *Tom. 1, observ. 10. §. 17.*}. En nuestras Escuelas Católicas no notamos estas rabias: tal vez se escapa una, u otra palabra ofensiva: tal vez con el orgullo del que disputa, es lastimada algo la modestia; pero siempre se abomina como monstruo de la aula, si en algún caso raro llega a aquellas extremidades la ira.

5. En los escritos es donde verdaderamente se ensangrientan los Filósofos: dentro de su estudio cada uno trata a su contrario como quiere: da a la pluma toda la licencia que le dicta la pasión propia; o porque se considera en un Tribunal donde es Juez único para la sentencia; o porque le falta el freno, que hay en la disputa personal, de ver delante de sí quien acuse la inmodestia, y quien repela la injuria; como si en las lides del entendimiento no fuera también desdoro de la generosidad dar por las espaldas la herida, o aprovecharse de la ausencia del enemigo para la ofensa.

§. II

6. Esta destemplanza estuvo más disimulada, o más corregida, hasta que después de apoderarse Aristóteles de las Escuelas, el empeño ya de mantenerle en el trono, ya de derribarle, en unos y otros enfervorizó demasiadamente los ánimos. La posesión pacífica, que por poco más de doscientos años (empezando a contar desde cerca de los fines del siglo decimotercio) obtuvo Aristóteles en el dominio de la República literaria, autorizó, a su parecer, bastantemente a sus Sectarios para proceder (digámoslo así) a sangre y fuego contra los primeros que se opusieren a [3] la doctrina de este Filósofo. Tratábase como delito grave (dice el Autor citado arriba) apartarse

de ella en cualquiera punto: *Piaculum erat asserere quidquam, quod non antea asseruisset Aristoteles* {(a) *Tom. 3, observ. 14*.}

7. El primero, y el que más experimentó el rigor de los Aristotélicos, fue Pedro del Ramo, Profesor Parisiense, hombre de ingenio pronto, alegre y fértil, que en el Colegio de Navarra tomó sobre sí el empeño de defender en conclusiones públicas las contradictorias de cuantas proposiciones Aristotélicas le propusiesen los arguyentes. Pero la felicidad conque salió de tan ardua empresa fue funesta para él; porque encendiendo la emulación de sus contrarios, le ocasionó varios reveses de fortuna, precipitándole en fin en el partido de los Hugonotes, y murió con ellos en la célebre matanza de la noche de San Bartolomé: con tales circunstancias, que más pareció víctima del furor Aristotélico que del celo Católico. Los discípulos de Carpentier, y de otros Profesores enemigos suyos, sacándole de una cueva, donde se había escondido, después de darle muchas heridas, le arrojaron por una ventana; y no bastó para saciar la ira de los matadores, ver que al golpe saltaron las entrañas de su cuerpo; sino que le arrastraron, azotándole por las calles, donde quedó el cadáver dividido en varios trozos.

8. Pareció luego contra Aristóteles Fr. Tomás Campanela, Dominicano, natural de la Calabria, no con mucha mejor fortuna. O ya porque en aquel tiempo cualquiera que contradecía a Aristóteles se hacía sospechoso en la Fe (como él mismo se queja amargamente en una Carta escrita a Gasendo); o ya porque la grande, pero mal reglada viveza de su discurso, le hubiese arrebatado a proferir algunas proposiciones dignas de severo examen: o ya porque la odiosa intrepidez de su genio en la disputa hubiese incitado contra él muchos y poderosos enemigos. De hecho él fue preso por el Santo Tribunal de la Inquisición, y detenido [4] en la prisión veinte y cinco años, hasta que de orden del Papa Urbano VIII salió de ella. Son muchos los que le creen inocente. En realidad sus Obras Filosóficas en dos Tomos de a folio corren, aunque no las pude ver más que de paso. Sólo está prohibido por la Inquisición de España un libro suyo, impreso en Francfort el año de 1632. Posible es que no sea suyo, aunque tenga su nombre, o que los Herejes hayan introducido en él alguna venenosa doctrina. Su sentencia filosófica

singularísima fue conceder sentido, y percepción a las plantas.

{(a) En el *Suplemento* de Moreri, impreso el año de 1735, se lee que Campanela estuvo encarcelado veinte y siete años; mas no en la Inquisición, ni por la Inquisición. Tengo ahora sus Obras Filosóficas en dos Tomos gruesos en folio, y en las Dedicatorias de uno y otro, hablando de su prisión, sólo se queja del Ministerio de España, aunque dando a entender, que sus émulos engañaron al Ministerio. Así dice en la del primero: *Siquidem postquam me decepta crucifixit Hispania non digna referens iis, quae pro illa scripsi*. Hace esto relación a un Escrito, que sacó a luz a favor del derecho del Rey de España a las Tierras del Nuevo Mundo. Y en la del segundo: *Siquidem cum apud ingratos Dominos in ergastulis degerem, Deus, cujus nutu omnia fiunt, atque ordinantur, me tanto tempore teneri voluit, quantum sufficeret ad Scientiarum omnium instaurationem, quam praeconceperam, Deo duce, nec tamen in vulgari prosperitate, aut extra solitudinem, perficere potuissem*. De este pasaje se infiere claramente, que sus Escritos Filosóficos no causaron su prisión, pues dentro de ella los compuso. Así corregimos lo que en cuanto a esta parte hemos dicho de Campanela, guiados por el Diccionario de Moreri.}

9. Este autor nos trae a la memoria un ejemplo célebre de la suma reverencia que tenían algunos aristotélicos de aquel tiempo a su Maestro, y de la ira y desprecio conque trataban a los que se desviaban de su Escuela. Haciendo mención Guillelmo Duval, Médico de la Facultad de París, de la sentencia dicha, que atribuye instinto y sentimiento a las plantas, prorrumpe contra Campanela en estas furiosas palabras, que traduzco fielmente del idioma Francés, como las cita el Abad de Vallemont {(b) *Curiosités de la Nature, & de l'Art. tom. I. fol. mihi 38*.}: *Estos son los mismos Dogmas de los Maniqueos, que ha querido loca* [5] *y temerariamente renovar no sé qué nuevo Filosofastro desvergonzado, calumniador del grande Aristóteles, y enemigo jurado del Peripatetismo Fr. Tomás Campanela, Dominicano. Éste es el vil y despreciable Marsias, éste el Pigmeo, el Faetón, el Búho, el Murciélago, el hablador despropositado, que se levanta contra el sapientísimo Aristóteles; esto es, contra el Apolo, el Hércules, el Edipo, el Sol, el Príncipe Soberano de la Filosofía*.

10. La invectiva está graciosa cuanto cabe. El error de los maniqueos no fue sólo decir que las plantas tienen alma sensitiva,

como decía Campanela, ni aun sólo alma racional, mas también divina: y así llamaban a las plantas miembros de Dios. Es verdad que algunos autores atribuyen a los maniqueos la sentencia de Campanela; pero San Agustín, que supo mejor que todos los errores del Maniqueísmo, los explica en el sentido dicho {(a) *De moribus Manich. lib. 2, & in Psalm. 140 & alibi*.}; y así no tiene que ver la sentencia de Campanela con el error de los Maniqueos. Mas suponiendo, como quiere el Médico Duval, que Campanela hubiese caído en el delirio de aquellos Herejes, ¿no es cosa admirable que se enfurezca con él, no tanto por oponerse al sentir de la Iglesia, y al dictamen del Espíritu Santo, cuanto por contradecir a la doctrina de Aristóteles? ¡Tanto puede en algunos autores la ciega pasión por la Escuela que siguen!

11. Pero cuando tronó con más fuerza la cólera de los Aristotélicos, fue al verse atacados por los tres partidos de Cartesianos, Gasendistas y Maignanistas. Sobre Descartes, así como halló más sectarios su sistema, cayó también la mayor parte del nublado. Son innumerables los Escritos donde se ve tratado de loco, temerario, delirante, hereje y aun Ateísta. Ni faltó para Gasendo y Maignan su pedazo de tempestad. El doctísimo Maestro Palanco, en la Obra que escribió sobre esta materia, comprehendiendo a todos tres Jefes, juntamente con sus secuaces, debajo del nombre genérico de Atomistas, los trata muchas veces de gente [6] ruda, de corta capacidad y grueso modo de entender. Y a fe que no tienen razón.

12. Yo estoy bien hallado con las formas Aristotélicas, y a ninguno de los que las impugnan sigo. Pero tratar de rudos a Descartes, Gasendo y Maignan, es hacerles una gravísima injusticia. Gasendo fue dotado de nobilísimo y clarísimo entendimiento. Apenas hay hombre sabio que no le colme de altísimos elogios. León Alacio gradúa de admirables sus escritos. El docto Jesuita Renato Rapin dice, que nadie puede alabar bastantemente a Gasendo, y que ningún Filósofo de la antigüedad escribió tanto con tanta solidez. Gabriel Naudeo, que nadie puede contemplarle sin asombro. Maignan está reputado en todas las Naciones, y en todas las Escuelas por varón de muy singular agudeza. Y Descartes (de cuyas opiniones estoy mucho más distante) fue de ingenio exquisitísimamente desembarazado, y sutil: ventaja que no le

niegan los que mejor penetraron, e impugnaron su doctrina. El Ilustrísimo, y doctísimo Prelado Pedro Daniel Huet, impugnador de Descartes, en su libro *Censura Philosophiae Cartesianae* {(a) *cap. 8, §. 4.*}, le confiesa gran capacidad, agudísimo ingenio y amplísima comprehensión: llegando a decir, que sólo puede negar que Descartes fue un grande, y excelente varón, el que careciere, o de vergüenza, o de conocimiento. Éstas son sus palabras: *Atque de eo quid sentiam, si quis ex me quaerat, iterum dicam magnum fuisse, & excellentem virum: quod qui negaverit, carebit is utique, vel usu rerum, vel pudore. Fuit enim ad penetrandas res a natura reconditas ingenio acri, & peracuto. Adjuncta erat eximia vis, quae non obrueretur multitudine rerum, nec meditationis continuatione frangeretur; tum & ingens capacitas, & amplitudo, quidquid libuisset facilè complectens*.

13. El testimonio de este insigne Prelado, que fue sin duda uno de los hombres de más profunda y vasta erudición que tuvo el pasado siglo, bastará para desengañar a infinitos Semiescolásticos de nuestra España, que sin leer a [7] Descartes, o sin entenderle, si le leyeron, le tratan con sumo desprecio, hablando de él como de un fatuo: y juntamente podrá servir de ejemplo a los bien intencionados para impugnar la doctrina, sin ofender la persona.

§. III

14. No con mayor benignidad, o no con menores iras proceden contra Aristóteles los Anti-Aristotélicos, que los Aristotélicos contra ellos. El P. Malebranche, Cartesiano, aunque por lo común en sus escritos observa la exacta modestia correspondiente a su notoria, y resplandeciente virtud, llegando a hablar de Aristóteles, trata generalísimamente todos sus argumentos de ineptos, vanos, absurdos, y toda su doctrina de un fárrago inútil de palabras, desnudas de substancia y jugo: *Hoc posito quid sentiendum erit de ratiociniis Aristotelis, quae nihil sunt, quàm inanis, & absurda verborum farrago*? Y poco más abajo: *Totam ineptiam, & absurditatem explicationum Aristotelis circa res quaslibet exponere nemo potest* {(a) *Lib. 6, de Inquir. verit. cap. 5.*}.

15. Omito otras invectivas semejantes, que se hallan en varios

modernos, por decir sólo lo que tiene algo de singular en este género. Entre todos los declamadores contra Aristóteles, nadie igualó el furor de Emilio Parisano. Este Autor, en un libro que escribió de *Aristotelis vita, & gestis*, juntó cuanto hasta entonces habían dicho contra este Filósofo sus contrarios: hizo un dilatado catálogo de todos sus errores, interpretando siempre hacia la peor parte todos aquellos puntos en que está dudosa su mente; y aun para que abulten más, un mismo error le repite en varias partes. Trátale mil veces de ignorante, y de ingenio obtuso. ¿Quién no creerá desahogada ya en tanto oprobio la cólera de este furioso Médico? Pues todo lo dicho es nada para lo que falta. Pasa de los errores, y la doctrina, a las costumbres, e índole del Filósofo, y aquí es donde escupe la más negra ponzoña que puede producir un ánimo exacerbado. [8] Dice, y repite muchas veces, que fue el hombre más flagicioso, más infame, más torpe y más ruin que jamás hubo en el mundo: *Igitur Aristotele, nihil flagitiosius, iniquius, impurius, improbum, impiumque magis creatum est*. Llámale enemigo injurioso, e ingrato contra su Maestro Platón, contra todos los antiguos sabios, y contra sus propios condiscípulos y amigos: *In divinum magistrum (& antiquos sapientes) unde animi bona omnia (ut in condiscipulos, & amicos) ingratus, injurius, & hostis*. Hácele cargo como delito bien averiguado (siendo así que muchos le absuelven de él a Aristóteles) de haber trazado la muerte de su gran bienhechor Alejandro: *Imperatoris, unde cuncta, & ingentia fortunae bona, & maximi honores, trucidator, & carnifex*. Trátale de traidor a todo el género humano: *Naturae, & humani generis proditor*. ¿Hay más que decir? Aún más hay. Dice que si se registran todas las cavernas del Infierno, no se hallará en todas ellas criatura más malvada que Aristóteles; y que Judas, y el mismo Satanás (ya escampa) pueden en comparación suya ser reputados por inocentes: *Ut in inferno nihil eo scelestius reperiri possit: quoniam Juda, quia Satana nihil ad Aristotelem*. ¿Cabe más? Más cabe: pues concluye diciendo, que no sólo es Aristóteles el peor de cuantos hombres existen, o existieron hasta ahora; mas también de cuantos existirán en los tiempos venideros: *Quando inter natos mulierum eo non surrexit pejor, & omnium qui fuerunt, sunt, & erunt, nequisimus extiterit*. Esto sí que es saber elogiar. Lo mejor es, que acabado el panegírico, le

firma, como haciendo vanidad de él, de este modo: *Parisanus veritatis amator*. Tales declamaciones, más entretienen que irritan: más deben reírse que reprehenderse.

16. En lo que se sigue de Roberto Flud, se observa más mitigada la ira; pero la imaginación aún más desreglada. Pónese este filósofo Inglés muy a sangre fría a capitular de irreligiosos, y por tanto dignos del más severo castigo del Cielo, a todos aquellos que siguen a Aristóteles en la explicación de algunos naturales fenómenos. Tratando de la [9] formación del relámpago, el rocío y el trueno {(a) *Philosoph. Moysaic. sect. 1, lib. 5, cap. 2.*}, pretende probar con funestos ejemplos, que Dios castiga como sacrílego insulto el explicar estos terribles Meteoros, según las ideas del Peripatetismo. *Veréis* (dice, preparando a los lectores) *cómo Dios castiga severamente a aquellos que siguen la doctrina de este Pagano, y filosofan indiscretamente como él sobre la generación del rayo*. Los ejemplos son, el primero de una pobre rústica Irlandesa, a quien hizo cenizas un rayo, no por otro delito que por haber dicho a otra gente, en ocasión de estar tronando, lo que había oído del modo de discurrir de los Aristotélicos sobre la formación del trueno, para aliviarlos algo del susto. *Así murió* (dice) *esta infeliz, por haber blasfemado como los Peripatéticos*. El segundo ejemplo es de un joven Aristotélico, que en semejante ocasión hacía ostentación de su Filosofía, diciendo a los circunstantes no ser el rayo otra cosa, que una exhalación caliente y seca, elevada de la tierra por el calor del Sol, y encendida en la segunda región del aire, en fuerza de la antiperístasis, dentro del seno de la nube. *Estando* (exclama Roberto Flud) *blasfemando así este impío, cayó sobre él un rayo, y le mató, sin tocar en lo demás: y de este modo condenó justísimamente la ira divina la sentencia de Aristóteles*; y concluye con una exhortación moral muy patética a los Aristotélicos, para que abandonen los impíos dogmas de su Maestro: *En, & ecce mi peripatetice Christiane, exempla notatu digna, &c*. Todo tiene aire de misión: pero con tales sermones jamás se logrará otro fruto que la risa de los oyentes.

17. Con muy diferente modo insultó a la Filosofía Aristotélica el Padre Sagüens en el libro que escribió contra el Ilustrísimo Palanco, intitulado *Atomismus demonstratus*. No se puede negar que en todo el discurso de la obra procedió el sabio Mínimo con toda la

modestia, y urbanidad debida a su elocuente y religiosa pluma. Sólo noto que cantó el triunfo, no sólo antes de la victoria, más aún [10] antes de la batalla: pues antes de entrar en la disputa, esto es, en la frente del libro, se ve una lámina, donde se representa la antigua Filosofía como postrada, y la moderna como vencedora. A un lado está la nueva Filosofía representada en la imagen de una gentil, y hermosa doncella, y al otro la Filosofía Aristotélica derribada en el suelo, en la figura de una arrugada y andrajosa vieja. Ello es pintar como querer. No obstante, no le aplicaremos a la lámina, y al libro del Padre Sagüens aquello de Horacio:

Credite Pisones isti tabulae fore librum
Persimilem, cujus, velut aegri somnia, vanae
Fingentur species

Porque aunque lo merece la lámina, lo desmerece el libro. Éste es un triunfo de mojiganga, que sólo puede imponer a gente incapaz de conocer el estado de la contienda. En el dibujo de la Filosofía Aristotélica hay el abuso de pintar la ancianidad como oprobio: pues la larga edad, aunque a las mujeres las hace menos atendidas, a las doctrinas las hace más respetables: fuera de que si el Padre Sagüens, y todos los Maignanistas asientan que su filosofía es la misma de Platón, más vieja es que la Aristotélica; y así pintar a ésta con arrugas, y a la Platónica sin ellas, viene a ser el yerro que notaba Dionisio Tirano de Sicilia en las estatuas de Apolo, y Esculapio, que siendo aquél padre de éste, la de Esculapio estaba barbada, y la de Apolo lampiña.

§. IV

18. Al ver combatirse tan furiosamente unos a otros los Filósofos, conozco con cuanta razón dijo San Bernardo, que la sabiduría del mundo es tumultuante, y guerrera: *Sapientia mundi tumultuosa est, non pacifica* {(a) *Serm. I, in Nativit. Dom.*}. Es llama elemental, que más arde que alumbra; y en algunos sujetos fuego de pólvora, destinado a herir y no a brillar. Fácil es descubrir el motivo de estas iras. Los que [11] bravean de este modo, no buscan la verdad: pues

para lograr este fin, no los estorba quien los contradice, antes los ayuda. Más fácil será encontrarla buscándola muchos, y por opuestos rumbos, que pocos, siguiendo siempre un camino. Sólo atienden a establecer el predominio de la opinión que se ha abrazado. En la lid de opiniones, todos los doctos debieran ser neutrales, y casi todos son faccionarios.

19. No niego que algunos de los que pasan por sabios en el mundo, por falta de reflexión creen, como si fuera de fe, la doctrina de su Escuela: genios superficiales, hombres de mucha frente y poco fondo, láminas en quienes se estamparon como mecánicamente las letras, y es imposible borrar la impresión porque lo resiste la dureza de la materia. Estos siguen su partido con buena fe, aunque tal vez sea defectuosa la caridad. Pero hay otros, y muchos, que impugnan las opiniones contrarias, no por falta de reflexión, sino por sobra de política. Saben bien que los necios son infinitos, y que a todos los que lo son, persuade más el estrépito de las voces, que la fuerza de los discursos. El ignorante que oye a un Filósofo tratar con vilipendio el ingenio, y doctrina de otro, aprehende como superioridad de talento lo que es sólo exceso de orgullo, y juzga que logra la victoria aquel campo donde truena más la artillería, aunque se lleve el viento toda la carga. Sobre este supuesto se aprovechan los eruditos de la credulidad de los indoctos y, despreciando cuanto dicen sus contrarios, hacen que en las Gacetas, que se esparcen al vulgo de la República literaria, suene como victoria verdadera un triunfo imaginario.

20. Adonde se descubre más esta maliciosa política es en la acusación, que recíprocamente se hacen los Filósofos, de ser sus doctrinas incompatibles con los sagrados Dogmas. No es dudable que puede haber opiniones Filosóficas, de que se tiren consecuencias contra las doctrinas reveladas: y así se debe corregir la temeraria presunción de aquellos que, con el título de estar el objeto [12] de la Filosofía sujeto al imperio de la razón, pretenden una libertad sin límites en el filosofar; pero el empeño, en que todos se ponen, de que la filosofía que impugnan está mal avenida con lo que dicta la Fe, muestra que en esto se procede con el mismo motivo de algunos Príncipes, que siempre que hallan escotadura para ello, hacen en sus manifiestos, la guerra que emprenden, causa

de Religión. No hay Filósofo que no pretenda que las estrellas, como un tiempo contra Sísara, militen contra el Jefe del partido opuesto; y juzga llevar, como decía de Héctor Ayax Telamonio, la Deidad interesada en su defensa.

Hector adest, secumque Deos in praelia ducit.
(Metam. lib. 13.)

§. V

21. No se descuidaron los filósofos de este tiempo en herirse unos a otros por este lado. Los aristotélicos, luego que aparecieron las Filosofías de Renato Descartes y Pedro Gassendo, sobre acusarlas de sospechosas por nuevas, notaron en la Doctrina de Gasendo ser la misma del impío Epicuro; y a la de Descartes impusieron el feo borrón de conducir el espíritu al Ateísmo, probando, o esforzando esto con el ejemplo del Ateísta Benito de Espinosa, Sectario sobresaliente de Descartes en la Filosofía.

22. Pero este proceso no está bien formado, y es fácil a los contrarios proceder contra los Aristotélicos por vía de recriminación del mismo modo. La novedad en las cosas puramente Filosóficas no es culpable. Nadie hasta ahora fijó, ni pudo fijar columnas con la inscripción *Non plus ultra* a las Ciencias naturales. Éste es privilegio municipal de la doctrina revelada. En el Reino intelectual sólo a lo infalible está vinculado lo inmutable. Donde hay riesgo de errar, excluir toda novedad, es en cierta manera ponerse de parte del error.

Si la novedad fuera mancha de la doctrina, todas las doctrinas serían mal nacidas, porque todas fueron engendradas con esa mancha. Todas fueron nuevas algún tiempo. La de Aristóteles primero fue nueva en el mundo, y [13] después fue nueva en la Iglesia; por lo menos en cuanto al uso de explicar con ella la Teología Escolástica.

§. VI

23. La nota impuesta a la doctrina de Gasendo, es común a la Peripatética. Tan ruin padre tuvo una como otra Escuela, pues no fue más Católico Aristóteles que Epicuro; ni Epicuro fue rigurosamente Ateísta, como comúnmente se piensa. No negó la Deidad, sólo negó a la Deidad la providencia, queriendo quitar juntamente a los hombres el miedo de la Deidad, por el motivo de que no podía hacerles bien, o mal alguno. Así explica Cicerón la sentencia de Epicuro en el libro primero de la Naturaleza de los Dioses, donde dice también, que escribió algunos libros doctrinales del culto de los Dioses: *At etiam de sanctitate, de pietate adversus Deos libros scripsit Epicurus*. Negó Epicuro el principio de sus Átomos, y Aristóteles negó el principio al Mundo. ¿Qué desigualdad hay entre estos dos errores? No hay otra diferencia, sino que aquél fingió ab eterno existentes las partes, y éste fingió ab eterno existente el todo.

24. Y aun si apuramos más la genealogía de la Filosofía Aristotélica, le hallaremos más feo origen, pues el sistema de sus cuatro elementos le tomó Aristóteles de Empédocles, y éste no conoció otras Deidades que los mismos elementos. Así dice Cicerón {(a) *lib. 1, de Natur. Deor.*}: *Empedocles multa alia peccans, in Deorum opinione turpissime labitur: quator enim naturas, ex quibus omnia constare vult, divinas esse censet*. Gasendo propuso la doctrina de Epicuro desnuda del error de la existencia necesaria, y eterna de los Átomos; como los primeros que introdujeron la Filosofía Peripatética en la Iglesia, la propusieron desnuda de la eternidad del mundo, y de la divinidad de los elementos. Más manchada estaba ésta que aquélla. Si ésta se pudo limpiar, ¿por qué no aquélla? [14]

§. VII

25. La acusación contra la Filosofía Cartesiana, de que conduce al Ateísmo, en cuanto se funda precisamente en la impiedad del Cartesiano Espinosa, también es de ningún momento, y también se puede retorcer contra los Aristotélicos. Benito Espinosa fue Cartesiano y Ateísta; pero no nació en él el Ateísmo del Cartesianismo. Profesó este hombre primero el Judaísmo, como hijo

de padres Judíos, que fugitivos de Portugal, hicieron en Amsterdam su asiento, y habiendo llegado a alcanzar las implicaciones de aquella secta, después que inútilmente buscó en los Doctores de ella solución en sus dificultades, antes incurrió su ojeriza por la duda; la abandonó, renunciando al mismo tiempo a toda Religión. Algunos dicen que mucho antes tenía ocultas en su espíritu las semillas del Ateísmo, comunicadas por un Médico Alemán, en cuya Escuela (que la tenía de Gramática) había estudiado la latinidad. Otros por el contrario pretenden, que mucho después de acabar todos sus estudios, cuando ya escribía libros, le llevaron a este precipicio sus cavilaciones: porque en la demostración geométrica de los Principios de Descartes, que imprimió a los treinta años de edad, se muestra muy distante del Ateísmo. Cualquiera de las dos cosas que se diga, parece que no vino de la Filosofía de Descartes el ateísmo de Espinosa.

26. He dicho que la acusación, que por este lado se hace a la Filosofía Cartesiana, se puede retorcer contra la Aristotélica. Averroes, el más fino sectario de Aristóteles que tuvieron los siglos, no profesó, por lo menos al fin de sus días, Religión alguna. Descartaba la Cristiana, diciendo que era imposible a causa del Misterio de la Eucaristía; la Judaica, despreciándola con el nombre de religión de niños, por razón de las muchas ceremonias; y la Mahometana llamándola religión de brutos, porque sólo mira al placer de los sentidos. Julio César Vanini, natural de la Pulla, y quemado en Tolosa de Francia por Ateísta el año de 1619, después de haber peregrinado varias tierras, [15] sembrando su error con disimulo, no siguió otra Filosofía que la de Aristóteles, estudiada en los Comentarios de Averroes. Si dos Ateístas Aristotélicos no prueban contra la Filosofía de Aristóteles, tampoco un Ateísta Cartesiano probará contra la Filosofía de Descartes.

{(a) Al famoso Ateísta *Vanini* dimos el nombre de *Julio César*. No se llamaba así. Éste es nombre que él se suponía, o atribuía. El suyo propio era *Lucilio*.}

27. Desechado, pues, este argumento como insuficiente para la acusación intentada, porque cuando más, prueba la compatibilidad, no la conexión de esta, o aquella filosofía con la impiedad; lo que únicamente se debe examinar en esta guerra de religión entre

Aristotélicos, y Cartesianos, es, si este, o el otro sistema Filosófico por su misma naturaleza envuelven el riesgo de caer en la irreligión; o por legítima consecuencia infieren algún dogma, que sea contra la doctrina revelada. Esto pretenden los Aristotélicos contra los Cartesianos; y esto mismo pretenden los Cartesianos contra los Aristotélicos. Veamos el derecho de los unos, y de lo otros.

§. VIII

28. Los Cartesianos, que no admiten otra causa que la primera, la cual con el impulso dado a la materia, maneja esta vasta máquina, sin que las criaturas presten de su parte actividad alguna, pretenden persuadir, que la introducción de las causas segundas en el teatro de la naturaleza, lleva como por la mano el espíritu del hombre a la idolatría. Dicen que la idea de potencia, actividad o influjo, siempre envuelve en su concepto algo de divino; y como potencia suma, arguye divinidad suprema: potencia inferior, o limitada, arguye divinidad inferior, o dependiente: que los Gentiles, no por otro motivo adoraron los Astros, sino por considerarse subordinados a su influjo: que por eso no admitían igualdad en los Dioses: en Júpiter reconocían divinidad suprema, porque le atribuían un poder [16] no limitado: a los demás tenían por inferiores en el poder, a proporción de su limitada actividad: de modo, que en su concepto no era incompatible con la divinidad la subordinación: que en la substancia lo mismo es admitir segundas causas, que conceder segundos Dioses: que el hombre naturalmente se inclina a prestar adoración a aquello, que con su propia actividad intrínseca puede hacerle mal, o hacerle bien: que si los Aristotélicos Cristianos no caen en este precipicio, es porque les tiene la Religión el freno, y el corazón resiste aquella consecuencia, a que su propia Filosofía los impele. Así, con corta diferencia, discurre el P. Malebranche en el capítulo intitulado *De Errore periculosissimo Philosophiae veterum*, que es el 3. de la parte segunda del libro 6, *de Inquirenda veritate*.

29. Yo no puedo acomodarme a creer, que los mismos Cartesianos que hacen esta objeción, la juzguen bien fundada. La

razón es, porque no pueden negar, que prescindiendo de lo que enseña la Fe, la propia razón natural dicta, que es del concepto esencial de la divinidad la independencia. Es verdad que no le entendieron así los antiguos Gentiles, por lo menos los vulgares (de los que entre ellos sobresalieron en sabiduría es disputable). Pero cuantos Aristotélicos no oscurecieron la luz nativa con la superstición heredada, tuvieron siempre, y tienen hoy por contrario a la razón natural el Politeísmo, o multiplicación de Dioses; luego aun prescindiendo del freno de la Religión, la razón natural estorba a los Aristotélicos caer en la idolatría, por más que admitan causas segundas: las cuales, incluyendo en la razón de segundas la subordinación, excluyen la divinidad. Lo que, pues, pienso es, que los Cartesianos, viéndose invadidos por los Aristotélicos con el motivo, o pretexto de Religión, con afectación buscaron en aquel argumento el empate, para hacer también guerra de Religión la suya, pasando de la defensiva a la ofensiva; a imitación del Romano, que para asegurar de Aníbal a Roma, pasó a sitiar Cartago.

30. Con mejor derecho, a mi entender, proceden los [17] Aristotélicos contra los Cartesianos. Es verdad que los Aristotélicos de nuestra España, que apenas tienen otra noticia de la Filosofía de Descartes, sino que niega todas las formas accidentales (como también las substanciales, exceptuando el alma racional), componiendo todos los fenómenos, con Materia, Figura y Movimiento, sin el subsidio de otro ente alguno, están muy débiles en la impugnación de Descartes. Sólo pretenden que la doctrina de este Filósofo es incompatible con lo que la Fe enseña del Sacramento de la Eucaristía; porque en éste quedan accidentes de pan, y vino, sin las substancias de pan, y vino: luego hay formas accidentales, distintas realmente de estas substancias; y si no las hay, quedan en el Sacramento las substancias mismas que antes, contra lo que enseña la Fe. Confirman esto con la condenación que hizo el Concilio Constanciense de esta proposición de Wiclef: *Accidentia panis non manent sine subjecto in Sacramento*. De que se infiere, que la contradictoria: *Accidentia panis manent sine subjecto*, está definida por el Concilio.

31. Esta objeción no es particular contra los Cartesianos, sino común contra todos los Filósofos corpusculistas. Así el Padre

Maignan se hizo cargo de ella, como también, aún con más extensión, su discípulo el Padre Sagüens en los Diálogos que escribió contra el Ilustrísimo Palanco. La solución que dan estos dos Filósofos consiste en distinguir accidentes en sentido Aristotélico, y accidentes en sentido Platónico, o Atomístico; concediendo la permanencia de éstos en el Sacramento, que basta para verificar la definición del Concilio Constanciense. Accidentes en sentido Atomístico llaman las representaciones pasivas del pan, y del vino, respectivas a nuestros sentidos, y causadas por la acción de Cristo, que en cuanto a esto suple en el Sacramento la acción del pan, y del vino.

32. Cómo Cristo pueda suplir las acciones objetivas de aquellas dos substancias respecto de nuestras potencias, se explica fácilmente en la Filosofía corpuscular, de modo, que aunque el modo es milagroso, hay menos [18] resistencia de parte de la razón, y tiene menos que vencer la Fe para asentir a este milagro, que a la separación de los accidentes Aristotélicos. A la verdad, aunque en el Concilio Constanciense se dio el nombre de accidentes a aquello que queda, informando nuestros sentidos después de la consagración; en el Concilio Lateranense debajo de Inocencio Tercero, en el Florentino debajo de Eugenio Cuarto, y en el Tridentino, sólo se le da el nombre de *Especies*: voz que cuadra mejor a los accidentes Atomísticos que a los Aristotélicos.

33. En vano se dio varios movimientos, jugando de toda su agudeza metafísica el Ilustrísimo Palanco, para derribar esta solución. Contra todos sus conatos la mantiene con solidez el Padre Sagüens. Y lo más es, que a algunos Aristotélicos es preciso valerse de ella para salvar en el Sacramento las apariencias de algunos accidentes del pan, y del vino, que contra los demás Aristotélicos juzgan indistintos de las substancias. El Maestro Poncio dijo, que la raridad, y densidad son indistintas de la substancia del cuerpo. El Padre Oviedo puso identificada con el cuerpo la figura. El Padre Arriaga negó que fuesen accidentes distintos de la substancia la gravedad, y la humedad. Muchos Aristotélicos modernos constituyen ya el olor, no en cualidad superádita, sino en la acción de los efluvios substanciales de los cuerpos odoríferos sobre el órgano del olfato. En estas sentencias es preciso explicar la figura,

la gravedad, la densidad, la humedad, el olor que perciben nuestros sentidos después de la transubstanciación, recurriendo a las apariencias, o representaciones pasivas, causadas milagrosamente, sin entidades accidentales Aristotélicas, separables de las substancias de pan, y vino: pues estos Autores no admiten entidades accidentales de figura, humedad, olor, &c. separables de las substancias.

34. Y es bien entiendan todos los Aristotélicos, que de todos los escritos de los Padres Maignan, y Sagüens no se borró hasta ahora ni una tilde, ni en Roma, ni en España. El doctísimo Maignan leyó en Roma toda su Filosofía con [19] general aplauso. Lo que me pareció advertir aquí por aquellos rígidos sectarios de Aristóteles, que (como dice el Sapientísimo Jesuita Dechales {(a) *Lib. 2. de Magnete, prop. 8.*}) sólo al oír nombrar átomos, o corpúsculos, se llenan de horror: *Solo nomine corpusculorum exhorrescunt*; y a toda la Filosofía corpuscular quieren arrojar al fuego como herética, o por lo menos sospechosa de herejía.

35. Abandonando, pues, aquel argumento como insuficiente, voy a ver si por otros capítulos es digna de nota la Filosofía de Descartes, en particular como poco acorde a los Dogmas de nuestra Fe, reservando para después decir algo de los demás sistemas de la Filosofía corpuscular.

Nota

Con las Obras del Padre Sagüens andan dos libritos, intitulados el uno *Sistema gratiae*, el otro *Accidentia profligata*. En este segundo, quaest. 3. art. 5, en la respuesta al primer argumento se dice, que el Cuerpo de Cristo verdaderamente se divide en la Eucaristía cuando se quiebra la Hostia. Esta doctrina parece ser manifiestamente contra la del Concilio Tridentino, ses. 13, can. 3, donde se define, que debajo de cualquier parte de la Hostia está todo entero el Cuerpo de Cristo: pues si éste se dividiese en la confracción de la Hostia, quedaría no más que una parte del Cuerpo en una parte de la Hostia, y otra en otra. Pero se advierte, que esta proposición, la cual como se profiere en el lugar citado, es opuesta a la definición

del Concilio, se halla explicada por el mismo Autor más adelante a la pág. 269, de modo, que se quita la oposición, aunque la explicación no carece de dificultad; y también es reparable que se interpusiesen tantas hojas entre la una proposición, que tiene mal sonido, y la explicación, que le quita la disonancia. [20]

Examen del sistema cartesiano

§. IX

36. Verdaderamente en este sistema descubro varios capítulos dignos de reparo. El primer tropiezo está en la primera basa, sobre que Descartes quiere erigir toda su filosofía. Pretende este Filósofo, que para entrar a filosofar rectamente, niegue primero, o suspenda el entendimiento todo asenso a cuantas verdades tenía admitidas: que dude de todo, hasta de la existencia de Dios, y del Mundo; y hecho esto, empieza la planta de la nueva Filosofía por aquella demostración de la existencia propia: *Yo pienso: luego tengo ser: Ego cogito: ergo sum*. Esta duda previa, que pide Descartes (si nos la pide seriamente), es imposible, sin saltar al precepto negativo de la Fe, que nos prohíbe todo acto de duda, aun por breve momento, en las verdades reveladas; y es imposible dudar de la existencia de Dios, y del Mundo, sin dudar de todos los Misterios.

37. Constituye Descartes la materia por la extensión actual, y dice juntamente, que donde quiera que el entendimiento concibe extensión, la hay realmente: de donde infiere, que el espacio que llamamos imaginario fuera de la superficie convexa del Cielo Empíreo, es espacio no imaginario, sino real, pues allí concibe el entendimiento extensión, según las tres dimensiones de longitud, latitud y profundidad; pudiendo señalar allí la longitud de una vara, la distancia de una legua, &c. y como esta idea, dice Descartes, es innata, que es lo mismo que impresa por el Autor de la Naturaleza, no está sujeta a engaño alguno.

38. De esta doctrina se infieren dos pestilentes consecuencias. La primera, que el Mundo es infinito: pues si el espacio, que llamamos

imaginario, es real, y consta de verdadera y positiva materia, como éste no tiene término, se infiere evidentemente que tampoco el Mundo (entendiendo por Mundo la universidad de todo lo que Dios crió) le tiene. Responde Descartes, que no es infinito el Mundo, [21] sino indefinito, porque son indesignables sus términos. Pero esto sólo es jugar de voces; pues a poca reflexión que se haga se conocerá, que de aquella doctrina no sólo se infiere que son indesignables los términos del Mundo, sino que realmente no los hay; y, así, que lo que se llama indefinitud de parte de la cosa significada, es verdadera infinitud.

39. La segunda consecuencia que se infiere es, que antes que Dios criase cosa alguna ya había materia existente: pues en este mismo espacio que ocupa el Mundo, considerado antes que Dios le criase, se concibe extensión del mismo modo que en aquel espacio que está fuera del Cielo Empíreo: luego ya antes había verdadera extensión (porque ésta es una idea innata, como la otra), y por consiguiente verdadera materia: luego la materia es increada, y por consiguiente existente ab eterno con existencia necesaria.

40. Otro absurdo terrible (además de los dos expresados) se sigue de la constitución de la materia por la extensión local, actual; y es que, como el Cuerpo de Cristo esencialmente es material, estará actualmente extenso con extensión local en el Sacramento de la Eucaristía. Esta ilación es tan necesaria, que ya uno, u otro Cartesiano, abandonando a su Jefe, constituyen la materia por la extensión aptitudinal; a lo que no se opondrá Aristotélico alguno: pues la esencia de cualquiera cosa es aptitudinalmente todas sus propiedades; que es lo mismo que decir, que es raíz de todas ellas. Pero explicarla sólo de este modo es dejarla sin explicación.

41. Dice Descartes, que el vacío es tan repugnante en el Universo, que ni Dios con su absoluto poder le puede inducir. Esta doctrina es secuela necesaria de la que acabamos de examinar: porque haga Dios cuanto pueda, siempre en cualquiera espacio contenido dentro del Universo se imaginará extensión, y por consiguiente habrá en él, según Descartes, verdadera materia. Pero asentada la repugnancia del vacío, se infiere que Dios no puede aniquilar la materia contenida en algún determinado espacio, sin [22] criar otra cosa que le llene; y esto es limitar mucho la

Omnipotencia. De hecho Descartes aún la limita más, pues da por absolutamente imposible la aniquilación de cualquiera ente. Véase mi primer Tomo, discurso XIII, núm. 2, donde se propone el fundamento de Descartes, y se muestra su futilidad.

42. La formación del Universo, según el sistema Cartesiano, parece incompatible con lo que nos enseña la Sagrada Historia de la Creación del Mundo. Véase el Discurso citado, núm. 12.

43. Adoptó Descartes para su Física al ingenioso sistema del Mundo de Nicolao Copérnico, que ponía el Sol inmoble en el centro, y atribuía a la Tierra los movimientos que quitaba al Sol. Esta sentencia, aunque corresponde exactamente a todos los fenómenos, y atendidas solamente las razones físicas, es muy defensable, tiene contra sí varios textos de la Escritura, en que se significa el movimiento del Sol y la inmovilidad de la Tierra. Y sin embargo de que los Copernicanos responden, que la Escritura en las cosas puramente físicas, se atempera al modo común conque los hombres las explican, y entienden, para lo cual alegan algunos ejemplares, el Tribunal de Inquisición de Roma prohibió la aserción de este sistema, permitiendo sólo usar de él, como hipótesis para la explicación de los fenómenos.

44. Finalmente, la constitución maquinal de los brutos tiene un terrible resbaladero, no sé si hasta ahora observado. Dice Descartes, que los brutos son máquinas inanimadas, y que sus movimientos no son dirigidos por algún conocimiento, o sensación, sí sólo resultantes de la disposición mecánica de sus cuerpos, como en la paloma de Architas o en las estatuas de Dédalo. Su fundamento es, porque si tuviesen algún conocimiento o sensación, éste no podía provenir de la materia, pues a la materia repugna todo conocimiento; y así, para los Cartesianos, alma material es pura quimera: luego sería preciso admitir en ellos espíritu, o alma espiritual, y por consiguiente inmortal: [23] pues la inmortalidad del alma racional sólo se prueba de su espiritualidad. Luego para no caer en este absurdo, es preciso confesar, que los brutos son máquinas inanimadas, desnudas de toda sensación.

45. La máxima en que estriba este argumento (en la mente de Descartes demostrativo), es muy ocasionada a conducir los espíritus a otra consecuencia, muy diferente de la que intenta Descartes.

Pongamos que todos los hombres (como Descartes quiere) se persuadan a que alma material repugna, y asimismo repugna conocimiento, o sensación, que no sea parto de alma espiritual. Asentado esto, pregunto: ¿Creerán todos, que los brutos no tienen alguna alma, ni ven, ni huelen, ni oyen, &c.? Me parece que no, porque la experiencia sensible, a que es muy difícil negar el asenso, les está continuamente intimando lo contrario; y así los más de los hombres miran la constitución maquinal de los brutos como delirio. Dirán los Cartesianos, que asentado aquel antecedente, no pueden menos de asentir a esta consecuencia. Pero yo digo, que no los precisa metafísicamente a ella el antecedente concedido, sino a otra consecuencia disyuntiva; esto es, que, o no tienen alma los brutos, o es espiritual la que tienen: y muchos por no poder asentir a la primera parte contra el informe de la experiencia, abrazarán la segunda de la disyuntiva. Supuesto esto, les entra la duda, de si aquella alma es inmortal, y cualquiera cosa que resuelvan dan en un precipicio: porque si es inmortal, es fuerza asentir a la transmigración Pitagórica, o a otro delirio semejante. Y si es mortal, no obstante su espiritualidad, cae por el suelo la razón filosófica, y única, conque se prueba la inmortalidad de la alma racional. Abierta esta brecha, queda una puerta muy ancha al Ateísmo.

46. Opondráseme la experiencia de los muchos Cartesianos que hay Catolicísimos, los cuales, sin embargo de estar persuadidos a que repugna alma material, no infieren de ahí que la tengan espiritual los brutos, sino que carecen de toda alma. Respondo, que supuesto aquel antecedente, [24] podrán asentir a esta consecuencia algunos de especial agudeza, y muchas noticias Anatómicas, Filosóficas y Mecánicas; pero para los que no alcanzan tanto, es totalmente incomprehensible que las varias acciones que ven en los brutos, sean efecto de un puro mecanismo; y en éstos es en quienes digo yo que está el riesgo. Fuera de que siendo el antecedente indiferente a una, y a otra consecuencia, no es fácil saber si hay algunos cartesianos, que en el fuero externo deducen, que los brutos no tienen alma: y en el interno infieren que la tienen espiritual. No es lo que se siente lo que se dice, cuando es delito decir lo que se siente. Pasemos ahora a examinar la Filosofía corpuscular en general.

§. X

47. Tan lejos estoy de condenar la Filosofía corpuscular en toda su extensión, como de abrazarla en toda su latitud. Paréceme que en la explicación de los efectos naturales, ni para todo se han menester las formas Aristotélicas, ni todo se puede componer con el mecanismo. Pero siendo aquí el intento únicamente averiguar si en esta Filosofía hay algo peligroso hacia la Religión, diré sobre este asunto mi dictamen.

48. Si los Filósofos Corpusculistas limitasen la exclusión de las formas Aristotélicas substanciales y accidentales a las cosas insensibles, no veo por dónde se pudiese formar su doctrina ilación alguna contra los Sagrados Dogmas. Negar forma substancial adecuadamente distinta de la materia a los brutos, tiene el inconveniente que arriba queda manifestado contra Descartes. Negar toda cualidad espiritual distinta de la substancia, es muy difícil de componerse con la libertad de nuestros actos, los cuales si no son efectos verdaderamente procedidos de la voluntad, y distintos de ella, mal se entiende su dependencia del albedrío. Extender hasta el orden sobrenatural la exclusión de las [25] formas accidentales, deja bien arduo el componer todo el sistema de la Gracia; y especialmente la misma Gracia santificante, que intrínseca, y formalmente nos hace justos, ¿qué puede ser sino una forma accidental, que intrínsecamente informa nuestras almas?

49. Bien sé que se hicieron cargo de todas estas dificultades y respondieron a ellas los Padres Maignan y Sagüens. Sé también, que ni su doctrina, ni sus respuestas están condenadas. Impugnarlas pedía mucha mayor prolijidad que la que permite el asunto de mi obra, en la cual sólo podía entrar por vía de digresión.

50. Así sólo notaré, que cualquiera de los nuevos sistemas filosóficos, aunque sea absolutamente compatible con la doctrina revelada, tiene un grave inconveniente contra la Teología Escolástica: porque como ésta, desde Santo Tomás, empezó a explicarse siguiendo el sistema filosófico de Aristóteles, zanjada ya

de este modo en todas las Escuelas, y en todos los Libros esta gran fábrica, no puede sin mucho dispendio derribarse, para erigirse sobre nuevos cimientos en otra forma.

51. Ni a la verdad la filosofía Aristotélica, que se enseña en las Escuelas, embaraza a los demás Filósofos que se apartan de Aristóteles; pues aquélla, si se mira bien, es una pura metafísica, cuyos conceptos son explicables en cualquier sistema físico. Quiero decir, que los conceptos de materia, forma, substancia, accidente, cualidad, &c., tomados metafísicamente, son verificables en todos los sistemas. Así los explicó todos en el cartesiano el célebre discípulo de Descartes Jacobo Rohol.

52. Por tanto, los que se dedican a la Filosofía, mirándola, no precisamente como escala para subir a la Teología Escolástica, sino como un instrumento para examinar la naturaleza, pueden, sin sujetarse servilmente al Peripatetismo, buscar la verdad por el camino que les parezca más derecho; pero sin perder jamás de vista los Dogmas Sagrados, para no tropezar en alguna sentencia filosófica incompatible con cualquiera de ellos. [26]

53. Esta consideración faltó a tal cual Filósofo de estos tiempos, señaladamente a Renato Descartes, el cual juzgaba desembarazarse bastantemente de las objeciones Teológicas, que le hacían, respondiendo que discurría sólo como Filósofo natural, y no se metía en las cosas sobrenaturales. Esto es lo mismo que si un Piloto, a quien representasen, que según la observación de las Estrellas, iba errada la navegación, respondiese, que él navegaba por el Mar, y no por el Cielo. Los Dogmas Filosóficos necesariamente son falsos, en cuanto no fueren conciliables con los revelados. El Filósofo natural no ha de perder de vista la Fe, como el Piloto nunca ha de abandonar la consideración del Polo.

54. En lo demás es menester huir de dos extremos, que igualmente estorban el hallazgo de la verdad. El uno es la tenaz adherencia a las máximas antiguas: el otro, la indiscreta inclinación a las doctrinas nuevas. El verdadero Filósofo no debe ser parcial, ni de este, ni de aquel siglo. En las Naciones extranjeras pecan muchos en el segundo extremo: en España casi todos en el primero.

55. Pero en todas partes tienen las novedades Filosóficas unos grandes enemigos en los Profesores ancianos. Estos, o por el amor

que con el largo trato cogieron a la Escuela que siguen, o porque consideran como matrimonio indisoluble el que hicieron con la doctrina estudiada, con todas sus fuerzas resisten toda novedad. Esto entre tanto que las cosas están en el equilibrio de la opinión, puede llamarse constancia; y en todo caso debe mantenerse en la posesión la doctrina antigua, mientras no presente mejores derechos la nueva. Pero cerrar los ojos al examen de los fundamentos, tratar de quimérica la sentencia opuesta, como hacen muchos, sin saber en qué se funda, no es constancia, sino ceguera, y es incurrir en la injusticia de condenar la parte que no es oída. Y lo que es peor, no faltan algunos, que llegando a desengañarse de la falsedad de sus ancianas opiniones en este, o en aquel punto Filosófico, no quieren confesarlo, o porque tiene por oprobio la [27] retractación o porque juzgan desdoro suyo, que los que son más nuevos que ellos logren el triunfo de dar a conocer que hallaron la verdad, que ellos inútilmente, y por senda errada buscaron tanto tiempo. Aquí lo de Juvenal:

> *Vel quia turpe putant parere minoribus, & quae*
> *Imberbes didicere, senes spernenda fateri.*

Creo que no hay peripatético de mediano juicio, que examinando los argumentos que hay para negar la existencia de la Esfera del fuego en el cóncavo del Cielo de la Luna, no los reconozca invencibles. Con todo, rarísimo se halla, que en el exterior se aparte de la opinión común de la Escuela.

Discurso segundo

Historia Natural

§. I

1. Que las fábulas, que se introducen en la Historia Civil, una vez admitidas, se eternicen en la creencia de los hombres, no hay que extrañar; porque los sucesos, y siglos pasados no hay modo de hacerlos otra vez presentes, para explorar cuánto se alteró la verdad de ellos, o por la poca sinceridad, o por la mucha credulidad de los Historiadores. Pero que con las fábulas, que se introdujeron en la Historia Natural, suceda lo mismo, es digno de la mayor admiración: porque siendo la naturaleza siempre la misma, siempre tenemos a los ojos el desengaño. Ésta es prueba concluyente de que el vulgo es de cera [28] para admitir las impresiones de las fábulas, y de bronce para retenerlas.

2. En ninguna materia hay tanta pobreza de Escritores juiciosos, y fieles como en la Historia Natural. El Canciller Bacon, que sin duda leyó mucho, dice que no halló escrito algo sobre las maravillas de la naturaleza digno de fe: *Narrationem gravem, & severam de heteroclitis, & mirabilibus naturae diligenter examinatam, & fideliter descriptam non invenio* {(a) *De Augment. Scient. lib. 2*}.

3. No por esto acusaré la poca veracidad, antes la sinceridad nimia de los Escritores; de los cuales unos no hicieron más que trasladar sin examen lo que hallaron en otros, y los primeros escribieron lo que oyeron al más despreciable Viajero. Ni uno hay que no haya incurrido en esta, o aquella nota. ¿Qué hay que

extrañar esta facilidad en Plinio (hombre ciertamente muy otro de lo que piensa el vulgo, pues fue severamente veraz), si Aristóteles con toda su Filosofía cayó en la misma ligereza? ¡Cuántas cosas totalmente increíbles escribió en el libro *de Mirabilibus auscultationibus*! Allí se lee, que en Sicilia hay un Lago, donde si se meten los animales ahogados, recobran la vida (muy olvidado estaba el Filósofo cuando escribió esto de aquella gran máxima suya, que no hay regreso de la privación a la forma): que en la Isla de Chipre hay un territorio, donde siembran el hierro dividido en menudos trozos, y con el beneficio del riego produce, y crece como las plantas, de modo, que a su tiempo se hace cosecha de hierro, como pudiera de lino: que en Capadocia las mulas son fecundas (debía de ser de aquel país la que Suetonio dice, que parió en tiempo de Galba): que en Creta los Olmos son fructíferos (con que allí no será tan fuera de propósito, como por acá, el pedir peras al Olmo); y otras muchas cosas de este jaez.

4. No sólo en el libro citado, mas en otras partes de sus obras, mostró Aristóteles su facilidad en creer lo increíble. [29] En el libro quinto de la Historia de los animales, no sólo asiente a la vulgar fábula de la Salamandra; pero añade, que en los hornos de metal de la Isla de Chipre nacen, y se crían en medio de las llamas unas pequeñas avecillas, tan simbólicas con el fuego, que mueren luego que las apartan de él. En que se debe notar una grave inconsecuencia del Filósofo; pues en el libro segundo de la generación de los animales dice, que el fuego no engendra animal alguno.

5. Plinio no hizo más que juntar lo que halló en Aristóteles, y otros antiguos, cuyo catálogo se halla al principio de la tabla de cada libro de su Historia Natural. No fue mentiroso como cree el vulgo, sino crédulo; y aún no tanto como otros, que le precedieron, o le siguieron. Con todo es cierto, que no nos dejó la antigüedad obra igual a la suya. Solino fue un mero copiante, o compendiario de Plinio. Todos los que vinieron después hicieron lo mismo, con la advertencia, que muchas cosas que Plinio había referido como dudosas, otros, citando infielmente a Plinio, las escriben como ciertas.

6. En estos últimos siglos, en que abierto el comercio de las

Naciones más extrañas, se gira el mundo con facilidad, se ha eximido de infinitas fábulas autorizadas por los antecedentes Escritores. Ya se sabe que en ninguna parte de la Tierra hay Pigmeos, ni Ojancos, ni Hipógrifos, ni hombres con cabezas caninas, ni otros con los ojos en el pecho, ni aquellos de pie tan grande, que con él hacen sombra a todo el cuerpo, u otras monstruosidades semejantes. Con todo, aún ha quedado mucho que purgar en la Historia Natural, por la obstinación de algunos modernos en trasladar ciegamente las patrañas que dejaron escritas los antiguos.

7. Nada leí con más admiración que las maravillas que refiere de la Isla de Irlanda el Padre Ricardo Arsdekin en la breve noticia del Orbe, que da en el tomo primero de la Teología Tripartita. Este Religioso, y Docto Escritor, que era natural de aquella Isla, pudo fácilmente informarse de [30] la verdad; pero tuvo por más cómodo trasladar quimeras de otros Historiadores, que tomarse aquel ligero trabajo: y así él mismo afirma, que aquellas noticias son sacadas de varios Autores. Norabuena que le pasemos que hay en Irlanda un lago, donde si se fija un palo largo, la parte que penetra la tierra se convierte en hierro, la que está en el agua en piedra; y la que queda fuera del agua retiene el ser de madera. Creámosle también, que en la Provincia de Momonia hay una fuente, con cuya agua, si se lava alguno, se encanece todo al momento, y al contrario en la de Ultonia hay otra, que con el mismo uso ennegrece el pelo cano. ¿Pero quién oirá sin risa, que en la parte boreal de Momonia hay dos pequeñas Islas, en una de las cuales no puede entrar ningún animal del sexo femenino sin morirse al momento; y en la otra nadie puede morir de enfermedad; de suerte, que los que enferman gravemente, sin esperanza de convalecer, para librarse de los molestísimos dolores, que los afligen, se hacen sacar de aquella Isla para morir?

8. Señalar todas, ni aun la mayor parte de las fábulas, que se han introducido en la Historia Natural, sobre ser empeño muy superior a mis fuerzas, y que pedía muchos volúmenes, no es propio de mi asunto, el cual en ninguna materia abraza todos lo errores, sí sólo los comunes; y así me ceñiré a desengañar de algunos, a quienes puede darse este nombre, por estar bastantemente extendidos en el vulgo.

§. II

9. Lo primero que ocurre son los animales fabulosos, en cuya clase pongo el Fénix, el Unicornio, o Monoceronte, el Basilisco, la Salamandra, la Rémora, y aquel animal innominado, de quien se dice sacarse la piedra preciosa llamada Carbunclo.

10. Del Fénix ya dijimos algo en el Discurso duodécimo del primer tomo: ni es menester decir más, pues no es creída de tantos esta fábula, que pueda llamarse con propiedad error común. Y si no le hubiesen menester para símil [31] los Oradores, y Poetas, creo que ya ni el nombre de Fénix hubiera quedado en el mundo.

11. La cuestión de si hay Unicornio es harto enredosa. Si se consultan los Autores, no es fácil saber si son más los que afirman su existencia, o los que la niegan. Sólo es cierto que hay muchos por una, y otra parte. Si se miran las astas, que en varias partes se muestran como de Unicornio, se hallan diferentísimas en color, magnitud, y figura.

12. En una cosa están convenidos, o todos, o casi todos los Naturalistas; y es, en que hay alguna, o algunas bestias, que tienen sola una asta en la frente. Por tales señalan ya el Asno Índico, ya la Rupicabra Oriental, ya otra llamada Origes, ya no sé qué bueyes de la Etiopía. Esto basta para salvar los Textos de la Escritura, donde se nombra el Unicornio: pues verdaderamente el riguroso significado de esta voz no pide más.

13. Pero hoy comúnmente por el Unicornio, en el sentido en que se disputa su existencia, se entiende una bestia de la magnitud, y figura de caballo, que tiene en la frente una asta recta, y larga cinco, seis, o más pies, dotada de virtud alexifármaca contra todo género de venenos.

14. Tomado en este sentido el Unicornio, es para mí muy incierto que haya tal bestia en el mundo, por lo menos entre las terrestres. La razón, para mí fortísima, es no haberse visto hasta ahora en la Aula de ningún Príncipe, donde no faltaría uno, u otro Unicornio, por pocos que hubiese en el mundo. Si una bestia inútil, sólo por ser rara, es buscada con ansia para servir a ostentación de la grandeza, ¿cuánto más lo sería este bruto, que sobre ser raro, trae en la frente un gran tesoro? De Moctezuma se cuenta, que en aquel

Palacio, fabricado en México para habitación de fieras, y aves de rapiña, tenía cuartel determinado, donde hacía recoger animales ponzoñosos: y habiendo habido Príncipe que buscaba aquellas sabandijas famosas, sólo por la malignidad del veneno, ¿no habrá muchos que soliciten aquella fiera, donde la naturaleza depositó el antídoto? [32]

15. Dicen algunos Autores, que es de tan extraña ferocidad, que jamás deja prenderse. Pero esto no tiene alguna verosimilitud: pues si el León, siendo, según el testimonio del Espíritu Santo en los Proverbios, el más valiente de todas las bestias, se rinde a la industria del hombre, no es de creer que haya alguna fiera privilegiada de ser prisionera suya. Alberto Magno por el contrario hace su rendición sumamente fácil, pues dice, que presentándole una doncella, se llega a ella amorosa, y reclinándose en su seno, queda dulcemente dormido. Otros cuentan esto del Rinoceronte; pero yo no creo que haya brutos tan racionales. Y si fuese verdad lo que dice Alberto, o copió de Juan Tzetzes, podrían estar las Cortes del África, y de la Asia llenas de Unicornios.

16. Aléganse Marco Paulo Veneto, que dice los hay en no sé qué partes remotas de la Asia; y Ludovico Romano, que testifica haber visto dos en Meca; pero estos dos Autores a nadie deben hacer fuerza. Marco Paulo Veneto refiere muchas cosas increíbles, como del ave prodigiosamente agigantada, llamada Ruc, que arrebata un Elefante, y vuela con él en las garras para alimento de sus pollos. Es verdad que el Petrarca, habiendo hallado esta noticia en la Relación de Marco Paulo Veneto, la pujó bien; pues dice, que hay aves de esta misma especie tan grandes en el Mar de la India, que se llevan pendientes por el aire Navíos enteros, con la gente que hay en ellos. Verdaderamente las mentiras tienen la propiedad que se atribuye a las Serpientes, de ir creciendo siempre sin término.

17. Ludovico Romano no fue más veraz que Marco Paulo. Él fue quien nos trajo a Europa la fábula (adoptada después por Eusebio de Nieremberg, y otros muchos) del Rey de Cambaya, o Camboya, que por haberse alimentado desde niño con veneno, mataba con el aliento, y con el tacto a cuantos se le acercaban; como si el veneno, pasando a alimento de un hombre, no dejase ya de ser veneno.

18. Podría ser admitido como testigo más seguro, si lo fuese de

vista, el Padre Jerónimo Lobo, Jesuita, que viajó mucho tiempo por el África; y en una relación que hizo de varias curiosidades, y se halla en el cuarto Tomo de Tevenot, dice que se hallan los Unicornios en la Provincia de Agaos, parte de Reino de Damota (está en la Etiopía este Reino). Pero este Autor sólo testifica, que lo oyó decir; y por otra parte, al empezar a tratar del Unicornio, dice: *Que aunque se habla mucho de este animal, por más diligencias que se han hecho, no se ha podido saber si efectivamente le hay en el mundo*.

19. Algunas Historias que hay de cuernos de Unicornio, conque se regalaron unos Príncipes a otros, son tan abiertamente falsas, que hacen dudosas todas las demás. Manuel Meterano, citado por Gaspar de los Reyes, refiere que el Gran Señor le envió a Felipe Segundo doce de estas astas, cada una de la longitud de más de diez y siete palmos. ¿Dónde se sepultó tan magnífico presente, que nadie le ha visto por acá? ¿En qué país nacieron esos Unicornios gigantes de su especie, que crecieron tan enormemente sobre todos los demás? Donde se debe notar también, que en Gesnero se lee que el Senado de Venecia regaló al Gran Señor con una asta de Unicornio, teniéndola por presente digno de aquel Soberano; y no es fácil adivinar por qué en Constantinopla haya una vez tanta abundancia, y otra tanta escasez de Unicornios, que unas veces se despachen por docenas, y otras se reciban con estimación por unidades.

20. Empero nos resta una grave dificultad que desatar; y es, que en algunas partes se muestran unos cuernos derechos, y largos, cuales se pintan los de los Unicornios, y se debe creer serlo, pues no son de algún animal de los conocidos: por lo menos el argumento conque probamos que no hay tal bruto en el mundo, porque no se vio en alguna Corte, ya queda sin fuerza; pues sean de la especie que quisieren los que produjeron aquellas astas, es cierta su existencia, y también es cierto, que no se ven en las Cortes. [34]

21. Esta dificultad se puede disolver de muchos modos, según las varias sentencias de los Autores. Algunos dicen, que hubo estos brutos en el mundo; pero que se extinguió la especie, y que de los que hubo un tiempo nos quedaron estos despojos. Otros responden, que los cuernos que se muestran son artificiales, hechos de huesos de Ballenas. A este sentir le da no poca probabilidad el que los más famosos que hay en Europa son bastantemente varios en la figura.

El que tiene el Monasterio de S. Dionisio de París, largo siete pies, es torneado en forma espiral; el que se muestra en el tesoro de la Iglesia Catedral de Estrasburgo, casi del mismo tamaño, es seguido sin espiras.

22. Otros en fin dicen que los animales que producen esas astas no son terrestres, sino marinos. Esta sentencia tengo por muy probable. Olao Magno, Gesnero, Miguel Etmulero en el Colegio Farmacéutico; y últimamente Francisco Willugbeyo en su Historia de los Peces, que se imprimió en Londres de orden, y a expensas de la Sociedad Regia, aseguran que hay en los Mares Septentrionales un Pez del género cetáceo, armado de un cuerno muy largo, en todo semejante a aquellos que en los tesoros de los Príncipes se muestran con el nombre de astas de Unicornios. Jacobo Primerosio dice que vió dos cabezas de estos Peces, traídas de la Groelandia a Inglaterra. Así no me inclino a que hay Unicornio, o Monoceronte, no en las selvas, sino en las ondas. [35]

{(a) Monsieur Picard en la Relación del viaje que hizo a Dinamarca, y se halla estampada en el tom. 7. de la Historia de la Academia Eeal de Du-Hamel, confirma la opinión que proponemos en el citado número. *En Rosemburg*, dice*, que es un Castillo de recreación de su Majestad, hay un trono hecho enteramente de estos que llaman cuernos de Unicornios, de los cuales hay uno en Francia en el Tesoro de S. Dionisio. La verdad es, que este es cuerno de un Pez, que se halla en el Mar del Norte*.

2. Pero en el Diccionario Universal de Trevoux leemos, que no es cuerno, sino diente de aquel Pez. Llámase este Pez en unas partes *Narval*, en otras *Roart*. Cítanse en dicho Diccionario la Peirere en su Relación de la Groenlandia, y Charras en su Farmacopea. Este diente [35] sale de la delantera de la mandíbula superior del Pez, y le sirve de arma para atacar las mayores Ballenas, porque le mueve con tan fuerte impulso, que es capaz de romper un gran Bajel. Añádese en el lugar citado, que no son otra cosa los que con nombre de *cuernos de Unicornio* se muestran en varios Gabinetes de curiosos, y que tal es el celebrado, que se guarda en el Colegio de los Jesuitas de París. Éste sale de la parte de la mandíbula superior que hemos dicho, donde tiene un palmo de raíz. Creo que eso sea lo más seguro que hay en la materia.}

23. En cuanto a la virtud Alexifármaca, o contra veneno, son muchos los Autores Médicos, que habiendo probado Unicornios celebrados, dicen, que no hallaron tal virtud en ellos. Los que la defienden responden, que como el Unicornio legítimo es rarísimo, todas esas experiencias se hicieron con los adulterinos. Este litigio no puedo yo determinarle. Sólo diré que no puedo creer que el Unicornio sea antídoto universal contra todo género de venenos, como comúnmente le suponen los que defienden su virtud alexifármaca. Tan imposible es antídoto universal para todos los venenos, cono remedio universal para todas las enfermedades; porque como las enfermedades son diversas, y aun encontradas, también los venenos son distintos, y aun opuestos en el modo de obrar; v. gr. unos coagulan la sangre, y otros la disuelven.

§. III

Basilisco

24. De la triaca, invirtiendo el orden, pasamos al veneno. No me opongo a que haya una sabandija llamada Basilisco, de tan activa ponzoña, que con sólo el vapor que exhala infeccione a alguna distancia: que sea enemigo de toda la naturaleza, que tale los campos, marchite las selvas, rompa los pedernales, ahuyente, o mate todos los demás animales ponzoñosos (exceptuando únicamente la Comadreja, que dicen le acomete intrépida; pero quedan entrambos muertos en la batalla, como Petreyo, y Juba): que tenga en la cabeza una especie de corona, por cuya razón se llama Régulo, como en señal de superioridad [36] a todos los demás vivientes venenosos;

25. Pero negaré constantemente, por más que lo afirmen muchos Autores, que mata con la vista, y con el silbo. La vista no es activa, sino dentro del propio órgano. El objeto le envía especies; pero ella nada envía al objeto. El silbo tampoco imprime cualidad alguna, ni en el ambiente, ni en otro cuerpo: sólo mueve con determinadas ondulaciones el aire, las cuales propagándose, llegan a producir un movimiento semejante en el tímpano del oído.

26. Ninguna Historia fidedigna testifica la experiencia. Gaspar

de los Reyes, citando a un tal *Porta*, a quien califica *Coleta del Sacro Palacio* dice, que, estando Alejandro en el sitio de una Ciudad de la Asia, un Basilisco, animado en un agujero del muro, enfrente del Ejército, le mató con su vista mucha gente, de modo que había día, que a las flechas que vibraba de sus ojos morían 200 Soldados. Quisiera que me dijera Porta, pues no estuvo presente al hecho, en qué Autor antiguo le leyó: pues ni Plutarco, ni Arriano, ni Q. Curcio, que son los tres Escritores famosos de las Conquistas de Alejandro, le refieren. Fuera de que un Basilisco en la Asia sería cosa peregrina; porque los Naturalistas los suponen nacionales de la África; y aun algunos los estrechan a la Provincia de Cirene. Así esta Historia no tiene más verdad que la que se lee en Alberto Magno de los dos Dragones metidos entre unos montes de Armenia, que infeccionando a larga distancia el ambiente, mataban muchos caminantes, sin que se supiese la causa del estrago, hasta que Sócrates, de orden de Filipo, Rey de Macedonia, la examinó, y descubrió, fabricando una altísima torre, y colocando en su mayor altura un espejo de metal, donde se representaron los dos Dragones. Esta narración evidentemente es fabulosa, pues Sócrates no fue contemporáneo de ninguno de los Filipos de Macedonia.

27. Volviendo al Basilisco, digo, que con más razón se debe repudiar como falso, que esta sabandija sea veneno de sí misma, mirándose en un espejo, como algunos quieren [37] decir; pues sobre la imposibilidad de que la vista mate, se añade la de que sea al sujeto propio.

28. Jerónimo Mercurial dice, que vio el cadáver de un Basilisco entre las cosas raras del Gabinete del Emperador Maximiliano. Acaso sería como el que se muestra en la Biblioteca Regia de Madrid, el cual es artificial, aunque el Vulgo le juzga natural. Y cuando fuese natural el de Maximiliano, sólo prueba que haya una sabandija de tal figura, cual se pinta el Basilisco, lo cual no negamos, sí sólo que sea tan eficaz su veneno como se dice. Levino Lemnio *de occultis naturae miraculis* {(a) *Lib. 4 cap. 12.*}, nos da la noticia de que en Sajonia hay un género de serpenzuelas semejantes en la figura, pero muy inferiores en la ponzoña, al Basilisco, pues los rústicos del País las acometen, y matan a cada paso. Puede ser que de una de estas fuese el cadáver que vió Mercurial.

29. La que vulgarmente se cuenta de que el gallo anciano pone un huevo, del cual nace el Basilisco, no es sólo hablilla de Vulgares, también tiene por patronos algunos Autores, sin dejar por eso de ser cuento de viejas. Si la vejez del gallo nos hiciese tan mala obra, y el Basilisco fuese tan maligno como se pinta, ya el mundo estuviera poblado de Basiliscos, y despoblado de hombres. Es verdad que el gallo en su última vejez pone un huevo; pero es falso que este huevo sea de tan malas consecuencias como aquel, que según la fábula puso Leda, mujer de Tíndaro, y del cual nació la Famosa Helena, verdadero Basilisco de aquella edad.

30. La fábula del Basilisco puede ser que haya engendrado la de la Catoblepa, que es correlativa suya en la ponzoña; porque así como los ojos del Basilisco matan a quien miran, los de la Catoblepa matan a quien los mira. Esto es lo que dice Plinio; aunque algunos Autores modernos, citando infielmente a Plinio, le atribuyen la misma actividad que al Basilisco de matar mirando. Entre los [38] cuales Fracastorio la engrandece tanto, que dice, que a mil pasos de distancia son mortales las heridas de sus ojos. ¡Oh cuánto mayores monstruos produce el hombre en su fantasía, que la naturaleza en los desiertos de la África!

§. IV

Rémora

31. Aquel pez llamado Rémora, o Echeneis, que haciendo presa en un Navío, le detiene, a pesar del mayor ímpetu del viento, es asimismo un ente de razón. La pintura que hacen de él los Autores es muy varia, y consiste en que nadie le vió sino en sueños. Unos le hacen pequeñísimo, y no mayor que una limaza: otros de un palmo de largo, otros de un codo, otros algo mayor; y no falta Autor que asegure que es el mismo pez que nosotros llamamos Lamprea, explicando mecánicamente, para mayor persuasión, este prodigioso efecto; porque dice, que haciendo presa del timón, y coleando fuertemente a uno, y otro lado, induce un movimiento de titubación en el Navío, conque interrumpe su curso. Si esto fuese verdad, no tuvo Hércules tanta fuerza como tiene la Lamprea. Valentía es del

que lo finge dar a un pequeño pez tanta valentía.

32. La experiencia más decantada de la virtud prodigiosa de la Rémora es la de la Capitana de Marco Antonio, que se dice fue detenida por este pececillo en la batalla Acciaca; pero esta noticia sólo la da Plinio. En los demás Autores no se halla otra Rémora de Antonio que la hermosura de Cleopatra. Y de hecho lo fue en aquel conflicto; pues detuvo en el Mar aquel ciego enamorado, para que en combate naval decidiese de su fortuna, contra todos los esfuerzos de la razón, que le persuadía a salir a tierra, por ser tan superior en fuerzas terrestres, como inferior en las marítimas, a Augusto.

33. Otras dos Naves detenidas por Rémoras refiere el mismo Plinio, una de Periandro, Tirano de Corinto, otra en que navegaba Calígula desde Astura a Antio. Estos son todos los experimentos que se cuentan de tan rara maravilla. [39] ¡Notables espíritus de pez, que parece emula los del grande Alejandro! pues como este Príncipe no quería lidiar sino con Reyes en los Juegos Olímpicos, así la Rémora sólo se tira a Naos Imperatorias, o Capitanas.

34. Pero lo que no deja duda en que estas narraciones son fabulosas, es, que en mil y setecientos años que ha corrido después acá, cruzándose cada día los Mares con innumerables bajeles, rara, o ninguna Historia fidedigna nos repite este prodigio ¿Dónde se ha metido este contrapeso de los vientos, que no embarazó a navegante alguno en tantos siglos? ¿Se habrán retirado las Rémoras a hacer vida solitaria en algunas remotas cavernas del Océano? Más de creer es que no habitan, ni habitaron jamás sino en el espacio imaginario.

§. V

Salamandra

35. Aunque ha mucho tiempo que los Naturalistas dieron el privilegio de incombustible a la Salamandra, nunca esta pobre lagartija pudo entrar en el goce de la posesión: pues habiéndose hecho varias veces la experiencia de entrarla en el fuego, sin embargo del salvo conducto que llevaba firmado por Aristóteles, Plinio, Eliano, y otros, la fiereza de aquel elemento, perdiendo el

respeto a tan venerables nombres, atropelló sus inmunidades (a). [40]

{(a) En la Historia de la Academia Real de las Ciencias del año de 29, sobre las observaciones experimentales de Monsieur Du Fay, se refiere que la Salamandra, bien lejos de ser tratada del fuego como elemento favorable, vive muy cómodamente, y por mucho tiempo en la agua helada. Es verdad que los experimentos de este Físico no nos aseguran, que todas las Salamandras tengan esta propiedad, supuesto que las haya, como parece cierto, de diferentes especies. Las que observó Monsieur Du Fay eran animales anfibios, que se acomodaban muy bien a uno, y otro elemento, Tierra, y Agua.

2. El Marqués de S. Aubin en su *Tratado de la Opinión*, tom. 4, lib. 4, sect. 3, cuenta, que habiendo Monsieur de Maupertuis arrojado muchas Salamandras al fuego, la mayor parte de ellas luego [40] murieron, otras salieron del fuego medio quemadas, de modo, que no pudieron resistir segunda prueba. Es verdad que el mismo Autor refiere otro experimento muy opuesto del Caballero Corvini con una Salamandra, que le habían traído de las Indias. Ésta, arrojada al fuego, se hinchó, y vomitó un licor espeso, que apagó las brasas vecinas, lo que repitió por espacio de dos horas, así como iban sucesivamente volviendo a encender las brasas, sin que todo esto obstase a que la Salamandra viviese después de nueve meses.

3. Muchos hallarán oportuno este experimento para salvar el crédito de los Naturalistas, que aseguran la indemnidad de la Salamandra en medio de las llamas; diciendo, que hablan de Salamandras de otra especie muy distinta de las que tenemos acá, y de la misma de aquella con quen hizo experiencia el Caballero Corvini. Mas yo hallo notable repugnancia en convenir en ello. No sé quién es el Caballero Corvini, pero sé que es un testigo sólo. Por lo menos el Autor citado no dice que la experiencia se hiciese en presencia de otros; y un testigo solo es poca cosa para obligar a creer un prodigio de esta clase. Totalmente inverosímil parece, que dentro de la Salamandra hubiese tanta cantidad de humor, cuanta era menester para ir apagando sucesivamente el fuego, que sucesivamente se iba volviendo a encender, aunque entre en la

cuenta toda su sangre con los demás humores, que había menester para la conservación de la vida.}

36. Dicen algunos Autores, que luego que la Salamandra entra en el fuego exprime de sí un licor frío conque le apaga; pero esto se ha hallado no tener más misterio, que el que un pez, o un pedazo de carne cruda apagan unas pocas brasas, poniéndolos sobre ellas. Aquel licor que voluntariamente se dice frío, en consideración del efecto que hace, es con el que se alimenta, y vive la Salamandra; de suerte, que así este animal, como otro cualquiera, si le ponen sobre poco fuego, mata al fuego; pero si el fuego es mucho, el fuego le mata a él.

37. Otros limitan la prerrogativa de la Salamandra precisamente a la singularidad de conservarse su cadáver entero entre las llamas, de modo que no se deshace en cenizas, como los de todos los demás animales, pero es cierto que el fuego no prestó su consentimiento al privilegio, aun con toda esta rebaja: testigo Gesnero, que hizo la experiencia. Y Galeno, que entre los remedios de la lepra puso las [41] cenizas de la Salamandra, debía de saber que también la Salamandra se hace ceniza.

38. Con más razón se debe condenar por fabulosa aquella especie de moscas, que Plinio llama *Pyraustas*, y otros *Pyrigonos*, de quienes, como arriba dijimos, afirma Aristóteles, que nacen, se crían, y conservan en el fuego, tan dependientes de él, que pierden la vida al apagarse la llama. Tan imposible es componer esto a la Filosofía, como creerlo a la prudencia.

§. VI

Carbunclo

39. Está extendida en el Vulgo la persuasión de que hay un animal adornado en la frente con la más preciosa de todas las piedras, a quien se da el nombre de Carbunclo. Esta riquísima piedra (que mejor se podrá llamar Astro elemental) dicen que arroja tan copiosa luz, que alumbra de noche una dilatada campaña. Fueron autores de esta fábula algunos de los primeros Viajeros del Oriente, que escribieron que el Rey de Pegú tenía uno, y el Emperador de la

China también era dueño de algunas piedras de este género. Pero después acá no han aparecido, ni en los tesoros de estos Príncipes, ni en el de otro alguno de toda la Asia. Sábese, que las piedras más preciosas de todas son los diamantes, y entre estos el más rico el que posee el gran Mogol del tamaño de la mitad de un huevo grande de gallina, estimado en poco menos de doce millones de libras Francesas. Sin embargo, cualquiera Carbunclo, si le hubiese, valdría por doce diamantes como aquel.

40. El nombre de Carbunclo, *Carbunculus*, se halla en Plinio, en Francisco Rueo, y otros Autores latinos, que tratan de piedras preciosas; pero esta voz no significa otra cosa que el Rubí (a quien se dio tal nombre, porque representa un carbón encendido); y con más propiedad el Rubí mayor, y más brillante. Así esta voz Latina viene a ser como versión de la Griega *Pyropus*, usada ya también entre los Latinos, derivada de *Pyr*, que en Lengua Griega [42] es *fuego*. Por esta imitación del fuego, que resplandece en el Rubí, dijo Ovidio, colocándole por adorno en la casa del Sol: *Flammasque imitante pyropo*.

41. En el Diccionario Histórico de Moreri, con ocasión de hablar de *Dolomieu*, Aldea del Delfinado, se lee haberse esparcido, y creído la voz de que un vecino de ella llamado Jacobo Tirenet, había muerto a un Dragón volante, en cuya frente halló la luciente piedra de que hablamos, digo el Carbunclo; mas que al fin se halló ser todo ficción. En el mismo artículo se da noticia de un Carbunclo que hay en España, sacado también de la frente de otro Dragón: pero en España es cierto que no hay tal piedra. No ignoro que en más de una parte se muestra alguna, que se dice ser Carbunclo, y que por no sé qué accidente perdió la luz; pero estos son cuentos de viejas. La pintura que se hizo del Dragón de Dolomieu, le representaba con cabeza de gato. No sé si de esta fábula vino la hablilla vulgar (que oí muchas veces) de que el animal que tiene el Carbunclo en la frente es de la figura de un gato.

§. VII

Antipatías de animales

42. En lo que más se han apartado de la verdad los Historiadores de la Naturaleza, es en las admirables antipatías que atribuyen a algunos animales: pues cuanto se halla escrito en este punto, todo es mentira. Dícese que el León huye despavorido del canto del Gallo; pero Camerario testifica que experimentó lo contrario en el Palacio del Duque de Baviera. También el Ilustrísimo Caramuel en su Teología Fundamental, núm. 405, depone de muchas experiencias que tuvo de lo mismo en Madrid, Valladolid, Gante, y Praga; y añade con gracejo, que no se aterra el León con la voz del Gallo más que si le mostraran un trozo de ternera. Asimismo se ha vulgarizado que huye del fuego, amedrentándole la vista de la llama. Juan Bautista Tabernier vio ser falso esto en el País de los Cafres, donde quedándose unos Soldados de noche en una selva, hicieron una grande hoguera, tanto para [43] repararse del frío como para defenderse de los muchos Leones que había en aquel sitio. Sucedió, que durmiéndose los más, llegó un León, e hizo presa de un Soldado, que estaba junto al fuego, a quien se hubiera llevado, y comido, si por dicha suya un Sargento, que estaba despierto, no hubiera derribado a la fiera de un fusilazo. ¡Qué fuerza le hace al León el fuego, cuando se acerca tanto a él por interés del pasto!

43. Eliano atribuye al Tigre la propiedad de enfurecerse cuando oye el ruido del tímpano, Es muy natural que sea así, y que no sólo al Tigre le suceda esto, por ser aquella voz horrísona, y desagradable; pero el que tenga antipatía con todo género de consonancia música, y huya de la armonía de la lira, como se lee en algunos Autores, se inventó, y extendió, por ser oportuna esta ficción para conceptos poéticos.

44. Lo mismo decimos de la voz popular, de que el lobo viendo al hombre, sin ser visto de él, le causa ronquera. El Padre Kircher {(a) *Lib. I, Musurg. Univ., cap. 15.*} dice que en muchos Lobos domesticados experimentó que no tiene tal propiedad la vista del Lobo. Puede juntarse a esto lo de que la sombra de la Hiena enmudece los perros: que la Hiena con algún vapor nocivo que exhale, produzca este efecto, no parece imposible; pero la sombra es nada, o pura carencia de ente, y así no puede hacer este efecto, ni otro alguno.

45. Fingida es también la antipatía de la Culebra con el Fresno;

pues no huye más de las ramas de este árbol, que de las de otro cualquiera. Puedo dar testigo fidedigno, que con ocasión de hacer la experiencia, la vio abrigarse, y esconderse en ellas, sin que recibiese el menor daño: ¡qué traza de meterse antes por las llamas, que por las ramas del Fresno, como cree el Vulgo!

46. Cuanto se refiere de antipatías de animales, cuya oculta fuerza vive, y se conserva en los cadáveres, parece invención de filosofastros, que dieron por hecho todo aquello, [44] que por su mala filosofía juzgaron debía suceder. Dícese que el instrumento músico compuesto con cuerdas de intestinos de Lobos, espanta con su sonido los Venados, y hace romper en otro instrumento las cuerdas de intestinos de Ovejas: que el tímpano de la piel de Lobo enmudece el que se hace de la piel de Oveja: que ningún ganado pasa por más que le hostiguen, por sitio donde estén enterrados los intestinos, u otra parte del Lobo. Todo esto experimentó el citado Padre Kirker ser falso, habiendo gastado en los experimentos algún dinero. Más hizo. Ató el corazón del Lobo al cuello de una Oveja; de lo cual esta no concibió el más leve pavor, si se resintió en alguna manera. Dice también que vio un cachorrillo de Lobo habituado a vivir con las Ovejas como si fuese perro: por lo cual concluye asegurando, que desde entonces hizo propósito de no creer cosa de estas que oyese, o leyese, hasta hacer la experiencia por sí mismo: *Unde ab illo tempore nihil unquam hujusmodi me crediturum proposui, nisi primo relationis factae me certiorem propria rederent experimenta* {(a) *Musurg. Univ., lib. 9, cap. 8.*}. Pero de la materia de simpatías, y antipatías trataremos en adelante filosóficamente en Discurso separado, con el auxilio divino.

§. VIII

47. Por ser imposible reducir a determinadas clases otras muchas vulgarizadas falsedades de la Historia Natural, las iré apuntando según el orden conque fueren ocurriendo. Ni aquí se puede observar otro método, ni es menester para el desengaño.

Sangre menstrua

48. Los menstruos femíneos no tienen la ponzoña que tantos libros les atribuye; ni esterilizan los campos, ni hacen rabiar los brutos. De esto hay mil experiencias. Generalmente hablando, no tienen más, ni menos que otra cualquier sangre evacuada naturalmente, que sea de varón, que de hembra. Si las mujeres menstruadas manchasen [45] los espejos, a cuatro días ninguno estaría de servicio. Esto convence que aquellas manchas, que en algunos se muestran, dependen de causa más rara, y oculta. Gaspar de los Reyes, que asiente a todos los males que se cuentan de la sangre menstrua, citando a Suetonio, dice, que Cesonia, mujer de Calígula, enfureció a su marido, dándole a beber esta ponzoña; pero Suetonio no dice tal cosa, sino que se creyó que le había dado una poción amatoria, que tenía la propiedad de enfurecer, sin determinar qué poción fuese esta. Cita también Reyes a Aristóteles para comprobación de la venenosa actividad del menstruo; pero en Aristóteles no he hallado tal, antes sí, que son de la misma naturaleza la sangre menstrua, y la leche; y esto muy mal se compone con lo otro (a).

{(a) A los Autores, conque en la Ilustración Apologética hemos confirmado, que la sangre menstrua carece de toda malignidad, añadimos al famoso Anatómico Monsieur Littre, de la Academia Real de las Ciencias, el cual, fundado en muchas observaciones, certifica que aquella sangre es muy pura.

2. Él mismo descubre otro error comunísimo en la misma materia; y es, que el feto en el claustro materno se nutra de aquella sangre. Monsieur Littre, habiendo hecho la disección de muchas mujeres que murieron en tiempo de la preñez, notó, que los conductos por donde viene la sangre de las reglas, están muy apretados en todo el periodo de la preñez, y no dan entonces sangre alguna, sí sólo un poco de licor blanquecino: concluyendo, que la sangre que nutre al feto le viene inmediata, y copiosamente de las arterias de la matriz. Véase la *Historia de la Academia Real de las Ciencias del año de 1720, pág. 16*.}

Animales venenosos

49. En materia de venenos hay otro error comunísimo. Créese que

todos los animales que son ponzoñosos con la mordedura, lo son asimismo tomados en comida, o bebida por la boca; y no es así. A varios perros, y gatos se han dado a comer cabezas de víboras, sin que les hiciesen daño alguno. Cónstame que no ha mucho tiempo, el perro de un Boticario, habiendo tenido la dicha de encontrar con un perol donde estaba en infusión de aceite gran cantidad de Escorpiones, se los comió todos, y le hicieron muy [46] buen provecho. Así la experiencia conque algunos de aquellos droguistas, que llaman Agirtas, o circunforáneos, acreditan la eficacia de sus antídotos, dando a comer a un perro, o comiendo ellos mismos alguna de estas cosas, y tomando después sus confecciones, es engañosa; pues el no resultarles daño, no depende de la fuerza del antídoto, sino de la nulidad del veneno.

50. Sienten algunos Físicos modernos que toda la venenosidad de estas sabandijas está en el acto de morder, y que aquella violenta agitación de los espíritus, que en estos animales produce su rabiosa saña cuando muerden, es la que hace todo el estrago. Esto se puede comprobar con la experiencia que hay, de que tal vez los mismos animales que no son venenosos, emponzoñan con la mordedura, si están agitados de una extraordinaria ira. En las Memorias de Trevoux {(a) *Año 1719, art. 41.*} se refiere, que un Gallo, que estaba en choque actual con otro, picando a un hombre, le causó una hidrofobia, o mal de rabia mortal; y lo que es más, que un joven en un exceso de cólera, mordiéndose el dedo segundo de la mano, se envenenó del mismo modo que se le hubiese mordido un perro rabioso.

51. La sentencia dicha, acaso por lo común será verdadera; pero por lo menos en la Víbora se ha hallado veneno que obra como tal, sin dependencia de su cólera, y aun de su vida. Éste es un licor rojo, o intensamente amarillo, depositado en unas vejiguillas que tiene la Víbora en la boca. Este licor, si después de hacer en cualquier animal una pequeña llaga, se aplica a ella, le mata en aquel día, o en el siguiente. Es verdad que tomado por la boca no es pernicioso. De donde se infiere, que para ejercer su actividad, es preciso que toque inmediatamente a las venas, o a los nervios (b). [47]

{(b) Dos grandes Físicos, Francisco Rhedi, y Moisés Charras, Italiano el primero, Francés el segundo, están discordes sobre el

veneno de la Víbora. Dice el primero, que este consiste en el licor depositado en las vejiguillas de las encías; y el segundo, que aquel licor en [47] ninguna manera es venenoso. Estas dos opiniones parece se podrían conciliar con el medio que propusimos arriba, esto es, diciendo que es venenoso derramado en cualquiera llaga, y comunicándose por ella a la masa de la sangre; mas no tomado por la boca. Mas a la verdad esta conciliación no es posible, pues Monsieur Charras (según refiere, citando al mismo Charras, el Autor de las *Observaciones curiosas*, sobre todas las partes de la Física, *tom. 3, pág. 543*.) hizo muchísimos experimentos en prueba de que aquel licor de ningún modo es maligno. Vertióle en las llagas de muchos animales, a quienes para este efecto había herido, sin que les hiciese daño alguno. Hizo morder a otros con Víboras muertas que retenían aquel licor, clavando él mismo los dientes de ellas, y exprimiendo el jugo de las vejiguillas, sin que tampoco los ofendiese. Al contrario, irritó algunas Víboras, a quienes había hecho exprimir aquel licor, para que mordiesen algunos animales, los cuales tardaron poco en morir.

2. De estos, y otros experimentos infiere Monsieur Charras, que el veneno de la Víbora consiste en los espíritus irritados; añadiendo, que no siempre la mordedura es venenosa, sí sólo cuando muerde irritada, de cuyo sentir también es Boyle: lo que yo entiendo de irritación intensa, pues alguna irritación parece que no le faltará cuando quiera que muerda. Acaso esto es común a otras sabandijas ponzoñosas. No me acuerdo donde leí de un sujeto, que experimentó la mordedura de los Escorpiones en varios animales, la cual unas veces era mortal, otras no; lo cual pudo pender de estar más furiosos unos que otros, y aun el mismo Escorpión más, o menos irritado en diferentes tiempos. Acaso también no hay animal alguno, cuya mordedura no sea venenosa, si está extremadamente irritado. Sobre lo cual véanse dos ejemplares que alegamos en el número 50 de este Discurso.

3. Por lo que mira a la conciliación de Rhedi, y Charras no veo cómo puede hacerse, sino discurriendo, que las Víboras de Florencia, de donde Rhedi era natural, y donde residía, tengan ese particular veneno líquido, que él afirma; y que carezcan de él las de Francia, que experimentó Charras.

4. En lo que fácilmente convienen los dos, es, en que ninguna parte de la Víbora comida, ni comida la carne de otro animal, que ella haya mordido, no bebida la agua de que ella bebió, o donde se ahogó, son venenosas; esto es común a todo género de animales ponzoñosos. [48] Y este desengaño no era menester que nos le diesen los Físicos modernos, pues ya ha diez y siete siglos que estaba escrito. Lucano, refiriendo la fuga de Catón con sus vencidas Tropas por los arenosos desiertos de la Libia, inundados de todo género de serpientes ponzoñosas, dice, que llegando el Ejército fatigadísimo de sed a una copiosa fuente, única en aquella soledad por donde caminaban, no se atrevían los Soldados a beber, porque la vieron circundada de muchas especies de sabandijas venenosas, que en la misma fuente saciaban su sed. A cuyo mal fundado miedo acudió Catón diciéndoles, que las bestias ponzoñosas sólo dañaban mordiendo; que aquella agua por consiguiente carecía de toda infección; y arrojándose intrépido a beberla el primero:

Ductor, ut aspexit perituros, fonte relicto,
Alloquitur vana specie conterrite lethi,
Ne dubita miles tutos haurire liquores:
Noxia serpentum est admixto sanguine pestis:
Morsu virus habent, & fatum dente minantur:
Pocula morte carent. Dixit, dubiumque venenum
Hauxit. (Luc. lib. 9.)

5. Es muy digno de notar, que este desengaño filosófico, estampado en la Historia Poética (llámola así, porque fue el único Poeta que no mintió, o que mintió poco) de Lucano, a quien tanto leen, y han leído, no haya atajado el error común, que padece el Mundo en esta materia. Pero así está hecho el común de los hombres. Las falsas preocupaciones extendidas en el Vulgo, son como ríos impetuosos, que van corriendo de una generación a otra, de un siglo a otro, por más obstáculos que pongan a su curso. Bien lejos de desengañarse el Mundo de que sólo con la mordedura dañan las Serpientes, está en el error de que no sólo sus carnes comidas son mortíferas, mas también las de otros animales inocentes, que hayan tenido concúbito con ellas. Así subsiste en muchos Países la ridícula

patraña, de que habiendo sido pescada, y comida una grande Anguila, acostumbrada al coito de un Culebrón, mató gran número de gente. Y este es un cuento de *N*, en que se varía mucho en quento al sitio. Aquí señalan un lago, allí otro; acá un río, acullá otro.

6. Como nos importa mucho más saber cómo se cura la impresión del veneno de la Víbora, que en qué consiste el veneno; propondré [49] aquí algunos remedios que se refieren en la Historia de la Academia Real de las Ciencias de Du-Hamel, *tom. 10*, con ocasión de haber sido mordido de una Monsieur Charras en la Asamblea que aquellos Académicos tuvieron el día primero de Enero de 1693, para hacer diversas experiencias sobre las Víboras. Monsieur Charras, como más acostumbrado a este manejo, era quien las tenía, las abría la boca, &c. y habiendo ya manejado once, descuidándose algo con la duodécima, fue mordido de ella en la mano izquierda en el dedo del medio, entre la primera, y segunda articulación. Todos se asustaron, sino el mismo Charras, que dijo que no había que temer. El remedio de que inmediatamente usó fue chupar la llaga; pero sorprendido al momento de un grande asco, retiró el dedo de la boca, contentándose con apretarle un poco con la mano derecha, para hacer salir algo de sangre. Después hizo dos ligaduras fuertes, la una cerca de la primera articulación del dedo herido, la otra en el puño. Aunque Monsieur Charras, como se dice en el lugar mismo, estaba en la persuasión de que una ligadura sola, hecha un poco más arriba de la herida, basta para atajar el progreso del veneno, no contentándose aún con dos, para mayor seguridad, tomó en un vaso de vino veinte y cuatro granos del sal volátil de Víboras, con cuyo remedio había muchos años antes salvado la vida a un Caballero Alemán, mordido de una Víbora; pero viendo que no se le había excitado el sudor, como esperaba, tomó un caldo compuesto con yemas de huevos, y nuez moscada, con lo que empezó a sudar; y tomando otros veinte y cuatro granos de sal de Víboras, sudó copiosamente, y quedó del todo bueno.

7. En el mismo lugar se cuenta, que Ambrosio Paréo, siendo también mordido, se curó del mismo modo, ligando fuertemente el dedo, y poniendo sobre la herida algodón mojado en agua ardiente, en la cual se había desleído triaca añeja.

8. Luego sucede el remedio de Boyle, que es un hierro caliente, cuanto se pueda sufrir, aplicado a la llaga. El suceso que a este propósito se refiere, copiado de un libro del mismo Boyle, no acredita lo que otros dicen de la grande humanidad de este célebre Filósofo, y es como se sigue. Estando Boyle discurriendo con un Médico sobre los venenos, le dijo que le habían asegurado ser remedio para el veneno de la Víbora el que acabamos de insinuar, y que él creía que sería bueno. Haciendo el Médico burla de la propuesta, se remitió [50] Boyle a la experiencia. Era natural que esta se hiciese en algún bruto; pero Boyle no sé por qué quiso que se hiciese en un hombre. Convínose en precio señalado para el caso con un pobre, que quiso ganar algún dinero al riesgo de su vida, el cual se dejó morder de una Víbora en presencia del Médico. Hinchóse luego mucho la mano. Estaba de prevención puesto en el fuego un cuchillo. Tomóle Boyle, y acercándole a la herida lo más que el pobre pudo sufrir, y teniéndole así por espacio de diez o doce minutos, la hinchazón, que hasta entonces se había ido aumentando, paró, aunque sin disminuirse. Desde que el hombre (que en todo mostró ser bárbaro) vio que no se hinchaba más la mano, pidió que le diesen su dinero, y volvió muy contento las espaldas. Añádese de testimonio del mismo Boyle, que aquel hombre ganó después mucho dinero, dejándose morder de Víboras, siempre que alguien curioso le quería pagar bien, teniendo seguro su remedio en el hierro caliente.

9. Finalmente se da noticia de otro remedio, que se usa en la América contra las mordeduras de las Serpientes, el cual sólo en el modo se distingue del de Boyle. Los que van a la caza en aquellas Regiones están muy expuestos a este riesgo, porque en los Países poco poblados hay grande cantidad de sabandijas venenosas. El remedio de que usan es fácil. Luego que son mordidos, echan pólvora en la llaga, danle fuego, y dicen que en la llama se disipa el veneno.

10. Monsieur Blondel dio noticia de este remedio en la Academia. Y con esta ocasión Monsieur Du Clos dijo, que él había curado un cáncer, poniendo sobre él una como bocina de papel mojado en espíritu de vino; de modo, que la extremidad ancha sentaba sobre el cáncer, y dándole fuego por la otra extremidad,

que terminaba en punta.

11. El intento de chupar la otra herida que tuvo Charras, inmediatamente la mordedura, y de que desistió por asco, muestra que tenía esto por remedio. Y Rhedi, citado en el tercer tomo de las *Observaciones Curiosas*, concuerda en esto; añadiendo, que los Marsos, y Psylos, a quienes admiró la Antigüedad, porque curaban a los mordidos de sabandijas venenosas chupando las llagas, no hacían más que lo que cualquiera puede hacer, usando la misma diligencia. Dice también, que lo que aseguran algunos Autores, que la saliva del hombre en ayunas hace morir a la Víbora, es fabuloso.}

Piedra de la Serpiente

52. El contraveneno más celebrado (que aquí viene por su orden natural después del veneno la triaca) contra las mordeduras de sabandijas venenosas, es la que llaman *Piedra de la Serpiente*. El error no está en la virtud que le atribuyen, [48] porque de hecho es eficacísima; sino en el nombre que le dan. Los Bramines de la India (que son los Sacerdotes de aquellos Idólatras) fueron los inventores de este remedio, y también lo fueron de la mentira, de que es piedra, [49] que se halla en la cabeza de cierta Serpiente; no siendo en la verdad otra cosa que un poco de cuerno de Ciervo levemente tostado al fuego. La codicia de vender el remedio más caro, fue el motivo de inventar aquella mentira; [50] pues sabiéndose lo que es, como en cualquiera tierra puede fabricarse, no es menester traerle de la India Oriental a peso de oro. Poco ha se descubierto este engaño; y así no hay que extrañar que Boyle, y otros Naturalistas modernos estuviesen en el contrario error. Creo que ya saben [51] este secreto algunos Boticarios; pero es bien que deje de ser secreto, pues conviene al público que lo sepan todos.

Lince

53. No hay animal alguno, ni puede haberle de vista tan penetrante, que registre lo interior de los cuerpos opacos; porque no puede verse el objeto, sino según la superficie de donde la luz hace

reflexión. Por tanto es fábula que tenga aquella actividad la vista del Lince. Lo mismo decimos de los que llaman Zahoríes. Estos son unos solemnes patarateros. Y si se hallare alguno que verdaderamente registre cuanto está escondido debajo de tierra, se debe creer que interviene pacto diabólico.

Elefante

54. La especie vulgar de que el Elefante no tiene junturas en las piernas, y así una vez echado en tierra no puede levantarse, consta ser falsa por las deposiciones de infinitos testigos que los vieron en la Asia. En diferentes partes se valen de diferentes industrias para cogerlos; pero en ninguna del artificio de serrar el tronco del árbol donde se arrima a dormir, dejándole entero en la apariencia, para que al arrimarse, cayendo el tronco, caiga también el Elefante, como comúnmente se dice. En algunas partes del continente de la Asia los cogen haciendo unos hoyos, que artificiosamente ocultan en la selva por donde suelen andar, para que caigan en ellos. En la Isla de Ceilán se valen de Elefantes domesticados para coger los silvestres, y les quitan la ferocidad, teniéndolos tres días sin dormir.

Ballena

55. Otro error nacido, y conservado en el Vulgo es, que las Ballenas tienen tan angosto el canal de la garganta, que no puede entrar por él más que una sardina. Las viejas cuentan a los niños que esta es pena conque Dios la castigó por haber tragado a Jonás. Este animado monte tiene la garganta proporcionada a su estatura. Más de treinta Autores se hallan en Gesnero, que hacen descripción de la Ballena, notando cuanto tiene de particular este pez, sin que alguno de ellos hable de la estrechez de su garganta: lo que no era para omitirlo siendo verdad. Sólo uno dice, no que tiene la garganta estrecha, sino que tiene atravesada en ella una membrana agujereada por varias partes, y los [52] agujeros sólo son proporcionados para que entren por ellos pececitos pequeños. Mas también esto se falsifica, no sólo por el silencio de los demás

Autores, sí también con las noticias positivas de haberse hallado en el estómago de algunas Ballenas peces grandes enteros. El mismo Gesnero dice, que el año de 1545 se cogió en Gripsuvald, Lugar de la Pomerania, una Ballena, en cuyo ventrículo se halló gran copia de peces aún no cocidos, y entre ellos un salmón vivo de una vara de largo. Otro Autor citado en el Diccionario Universal de Trevouz afirma, que dentro de algunas se han hallado hasta cuarenta, o cincuenta abadejos.

Torpedo

56. Lo que se cuenta del pez llamado en Latín *Torpedo*, y en Castellano *Trimielga*, en parte es verdad, y en parte fábula. Es verdad que si le tocan con una asta, o báculo, produce en el brazo del que le hiere una leve sensación dolorosa, mezclada con algo de estupor, la cual es ocasionada de la repercusión que hace el pez contra el báculo, con un movimiento expansivo muy pronto. Pero que cogido en el anzuelo por el hilo, y la caña comunique alguna cualidad capaz de entorpecer el brazo del Pescador, o que haga el mismo efecto el contacto de la red, en que le cogen, es fábula; de modo, que aquí no interviene alguna cualidad oculta, sino mero mecanismo. He leído las experiencias que se hicieron sobre este punto; no me acuerdo bien si fue en las Memorias de la Academia Real de las Ciencias, o en otra parte.

Cocodrilo

57. No tiene fundamento alguno lo que se dice del simulado llanto del Cocodrilo. Paulo Lucas, en la relación de viaje que hizo costeando el Nilo, dice que vio muchos Cocodrilos, y oyó su voz, la cual se parece mucho (son voces del Autor) a los aullidos de perros, cuando los irrita el estrépito de las campanas. ¿Qué semejanza tendrá esto con los gemidos humanos, los cuales dicen finge el Cocodrilo, para que el incauto pasajero, juzgando que va a socorrer a un afligido, se meta en la emboscada donde le espera aquel bruto? [53]

Víbora

58. De Herodoto, Nicandro, Plinio, y otros antiguos dimanó a todo el mundo la voz, de que la Víbora da la vida a sus hijos a costa de la propia, porque no los pare de otro modo, que rompiéndole estos las entrañas para salir a luz; pero ya muchas experiencias mostraron ser falso esto. Pierio, citado por Gesnero, dice que muchos que han tenido la curiosidad de encerrar las Víboras en vivares para observar todas sus operaciones, vieron que parían sin dispendio suyo, y cuidaban de sus hijuelos como las demás madres. Lo mismo certifica, como testigo de vista, Amato Lusitano en su Comento sobre Dioscórides. Lo mismo otros muchos.

Alción

59. No tengo por imposible que la ave llamada *Alción* presienta el tiempo sereno, pues vemos que alcanza a lo mismo el instinto de otros brutos; pero me ocurren no pocas, ni leves dificultades para creer lo que cuentan los Naturalistas, que previendo los días que ha de estar el mar tranquilo, se aprovecha de ellos para el coito, para el parto, para la incubación, y para la educación de sus polluelos. La primera, porque catorce días de tranquilidad, que señalan los Naturalistas que más liberales están para este efecto, son muy corto plazo para todas aquellas operaciones, en las cuales la naturaleza observa más largos periodos en todos los demás animales, que los que caben en tan breve espacio de tiempo. La segunda, porque el Alción podrá presentir el tiempo sereno de la región donde vive, mas no de otras distantes; y el mar, por la continuidad de sus aguas, muchas veces está inquieto: pongo por ejemplo, en esta orilla donde se goza serenidad, en fuerza de la agitación que dan a sus ondas los vientos, o huracanes que se revuelven en alguna región remota. La tercera dificultad se funda en la gran variedad, y discordia conque hablan de esta maravilla los Naturalistas. Unos dicen, que pone el nido, y pare sobre las ondas: *Pendentibus aequore nidis*, como cantó Ovidio, lo que parece increíble: otros, que en la última extremidad de la orilla. Unos señalan catorce días, que es la sentencia más

común: otros siete, y [54] otros nueve. Unos colocan los días Alcióneos, y parto de los Alciones cerca del solsticio hiberno, diez, o doce días antes de Navidad; pero Columela los retarda hasta el mes de Marzo. Donde es bien advertir, que ni en un tiempo, ni en otro se observa constante todos los años algún determinado número de días serenos.

60. A algunos oí decir en conversación, que los días Alcióneos son aquel tiempo, que vulgarmente llamamos Veranillo de S. Martín. Creo que en algunas partes de Francia hay la misma opinión, especialmente en Normandía, donde llaman a este pájaro *Martinet*, y *Ave de San Martín*. Y a la verdad, es muy regular en aquel tiempo, aun en los Países más lluviosos, el intersticio de algunos días serenos, y apacibles; pero no tienen número fijo todos los años, ni por lo común son los que bastan para la larga obra de concebir, empollar, y criar los Alciones.

Canto del Cisne

61. Que el Cisne canta estando próximo a la muerte, afirman muchos Autores; niéganlo otros. Entre estos Alejandro Mindio, citado en Gesnero, dice que tuvo la curiosidad de observar muchos Cisnes cuando estaban para morir, y a ninguno oyó cantar. Un sujeto fidedigno me aseguró, que en el Real Sitio de S. Ildefonso se había hecho con un Cisne moribundo la misma observación, y murió, como dicen, sin que nadie le oyese despegar su pico. Los Autores del Diccionario Universal de Trevoux absolutamente pronuncian, que todo lo que se dice del canto del Cisne es un error popular; y yo me conformo, sin la menor perplejidad, a este sentir (a).

{(a) No sólo no canta el Cisne estando vecino a la muerte, mas se puede decir que no canta jamás, si el cantar pide, o incluye alguna dulzura. Luciano en el Diálogo de los Cisnes dice, que navegando por el Po, donde se criaban estas aves, preguntó a los pescadores sobre el canto de los Cisnes; y le fue respondido, que era tan ingrata su voz, como la de otras aves acuáticas. Así, en vez de llamar Cisnes a los buenos Poetas, debieran simbolizar en esta ave a

los malos.}

Huesos del León

62. Que los huesos del León no tienen médula, ni concavidad capaz de ella, fue invención de alguno a quien [55] se le antojó que toda esta solidez, y firmeza de huesos era correspondiente a la gran valentía de esta fiera. El docto Médico Olao Borrichio en su Apología *de Hermetis Aegyptiorum, & Chemicorum sapientia*, testifica, que en Copenhague (donde fue profesor el mismo Borrichio) pocos años antes se había hecho disección Anatómica de dos Leones, y a entrambos se había hallado bastante copia de médula. Él mismo cita a Severino, el cual refiere, que a un León, que había criado Tiberio Carrafa, se le encontraron los huesos tan huecos, y tan llenos de médula como a otra cualquiera bestia.

Rosa de Jericó

63. La rosa que llaman de Jericó, ni es rosa, ni es de Jericó, ni tiene la propiedad que se la atribuye de abrirse la noche de Navidad, y conservarse abierta hasta el día de la Purificación. Ésta es una especie de arbusto, que no nace en Jericó, ni en sus contornos, sino en la Arabia desierta, y con sus ramas duras, y leñosas se compone en figura de ramillete. La propiedad que tiene es, que con la humedad se abre, y con la sequedad se cierra: por tanto es un excelente higrómetro natural. Alguna vez que el tiempo empezaría a humedecerse la noche de Navidad, y continuaría hasta el día de la Purificación, debió de observarse que estuvo abierta precisamente en aquel espacio de tiempo, y esto daría principio al error vulgar de que siempre hace lo mismo. Poniéndola en agua, especialmente caliente, nunca deja de abrirse. Por lo cual el uso que hacen de ella las mujeres próximas al parto, es ridículo, y puede ser supersticioso. Que no nace este arbolillo en otra parte que la Arabia desierta, asevéralo Juan Ray en el Tomo segundo de la Historia de las Plantas, y lo confirman algunas Relaciones de Viajes.

Palma

64. El mismo Ray nos enseña, que es fabulosa aquella admirable propiedad, que desde Teofrasto acá se celebra en la Palma de no ceder a peso alguno; antes levantarse por la parte que más la oprimen; y así pueden buscar los Simbolistas otro jeroglífico para la virtud de la constancia. [56]

Árbol de la Isla del Hierro

65. Casi cuantos Geógrafos, e Historiadores han escrito algo de las Islas Canarias, aseguran que en una de ellas, llamada *Isla del Hierro*, donde no hay fuente alguna, son socorridos los naturales por el beneficio de un Árbol maravilloso, único en su especie, que está puntualmente en medio de la Isla, y de quien cada hoja es una fuente, porque está siempre cubierto de una espesa nubecilla, la cual, cuajándose en las hojas, destila diariamente diez, o doce toneles de agua sumamente sutil, y cristalina en dos pilones de piedra, fabricados para recibirla. Sin embargo Thomas Cornelio, en su Diccionario Geográfico, dice que algunas Relaciones modernas, dignas de toda fe, y escritas por sujetos que han estado en aquella Isla, testifican que este Árbol es soñado, y sólo es verdadera la carestía de fuentes, la cual se suple con la agua que cae del Cielo, recogida en cisternas. Lo mismo certifica el Padre Tallandier, Misionero Jesuita Francés (citado en las Memorias de Trevoux año de 1715, *art. 97.*), que visitó curiosamente aquella Isla. Así no dudo que este Fénix de las plantas es tan fingido como el de las aves.

Montaña de Fraemont

66. Entre los errores de Geógrafos que pertenecen a la Historia Natural, podremos contar lo que dicen de algunos Lagos, donde arrojando una piedra, prontamente se levanta de ellos un nublado tempestuosísimo. Tales son uno que hay en el monte Canigó en el Rosellón, y otro en la montaña de Fraemont en los Suizos, cerca de Lucerna, llamada *Montaña de Pilatos*; porque en la plebe del País

corre la patraña de que una vez cada año se aparece Pilatos vestido de Juez en aquella cumbre. También se atribuye la misma propiedad a un pozo que hay en la Provincia de Chiapa, de que dimos noticia en el primero tomo, Disc. III. En cuanto al Lago de Fraemont, el Diccionario de Moreri cita a Cendrelo, que dice haber hecho por sí mismo muchas experiencias, y que por más piedras que echó, no se levantó nublado alguno. Acaso serán igualmente pacíficos los otros dos. Verdaderamente es demasiada impaciencia resentirse el agua tanto del golpe de una piedra, [57] que alborote el Horizonte, y apedree en desquite todo el territorio vecino.

Oro

67. He oído asegurar a tantos, que el Oro no ocupa lugar en la agua, de los cuales algunos me decían haber hecho la experiencia, que estuve cerca de creerlo. Mas al fin, habiendo resuelto experimentarlo por mí mismo, hallé que ocupa tanto lugar en igualdad de masa como otro cualquiera metal. Debe hacerse la experiencia con cantidad proporcionada, y no con un doblón, o dos, los cuales sólo pueden dar una insensible elevación a la agua.

Diamante

68. Es falso que el Diamante se ablanda con la sangre caliente del cabrito, ni con otra alguna. Si fuese así, cualquiera labraría fácilmente los Diamantes. Bien lejos de eso, el Diamante sólo se deja pulir por polvos de otro Diamante. Esta invención se debe a Luis de Berquen (creo que fue natural del País Bajo), que empezó a ponerla en práctica el año de 1476. Antes de este tiempo no se usaban sino Diamantes brutos. También es falso que resista al golpe del martillo; pero es verdad que no le rompe el más activo fuego, y así en cuanto a esta parte tuvo razón Plinio para decir de él: *Ignium victrix natura*. [58]

{(a) La resistencia, que atribuimos al Diamante respecto del fuego, se debe limitar. El Padre Regnault en el 2.º tomo de sus Coloquios Físicos, coloq. 4, dice, citando al Padre Casati, que el rubí

resiste hasta cinco días a la acción del fuego, el diamante hasta nueve. Pero a esto debemos añadir, que conforme fuere el fuego resistirán más, o menos esas piedras. Si el fuego de que usó el Padre Casati en sus experimentos, y a que resistió el diamante hasta el nono, o décimo día, era, pongo por ejemplo, intenso como cuatro, a un fuego intenso como ocho no resistiría más que hasta el quinto, y acaso ni aun hasta el segundo. D. José Gutiérrez, Músico Presbítero de la Capilla Real, sujeto muy advertido, y curioso, me escribió, que habiendo sido comprehendido el Relicario de la Capilla Real en el grande incendio del Palacio de Madrid, muchos diamantes, que entre otras piedras preciosas le adornaban, fueron hallados entre las ruinas enteramente deslustrados, y aun uno se encontró hendido, lo que pareció deber atribuirse a la actividad del fuego, y no al golpe que hubiese recibido. Esto último parece de difícil prueba, mas no lo juzgo [58] imposible, porque es portentosa la actividad de un gran volumen de fuego, cual fue el que abrasó el Real Palacio. La rama pequeña de un árbol encendida apenas quema otra rama igual en media hora, pero encendida una selva, apenas toca el fuego a un grande árbol, cuando le consume enteramente.}

Margarita

69. Las Margaritas no se engendran del rocío. Convéncese esto de que las otras, donde se crian, jamás se levantan del fondo del mar. Afírmalo Juan Bautista Tabernier, que se enteró bien de esta verdad, informándose de los mismos que asisten en la pesquería de las Perlas. Viaje de Indias, lib. 2, cap. 21. [59]

{(a) Lo que decimos de las *Margaritas*, o *Perlas*, siguiendo el testimonio de Juan Bautista Tabernier, confirma Gemelli en el segundo Tomo de su *Viaje en torno del Mundo*.

2. Ahora entraremos en el desengaño de otros errores comunes pertenecientes a la Historia Natural, sin colocarlos con otro orden, que aquel conque fueren ocurriendo a la memoria; pues no es posible dividirlos en clases que pidan determinado método, o funden alguna antelación de unas a otras.

3. Hay un error muy recibido en orden al Camaleón, y es, que

muda el color, tomándole de los objetos cercanos. En la Academia Real de las Ciencias mostró la experiencia lo contrario; pues habiéndole colocado en paños de diferentes colores, de ninguno tomó el color. Sólo una vez le vieron blanco, habiendo estado dos, o tres minutos sobre un poco de lienzo. Pero no habiendo después sucedido esto jamás, habiéndole puesto muchas veces sobre lienzo, se hizo juicio que el frío, que era grande a la sazón, le había hecho poner pálido. Es cierto que muda muchas veces de color; pero dicen aquellos sabios Académicos, que esto proviene de varias pasiones que le agitan, porque abunda mucho de humor bilioso. Añaden que la mudanza de color no se extiende por toda la piel, sí sólo sobre unas pequeñas eminencias que están sembradas en ella.

4. Varios Autores modernos impugnan lo que dijeron los antiguos de la actividad que tiene el Avestruz para digerir el hierro. Confiesan que le traga algunas veces, como también guijarros, y otras cosas durísimas; pero dicen que todo lo excreta incocto, y que si es mucho el hierro que traga, viene a enfermar, y aun a morir. Yo no pude hacer observación alguna sobre el punto. Pero puedo certificar que es prodigiosa la virtud disolutiva estomacal de algunas aves, con la experiencia de un Buitre, que tuvo en su casa D. Joaquín Velarde, Canónigo de esta Santa Iglesia de Oviedo, el cual tenía la propiedad de tragar cuanto le arrojaban, o podía coger. Engullía huesos [59] muy grandes, y muy duros, los cuales digería sin embarazo. Tragó en una ocasión una bola de trucos, matáronle pasadas veinte y cuatro horas, y abierto, hallaron consumida una cuarta parte de la bola, o algo más. Hablo como testigo de vista. Si la disolución del alimento en el estómago se hace (como a mi parecer es más que probable) en virtud de un licor ácido, no hay dificultad en que el Avestruz, u otra alguna ave, posea un ácido capaz de disolver el hierro. Las aguas fuertes, que disuelven los metales, no son más que unos ácidos valientes.

5. El Castor, animal anfibio, es uno de los más sagaces que hay en todas clases de brutos. Su industria en fabricarse habitación cómoda, con cuantas precauciones son necesarias para los accidentes que pueden sobrevenir, es una de las mayores maravillas que hay en la naturaleza. Igualmente admirable es la ejecución que la inventiva. Pero muchos Naturalistas, no contentos con referir de

este bruto lo que es admirable, se avanzaron a lo que es increíble. Tiene el Castor, no en los testículos, como vulgarmente se dice, sino en unas bolsas cercanas a ellos, aquel apreciado medicamento, a quien con denominación tomada del mismo bruto, llaman *Castoreo*. Dicen, pues, que cuando el Castor se ve acosado de los Cazadores, conociendo que la ansia de cogerle es por lograr aquella preciosidad que le dio la naturaleza, con los dientes se arranca los testículos, y dejándolos en presa a los Cazadores, los cuales por eso sólo le perseguían, logra escapar la vida. Esta noticia, aunque vulgarizada por innumerables Escritores, no tiene fundamento alguno.

6. Cuantos Modernos se hallaron en los países donde hay Castores, y especialmente los Franceses, que estuvieron en la Canadá, donde es copiosa su caza, la desmienten. Aun la suposición que se hace de ser los testículos los continentes de aquel remedio, es fabulosa. Sonlo, como ya se advirtió, unas bolsas vecinas a los órganos de la generación. Así también se hallan aquellas bolsas en las hembras. Mucho tiempo ha tengo hecha reflexión de que las fábulas pertenecientes [60] a la Historia Natural se extienden mucho en el Vulgo, por el uso que hacen de ellas Autores de libros Místicos, y Morales. La oportuna aplicación, que muchos pueden tener a asuntos de esta clase, las hace verter a cada paso en los libros, y en los púlpitos, y por este medio llegan a la noticia de la multitud, de quien es casi imposible arrancar después su errada creencia. Si la fábula de arrancarse los testículos el Castor por salvar la vida, no tuviera una tan bella alusión a los que por no perder la vida del alma, o por lograr la eterna, se despojan aun de aquellos bienes, conveniencias, o deleites, a que sienten más adherencias; en Plinio, Andrómaco, Solino, Eliano, y otros pocos Naturalistas se hubiera quedado la patraña, sin que tuvieran noticia de ella sino los Eruditos. No por eso se debe reprobar el uso de aquellas noticias en los asuntos morales, a quienes dan hermosura, y fuerza; pues los símiles se pueden tomar aun de las cosas que ciertamente son fabulosas.

7. La reflexión que acabo de proponer, me hace acordar del Pelícano, ave acuática, de quien se cuenta, que cuando le falta qué dar que comer a sus hijuelos, rompiéndose el pecho con el pico, los alimenta de su propia sangre: lo que algunos Autores antiguos, que

cita Gesnero, adelantan diciendo, que muertos violentamente, después de llorarlos por tres días, los resucita vertiendo su sangre sobre los cadáveres. ¡Qué especie tan hermosa para ejemplo de la piedad paterna, y aun para símbolo de la Sagradísima Pasión de Cristo Señor nuestro! Mas no por eso deja de ser falsísima, y como tal la desprecian los Autores de mejor nota.

8. Juan Jorge Bolkamer, citado en el Diccionario de Trevoux, descubrió el origen de esta fábula, examinando un Pelícano, que vio en Leide. Tiene esta ave una notable singularidad; y es, que el espacio que hay entre sus dos clavículas, no está contiguo, y cubierto de piel, como en todas las demás aves, sino contiguo, teniendo allí abierto un grande agujero, a manera de falso esófago, de modo, que Bolkamer entrando por él la mano, tocó, y manejó los alimentos [61] que el Pelícano tenía en el estómago. Por este agujero saca esta ave los alimentos del estómago ya preparados para dar a sus hijuelos; y esto motivó la falsa creencia de que se rompe el pecho para alimentarlos con su sangre.

9. El uso que se dice hacer la Golondrina de la Celidonia, restituyendo la vista a sus pollos con ella, se lee en muchos Autores, y está muy propagado en el Vulgo. Dicen unos, que nacen ciegos, y esta hierba les quita el impedimento que tienen para ver: otros, que los sana, si alguno los cegó hiriéndoles los ojos: otros, que les hace renacer los ojos, habiéndoselos arrancado. Todo es falso. Lo que hay de verdad, y lo que en parte dio ocasión a la fábula, es, que si a los pollos de la golondrina les pican los ojos, pierden el uso de la vista; pero dentro de muy breve tiempo le recobran. Aristóteles esto sólo dice, aunque algunos falsamente le hacen Autor de la curación con la Celidonia. Lo mismo asegura Cornelio Celso; y muchos modernos extienden esto generalmente a todas especies de animales, asegurando que a cualquiera a quien piquen la túnica córnea, aun hasta hacer destilar algunas gotas del humor cristalino, en menos de una hora vuelve a ver claro. He leído en alguno, que con más facilidad recobran el uso de la vista los animales tiernos, o de muy corta edad.

10. Eliano escribe, que los huesos del León carecen de médula, y aun de cavidad donde puedan contenerla. Aristóteles dice, que es poquísima, y que esto dio motivo para juzgar que es ninguna. Pero

Olao Borrichio refiere, que habiéndose hecho anatomía de dos Leones en Copenhague, la primera el año de 1658, la segunda el de 1672, se halló, que la mayor parte de sus huesos tenía mucha médula, *copiosam medullam*. Cita también a Severino, el cual refiere, que a un León, que tenía Tiberio Carrafa, se le hallaron los huesos tan llenos de médula, como los de las otras bestias.

11. La inmunidad del Laurel contra las iras del Rayo no está fundada en algún auténtico privilegio. Ríense de ella los Autores de más juicio, y ríense también de Tiberio, que cuando tronaba se [62] coronaba de Laurel, juzgando precaverse de los fuegos celestes con este defensivo. Véase a Vosio *de Idol. lib. 3 cap. 6, 7, y 8*. y al Padre Regnaut *tom. 4, convers. 4*. Lo mismo digo de la piel del Becerro Marino, conque juzgaban defenderse los Emperadores Augusto, y Severo. ¿Cómo se pudo observar tal particularidad? ¿Ni en qué física cabe el crédito de ella? El fuego del Rayo es de la misma especie que otro cualquiera, porque la diversidad de la materia combustible no diversifica el fuego: luego si así el Laurel, como la piel del Becerro Marino, se dejan abrasar del juego de acá abajo, con mayor razón cederán al del Rayo, como más violento.

12. Aquel famoso símbolo de enamorados, y engañoso ejemplar de simpatías, la flor, digo, *Heliotropia*, o Girasol, sólo debe sus créditos a exageraciones poéticas, y a inadvertencias filosóficas. Dícese que sigue constante los pasos del Sol desde su Oriente a su Ocaso, girando siempre en un perfecto paralelismo con el curso del Astro. Yo he observado lo contrario varias veces. Es verdad que el Sol, en virtud de un puro mecanismo, les hace inclinar; mas no siempre hacia sí, sino con alguna variedad, según el vario modo conque las hiere, la varia cantidad de humor que tienen, y variamente repartida, y la varia construcción de los canales donde habita el jugo nutricio. Esto no tiene más misterio, que el Sol haga mover, y encorvarse una correa mojada, y aun a otros cuerpos más firmes. Así yo he notado en un jardín, al ponerse el Sol, unos Girasoles que miraban al Mediodía, otros al Norte, &c. Todo lo que puedo considerar de particular en el Girasol, respecto de otras flores, es, que sus fibras sean más flexibles, y acaso su jugo más prontamente disipable, o por delicadeza del mismo jugo, o por ser más abiertos los poros de la planta.

13. Creyóse mucho tiempo, y aún cree lo más del mundo, que aquel medicamento purgativo, que llamamos *Maná*, es una especie de rocío que en la Calabria, cayendo sobre los Fresnos, se cuaja. Ya ha cerca de doscientos años, que dos, o tres Autores, con [63] observaciones oculares, reconocieron que no es rocío, sino jugo que destila el mismo árbol. Monsieur de Renaumé, de la Academia Real de las Ciencias, adelantó este descubrimiento, observando que otras muchas plantas, y en todos Países, destilan este apreciado licor, el cual con bastante fundamento juzga ser la porción más exaltada, y purificada del jugo nutricio. Dice en la *Memoria*, que sobre este asunto presentó a la Academia año de 1707, que habiendo suelto en agua el jugo de que estaban humectadas las hojas de varias plantas, que señala, usando de él, le halló purgativo, y de un gusto más grato que el Maná de Calabria. Añade que apenas hay flor que no dé algo de Maná; lo cual se reconoce chupando el fondo del tubo de las flores de una pieza sola, como el jazmín; pero que entre todas, la flor de la Centaura mayor es la que le da más copiosamente. Añade más, que supo por la relación de un amigo, que el Maná de Brianzón, de que también se usa en la Medicina, se halla en la mayor parte de los árboles de aquel País; pero principalmente en los nogales.

14. La piedra del rayo (en latín *Ceraunia*) se llama así, por creerse que baja en el Rayo, y es el principal instrumento de los estragos que hace aquel meteoro feroz. Pero es poco creíble, que de las materias de las exhalaciones se forme semejante piedra; y mucho menos, que de la tierra suba así formada a las nubes. Así este es un error del vulgo, a que no dan asenso los Filósofos reflexivos. Monsieur Lemeri en una Disertación presentada a la Academia Real de las Ciencias el año de 1700, dice que no se halla esta piedra en los sitios que fueron heridos del Rayo, cuya observación prueba invenciblemente nuestro intento. Que en la tierra se formen piedras de aquella determinada figura, no tiene más dificultad que la formación de otras muchas piedras figuradas que se hallan en varios Países. Sobre que se puede ver el Discurso 2, del Tom. 7, donde explicamos el mecanismo conque la naturaleza las figura de tal, o tal modo.

15. A la piedra de la Águila sin fundamento se dio este nombre.

[64] Es invención de antiguos Charlatanes (que en todos tiempos hubo esta casta de gente) así que se halle en el nido de la Águila, como que tenga las virtudes que ellos preconizaron, y que los Charlatanes modernos continúan en preconizar. En el tomo 2. de las Memorias de las Misiones, pag. 75, se da noticia exacta de estas piedras por un Misionero Jesuita, que vio, y tocó muchos millares de ellas en el sitio donde se crían. Hállanse en gran copia en una llanura del Reino de Fejam, una de las Provincias de Egipto, ya a dos, o tres dedos debajo de la superficie de la tierra, ya en algunas pequeñas Canteras. Advierte el citado Misionero, que en el sitio donde se encuentran no son sonantes; pero a pocos días después que se recogen, empiezan a serlo: lo que proviene, según discurro, de que aquella arenosa masa, que tiene dentro, mientras está húmeda ocupa toda la cavidad, y desecándose, ocupa menos espacio; conque a las concusiones de la piedra puede moverse, y hacer sonido; lo cual es sin duda así, porque las ficticias, que tal vez venden por acá algunos embusteros peregrinos, se forman de cualquiera tierra barrosa, y su sonido no depende de otro principio, sino que desecándose el meollo, que incluyeron en la cavidad, queda recogido a menor espacio, conque puede moverse, y sonar.

16. Sobre la fe de Plinio, y otros Naturalistas se cree, que el *Coral* es blando debajo del agua, y luego que sale de ella adquiere no sólo dureza, mas también el color rubicundo, del cual asimismo dicen, que carecía antes. Pero el famoso Conde Marsilli, que hizo estudio particular en la observación de las plantas marítimas, se aseguró de lo contrario con repetidas experiencias. Es el Coral rubicundo, y duro dentro de la agua, como fuera, a excepción de las extremidades de las ramas, las cuales están blandas al salir de la agua, conteniendo entonces el jugo, que aún no se ha solidado.

17. Hasta principios del siglo en que estamos creían unos, que el succino, o ámbar amarillo, era una concreción de la espuma del [65] Mar: otros, que era goma de algunos árboles colocados en sus orillas. El año de 1704, o el siguiente, el Marqués de Bonnac, Enviado Extraordinario de la Francia al Rey de Suecia, habiendo hallado en un territorio cerca de Dantzik, Succino fósil, o mineral, totalmente semejante al que se encuentra sobre el borde del Mar, de acuerdo con el Cardenal Primado de Polonia, en cuya compañía se

hallaba a la sazón, escribió el caso a la Academia Real de las Ciencias, pidiéndola le comunicase lo que tenía averiguado en la materia. La respuesta de la Academia, cual se halla en su Historia del año de 705, fue, que en una montaña de Languedoc, muy distante del Mar, y separada de él por otras montañas, se había hallado Succino el año de 1700. Asimismo se había hallado en Provenza en las cisuras de unas rocas, donde no había árbol, o planta alguna. Añadía, que le constaba por Relaciones fidedignas, que en la Isla de Córcega, en varias partes de Sicilia y de Italia, se encontraba Succino en tierras desnudas de árboles, y distantes del Mar.

18. Añado a estas observaciones, que pocos años ha he visto Succino mineral, el cual se extrajo en un sitio distante siete, u ocho leguas de esta Ciudad de Oviedo.

19. De lo dicho se colige, que el Succino es una especie de betún, el cual siendo al principio fluido, después se condensa, y en el estado de líquido, el que se cría en algunas tierras marítimas, o parte de él, fluye al Mar, donde condensado, le restituyen las olas a la orilla. Dejan dudoso los Académicos, si en el Mar adquiere el Succino algún aumento de perfección. Pero noto, que no todos los Antiguos ignoraron la verdad que acabamos de estampar. Plinio cita dos Autores Antiguos, Teofrasto y Filemón, que habían descubierto ser mineral el Succino, lib. 37, cap. 2.

20. Las Manzanas de Sodoma son una maravilla de la Tierra Santa, que refieren innumerables Autores. Dicen que estas Manzanas se crian alrededor, y a las márgenes del Lago Asfaltites, situado donde estuvo la maldita Ciudad de Sodoma. Su singularidad es, [66] que siendo muy hermosas a la vista, abriéndose, nada se halla dentro sino ceniza. Henrico Maundrell, que visitó con curiosidad aquel Lago, y sus contornos, dice en la Relación de su viaje de Alepo a Jerusalén, que no hay alrededor del Lago árbol alguno, que pueda producir aquellas manzanas, ni otras. Añade, que es también falso lo que escribió Josefo; e infinitos creen a Josefo, que nadie puede sumergirse en aquel Lago, porque las aguas, sin diligencia alguna de parte del que quiere hacer la prueba, le sostienen. Dice Josefo, que el Emperador Vespasiano hizo arrojar en el Lago dos hombres atados pies, y manos, y que no se sumergieron.

Niega el asenso a esta Historia Maundrel, que nadó en aquel Lago, y experimentó lo contrario; aunque confiesa, que sus aguas ayudan a sostener el cuerpo algo más que las de otros Lagos, y Ríos. Por lo que mira a las Manzanas de Sodoma es de creer, que la bella alusión que tiene esta especie a la engañosa apariencia de los bienes mundanos, y deleites terrenos, la hizo inventar, y extender. Aunque también es posible que hubiese un tiempo a las márgenes del Lago, árboles que diesen las expresadas Manzanas, y que falten hoy.

21. Concluyo con dos errores de la historia Natural pertenecientes a fuentes situadas dentro de España. El primero es verisímil que sea común en otras Naciones; bien que en España no es posible haya difundido mucho. El Padre Regnault en el Tomo 2, conversac. 12, citando a la Biblioteca Natural, dice que en la Ciudad de Orense, situada en Galicia, una parte del Pueblo todo el año goza las delicias de la Primavera, y los frutos del Otoño, a causa de sus aguas hirvientes, cuyos vapores, y exhalaciones calientan el aire; entre tanto que la otra parte, por estar colocada al pie de una montaña friísima, que la priva del calor del Sol, padece los rigores de los más prolongados Inviernos. Todo lo dicho es muy contrario a la verdad. No hay tal montaña friísima inmediata a Orense: no hay montaña que estorbe el goce del Sol a parte alguna de la Ciudad, ni hay tal Primavera, u Otoño continuos en parte alguna [67] de aquel territorio; ni las aguas hirvientes de Orense distinguen en orden a calor, y frío una parte del Pueblo de la otra. Las fuentes de agua hirvientes, famosas desde el tiempo de los Romanos, por quienes Orense tuvo en la antigüedad el nombre de *Aquae calidae*, están fuera de la Ciudad, aunque muy inmediatas a ella. Yo siendo niño de diez a once años, pasé junto a ellas en el rigor del Invierno, sin que sintiese menos frío a veinte, o treinta pasos de distancia de ellas, que a un cuarto de legua de distancia. Es cierto que se levantan de las fuentes, y de un estanque donde se vierten, vapores muy calientes, y muy visibles; pero el ambiente frío, que por todas partes los opugna, prontamente los despoja del calor. Lo que puedo asegurar es, que mucho más se extiende el mal olor, que el calor de los vapores.

22. He dicho que este error será acaso común en otras Naciones. Son leídos de casi todo el Mundo los libros que le contienen. Será

creída la noticia, y está muy lejos del desengaño. Pero esto mismo debe hacer cauta nuestra credulidad en orden a los prodigios naturales, que se leen en varios Autores, o que nos cuentan los Viajeros. Los dos sentidos vista, y oído, son en una cosa muy diversos. En aquél tanto más se abulta la representación de los objetos, cuanto están más próximos; en éste tanto más, cuanto están más distantes.

23. El segundo error se halla esparcido en innumerables libros; y si no fuese error, sería el mayor prodigio de la naturaleza entre cuantos contiene el ámbito del Orbe. En Portugal, cerca de la Villa de Tentugal, dos leguas de Coimbre, en un Lugar que llaman *Cadima* hay una fuente (con más propiedad se puede llamar Lago) que ocupa el ámbito de una pequeña casa. De este Lago escriben innumerables Autores, que atrae, y sorbe cuanto a corta distancia se acerca a él. Yo, dificultando el asenso a tan extraña maravilla, solicité noticias más seguras de Portugal, y aun del mismo sitio donde está la fuente. Lo que hallé cierto es, que la agua está en continuo movimiento, como de hervor, por cuya razón los naturales la llaman *a Fonte Fervenza*; [68] y que cualquiera cosa que cae en ella, al momento es sumergida, de modo que no parece más. Lo de atraer lo que se acerca, es falso enteramente. Este fenómeno se explica facilísimamente, suponiendo allí una oculta catarata, o precipicio, que vulgarmente llaman *Olla*.

24. Con la ocasión de solicitar la noticia dicha, adquirí la de que a corta distancia de la *Fuente Fervenza* hay un Lago profundísimo, a cuya superficie se han visto a veces salir pedazos de Navíos, lo que arguye que tiene comunicación con el Océano. Plinio da noticia de estos dos Lagos, aunque exagerada la repulsión que hace el segundo, lib. 2, cap. 103. Éstas son sus palabras: *In Carininsi Hispaniae agro duo fontes juxta fluunt, alter onmia respuens, alter absorbens*. El salir a la superficie del Lago maderas, u otras materias leves, que se le comunican del Mar, daría motivo a la exageración de *omnia respuens*. En algunos ejemplares antiguos de Plinio se lee, en lugar de *Carinensi agro, Catanensi*; y Jacobo Dalecampio, siguiendo esta lección, puso al texto esta glosa: *Fons ille Caltanensis absorbens omnia, hodie Ferventia vocatur: ager Cadima vicinus municipio Tentugallensi*. Lo que concuerda perfectamente con la

noticia que yo tuve en orden al sitio.}

Esmeraldas

70. El mismo Autor nos avisa, que la división que hacen los Lapidarios de las Esmeraldas en Orientales, y Occidentales, no tiene fundamento alguno: asegurando que ni en el Continente, ni en isla alguna de la Asia hay mineral de Esmeraldas; ni en todo el Oriente se halla piedra alguna de estas, que no haya ido de la América (ibi. cap. 19). Un hombre que hizo seis viajes a la India Oriental, y casi toda su vida, que fue muy larga, traficó en pedrería, es de creer, que tendría bien estudiada esta materia. [60]

§. IX

71. Concluyo este discurso con algunas advertencias sobre la elección que se debe hacer entre los Escritores de las maravillas de la naturaleza.

72. La primera es, que se prefieran los modernos a los antiguos; no porque estos sean más veraces que aquellos, sí porque escriben sobre más seguros informes. Antiguamente era poco, o ninguno el comercio entre Naciones muy [61] distantes. Uno, u otro muy raro, que salía a peregrinar por tierras remotas, cuando volvía a la suya, mentía lo que quería, porque no había testigos conque comprobarle la falsedad; y por otra parte el deleite de tener suspensos, y admirados a sus compatriotas con la relación de cosas nunca vistas, ni oídas, le estimulaba a referir prodigiosas ficciones. Ésta fue la causa principal de llenarse la Historia Natural de tantas fábulas. El día de hoy están las cosas muy de otro modo. No hay Región tan remota, que por razón [62] del comercio, o de las Misiones, no sea frecuentada de muchos Europeos. Así ahora no es tan libre el mentir como antes; porque se halla a mano uno que desengañe de lo que otro miente, y en consideración del riesgo de ser cogido en mentira, cada uno procura conservar su buena fama. Por esta razón, entre tantas Relaciones impresas de Viajes como ha habido en estos tiempos, rarísima oposición contradictoria se halla.

73. La segunda, que entre dos relaciones hechas por [63] testigos de vista, una que asegura alguna cosa prodigiosa, otra que la niega, *caeteris paribus* se debe dar más fe a la segunda. La razón es, porque el que afirma el prodigio, se interesa en la admiración y gusto conque es leído, u oído. Pero el que le niega, prescindiendo de particulares circunstancias, no es movido de interés alguno.

74. La tercera que entre los mismos modernos se prefieran las relaciones posteriores a la primera que hicieron los descubridores de alguna Región, o Provincia. La razón [64] es, porque la admiración, que es compañera de la novedad, alucina en alguna manera la vista, y la hace representar los objetos algo distintos de lo que son. Este riesgo le tienen los primeros descubridores, no los que, enterados de las noticias de estos, registran las mismas cosas. Añádese, que aquellos, como no suponen en los sujetos, a quienes hacen la relación, noticia alguna anterior a la suya, libremente pueden fingir lo que quieren; y así pueden mentir, o por malicia, o por equivocación. Daremos ejemplos de uno, y otro.

75. Habiendo Magallanes arribado a una de las Islas Filipinas, salieron los Españoles a comer en tierra. Un Indio enviado para explorarlos, los estuvo acechando escondido en un cañaveral, el cual contó luego a los suyos, que aquellos Extranjeros comían primero piedras, y después fuego. En esta mentira, con ser tan extravagante, no intervino malicia, sino equivocación. Es el caso, que el Indio había visto a los Españoles comer bizcocho de Mar, y después tomar tabaco de humo, y como uno, y otro fuese [66] incógnito para él, y lo mirase también con admiración, y sobresalto, se le representó ser lo mismo que después dijo a los suyos.

76. Otro Indiano, diputado de la Provincia de Pampanga a la Isla de Luzón, para persuadir a sus compatriotas, que se sujetasen a la dominación Española, ponderándoles las espantosas máquinas, y prodigiosos efectos de la Artillería, les dijo, que aquellas bolas de hierro que disparaban los cañones, iban saltando de montaña en montaña, [67] sin parar, hasta que tropezando con algún hombre, le mataban. Esta mentira fue dicha con estudio, y malicia, para aterrar aquella gente, que nunca había visto la artillería, pues el Indio no había visto cosa alguna que pudiese imprimirle semejante especie.

77. Algunos de los primeros Españoles, que pasaron a la América, no fueron más fieles en la noticia que dieron de los Indios, que estos Indios en la que dieron de los Españoles, pues los Gigantes del Estrecho de Magallanes ya [68] se han desaparecido, y asimismo otras cosas que habían contado acá los primeros Viajeros.

78. La cuarta, y última advertencia es, que en orden a las cosas naturales no se debe hacer juicio por las noticias que se hallan en libros Expositivos, o Morales, aunque sean de los más excelentes, y acreditados Autores. La razón es, porque para traer las cosas naturales para símbolo, explicación, o símil de las morales (que es el uso que tienen en semejantes Libros) no se examina en la noticia la verdad, sino la proporción. Así, aun en los Santos Padres se leen aplicados, como símiles el Fénix, el Pelícano, los Grifos, las Sirenas, sin que por eso se constituyesen fiadores de la existencia de tales animales. Aun las ficciones manifiestas se admiten al uso de la moralidad, como los Apólogos, y las Parábolas.

79. Aun cuando los Santos Padres hablan asertivamente en las cosas naturales que ellos mismos no han visto, o experimentado, no es en esta parte su autoridad de tanto peso, que deba sujetar nuestro dictamen contra cualquiera argumento [69] que haya en contrario; porque algunas veces les faltaron medios para descubrir la verdad, y creyeron a este, o el otro Autor antiguo con buena fe. Sirva de ejemplo el Fénix, cuya existencia creyeron S. Zenón, S. Ambrosio, y S. Cipriano, y usaron de él como argumento, los dos primeros para persuadir la resurrección de los hombres, y el tercero para probar el concepto de la Virgen sin concurso de varón. S. Zenón: *Phoenix, avis illa pretiosa resurrectionis evidenter nos edocet jura, quae cum maturi laethi tempus advenerit, a semetipsa incitatis sacris ignibus libentissime concrematur: Sepulchrum nidus; illae favillae nutrices. Denique post monumentum festo exultat in tumulo, non umbra, sed veritas, non imago, sed Phoenix {(a) Serm. de Resurrct.}. S. Ambrosio: Doceat nos haec avis (Phoenix), vel exemplo sui resurrectionem credere, quae & sine exemplo, & sine rationes perceptione, ipsa sibi insignia resurrectionis instaurat {(b) Lib. 5, Hexaem. cap. 23}: Y mucho más largamente en la Oración de Fide Resurrectionis. S. Cipriano: Quied mirum, si Virgo conceperit, cum Orientis avem, quam Phoenicem vocant, in tantum sine conjuge nasci,*

vel renasci constet, ut semper & una sit, & semper sibi ipsi nascendo, & renascendo succedat {(c) In Symbol. Apost.}. Con todo, pienso que no hay hoy hombre erudito que asienta a la historia del Fénix.

Discurso tercero

Artes divinatorias

§. I

1. ¡Rara presunción la del hombre, querer averiguar lo que está por venir! Pestañea en lo pasado, anda a tientas en lo presente, y juzga tener ojos para lo futuro. Miéntenle las Historias en lo que fue, los sentidos en lo que es, y cree a vanos sueños en lo que será. Esta extravagancia del entendimiento nace de desorden de la voluntad. Cuanto esta está más ciega, tanto pretende que el entendimiento sea más lince. Grande ceguera nuestra es abrazar con el deseo lo ilícito, pero aún mayor buscar con el discurso lo impenetrable. Desde el cerebro del hombre a la región de los futuros contingentes no abrió camino alguno la naturaleza, y donde no hay senda que guíe al término deseado, cualquiera rumbo que se tome lleva al precipicio.

2. Esta ambición fue el vicioso origen de tanta práctica supersticiosa como inventaron los antiguos Idólatras. Buscaban noticias de lo venidero en los Astros, en los Elementos, en los cadáveres, en las piedras, en los troncos, en el acaso de las suertes, en los delirios de los sueños, en las entrañas de las víctimas, en las voces de los brutos, en los vuelos de las aves. A toda la Naturaleza preguntaban lo que había de suceder, y creían oír la respuesta, por más que la hallaban sorda a la consulta. De la variedad de instrumentos que usaban para adivinar, se denominaron tantas [71] Artes Divinatorias, que apenas caben en la memoria los nombres. La *Necromancia*, o *Nigromancia*, adivinaba por la inspección de los

cadáveres; aunque después la vulgaridad hizo genérica esta voz, para significar toda especie de Magia ilícita. La *Oniromancia*, por los sueños: La *Aruspicina*, o *Hieroscopia*, por las víctimas: La *Catoptromancia*, por los espejos: La *Piromancia*, por el fuego: La *Hidromancia*, por el agua: La *Aeromancia*, por el aire: La *Geomancia*, por la tierra: La *Onomomancia*, por los nombres: La *Aritmomancia*, por los números: La *Botanomancia*, por las hierbas: La *Ictinomancia*, por los peces: La *Dactilomancia*, por los anillos: La *Teraposcopia*, por los portentos, y otras muchas que omito; pues Julio César Bulengero señala hasta cuarenta y cuatro, y no las cuenta todas, ni con gran parte; pues en otro Autor he visto numeradas hasta ochenta y dos.

3. Bastará para conocer toda la extravagancia de los que se daban a este género de supersticiones, saber que había Arte para adivinar por la cabeza del asno, y se llamaba *Cefaleonomancia*; otra para adivinar por el queso, llamada *Tiriscomancia*; otra por los higos, que se decía *Sicomancia*; otra por la inspección de las cabras, con el nombre de *Aegomancia*.

§. II

4. Habiendo la Religión Católica, enemiga irreconciliable de toda superstición, desterrado las Ares Divinatorias (si cabe dar el nombre de Artes a los errores, o sujetar la reglas los delirios), quedaron solamente dos, más por tolerancia, que por aprobación, la Astrología, y la Quiromancia; o por mejor decir, no quedaron toleradas, sino escondidas debajo del falso velo de averiguar por los temperamentos las inclinaciones, para hacer desde aquí tránsito conjetural a los sucesos. Los Padres, los Concilios, los Teólogos Morales las condenan; pero a pesar de tan poderosos contrarios las mantienen en el Mundo la codicia de profesores embusteros, y la credulidad de espíritus flacos. [72] De la vanidad de la Astrología Judiciaria tratamos en el primer Tomo. Ahora diremos algo de la Quiromancia.

5. Es la Quiromancia un Arte que enseña a adivinar los sucesos del hombre por la inspección de las rayas que tiene en la palma, o parte interior de la mano. Muchos Autores escribieron de esta

farándula. De los antiguos sólo tengo noticia de Artemidoro de Efeso, que vivió en el tiempo de Antonino Pio, el cual dio a luz muchos escritos de la adivinación por las rayas de la mano, y por los sueños; pero los primeros se perdieron. Lo que escribió de la adivinación por los sueños ocupa un grueso volumen, que he visto en la Librería de nuestro Monasterio de S. Martin de Madrid.

6. Aristóteles parece que hizo también algún caso de la pronosticación Quiromántica, porque en el Libro primero de la Historia de los Animales, cap. 15, asiente a que hay raya en la mano, que es índice de la breve, o larga vida. Son estas sus palabras: *Pars interior manus, vola dicitur. Carnosa est, & scissuris vitae indicibus, distincta: longioris scilicet vitae, singulis, aut binis ductis per totam; brevioris, binis, quae non longitudinem totam disignent*. Lo mismo repite en los Problemas, dando allí una razón de esta significación, que es futil, cuanto puede serlo otra.

7. De los Modernos trataron de esta materia largamente Bartolomé Cocles, de quien se dará abajo larga noticia, Rodulfo Goclenio, Juan de Indagine (Luterano), Juan Rothmano, Sebastian Meyero, Alejandro Aquilino, y otros, que citan Jorge Draudio, y el Padre Martín Delrio. Metió también la mano en esta fabulosa Arte la superstición Rabínica; porque un Judío, llamado Ghedalia Ben Rabí Josef Jachija, publicó el año de 1570 un libro de Quiromancia, y Fisionomía, señalando por Autor de él a Enoch, como testifica Julio Bartoloccio en su Biblioteca Rabínica.

8. Hacen especialmente jactancia de la inteligencia de esta Arte aquella especie de vagabundos, que llamamos Gitanos, con cuya ocasión diremos algo del origen de esta gente, medio doméstica, y medio forastera, tan conocida [73] de todos en cuanto a sus costumbres, como ignorada en cuanto a sus principios.

9. El año de 1417 parecieron la primera vez divididos en varias bandas en Alemania, de donde se fueron esparciendo a Francia, a España, y a otras Provincias de Europa. Decían, que eran de una Provincia de Egipto, y que tenían la penitencia de peregrinar siete años, o ya porque sus mayores habían apostatado de la Fe, y vuelto al error de la Gentilidad, o ya porque con sacrílega grosería habían negado el hospedaje a María, Señora nuestra, cuando llegó fugitiva con el Divino Infante a su Región (que uno, y otro se halla en los

Autores, y uno, y otro dirían, variando la noticia, como les pareciese más oportuno, aquellos embusteros).

10. Las costumbres (según la descripción que hace Sebastián Munstero, lib. 3, Geogr.) eran entonces las mismas que ahora: vaguear de unas Provincias a otras, hurtar lo que podían, echar lo que llaman *buenaventura*, adivinando por las rayas de la mano, vivir casi sin Religión, los vestidos inmundos, los semblantes atezados; en fin, todas las señas de la gente perdida. El Padre Martin Delrio les atribuye también el crimen de la hechicería, y cuenta como cosa notoria, y experimentada, que cuando de limosna se les da alguna moneda, todas las demás monedas que están en la caja, o bolsa de donde salió aquella, se desaparecen a su dueño, y van buscando su compañera a parar en poder de los Gitanos. Pero yo he visto muchas veces dar cuartos a esta gente, sin que jamás sucediese tal cosa; y así es claro que este Autor siguió en esta parte, como en otras muchas, su genio crédulo en orden a hechicerías.

11. En cuanto al País de donde salió esta gente, hay no poca duda. Delrio, sobre la fe de Aventino, Escritor de los Anales de los Boyos, cree que vino de la Esclavonia. Pero como desde los principios empezaron a admitir en su compañía gente ociosa de todas las Naciones, es creíble que casi todos los que hoy llamamos Gitanos tengan el origen de la Nación donde habitan, y así en España sean Españoles, [74] en Francia Franceses, &c. De aquí es, que en cada Reino hablan el Idioma propio de aquel Reino, sin ser menester para esto que sepan todas las lenguas de Europa, como sin fundamento les atribuye Delrio, el cual con grande admiración dice, que el Jefe de una bandada de estos Gitanos, que andaba por Castilla en su tiempo, hablaba el castellano tan perfectamente, como si hubiese nacido en Toledo; lo cual no merece más admiración, que el que hablase bien el Alemán un hombre nacido en Alemania, aunque sus abuelos fuesen de Persia.

12. En orden al descuido de esta gente en materia de Religión, no es corta prueba lo que sucedió no ha muchos años en esta Ciudad de Oviedo; y fue, que un Gitano condenado a la horca, dijo que no sabía si estaba bautizado, y de hecho se le administró el Bautismo debajo de condición.

13. Volviendo a la Quiromancia, para demostrar su falsedad, se

debe advertir, que esta Arte es hijuela, o dependiente de la Judiciaria, por cuanto supone los influjos, que arbitrariamente atribuyen los Astrólogos a los siete Planetas, y señala en la mano ciertos términos donde dominan estos, y donde con caracteres visibles estampan el destino que corresponde a la actividad de cada uno. Así, según las reglas de la Quiromancia, hay en la mano un monte llamado de Venus, donde se cifra cuanto pertenece al infame influjo de este Planeta: otro de Júpiter, donde se designan los honores, y dignidades, así Eclesiásticas, como Seculares: otro de Marte, que significa las cosas bélicas, y cuantos sucesos dependen de la ira, y del acero: otro de Saturno, destinado sólo a pronunciar dolores, llantos, y desdichas. De este modo se va dividiendo la palma en siete espacios, que son otros tantos territorios donde mandan, o apéndices de los vastos dominios, que poseen allá arriba los siete Caciques de la Esfera.

14. Donde se ve, que sobre la falsedad de la Judiciaria (plenamente demostrada en el primer Tomo) añade la Quiromancia la ridícula ficción, de que cada Planeta imprime [75] en la mano del hombre un Almanaque particular de los sucesos venideros correspondientes a su influjo. ¿Quién reveló este secreto a los mortales? ¿En qué conjeturas se fundó el primero que avisó al Mundo esta novedad? En la mano habría rayas, aunque no hubiese en el Cielo Planetas, porque aquellas se siguen necesariamente a la complicación de este miembro en el materno claustro, y la distinción de ella, ser más, o menos en el número, ser más, o menos largas, más, o menos profundas, depende de la varia textura, carnosidad, y prominencia, o depresión de las partes de la mano.

15. La oposición que hay entre los Autores de Quiromancia en cuanto a la atribución de los espacios de la palma a los Planetas, confirma, que cada uno discurre a proporción de su antojo. Unos atribuyen a Venus el monte que está a la raíz del pulgar, y otros a Marte. ¡Monstruosa equivocación, siendo tan diversos los genios de estos dos Planetas! El que está a la raíz del dedo pequeño, atribuyen unos a Mercurio, y otros a Venus. El triángulo, que enmedio de la mano se forma de las lineas del corazón, cerebro, e hígado (así las llaman), dicen unos, que es de Mercurio, otros que de Marte. Con decir que unos, y otros mienten, está compuesta la diferencia.

16. La misma voluntariedad hay en la denominación que dan a las líneas, tomada ya de los Planetas, ya de las partes príncipes, ya de las facultades del cuerpo humano. Una se llama línea de la Luna, otra de Júpiter, otra de Saturno, otra cíngulo de Venus, otra Vital, otra Genital, otra Hépatica, otra del cerebro, otra del corazón; sin haber más razón para todas estas denominaciones, que el capricho de hombres embusteros.

17. A los caracteres que se forman en la mano, del encuentro de algunas pequeñas líneas, les dan la significación, según alguna analogía, o alusión, que divisan en la figura del carácter. Pongo por ejemplo, una cruz, especialmente si está en el monte de Júpiter, significa dignidad Eclesiástica; y tanto más ilustre, cuanto la cruz fuere mayor, y más bien [76] formada. ¿Pero quién no ve, que si la cruz, contemplada como signo moral, puede significar dignidad Eclesiástica, con igual razón, como signo político, o civil, significará suplicio capital? y ni uno, ni otro es del caso; porque si la Quiromancia tuviese algún fundamento, no había de ser signo moral, ni civil, sino natural. Por la misma regla de analogía quieren, que si en la mano se observa alguna estrelluela, pronostica ilustre fortuna; no obstante que en esto hay su variedad, pues en un Libro manuscrito, que trataba de estas boberías, leí un tiempo, que si la estrella está en la yema del pulgar, significa muerte de horca. ¡Notable extravagancia, y contra toda imaginable proporción! Yo vi esta estrella en la parte señalada a un condiscípulo mio, hijo de la Casa de S. Claudio de León, que luego que salió del Colegio de Teología, murió natural, y cristianamente en su Monasterio. Como asimismo en otro condiscípulo, hijo de la Casa de S. Zoil de Carrión (Fr. Juan de Bellisca), experimenté la falsedad de la Quiromancia, porque tenía la mejor línea Vital que vi a hombre alguno, profunda, bien impresa, seguida desde su origen sin la menor interrupción, y tan larga que llegaba a la articulación de la muñeca con el hueso que mantiene al pulgar. Con tan buena línea Vital, a pesar de los Quirománticos, y aun del mismo Aristóteles, no vivió más de veinte y siete años; y yo, que no la tengo con las mejores señales, voy caminando con el favor divino, para cincuenta y uno.

18. Quieren protegerse los profesores de la Quiromancia con aquellas palabras de Job: *Qui in manu omnium hominum signat, ut*

noverint singuli opera sua (cap. 37). Pero que este texto no los favorece, se prueba con evidencia de la variedad de versiones del Hebreo, inconciliables con el sentido a que le quieren traer los Quirománticos. Sanctes Pagnino traduce el original Hebreo de este modo: *Vehementia omnes homines claudet, ut sciant omnes homines opus suum*. Vatablo de este: *Vehementia omnem hominem recludit, quominus cognoscat homo omnes homines operis sui*. El Padre Delrio dice, que traduciendo el Hebreo palabra por [77] palabra, sale así la sentencia: *In vehementia omnes obsignabit, ad sciendum omnes homines opus ejus*. De estas versiones se colige, que la expresión *in manu* de la Vulgata, es metafórica; y traída al sentido propio, significa vehemencia, o fortaleza: conque prescindiendo de cuál sea el genuino sentido del texto (que a la verdad es recóndito) es claro que no es el que le quieren dar los Quirománticos, pues no se habla en él de la mano del hombre, como suena la corteza de la Vulgata; y así perdió también su trabajo el Doctísimo Valles en el discurso de una ingeniosa exposición moral que dio a este texto {(a) *Philosoph. Sacra, cap. 32*}: pues procede sobre el falso supuesto de que *la mano* se debe entender en él como suena. Redúcese a decir, que siendo la mano humana, por las ventajas de su organización sobre las de todos los brutos, instrumento proporcionado a un agente racional con su misma estructura, le está avisado al hombre que debe obrar conforme a la ley de la razón.

19. Arguyen también los Quirománticos con la experiencia, aunque limitada a tan pocos ejemplares, que su escasez viene a ser prueba en contrario: al modo que el que para probar que es rico muestra poco dinero, con eso mismo prueba que es pobre. Refiérese que un Griego por la inspección de la mano pronosticó a Alejandro de Médicis, primer Duque de Toscana, muerte violenta, dando tan precisas señas del homicida, que sólo convenían a Laurencio de Médicis, primo suyo, que en efecto fue el matador.

20. Pero lo más plausible que hay en esta materia son las predicciones de Bartolomé Cocles, Boloñés, señalado entre todos por el más famoso Quiromántico, y Fisonomista, que hasta ahora se conoció. Predijo a Lucas Gaurico, famoso Astrólogo Judiciario, que había de padecer inocentemente un terrible suplicio; y bien que Gaurico se burló del pronóstico por no haber leído en las estrellas

tal sentencia, tardó poco tiempo en llevar trato de cuerda de orden de Juan Bentibollo, Tirano de Bolonia, irritado [78] contra el Astrólogo, porque supo que le había pronosticado la expulsión de Bolonia antes de acabarse el año. A Hermes de Bentibollo, hijo del Tirano, predijo el mismo Cocles, que había de morir desterrado en la campaña: de lo cual enojado Hermes, se sirvió de un tal Copón, o Caponi para que matase a Cocles, como lo hizo, dándole con una hacha en la cabeza. Lo más admirable en este suceso fue, que Cocles había adivinado que había de morir de un golpe en la cabeza, y así andaba guarnecido de una celada; y no sólo eso, mas al mismo Copón, viéndole la mano, le había dicho que muy en breve cometería un injustísimo homicidio.

21. Pero estas narraciones no me hacen alguna fuerza. Los maravillosos pronósticos de Cocles, aunque se hallan escritos acordemente por Delrio, Beyerlink, Moreri, y este cita a Varillas en las Anécdotas de Florencia, todos los trasladaron de Paulo Jovio (en los Elogios de Varones Doctos, fol. 67.), Autor más acreditado de elegante que de verídico. Pero aun cuando todo lo alegado fuese verdad, nada probaría. ¿Qué mucho que entre millares de millares de pronósticos por las rayas de la mano, tres, o cuatro hayan salido ciertos? Para esto no es menester arte, basta la casualidad. El haber sido tan pocos muestra que el acierto se le debió al acaso.

22. También se debe advertir, que a veces las mismas predicciones influyen en los sucesos, disponiendo los ánimos de los ejecutores. Sirva de ejemplo el caso de Alejandro de Médicis. Habiéndole dicho a este Príncipe el Quiromanta Griego, que uno de sus más íntimos, de cuerpo grácil, color amarillo, genio taciturno, insociable para los demás (señas que sólo concurrían en Laurencio de Médicis), le había de matar, es natural que mirase con desconfianza, y ojeriza a Laurencio; la cual, percibida de este, le incitase a matar alevosamente al que ya consideraba su enemigo. Y en caso que Alejandro despreciase el pronóstico (como parece cierto, en caso que le hubiese, pues de la Historia consta, que siempre se fió de él, hasta que la confianza le fue fatal) es natural que se le participase [79] al alevoso amigo; y este, como hombre de genio suspicaz, y melancólico, receloso de la impresión que podría hacer contra él la predicción del Griego en el espíritu de Alejandro,

determinase quitarla la vida, mirando a la seguridad propia. Aquel Copón, que mató a Cocles, es verosímil que no le hubiese muerto, si Cocles no le hubiera disgustado con el vaticinio de que había de ser homicida: y la predicción de que había de recibir el golpe fatal en la cabeza, pudo inducir al matador a herirle en aquella parte, donde por la predicción creía que no había de ser vano el golpe. En fin, unos versos de Guidon Póstumo, que cita Paulo Jovio en elogio de los vaticinios de Cocles, no le pintan tan veraz como el mismo Jovio quiere; pues el primer dístico da a entender, que era más artificioso en hacer creer sus predicciones, que feliz en acertarlas.

Quis melior vate, quis Coclite verior augur?
Falsa canit, atque haec cogit habere fidem.

§. III

23. Impugnada así la Quiromancia, diremos algo de otras Artes Divinatorias, que conservan aún algunos genios supersticiosos entre los Cristianos.

24. La más común en todos tiempos fue la *Oniromancia*, que significa Arte de adivinar por los sueños. Algunos Filósofos han patrocinado esta Arte, y entre ellos no poco Aristóteles en el libro que escribió *de Praesensione per somnum*, donde concede alguna facultad de prevenir los futuros en el sueño a la gente ignorante, y estúpida. Galeno también confiesa que se aplicó a la Medicina por un sueño que tuvo su padre, y en cierta ocasión hizo sangrar a un enfermo porque soñó que le convenía.

25. Pero las Sagradas Letras en varias partes condenan esta Arte por supersticiosa; sin embargo, de ellas mismas consta que algunas veces manifiesta Dios a sus escogidos en la tranquilidad del sueño sus arcanos; mas como esto sea muy raro, es contra la prudencia y contra la Religión [80] dar asenso a las vagas ocurrencias de la fantasía, si no es que Dios, con el modo que puede hacerlo, y lo hizo con algunos Santos, imprima una especie fija, de que es locución suya aquella representación imaginaria. Esto es lo que dió a entender S. Gregorio en el Libro cuarto de los Diálogos, cap. 48, cuando dijo que los siervos de Dios tienen allá en el seno más oculto

de la mente un inexplicable modo de discernir cuándo Dios les habla en sueños: *Quodam intimo sapore discermunt*.

26. Los Médicos quieren que se observen los sueños, como señales del temperamento de los cuerpos, o intemperie de los humores. Dicen que el bilioso, o colérico sueña risas, batallas, incendios: el pituitoso, lluvias, y naufragios; y así de los demás. Tenga esto la probabilidad que quisieren, decimos que el vaticinar por los sueños carece de toda probabilidad. Los que han escrito reglas para este género de vaticinio, están tan encontrados, que unos quieren que se observe la analogía; esto es, alguna semejanza entre la representación del sueño, y la cosa significada: otros, que se atienda a la desemejanza, o contrariedad; conviene a saber, que se interprete el sueño por contrario sentido: y otros en fin, ni uno, ni otro atienden, sino que señalan a los sueños los pronósticos, según su antojo, sin observar ni alusión, ni oposición. Las más de las significaciones que dio Artemidoro (Autor el que trató más largamente esta materia) a los sueños, son el segundo, y tercer género. Y el Médico Adriano Junio {(a) *Apud Joan. Zahn. tom. 3, Mundi Mirab. fol. 188*} en unos versos que divulgó sobre los vaticinios de los sueños, juntó todos tres géneros, como se ve en los ejemplos siguientes, que he entresacado.

Del primer género.
Petrae insidens stabili, bonam spem continet.
Fons limpidus, mentem serenam denotat.
Fluvius inundans, hostilem incursum notat.
Tentus manu ensis, auguratur praelium.

Del segundo género.
Molestias signat, vorare dulcia. [81]
Si somnians ribedis, angor te premet;
Sed si fleas, repleberis tunc gaudiis.
Aurum tenere somnias, voto excides.

Del tercer género.
Botros edere, Cavilla scurrarum notat;
Comesta lactuca, indicat morbum gravem
Vinum bibentem, pugna te manet gravis.

Clavos tenens, ab hoste periculum cave.

27. Sin embargo, lo más común es discurrir las predicciones de los sueños por via de alusión, o analogía; pero aun limitándose a este recinto, puede cualquiera especie soñada significar muchas cosas diferentes, y opuestas, por ser casi innumerables los alusiones que en cualquiera especie se pueden contemplar, según los visos a que se mira. Soñó Darío, antes de batallar con Alejandro, que veía encendidas grandes llamas en el Ejército enemigo, lo que declararon sus Magos ser presagio de la victoria. Plutarco, que lo refiere, como habla después del suceso, dice que anunciaba lo contrario. Lo cierto es, que el sueño hacía alusión a uno, y otro, y que ni uno, ni otro significaba. César, estando en España, soñó, según la relación de Dión Casio, que cometía incesto con su propia madre; y este Historiador atribuye a este torpísimo sueño la significación de que César había de ser dueño del Imperio Romano. De este modo no hay suceso próspero, ni adverso, que no pueda pronosticarse por los sueños, porque para todo hay alusiones.

§. IV

28. *Apantomancia* se llama la adivinación por las cosas que casualmente se encuentran. Con ser esta observación sumamente supersticiosa, y vana, algunos hombres grandes cayeron en ella. Gasendo en la *Vida de Ticho Brahe* dice, que este insigne Astrónomo, si al salir de casa se encontraba alguna vieja, lo tenía a mal agüero, y volvía a recogerse. Y Pedro Mateo en la Historia de Luis XI refiere, que el Conde de Armañac tenía para sí por infausto el encuentro de cualquiera Inglés.

29. El nombre de *Agüero*, aunque es como genérico [82] para algunas especies de adivinación, se aplica especialmente a aquella que se hace por los accidentes impensados, que ocurren, mayormente en el principio, o progreso de algún negociado, interpretándolos hacia la prosperidad, o adversidad, según el semblante que tienen. Esta superstición en todos tiempos tuvo séquito en el vulgo, y siempre hicieron burla de ella los hombres de juicio. Diéronle noticia a Sócrates, como de un suceso de mal

agüero, que los ratones habían comido unos zapatos suyos. Respondió con serenidad el Filósofo, que si le dijesen que sus zapatos habían comido a los ratones, le pondrían en gravísimo cuidado; pero una cosa tan natural como comer los ratones a los zapatos, no debía ocasionarle el menor susto.

30. Algunos con prudente agudeza dieron próspera interpretación a los accidentes, que tenían semblante de infaustos, a fin de precaver la consternación del vulgo. Tropezó, y cayó Escipión al poner el pie en la África; y viendo que lo habían de tener los Soldados a mal agüero, con ingenio pronto acudió a torcerle a la parte favorable, diciendo: *Teneo te África. En mis brazos te tengo, oh África*. Con esto se animó la soldadesca, creyendo que en el impensado accidente de tocar el Caudillo con las manos el Africano suelo, significaba el Cielo la entrega de él al dominio Romano. Muy semejante fue la agudeza del Gran Capitán en la batalla de Cirinola. Pegóse fuego por descuido a un carro de pólvora en nuestro Ejército: desmayaban los Soldados, dando al accidente interpretación siniestra; a cuya consternación ocurrió al General, diciendo en alta voz: *Animo, Soldados, que este es buen anuncio, pues ya el Cielo celebra con luminarias nuestra victoria*.

31. Puede esta observación eximirse de supersticiosa cuando la casualidad observada por la alusión que tiene, sirve de excitativo ocasional de alguna especie, la cual por sí misma representa como verisímil el suceso futuro. Pondré ejemplo en un suceso que he leído. Un joven enamorado salió a pasear a la orilla del mar, al tiempo que [83] acababa de dar vuelta del mismo sitio la mujer a quien estaba inclinado, y de quien era correspondido. Halló que ésta había escrito en la arena un testimonio de que sería siempre firme. Leyóle con sumo gozo, y se detuvo un rato contemplándole, arrebatado en un deleite extático. Estando en esta suspensión, una onda del mar, que se avanzó más que las otras, llegó adonde estaban las letras, y las borró. Aquí fue el desconsuelo del pobre amante, que luego empezó a condenar su necedad en haber dado asenso a un testimonio escrito en arena, y vecino al agua, que con estas circunstancias representaba la inconstancia de su dicha. Si en este caso el accidente de borrarse tan presto la escritura se aprehendiese como anuncio de que la mujer había de mudar luego

de propósito, sería observación supersticiosa, pero si sólo congojase a aquel mancebo, por despertar en su imaginación la común idea de la inconstancia de las mujeres, la cual, por sí misma, le representaría como muy verisímil la mudanza futura de su dama, nada habría en esto de agorería. Esta regla puede servir para ocurrir a algunos escrúpulos en casos semejantes.

32. *Aritmomancia* se llama la adivinación por los número, y *Onomomancia* por los nombres. De estas dos especies, mezclando también algo de Astrología, se compone aquella adivinación, que llaman de la *Rueda de Beda*, arcano de grande estimación entre los que le ignoran, en consideración del Venerable Autor, a quien le atribuyen. Su artificio es el siguiente. Descríbese en tabla, o papel un círculo, o rueda, que tiene como un palmo de diámetro, y en el círculo se inscribe una cruz, en cuyos cuatro brazos se ponen unos números, en cada uno siete, y distintos en cada uno, comprehendido entre todos desde la unidad hasta el número 28 inclusive. Donde terminan los cuatro brazos se reparten estas cuatro inscripciones: *Mors major, mors minor, vita major, vita minor*. Úsase de esta Rueda para averiguar si el que está enfermo vivirá, o morirá, si el que sale a desafío vencerá, o será vencido; cuál de los pretendientes de algún puesto lo llevará; y otras cosas [84] semejantes: en que es condición precisa saber el día en que se ha de conferir el puesto, o se ha de reñir el desafío, o el doliente cayó enfermo. El uso es de este modo. Mírase el valor numérico de las letras de que consta el nombre del sujeto, cuya fortuna se examina según el Alfabeto Griego (hablo del Alfabeto numeral) en que a cada letra voluntariamente se le atribuyó el valor de cirto número, creciendo el número, según la progresión del Alfabeto: Así la *A* vale 1, la *B* 2, la *G*, que en el Alfabeto Griego es la tercera letra, aunque en el Latino séptima, vale 3. De este modo hasta la *I*, o jota, que es la décima, van creciendo en unidad; desde la jota hasta la *S* se aumentan por decenarios, y desde la *S* hasta acabar por centenarios. Es verdad que el Alfabeto Latino no tiene tantas letras como el Griego, y así no sube a tan crecido número. Súmanse, pues, los números correspondientes a todas las letras del nombre: hecho esto, se atiende qué día del mes lunar es aquel en que vino la enfermedad, o se ha de proveer el puesto, o reñir el desafío; y el número de los

días del mes lunar, que corren hasta aquel tiempo, se agrega a los números del nombre. La suma total que resulta se parte por 28; y aquel número residuo, que, hecha la partición, queda sin dividirse, por ser menor que el partidor 28, se va a ver en qué brazo de la cruz se halla, y según la inscripción correspondiente a aquel brazo, se pronuncia del mal, o buen suceso. Pongo el ejemplo en el caso de averiguar el éxito de una enfermedad. Si el número se halla en el brazo donde está *mors major*, significa muerte; en el de *mors minor*, enfermedad larga, y trabajosa; en el de *vita major*, pronta, y perfecta mejoría; en el de *vita minor*, difícil, y prolija convalecencia. A esta proporción se discurre en los demás casos. Si no sobra algún residuo en la partición, el número 28, que es el partidor, se ha de buscar en la rueda.

33. Éste es el decantado arcano (mejor diremos ridículo trampantojo) de que algunos hacen gran misterio entre los idiotas, y de que erradamente se cree ser Autor el Venerable Beda. Dio ocasión a esta fábula el antojo de un Impresor de [85] las Obras del Santo, que al fin de ellas puso esta Rueda con su explicación; bien que separada en cuanto al contexto, y expresando ser Autor de ella un sabio Egipcio, llamado Petosiris.

34. Sea Petosiris, o sea otro el inventor, no necesita de otra impugnación este enredo divinatorio, más que ponerse de manifiesto. Es una fábrica, que por estar toda fundada en el aire, por sí misma se arruina. Es un tejido de principios arbitrarios, que ni juntos, ni separados tienen conexión alguna con el efecto. La reducción de las letras a números, y tales números, no tiene fundamento el más leve en la naturaleza de las cosas. Los Griegos quisieron significar con tales números tales letras. ¿No es cosa ridícula pensar, que si hubieran querido, como pudieron, significarlas con otros números diferentes, sería distinta de la que es hoy la fortuna de muchos hombres? ¿Qué mayor desatino que juzgar, que de ponerse a un sujeto el nombre de Pedro, o Juan en el bautismo, dependa lograr, o no lograr el puesto, vivir poco, o mucho? Sólo puede admitirse esta ficción, más que poética, para entremés de la Comedia de Calderón *Dicha, y desdicha del nombre*. ¿Y qué diremos cuando concurren dos de un mismo nombre a la pretensión, o al desafío? He oído responder a algunos, que en este

caso se agreguen las letras del apellido. Pero sobre que esa advertencia no la hizo Petosiris, o el que fue inventor de la Rueda, y así es buscada ahora como socorro, añado: ¿Y si convienen en nombre, y apellido, como puede suceder, llevarán ambos el puesto, siendo uno, y indivisible? Aun siendo diferentes los nombres, sucederá muchas veces, que el residuo que queda de la partición del número, sea el mismo, o por lo menos caiga en la misma parte de la Rueda. ¿Qué juicio haremos en este caso? Pero es perder el tiempo gastarle en impugnar delirios. [86]

§. V

35. *Crommiomancia* es una especie de adivinación por las cebollas, que he leído; es ahora aún muy común en Alemania entre las doncellas deseosas de saber quiénes les han de tocar por maridos. La que por este medio supersticioso quiere averiguar su destino, escribe en distintas cebollas los nombres de todos aquellos, que probablemente pueden lograr su mano. No quiero decir lo demás que se sigue en esta damnable práctica, porque considero en esta materia tan ardiente la curiosidad de algunas doncellas, que si llega a su noticia, querrán hacer la experiencia, atropellando leyes divinas, y humanas.

36. Podemos juntar a las supersticiones referidas la Arte Cabalística moderna, que viene a ser una especie de Onomomancia, y pretende adivinar por medio de las letras de que se componen los nombres, o palabras. He dicho la *Arte Cabalística moderna*, porque la antigua, aunque no menos supersticiosa, era en la apariencia más elevada, cuya producción fueron los Amuletos, y Talismanes, o figuras de los Astros, y Signos celestes, estampadas en metal, o piedra, conque pretendía derivar sus felices influjos, y otras invenciones semejantes, engendradas en la Filosofía Platónica, y educadas en la vanidad Rabínica. La Cábala, de que hablamos ahora, tiene tres especies, según la división que hace el Padre Kircher en su Edipo Egipciaco, *Gametria, Notarica*, y *Themura*. La *Gametria*, que propiamente es lo que nosotros llamamos *Anagrammatismo*, interpreta una palabra transponiendo las letras.

Los Judíos, que practican mucho la Cábala, nos ministran el ejemplo siguiente de la Escritura. En aquel texto del capít. 23 del Éxodo: *Praecedetque te Angelus meus*, la voz Hebrea, que corresponde a *Angelus meus*, es *Melachi*. De aquí infieren, que este Ángel es S. Miguel, porque trasponiendo las letras de la voz *Melachi*, resulta la voz *Michael*.

37. Tal vez el acaso autoriza entre los vulgares esta disparatada adivinación. Ahorcaron en Rion, Cuidad de Francia, a un malhechor, llamado, según el dialecto nacional, *Andre Puion*; y un curioso notó, que trastornando las letras del nombre, y apellido resultaba este anagrama: *Pendú á Rion*, que quiere decir: *Ahorcado en Rion*. Esto es bueno para juego, no para pronóstico; pues en muchos nombres, según los varios anagramas, o combinaciones de letras, saldrán distintas, y opuestas fortunas.

38. La *Notarica* interpreta la voz, tomando cada letra por inicial de otra palabra. Ve aquí otro ejemplo Rabínico. En aquel texto del Salmo 3 : *Multi insurgunt adversum me*; la voz Hebrea, que significa *multi*, se compone de estas letras R B J M: de aquí infieren los Cabalistas, que los enemigos designados en aquel texto son los Romanos, los Babilonios, los Jonios, o Griegos, y los Medos. ¡Qué consecuencia tan bien sacada! Por la misma regla podrían ser los Rusianos, los Bactrianos, los Japones, y los Masagetas. La *Temura* supone que hay unas letras equivalentes de otras, e interpreta la voz, transmutando sus letras en las equivalentes.

§. VI

39. Ocioso será detenernos más en impugnar semejantes ilusiones, pues mejor se refutan con el desprecio, que con el discurso. Notaré sólo, que aun entre los antiguos Gentiles, de quienes descendieron a nuestros tiempos estas, y otras supersticiones, los hombres de mejor luz hacía irrisión de ellas, aunque en público condescendían con la ceguera del pueblo. Cicerón en los libros *de Divinatione*, docta, y elocuentemente convenció de vanas todas las Artes Divinatorias, aunque no se atrevió a levantar la voz, de modo que lo oyese el vulgo. Con gracia le dice a su hermano Quinto, hablando de la

Haruspicina, que juzga conveniente su práctica por causa de la Religión, y de la República; pero ya que están solos los dos, pueden inquirir, y hablar la verdad sin estorbo: *Ut ordiar ab Haruspicia, quam ego reipublicae causa, communisque religionis* [88] *colendam censeo; sed soli sumus: licet verum expuiere sine invidia*.

40. Algunos practicaban los agüeros, no por religión, sino por política; y no pudiendo tener siempre vigilante el disimulo, o una, u otra ocasión se descubría, que en lo interior los miraban con desprecio. Estando Publio Claudio para dar un combate naval en la primera Guerra Púnica, consultó, por seguir la costumbre, los agoreros; pero diciéndole uno, que los pollos que estaban en custodia para aquel género de divinación, llamada *Auspicio*, no querían salir a comer, los mandó echar al mar, diciendo: *Pues* ya *que no quieren comer, que beban*. No es menos chistoso lo que refiere Polidoro Virgilio de un Judío llamado Mosolamo. Estaban de marcha unas tropas, donde este se hallaba, y oyendo a un agorero, que las mandaba parar para contemplar el vuelo de un pájaro, y tomar de él vaticinio, prontamente levantando el arco, le disparó al pájaro una saeta, conque le echó muerto a tierra. Irritáronse contra él el adivino, y otros muchos, pero él los sosegó, diciendo: *¿Cómo queréis que esta ave supiese el suceso de nuestro viaje, cuando ignoraba su propia fortuna? pues es cierto que si supiera lo que la esperaba, no hubiera venido por aquí*.

41. Había también muchos engaños en la consulta de las víctimas. A veces eran sobornados los agoreros para dar respuesta a gusto del que les untaba las manos; y también sucedía engañar al vulgo el mismo interesado en el proyecto, para que se hacía la consulta. Viendo Agesilao consternados sus Soldados por la multitud de enemigos, para animarlos se sirvió de este artificio. Escribió en la palma de la mano con grandes letras esta palabra *Victoria*, y acercándose a la ara, debajo del pretexto de alguna ceremonia religiosa, al punto que se abrió la víctima, cogió su hígado, y con destreza estampó en él las letras que llevaba escondidas en su propia mano. Vieron los soldados la inscripción, y contemplándola como escritura en que el Cielo se obligaba a ser auxiliar suyo en la batalla, concibieron el aliento que era menester para lograr la victoria. [89]

§. VII

42. El suceso que acabo de referir, me lleva como por la mano a descubrir la causa, por que las Artes Divinatorias, teniendo tan a la vista su nulidad, y falacia, que es menester una ceguedad total para no verla, logren no obstante la aplicación de muchos sujetos, y en la antigüedad hayan poseído la veneración de todo el Mundo, y más aún el de las Naciones más cultas. Verdaderamente admira que los Griegos, y Romanos, que nos han dejado tantos testimonios de gente habilísima en todo género de materias, fuesen tan ciegos hacia la parte de agüeros, y presagios. Diré la que pienso ser causa de este pernicioso error; y esta será la parte más importante de este Discurso, porque servirá a los espíritus supersticiosos de desengaño.

43. La experiencia, que por lo común es madre del acierto, no siendo bien consultada, es muchas veces causa del error. Los sucesos, a quien va por senda torcida en sus operaciones, unas veces escarmientan, y otras engañan. A los que usan de artes divinatorias les sucede muchas veces aquello que han pronosticado. De aquí infieren, que en el pronóstico se previó legítimamente el suceso; y no es eso. No se previó antes lo que había de suceder ahora. Lo que hay es, que sucede ahora lo que se imaginó antes, sólo porque se creyó que sucedería. Viene el suceso porque fue creído el pronóstico. Si no precediera, o si fuera despreciado el pronóstico, no vendría el suceso. El concebir firmemente los hombres que ha de suceder alguna cosa, trae consigo grandes disposiciones para que suceda. El que cree que ha de vencer (como se ve en el ejemplo de arriba), pelea con confianza, y valor. El que cree que ha de ser vencido, o huye, o resiste con desaliento. El que, engañado de algún Astrólogo, se persuade a que tal año, o tal mes ha de morir, con esta melancólica imaginación, que oprime más, cuanto más se avecina el plazo señalado, se va pudriendo los humores, y debilitando las facultades, y así muere cuando creyó que había de morir, si no lo creyera, [90] no muriera. El que asegura de que ha de lograr algún puesto, tenazmente prosigue en la aplicación de los medios, sin que le quebrante la frustración de muchos, hasta que entre tantos se logre alguno.

44. Otras veces es más oculto el influjo del asenso precedente en

el suceso futuro; mas no por eso deja de ser muy verdadero. Pongo un ejemplo en aquella especie de adivinación supersticiosa, llamada *Crommiomancia*, de que tratamos arriba. La simple doncellita, que deseosa de saber, qué esposo ha de tener, usa de aquella superstición, en virtud de ella cree que lo ha de ser tal sujeto determinado, v. g. Dionisio: ya empieza a mirar a este hombre con muy otros ojos de aquellos conque antes le miraba. Antes era uno del pueblo, en quien ni aún acaso se pensaba; ahora ya es aquel que las estrellas tienen destinado para su dueño. ¡Oh cuán diferente personaje es ya en el teatro de su idea! Ya le halla mil gracias que no tiene, y puesta en este estado aquella mentecata, desea con ardor que sea aquello que piensa que ha de ser: porque avanzándose la imaginación a las dependencias más gratas del matrimonio, que entonces se toman como imprescindibles de aquel determinado sujeto, no puede menos de mirarle con cariño; y un placer imaginario, es chispa que enciende en el alma un fuego verdadero. A esta ansia es consiguiente que solicite el matrimonio con Dionisio: que le haga saber a este por modos directos, o indirectos su deseo, y acaso también el vaticinio: que a él el verse amado le mueva a amar: y si se le participa el pronóstico, hay de más a más este auxiliar excitativo del fuego. Así, enlazadas las almas, es naturalísimo se consiga aquella unión, cuya existencia principalmente depende del deseo de entrambos: mayormente cuando las doncellas, que se dan a estas curiosidades ilícitas, se deben discurrir más contemplativas de sus propios antojos, que de los justos deseos de sus padres. Este suceso, y otros semejantes autorizan aquel modo de adivinación; porque no se hace reflexión al oculto influjo que tuvo la credulidad del suceso. A este modo, y por este [91] medio ganaron Sectarios las demás Artes Divinatorias, atribuyendo los hombres, al ver muchas veces existentes los futuros pronosticados, a misteriosa arte del vaticinante, lo que dependía sólo de haberse creído el vaticinio.

Discurso cuarto

Profecías supuestas

§. I

1. No cabiendo el conocimiento de los futuros (como se vio en el Discurso antecedente) ni en la Arte, ni en la Naturaleza, sólo resta que puedan saberse por vía de inspiración. La previsión de lo venidero es privativa de la Deidad. Todos los futuros están contenidos en el sellado libro de sus decretos, que no pueden abrir las más altas Inteligencias. Pero Dios, en todo liberal, también en esta parte lo ha sido, y no sólo en el estado de la Ley de Gracia, mas también en el de la Natural, y en el de la Escrita se dignó tener algunos íntimos amigos, a quienes fió parte de sus secretos, tal vez con la facultad de propalarlos.

2. Mas como los hombres no quieren a Dios liberal, sino pródigo, en todos tiempos se fingieron (digámoslo así) vulgarizado tan singular beneficio. Éste es uno de los mayores engaños, que siempre padeció la ignorancia del vulgo. En todos tiempos, y en todas Religiones hubo extraña copia de profecías supuestas. Asombra lo que refiere Suetonio de la multitud de libros proféticos, tenidos por tales entre Griegos, y Romanos. Luego que, muerto Lépido, fue hecho Sumo Pontífice Octaviano Augusto, mandó juntar [92] todos los libros fatídicos (esta es la voz de que usa Suetonio), escritos ya en Griego, ya en Latín, que corrían por el vulgo; y habiéndose recogido más de dos mil, los hizo quemar todos, exceptuando los libros Sibilinos; y aun de estos fueron también algunos condenados

al fuego, como espurios.

3. En cuanto a los libros de las Sibilas, número, nombres, patria, y tiempo en que florecieron estas mujeres, hay tanta disensión entre los Autores, que apenas se hallan dos concordes. Cicerón, Plinio, Plutarco, y Diodoro Sículo no hablan sino de una Sibila. Marciano Capela dice que hubo dos, Solino tres, Eliano cuatro, y Varrón hasta diez. De la legitimidad de sus vaticinios no hay tampoco mucha certeza. La Historia Romana cuenta, que habiendo llegado a Roma la Sibila Cumana en tiempo de Tarquino el Soberbio, le presentó nueve libros, pidiendo por ellos trescientos escudos: burlándose el Príncipe, por parecerle excesivo el precio, quemó la Sibila los tres, y por los seis restantes pidió la misma cantidad: despreciando Tarquino de nuevo tan extravagante demanda, quemó otros tres, insistiendo, en que por los tres que quedaban le diese los trescientos escudos, y amenazando de darlos al fuego, como los demás, en caso de ofrecerle menor precio. En fin, concibiendo el Príncipe en tan extraña resolución algún alto misterio, dio los trescientos escudos por los tres libros, que como cosa sagrada colocó debajo de la custodia de dos Patricios en el Capitolio, y eran consultados por los Romanos cuando se veía en alguna grande aflicción la República, hasta que abrasándose el Capitolio en tiempo de Sila, ochenta y tres años antes del Nacimiento de Cristo, tuvieron los tres libros la misma desgracia que los otros seis.

4. Deseosos los Romanos de reparar en lo posible esta pérdida, enviaron sujetos, que por la Grecia, y por la Asia recogiesen los versos de las Sibilas, que pudiesen hallar. Señaladamente fueron deputados para este fin Octacilio Craso, y Lucio Valerio Flaco a Atalo, Rey de Pérgamo, [93] y juntaron hasta mil versos, atribuidos a las Sibilas, que les dieron varios particulares. De estos versos, dicen, se extrajeron aquellos fragmentos, que por contener claros vaticinios, y muy circunstanciados, de la venida del Hijo de Dios, y de nuestra Redención, apreciaron algunos Padres de la Iglesia para hacer argumento con ellos contra los Gentiles.

5. Isaac Vosio pretende que los versos Sibilinos, traídos a Roma por Octacilio Craso, fueron compuestos por algún Judío, que extrajo aquellos vaticinios de la Sagrada Escritura. Otros le contradicen, porque en la Escritura no se hallan predicciones tan claras, y

formales de nuestra Redención, como las de los versos Sibilinos; y así creen que estos fueron supuestos por algún Cristiano en el segundo siglo. Pero es mucho arrojo de la crítica pensar que a la gran sabiduría de los Padres más vecinos a aquel tiempo se escondiese este engaño. Bien podrían conciliarse estas dos opiniones, diciendo, que de hecho los versos traídos a Roma contenían el vaticinio de nuestra Redención, y de la venida del Mesías, con aquella generalidad que se halla en los Profetas Sagrados, y después algún Cristiano los alteró, dándoles más clara expresión. No es prudencia tomar partido en materia tan obscura. Lo que podemos decir es, que las contradicciones de los Autores, sobre el número, tiempo, y otras circunstancias de las Sibilas, no dejan duda de que en su Historia se han mezclado muchas fábulas; especialmente cuando de la Sibila Délfica, que algunos llaman Artemis, se dice que fue muy anterior a la guerra de Troya. ¿De dónde se sacó esta noticia? En los libros Sagrados no la hay: y de los Historiadores profanos ninguno se avanza a tanta antigüedad, exceptuando los fabulosos; que por eso los Críticos a todo el Tiempo anterior a la guerra de Troya, llaman el país de las fábulas.

6. Advierto que S. Ambrosio no hizo de las Sibilas el mismo concepto que S. Agustín, S. Jerónimo, y otros algunos Padres, que hablaron de ellas; pues les niega toda [94] celeste inspiración, y sólo les concede espíritu fanático, mundano, y engañoso (in Epiest. I. ad Corinth. cap. 2).

{(a) Natal Alejandro en la Disertación que hizo sobre los versos de las Sibilas, sigue, al parecer, la senda más razonable. Dice lo primero, que aquellos de que usaron los Padres, eran partos legítimos de aquellas Profetisas, sin vicio, o corrupción alguna: lo cual prueba bien con la autoridad de los mismos Padres.

2. Dice lo segundo, que los versos Sibilinos que hoy tenemos, están corruptos, viciados, y alterados en muchas cosas. Las pruebas son concluyentes. Primera. Es sentir común de los Padres, que no hubo antes de Moisés Escritor alguno, ni sagrado, ni profano. Pero el Autor del tercer Libro Sibilino se supone más antiguo que Moisés, porque predice como futuro el nacimiento de Moisés, y la redención del Pueblo Hebreo bajo la conducta de este Caudillo. Segunda. Los Padres dicen que las Sibilas fueron Gentiles, y de prosapia pagana;

pero la Sibila Eritrea al fin del Libro tercero se califica nuera de Noé. Tercera. S. Agustín, y S. Jerónimo dicen, que las Sibilas fueron vírgenes, y que Dios los dio el don de profecía en premio de la virginidad; pero la que se supone Autora del Libro cuarto, confiesa haber sido pública y vilísima prostituta. Cuarta. Todas las Sibilas se suponen muy anteriores a Cristo; pero el Autor del Libro quinto dice, que vio con sus propios ojos el incendio del Templo de Vesta, el cual sucedió, como afirma Eusebio, imperando Cómodo, siglo y medio después de la muerte de Cristo.

3. Quinta. En el Libro primero, el nombre de Adán se da por derivado de la voz Griega *Ades*. ¿Quién ignora que no es Griego el origen de la voz *Adán*? Sexta. En el mismo Libro primero se dice, [95] que el Ararat, donde descansó el Arca de Noé, es monte de Frigia. Todos saben que está en la Armenia. Séptima. En el mismo Libro se lee, que Noé sólo estuvo cuarenta y un días en el Arca. De la Escritura consta que estuvo un año entero. Octava. En el libro primero, y tercero se refiere como verdadera la Historia de los Titanes, la cual es fabulosa. Nona. En el Libro tercero coloca el Autor en la Etiopía los Pueblos de Gog, y Magog; los cuales, según Josefo, pertenecen a la Escitia. Décima. En el mismo Libro vaticina, que los italianos serán sujetos a los Asiáticos; lo cual hasta ahora no se vió. Undécima. En el Libre quinto predice, que Tiberio había de conquistar a Persia, y a Babilonia; lo que repugna a todas las Historias. Duodécima. En el mismo Libro llama Francés a Trajano. Todos saben que fue Español. Decimatercia. En el libro octavo pronostica la total ruina de Roma para el año de 195 de la Era Cristiana. Aún ahora subsiste. Cuartadécima. En el Libro segundo supone, siguiendo la herejía de los Milenarios, no sólo que Jerusalén será restaurada, sino que Cristo fijará en ella el trono de su imperio, para gozar con los Justos todo género de delicias, así corporales como espirituales. Puestas estas pruebas, y otras cinco que omito, deduce el citado Crítico, no sólo la parcial, más aún la total suposición de Libros Sibilinos, que es algo mas de lo que había afirmado al poner la conclusión. *Ex quibus omnibus*, dice, *colligitur auctorem octo librorum, qui Sibyllini inscribuntur, professione Christianum fuisse, linguae Hebraicae verae Theologiae, immo Historiae, & Geographiae penitus imperitum*.}

§. II

7. Igual, o mayor duda hay en orden a los Oráculos del Gentilismo. Algunos Autores se arrojaron a decir, que nunca hablaba el Demonio en los Ídolos, sí solo los mismos Sacerdotes idólatras, los cuales con varios estratagemas persuadían al Pueblo, que lo que respondían ellos era voz de las estatuas: citan por esta sentencia a S. Clemente Alejandrino, y a Eusebio. La misma siguieron algunos Filósofos, que cita Cicerón en el libro 2 de Divinat. Aristóteles en el libro 3 de Retórica, cap. 5, manifiestamente parece que está por el mismo sentir. Pero así [95] como esta opinión, hablando con tanta generalidad, me parece propasarse mucho, es lo más verisímil que por la mayor parte sucedía así. En el Museo Kircheriano se lee, que los Sacerdotes Egipcios, y Griegos, con un género de tubos, o trompetas parlantes, al modo de aquella que reinventó en el siglo pasado el ingenioso Padre Kircher, escondidos tras del Ídolo en parte algo distante, encaminaban con arte la voz, de suerte que al Pueblo le pareciese salir de la boca del simulacro; ayudando mucho al engaño el horrendo sonido, que crece a la voz dirigida por la estrechez del tubo; pues quien ignora el artificio, no concibe que pueda ser voz humana.

8. Pero aunque el uso del tubo era más acomodado, y útil para este efecto, sin él podían ejecutar el mismo engaño, articulando, escondidos detrás de los Ídolos, las respuestas, [96] por algún conducto que tuviese salida en la boca de la estatua. De esto hallamos un ejemplo en los Idólatras modernos, que refiere Juan Bautista Tabernier en el libro primero de sus Viajes de las Indias, cap. 18. En el Reino de Golconda hay un Ídolo, famoso por las respuestas que da a los que van a consultarle: el citado Tabernier, sospechando en ello algún engaño, especialmente porque supo que no siempre el Ídolo respondía, y algunas veces dilataba muchos días la respuesta, tuvo arte para introducirse en el Templo, a tiempo que estaba solitario; y registrando el Ídolo, vio que había un agujero, por donde un hombre podía entrar a colocarse detrás de la estatua: el juicio que hizo por esta circunstancia, se fortificó por la extrema irritación que advirtió en un Sacerdote, que le sorprendió al salir del Templo, a quien sin embargo aplacó por medio de dos monedas

de oro.

{(a) La Esfinge era Deidad campestre, adorada de los Egipcios. Había por los campos en las cercanías de Egipto muchas estatuas suyas. La más famosa era a trescientos pasos de la gran Pirámide, y cuatro millas del Cairo, de quien hablan Herodoto, y Plinio, encareciendo su enorme grandeza. Era muy venerada esta Esfinge por las respuestas que daba a las consultas que le hacían. Pero el Padre Sicardo, Misionero Jesuita, que vio la cabeza de esta Esfinge (todo el resto del cuerpo estaba sepultado en la arena), dice que las respuestas de aquel Oráculo eran pronunciadas por los Sacerdotes; los cuales, por un oculto canal subterráneo, se introducían en la cavidad del Ídolo. El extraordinario, y portentoso sonido que adquiría la voz con sus repercusiones en las concavidades de aquel Coloso, confirmaba la los Infieles en la persuasión de que era efecto de causa sobrehumana.

2. Teodoreto lib. 5 Hist. cap. 22, después de referir que Teófilo, Obispo de Alejandría, a quien llama hombre de ánimo excelso, y prudencia suma, extirpó enteramente la Idolatría de aquel Pueblo, dice, que el medio de que se sirvió para tan glorioso triunfo, fue poner a los ojos de los Idólatras el embuste de sus Sacerdotes, los cuales les persuadían que en los Ídolos les hablaban sus Deidades; siendo realmente ellos los que daban respuestas, y decretos por medio [97] de las estatuas. Lo que se hizo patente descubriendo la fábrica interior de las estatuas, y los ocultos caminos por donde se introducían a la cavidad, o espaldas de ellas. Las palabras de Teodoreto son las siguientes: *Subdolas Sacerdotum veteratorum machinationes eorum oculis, puos in fraudem deduxerant, subjecit ad contemplandum. Etenim Sacerdotes isti statuas, quarum pars aeneae, pars lignae fuerunt, cavas introrsus effecerant, tergaque earum parietubus affigentes, vias quasdam latentes, & obscuras per ipsos parietes deduxerunt ad illas. Deinde per adyta fanorum in eas ingressi vias, se in statuas ipsi abdiderant, indeque velut ex statuarum ore, quod libitum ipsis erat imperarunt, quibus auditores circunventi imperata fecerunt. Has igitur sapientissimus Episcopues, demolitus, Sacerdotum praestigias Populo ab illis decepto patefecit*.

3. No sólo los muchos ejemplares que ha habido de esta maldita trampa de los Sacerdotes Gentiles, mas también la buena razón, me

inclina a creer, que por la mayor parte los decretos, y respuestas de los Ídolos, no tenían otro misterio. Las Historias, así sagradas, como profanas, hacen fe, y constituyen en grado de verdad innegable, que varias veces hablaba el Demonio en los Ídolos. Pero que Dios le diese frecuentemente esta licencia al Demonio, es cosa en que hallo notable repugnancia.}

9. En el Oráculo de Delfos, que fue el más famoso de la antigüedad, es muy verisímil que se usaba del mismo [97] dolo en consideración del sitio donde se daban las respuestas. El trípode, o mesa de tres pies, donde se sentaba la Profetisa, estaba colocada sobre un agujero, o abertura de la tierra, por donde cuando había de responder, humeaban densas exhalaciones, que conturbándola el cerebro, la ponían al parecer furiosa, y obligaban a violentas contorsiones, las cuales, cesando después el humo, también cesaban, y entonces, como intérprete de la Deidad, satisfacía a las consultas. La astucia, que se lee en Daniel de los Sacerdotes de Bel, que tenían ocultas entradas al Templo (al parecer por conductos subterráneos, aunque la Escritura no lo dice con expresión), para comer los manjares que se presentaban al Ídolo, persuadiendo al Pueblo que el Ídolo los comía, hace pensar a algunos Autores, que en Delfos se practicaba semejante engaño, y que la abertura de la tierra se comunicaba a alguna caverna, adonde los Sacerdotes se encaminaban por oculta senda subterránea, para desde ella dar sahumerios a la Profetisa, y aun dictarle las respuestas. El Trípode estaba todo rodeado de laureles, [98] con cuyo beneficio, y el del humo que salía de la caverna, se robaba la vista de los circunstantes de la Profetisa: cuya afectada ocultación, cuanto facilitaba el engaño, tanto le hacía más creíble.

10. Al principio sólo ejercían aquel ministerio tiernas doncellas consagradas a Diana, hasta que un tal Echecrates, natural de Tesalia, que fue a visitar el Templo de Delfos por devoción a Apolo, y después repitió muchas visitas por devoción a la Profetisa, logró enamorarla, y robarla. Desde entonces se estableció, que no se sentase en el Trípode mujer alguna de menos edad que cincuenta años: en que acaso no sólo se atendió a evitar otro sacrílego robo, mas también a no exponer en la facilidad de una doncella la revelación del secreto engaño del Oráculo.

11. Opondráseme a esto el silencio del Oráculo de Delfos desde el tiempo del nacimiento de nuestro Redentor, que afirman Suidas, Cedreno, y Nicéforo, refiriendo que Augusto, admirado de ver ya a Apolo mudo, instándole para que le revelase la causa del silencio, recibió por respuesta, que un Niño Hebreo, Dios de los Dioses, le obligaba a dejar aquel sitio, y volver al Infierno; y que esta respuesta fue articulada en los tres versos siguientes.

Me puer Hebraeus, divos Deus ipse gubernans
Cedere sede jubet, tristemque redire sub orcum.
Aris ergo hinc tacitis abscedito nostris.

Esto prueba que las respuestas del Oráculo eran pronunciadas por el Demonio; pues a ser engaño de los Sacerdotes, hubieran continuado en él aun después de la venida del Redentor.

12. Pero esta historia, bien lejos de justificarse por verdadera, sin temeridad se puede condenar por fabulosa: lo primero, porque del viaje, y consulta de Augusto a Apolo Délfico hay alto silencio en todos los Escritores Romanos: lo segundo, y principal, porque Cicerón, que murió cuarenta y un años antes del nacimiento de Christo, testifica, que ya en su tiempo, y mucho antes, estaba mudo aquel [99] Oráculo. Éstas son sus palabras: *Cur isto modo jam oracula Delphis non eduntur, non modo nostra aetate, sed jam diu, ut nihil possit esse contemptuis*? {(a) *Lib.2. de Divinitat.*}. Es verdad que en Suetonio hallo, que de orden de Nerón (mucho tiempo después) fue consultado el Oráculo de Delfos sobre los años que había de vivir; y tuvo por respuesta, que se guardase de los setenta y tres años: lo que se verificó, no como él lo entendía, y como literalmente sonaba, pues Nerón no vivió mas que treinta y dos años, sino en que Galba, que con su conspiración quitó a Nerón la vida, y el Imperio, tenía setenta y tres años. Pero esta historia, si es verdadera, no menos prueba contra el silencio del Oráculo Délfico en el nacimiento de Cristo, a quien la consulta de Nerón fue muy posterior, que contra el dicho de Cicerón. Puede ser que Suetonio tomase aquella noticia de algún rumor del vulgo, que es quien dicta a los Historiadores parte de lo que escriben de los Príncipes.

13. Para que las predicciones de los Oráculos se verificasen en la

forma que las interpretaban después de ver el éxito, no era mentester que las dictase la perspicacia diabólica; bastaba la sagacidad humana. O eran las respuestas ambiguas, y obscuras, de modo que pudiesen aplicarse a diferentes, y aun opuestos sucesos; o si se daban con más determinación, no correspondiendo después el suceso, se le buscaba a la profecía alguna explicación metafórica. Verdaderamente para tales vaticinios no eran menester más Demonios que Sacerdotes embusteros.

14. En tiempo de Luciano, un tal Alejandro Abonotichita, hombre de prodigiosa astucia, fundó en Paflagonia un Oráculo de Esculapio. Sirvióse para este efecto de una serpiente mansa de Macedonia, a quien había criado (haylas en aquella región de casta que no muerden), y en quien por medio de raros estratagemas hizo creer que residía aquella Deidad. Recibía en cédulas selladas las consultas que le querían hacer, y a otro día volvía en ellas, selladas [100] en la forma que se las habían entregado, debajo de la pregunta la respuesta, porque tenía secreto para abrirlas sin romper el papel, ni violar el sello. Atribuyéndose esto a milagro indubitable de la Deidad, voló la fama del Oráculo a todas partes, de modo que aun de Roma iban a consultarle. Las respuestas siempre tenían alguna ambigüedad artificiosa, la cual Alejandro, con maravillosa prontitud de ingenio, aplicaba después a cualquiera suceso. Baste este ejemplar. Rutiliano, hombre principal de Roma, le preguntó qué ayos señalaría a un tierno hijo suyo. Recibió por respuesta, que a Pitágoras, y Homero. El sentido natural de esto era, que el niño se aplicase a la doctrina de aquel Filósofo, y a la lectura de este Poeta. Murió el infante antes de poder hacer uno, ni otro; y reconvenido Alejandro por el afligido padre, satisfizo diciendo, que Esculapio, señalando a dos muertos por ayos de su hijo, bien claramente había expresado su acelerada muerte, como que luego iría a gozar sus documentos al otro mundo.

15. Si cuando el mundo estaba ya más advertido, un impostor solo pudo engañar a todo el mundo, ¿cuánto más posible fue que sucediese esto en la rudeza de los siglos anteriores, y que fuese conspiración de Sacerdotes embusteros la que se juzgaba respiración de las Deidades? Ni aun en aquellos tiempos parece que los hombres de más luz prestaban mucha reverencia a los Oráculos.

Eurípides afirmaba, que el mejor Oráculo de todos era aquel que entre infinitas mentiras decía alguna verdad. Demóstenes decía, que la Profetisa de Delfos filipizaba: quería decir que sobornada por Filipo, Rey de Macedonia, daba las respuestas que importaban a la política ambiciosa de aquel Príncipe. Cicerón largamente hizo irrisión de todos los Oráculos desde que los hombres dejaron de ser simples.

16. No sólo los sabios, mas también algunos Príncipes parece que consultaban los Oráculos más por política, que por religión. El ver que siempre, o casi siempre recibían respuestas favorables, hace creer que las dictaba la adulación, [101] el miedo, o la codicia de los ministros del Templo. Había Agesilao consultado sobre un negocio grave a Júpiter Olímpico, y recibido favorable respuesta. Instáronle los suyos a que consultase también a Apolo Délfico; y él hizo la consulta con un modo graciosísimo: preguntóle a Apolo, si era del mismo parecer que su padre Júpiter. ¿Qué otra cosa era esto que hacer burla de una, y otra Deidad, de uno, y otro Oráculo?

17. Alejandro, negándosele la Profetisa Délfica a consultar la Deidad, con el motivo de ser aquellos días nefastos, o infelices, con violencia la hizo ir al Trípode. Cierto es que si venerara el Oráculo, ni maltratara a su animado órgano, ni despreciara la observancia del rito. El gracioso cumplimiento que en otra ocasión dio a la condición que el Oráculo le puso para ser vencedor, muestra también que su fe era de puro cumplimiento. Habíale sido respondido, que sería feliz en la empresa que meditaba, como quitase la vida al primero que encontrase al salir de la Ciudad. Sucedió que el primero que ocurrió fue un pobre paisano, que conducía un jumento a la Ciudad cargado de no sé qué. Mandó Alejandro que le matasen, notificándole el orden del Oráculo; a que replicó, o con sencillez, o con agudeza, el rústico: Que si el Oráculo había mandado a Alejandro matar al primero que encontrase, no era él quien debía morir. ¿Pues quién? dijo Alejandro. Señor, respondió el paisano, el jumento que traigo delante de mí; pues ese es el primero que habéis encontrado. Cayóle en gracia a Alejandro el argumento, e hizo matar a la pobre bestia. En lo cual sin duda no miró a cumplir con el Oráculo, sino a persuadir a su gente que cumplía, para asegurarlos en la confianza de la victoria.

18. No por esto pretendo que algunas veces no hablase el Demonio en sus Templos, y estatuas: esto fuera oponerme a muchos Padres que lo afirman: fuera de que en varias partes de la Escritura se habla de hombres, y mujeres que tenían espíritu pitón, que es lo mismo que espíritu diabólico divinatorio; y si el Demonio podía inspirar a particulares [102] individuos, podría también, permitiéndoselo Dios, ejercer el mismo influjo en los ministros de sus Templos. Lo que juzgo es, que aunque una, u otra vez sucedía así, lo más frecuente era ser artificio de los mismos Ministros para asegurarse la veneración de los Pueblos.

§. III

19. Fuera de la falsedad de los Oráculos, abundaron bastantemente los Gentiles en fábulas de aquellos que por inspiración se decían Profetas. Los más célebres fueron, entre los Griegos, Orfeo, y Melampodes: entre los Romanos Marcio: entre los Egipcios el Trismegisto: entre los Persas Zoroastro: entre los Hiperbóreos Abaris: entre los Getas Zamolxis. Celio Rodiginio halló en antiguos Escritores, que a los Argonautas acompañaron en su expedición tres Profetas, Mopso, Idmon, y Amfiarao. El primero de estos quedó con tanta opinión de cierto en sus predicciones, que era modo vulgar de ponderar la veracidad de alguno, el decir que era más cierto que Mopso. Andaban tan baratos los Profetas entre los Gentiles, que entre los hijos de Príamo se contaban dos, Heleno, y la infeliz Casandra, que recibió el don de la profecía con la pensión de no ser creída jamás: y Pausanias refiere de la familia de los Clitides en Grecia, en la cual era hereditario el don de profecía. ¿Qué diremos a esto, sino que entre los Gentiles había muchos embusteros, y aun familias, en quienes el embuste era hereditario?

20. No es absolutamente imposible que Dios comunique el don de profecía a un infiel. S. Agustín, S. Cirilo Alejandrino, y Teodoreto afirman, que Balaan, hombre Pagano, y maldito, fue inspirado en sus predicciones por Dios, aunque otros sienten que por el Demonio.

21. Plutarco, que es tenido por Autor verídico, cuenta que un hombre llamado Enarco, habiéndole referido al mismo Plutarco, a

la sazón enfermo, que había sido muerto (el mismo Enarco), y resucitado poco después, en testimonio de ser verdad, le predijo a Plutarco, que muy en breve [103] mejoraría, lo cual sucedió. Pero del mismo contexto de la narración se colige, que el tal Enarco era un solemne mentiroso; pues dijo que los espíritus que habían arrancado su alma de su cuerpo, lo habían hecho por yerro, equivocando su alma con la de un Pellejero llamado Nicauda, que al mismo tiempo estaba enfermo: que sobre esto los había increpado fuertemente el Príncipe de aquellos espíritus, y ordenado que volviesen el alma al helado cadáver. A la verdad Plutarco en varias partes de sus escritos muestra ser bastantemente crédulo; y la predicción de su mejoría, pudiendo ser natural, no debía hacerle mucha fuerza.

22. A León Isáurico, siendo hijo de unos pobres Labradores, y tan pobre como ellos, dos Judíos, naturales de Fenicia, le predijeron que había de ser Emperador del Oriente, tomándole desde entonces la palabra de que en subiendo al solio, había de derribar todas las sagradas Imágenes que adoraban los Católicos: lo cual, cumplida la profecía, impíamente ejecutó, reconvenido de ellos con la palabra dada. Pero que aquí no intervino inspiración divina, es claro, por el inicuo intento a que miraba la predicción. Además de que estos mismos Judíos poco antes, debajo de la misma condición de derribar las Imágenes que había en los Templos de los Cristianos, habían ofrecido, como de parte de Dios, a Jezid, Califa de los Sarracenos, cuarenta años de próspero reinado; el cual, sin embargo, fue tan breve, que aunque al punto formó Jezid el edicto para la abolición de las Imágenes, murió antes que se publicase. De donde se infiere, que estos dos hombres eran embusteros, que a Dios, y a ventura, o al diablo, y a desdicha, andaban pronosticando, y por accidente algo salía cierto.

23. La más singular historia, que en esta materia hallo, es la que trae Josefo de la predicción de la ruina de Jerusalén por un rústico Hebreo, llamado Jesús, hijo de Anani. Este hombre, siete años antes de la desolación de aquella Capital, y cuatro años antes de empezar la guerra de Judea, cuando los Jerosolimitanos se juzgaban más felices, [104] y más ajenos de todo susto bélico, empezó, un día festivo de gran concurso, a pronunciar en alto grito estas voces en el

templo: *Voz de Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén, y contra el Templo, voz contra los nuevos maridos, y recién casadas, voz contra todo este Pueblo*. Desde entonces continuamente, dando vueltas por la Ciudad todos los días, y noches, repetía el mismo lamentable presagio, con asombro de todo el mundo. Quisieron atajarle, pero sin fruto; porque aunque más de una vez le atormentaron con cruelísimos azotes, hasta desnudarle los huesos, ni arrojó un gemido, ni soltó una lágrima, ni se le oyó una queja. Fija siempre la imaginación en el destrozo público, con olvido del dolor privado, entre los tormentos repetía aquellos funestos clamores: *Voz del Oriente, voz del Occidente, &c*. Interponía también muchas veces esta exclamación: ¡*Ay de tí, Jerusalén*! Reputado ya de todos por fatuo prosiguió siempre de este modo. Movieron los Romanos la guerra. Llegó el caso de poner sitio a la Capital. Entonces, dando vueltas por el muro, gritaba diciendo: ¡*Ay de la Ciudad! ¡Ay del Templo! ¡Ay del Pueblo*! Hasta que en fin se le oyó añadir a aquellos tres ayes otro ay, que fue el último, de este modo: ¡*Ay de la Ciudad! ¡Ay del Templo! ¡Ay del Pueblo! ¡Y ay de mí ahora*! ¡Cosa admirable! No bien acabó de decirlo, cuando una gran piedra, disparada de una máquina bélica, dándole en la cabeza, le derribó muerto.

24. Condenar esta historia por fabulosa, sólo cabe en una injusta crítica, porque además de que Josefo, en lo que él pudo averiguar por sí mismo, está reputado por Autor exacto, había dentro de Roma, cuando él escribió la Historia de la Guerra Judaica, infinitos Judíos, que habían sido hechos esclavos en la toma de Jerusalén, a vista de los cuales no referiría un suceso, de cuya falsedad le podían redargüir con evidencia. Así tengo para mí por cierto, que quiso la piedad Divina en la voz de aquel hombre, hacer la última llamada a aquella casta rebelde.

25. Pero no pudiendo, o no debiendo los sucesos peregrinos [105] ser regla prudencial de los juicios humanos, el concepto que comúnmente se debe hacer en cuanto hallamos escrito de predicciones de hombres infieles, es intervenir, o mentira en las Historias, o engaño, o fanatismo en los sujetos.

26. De esta última clase se deben juzgar cuantos entre los Herejes ostentaron tener espíritu de profecía, como Montano, y sus

dos Profetisas Priscila, y Maximila, cuya astucia fue tanta, que por algún tiempo a los Católicos mismos persuadieron ser verdaderos Profetas. Al principio, y medio del siglo pasado ostentaron los Protestantes tres Profetas suyos, Cristobal Koter, hijo de un Zurrador en la Baja Silesia, Nicolás Dravicio, natural de Moravia, y Cristina Poniatovia, hija de un Polaco, apóstata de la Religión verdadera, y juntamente del hábito religioso. Las profecías de estos tres juntó en un libro otro Visionario Protestante, Juan Comenio, con el título *Lux in tenebris*; y todas miran a un fin, que es asegurar la próxima ruina de la Iglesia Católica; por lo cual con fundamento se sospecha que algunos Protestantes, para animar a los de su partido, compusieron esta concertada concurrencia de los tres Profetas en distintas Regiones. Algunos de los mismos Protestantes tuvieron por efecto del fanatismo estas profecías; y entre ellos el Ministro Juan Fenel las refutó en un escrito, que intituló *Ignis fatuus*. El Profeta Nicolás Dravicio es natural que dijese muchas verdades, porque se sabe que era un buen bebedor.

27. En Alemania, y Holanda hay muchos Sectarios, que se precian de inspirados. Pero en donde reina con exceso este fanatismo es en Inglaterra, en aquella secta que llaman de los Quakers, o Tembladores, que tuvieron principio de un Cordonero, llamado Jorge de Fox, en tiempo de Carlos Primero. Los Sectarios de esta Escuela, todos, o casi todos se tienen por Profetas; y se les dio el nombre de Tembladores; porque cuando oran, o profetizan, afectan un género de trémulo movimiento. Lo más ridículo que en esta materia se ha visto, fue lo de los Hugonotes, habitadores [106] de los Cevenes, que tanto inquietaron la Francia, en estos años pasados. Estos tenían Escuela de profecía, como se puede tener de cualquiera Arte liberal, o mecánica, la cual en suma se reducía a tomar de memoria varios textos de la Escritura; y el uso profético que se hacía de ellos, era arrojarlos en ademán de furiosos, mezclados con mil demencias. El ministro Jurieu, gran fomentador de estos sediciosos, desde Holanda ayudaba a inspirarlos con disparatadas interpretaciones del Apocalipsis, donde a su parecer hallaba clara la ruina total del gobierno Pontificio, al principio para el fin del siglo pasado, y después para los primeros años del presente: *Caeci sunt, & duces caecorum*.

§. IV

28. Hemos vagueado hasta ahora por la noruega de la infidelidad, donde siendo la verdad peregrina, sólo por accidente rarísimo podríamos hallar una, u otra predicción verdadera. Ya salimos al país de la luz, a la región del Catolicismo, donde si bien hay muchas sombras, son de aquellas que en la presencia del Sol produce la opacidad de los cuerpos (la rudeza, quiero decir, de los vulgares): de aquellas que al caminante para la patria no hacen errar el camino, aunque le obscurezcan algo la senda. Es preciso que donde quiera que haya hombres, haya embusteros que finjan, y haya necios que crean.

29. En mis días han corrido muchas profecías verdaderas; pero que no llegaron a mis oídos sino después de vistos los sucesos. Después que se dio la batalla, o se rompió la guerra, o murió el Príncipe, o padeció algún castigo del Cielo la República, sale la especie de que esto lo había profetizado, o un Misionero, o una Beata, o alguna santa Religiosa. Siempre he deseado oír quien resuelta, y específicamente me diga: *Tal cosa ha de suceder*, y ver después correspondiente la ejecución; pero sólo he logrado oír quien me diga: *Esto ya lo había pronosticado Fulano antes que sucediese*. Refiere Gregoras, que la noche antes que muriese Juliano Apóstata, un vecino de Antioquía, que estaba [107] durmiendo al sereno, vio un concurso de estrellas divididas en varias letras, que formaban esta cláusula: *Hodie Julianus in Perside occidetur: Hoy matan a Juliano en la Persia*. Persuádome a que el Antioqueno lo contó después de sabida la muerte de Juliano, y al Escritor llegó alterada la noticia por las manos del vulgo, como que lo había dicho antes; pues no es creíble que sólo leyese un hombre lo que estaba patente a los ojos de todo el Mundo.

30. En los pronósticos políticos es donde reina más esta droga. No sucede cosa alguna, que luego no nos martiricen los oídos este, y el otro con aquellas voces: *Esto bien lo había dicho yo. No me quisieron creer; allá se lo hayan. Testigo es Fulano*; y se cita alguno que está ausente: ¡Oh Profetas de lo pasado! ¿De qué serviréis en la República?

31. Muchas veces unas amenazas vagas, o concebidas en

términos generales, se determinan a cualquiera siniestro acontecimiento que después ocurra, como si hubiesen sido individual, y específico pronóstico. Exclama en el Púlpito un Misionero: ¡*Ah cómo en vista de los vicios que reinan en esta tierra, me temo que venga sobre ella un castigo del Cielo*! ¿Pues qué si añade: *El tiempo lo dirá, y entonces os acordaréis de mí*? Si después un granizo tala las mieses, si una inundación ahoga los campos, si el enemigo hace algún daño en los confines, si una epidemia llena el Pueblo de enfermedades; esto fue lo que había dicho el Misionero; y no faltan quienes digan, que específica, y determinadamente había pronosticado tal género de calmidad. Los temores del Predicador fueron justos; y más justo fuera que estuviesen penetrados del mismo susto los corazones de los oyentes, porque siempre se debe contemplar la ira divina con el rayo en la mano sobre los pecadores; pero no es lo mismo amenazar, o temer, que profetizar.

32. No es muy irregular fingirse profecías determinadas, que después desmienten los sucesos; como que en tal parte apareció, y desapareció un peregrino, que dijo que tal año, y aun tal día se había de arruinar el Mundo. [108] Si se juntasen todas las mentiras que sobre este particular ha habido, no se hallaría en los doce siglos pasados año alguno, que en esta, o en aquella tierra no corriese como fatal, y decretorio para todo el género humano. No ha mucho tiempo, que en toda España se vulgarizó la noticia, de que ya Elías, y Enoch andaban predicando en no sé qué Provincias. En esta Ciudad de Oviedo inmediatamente a aquella furiosa borrasca del día trece de Diciembre del año de 23, que no se olvidará jamás en este País, por el estrago que hizo con un rayo en la hermosa torre de esta Catedral, se esparció la voz de que un Misionero, vecino, y conocido de todos, había profetizado para el día veinte otra tempestad mucho más horrenda, y cual nunca habían visto los mortales: lo cual fue tan creído, que estaba dominada de un terror pánico toda la plebe. El Misionero, que es ejemplar, y discreto, no había dicho tal cosa; y el día señalado fue de los más apacibles, y serenos que he visto.

33. Si se me dijere que estas amenazas producen en los Pueblos el saludable efecto de la reformación de costumbres; respondo lo primero, que la mentira nunca es lícita, aunque ocasionalmente

pudiese ser saludable. Lo segundo, que aunque he visto algunos de estos terrores, no he experimentado en virtud de ellos, las costumbres mejoradas. Es el Demonio padre de la mentira: con si en algún caso la mentira produjese la enmienda de vida, tendría entonces la virtud por abuelo al Demonio; lo que, aun dicho en cualquiera sentido metafórico, disuena. El medio que Dios destinó, y aún la misma razón natural dicta, para que la voluntad produzca actos de virtudes, es fecundar el entendimiento de sólidas verdades.

§. V

34. Fuera de estas profecías errantes, que, como fábulas efímeras, mueren luego que nacen, hay otras, que por haber comprendido los sucesos de una larga serie de años, se han divulgado, y se conservan escritas, [109] para que las interpreten los ociosos, y las crean los necios. Tales son las de un Zapatero llamado Bandarra en Portugal, de las cuales no tengo particular noticia; sí sólo de que son oscuras, y enigmáticas, como todas las demás de este género, y que el vulgo de Portugal hace de ellas grande aprecio. Tales las Centurias proféticas de Miguel Nostradamo, Médico, y Astrólogo Francés, que discurren desde el año de 1557 por todos los siglos venideros, hasta el de 3797, en el cual señala el fin del Mundo. Son confusas, y ambiguas sus predicciones creo que aún más que las de Bandarra. Tiene en Francia fuera de los vulgares, algunos aficionados, que aplican sus predicciones a los sucesos que ocurren, en la forma misma, y con la misma propiedad, que en otras partes se hacía con los pronósticos del Sarrabal.

35. Para que se vea cuánta libertad se toman estos antojadizos intérpretes en sacar de sus quicios las expresiones de Nostradamo, para acomodarlas a lo que ellos quieren que signifiquen, notaré aquí, que el año de diez y seis pareció en París un libro compuesto por un Eclesiástico, con el título de *Clave de Nostradamo*, en que su Autor pretende que la epístola dedicatoria de Nostradamo al Rey Enrique Segundo, no se dirige en realidad a este Rey, en cuyo tiempo escribió aquel falso Profeta, sino debajo del nombre del Príncipe reinante, al gran Luis Decimocuarto, que vino mucho

después al Mundo. También dice, que una carta de Miguel Nostradamo a su hijo César Nostradamo, debajo de este aparente velo habla misteriosamente, no con su hijo, sino con el que había de ser verdadero intérprete de sus profecías. Ciertamente, como haya tales intérpretes, cualquiera puede meterse a Profeta sin riesgo de ser cogido en mentira. Pero a los Franceses de espíritu no los ofusca la pasión del paisanaje, de modo que no vean la extravagancia, y ridiculez de estas ilusiones. Uno de ellos explicó su sentir muy bien en este dístico, hablando en nombre del mismo Nostradamo: [110]

Nostra-damus, cum falsa damus, nam fallere nostrum est.
Et cum falsa damus, nihil nisi Nostra-damus.

§. VI

36. El mismo concepto que de las pasadas, se debe hacer de aquellas profecías de Reyes, y de Papas que comúnmente se atribuyen a San Malaquías. Fue este Santo dotado de espíritu profético, como consta de su Vida escrita por S. Bernardo. Pero tan cierto es que las profecías que corren con su nombre no son suyas, como que no es de Salomón el libro intitulado *Clavicula Salomonis*.

37. S. Malaquías, Abad del Monasterio de Benchor, y Arzobispo de Armach en Irlanda, de donde era natural, murió el año de 1148. Estas profecías no parecieron hasta el año de 1595, en que las dio a luz Arnoldo Uvion, Monge Casinense (hablo de las de los Papas; que las de los Reyes aún tienen más reciente la data) en el segundo tomo de la Obra, que intituló *Lignum vitae*, y dedicó a Felipe Segundo. No sólo S. Bernardo, que escribió a la larga la vida de Malaquías, dando cuenta de algunas predicciones suyas, no habló palabra de las profecías en cuestión; pero ni otro Autor alguno de cuantos florecieron en más de cuatro siglos que pasaron desde que murió Malaquías, hasta que escribió Arnoldo Uvion.

38. Uvion dice que recibió estas profecías de mano de Fr. Alfonso Chacón, Religioso Dominicano, y Escritor conocido. Pero como Chacón no dio noticia de ellas, ni en la excelente Historia que compuso de las Vidas de los Papas, donde venía oportunamente, ni en otras Obras, que sacó a luz, sin duda las juzgó después por

apócrifas.

39. Pero el argumento tomado del silencio universal de todos los Autores que precedieron a Arnoldo Uvion, como puramente negativo, sería insuficiente para probar la suposición de las profecías en cuestión, si no se añadiera otra prueba positiva concluyente; y es, que estas profecías son muy claras, en orden a aquellos Papas, que precedieron el tiempo de su publicación, y obscurísimas respecto de todos [111] los que se subsiguieron. Explicaréme. Empiezan las profecías desde Celestino Segundo, que reinaba cuando murió S. Malaquías, y prosiguen por todos los Papas que hubo después, y que habrá hasta el fin del mundo. La designación de cada Papa consiste en un breve mote, en que se explica, ya el nombre, ya la patria, ya otra alguna circunstancia particular a la persona. Estos motes se ajustan con gran propiedad a todos los Papas que hubo por espacio de 447 años, contando desde Celestino Segundo hasta Gregorio Decimocuarto inclusive; pero es menester interpretar los que se siguen con suma violencia, para acomodarlos a los Papas que hubo desde Gregorio Decimocuarto, hasta Benedicto Decimotercio, que al presente reina. Gregorio fue electo Papa cinco años antes que Arnoldo Uvion diese a luz sus dos tomos del *Lignum vitae*, de que se sigue que entonces se fabricaron estas profecías; y como el impostor que las fraguó, sabía quiénes habían sido los Papas antecedentes, e ignoraba los venideros, para aquellos dispuso los motes e modo que viniesen con propiedad; pero para estos fue preciso echarlos al azar, o como dicen, a Dios, y a dicha. Pondré aquí para demostración diez motes pertenecientes a los primeros, así como se fueren siguiendo, desde Paulo Tercero, hasta Gregorio Decimocuarto, con su explicación, y después los que se siguieron, y seguirán hasta el fin del mundo, dividiéndolos en tres clases.

Primera clase

40. *Hyacintus Medico*. El Jacinto al Médico. Paulo III, de la Casa de los Farnesios, cuyas armas son seis flores de Lis, o Jacintos. Fue Cardenal del título de S. Cosme, y S. Damián, Médicos.

De Corona Montana. De la Corona del Monte. Julio III, se llamaba antes Juan María del Monte. Tenía por armas una montaña, y unas coronas de laurel.

Frumentum floccidum. Trigo de poca duración. Marcelo II, [112] tenía espigas de trigo en sus armas, y no duró su Pontificado más que veinte y un días.

De Fide Petri. De la Fe de Pedro. Paulo IV, llamábase Pedro antes de subir al solio. A esta explicación creo que falta otra alguna circunstancia.

Aesculapii pharmacum. El medicamento de Esculapio. Pio IV, era de la Casa de Médicis, y había estudiado Medicina en Bolonia.

Angelus nemorosus. Ángel del bosque. Pio V, llamábase antes *Miguel*, que es nombre de Ángel, y era natural de un Lugar llamado el *Bosque*.

Medium corpus pilularum. La mitad del cuerpo de píldoras, o pelotillas. Gregorio XIII, tenía la mitad de un dragón en sus armas, y fue criatura de Pio IV, que tenía seis pelotas en las suyas.

Axis in medietate signi. El eje en medio del signo. Sixto V, tenía por armas un León, que es uno de los doce signos del Zodiaco, puesto debajo de un eje.

De rore Caeli. Del rocío del Cielo. Urbano VII, fue Obispo de Rosana en la Calabria, donde se coge el maná, o rocío del Cielo.

De antiquitate urbis. De la antigüedad de la Ciudad. Gregorio XIV, natural de Orbieto, que en Latín se dice *Urbs vetus*.

Segunda clase

41. En ésta pondremos sólo los motes, y nombres de los Papas, porque la explicación, por no hallarse alguna propia, cada uno la discurre como puede.

Pia Civitas in bello. La ciudad piadosa en la guerra. Inocencio IX.

Crux Romuela. La cruz de Roma, o de Rómulo. Clemente VIII.

Undosus vir. Hombre de las ondas, o como las ondas. Leon XI.

Gens perversa. Gente perversa. Paulo V. [113]

In tribulatione pacis. En la tribulación de la paz. Gregorio XV.

Lilium, & Rosa. El lirio, y la rosa. Urbano VIII.

Jucunditas Crucis. El gozo, o deleite de la Cruz. Inocencio X.
Montium custos. La guarda de los montes. Alexandro VII.
Sydus Olorum. El Astro de los Cisnes. Clemente IX.
De flumine magno. Del gran río. Clemente X.
Bellua insatiabilis. La bestia insaciable. Inocencio XI.
Poenitentia gloriosa. La gloriosa penitencia. Alexandro VIII.
Rastrum in porta. El rastrillo en la puerta. Inocencio XII.
Flores circumdati. Las flores rodeadas. Clemente XI.
De bona Religione. De la buena Religión. Inocencio XIII.
Miles in bello. El soldado en la guerra. Benedicto XIII, que hoy felizmente gobierna.

El Padre Ricardo Arsdekin, que en el primer tomo de la Teología Tripartita trae las profecías de Malaquías, desde Sixto IV hasta Inocencio XI, confiesa que nadie halló explicación a las que tocan a Inocencio IX, y a Paulo V. En substancia dice lo mismo de la de Clemente X. ¡Buenas profecías por cierto aquellas, que aun visto el suceso, no se les encuentra la aplicación! El Padre Papebroquio en el Propileo (*versus finem, apéndice 4*.) dice también, que a tres no se les pudo dar explicación alguna, y así a todas las desprecia. Es verdad que en el Diccionario de Moreri se hallan explicadas todas; pero con suma impropiedad, y violencia.

Tercera clase

42. En esta clase entran los Pontífices futuros.

Columna excelsa.	La alta columna.
Animal rurale.	El animal del campo.
Rosa Umbriae.	La rosa de Espoleto.
Ursus velox.	El oso veloz. Otros leen *Visus velox*.
Peregrinus Apostolicus.	El Peregrino Apostólico.
Aquila rapax.	La Águila rapante. [114]
Canis, & coluber.	El perro, y la culebra.
Vir Religiosus.	El hombre Religioso.
De balneis Hetruriae.	De los baños de Toscana.
Crux de Cruce.	La Cruz de la Cruz.

Lumen in Caelo.	La luz en el Cielo.
Ignis ardens.	El fuego ardiente.
Religio depopulata.	La Religión despoblada.
Fides intrepida.	La Fe intrépida.
Pastor Angelicus	El Pastor Angélico.
Pastor, & Nauta.	El Pastor, y el Marinero.
Flos florum.	La flor de las flores.
De mediatate Lunae.	De la mitad de la Luna.
De labore Solis.	Del trabajo del Sol.
De gloria olivae.	De la gloria de la oliva.

43. Acaban estas profecías con la siguiente cláusula, que pongo traducida en Castellano: *En la última persecución de la Santa Iglesia Romana ocupará la Silla Pedro Romano, que dará pasto a sus ovejas, padeciendo muchas tribulaciones; pasadas las cuales, la Ciudad de siete montes* (Roma) *será destruída, y el tremendo Juez vendrá a juzgar a su pueblo*.

§. VII

44. Las profecías de los Reyes tienen todas las señas de suposición, y algunas más que las de los Papas. Es la voz común que se hallaron no ha mucho tiempo en el Monasterio de Poblet. Tengo noticia de dos manuscritos de estas profecías, en uno de los cuales hay esta nota: *Hae prophetiae sunt de tempore Sancti Malachiae, reconditae in archivo Monasterii de Poblete, indeque anno 1639 fuerunt missae Excellentissimo Comiti de Gueralt, Locum tenenti suae Majestatis in Catalonia. (Estas profecías, que son del tiempo de S. Malaquías, estaban guardadas en el Archivo del Monasterio de Poblete, y de allí fueron enviadas el año de 1639 al Excelentísimo Conde de Gueralt, Virrey de Cataluña*). En el otro se dice que un Embajador de España en Londres halló en un Archivo de Inglaterra [115] profecías de S. Malaquías sobre los principales Reinos de Europa, y de ellas entresacó las que tocaban a los Reyes de España.

45. Pero para mí no es dudable que el hallazgo del Embajador es apócrifo. Ningún Autor extranjero da noticia de profecías de Malaquías pertenecientes a otros Reinos: si se hubieran descubierto,

corrieran en las Naciones, como las de los Papas. Ni aun de las de los Reyes de España hacen memoria, de donde se infiere, que esta fábula nació en España, y sólo en España se conserva.

46. El tiempo de la suposición no puede determinarse a punto fijo. Paréceme muy probable, que hacia los fines del Reinado de Felipe Tercero se fraguaron estas profecías: porque los hechos principales de los Reyes están designados con harta claridad hasta la expulsión de los Moriscos, que se hizo en tiempo de Felipe Tercero, y la cual se nota en la profecía perteneciente a este Rey con estas voces: *Perdet a Regno reliquias Lunae*. De allí adelante no se halla correspondencia alguna entre los sucesos, y las predicciones.

47. Ésta es una prueba visible de la suposición. En la profecía tocante a D. Fernando el Católico se expresa el descubrimiento del Nuevo Mundo, juntamente con los nombres de Colón, y Cortés: *Et mundum novum manifestabit post Colon, Cortes*. En la de Carlos Quinto, la prisión del Rey Francisco en Pavía: *Juxta Pavonem, Gallum comprehendet*; e inmediatamente, con voces bien alusivas, la del Duque de Sajonia, y la del Papa Clemente Séptimo: *Saxum cum petra subjectum habebit*. En la de Felipe Segundo, la victoria Naval sobre la armada Turca junto a Negro-Ponte: *Lunam conclipsat in Nigro Ponte*, y la conquista de Portugal, designada en las *Quinas* (armas de aquel Reino) que se apropia: *Quinquena vulnera sibi appropriat*. Hasta los años que vivió aquel Rey están bien determinados: *Septuagenarius, & plus occumbet*; pues vivió setenta y un años, y cuatro meses. En el tiempo de Felipe Tercero se manifiesta, como se dijo, la expulsión de los Moriscos. [116] De allí adelante no hay proporción alguna a lo que sucedió. Y es vano el trabajo de los que con interpretaciones violentas, y alusiones forzadas estiran las locuciones, hasta que lleguen a lo que ellos quieren, pues de este modo a todo vendrán, y ningún hombre habrá que no pueda meterse a Profeta.

48. Vióse esto claro estos años pasados, en que la profecía correspondiente a este Reinado era interpretada según el efecto de cada uno. Los que deseaban la conservación del Príncipe que nos dio el Cielo, le hallaban designado muy a su placer en la profecía: los que se inclinaban al competidor, encontraban la predicción muy acomodada a su deseo. Y cosa graciosa fue el alborozo de estos,

cuando el Señor Archiduque, con el nombre de Carlos Sexto, fue coronado Emperador de Alemania: porque aquel *sextus* del versículo *Ardens ut facula sextus ingreditur*, que antes, ni unos, ni otros podían acomodar a su partido, aunque unos, y otros le acomodaban, ya le vieron venir clavado al Príncipe, que reinaba en su corazón.

49. Confirma fuertemente la falsedad, el que en la profecía del Reinado presente no se dice cosa que aluda a la renuncia, y restitución al Cetro de nuestro Rey Felipe Quinto (que Dios guarde), siendo un suceso singularísimo; y lo que es más, falta en esta serie de Reyes Luis el Primero, de cuyo breve Reinado nada se dice, ni cosa que pueda apropiarse a esta interpolada dominación. Pondré aquí esta profecía con las dos restantes (pues no hay más), aunque dudo de que esté bien copiado el ejemplar que tengo presente, porque la Gramática está en partes defectuosa.

Ardens ut faculta sextus ingreditur.
Post multa gesta in unum venient.
Castrum, Leo, Gallus, & Aquila.
Et virginem veterem ipsi tenebunt,
Et postea Lunam in mari mergent.
Et Nardus furit cui successit… (Dudo si esto toca ya a otro Rey.)
Non minus fide, regno, & sceptro: [117]

Sua dominia in Ortu augebit:
Dum fidem servat, ei evenient
Bella, quae geret ex desiderio.
Occumbet felix sexagenarius.

Carolus trabit trabeam rubeam
Septimum sceptrum cum pugione,
Qui res mirabiles ipse videbit,
Nec flos, nec corvus, nec vulpes, nec aquila.
Dracones sibilant, nec Crucem deferent.

Henricus actor diadema auget.
Presus laboribus pro fide Petri.
De Dan resurget, qui eum premet.
Et regnat ut coluber, ut ipse regnet.

Et finita tandem saecula, Deus judicat.

§. VIII

50. Estos, y otros semejantes embustes se ponen en crédito, por suponerse anterior su data a todos los sucesos de que tratan. Es por la mayor parte historia lo que se juzga profecía; y con decirse que se extrajo de un sepulcro, o se halló en el seno más retirado de un Archivo, para los incautos no se ha menester más testimonio. En Nicetas, Historiador Griego, se halla un célebre ejemplar de estas ficciones.

51. El astuto, y ambicioso Focio, Patriarca Cismático de Constantinopla, habiendo caído de la gracia del Emperador Basilio, y de aquel empleo, ideó, y puso en ejecución un extraño ardid para volver a alcanzar su fugitiva fortuna. Escribió en antiguos caracteres Alejandrinos un cuaderno, que, como si hubiese sido escrito algunos siglos antes, en tono profético trataba, entre otras cosas, de la genealogía de Basilio, a quien hacía descender de Tirídates Rey de Armenia. Este cuaderno entregó a su amigo, y confidente Teófanes, Bibliotecario del Emperador, el cual pasado algún tiempo, se le mostró al Príncipe, diciéndole que le había hallado entre los [118] Libros raros de su Biblioteca, y que no podía menos de ser alguna cosa exquisita. El Emperador, como siempre en lo ininteligible se sospecha algo admirable, curioso de saber lo que contenían aquellos obscuros caracteres, dijo a Teófanes que buscase quien supiese descifrarlos; a que Teófanes respondió, que no discurría que hubiese en todo el Imperio hombre capaz de hacerlo, sino Focio. Esto se hacía muy verisímil, porque de hecho Focio era sujeto de erudición, y capacidad extraordinaria, excelente Gramático, Poeta, Orador, Matemático, Filósofo, Astrónomo, Médico, Teólogo, en que lo más admirable fue adquirir tantas ciencias, habiendo estado siempre en empleos Políticos, y Militares. Siendo llamado Focio, le fue fácil descifrar lo que él mismo había cifrado. Basilio, que era de baja esfera, se lisonjeó extremamente de verse entroncado en la descendencia de un Rey que le había precedido ocho siglos. Aun reducido el escrito a los caracteres comunes, restaban algunas

obscuridades, cuya ajustada explicación, dada por Focio, no dejó duda de su recta inteligencia. Nadie pudiera adivinar qué significaba esta voz misteriosa *Beclas*, sino el mismo que con estudio la había fabricado. Descubrió el engañoso intérprete notadas en ella las seis personas que constituían la Familia Imperial; porque cada letra de aquella voz era inicial del nombre de alguno de los seis sujetos. La *B* de Basilio, la *E* de su mujer Eudoxia, las cuatro restantes pertenecían a cuatro hijos que tenían, Constantino, León, Alejandro, y Estéfano. Todo lo que se seguía en el cuaderno eran promesas de prosperidades a los sujetos señalados en aquella enigmática voz. Este agudo artificio autorizó más a Focio con el Emperador Basilio, que a Daniel con el Rey Baltasar la interpretación de la misteriosa escritura: *Mane, Tecel, Phares*. Fue repuesto en la Silla Patriarcal, muerto el Santo Patriarca Ignacio, y dominó siempre el espíritu de Basilio, corrompiendo la buena índole de aquel Príncipe, con harto perjuicio de la Iglesia.

Discurso quinto

Uso de la Mágica

§. I

1. Que hay hechiceros, y hechicerías, consta de la Escritura, y del común consentimiento de la Iglesia. Que haya tantos, y tantas, como el Vulgo piensa, es aprensión propia de la rudeza del Vulgo. Si sólo se hiciese cuenta de la malicia del Demonio, y de la flaqueza del hombre, no hay duda que nos veríamos inundados de hechiceros: porque son muchos los perversos que buscando la felicidad en el seno de la desdicha, a todo riesgo del alma quieren hacer fortuna; y el Demonio, para mal suyo, y nuestro, les prestaría fácil su asistencia, si, o el Ángel Custodio no le estorbase llegar a estos abominables contratos; o Dios, usando de su imperio, no tuviese su malicia en cadenas. De cualquiera modo que sea, toca a la Providencia impedir que totalmente se baraje la economía del Orbe, como sin duda sucedería, si a aquella criatura, igualmente valiente que infeliz, se le dejase suelta la rienda para ejercer en daño nuestro su actividad. Confundiría los Elementos, jugaría como con una pelota con todo el globo de la tierra, y aún no sé si estarían libres de sus violentos soplos las luces del Cielo. Esto podría hacer un Demonio solo. ¿Qué harían tantos millares?

Sed Pater Omnipotens speluncis abditit atris.
Hoc metuens; molenque, & montes insuper altos
Imposuit.

2. En materia de hechicerías, tanto como en la que más, circulan, y se propagan las fábulas del Vulgo a los Escritores, y de los Escritores al Vulgo. Trasládase a los Libros [120] lo que fingen los vulgares, y después creen los vulgares lo que hallan en los Libros. De este modo la fábula que nació en el rincón de una Aldea viene a ocupar todo el ámbito del Mundo. Es menester, pues, leer con suma desconfianza los Libros que tratan de esta materia. Ellos mismos dan motivo para eso, porque por la mayor parte están llenos de contradicciones, y quimeras.

{(a) Tiene un gravísimo inconveniente el poner al Mundo en la creencia de que es mucho el número de hechiceros, y hechicerías: inconveniente que no advirtieron los que en sus Libros multiplicaron tanto los cuentos pertenecientes a este asunto: y es ser ocasión para que muchos depravados soliciten para sus perversos designios la asistencia del Demonio. El que esté en el dictamen de que muy pocas, o muy rara vez permite Dios al espíritu maligno esta asistencia, por malo que sea, no se arrojará a cometer un pecado atrocísimo, y por otra parte verisímilmente inútil. Pero haciéndose común la creencia de que el Demonio no deja de ayudar a cuantos le invocan, es natural que infinitos, o habitualmente perversos, o en tal, y tal ocasión incitados de alguna violentísima pasión, concibiendo cierto por este medio el logro de sus deseos, caigan en el horrendo crimen de invocar el auxilio del común enemigo.}

3. Plinio, tratando de los prodigios que se decía hacían los Magos Orientales con el uso de algunas hierbas, como con la llamada Etiópide secar los lagos, y los ríos: con la Aquiménide, arrojándola entre los escuadrones enemigos, hacerles volver despavoridos las espaldas, graciosamente les pregunta cómo no se valieron del poderoso presidio de estas hierbas en varias ocasiones, en que las Potencias Extranjeras triunfaron de los mismos Reyes que tenían por vasallos aquellos Magos: *Ubiam istae fuere, cum Cymbri, Teutonique terribili Marte ulularent, aut cum Lucullus tot Regis Magorum paucis legionibus sterneret*?

4. La misma reflexión podríamos hacer sobre Zoroastro, Rey de los Bactrianos, a quien los antiguos reconocieron por inventor, o primer ejemplar de la Magia diabólica. Fue este hombre, según

refiere Justino, vencido, y muerto en una batalla por Nino, Rey de los Asirios. ¿Pues dónde estaban entonces sus poderosas Artes? No hay, [121] si bien se mira, alguna seguridad de que haya habido tal hombre en el Mundo, en atención a la diversidad conque hablan de él los Autores. Platón le hace Persa, y no Bactriano. Diodoro Sículo afirma que el Bactriano, vencido por Nino, se llamaba, no Zoroastro, sino Oxiastro. Eudoxo, y Hermipo, Escritores muy antiguos, dicen que Zoroastro, inventor de la Magia, fue cinco mil años anterior a la guerra de Troya, que es lo mismo que hacerle muchos años anterior a la creación del Mundo.

§. II

5. La prueba de que es fabuloso infinito de lo que se lee de las Artes Mágicas, tomada de la falta de uso, y utilidad en sus profesores, se podía extender discurriendo por varios ejemplares. Nerón se dió mucho a la Magia. ¿De qué le sirvió, si no pudo evitar la conspiración? Anduvo buscando hombres que tenían fama de Magos; es cierto que no halló sino embusteros, porque después abandonó enteramente esta aplicación: lo que en Nerón no puede atribuirse a arrepentimiento del delito, sino a conocimiento del embuste. Es reflexión de Plinio: *Indubitatum exemplum est falsae artis, quam dereliquit Nero*. Olao Magno dice que los Lapones, y otras gentes del Septentrión hacen comercio de la hechicería, vendiendo los vientos a los Navegantes, de modo, que por señalado precio tienen el viento que quieren para la navegación que destinan. Y es bueno que aquellas Naciones, sin embargo de un tráfico tan ventajoso, son pobrísimas, según nos refieren todos los Geógrafos. En verdad que los que en las aulas de los Príncipes, vendiendo, o el cierzo de la vanidad, o el céfiro del favor, hacen negocio de los vientos, presto salen de pobres. Argrimo Jonás, docto Escritor Irlandés, descubre el motivo que dió origen a este error; y es, que aquellos Marineros Septentrionales tienen observadas algunas señales, por donde de parte de tarde conocen el viento que ha de correr por la mañana. Cuando, pues, quiere partirse algún Navío extranjero, si advierten que el viento [122] indicado para el día

siguiente es favorable a la ruta que ha de seguir el Navío, le llegan al Capitán, y le dicen que como les pague tanto, o cuánto, le venderán, o asegurarán tal viento. Hácese el concierto; y el Marinero, tomando un pañuelo del Capitán, y murmurando en él ciertas palabras, como que usa de algún rito mágico, le moja en el agua del Mar: luego se le entrega la Capitán, previniéndole que no le descoja hasta concluir la navegación. El viento prometido pocas veces deja de levantarse; pero lo que suele suceder es, que se cae poco tiempo después que el Navío se hizo a vela. Mas esto no basta para desengañar a los que vieron la ceremonia a su parecer mágica, siendo en la verdad no mas que un embuste de aquella canalla para estafar a los Extranjeros. (*Argrim. Jon. in Anatome Blefkeniana*).

{(a) En toda la China es corriente, que los profesores de la Secta idolátrica de *Tao ssee* ejecutan por la Magia prodigios insignes; como que a un extranjero, que venga a consultarlos, sin haberle visto jamás, le dicen su nombre, los de toda su familia, la postura de su casa, y otras mil circunstancias: que hacen algunas veces parecer en el aire la figura del Jefe de su Secta, y la de sus Ídolos: que hacen que una pluma por sí misma escriba, sin que nadie la toque, y lo que queda escrito es respuesta puntual a la consulta que se les hace: que en un caldero lleno de agua representan todas las revoluciones que han de arribar al Imperio. Estas, y otras maravillas refiere el Padre Du-Halde en el tom. 3. de la Historia de China, que están vulgarizadas en aquel grande Imperio, como efectos muy frecuentes del Arte Mágico de los expresados Idólatras. Pero el Autor referido en una nota separada testifica que los Chinos sinceros, y cuerdos, aseguran que todas estas son hablillas del vulgo, desnudas de todo fundamento. Estoy muy persuadido a que lo que cuentan algunos de la multitud de Hechiceros que hay en ciertas Naciones de la América, no tiene más fundamento, que la especie que acabamos de dar de los Idólatras de la China. Véase nuestra *Ilustración Apologética*, Disc.21. núm.5}.

6. El Emperador Adriano, viendo que los Médicos no podían curarle el flujo de sangre, de que adolecía, se quiso servir de hechiceros; pero no los halló, y así la enfermedad fue creciendo hasta que le quitó la vida. Un Emperador [123] Romano no halla hechiceros, ni hechiceras cuando los busca; y nos querrán persuadir

que está lleno el Mundo de ellos. Un Alfaquí, o Predicador Mahometano, llamado Abdalla, y tenido por el más famoso Nigromántico que había en toda África, banderizando alguna gente, se levantó el año de 1543 contra el Rey de Marruecos. Envió este algunas Tropas, y se prendieron sin dificultad, avanzando una montaña, donde se había hecho fuerte, sin que le valiese, ni la aspereza del sitio, ni el uso de la Magia, aunque quiso socorrerse de ella, porque las Tropas que le cogieron, hallaron en el camino varias señas de sortilegios, como carneros degollados, con los pies cortados, y metidos por los ojos. Juzgaba aquel infeliz, engañado por otro algún embustero, que había sido su Maestro, que tenía un gran socorro en aquella ridícula ceremonia, la cual no le sirvió de nada; siendo las reses degolladas, antes presagio de que él había de tener la misma fortuna, que precaución para evitarle la desgracia.

7. Isaac Aarón, de nación Griego, Intérprete de Lenguas del Emperador del Oriente Manuel Comneno, hombre alevoso, y detestable, fue muy dado a la Magia, como se probó de haberle hallado juntamente con un Libro de esta Arte atribuido a Salomón, una caja de Tortuga, donde tenía la imagen de un hombre aprsionados los pies con unos grillos, y el corazón atravesado con un clavo. Con todos estos secretos no evitó sus grandes calamidades. Convencido de traición, mandó el Emperador quitarle los ojos. Y porque sucediendo después en el gobierno el usurpador Andrónico, con violentos consejos esforzó sus tiranías, Isaac Angelo, que derribó a Andrónico del Trono, le hizo cortar la lengua.

8. Generalmente los que se creen hechiceros, son una gente pobre, desdichada, y miserable. Parece que lo primero que habían de pactar con el Demonio, sería el que los colmase de honores, y riquezas. ¿Cómo rarísimo las logra? Respóndese a esto, que el común enemigo, cuya [124] ojeriza con ningún mal nuestro se sacia, quiere que sean infelices en esta vida, y en la otra. Bien creo del Demonio toda esta implacable rabia; pero por eso mismo que él nos aborrece tanto, había de ostentar al Mundo gloriosos a esos miserables que se ponen en sus manos; pues con ese cebo hiciera más prisioneros: ¿Se puede pensar que a su astucia se oculte el medio más común, y más eficaz de atraer los hombres? Si ven que trata mal a esos pocos que le adoran, ¿quién buscará una esclavitud,

sobre ignominiosa, de todos modos infeliz? Al contrario si dorara siquiera las cadenas en que tiene a esos cautivos, la golosina del oro trajera muchos vasallos a su dominio. El argumento, tomado de la pobreza de los hechiceros, para persuadir que es falsa su hechicería, es muy fuerte en la consideración de S. Agustín; pues este Padre (Epíst. 5.) prueba que Apuleyo no fue Mago, porque siendo ambicioso, no pasó de una moderada fortuna.

§. III

9. Fuera de esto, pregunto: ¿Qué uso tienen en el Mundo esas artes diabólicas? ¿Qué efectos prodigiosos se ven de tantos hechiceros, y hechiceras como se cree que hay? ¿Cuántos Príncipes, prontos a sacrificar toda la ley al ídolo de su ambición, se valieran de ellos para adelantar sus conquistas? No obstante, rara, o ninguna vez hallamos en las Historias, que alguno engrandeciese su Reino por estos medios. El Príncipe sagaz, el animoso, el rico, el que tenía buenos Soldados, es el que vemos siempre que ganaba las batallas. Esto encontramos en los Historiadores Griegos, y Romanos, y en todos los que hay dignos de fe en todas las demás Naciones. Sólo en Saxo Gramático, Juan Magno, y Olao Magno, Historiadores de las Regiones Septentrionales, leemos que sus antiguos Príncipes se hacían a veces la guerra con artes mágicas; pero por eso están reputados por fabulosos. Para muchachos, o gente plebeya, es gran gusto leer en Saxo Gramático, que Olero Sueco, puesto a la gineta sobre [125] un hueso encantado, usando de él como de Navío, daba vueltas por toda la anchura del Océano, y en Juan Magno, que Erico, Rey de los Godos, con voltear el sombrero a cualquiera parte, de allí hacía venir el viento. ¿Cómo se acabaron estos hechiceros en el Norte, y ahora sus Reyes no se hacen la guerra con otros medios, ni de otro modo que todos los demás Europeos?

10. ¿Acaso será verdad lo que Martín Cromero, Historiador de Polonia, refiere de una batalla entre Tártaros, y Polacos, en que yendo ya de vencida los primeros, un Alférez, que estaba en el último batallón, volviendo la cara a los Polacos, y con ella la bandera, en que estaba pintada la letra X, y en la extremidad de ella

la cara de un hombre negro, y disforme, empezó a tremolar el funesto tafetán, del cual se vió luego salir una pestífera niebla, que no sólo quitó a los Polacos el uso de los ojos, mas también el de las manos, robándoles el brío, como si fuese hálito venenoso del Averno? Puede ser que los Soldados vencidos fingiesen aquella patraña para cubrir su cobardía. Puede ser que el miedo les hiciese ver asombros no existentes. Puede ser, en fin, que una niebla natural exhalada de la tierra, en aquel conflicto se les representase producida por arte Mágica. Pero dado caso que fuese así, como el Historiador lo refiere, probará sólo lo que no negamos; esto es, que ha habido en el Mundo uno, u otro acontecimiento de estos, pero rarísimo.

§. IV

11. Si se examinan las Historias de los más decantados Magos, o Magas que hubo en los siglos, apenas se hallará una, cuyas circunstancias no la acrediten de fabulosa. Y despreciando en primer lugar los prodigios de Circe, y de Medea, que no tienen otros Historiadores, que a Homero, Hesíodo, Ovidio, y otros Poetas: dejando también aparte a Zoroastro, de quien ya se habló; el primero que ocurre por más antiguo, es el famoso Abaris, natural de los Montes Hiperbóreos, País el más vecino al [126] polo Artico, y Sacerdote de Apolo, de quien entre otras maravillas, se refiere, que montado en una flecha de oro, giraba por los aires toda la redondez de la tierra, respondiendo a cuantas consultas le hacían los mortales, sin que jamás desmintiese el suceso las predicciones de este Oráculo. Esta relación creo que sólo tiene por fiador a Herodoto; pues si bien cuentan lo mismo otros Autores, es verisímil, que siendo el más antiguo, todos lo tomaron de él; y Herodoto, según el juicio de buenos críticos, escribió más como Poeta, que como Historiador, muchas cosas. Es incierto en qué tiempo vivió Abaris, haciéndole algunos anterior a la guerra de Troya, tiempo del cual, exceptuando lo que nos enseñan los Sagrados Libros, nada sabemos sino fábulas, y aun dicen, que él fue quien vendió a los Troyanos el Palacion, o imagen de Palas, fábrica suya, de quien

dependía la conservación de aquella Ciudad, y Reino. Atribuyéronle algunos Libros: uno, que trataba de la llegada de Apolo a los hiperbóreos: otro, de la generación de los Dioses: otro de las nupcias del Río Ebro (no es el de España, sino otro que hay en la Tracia de este nombre). Todas estas circunstancias dan aire de fábula a la historia de este Mágico. A que se añade, que casi cuanto escribieron los Antiguos de los Pueblos Hiperbóreos está lleno de ficciones.

§. V

12. Apolonio Tianeo, a quien se dió este renombre por ser natural de Tiane, Ciudad de Capadocia, hace muy particular representación en el Catálogo de los magos. Cuéntase de él que se desapareció estando en la presencia del Emperador Domiciano, que le quería matar porque había vaticinado a Nerva el Imperio, y en breve tiempo pasó a un lugar muy distante: Que un mismo día fue visto en tres Ciudades distantísimas, Atenas, Roma, y Alejandría: Que entendía el lenguaje de las aves, en cuya comprobación, una vez que estaba orando en la plaza de Atenas, viendo que una bandada de pájaros volaba [127] garlando al encuentro de otra, y después todos tomaron el camino por donde habían venido los primeros, dijo al concurso, que estos habían dado noticia a los otros, de que en tal paraje, vecino a la Cuidad, se había derramado un costal de trigo, convidándolos a que fuesen a acompañarlos en el banquete; fueron muchos Atenienses a verlo, y hallaron ser verdad lo que Apolonio había dicho, que había oído a los pájaros: Que estando otra vez orando en Efeso, conoció que en aquel mismo punto estaban matando a su enemigo Domiciano; porque interrumpiendo la oración, arrebatado, con semblante alegre, y ardiente grito, exclamó: *Mata, mata, mata al Tirano*. Otros muchos prodigios se refieren de él, y entre ellos, que también resucitó muertos; aunque esto último no sé que lo afirme otro que Flavio Vopisco, Historiador Romano, grande admirador de Apolonio. En fin, tan celebrado fue por algunos este hombre, que Hierocles, Gobernador de Alejandría en tiempo de Diocleciano, y grande enemigo de los Cristianos,

compuso un Libro, cotejando los milagros de Cristo con los de Apolonio Tianeo, dando ventajas a este, a fin de probar que con más razón se podía adorar por Dios a Apolonio que a Cristo.

13. Pero cuanto se dice de Apolonio, va fundado sobre la fe de Filostrato, Autor Griego, que escribió su Vida ciento y veinte años después de muerto su Héroe, y que confiesa, que fuera de unas cortas noticias que halló en un escrito de Damis, compañero de Apolonio, lo demás lo recogió de rumores vulgares, esparcidos en los lugares mismos donde Apolonio había estado. Las memorias de Damis nadie las vió sino Filostrato: fuera de que si Apolonio fue embustero, como creen muchos, Damis, su discípulo, y compañero, sería otro tal. Los rumores vulgares son mala finca para una historia, especialmente en materia de prodigios, porque es grande la propensión del Vulgo a fingirlos, y creerlos. Antes de Filostrato no se halla Autor que hiciese memoria de Apolonio, sino Luciano, tratando de Alejandro Abonotichita, de quien dice [128] que era uno de los que habían estudiado en la escuela de Apolonio; y teniendo Luciano a Alejandro, no por Mágico, sino por embustero, que con varios estratagemas se hacía creer instrumento de prodigios, se conoce que en el mismo concepto tuvo a Apolonio. Lactancio, que refutó a Hierocles, hizo de él el mismo juicio. S. Agustín, tratando de Apuleyo, y Apolonio, tenidos entrambos por Magos, dice que los prodigios de estos dos hombres no están afianzados por algún Autor digno de fe: *Quorum multa mira, nullo fideli Auctore jactitant* {(a) *Epist. 49. ad Presbyt. Deograt.*}. El silencio de Plinio, de Tácito, de Suetonio, y de todos los demás Historiadores, que fueron, o contemporáneos, o sucedieron próximamente a Apolonio, y escribieron las Historias de su tiempo, sin hacer memoria de un hombre tan famoso, es fuerte prueba contra la Historia de Filostrato. Éste escribió, como él mismo confiesa, a impulso de Julia, mujer de Alejandro Severo; y es natural fuese a lisonjear con fingidas maravillas la curiosidad de aquella Emperatriz, que en las plumas de los Escritores se representa más que medianamente liviana. Varias circunstancias de esta historia le da aire de pura fábula: como el que el Dios Proteo se apareció a la madre de Apolonio, asegurándola que había de concebir de él: que estando dormida en un prado, unos Cisnes la

despertaron, y rodeada de ellos, al instante parió sin fatiga alguna: que Apolonio tuvo algunas conversaciones, y disputas con las sombra de Aquiles, y otras cosas semejantes. Todo esto inclina a creer, que Apolonio no fue tal cual Filostrato le pinta, sino cuando más, un impostor insigne, de aquellos, que con agudos estratagemas, y fútiles juegos de manos, pasan entre la plebe por hombres prodigiosos, siendo unos meros titereteros. Entonces había muy pocos de estos en el Mundo, y ninguno que lo tuviese por oficio, y así era fácil engañar a la plebe; la cual, muerto Apolonio, fue abultando cada vez más, y más sus operaciones, de modo que ya no pudiesen parecer [129] naturales, sino milagrosas. Éste es el sentir de muchos sabios. A que añadiré, que Casiodoro en su Cronicón hace memoria de Apolonio, no como embustero, ni como Mágico, sino puramente como Filósofo: *His consulibus* (habla de Trajano, cuarta vez Cónsul, Frontón) *Apollonius Tyaneus Philosophus insignis habetur*. Y si Apolonio fue un hombre muy sabio en las ciencias naturales, también se puede discurrir, que con el socorro de la Física, y de las Matemáticas hiciese cosas, que al vulgo pareciesen sobrenaturales (lo que mil veces ha sucedido), y después la fama las engrandeciese hasta el punto de no poder menos de serlo.

{(a) Filostrato es indigno de toda fe. Su pasión dominante era fingir, y referir prodigios. En la misma vida de Apolonio cuenta, que en un festín de Brahmanes los platos venían por sí mismos de la cocina a la mesa, y los vasos de la mesa a los labios: que muchos Indianos se hacían invisibles cuando querían: que se levantaban dos codos del suelo, y se mantenían en el aire todo el tiempo que gustaban: que los asientos también se movían por sí mismos.}

§. VI

14. El tercer héroe de la Magia, que debe salir al teatro, es el Inglés Ambrosio Merlín, de quien hasta los niños tienen noticia; pero no es precisamente cuento de niños, como juzgarán algunos, pues son muchos los Autores, entre ellos casi todos los Ingleses, que dan noticia de este hombre. Dícese que fue parto del abominable

comercio de un Demonio íncubo con la hija de un Rey, Religiosa en un Monasterio de la Villa de Caermerlín, y teniendo a su propio padre por maestro, vino a ser un insigne Mágico. Quiso el Rey Wortigerno de Inglaterra hacer un castillo inexpugnable, donde asegurarse contra las irrupciones de los Sajones, pero con tan mal principio, que era imposible establecer los cimientos, porque se hundía de noche cuanto se trabajaba de día. Consultó el Rey sobre este raro accidente a los Mágicos, y estos le dijeron, que el remedio sería bañar aquel suelo con la sangre de un hombre que hubiese nacido sin padre. Después [130] de larga inquisición se dió con Merlin, el cual traído a la presencia del Rey, disputó con los Magos de la consulta, les advirtió, que debajo del suelo destinado al edificio había un gran lago, y debajo del lago dos horribles dragones: uno rojo, que representaba la gente Inglesa: otro blanco, que representaba la Sajona. Descubrióse el sitio, y se halló cuanto Merlin había dicho; pero no bien parecieron los dos dragones, cuando comenzaron a combatirse furiosamente. Sobre cuyo asunto Merlin dió principio llorando a sus profecías de los sucesos de la Gran Bretaña. Otra cosa muy memorable, que se refiere de este hombre, es, que transportó de Irlanda a Inglaterra unos grandes peñascos, que cerca de Salisbury se ven colocados unos sobre otros en forma piramidal.

15. Pero una historia que empieza por la generación de un íncubo, desde los principios dice lo que es. Muchos, y graves Autores tienen esta generación por imposible, y juzgan fabulosas todas las historias que la comprueban. Esta opinión de generaciones de íncubos viene del Gentilismo, en el cual (como conjeturan algunos sabios) procuraron esconderse, o disculparse los deslices de algunas mujeres ilustres con el especioso manto de haber sido cómplices en ellos sus imaginarias Deidades. De este modo se consagraba el adulterio, cuando el parto, que no se podía atribuir al esposo, descubría el delito; o cuando para cometer el delito, se engañaba con este respetable pretexto al esposo. A este sagrado se acogió la deslealtad de Olimpias, bastantemente reconocida de Filipo; y aunque este no era tan sencillo que creyese que Júpiter le había suplicado en el tálamo, valió el engaño para la rudeza del vulgo, en el cual Alejandro, que acaso era hijo de un hombre

humilde, pasó por hijo de un Dios. Algunos Autores le señalan por padre a un prófugo Egipcio, llamado Nectenabo, que halló demasiada benigna acogida en la Reina de Macedonia. El origen de Rómulo, y Remo, atribuido al Dios Marte, no fue más ilustre. Su madre Rea Silvia, virgen Vestal, dejó de ser virgen en un bosque, donde había [131] ido a sacrificar; sitio oportuno para un hombre delincuente, y nada necesario a una Deidad enamorada, para quien no había lecho inaccesible.

{(a) Aunque juzgo fabulosas por la mayor parte las relaciones de las generaciones de los íncubos, no tengo estas por imposibles. Por lo menos el argumento conque los que las niegan pretenden probar su imposibilidad, que es la disipación de los espíritus de la materia seminal extraída por el Demonio de algún hombre, y conducida, como es forzoso, de alguna distancia, no hace fuerza; siendo cierto que puede el Demonio impedir de mil modos esa disipación.}

16. Tal vez las pobres mujeres no engañaban, antes eran engañadas: de lo cual Josefo, y Tácito nos dan un ejemplar insigne. Decio Mundo, noble y rico joven Romano, no pudiendo corromper con dones a la simple, y casta Paulina (mujer de Saturnino), por quien estaba en el último extremo apasionado, aunque llegó a ofrecerle doscientas mil dracmas por una noche sola, corrompió a los Sacerdotes de la Diosa Isis, para que a Paulina persuadiesen, que el Dios Anubis, enamorado de ella, solicitaba sus brazos una noche. Hiciéronselo creer a Paulina, y por medio de ella a Saturnino, que debía de ser tan cándido como su mujer. De hecho se preparó lecho en el Templo, adonde habiendo ido la incauta Paulina, Decio Mundo, que ya estaba escondido en él, pasó plaza de Deidad aquella noche. Y si no hubiese sido tan ligero, que a Paulina encontrándola pocos días después en la calle, le manifestase el engaño, como lo hizo, de que resultó el quejarse ella a su marido, y este a Tiberio, quien justísimamente hizo crucificar los Sacerdotes, y aún derribar el Templo de Isis; para siempre hubiera quedado embozado aquel insulto, pasando entre los Gentiles por favor de una Deidad, y entre los Cristianos por atentado de un íncubo.

17. Pero volviendo a Merlín, no sólo el origen que le atribuyen, mas aún el resto de la historia, descubre ser toda una fábula. Las predicciones de los sucesos de un Reino por tiempo dilatado,

exceden la facultad del Demonio. Con todo es cierto que hay un libro de profecías, que [132] llaman de Merlín, de que nada se pude sacar en limpio, porque son ambiguas, y obscuras, como las demás de este género. Y lo que es digno de admiración es, que Alano de Insulis, Doctor Parisiense, hombre celebérrimo en el décimo tercio siglo, muy de intento, y seriamente se puso a comentarlas. Tan cierto es, que apenas hay Homero que tal vez no duerma. ¿A qué propósito, para formar una pirámide, traer peñascos de Irlanda, como si no los hubiese en Inglaterra? Fábula es esta que adelantó extrañamente un tal Gervasio, Canciller del Emperador Otón Cuarto, citado por Gabriel Naudeo, escribiendo, que estos peñascos están siempre danzando en el aire, sin firmarse en cosa alguna. Tanta es la extravagancia, y osadía de algunos Autores en fingir maravillas.

§. VII

18. Pondremos en último lugar a Enrico Cornelio Agripa, a quien el Padre Martin Delrio da el superlativo epíteto de Archimago. Agripa, natural de Colonia, fue un monstruo, compuesto de altísimas prendas, y grandes defectos, espíritu verdaderamente de fuego, capaz para cuanto puede serlo el ingenio humano. *Portentoso ingenio* le llama Paulo Jovio: Ludovico Vives, *Milagro de todas las ciencias*. Gabriel Naudeo le compara a Argos, porque

Centum luminibus cinctum caput unus habebat.

19. Hablaba ocho lenguas: fue Historiador, Filósofo, Orador, Médico, Teólogo, Jurista, Escriturario, inteligente y práctico en el arte Militar. El saber tanto dió ocasión a su inconstancia, y materia a su maledicencia: vicios característicos de Agripa. El ser capaz de todo, hizo que no fijase el pie ni en algún país, ni en algún empleo. Fue primero Secretario de Campo del Emperador Maximiliano. Luego pasó a servir en las guerras de Italia debajo de la conducta de Antonio de Leyva, de quien fue muy querido por su habilidad, y bravura. Dejó las armas, y se graduó de Doctor en jurisprudencia, y Medicina. Pasó a Francia, y de allí a España. Volvió a Francia, y en

Dola, Ciudad del Franco Condado, obtuvo una Cátedra de Escritura, que regentó algún tiempo: dejóla para ir a Inglaterra, de donde pasó a Colonia: aquí explicó Teología. De Colonia volvió a Militar en Italia, con honroso empleo, y gran reputación. Después sucesivamente enseñó Teología en Pavia, y Turín. Pasó a Metz de Lorena con los empleos de Síndico, y Abogado de la Ciudad. De allí dió vuelta a su patria Colonia. El año siguiente fue a Ginebra, de donde pasó a ejercer la Medicina a Friburgo: dejó esta estancia por la de León de Francia, donde logró le señalase una pensión el Rey Francisco Primero, y fue Médico de la Princesa Luisa de Saboya, madre de Francisco. De León fue a París: de allí a Amberes, donde siendo solicitado por el Rey de Inglaterra, y otros muchos Príncipes, entre ellos por Margarita de Austria, tía del Emperador Carlos Quinto, Gobernadora del País Bajo, para Consejero, e Historiador suyo, abrazó este partido, que después abandonó, dando tercera vuelta a Colonia, y luego segunda a León de Francia. De aquí salió para Grenoble, donde murió el año 49 de su edad.

20. Fue Agripa mal visto en todas las partes donde estuvo, por su soberbia, y libertad en decir cuanto sentía, siendo así que comúnmente no sentía bien. Su libro de la *Vanidad de las Ciencias*, así como prueba su prodigiosa universalidad en todo género de letras, manifiesta su violenta propensión a las sátiras. También es cierto que sus opiniones no fueron en todo arregladas al común sentir de los Católicos. Discurrió con temeridad en algunas materias.

21. Pero en cuanto al crimen de Magia, que le imputan Paulo Jovio, Martin Delrio, y otros Autores, no parece está bien justificado. Jovio dice, que traía consigo al Demonio en la figura de un perro negro, que le avisaba cuanto pasaba en todas las partes del Mundo, y que estando próximo a la muerte en Leon de Francia, le despidió de sí con estas voces: *Abi, perdita bestia, quae me totum perdidisti*. Vete, bestia maldita, que en todo me echaste a perder. Oído lo cual, el perro fue a anegarse en Saona, y no pareció más. Esta narración parece fabulosa, porque Agripa no murió en León, como supone Jovio, sino en Grenoble.

22. La estimación, y amistad que logró Agripa de los primeros hombres de aquel tiempo, es una gran prueba a favor suyo. Los

sujetos más sobresalientes en la República literaria le dieron testimonios de su afecto. Muchos Príncipes le solicitaron en su asistencia. Fue amigo singular de cuatro Cardenales, y de cinco Obispos. El Papa le escribió una carta, exhortándole a continuar en obrar bien, como había empezado. El Cardenal de Santa Cruz le escogió para Teólogo suyo en el Concilio que estaba para celebrarse en Pisa. Todas estas noticias son de Gabriel Naudeo, y las trae más extensas, y justificadas Bayle en el Diccionario Crítico.

23. Es verdad que Agripa se alabó de que sabía la Magia; pero nadie le vió ejecutar cosa que perteneciese a ella: conque es de creeer, que aquella jactancia fuese un desahogo de su genio locuaz, y arrogante. Los muchos enemigos que acarreó con sus libertades, pudieron cooperar a la denigración de su fama con tan infame nota. Nada afirmo en esta materia como cierto; pero por no haber cosa cierta me aplico a la sentencia más piadosa.

§. VIII

24. Las causas de que haya tantas fábulas en orden a magia, o hechicería, pueden reducirse a cinco. La primera es la propensión de los hombres a contar, y escribir cosas prodigiosas. No sólo los vulgares fingen: también entran a la parte algunos Escritores; y otros, aunque no fingen, trasladan con demasiada sinceridad lo que aquellos fingieron. Tal vez podrá ser más que sinceridad, o codicia, o ambición. Interésase mucho un Autor en llenar su libro de acontecimientos admirables, porque es el mayor atractivo de los curiosos. Poco daño le hace que un [135] Crítico severo halle su discreción defectuosa; y es mucho el provecho que le resulta de que el común encuentre la lectura amena.

25. El Padre Martin Delrio, que en sus libros de Disquisiciones Mágicas juntó casi todo cuanto hasta su tiempo estaba escrito de hechiceros, y hechicerías, está libre de toda sospecha contra su sinceridad. Su profesión, y virtud personal le eximen; pero sin injuriarle podremos ponerle alguna tacha en su crítica, o culpar su credulidad demasiada. Elías Dupin dice, que Delrio cita *una infinitud de Autores, por la mayor parte obscuros, e incógnitos*. Si acaso Dupin

quiso envolver en esta expresión la sospecha de que algunos son supuestos, no la juzgo razonable: y yo puedo asegurar, que siendo así que he leído mucho menos que Dupin, raro Autor hallo citado en Delrio, de quien por otra parte no tenga alguna noticia. El juicio que aquel grande Bibliotecario hace poco después del Escritor Jesuíta, es más conforme a razón. *Este Autor* (dice) *tenía mucha lectura, y sabiduría; pero era muy crédulo, y estaba muy preocupado*.

26. Lo que, pues, se puede notar en Delrio es haber dado más fe de la que merecían a algunos Autores, y haber propuesto como verdaderos varios hechos, cuyas circunstancias dan motivo para no ser creídos. Daremos ejemplos de uno, y otro. Cita como verdaderas las hechicerías que Apuleyo reriere en el Asno de Oro, siendo visible que toda aquella narración es fabulosa, y el mismo Autor lo confiesa, introduciéndose a ella con estas voces: *Fabulam Graecanicam incipimus. Empezamos una fábula Griega*. Y tuvo razón para darla este epíteto; pues el fondo de ella todo le tomó del Griego Luciano, a que añadió Apuleyo algunos cuentos, para hacer la fábula más amena. Sobre la fe de Marco Paulo Veneto dice, que los Tártaros, cuando quieren, convierten en noche el día, cubriendo el aire de sombras. Marco Paulo Veneto en sus Relaciones mezcla no pocas patrañas; y si los Tártaros tuvieran aquella habilidad, presto se hicieran dueños del mundo, pues sería [136] insulto fácil a quien pudiese cegar a todos los demás hombres. Para las maravillas que refiere de Simón Mago, cita los Libros de Recogniciones de S. Clemente, de los cuales ningún Erudito duda hoy que son apócrifos. Que hubo en tiempo de las Apóstoles un Simón que ejerció la Magia, consta de la Escritura. Que hiciese los prodigios referidos por Delrio, y otros, de animar las estatuas, penetrar los cuerpos, hacerse invisible, crear un hombre nuevo del aire, andar sin lesión por el fuego, mostrarse como Jano con dos caras, tomar la figura de varios brutos, volar cuando quería, quitar, y poner Reyes a su antojo, evocar las almas de los difuntos, multiplicar la presencia de su concubina Selene, de modo, que estando en una torre ceñida de gente, que había concurrido a verla, se apareció a un tiempo en todas las ventanas de la torre, y otras cosas de este género; solo constan de los pretendidos libros de S. Clemente.

27. Los hechos referidos por Delrio, que en sí mismos traen

impreso el carácter de fabulosos, son muchos. De Cesario Maltesio dice {(a) *Lib. 1. cap. 4.*}, que adivinaba con suma individuación los pensamientos ajenos; a lo que no alcanza la penetración de los infernales espíritus. De Teodoro Maillocio {(b) *Lib. 2. quest. 4.*}, que ardientemente enamorado de una doncella, se había valido de un hechicero Alemán para lograrla en matrimonio, dice que el Demonio se le apareció en figura de la misma doncella, proponiéndole como condición precisa para casarse con ella, la abstinencia de todo género de vicios, y frecuencia de los Sacramentos. No son propias del Demonio tales demandas. Y esto me acuerda lo que leí en el Padre Gaspar Escoto de un Demonio, que habiendo servido a un Caballero en forma de paje algunos años, al despedirse de él, descubriendo quién era, le pidió que el salario que le debía, lo emplease en comprar una campana para la Iglesia de aquel Lugar, que carecía de ella. [137] ¿Quién creerá que el Demonio aplica dinero a obras pias?

28. En la cuest. 6. del mismo libro. 2. se propone un célebre certamen de dos Magos. Llevaba uno de ellos robada una hermosa mujer sobre un caballo de madera por el aire. Viólo el otro, y usando de sus artes, le hizo bajar con el caballo, y la dama a la plaza del Lugar de donde la había visto, y donde le hizo estar inmóvil, con gran vergüenza suya, a vista del Pueblo. Pero el ofendido halló modo de vengarse, usando de las mismas mañas; porque al Mago, que le había cortado el vuelo, y estaba viendo con risa el espectáculo desde una ventana, hizo que se le apareciesen en la frente unas formidables astas, conque no pudiendo retirarse, porque no cabía la horrenda armazón por la ventana, estuvo expuesto un rato a la mofa del concurso, hasta que deshaciendo este su encanto, deshizo el otro el suyo: este recobró su figura, y el otro continuó su vuelo. Posible es todo esto; pero el aire es de cuento inventado a placer.

29. En otra parte refiere el desafío de dos tropas de Magos para regocijar las bodas de un Príncipe Alemán, en que luego que se avistaron, el caudillo de una tropa se tragó al jefe de la opuesta, y inmediatamente, a vista de todos le arrojó bueno, y sano por donde se expelen las inmundicias del cuerpo, quedando vencedor, y avergonzando con esta suprema ignominia a los contrarios. Digo lo

mismo que del caso antecedente. Posibles son al Demonio semejantes juegos; pero más apariencia tiene el cuento de ser chistosa invención de algún ocioso.

30. De brujas trae el mismo Autor varias narraciones, cuyas circunstancias las hacen inverisímiles. Un curioso {(a) *Lib. 2. quest. 26. sect. 3.*} quiso registrar lo que pasaba en un Conventículo de Sagas, y acometido de estas, cuando lo advirtieron, se escapó, sin que ellas pudiesen alcanzarle, por la ligereza del rocín en que iba. Es bueno que las que aquella misma noche volaron de lejas tierras, y se restituyeron a ellas, excediendo [138] la velocidad de las águilas, no pudiesen dar alcance a un jumento. Esta no esperada torpeza de las brujas (quest. 28.) se nota en otras dos, de las cuales la una en figura de gato esperó a que la moliesen el cuerpo a palos: la otra, en forma de sapo, que la pasasen a cuchilladas. Entrambas habían volado al paraje donde les sucedió la desgracia, y no podían volar para evitarla. Donde lo más de notar es, que la que iba en figura de gato, voló a su casa después de quebrantado el cuerpo a garrotazos, y no pudo hacerlo cuando aún estaba buena, y sana. Diráse que pudo Dios negarle el concurso al Demonio para que las salvase del aprieto, como le niega cuando prende a estas esclavas suyas la Justicia; pero en los dos casos referidos aún subsistía la eficacia del pacto, pues las brujas retenían la figura peregrina, que en virtud de él habían vestido.

§. IX

31. La segunda causa de las fábulas en materia de hechicerías, es atribuirse muchas veces a pacto diabólico lo que es efecto, o arte natural. En el Pueblo Romano fue acusado el buen Labrador Furio Cresinio de un género de sortilegio, llamado scopelismo, que consiste en echar piedras encantadas en las heredades ajenas para esterilizarlas; porque la suya, siendo de menos buena calidad, producía más fruto que las vecinas; cuya acusación rebatió, mostrando que él trabajaba más, y mejor que los otros Labradores. Galeno refiere de sí mismo, que se hizo en la misma Roma sospechoso de Magia por haber atajado brevemente con la sangría

una fluxión, que Erasístrato no había podido curar en mucho tiempo. *Cap. 17 de Rat. cur. per san. missionem*.

32. En los siglos en que eran poco cultivadas las Matemáticas, apenas hubo alguno sobresaliente en ellas, que no fuese reputado por Mágico en el vulgo (a veces más que en el vulgo) por razón de algunas operaciones admirables, dirigidas por aquellas ciencias. De este número fue Miguel Escoto, Matemático del Emperador Federico Segundo [139] en Alemania; y Rogerio Bacon, Religioso Franciscano en Inglaterra, de quien se dice, que fue llamado a Roma por su General para justificarse. Atribuyóse a este lo mismo que a Alberto Magno (falsamente a uno, y otro de haber fabricado una cabeza de metal, que respondía a las preguntas que le hacían.

{(a) Lo más admirable es, que aún los principios del siglo pasado, en que ya se cultivaban medianamente las Matemáticas, no estuviesen enteramente libres de la barbarie de tener por hechiceros los profesores de ellas. El Marqués de S. Aubin refiere, que el año de 1611, Vatan, hombre noble, y rico, fue acusado de Magia porque hacía imprimir un Comentario sobre el libro décimo de los Elementos de Euclides.}

33. Aún a la sagrada Tiara se atrevió esta calumnia en la persona de Silvestro II, Monje Benedictino, y sutilísimo Matemático. Bennon, Cardenal Cismático, fue quien más promovió esta acusación, ensangrentando su pluma en todos los Pontífices que alcanzó, por adelantar el partido del Antipapa Guiberto; y los Herejes, que no se descuidan en recoger semejantes especies, se aprovecharon de esta en sus sátiras contra la Silla Apostólica; bien que concluyentemente refutada por algunos Autores, señaladamente por el Maestro Yepes en la Crónica de nuestra Orden, y Gabriel Naudeo en la *Apología por los grandes hombres acusados de Magia*. Hizo Silvestro, por medio de las Matemáticas, órganos hidráulicos, y otras curiosidades, que en la rudeza del décimo siglo se concebían exceder todo el arte de los hombres. A Boecio Severino, varón admirable, le había sucedido antes lo mismo por la misma causa; a lo que alude aquella queja suya: *Atque hoc ipso affines fuisse videmur maleficio, quod tuis imbuti disciplinis* {(b) *Consol. Philos. lib.1. part. 4*}. ¿Qué dijeran, si vieran las estatuas de Dédalo, la paloma de Arquitas, la esfera de Arquímedes, la águila, y mosca de hierro de

Juan de Monreal, que hizo volar en Nuremberga?

34. Aún en siglos más ilustrados padecieron este trabajo [140] algunos hombres de habilidad superior a los demás. Todo lo raro pasa, o por divino, o por diabólico. Juan Fausto, vecino de Moguncia, que, según muchos Autores, fue inventor del Arte de la Imprenta, o si no fue suya la invención (en cuya gloria tiene por competidores a Juan de Guttemberga, natural de Estrasburgo, y al Holandés Lorenzo Coster, natural de Harlém), por lo menos fue el primero que usó de ella, vino a vender a París cantidad de Biblias, que acababa de imprimir, como que eran escritas de mano, porque aún no había noticia del nuevo Arte. Ya que había despachado muchas, empezó la gente a notar la semejanza, e igualdad de caracteres, y planas en todos los ejemplares. Todo parecía de una pluma, siendo imposible, no sólo que una pluma escribiese tanto, mas también que observase tan perfecta semejanza de unos ejemplares a otros. Todos de común acuerdo resolvieron que aquellos libros se habían escrito por arte Mágica, sin que les quedase sobre ello el menor escrúpulo; de modo que Juan Fausto se vió precisado a huir, y descubrir luego la nueva invención, para cobrar mucho dinero que le habían quedado debiendo en París.

35. Habiéndose interceptado en Francia, cuando ardían las guerras de la Liga, algunas cartas de España, escritas con caracteres voluntarios, en que se añadía la precaución de variar diferentes alfabetos dentro de una misma carta, lo que parece hacía absolutamente imposible la inteligencia a quien no tuviese la clave, las descifró Francisco Vieta, Matemático insigne, inventor de la Álgebra especiosa. Muchos juzgaron esta hazaña, y no sin alguna verisimilitud, superior a toda humana industria, y según refiere Jacobo Augusto Thuano, los Españoles dieron algunas quejas en Roma, de que los Franceses usaban de artes diabólicas para penetrar sus secretos. Pero la verdad era, que no había intervenido en este negocio más diablo que un espíritu de rara comprensión, y sutileza, ayudado de una aplicación infatigable; pues se cuenta de este raro hombre, que algunas veces sucedió estarse tres días con sus [141] noches embelesado en sus especulaciones Matemáticas, sin comer, ni dormir, salvo un brevísimo reposo que tomaba, reclinándose sobre el brazo de la silla.

36. El suceso, que voy a referir ahora, es más chistoso. Al Jesuita Adamo Tannero, uno de los hombres más sabios de su tiempo, y no menos respetable por su virtud que por su doctrina, le sorprendió la última enfermedad, restituyéndose de la Universidad de Praga a su patria Inspruk, en un Lugar corto. Cuando ya estaba en las últimas agonías, la Justicia registró sus ajuares para ponerlos en depósito. Hallaron entre ellos (¡grande asombro!) un pequeño vidrio, en cuya concavidad estaba encerrado un formidable monstruo, armada de terribles astas la frente, negro, escamado, y en figura, y magnitud semejante a un horrendo dragón. Divulgóse la noticia, y fue acudiendo mucha gente, entre ella el Párroco del Lugar. Ocupó a todos el pasmo. Veían existente un imposible. El vidrio era pequeño, la bestia encarcelada en su cancavidad era grande: conque venía a ser mayor el contenido que el continente; que equivale a ser la parte mayor que el todo. ¿Qué partido tomaría en tan apretada coyuntura el discurso? El único que cabía. El más sabio de los circunstantes, después de pensarlo bien, resolvió, que aquella era operación de Magia; que el monstruo que veían allí encerrado, no era bestia alguna material, sino el Demonio; y que el Padre, que acababa de expirar, era sin duda un insigne hechicero, que se servía de aquel instrumento para depravados designios. ¿Asintió el concurso a la decisión? ¿Cómo podía ser otra cosa? Por votos uniformes, sin discrepar alguno, se determinó que el cadáver del sabio Jesuíta se enterrase en lugar profano, y contra aquel visible Demonio se procediese con las armas de la Iglesia. Esto estaba resuelto, cuando entre los muchos, que por instantes iban llegando, aún de los Lugares vecinos, a ver tan extraño espectáculo, vino uno, que había visto algo de mundo, y tenía noticia de la nueva invención de labrar los vidrios, de modo que aumenten a la vista los objetos. Al [142] punto que vió el vidrio, conoció ser un microscopio. Abriósele, y soltó un escarabajo sobre la mesa. Éste era el horrible monstruo, que a todos había asombrado. Explicóles cómo con el beneficio del vidrio había crecido tanto en la apariencia. Con el desengaño sucedió en todos al pasmo la risa, y tratóse el cadáver del imaginado hechicero como era razón. Refiere este suceso nuestro doctísimo Cardenal Celestino Sfondrati en el libro que intituló *Nodus praedestinationis dissolutus* (p. 2 §. 2).

37. ¿Mas para qué he de amontonar ejemplares de lo que sucede cada día? Apenas se aparece en cualquiera país un hombre de alguna habilidad especial, y hasta entonces no vista, que no le tenga luego el vulgo por hechicero. Esto en nuestra España es más frecuente, porque la incuriosidad de sus naturales hace peregrinas aún aquellas habilidades que están vulgarizadas en otras Naciones. Un Titiritero, o un Volatín, que haga alguna cosa más de lo que se vió hacer a otros, tiene hechas las pruebas de Nigromántico entre la plebe.

38. Nuestro esclarecido Benedictino el Abad Juan Tritemio fue singularmente infeliz en esta materia, porque le pusieron en la reputación de Mágico, no los vulgares, sino los hombres verdaderamente doctísimos. Dió ocasión el mismo Tritemio con un libro enigmático, que intituló *Steganographia*, cuyo asunto, mirado en la corteza, se reduce a invocaciones de espíritus, con ritos supersticiosos. Y aunque el Autor hace varias protestas de que nada enseña en aquel libro, que se oponga a la Ley de Dios, o a la pureza de la Fe, no bastó para su justificación, porque el contexto aparente de la Obra desmentía las protestas del Autor.

39. El primero que tocó la trompeta en injuria de Tritemio fue un docto Francés, llamado Carlos de Boville, Canónigo de Noyon, el cual, movido de la alta reputación que tenía Tritemio entre todos los literatos de Europa, sólo por verle hizo viaje a Alemania. Estaba a la sazón Tritemio escribiendo la Esteganografía, y se la mostró sin revelarle el misterio que escondía, ni le instó sobre ello el Francés, antes al punto se apartó de su presencia escandalizado, para publicar por el mundo, que Tritemio estaba escribiendo un libro de Nigromancia. Lamentóse de la injuria Tritemio, y dejó por acabar la Obra; la cual sin embargo, imperfecta como estaba, se imprimió mucho despues de su muerte. Pero como faltaba la clave, fue una piedra de escándalo, en que tropezaron los hombres de mejor juicio, entre ellos el sapientísimo Belarmino {(a) *Lib. de Scriptoribus Ecclesiasticis ad ann. 1500*}, diciendo, que el libro de la Esteganografía está lleno de perniciosos dogmas pertenecientes a la Magia. El mismo juicio hizo el Padre Delrio, y otros muchos. Mas ya después fue manifestado por varios Autores el genuino sentido del libro, y descubierta la inocencia de Tritemio. Jacobo Gohori, Blas

de Vigenera, Boisardo, Dureto, el Abad Segismundo, Autor del libro *Trithemius sui ipsius vindex*; los dos sabios Jesuitas Adamo Tannero, y Gaspar Escoto, el Ilustrísimo Caramuel, y últimamente nuestro Reverendísimo Navarro {(b) *Proleg. 1. de Angelis.*}

40. Ni se me oponga, que siendo las cifras tan comunes, y fáciles, que cualquiera se las puede inventar a su antojo, no había particular riesgo en vulgarizarse las de Tritemio. Es de saber, que las de este Autor son de muy singular artificio, porque no sólo ocultan lo que se cifra, [144] mas también ocultan que la carta va cifrada, consistiendo el ingenio de ellas, en que debajo del contexto claro, y seguido a otro asunto, se esconde el secreto que quiere comunicarse al corresponsal. Este género de cifras, así como más seguro para el dueño, y para el nuncio, puede, cayendo en manos de mal intencionados, ocasionar mayor perjuicio. En las obras, aunque no se acierte a descifrar la carta, basta conocer que hay cifra para aplicar el remedio, o descaminando el aviso, o descaminando el aviso, o apresado, y obligando al que la recibe a franquear la clave. El marido (pongo por ejemplo) con razón dudará de la lealtad de su esposa, si le sorprende una carta en cifra: justamente la guardará ya con más cautela, y aún podrá con la amenaza, y el castigo obligarla a descubrir el secreto. ¿Pero cómo se cautelará, si ella recibe debajo del velo de una oración devota un papel de galanteo? Así este género de cifras es más seguro para los delincuentes, y más peligroso para los ofendidos. Lo que se ha dicho del marido respecto de la esposa, tiene lugar del mismo modo en el Príncipe respecto del vasallo; en el amo respecto del siervo; en el Prelado respecto del súbdito.

41. El título que Tritemio dió a su libro, manifiesta el intento: porque la voz Griega *Steganographia*, significa escritura oculta o modo de escribir. Compónese del adjetivo *Steganos*, que corresponde al Latino *Tectus, Opertus*, y al Castellano *Cubierto, Escondido*, y del substantivo *Graphe*, que corresponde a *Scriptio*, o *Escritura*.

42. Moviónos a esta breve defensa del Abad Tritemio un borrón, que encontramos en las Obras de D. Francisco de Quevedo. Este sazonadísimo Ingenio, en las *Zahurdas de Plutón*, discurriendo por los repartimientos del Infierno, en uno de ellos coloca, en compañía

de otros hechiceros, a Tritemio, con estas voces: *Tras esto ví con su Polygraphia, y Steganographia a Tritemio, que así llaman al Autor de aquellas obras escandalosas*. Esta proposición temeraria muestra que Quevedo, ni vió ni tuvo bastante noticia de los dos libros que cita; porque el libro de *Polygraphia* [145] no es por capítulo alguno sospechoso, pues aunque trata también de modos de cifrar, es abiertamente, y sin velo alguno; y así en aquel libro nadie puso jamás reparo sino Quevedo, sólo por haberle oído nombrar, y sin saber de qué trataba. Parece que también ignoró Quevedo quién fue Tritemio; pues no es creíble que estampase aquel arrojo, si supiese que fue aquel insigne Prelado, por su piedad y doctrina, ornamento de Alemania, y de su siglo. Enrico Spondano en la continuación de los Anales de Baronio, le preconiza: *Varón grande, y utilísimo a la Iglesia Católica, a su Orden, y a la República literaria*; y hablando de la Esteganografía, da la clave de aquel escrito, absolviéndole de toda sospecha. Natal Alejandro en el octavo tomo de la Historia Eclesiástica, después de enumerar muchos escritos, le llama *Varón piadosísimo*. Y en un Escolio añadido en la segunda edición, dice que a este grande hombre le sucedió lo mismo que al Papa Sivestre Segundo, y Alberto Magno, que por ser tan grandes, esto es, por alcanzar muchas cosas que superaban el conocimiento de los demás hombres, fueron reputados de muchos por los Magos. Como los libros de Quevedo andan en las manos de todos, me pareció poner aquí el contraveneno a aquella negra sátira.

43. Pero advierto que el Expurgatorio del Santo Tribunal de la Inquisición de España prohíbe la Esteganografía, de que hablamos, aún en conocimiento de que no contiene cosa alguna de Mágica, lo cual hizo justísimamente aquel Tribunal, porque puede ocasionar gravísimos males su lectura a los que ignoran el misterio; y aún a muchos de los que pudieran entenderle, no es conveniente ponerles tales cifras en la mano. Léese también en el mismo Expurgatorio, que aquella Obra falsamente se adscribe a Tritemio. Es cierto que la tienen por de Tritemio muchos, y graves Autores; pero habrán examinado mejor la materia los que de orden del Santo Tribunal hicieron esta pesquisa.

44. Algunos quisieron atribuir a Tritemio otro librejo [146] intitulado *Veterum sophorum sigilla, & imagines Magicae*, porque en la

frente de la Obra se decía que aquellos sellos, e imágenes mágicas se habían sacado de un manuscrito de Tritemio: *Ex Joannis Trithemii manuscripto eruptae*. Pero ningún hombre sabio duda de que esta fue suposición del que lo imprimió, para darle reputación con el nombre de Tritemio; como por el mismo fin el que escribió el disparatado, y supersticioso libro de *Mirabilibus*, le puso el nombre de Alberto Magno.

§. X

45. La tercera causa de suponerse hechicería donde no la hay, es la loca vanidad de algunos que han querido ser tenidos por Magos sin serlo. ¿Quién creyera que de esto se había de hacer vanidad? Con todo es el hombre tan neciamente ambicioso de la fama de que sabe algo que los demás ignoran, que por lograr esta gloria, no rehúsa aquella mancha. Concurre también en esto el interés de ser temidos, para ser obsequiados. ¿Quién se atreverá a hacer la más leve ofensa a un hombre, de quien concibe que tiene imperio sobre su vida, hacienda, y honra, y que sobre seguro puede dañarle cuanto quisiere, aún de la mayor distancia?

{(a) Monsieur de Segrais dice, que el Abad Brigalier hacía cuanto podía porque le tuviesen por Mago, y logró esa opinión con muchos en fuerza de sus artificios. Una dama, que por equivocación había comprado una pieza de tela encarnada, queriéndola verde, se la envió al Abad Brigalier, pidiéndole, que usando de su Magia, se la hiciese verde. El Abad, que no quería perder su buena reputación, quedándose con la tela encarnada, compró otra verde, que envió a la dama, haciéndole creer que era la misma que había recibido de ella.

2. Todo el Pueblo de León de Francia, dice el mismo Autor, creyó que dicho Abad había hecho ver el Diablo a muchas personas. El se lo había ofrecido para tal día, y tal hora. La ejecución fue de esta manera. Abrió un nicho en la pared detrás de una pintura del Diablo, que tenía en su casa. En él acomodó un mendigo cojo, atezado, [147] y feísimo, a quien de más a más ennegreció con tinta previniéndole que cuando él hiciese tal señal, arrojando el lienzo

que tenía delante de sí, saltase a la sala. Juntamente le avisó cómo, y por donde se había de desaparecer luego. Juntáronse las personas convidadas al triste espectáculo a la hora señalada. El Abad hizo ciertas ceremonias en aire de ritos Mágicos. Hizo luego la señal. Arrojóse el mendigo a la sala, derribando el lienzo que le escondía; y después de hacer uno, u otro ademán de acometer a la gente, se escapó por una puerta cubierta de un tapiz, sin que nadie pudiese observarlo por el sumo aturdimiento de todos. La burla fue pesadísima, porque muchos saltaron por las ventanas, conque hubo muchísimas piernas, y brazos quebrados}.

46. Tritemio en una de sus Epístolas (ad Joan. Virgundum) [147] refiere, que en su tiempo andaba rodando por Alemania un tal Georgio Sabélico, que a sí propio se nombraba, y calificaba del modo siguiente: *El maestro Georgio Sabélico, fuente de los Nigrománticos, Astrólogo, Mago, Quiromántico, Aeromántico, Piromántico, &c*. Debajo de todos estos títulos (verdaderamente honrosos) no había más que un embustero, que, o por vanidad, o por interés, fingía ser lo que no era; pues el mismo Tritemio advierte, que prometía hacer muchas cosas, y ninguna hacía. Paracelso, a lo que se podía discurrir, adolició de la misma locura; pues no solo en algunos de sus escritos se jacta de ser inteligente en la Magia, mas también a su discípulo Juan Oporino le decía, que tenía los Demonios a su mandato, y le amenazaba a veces con ellos. Pero el mismo Oporino da a entender, que esto sólo lo hacía estando poseído del vino, que le sucedía frecuentemente, y nunca vió puesta en ejecución la amenaza, ni efecto alguno de la Magia de Paracelso; sino el que acostándose a veces sin dinero, por la mañana le mostraba algunas monedas de plata, y oro. Pero esta no es bastante prueba; porque podía tener escondido aquel caudal, para persuadir después que le había adquirido por su Magia.

47. El mismo juicio se puede hacer de Enrico Cornelio Agripa, como dejamos apuntado arriba. Y lo confirma aquella jactancia suya, de que sabía el gran secreto de comunicar en un momento cualquiera noticia a otro, que [148] distase muchos centenares de leguas, haciéndole leer por reflexión en la Luna, lo mismo que él escribiese con sangre en un espejo. No sólo dijo que sabía hacerlo, sino que lo había hecho muchas veces. No hubo testigo alguno de

este prodigio, siendo así que los caracteres trasladados al Astro, necesariamente se habían de ver en todo el hemisferio.

48. No hay en la materia que tratamos cosa más digna de risa, que el que dos hombres verdaderamente grandes, y mutuamente grandes enemigos, Gerónimo Cardano, y Julio César Scalígero, se preciasen de tener espíritus asistentes, que les dictaban lo que escribían. Díjolo primero de sí Cardano; y sospechan algunos que el fingir después de sí lo mismo Scalígero, fue porque no tuviesen por menos sublime su doctrina que la de su competidor. ¡Oh emulación de ingenios, cuánto arrastras, y a qué precipicios llevas! Cardano a su propio padre manchó con esta nota, diciendo que había tenido un espíritu asistente treinta y tres años, por cuyo medio comerciaba con otros espíritus, y refiere la disputa que en una ocasión tuvo con tres Demonios, que defendían la doctrina de Averroes. ¡Raras invenciones!

49. Si algo hay más ridículo que esto, es lo que Plinio refiere del famoso Gramático Apión. Era este hombre sumamente jactancioso, que apenas cesaba de gritar sus elogios, y a quien por esto llamaba Tiberio, en cuyo tiempo floreció, *Campana del mundo*. Pareciéndole corta la estimación que le daban por su saber, se quiso hacer respetar por Nigromántico, diciendo que tenía arte para evocar las almas del abismo, y que de hecho había evocado del Infierno a Homero, para preguntarle cuál era su patria. Plinio dice que siendo muchacho se lo oyó decir al mismo Apión, pero que nunca declaró qué le había respondido Homero. ¡Oh cuánto abusan unos hombres de la credulidad de otros! Semejante cosa cuenta Juan Bodino en su *Daemonomania* de Hermolao Bárbaro, que evocó la alma de Aristóteles para preguntarle qué había querido [149] significar en la voz *Entelechia*. ¿Quién ha de creer que usasen estos hombres de la Nigromancia para averiguar estas frioleras, y no para otras cosas de mucho mayor utilidad, y sustancia? Lo de Hermolao Bárbaro debe tenerse por mentira de Bodino, porque nunca fue sospechoso de Magia. Hízole el Papa Inocencio VIII en atención a su insigne literatura, Patriarca de Aquileya, y le tenía destinado para la sagrada Púrpura, a que no llegó, preocupado de la muerte. Esto sobra para justificarle; y para condenarle es muy corta la autoridad de Bodino, hombre indiciado en materia de Religión, de quien dicen

algunos que murió en el Judaísmo; y que es cierto que en su libro intitulado *Daemonomania*, escribió muchos embustes: en que se conoce que tuvo poca razón el Padre Delrio para trasladar de él varias noticias.

50. Dejando ejemplos ilustres de otros tiempos, hoy se hallan no pocos, especialmente entre la gente miserable, que hacen negociación del afectado uso de artes ilícitas. Apenas hay país donde no se verá una vieja, que recibe sus cuartos porque la creen que con palabras, y bendiciones puede curar estas, o las otras enfermedades, ya de los racionales, ya de los brutos. Yo conocí una, que en toda la tierra era tenida por insigne hechicera, porque ella quería que la tuviesen por tal: de este modo lograba que nadie le negase un cuarto, o un bocado de pan, cuando llegaba a pedir limosna, temiendo la venganza. Era una vieja inmunda, y desdichada, y no sabía otra cosa que unas imprecaciones, puestas en consonante, o asonante, que ella misma había fabricado. Ni es menester tanto para que el vulgo tenga a una por hechicera: bástale ver una vieja de mala condición, y peor gesto, para que le sea sospechosa; y el que ha tenido con ella alguna quimera, cualquiera revés que después padezca en la hacienda, o en la salud, a ella se le achaca. Tal vez el Médico influye en esta vana creencia, diciendo, cuando no puede curar, no comprender la enfermedad, que son hechizos. La prueba más concluyente de que en esta materia hay muchos [150] errores, es, que no obstante el vigilantísimo cuidado conque el Santo Tribunal de la Inquisición se aplica a examinar, y castigar hechiceros, y hechicerías, rarísimo se halla en los Autos de Fe castigado por tal; pero sí muchos por embusteros.

§. XI

51. La cuarta causa de la ficción de hechicerías, es la malevolencia, o enemistad con los sujetos a quienes se atribuyen. Los Herejes, y Cismáticos han usado muchas veces de este género de calumnia. Arriba se dijo su impostura respecto de Silvestro Segundo. Al Papa Gregorio Séptimo, uno de los más excelentes hombres que ocuparon jamás la Silla, favorecido de Dios con repetidos milagros, y

canonizado después por la Iglesia, no sólo levantaron los Cismáticos de su tiempo los crímenes de simonía, y de comercio ilícito con la piadosísima Condesa Matilde, mas también el de hechicero.

52. Los Ingleses, que debajo de la conducta de su Rey Enrico Sexto, hacían la guerra en Francia, habiendo sorprendido a la famosa heroína Francesa Juana del Arco, conocida por el nombre de la *Poncella*, o *Doncella de Francia*, le hicieron proceso sobre que era hechicera; y dándole por bien probado, la quemaron viva en la plaza de Ruan: injuria de que aún hoy se quejan los Franceses: los cuales bien al contrario sienten, que aquella rara mujer se gobernó en todas sus empresas por divina inspiración. Es harto verisímil que los Ingleses, irritados por las grandes pérdidas que les había ocasionado la generosa Francesa, desahogasen la ira, imputándola aquel crimen sin bastante prueba.

53. En la misma Francia, en tiempo de Luis Décimotercio, padeció el mismo suplicio que la Poncella un Cura llamado Grandier, acusado del mismo delito. El Cardenal Richelieu, móvil único a la sazón de aquel Reino, solicitó con tanto ardor el proceso, y castigo de aquel pobre Eclesiástico, que Autores Franceses desapasionados sospechan que no se procedió en el caso con mucha justicia. [151] Había tenido este Cura un encuentro con aquel Ministro antes que lo fuese, de que este quedó sumamente resentido. Atribuyósele también, o con verdad, o sin ella, una sátira que pareció contra el mismo Valido; y como en Richelieu notaron muchos un genio muy inclinado a la venganza, no se hizo increíble que siendo él actor, pasase en Grandier por verdadera culpa una leve sospecha. Digo lo que dicen algunos Franceses: que yo no me atreveré a poner menor nota en un sujeto de tan alto carácter.

§. XII

54. La quinta, y última causa de ser algunos reputados por hechiceros, sin serlo, es porque ellos mismos falsamente creen que lo son. Esto puede suceder de dos maneras: o con delito, o sin él. No es de creer que Dios permite que el Demonio preste su asistencia a todos los perversos que la solicitan; antes es verosímil que los más

de estos se ven frustrados en sus depravados intentos. ¿Pero qué sucede en este caso? Que usan de medios, de su naturaleza supersticiosos, como círculos mágicos, imágenes ficticias, miembros de cadáveres, y otras cosas semejantes, sobre la instrucción que han tenido de que a aquellas cosas está anexo, por pacto que llaman implícito, el auxilio del enemigo común. Y aunque este, detenido por la mano Omnipotente, no acude al patrocinio de aquellos devotos suyos, como acaso hizo con otros, que usaron de los mismos medios, no basta para su desengaño: ya porque se dan la respuesta, que el Demonio no es de tan buena condición, que condescienda a todas las súplicas: ya porque muchas veces se logra el suceso deseado, sin intervenir más que las causas comunes, y ellos lo atribuyen a la eficacia de sus ceremonias. Esto sucede frecuentemente a los curanderos supersticiosos. Son llamados de la gente rústica para unos géneros de dolencias, que sin auxilio forastero, la naturaleza cura por sí misma. Hacen sus habilidades, convalece después el enfermo, y a la superstición se atribuye la mejoría que se debió a la naturaleza. Estos [152] dignos de severo castigo, no sólo por la disposición de ánimo al pacto con el Demonio; mas también porque cuando es de su parte la acompañan con la obra externa.

55. Otros hay, o por lo menos puede haber, más dignos de lástima que de pena. No es dudable, que como a algunos hombres se pervierte el juicio, de modo que se imaginan muy otros de lo que son, uno que es Rey, otro que es Papa, otro que es rico, siendo pobrísimo, llegando en algunos a tal extremo el desorden de la fantasía, que se juzgan ser de esta, o aquella especie de brutos, como lobos, perros, gallos, &c. puede suceder que haya hombres, que por el mismo desconcierto del cerebro se imaginen Magos, y crean que hacen por la Magia cosas maravillosas. Si el cerebro está pervertido sólo en orden a ese objeto determinado (como es frecuente en las manías), estos hombres hablarán en lo demás con orden, y concierto: conque está todo hecho para que el vulgo ignorante les crea lo que ellos dicen de sus hechicerías.

56. Un ejemplo de esto, harto memorable, se halla en la historia. En tiempo de Ludovico Pio se apoderó fuertemente del vulgo la persuasión de que el granizo, y demás injurias del aire, conque se

maltratan los frutos de la tierra, eran causadas por unos hechiceros, que la plebe llamaba Tempestarios. De hecho había hombres que decían tenían poder para impedir las tempestades, y recibían de los particulares determinada porción de frutos por el beneficio de precaver ese daño. Algunos de estos miserables confesaron en juicio, aún viendo que otros por lo mismo eran castigados con pena capital, el crimen de sortilegio, y fueron ajusticiados, sin otra culpa que la fatua persuasión en que estaban de que la tenían. San Abogardo, a la sazón Arzobispo Lugdunense, y hombre doctísimo, trabajó mucho en impedir este desorden, y escribió un libro sobre el asunto, donde dice que corría en el vulgo, como cosa notoria, que los Tempestarios vendían los frutos mismos que talaban, a ciertos habitadores del país de Magodia (Provincia de Arabia, según San Epifanio, [153] citado por Baronio, y Ortelio) los cuales venían en Navíos por el aire a comprarlos; y que en una ocasión el mismo Abogardo tuvo harto trabajo en librar de las manos del populacho tres hombres, y una mujer, que se decía habían caído de uno de aquellos Navíos.

57. Añade aquel ilustre Prelado, que pocos años antes había cundido otro error igualmente absurdo. Hubo por toda Europa mortandad epidémica de bueyes; y se levantó en el vulgo el rumor de que Grimaldo, Duque de Benevento, enemigo de Carlo Magno, era autor de aquel estrago, esparciendo pro todas partes, por medio de algunos confidentes, unos polvos fatales para aquella especie de ganado. Así Abogardo, como todos los Autores, que hacen mención de esta voz popular, tienen por imposible el hecho; y Natal Alejandro dice bien, que aunque todos los vecinos de Benevento, hombres, y mujeres, viejos, mozos, y niños se esparciesen por Europa, llevando cada uno tres carros cargados de los perniciosos polvos, no podrían hacer tan universal el daño; sin embargo, muchos de los que fueron arrestados por sospechosos de esta común injuria, confesaron que habían esparcido los polvos; lo que S. Abogardo atribuye a demencia maniática de aquellos desdichados, sin que pudiese ser otra cosa.

58. No hay mucho que admirar en esto. Puede ser que todos aquellos, que en los casos referidos se confesaron delincuentes sin serlo, fuesen antecedentemente fatuos, o locos, sin que acusadores,

testigos, y Jueces los hubiesen observado tales. Puede ser que sin que lo fuesen antes, enloqueciesen cuando vieron sobre sí la sospecha de tan atroz delito; porque el miedo de la pena, y de la infamia, es capaz de pervertir el uso de la razón a genios demasiado pusilánimes; mucho más si encuentra ya en el temperamento del cerebro algunas disposiciones. No hay pasión vehemente que no sea capaz de hacer este estrago; pero especialmente el susto, y la ira.

59. Finalmente, aún antecedentemente a toda sospecha pudieron caer en este delirio. Sucede a veces, que a sujetos [154] en quienes concurren imaginación viva, y corazón apocado, cuando meditan asustados en algún delito grave, especialmente si tiene conmovido al Pueblo, y cuidadosa la justicia, se les conturba el cerebro extrañamente, de modo que recibe imágenes peregrinas, y representaciones quiméricas. El horror del delito, y la severidad de la pena ponen en tal desorden los espíritus animales, que del miedo de caer en la culpa, pasa la imaginación a aprehenderla como cometida. De meditarla profundamente como posible, hace tránsito a concebirla existente. La aprensión fuerte de la especie, que al principio se miraba como abstracta, la estampa adentro, y con tanta viveza, que ya se representa como concretada, y propia de la persona.

60. De esto se ve un ejemplo claro en los sujetos muy escrupulosos, que creen a veces, que cometieron aquellos pecados a que tienen más horror, execraciones, blasfemias, herejías. Precipítase ciega la imaginación en aquellos objetos, de que huye despavorida la voluntad: como suele uno dar de cabeza en el mismo sitio de donde violentamente le desvían los pies: o como al que camina por un despeñadero, el ansioso conato de no caer, le conturba de modo que cae. Tengo la experiencia de una persona, por otra parte muy prudente, y advertida, pero muy escrupulosa, que a veces se confesaba de criminales obras externas, que en las circunstancias en que estaba le eran imposibles: conociendo yo que esto no dependía de otra cosa que del continuo afán en que la ponía el miedo de consentir interiormente en ellas, como de hecho yo podía jurar que jamás consentía.

61. Por esto venero profundamente aquella discretísima lentitud, conque en sus resoluciones procede el Santo Tribunal de la

Inquisición. Además de los estorbos, que la malicia, o ignorancia de los hombres opone al examen de la verdad, en los delitos que juzga aquel Tribunal, hay mayor riesgo de que un fatuo pase por verdadero delincuente. La herejía, la blasfemia, el rito supersticioso, son [155] crímenes horrendos; pero en que es muy posible que la obra externa provenga más de depravación del entendimiento, que de perversión de la voluntad.

62. No pocos Autores han creído, que todo cuanto se cuenta de la traslación de las que llamamos brujas por el aire a los lugares donde tienen sus concilios, o conventículos abominables, es fábula, originada de error de las mismas que han confesado este delito. Dicen que aquel ungüento, que para este efecto usan, tiene sólo la virtud de adormecerlas profundamente: que luego que se sepultan en aquel letargo, o porque el demonio les conmueve la fantasía, o porque esta está de antemano sellada por aquellas especies, concurriendo acaso en parte de la virtud natural del ungüento, sueñan tan vivamente que vuelan, y asisten a aquellos diabólicos congresos, que cuando despiertan, firmísimamente creen que no fue sueño, sino realidad. Alegan ejemplos claros en comprobación de esto, que sería prolijo el referir ahora; pero a la verdad los ejemplos prueban, que muchas veces es sólo soñado el vuelo de las brujas; pero de ningún modo, que otras veces no sea real, y verdadero. Es cierto que el Demonio, permitiéndoselo Dios, puede hacerlo. Si lo hace, o no, en este, o el otro caso particular, puede liquidarlo la prudencia, y discreción de los Jueces.

63. Más arrojados otros Autores, se inclinan a que no se castigue el crimen de sortilegio, o hechicería, persuadidos a que casi siempre es ilusión; para lo cual alegan, que en los Países donde no se pesquisa, ni procesa sobre este delito, ningún hechicero parece; y al contrario, se multiplican donde hay más severidad con ellos. De aquí infieren, que todo es perturbación de la fantasía, ocasionada de la profunda impresión que hacen en ella las historias que oyen de hechicerías, y el terrible espectáculo de los castigos de los hechiceros; lo cual, como falta en los Países donde no se trata de castigar este crimen, no se descubre algún hechicero, porque ninguno sueña que [156] lo es. El Padre Malebranche, que parece propende a este sentir {(a) *Lib. 2. de Inquir. verit. cap. ult.*}, dice que

en algunos Parlamentos a nadie se hace proceso sobre el delito de hechicería. Algunos comprenden en este número el Parlamento de París. Citan también un Canon del Concilio Ancirano, en que parece se declara ser meras ilusiones cuanto se dice de los vuelos, y conventículos de las brujas.

64. Con mucha razón dujo el Ilustrísimo Cano, que algunos hombres grandes afectan apartarse tanto de la vana credulidad del vulgo, que dan en el extremo opuesto vicioso: *At viri quidam excellentes, cum à vulgi facilitate, & credulitate declinant; in adversum quandoque vitium incurrunt* {(b) *De Locis, lib. 11. cap. 5*}. Que haya tantos hechiceros, tantas brujas, que sean frecuentes esas transmigraciones por el aire; que Dios de tanta libertad al Demonio, especialmente después que con su venida al mundo le destronizó de su imperio, sólo cabe en la credulidad del vulgo; pero ponerlo en paraje de que todo esto, o casi todo sea ilusión, es otro extremo vicioso, y mucho más arriesgado. Los Concilios fulminan anatemas contra los hechiceros. Los Padres hablan de ellos. El Derecho Civil, y Canónico señalan penas a este delito. Sabemos que muchos fueron castigados por él en Senados rectísimos. Y sea lo que fuere de otros Tribunales, la suma madurez conque en todo procede el de la Inquisición, hace certeza moral de la existencia de tales delincuentes.

65. Lo que se dice del Parlamento de París, se lee ser falso en el Diccionario de Moreri, donde se citan casos en que aquel Senado procedió contra algunos hechiceros; y se añade, que no hay Parlamento alguno en Francia, donde no se admita la acusación de este crimen. Es verdad que en tiempo de Luis Décimocuarto, por orden de aquel gran Rey se mitigó mucho del modo de proceder contra los hechiceros, conmutando en pena de destierro la sentencia [157] capital que el Parlamento de Ruan había pronunciado contra varios particulares acusados de este delito. Y en 26 de Abril de 1672, por medio de su Consejo de Estado expidió el mismo Príncipe Decreto para que por toda la Provincia de Normandía diesen soltura a cuantos estaban presos por acusados de Magia, o Sortilegio. Así lo refiere el docto Edigio Menagio. Es de creer, que la nimia credulidad, no sólo del Vulgo, mas aún de los Jueces, motivase una providencia tan extraordinaria. Al Canon del Concilio Ancirano

responde latamente Delrio en el lib. 5. de las Disquisiciones Mágicas.

{(a) Lo que referimos en este número de la Normandía, nos trae a la memoria lo que dice la Mothe le Vayer, que en Lorena, cuando los Señores confiscaban los bienes de los que eran acusados de hechicería, había más hechiceros en Lorena que en todo el resto de Europa.

Explicación de la Esteganografía del Abad Tritemio

§. I

2. Instado de un amigo mío, que celoso de la honra del Abad Tritemio, ha juzgado no bastaría para disipar en todos la sospecha de su Magia, lo que en su defensa hemos escrito en este Discurso 5 de este segundo Tomo, desde el número 38, hasta el 42 inclusive; he resuelto dar a luz la Clave de la Esteganografía, y revelar todo el misterio de ella, siguiendo a Wolfango Ernesto Heidel, quien trató este mismo asunto con mucha extensión; y espero que en ninguno podrá quedar ya la más leve duda de la inocencia de este Escritor.

3. No hay que extrañar a la verdad, que la nota de Magia impuesta [158] al libro de la Esteganografía haya tomado tanto vuelo, después que cayeron en este error algunos doctos de grande fama, entre quienes daremos justamente el primer lugar a los dos insignes Escritores el Cardenal Belarmino, y el Padre Antonio Posevino, cuya autoridad pudo imprimir en el Público el mismo dictamen. Ni tampoco me atreveré a notar de temeridad a aquellos Sabios, los cuales acaso hallaron solo noticias o oídas, o leídas en otros, sin ver el libro; fuera de que el mismo contexto de él, separado de lo que persuade en contrario el mérito insigne del Autor, da algún motivo a la sospecha.

4. Sólo una cosa se hace extrañar en el Cardenal Belarmino, y es decir, que el mismo Tritemio reconoció, y confesó la perniciosa Magia de su libro. *Scripsit* (dice hablando de Tritemio en el libro de Scrip. Ecclesiast. al año de 1500) *opus inscriptum Steganographiam, id*

est occultam scriptionem, quod opus prohibitum merito est, cum sit plenum perniciosis dogmatibus ad Magiam pertinentibus, quod & ipse agnovit, & confessus est. Es cierto que padeció en ello equivocación este grande hombre; pues bien lejos de confesar Tritemio la Magia supersticiosa de su libro, hizo repetidas protestas de la pureza de él; y en el Prólogo de la Poligrafía, cuando ya Carlos de Boville había publicado la impostura, declama fuertemente contra él, y contra ella. *In qua* (dice hablando de una Carta de Boville, en que estampó la calumnia) *non intellectae Steganographiae mentionem faciens, me pravis artibus deditum, Magnum, & Necromanticum falso, mendaciter, & nimis injuriose temeraria praesumptione proclamat. Cujus mendacissimis injuriis, & blasphemiis, Deo miserante, brevi taliter sum responsurus, quo intelligat omnia posteritas, & me innocentem, & Bovillum impium, crudelem, & temerarium esse in hac parte mendacem. Constanter affirmo, veraciter dico, & confidenter in animam meam juro, cum daemonibus, pravis, ac perniciosis Magicis, vel Necromanticis artibus, me nullum unquam habuisse commercium; sed omnia, & singula, quae scripsi, vel scripturum me sum pollicitus, pura esse, sana, naturalia, & Christianae Fidei in nullo penitus adversa*. Y al fin del Prólogo añade: *Sum enim Chirstianus, sum Presbyter sub norman Divi patris Benedicti, & Monachus: Christum diligo, & qua possum sinceritate mentis devotus semper adoro, nulla mihi sunt, & protectore Deo, nulla erunt cum daemonibus commercia: nulla in Magicis, Necromanticis, seu Profanis artibus studia, nullae occupationes, nulla documenta. Qui de me aliter sensit male sensit, injuriam facit, & apertum Bovilli mendacium defendit.*

5. Estuvo, pues, Tritemio tan lejos de confesar la mágica iniquidad de su Esteganografía, como de incurrir en ella. Pero vamos ya a evidenciar la inocencia de este Escrito, poniendo tan clara como la luz del día su inteligencia. Para lo cual debemos prevenir, que la Esteganografía contiene dos libros enteros, y otro, que es el tercero, empezado. [159]

Explicación del primer Libro

§. II

6. Todo el misterio de Esteganografía consiste en esconder debajo del velo de unas fingidas conjuraciones mágicas, o invocaciones de espíritus, las claves de diferentes cifras, o modos de escribir ocultos. Las cifras de que usa, o que propone Tritemio, todas están comprendidas debajo de una idea general, que es la de colocar el secreto, que se quiere manifestar al corresponsal, en un escrito de significación corriente, o descubierta: de modo, que si sucediese interceptar alguno la carta, la dejará pasar, porque leyéndola toda sin embarazo, no puede imaginar que haya en ella alguna cifra. ¿Pero cómo hace esto? Formando con tales dicciones el escrito, que las letras iniciales de ellas digan al que está advertido de la clave el secreto que se le quiere revelar. Mas en esto mismo cabe bastante variedad; porque pueden aprovecharse para escribir el secreto las iniciales de todas las dicciones: pueden alternarse de modo que una sirva, y otra no: pueden disponerse de modo que vaquen dos, y sirva una; o al contrario, vaque una, y sirvan dos; o que después de tres que vaquen, sirvan dos, o al contrario, &c. Y según estas diferentes combinaciones, varió Tritemio sus cifras, y las claves de ellas en las conjeturaciones. Vamos a poner esto manifiesto con dos ejemplos que tomaremos de las dos primeras Conjuraciones del primer libro de la Esteganografía.

Conjuración primera

7. PAMERSIEL *Oshurmi* delmuson, *thafloyn* peano *charustrea* melany *lyamunto* colchan, *paroys* madin *moerlay* bulre *atleor* don *melcove* peoin, *ibutsyl* meon *mysbreath* alini *driaco* person. *Chrisolnay* lemon *asosle* mydar *icoriel* pean *thalmo*, asophiel *ilnotreon* baniel *ocrimos* estevor *naelma* besrona *thulaomor* fronian *beldodrayn* bon *otalmesgo* merofas *elnathyn* BOSRAMOTH.

8. La persuasión común de que los Magos en sus diabólicos Conjuros usan de voces de sonido bárbaro, o porque son extraídas de algún Idioma peregrino, o porque el Demonio se lo ha enseñado, y en parte porque algunas veces, especialmente las que tienen

terminación Hebrea, son nombres propios de algunos espíritus infernales: esta común persuasión, digo, contribuyó mucho para formar el juicio, de que así la Conjuración que acabamos de copiar, como todas las demás de la Esteganografía (porque todos tienen en las voces el mismo sonido bárbaro) son verdaderas Conjuraciones mágicas. [160]

9. Esto alucinó al buen Carlos de Boville, como muestra el siguiente pasaje suyo que trae Thomas Pope Blount (in Trithemio): *Ad Trithemium diverti, quem reperi Magum, nulla Philosophiae parte insignem. Ejus Steganograhiam evolti velitatim, nonullorum capitum perlegens initia. Vix horas duas librum in manibus habui: adjeci enim eum illicò, quod terrere caeperant me tantae adjurationes, ac tam barbara atque insolita Spiritum (ne forte dicam daemonum) nomina. Universa verò hujusmodi nomina (quod videre visus sum) ignotae lenguae sunt. Aut enim Arabica, aut Hebraica, aut Chadaica, aut Graeca: Latina pauca, aut ferme nulla*.

10. Pero ni hay nombres de espíritus, ni voces propias de algún Idioma en la Conjuración propuesta, ni en otra alguna de toda la Esteganografía; o por mejor decir no hay en toda la Esteganografía Conjuración alguna, o invocación de espíritus, ni buenos, ni malos. El contenido de la conjuración que hemos copiado, no es otra cosa, que la clave de la primera cifra que propone Tritemio; y lo que dice es, que en esta cifra, juntas las letras iniciales de todas las dicciones de la carta, o escrito, manifiestan el secreto. ¿Pero cómo lo dice? Con un modo oculto, y artificioso, que ya voy a descubrir.

11. Contiene esta Conjuración cuarenta y cinco dicciones, de las cuales la primera, y última están ociosas. De las cuarenta y tres restantes se toman veinte y dos alternando; esto es, tomando una, y dejando otra. Las que se toman son las que dejo arriba escritas con letra cursiva. Colócanse luego estas dicciones a parte, y de todas las letras de que constan se deja una, y se toma otra, alternando; y lo que dicen las letras que se toman, es la clave para entender la cifra. Haráse esto palpable juntando las dicciones de letra cursiva de la Conjuración; y repitiendo sobre ellas las letras que revelan la clave, del siguiente modo.

12. oShUrMi, ThafLoYn, ChArUsTrEa, LyAm, UnTo. PaRoYs, MoErLaY, aTiEoR, mElCoUe, IbUtSyL, mIsBrEaTh; DrIaCo,

CrIsOlNaY, aSoSlE, iCoRiEl, ThAlMo, IlNo TrEoN, oCrImOs. NaElMa, ThUlAoMoR, bElDoDrAyN, oTaLmEsGo, ElNaThYn.

13. Vé aquí formada ahora con las letras tomadas alternativamente esta sentencia: *Sum tali cautela, ut prime littere cujuslibet dictionis secretam intentionem tuam reddant lengenti*. Se advierte, que en tiempo de Tritemio aún no se escribían los diptongos, y en otras algunas cosas era distinta la Ortografía de la que hoy se usa. Pone Tritemio un ejemplo de esta cifra en una devota oración, que es la siguiente.

14. *Lucidum juvar aeternae beatitudinis, excelentissime Rex, guberbator, & tutor robustissime iniversorum virtuose viventium, exulum refugium debitum, virtus, unanimitas, vinculum onmium, laetitia lugentium, exultatio sancata tristium, virtus fragulium, nutritor egentium, salusque tribulatorum, miserorum adjutor, nobilium triumphtor, administratror gratiarum, guberna, & rege vitam sevorum tuorum, sanans infirmitates nostras, Salvator anmium, decus viventium, animarum lucidissimum lumen, esurientium refugium, benignissime amator servorum tuorum, virtutum aeternae remunerator, mitis animarum glorificator servientium tibi. Vivifica nos Domine, ut nitore sanctitatis efficiamur renovati. Adjuva nos Domine aeterne Redemptor, libera amatores anominis tui, peccatum onmibus remitte. Tentationes extingue nocentibus, vitam viertuosam, amoremque rectitudinis tribue exorantibus nobis. Deus altissime vere vivificator infirmantium, lumen lugentium; exaudi nos, ut vitam justam, rectamque mereamur jugiter tenere. Vivifica nos Salvator & Rex misericordissime, zelantes viritatem, gaudeamusque aeterno Regno sublimati. Conserva humiles, indulge noxas, extermina nocentes*.

15. El secreto contenido en esta Oración está significado en Idioma Teutónico; porque Tritemio, así en las claves, como en las cifras usó ya de su Idioma patrio, ya del Latino; en unas de aquel, y en otras de este, aunque más frecuentemente del Latino. Juntando, pues, según la clave propuesta en la Conjuración, las letras iniciales de todas las dicciones de que consta esta Oración, sale la siguiente cláusula de Lengua Teutónica: *Lieber Getruwer duvollet uf nest Mantag gerust sin so du aller hast vermagst und umb die funf unser dant ler portem wartem dauvillen wir mit umserm zuger schinen*. Lo que según la traducción que hizo un Dominicano Alemán, residente en

el Convento de S. Esteban de Salamanca, a petición de nuestro Maestro Navarro, viene a decir en Latín: *Delecte, & fidelis, ut proxima die feria secunda paratus sis, si negotia tua te non impediant, & nos hora quinta prope portam civiatis expectes peto: ibidem nostris rebus volumus comparere*.

16. Supongamos que de dos amigos que han concertado usar para sus correspondencias reservadas de la clave envuelta en la primera Conjuración Tritemiana, uno envía a otro cubierta con su sobreescrito esta Oración, diciéndole para mayor disimulo, que se la envía para que use de ella, porque le parece muy devota. Supongamos más: que el pliego cae en manos de algún enemigo suyo, que tiene la correspondencia de los dos por sospechosa; no sólo no entenderá la cifra; mas como halla en todo el contenido un sentido seguido, y claro, ni aún sospechará que hay en él cifra alguna; conque dejará correr el pliego. Pero llegando este a manos del corresponsal, prevenido de que se use en él de la clave envuelta en la primera Conjuración, juntará las iniciales de todas las dicciones de la Oración, y enterado de su significación, ejecutará lo que le pide el amigo.

17. Para mayor claridad pondremos aquí una breve muestra de [162] este modo de cifrar en Castellano. Quiero significar aquí a un amigo que se guarde de Pedro, que le quiere matar; y lo hago con esta breve Carta: *Amigo, Recibí Muy Alegre Tu Erudita Carta Oy Nueve. Tengo Razones Algunas Para Escusarme De Responderte Oy*. El amigo que recibe este papel, advertido de antemano de que usamos en nuestra correspondencia de la primera cifra Tritemiana, junta las iniciales de todas las dicciones de la Carta, y en ellas halla formado este aviso: *Armate contra Pedro*.

18. Sin embargo, este modo de cifrar es el menos cómodo de todos los que propone Tritemio; porque sobre ser el más dificil de ejecutarse, es el menos difícil de descubrirse. El componer una carta de contexto seguido, y claro; de modo que todas las dicciones tengan iniciales aptas para la revelación del secreto, es muy trabajoso, como conocerá cualquiera que tiente la ejecución. Por eso Tritemio, que constante en el designio de usar en la Esteganografía de expresiones que suenan magia, da el nombre de Espíritus a las Dicciones, y a las Letras: dice que los Espíritus que se

invocan en aquella primera Conjuración *Parmesiel*, son unos Espíritus rebeldes. Quiere decir, que es muy difícil hacer que vengan al contexto las dicciones que se necesitan para aquella especie de cifra. Por otra parte esta es la más expuesta; porque si alguno por dicha le viene el pensamiento de que en las iniciales haya algún misterio, al punto se le viene el secreto a los ojos.

19. Por esto en las siguientes Conjuraciones propuso Tritemio otros modos de cifrar más fáciles para la ejecución, y más difíciles para la inteligencia; cuyo artificio conviene con el primero en la idea general de servirse de las iniciales; pero no en usar de las de todas las dicciones; antes se entretejen en el contexto muchas que aunque sirven para formar el contexto claro de la carta, para la inteligencia de la cifra se separan como inútiles. Esto se puede hacer de muchas maneras, ya alternando de modo que una dicción sirva, y otra no; ya entreverando dos inútiles con cada una de las que sirven; ya tres con cada una; ya dos de las que sirven con cada una de las inútiles; ya empezando por las que sirven; ya empezando por las inútiles, &c. En esta conformidad varió sus cifras Tritemio, proponiendo para cada combinación distinta clave, que envolvió en distintas Conjuraciones, del mismo modo que la de la primera cifra está envuelta en la primera Conjuración, esto es, echando fuera en todas las Conjuraciones la primera, y última dicción, ir después sucesivamente tomando unas, dejando otras; juntar las que se toman; y en estas ir sucesivamente dejando una letra, y tomando otra.

20. La clave que Tritemio encerró en las segunda Conjuración, y se desenvuelve en la misma forma que la de la primera, es esta: *Primus apex verbi primi, tertii, & doceat Artem*. Quiere decir que en [163] esta cifra se tomen las iniciales de las dicciones de la carta, alternando una sí, y otra no; esto es, de la primera, tercera, quinta, séptima, &c. Empieza la Conjuración, en que está envuelta esta clave, con estas voces: *Padiel aporsy mesarpon Omevas peludyn, &c*. donde se puede ver que removida la primera voz *Padiel*, y la tercera y quinta, según el método observado en sacar la clave de la primera Conjuración, y juntando las intermedias *aporsy omevas*, en las cuales dejando la primera letra, se toma la inmediata, y después alternando se forma la voz *primus*, que es la primera de esta

segunda clave.

21. De esta segunda cifra puso también Tritemio un ejemplo en otra, en parte oración, en parte exhortación, y es como se sigue: *Humanae salutis amator, qui creavit omnia, nobis endixit obedientiam mandatorem, cui onmes tenemur obedire, & obsequi. Praemium sanctae obedientiae erit sempiterna felicitas timentibus Deum. Xpti obedientiam in omnibus imitari studeamus, ut vitam aeternam promissam nobis mereamur ingredi cum Angelis per misericordiam Dei. Agamus paenitentiam dum possumus, tempus vitae est brevissimum, cito mors imparatos offendet, repante negligentes consumet, judicio animas transmutet. In paenitentia agenda fratres non tardetis, velociter enim ad vos mors veniet, quam nemo vestrum diù evadere potest. Dies ergo vestros transeuntes conspicite, paenitentiam inchoate cum tempus habetis: ad quid diutius negligitis? O mors rerum horribilium terribilissima, quàm velociter nos miseros consumis! Vester incolatus brevissimus est judicio obnoxiius: mors omnes examini submittet. Esaudi nos Xpte Salvator, paenitere cupientibus esto propituis, concede nobis timorem, & amorem tuum benignissime Redemptor, indulgentiam peccatorum supplicantibus tribue, alme creator generis humani exaudi nos, veniam nobis tribuens scelerum. O Pater misericordissime, esto nobis misericors, infirmitatem nostram adjuva clementissime, succurre misericorditer infirmis animabus nostris, quoniam tui sumus. Pater indulgentissime, animabus fidelium requiem concede, Angelis conjuge, timemtibus te adesse digneris*.

22. Tomando las letras iniciales de las dicciones de esta Oración alternadamente; esto es, una sí, y otra no, resulta formado de ellas en el Idioma Latino este aviso: *Hac nocte post duodedimam veniam ad te circa januam, quae ducit ad ortum; ubi me expectabis: age ut omnia sint parata*. Pero se ha de advertir, que la voz *duodecimam* está expresada en la Oración por caracteres numéricos Romanos XII, tomando la X de la voz *Xpte*, y las *II* de las voces *In*, y *Imitari*.

23. Daremos también en Castellano muestra de este modo de cifrar en la siguiente Carta: *Hermano, habiendo visto que ya tu escasez pide algún socorro, llevará el amigo Juan cien reales, ínterin que veo modo de librarte algo más. Dame noticia de si estás bueno, o si volvió a inquietarte la erisipela. Trata de no olvidarme*. Esta Carta descifrada [164] por la clave de la segunda Conjuración, significa: *Huye a la*

Ciudad de Oviedo.

24. A este modo va poniendo Tritemio otras claves en las demás Conjuraciones del primer libro, que en todas son treinta y una; cuya diferencia consiste en el mayor, o menor número de dicciones, cuyas iniciales no son significantes; y en la diversa colocación, o interpolación de ellas con las significantes.

Explicación del segundo Libro

§. III

25. Pareciéndole a Tritemio que en caso que el que intercepte la carta tenga alguna sospecha del secreto escondido en ella, no tienen seguridad necesaria los treinta y un modos de cifrar de su primer libro, inventó otros veinte y cuatro más difíciles de descifrarse, y estos los ocultó con estilo Cabalístico en el segundo libro. Sabía que los Hebreos, a imitación de los Egipcios, deputaban un Ángel o Espíritu para cada hora de las veinte y cuatro que tiene el día. Fingió, pues, los nombres de los veinte y cuatro Espíritus, de modo, que cada nombre empezase con distinta letra del Alfabeto, para servirse de estos nombres en el modo que luego se dirá.

26. El artificio particular de las cifras del segundo libro consiste en que se disponga de tal modo la oración, o carta, que las letras iniciales que han de componer el secreto, aún juntas, no signifiquen cosa alguna, según lo que naturalmente representan, sino que se han de substituir por otras. Para este efecto tendrá cada uno de los corresponsales una tabla de revolución de alfabetos, cuya construcción se reduce, a que en la primera línea se pone en el alfabeto natural, o común A B C D E F, &c. advirtiendo, que la B de este segundo alfabeto se coloque perpendicularmente debajo de la A del primero, la C debajo de la B, y así de las demás. El tercero empieza por la C, con la misma advertencia de que la C caiga perpendicularmente debajo de la B del segundo, y debajo de la A del primero. Así se van formando los demás, hasta acabar con las letras del Alfabeto, empezando cada uno con distinta letra, y

prosiguiendo después según la serie del alfabeto común, se suplen con las primeras del mismo alfabeto.

27. A las iniciales de las dicciones, o letras que componen el secreto, se han de substituir aquellas que en el alfabeto en que están convenidos, corresponden a las del alfabeto natural; esto es, están colocadas perpendicularmente debajo de ellas. Estos diferentes alfabetos [165] los insinúa Tritemio con los nombres de los Espíritus que he dicho, suponiendo que la primera letra del nombre denota el alfabeto que empieza con la misma letra.

28. Adviértase mas, que las Conjuraciones del segundo libro contienen las reglas, o claves, al modo que las del primero; pero con una circunstancia más, y es, que después que se juntaron las dicciones que sirven, se les deben añadir todas las que al principio no sirvieron; v. g. de todas las voces de una Conjuración, que tenga catorce vocablos bárbaros, se toman el 2, 4, 6, 8, 10, 12, (omitiendo siempre el último), y después el 3, 5, 7, 9, 11, 13, y colocadas así estas doce voces, tomando la segunda letra, y así alternando 4, 6, 8, &c. estas letras juntas significan el modo oculto de escribir que se enseña en aquella Conjuración; y la letra inicial de la hora, o del Espíritu que la preside, advertirá que el alfabeto es el que se sigue en ella.

29. Omitiendo los ejemplo de este modo de cifrar que trae Tritemio, que son más prolijos, y tienen el embarazo de traducir el secreto del Idioma Teutónico, pondremos uno en Castellano. Quiero avisar a Pedro que Martín es su enemigo oculto, y Martín es el que ha de llevar la carta, porque no hay otra forma de remitirla. Escribo, pues, la siguiente:

30. *Amigo de mi corazón, favorecerás al honrado Martín, vecino, y bienhechor nuestro, pues sabes me consta por cuántos caminos honrados favoreció a padre. Yo quisiera tener que darle, gratificando su honradez, pero me hallo, cual sabes, gastada la hacienda toda, y con quiebras. Sé bien lo que le aprecias, vivo muy seguro le consolarás con tus obras piadosas, imitando el celo tan honrado de otros amigos*.

31. Recibe Pedro esta Carta; y suponiendo que está avisado de que la clave la tiene el Espíritu *Meneloym*, obra según la clave, que está en la Conjuración propia de este Espíritu, en esta forma. Junta las iniciales de las dicciones de la carta, interpolando, esto es,

tomando una sí, y otra no, y sale esto:

Amfhubpmpcfpqqghiqbqausccoizhc

32. Claro está que esto no le significa cosa; pero como sabe que el modo oculto de escribir por *Meneloym*, pide que a las letras de que consta el secreto se substituyan las correspondientes a ellas en el alfabeto que empieza con la letra *m*, haciendo esta diligencia descubre el secreto. Por no gastar papel, y tiempo en poner aquí la tabla combinatoria de alfabetos, porque ni es menester, pues basta colocar últimamente el alfabeto de que se ha de usar, debajo del común, así lo haremos ahora con el alfabeto de *Meneloym*.

a b c d e f g h i k l m n o p q r s t u x z
m n o p q r s t u x z a b c d e f g h i k l

33. Repasando, pues, Pedro las letras del secreto, ve que a la [166] letra *a* del alfabeto común corresponde en el de *Meneloym* la *m*; a la *m* la *a*; a la *f* la *r*; a la *h* la *t*; a la *u* la *i*; a la *b* la *n*, &c. por consiguiente lee: *Martín, dador de esta, es tu enemigo oculto*.

34. Como los alfabetos no naturales de que hemos hablado, no son más que veinte y uno, Tritemio, para llenar los veinte y cuatro modos correspondientes a las veinte y cuatro horas, los tres últimos modos no los ordenó por las iniciales, sino por las primeras sílabas de las dicciones colocadas en este, o en el otro lugar.

35. La tabla de revolución de alfabetos se suple ventajosamente con dos alfabetos puestos en la circunferencia de dos ruedas concéntricas, de las cuales una sea móvil, la otra fija; porque como una letra de la rueda móvil se puede aplicar a cualquiera letra de la rueda fija, en un momento se halla formado cualquiera de los alfabetos dichos; no sólo eso, si que se pueden formar también en un momento otros veinte y uno distintos; esto es, llevando la serie de las letras por orden retrógrado, *z x u t*, &c.

36. Como el tercer libro de la Esteganografía quedó no más que principado, no podemos decir cosa específica en orden a su explicación. Lo que en general se deja conocer es, que el intento de Tritemio en este Libro era proponer otros muchos modos ocultos de escribir, valiéndose de voces facultativas de la Astronomía, y

Astrología Judiciaria, mezclando nombres de los Espíritus, que Caldeos, Hebreos, Egipcios, &c. creían presidir a Cielos, y Astros.

37. Véanse ahora en lo que ha parado la Magia de Tritemio, y cuán injustamente se le impuso tan infame nota a este grande hombre.

38. Mirándolo bien, se halla que el artificio de la Arte Esteganográfica de Tritemio es muy parecido a aquel conque en las *Súmulas* se enseña la Arte Silogística, usando de las voces *Bárbara, Celarent*, &c. Para quien no haya oído aquellas voces, es fácil proponer las reglas contenidas en ellas, de modo, que todo suene a Magia; diciendo, por ejemplo, que aquellos cuatro versos contienen la invocación de diez y nueve Espíritus; los cuales al que los invocare debidamente, enseñarán a discurrir con acierto en todo género de ciencias: que los cuatro Espíritus primeros enseñan con suma claridad, mas no con tanta los quince posteriores; y que tal vez es preciso que aquellos expliquen lo que dicen estos: que para la inteligencia de lo que dijere el Espíritu *Baralipton*, se consulte al Espíritu *Bárbara*: que para entender lo que enseñare el Espíritu *Felapton* se consulte a *Ferio*, &c. Así se puede ir cubriendo con gran jerigonza mágica todo lo que pertenece a la Arte Silogística, y propuesto así entre ignorantes, los dejara enteramente escandalizados, así como se reirán de sí mismos luego que alguno les explique todo el misterio. [167]

§. IV

39. Queda no obstante pendiente contra Tritemio un cargo que le hacen algunos de los mismos que han conocido la inocencia de su Esteganografía, y es haber escandalizado voluntariamente a muchos con la apariencia de Magia.

40. A este cargo respondo por Tritemio, que le pareció, con bastante fundamento, que las protestas que hizo de que no había alguna realidad de Magia en aquel Escrito, juntas con la grande opinión que tenía en el mundo, no sólo de hombre sabio, mas también de Religioso ejemplar, bastaban para disipar las sospechas de Magia que podía excitar el contexto del Escrito.

41. Cuando hablo de las protestas de Tritemio, no entiendo sólo las que hizo después de escrita la Esteganografía, para rebatir la calumnia de Boville; sí también las que estampó en las prefaciones de la misma Obra; esto es, del primero, y del segundo libro. En la del primero dice así: *Ne quis hujus operis lector futurus, cum in processu saepe, offenderit nomina, officia, ordines, differentias, porpietates, orationes, & quaslibet alias operationes spirituum, per quorum intelligentias secreta hujus scientiae, omnia clauduntur, & aper iuntur, me Necromanticum, & Magum, vel cum doemonibus pactum coantraxisse, vel qualibet alia superstitione usum, vel utentem credat, vel existimet; necessarium duxi, & opportunum, faman, & nomen meum a tanta labe, injuria, culpa & macula, solemni protestantione in hoc prologo cum veritate vindicando praeservare. Dico, ergo, & coram onmipotenti Deo, quem nihil penitus latere potest, & coram Jesu-Christo unigenito filio ejus, qui judicaturus est vivos, & mortuos, in veritate juro, & protestor, omnia, & singula, quae in hoc opere dixi, vel dicturus sum, onmnesque hujus Scientiae, vel Artis propietates, modos, figuras, operationes, traditiones, receptiones, formationes, adinventiones, institutiones, immutationes, alterationes, & universa, quae ad ejus spedulationem, inventionem, consecutionem, operationem, & practicam, vel in parte, vel in toto pertinent, & omnia quae in hoc nostro volumine continentur, veris, Cathollicis, & naturalibus principiis innituntur; fiuntque omnia & singula cum Deo, cum bona conscientia, sine injuria Christianae fidei, cum integritate Ecclesiasticae traditionis, sine superstitione quacumque, sine Idolatria, sine omni pacto malignorum Spiritum explicito, vel implicito, &c*.

42. En el Prólogo del segundo libro repite la misma protesta con las siguientes palabras: *Cum denno spiritum mentionem sim habiturus, rursus mihi reor esse praefandum, nihil in hac Arte nostra haberi frivolum, nihil Evangelicae traditioni, aut Catholicae Fidei contrarium, nihil omnino tradi superstitiosum. Omnia enim, quae vel in praecendeti volumine diximus, vel in sequentibus dicturi sumus, naturalibus, licitis, & honestis sunt subnixa principiis, solisque peregrinis institutionibus velatum mysterium, & verba nominibus involuta, spiritum, lectorem requirunt eruditum. Ultimur enim ministerio Spiritus ad velandum secretum, quod noceret improbis publicatum*.

43. Digo que estas protestas, juntas con las circunstancias del

estado, de la dignidad, y de la fama de Tritemio, le constituían acreedor a que nadie sospechase en él el delito execrable de Magia, y que por tanto tuvo fundamento suficiente para persuadirse a que no escandalizaría su libro.}

66. Por conclusión noto aquí, que aquella visión nocturna, que en algunos Países llaman *Hueste*, y quieren que sea procesión de brujas, es mera fábula, a que dieron ocasión las exhalaciones encendidas, que los Físicos llaman *Fuegos fatuos*. El Vulgo, viendo aquellas luces, y no pudiendo creer que fuese cosa natural, lo atribuyó a operación diabólica. Sobre este supuesto fabricó mil quimeras, y dio ocasión a que algunos embusteros contasen mil patrañas.

Discurso sexto

Las modas

§. I

1. Siempre la moda fue de la moda, quiero decir, que siempre el mundo fue inclinado a los nuevos usos. Esto lo lleva de suyo la misma naturaleza. Todo lo viejo fastidia. El tiempo todo lo destruye. A lo que no quita la vida, quita la gracia. Aún las cosas insensibles tienen, como las mujeres, vinculada su hermosura a la primera edad; y todo el donaire pierden al salir de la juventud; por lo menos así se representa a nuestros sentidos, aún cuando no hay inmutación alguna en los objetos.

Est quoque cunctarum novitas gratissima rerum.

2. Piensan algunos que la variación de las modas depende de que sucesivamente se va refinando más el gusto, o la inventiva de los hombres cada día es más delicada. ¡Notable engaño! No agrada la moda nueva por mejor, sino por nueva. Aún dije demasiado. No agrada porque es nueva, sino porque se juzga que lo es, y por lo común se juzga mal. Los modos de vestir de hoy, que llamamos nuevos, por la mayor parte son antiquísimos. Aquel linaje de Anticuarios, que llaman Medallistas (estudio, que en las Naciones también es moda), han hallado en las medallas, [169] que las antiguas Emperatrices tenían los mismos modos de vestidos, y tocados, que como novísimos usan las Damas en estos tiempos. De

los fontanges, que se juzgan invención de este tiempo próximo, se hallan claras señas en algunos Poetas antiguos. Juvenal, Sat. 6.

Tot premit ordinibus, tot, adhuc compagibus altum
Aedificatur caput.

Estacio, Silv. 2.

… Celsae procul aspice frontis honores
Suggestumque comae.

3. De modo, que el sueño del año magno de Platón, en cuanto a las modas se hizo realidad. Decía aquel Filósofo, que pasado un gran número de años, restituyéndose a la misma positura los luminares celestes, se haría una regeneración universal de todas las cosas: que nacerían de nuevo los mismos hombres, los mismos brutos, las mismas plantas; y aún repetiría la fortuna los mismos sucesos. Si lo hubiera limitado a las modas, no fuera sueño, sino profecía. Hoy renace el uso mismo que veinte siglos ha expiró. Nuestros mayores le vieron decrépito, y nosotros le logramos niño. Enterróle entonces el fastidio, y hoy le resucita el antojo.

{(a) Hubo también entre las Romanas el uso de los Rodetes en la misma forma que hoy se practican, como se puede ver en nuestro Montfocón, tom. 3. de la *Antigüedad explicada*, lib. 1. cap. 14. en la segunda lámina que se sigue a esta página; y en el mismo tomo, lib. 2. cap. 2. se lee, que usaban también de agujas, ya de oro, ya de plata, ya de otros metales inferiores, según el caudal de cada una, en el pelo, a quienes por tanto llamaban *acus crinales*.}

§. II

4. Pero aunque en todos tiempos reinó la moda, está sobre muy distinto pie en este, que en los pasados su imperio. Antes el gusto mandaba en la moda, ahora la moda manda en el gusto. Ya no se deja un modo de vestir porque fastidia, ni porque el nuevo parece, o más conveniente, o más airoso. Aunque aquel sea, y parezca [170] mejor se deja, porque así lo manda la moda. Antes se atendía a la

mejoría, aunque fuese sólo imaginada; o por lo menos un nuevo uso, por ser nuevo agradaba; y hecho agradable, se admitía: ahora, aún cuando no agrade, se admite sólo por ser nuevo. Malo sería que fuese tan inconstante el gusto; pero peor es que sin interesarse el gusto haya tanta inconstancia.

5. De suerte, que la moda se ha hecho un dueño tirano, y sobre tirano importuno, que cada día pone nuevas leyes, para sacar cada día nuevos tributos; pues cada nuevo uso que introduce, es un nuevo impuesto sobre las haciendas. No se trajo cuatro días el vestido, cuanto es preciso arrimarle como inútil, y sin estar usado, se ha de condenar como viejo. Nunca se menudearon tanto las modas, como ahora, no con mucho. Antes la nueva invención esperaba que los hombres se disgustasen de la antecedente, y a que gastasen lo que se había arreglado a ella. Atendíase al gusto, y se excusaba el gasto. Ahora todo se atropella. Se aumenta infinito el gasto, aún sin contemplar el gusto.

6. Monsieur Henrion, célebre Medallista de la Academia Real de las Inscripciones de París, por el cotejo de las medallas halló, que en estos tiempos se reprodujeron en menos de cuarenta años todos los géneros de tocados, que la antigüedad inventó en la sucesión de muchos siglos. No sucede esto porque los antiguos fuesen menos inventivos que nosotros, sino porque nosotros somos más extravagantes que los antiguos.

7. Ya ha muchos días que se escribió el chiste de un loco, que andaba desnudo por las calles con una pieza de paño al hombro; y cuando le preguntaban, ¿por qué no se vestía, ya que tenía paño? respondía: Que esperaba ver en qué paraban las modas, porque no quería malograr el paño en un vestido que dentro de poco tiempo, por venir nueva moda, no le sirviese. Leí este chiste en un libro Italiano, impreso cien años ha. Desde aquel tiempo al nuestro se ha acelerado tanto el rápido movimiento de las modas, [171] que lo que entonces se celebró como graciosa extravagancia de un loco, hoy pudiera pasar por madura reflexión de un hombre cuerdo.

§. III

8. Francia es el móvil de las modas. De Francia lo es París, y de París un Francés, o una Francesa, aquel, o aquella a quien primero ocurrió la nueva invención. Rara traza (y más eficaz sin duda que aquella de que se jactaba Arquímedes) se halló para que en particular moviese toda la tierra. Los Franceses, en cuya composición, según la confesión de un Autor suyo, entra por quinto elemento la ligereza, con este arbitrio influyeron en todas las demás Naciones su inconstancia, y en todas establecieron una nueva especie de Monarquía. Ellos mismos se felicitan sobre ese asunto. Para lo cual será bien se vea lo que en orden a él razona el discreto Carlos de San Denis, conocido comúnmente por el nombre, o título de Señor de San Euremont.

9. «No hay país (*dice este Autor*) donde haya menos uso de la razón que en Francia; aunque es verdad que en ninguna parte es más pura, que aquella poca que se halla entre nosotros. Comúnmente todo es fantasía; pero una fantasía tan bella, y un capricho tan noble en lo que mira al exterior, que los Extranjeros avergonzados de su buen juicio, como de una calidad grosera, procuran hacerse expectables por la imitación de nuestras modas, y renuncian a cualidades esenciales, por afectar un aire, y unas maneras, que casi no es posible que les asienten. Así esta eterna mudanza de muebles, y hábitos, que se nos culpa, y que no obstante se imita, viene a ser, sin que se piense en ello, una gran providencia; porque además del infinito dinero que sacamos por este camino, es un interés más sólido de lo que se cree el tener Franceses esparcidos por todas las Cortes, los cuales forman el exterior de todos los Pueblos en el modelo del nuestro, que dan principio a nuestra dominación, sujetando sus [172] ojos adonde el corazón se opone aún a nuestras leyes, y ganan los sentidos en favor de nuestro imperio, adonde los sentimientos están aún de parte de la libertad.»

10. Ahí es nada, a vista de esto, el mal que nos hacen los Franceses con sus modas: cegar nuestro buen juicio con su extravagancia, sacarnos con sus invenciones infinito dinero, triunfar como dueños sobre nuestra deferencia, haciéndonos vasallos de su capricho; y en fin, reírse de nosotros como de unos monos ridículos, que queriendo imitarlos, no acertamos con ello.

11. En cuanto a que las modas Francesas tengan alguna particular nobleza, y hermosura, pienso que no basta para creerlo el decirlo un Autor apasionado. Las cotillas vinieron de Francia; y en una porción la más desabrida de las montañas de León, que llaman la tierra de los Argüellos, las usan de tiempo inmemorial aquellas Serranas, que parecen más fieras, que mujeres. No creo que sus mayores, que las introdujeron, tenían muy delicado el gusto. Si una mujer de aquella tierra pareciese en Madrid, antes de venir de Francia esta moda, sería la risa de todo el Pueblo: conque el venir de Francia es lo que le da todo el precio. Cada uno hará el juicio conforme a su genio. Lo que por mí puedo decir es, que casi todas alas modas nuevas me dan en rostro, exceptuando aquellas que, o cercenan gasto, o añaden decencia.

§. IV

12. Las mujeres, que tanto ansían parecer bien, con la frecuente admisión de nuevas modas, lo más del tiempo parecen mal. Esto en lo moral trae una gran conveniencia. Aunque lo nuevo place; pero no en los primeros días. Aún el que tiene más voltario el gusto, ha menester dejar pasar algún tiempo, para que la extrañez de la moda se vaya haciendo tratable a la vista. Como la novedad de manjares al principio no hace buen estómago, lo mismo sucede en los demás sentidos, respecto de sus objetos. Por más que se diga que agradan las cosas forasteras, cuando llegan a agradar ya están domesticadas. Es preciso que el trato gaste algún tiempo en sobornar el gusto. La alma no borra en un momento las agradables impresiones que tenía admitidas; y hasta borrar aquellas, todas las impresiones opuestas le son desagradables.

13. De aquí viene que al principio parecen mal todas, o casi todas las modas; y como la vista no es precisiva, las mujeres que las usan pierden, respecto de los ojos, mucho del agrado que tenían. ¿Qué sucede pues? Que cuando con el tiempo acaba de familiarizarse al gusto aquella moda, viene otra moda nueva, que tampoco al principio es del gusto; y de este modo es poquísimo el tiempo en que logran el atractivo del adorno, o por mejor decir, en

que el adorno no les quita mucho del atractivo.

14. Yo me figuro que en aquel tiempo que las Damas empezaron a emblanquecer el pelo con polvos, todas hacían representación de viejas. Se me hace muy verisímil que alguna vieja de mucha autoridad inventó aquella moda para ocultar su edad; pues pareciendo todas canas, no se distingue en quién es natural, o artificial la blancura del cabello: traza poco desemejante a la de la zorra de Esopo, que habiendo perdido la cola en cierta infeliz empresa, persuadía a las demás zorras que se la quitasen también, fingiéndoles en ello conveniencia, y hermosura. Viene literalmente a éstas que pierden la representación de la juventud, dando a su cabello con polvos comprados las señas de la vejez, lo que decía Propercio a su Cintia.

Naturaeque decus mercato perdere cultu.

15. ¿Qué diré de otras muchas modas por varios caminos incómodas? Como con los polvos se hizo parecer a las mujeres canas, con lo tirante del pelo se hicieron infinitas efectivamente calvas. Hemos visto los brazos puestos en mísera prisión, hasta hacer las manos incomunicables con la cabeza, los hombros desquiciados de su propio sitio, los talles estrujados en una rigurosa tortura. ¿Y todo esto por qué? Porque viene de Francia a Madrid la noticia de que esta es la moda. [174]

16. No hay hombre de seso que no se ría cuando lee en Plutarco que los amigos, y áulicos de Alejandro afectaban inclinar la cabeza sobre el hombro izquierdo, porque aquel Príncipe era hecho de ese modo. Mucho más se lee en Diodoro Sículo, que los Cortesanos del Rey de Etiopía se desfiguraban, para imitar las deformidades de su Soberano, hasta hacerse tuertos, cojos o mancos, si el Rey era tuerto, manco, o cojo. Mas al fin, aquellos hombres tenían el interés de captar la gracia del Príncipe con este obsequio; y si cada día vemos que los Cortesanos adelantan la lisonja hasta sacrificar el alma, ¿qué extrañaremos el sacrificio de un ojo, de una mano, de un pie? Pero en la imitación de las modas, que reinan en estos tiempos, padecen las pobres mujeres el martirio, sin que nadie se los reciba por obsequio. ¿No es más irrisible extravagancia esta, que aquella?

§. V

17. Aun fuera tolerable la moda, si se contuviese en las cosas que pertenecen al adorno exterior; pero esta señora ha mucho tiempo que salió de estas márgenes, y a todo ha extendido su imperio. Es moda andar de esta, o aquella manera, tener el cuerpo en esta, o aquella positura, comer así, o asado, hablar alto, o bajo, usar de estas, o aquellas voces, tomar el chocolate frio, o caliente, hacer esta, o aquella materia de la conversación. Hasta el aplicarse a adquirir el conocimiento de esta, o aquella materia se ha hecho cosa de moda.

18. El Abad de la Mota en su Diario de 8 de Marzo del año de 1686 dice que en aquel tiempo había cogido grande vuelo entre las Damas Francesas la aplicación a las Matemáticas, esto se había hecho moda. Ya no se hablaba en los estrados cosa de galantería. No sonaba otra cosa en ellos que problemas, teoremas, ángulos, romboides, pentágonos, trapecios, &c. El pobre pisaverde que se metía en un estrado, fiado en cuatro cláusulas amatorias, cuya formación le había costado no poco desvelo, se hallaba [175] corrido, porque se veía precisado a enmudecer, y a no entender palabra de lo que se hablaba. Un Matemático viejo, calvo, y derrengado era más bien oído de las Damas, que el joven más galán de la Corte.

19. El mismo Autor cuenta de una, que proponiéndola un casamiento muy bueno, puso por condición inexcusable que el pretendiente aprendiese a hacer telescopios: y de otra que no quiso admitir por consorte a un Caballero de bellas prendas, sólo porque dentro de un plazo, que le había señalado, no había discurrido algo de nuevo sobre la cuadratura del círculo. Creo que no lo miraban mal, una vez que no se resolviesen a abandonar este estudio; pues habiéndose casado otra de estas Damas Matemáticas con un Caballero que no tenía la misma inclinación, le salió muy costoso su poco reparo. Fue el caso, que no pudiendo el marido sufrir que la mujer se estuviese todas las noches examinando el Cielo con el telescopio, ni quitarle esta manía, se separó de ella para siempre. Otros acaso querrían que sus mujeres no comerciasen sino con las estrellas. No sé si aún dura esta moda en Francia; pero estoy cierto

de que nunca entrará en España. Acá ni hombres, ni mujeres quieren otra Geometría que la que ha menester el Sastre para tomar bien la medida.

20. La mayor tiranía de la moda es haberse introducido en los términos de la naturaleza; la cual por todo derecho debiera estar exenta de su dominio. El color del rostro, la simetría de las facciones, la configuración de los miembros experimentan inconstante el gusto, como los vestidos. Celebraba uno, por grandes, y negros los ojos de cierta Dama; pero otra que estaba presente, y acaso los tenía azules, le replicó con enfado: *ya no se usan ojos negros*. Tiempo hubo en que eran de la moda en los hombres las piernas muy carnosas; después se usaron las descarnadas; y así se vieron pasar de hidrópicas a héticas. Oí decir que los años pasados eran de la moda las mujeres descoloridas, y que algunas por no faltar a la moda, o por otro peor fin, a fuerza de sangrías se despojaban de [176] sus nativos colores. Desdicha sería si con tanta sangría no se curase la inflamación interna que en algunas habría sido el motivo de echar mano de este remedio. Y también era desdicha que los hombres hiciesen veneno de la triaca, malogrando en estragos de la vida el color pálido, que debieran aprovechar en recuerdos de la muerte.

21. ¿Quién creerá que hubo siglo, y aun siglos en que se celebró, como perfección de las mujeres, el ser cejijuntas? Pues es cosa de hecho. Consta de Anacreón (que elogiaba en su dama esta ventaja), Teócrito, Petronio, y otros antiguos. Y Ovidio testifica, que en su tiempo las mujeres se teñían el intermedio de las cejas para parecer cejijuntas: *Arte supercilii, confina nuda repletis*. Tan del gusto de los hombres hallaban esta circunstancia.

{(a) Madama de Longe Pierre, que tradujo a Anacreón en verso Francés, prueba con pasajes de Horacio, Luciano, y Petronio, que hubo tiempo en que las frentes pequeñas de las mujeres eran del gusto de los hombres, y circunstancia apreciable de la hermosura.

2. Esta variedad de gusto se nota más fácilmente en diferentes Naciones, que en diferentes siglos. Los Abisinios aprecian las narices rebajadas, o con poquísima prominencia. Los Persas las corvas, o aguileñas, porque así dicen era la de Ciro. Los del Brasil machacan la punta de la nariz a los infantes. Entre los de Sian se tiene por

deformidad la blancura de los dientes, y los tiñen de negro, o encarnado. En Guinea, taladrando el labio inferior a las niñas, procuran engrosarle, y derribarle, lo que tienen por gran belleza. La idea de la hermosura en la China es cuerpo pesado, vientre crecido, frente ancha, ojos, y pies pequeños, pequeña nariz, grandes orejas. Los de Mississippi componen a los niños la cabeza en punta. Y en parte de este Principado de Asturias les allanan la parte posterior. 3 De lo dicho se infiere, que lo que llamamos belleza depende en gran parte de nuestra imaginación; y lo más notable es, que la imaginación de muchos suele provenir de la imaginación de uno solo, esto es, de aquel que por capricho, o antojo fue autor de la moda.}

§. VI

22. Acabo de decir que la mayor tiranía de la moda es haberse introducido en los términos de la naturaleza; y ya hallo motivo para retractarme. No es [177] eso lo más, sino que también extendió su jurisdicción al imperio de la Gracia. La devoción es una de las cosas en que más entra en la moda. Hay oraciones de la moda, libros espirituales de la moda, ejercicios de la moda, y aún hay para la invocación Santos de la moda. Verdaderamente que es la moda la más contagiosa de todas las enfermedades, porque a todo se pega. Todo quiere esta señora que sea nuevo flamante; y parece que todos los días repite desde su trono aquella voz, que S. Juan oyó en otro más soberano: *Ecce nova facio omnia. Todas las cosas renuevo*. Las oraciones han de ser nuevas, para cuyo efecto se ha introducido, y extendido tanto entre la gente de Corte el uso de las Horas. Pienso que ya se desdeñan de tener el Rosario en la mano, y de rezar la sacratísima oración del Padre nuestro, y la Salutación Angélica; como si todos los hombres, ni aún todos los Ángeles fuesen capaces de hacer oración alguna, que igualase a aquella que el Redentor mismo nos enseñó, como la más útil de todas. Los libros espirituales han de ser nuevos; y ya las incomparables obras de aquellos grandes Maestros de espíritu de los tiempos pasados, son despreciados como trastos viejos. En los ejercicios espirituales cada día hay novedades,

no solo atemperadas a la necesidad de los penitentes, más también tal vez al genio de los directores. Los Santos de devoción tampoco han de ser de los antiguos. Apenas hay quien en sus necesidades invoque a San Pedro, ni a S. Pablo, u otro alguno de los Apóstoles, si no es que el Lugar, o Parroquia donde se vive le tenga por Tutelar suyo. Pues en verdad que por lo menos tanto pueden con Dios, como cuantos Santos fueron canonizados de tres, o cuatro siglos a esta parte. Es verdad que el gloriosísimo S. José, aunque tan antiguo es exceptuado; pero esto depende de que aunque es antiguo en cuanto al tiempo en que vivió, es nuevo en cuanto al culto. Conque sólo la devoción de María está exenta de las novedades de la moda.

23. En nada parece que es tan irracional la moda, o la [178] mudanza de moda, como en materias de virtud. Las demás cosas, como ordenadas a nuestro deleite, no siguen otra regla que la misma irregularidad de nuestro antojo; y así, variándose el apetito, es preciso se varíe el objeto; pero como la virtud debe ser, y es al gusto de Dios (sino no fuera virtud), y Dios no padece mudanza alguna en el gusto, tampoco debiera haberla en parte del obsequio.

24. No obstante yo soy de tan diferente sentir, que antes juzgo que en nada es tan útil la mudanza de moda (o llamémosla con voz más propia, y más decorosa, modo), que en las cosas pertenecientes a la vida espiritual. Esta variedad se hizo como precisa en suposición de nuestra complexión viciosa. La devoción es tediosa, y desabrida a nuestra naturaleza. Por tanto, como al enfermo que tiene el gusto estragado, aunque se la haya de ministrar la misma especie de manjar, se debe variar el condimento; asimismo la depravación de nuestro apetito pide que las cosas espirituales, salvando siempre la substancia, se nos guisen con alguna diferencia en el modo.

25. Esta consideración autoriza, como útiles, los nuevos libros espirituales que salen a luz, como sean nuevos en cuanto al estilo. No hay que pensar que algún Autor moderno nos ha de mostrar algún camino del Cielo distinto de aquel, cuyo itinerario nos pusieron por extenso los Santos Padres, y los hombres sabios de los pasados siglos. Pero reformar el estilo anticuado, que ya no podemos leer sin desabrimiento, es quitar a ese camino parte de las

asperezas que tiene; y el que supiere proponer las antiguas doctrinas con dulces, gratas, y suaves voces, se puede decir que templa la aspereza de la senda con la amenidad de estilo.

26. No sólo en esta materia, en todas las demás la razón de la utilidad deber ser la regla de la moda. No apruebo aquellos genios tan parciales de los pasados siglos, que siempre se ponen de parte de las antiguallas. En todas las cosas el medio es el punto central de la razón. Tan contra [179] ella, y acaso más, es aborrecer todas las modas, que abrazarlas todas. Recíbase la que fuere útil, y honesta. Condénese la que no trajere otra recomendación que la novedad. ¿A qué propósito (pongo por ejemplo) traernos a la memoria con dolor los antiguos bigotes españoles, como si hubiéramos perdido tres, o cuatro Provincias en dejar los mostachos? ¿Qué conexión tiene, ni con la honra, ni con la Religión, ni con la conveniencia el bigote al ojo, de quien no pueden acordarse sin dar un gran gemido algunos ancianos de este tiempo, como si estuviese pendiente toda nuestra fortuna de aquella deformidad?

27. Lo mismo digo de las golillas. Los Extranjeros tentaron a librar de tan molesta estrechez de vestido a los Españoles; y lo llevaron estos tan mal, como si al tiempo que les redimian el cuerpo de aquellas prisiones, les pusiesen el alma en cadenas.

28. Lo que es sumamente reprensible, es, que se haya introducido en los hombres el cuidado del afeite, propio hasta ahora privativamente de las mujeres. Oigo decir que ya los cortesanos tienen tocador, y pierden tanto tiempo en él como las Damas. ¡Oh escándalo! ¡Oh abominación! ¡Oh bajeza! Fatales somos los Españoles. De todos modos perdemos en el comercio con los Extranjeros; pero sobre todo en el tráfico de costumbres. Tomamos de ellos las malas, y dejamos las buenas. Todas sus enfermedades morales son contagiosas respecto de nosotros. ¡Oh si hubiese en la raya del Reino quien descaminase estos géneros vedados!

{(a) El estudioso afeite, y pulimento de los hombres, no sólo los hace ridículos, y contentibles, mas también sospechosos. De mi dictamen, las mujeres honestas deben huir su trato, o tratarlos por lo menos con suma cautela. Oigan a Ovidio, que entendía bien estas materias.

Sede vitate viros cultum, formamque professos
Quique suas ponunt in statione comas.}

29. He reservado corregir lo que pueden tener de vituperable en lo moral las modas de las mujeres para la siguiente [180] Carta, en cuya lectura toda Dama bien intencionada puede figurarse haber sido escrita para ella.

Declamación contra las modas escandalosas de las mujeres

En carta de Teófilo a Paulina

1. Si tú fueses, Paulina, una de aquellas mujeres, en quienes la corrupción del corazón inficiona la exterioridad, y que no por accidente, sino por designio hacen a los hombres todo el daño que son capaces de producir la hermosura, y el adorno; me abstendría de darte algún aviso sobre esta materia. Porque ¿qué podría yo decir, o hacer en ese caso para moverte? ¿Representarte el pernicioso influjo que tienen en el otro sexo las indecorosas licencias de tu atavío? Eso antes sería confirmarte en tu propósito: que a quien medita una empresa criminal, le inspira nuevos alientos para intentarla el que le da a conocer las fuerzas que tiene para conseguirla.

2. Mas debiendo yo contemplarte en muy diferente disposición, pues tu modo de vivir me persuade que sólo atiendes a conformarte al uso que corre, sin prevenir las consecuencias de ese uso; te las pondré delante, para que evites advertida el daño que ocasionas incauta.

3. Es la fábrica del hombre admirable; pero tan infeliz, que los propios materiales que componen su estructura, conspiran a su ruina. En lo natural, los cuatro Elementos puestos en continua lucha, no tocan a la retirada hasta que acaban con su vida. En lo moral no tiene potencia externa, o interna, exceptuando la razón sola, que no procure su caída. Las pasiones, que son las que le combaten inmediatamente, reciben armas de los sentidos, a quienes las ministran los objetos; y aún cuando faltan estas, se fabrican

otras sobre el modelo de aquellas en la oficina de la imaginación, que no por ser fingidas en cuanto a la existencia, dejan de ser reales en la actividad. [181]

4. Tan dentro de sí mismo tiene el hombre los riesgos, que una potencia tropieza en otra potencia. La imaginativa arma lazos a la concupiscible: la memoria a la irascible. Las especies de la parte superior son unas minas inversas, o puestas por arriba, que, como el oro fulminante, rompen hacia abajo, y encienden la inferior. Ésta, con el humo que exhala, ciega a la superior; y en llegando a la razón el humo, todo arde; o porque la razón ofuscada se deja caer en la hoguera.

5. Creerás que me he extraviado del asunto para hacer ostentación de mi elocuencia. No es así. Derechamente camino a él. Si te represento la alma de un hombre toda puesta en fuego, es porque te horrorice el estrago, que aún sin dar parte a tu advertencia, puede causar tu hermosura, ayudada de tu adorno. Pinto una nueva Troya, porque estoy hablando con una nueva Helena. ¡Oh cuántas veces, sin pensarlo, habrás sido ocasión de semejante ruina!

6. Considera que cuando pisas las calles públicas, no sólo de tus ojos, de todas tus facciones van saltando centellas, y que caminas por un sitio todo lleno de heno seco. No es mía esta última metáfora, sino de un gran Profeta (Isaías digo), el cual llama heno al Pueblo, añadiendo, que es heno marchito, y desecado. Poco antes había dicho que toda carne es heno. No era menester más explicación para darnos a entender en qué sentido, y hacia qué género de llama es el hombre un prontísimo combustible.

7. Todas las mujeres tienen obligación a ser modestas; pero mucho más las hermosas. Dióles Dios la hermosura con la pensión de templarla, de modo que no sea ofensiva. ¡Qué correspondencia tan villana al Criador, aprovecharse de sus dones para perderle las almas! La modestia es lustre, y juntamente correctivo de la hermosura, que le quita todo lo que tiene de nociva. Hácela más brillante, y juntamente más sana. Añádele luz, y le quita [182] fuego. Cuando a las hermosas las llaman soles, óiganlo como un recuerdo de que deben hacer lo que el Sol, retirarse de modo que no quemen. El mismo efecto que en el Sol la distancia, produce en las

mujeres la modestia.

8. ¡Oh que bien le está a una Dama aquella decorosa circunspección, que se concilia el cariño, teniendo a raya el atrevimiento! Gran ventaja ser respetada por el que la mira, no sólo con el semblante, mas también con el corazón. Éste es un privilegio particular del recato. A la señora más alta, en atención a su calidad, no se le atreven las acciones, ni las palabras. La soberanía de la modesta pone rienda aún a los pensamientos.

9. Considera dos hermosuras, la una desenvuelta, la otra recatada; y verás qué diferente impresión hacen en las almas una, y otra. Aquélla entra por los ojos traveseando como loca, o como niña; esta mandando como señora. Aquélla la van recibiendo sucesivamente las potencias cuando más con agrado; a esta con agrado, y con respeto. En llegando al corazón, ves aquí que aquella se halla situada de una turba de villanos afectos; esta cortejada de bien nacidas atenciones: llámalo simpatía, que tiene la modestia de la mujer con los más nobles afectos del hombre, o como quisieres, ello así sucede.

10. Quiero apretar más la persuasión. Contempla que cuando alguno te mira, saca con los ojos una copia tuya, que al momento va a depositarse en lo interior de la alma. ¿Cómo quieres que la trate? ¿Con ignominia, o con veneración? ¿Que allá dentro de la aje un torpe, y brutal apetito, o la lisonjee un noble respeto? ¿Que la coloque en el lupanar, o en el trono? Todo esto depende de tí misma. Compón el original de modo que salga respetable la copia; pues la que forman los ojos, y las que sacan por esta las potencias internas, no pueden menos de salir tan parecidas al original, que se equivoca la semejanza con la identidad. Es tu imagen la que padece el ultraje, si el otro es grosero: ya lo veo; no tú misma. Pero yo sé que aquella Diosa, que se veneraba en Cnido, si fuese [183] verdadera Diosa, castigaría como un horrendo sacrilegio el insulto de aquel lascivo joven, que manchó su estatua en el Templo. Más parentesco tienen con el original las imágenes mentales, que las que se forman en mármoles, o en bronces.

11. Opondráseme acaso que quiero hacer muy melindrosa la vanidad de las Damas; y yo te responderé que en esta materia no tiene inconveniente el exceso del melindre. ¡Ojalá toda la

delicadeza del sexo se convirtiese hacia esta parte! Más altos motivos deben componer tu exterior: ya te los he propuesto. Mas si estos no te movieren, hágante fuerza tus propios respetos. Paulina, yo no te digo que seas vana; mas si hubieres de serlo, haz vanidad de ser amada, y respetada juntamente, y no de ser solamente amada.

12. ¡Mas ay, Paulina, que yo te exhorto a que embotes las armas de la hermosura, cuando debía contentarme conque no las afilases! Estás muy distante de aquel severo recato adonde te encamino. No es tiempo aún de persuadirte que apagues la llama, sino que no la soples. Ese prolijo cuidado del aliño, ¿qué otra cosa es que un afán continuado por esforzar la belleza? Como si ella por sí misma no pudiese causar bastante daño, la confeccionas con el veneno del adorno. ¡Oh cuánta atención, y tiempo te lleva este cuidado! Tantas veces te compones al día, cuantas es preciso salir en público; y antes dejarás en casa un sentido, o una potencia del alma, que un dije de la moda. ¿Sabes para quién trabajas? ¿Sabes quién se interesa en ese estudioso desvelo? Quisiera callártelo, y no puedo. Tu mayor enemigo. El Demonio es quien debe pagarte el jornal de las horas que cada día gastas en tu aderezo.

13. No pienso que todo lo que entra en esa composición artificiosa, aumente tu atractivo; antes creo que en parte lo disminuye. Pero a vueltas de lo que tiene la moda de inútil, y aún de fastidioso, que a tí te sirve de peso, sin redituar a los ojos el menor halago, envuelve algunas [184] menudencias, donde se halla cierta representación confusa, relativa a los preludios de la torpeza, y que anima sus imágenes en los que están ya grabados de aquellas impresiones. Explícome lo preciso para instruirte con el concepto, sin ofender con las voces tu decoro.

14. Yo me holgara de poder ceñirme a expresiones tan abstractas en lo que resta, pero no es posible; o en caso de ser posible, no es conveniente. Es preciso combatir a fuerza descubierta la circunstancia más pestífera de la moda. ¿Sabes de cuál hablo? De esa indecente desnudez de pechos, de que haceis gala las nobles, siendo oprobio aún en las villanas. Pero mal la llamo moda: pues esta corrupción, en más, o en menos grados, es de todos tiempos: señal de que tiene motivo general, y constante, que siempre

subsiste, el cual no puede ser otro que la lisonja del apetito. Solo este uso tiene esa indecencia. Para todo lo demás es inútil. Hácese apreciable a la lascivia, sin añadir valor a la hermosura. Habla en un lenguaje tan torpe a los ojos, que sólo sirve de reclamo a impuros deseos. Tanto ruido hace en la imaginación, que despierta a la concupiscencia dormida. No tienen las inmundas rameras atractivo más fuerte, y es muy propio de rameras. En sus traidores halagos está afianzada la mayor parte de sus criminales conquistas. Aparta, pues, Paulina, si no quieres hacerte cómplice en innumerables delitos: aparta esos dos estorbos de la continencia, esos dos tropiezos de la vista, esos dos escollos del alma. Ya advertida del daño que ocasionas, desde la hora en que lees este escrito, empieza a imputársete como voluntaria.

15. Dirásme acaso, y aún muchos hombres te lo dirán a tí, que no es nuestro sexo tan delicado: que yo me finjo los hombres muy de vidrio: que ellos se experimentan a sí mismos de constitución más robusta, y miran con indiferencia, cuando más con curiosidad, lo que yo aseguro no puede verse sin riesgo: que habrá a la verdad uno, u otro tan combustible, que le encienda el humo; tan resbaladizo, que caiga en tierra llana; pero que no deben [185] establecerse reglas sobre la particularidad de uno, u otro individuo.

16. Mas yo te certifico, Paulina, que esos hombres, que se te pintan tan valientes, esos son los más flacos. ¿Por qué te parece que blasonan de invencibles? Por ocultar que son vencidos. De intento buscan el daño, cuando se meten en el riesgo; y fingen que para ellos no hay riesgo, para esconder que padecen el daño. Esos, que por los ojos beben, como agua, la maldad, no ignoran que es veneno lo que beben; y te quieren persuadir que sólo beben agua. Quiero decir, que cuando te registran con la más delincuente intención, procuran hacer creer que sólo te miran por simple curiosidad.

17. ¡Oh, no te dejes sorprender de tan trivial cautela! Los penitentes, los mortificados apartan los ojos de esos objetos, conociendo el riesgo; ¿y los que no hacen la menor diligencia por quebrantar la fuerza de las pasiones, ignoran el peligro? Sería esto lo mismo que suponer corruptibles los cuerpos celestes, e incorruptibles los sublunares. ¿Por qué tantos celosos Misioneros declaman fevorosamente contra ese abuso en el Púlpito, sino porque

palpan sus funestas consecuencias en el Confesionario? Mas si todo esto, Paulina, no te hace fuerza, óyeme el suceso que voy a referirte.

18. Cometió Frine, Dama hermosísima de Atenas, que floreció cerca de los tiempos del grande Alejandro, un delito que merecía pena capital; y siendo acusada ante los Jueces del Areópago, compareció a ser juzgada en aquel severo Tribunal. Hizo oficio de Abogado suyo Hipérides, Orador famoso de aquella edad, el cual jugó con exquisito primor todas las piezas de la Retórica, para lograr la absolución de Frine. Mas como el hecho fuese constante, y el delito gravísimo (algunos capitulan de impiedad), todos los Jueces permanecieron inexorables, mostrando el ceño del rostro la severidad del dictamen. Advertido esto por Hipérides, que era no menos sagaz que facundo, cuando ya veía inútil toda su elocuencia, [186] apeló a otra elocuencia más eficaz. Acercóse intrépido a la bella acusada, y rasgando prontamente la parte anterior de su vestido desde el cuello a la cintura, puso patentes aquellos escándalos de nieve a los ojos de todo el concurso. No como si vieran la cabeza de Medusa, se convirtieron aquellos Senadores de hombres en estatuas; antes de la rigidez de estatuas pasaron a la sensibilidad de hombres. Viéronse al punto mudados sus semblantes, porque se mudaron sus ánimos; y los ojos, en cuya aireada majestad se veía poco antes escrita con anticipación la sentencia de muerte, o ya lascivos, o ya piadosos, dieron a leer la absolución. En fin, llegado a prestar los sufragios, todos los votos salieron a favor de Frine. Aunque tan delincuente como había entrado, salió absuelta como inocente; y los Jueces, que habían entrado inocentes, todos salieron culpados.

19. Mira, Paulina, en este suceso la perniciosa influencia de esa desnudez, que ostentas como gala. Y para que la comprendas mejor, has de saber, que fue el Areópago estimado por el Tribunal más incorrupto que tuvo la antigüedad: que se jactaba de haber terminado las diferencias de sus propios Dioses: que la seriedad de aquellos Jueces llegaba al extremo de tratar como reo a cualquiera que se reía en su presencia: que su gravedad subía al punto de una desabrida melancolía; y así en Grecia era modo de decir antonomástico, para ponderar a un hombre muy melancólico: *Es más triste que un Aeropagita*; y en fin, que se componía aquel

Tribunal de gran número de Senadores. El Autor, que menos cuenta, señala treinta y uno. Pues ves, todos estos varones tristes, severos, venerables, a todos, sin dejar uno solo, corrompió aquella lasciva desenvoltura. Vé ahora, y cree a esos jóvenes, que te dicen que no los excita dentro del alma el menor tumulto el mismo objeto. Créeles que la fuerza que rompe los bronces, deja intactos los vidrios. Créeles que el fuego que derrite los mármoles, no quema las aristas.

20. ¡Oh Paulina, no incurra ya más en el delito de incendiaria pública tu belleza! Vendrá tiempo, en que de [187] fuego no te quede mas que la ceniza, y el dolor del daño que ha causado. Corrige la mal fundada vanidad, que te da un resplandor tan fugitivo. Como humo se ha de tratar, y no como llama, una llama que tan presto se desvanece en el humo. No pasa por tí un momento, que no te robe alguna porción del atractivo. Adelántate con la consideración a aquel término, adonde aún no llegó tu edad. Las hermosas que viven mucho, padecen dos muertes, una en que expira la vida, otra en que muere la belleza; y no sé cual de las dos es más dolorosa. ¡Oh qué carga tan pesada es para una mujer anciana llevar siempre sobre sus hombros el cadáver de su propia hermosura! Esto es con propiedad en aquel tiempo su rostro. En él contemplan que llevan um motivo para ser vilipendiadas, como un tiempo lo fue para ser atendidas. Lo mismo es en su aprensión parecer en público, que ponerse a la vergüenza; y aquella triste comparación de lo que va de ayer a hoy, es una espina, que tienen siempre atravesada en el alma.

21. Esto sucede a las que emplearon sus floridos años en captar las adoraciones de los hombres. No así las que desde entonces pensaron sólo en agradar a Dios. Éstas saben que no las abandona en la vejez aquel cuyo amor se conciliaron en la juventud. Miran con indiferencia los desvíos del mundo, porque no se sienten los desprecios de quien se desprecian los aplausos.

22. Trata, pues, Paulina de enamorar a aquel galán, que no te ha de volver las espaldas al verte con arrugas: a aquel que para quererte te ha de mirar el corazón, y no a la cara: a aquel que te dió esa misma hermosura, conque triunfas, y te puede dar otra mucho mayor, y más durable: a aquel que no sólo excede a todos en

lealtad, y constancia, mas también en hermosura. Y con esto a Dios, que te guarde.

Discurso séptimo

Senectud moral del género humano

§. I

1. Del mismo modo, y con la misma frecuencia que se dice que el Mundo con el discurso del tiempo se deterioró en lo físico, se asegura que el hombre, tomado en común, se estragó en lo moral. Celébranse los tiempos antiguos, y se abomina el presente. Dícese que entonces reinaba la virtud, ahora el vicio: que la justicia, la verdad, la continencia, la moderación hicieron su papel en otros siglos; en cuyo lugar sucedieron al teatro del Mundo; ahora impugnaremos el error (que no es menos vulgar) de la Senectud Moral del género humano. Dámosle este nombre, por la analogía que tiene el estrago que puede hacer el tiempo en las almas con el que hace en los cuerpos.

2. Quisiera que se me dijera qué siglos felices fueron esos en que reinaron las virtudes. Búscolos en las Historias, y no los encuentro. Tan semejante me parece el hombre de hoy al de ayer, que no le distingo. No bien se perdió el estado de la inocencia, cuando se vió en su mayor altura la malicia. ¿Qué alevosía mas feamente circunstanciada que la de Caín con Abel? No menos entre los hombres, que entre los Ángeles, se observa gigante [189] el vicio desde su propio nacimiento.

3. Como se fueron multiplicando los hombres, se fueron multiplicando los vicios. Al paso que iba el hombre poblando la tierra, la iba desolando la culpa. ¿Cuándo se vió de tan feo

semblante el Mundo como en aquel desdichado siglo, en que exceptuando una familia corta, tantos eran en la especie humana los delincuentes, como los individuos? Estaba el Orbe recién engendrado; y ya todo corrompido. Todo era un abismo cubierto de nuevas tinieblas, nuevos caos, más horrible que el que había desviado la mano Omnipotente. No sólo no había hombre que no fuese reo; no producía el alma pensamiento que no fuese nueva culpa: que a este extremo de ponderación llega el Escritor Sagrado. Tan despótico dominaba el vicio, que no consentía, aún como peregrina, la virtud.

4. Vengó Dios sus agravios con el diluvio universal: que para ahogar una ofensa sin límites, era preciso echar sobre ella un Océano sin márgenes. Volvió a propagarse en la fecundidad de una familia la desolada prosapia; y no bien se vió en bastante número, cuando conspiró acorde en un ambiciosa osadía. ¿Quién creerá, que estando tan cerca el castigo, estuviese tan lejos el escarmiento? Debajo del Imperio de Nemrod emprendió todo el linaje humano la construcción de la Torre de Babel, en que algunos Padres, y Expositores quieren que hubiese intervenido aún el mismo Noé con sus hijos, bien que con diferente motivo que los demás, y acaso para impedir mayores daños. Atajó Dios el soberbio intento, y se esparcieron los hombres por el Mundo.

5. Fundóse entonces la Monarquía de Babilonia sobre la usurpación de Nemrod, hombre sagaz, y robusto. Éste fue el mayor robo que se vió jamás. Un hombre solo despojó a todos los demás de su libertad, haciendo sujetos a los que habían nacido iguales. La erección de este Imperio fue cimiento de la Idolatría, conviniéndose los mortales, después de difunto Nemrod, en adorarle como Deidad; si ya en vida el Tirano no se había hecho [190] prestar culto sacrílego, como es bien creíble. Muchos Autores cargan esta culpa sobre su hijo Nino; pero esto es tan incierto, que aún se duda que Nino fuese hijo de Nemrod. Tan obscura es la Historia de aquel tiempo, que algunos graves Escritores suponen a Nino posterior mil años a aquel primer Tirano. Lo que parece cierto es, que, o viviendo Nemrod, o muy próximamente a su muerte, empezó la Idolatría; pues cuando Abraham vino al Mundo, que no fue mucho después, halló ya la superstición muy radicada. Aún el padre, y abuelo de

Abraham se cree que fueron idólatras. Del padre lo afirma expresamente la Escritura al cap. de Josué. San Epifanio, y Suidas, a Sarug, bisabuelo de Abraham, hacen inventor de los simulacros gentílicos.

{(a) Donde decimos, que se cree que el padre, y abuelo de Abraham fueron Gentiles, se debe notar, que del padre lo dice expresamente la Escritura al cap. 24. de Josué, v. 2. En el mismo lugar dice que Nachor fue también idólatra. Llamábase así el abuelo de Abraham. Pero como este Patriarca tuvo un hermano del mismo nombre del abuelo, y no se expresa allí de cuál de los dos se habla; no podemos afirmar la idolatría del abuelo de Abraham con la certeza que la del padre.}

6. Pregunto ahora: ¿Cuándo se vió tan perversa generación como la de aquel siglo? Estaba reciente el tremendo castigo del diluvio. Vivían aun Noé, y sus hijos, testigos de la tragedia, que no dejarían de renovarla a la memoria; y sin eso, en los vestigios frescos del estrago veían la sangre del azote. Con tan horrible espectáculo a la vista, vuelven la cara al Ídolo, y a Dios la espalda. Según los Autores que hacen a Nino hijo de Nemrod, esta prevaricación fue muy universal; porque entre Nino, y Zoroastro parece estaba entonces dividido el Imperio del Mundo, y entrambos fueron idólatras. Más probable es que estos dos Príncipes fueron muy posteriores. De todos modos consta que en tiempo de Abraham estaba ya muy extendida la Idolatría.

7. A la sombra de esta ceguera crecieron en breve [191] tiempo los demás vicios a una estatura disforme; de que dan testimonio claro las abominaciones de Sodoma, y de las otras cuatro Ciudades de la desdichada Pentápolis, que fueron reducidas a cenizas. No sólo en las Naciones cultas, aún en los Países más bárbaros no se hallan hoy hombres más distantes de ser racionales que aquellos.

§. II

8. Desde aquella remota antigüedad, hasta la guerra de Troya, en los Escritores profanos apenas se hallan sino fábulas; pero las fábulas mismas declaran la verdad que vamos probando.

Exceptuando la poca tierra que pisaba el Pueblo de Israel, todo lo demás estaba dominado de la Idolatría; y se conoce cuáles serían los hombres, cuando suponían delincuentes las mismas Deidades. Adúlteros a Júpiter, Marte, y Venus; ladrón a Mercurio; lascivos a Pan, y Apolo: generalmente enredados unos con otros en discordias, y engaños. Si se proponían en sus Dioses tales dechados, ¿quién no miraría con amor los vicios?

9. Pero siguiendo el hilo de la Historia Sagrada, que es la única que ha quedado verdadera de aquellos tiempos, a vueltas de ilustres ejemplos, no hay generación donde no se tropiece en los horribles escándalos. Enorme incesto de las hijas de Lot, la implacable ojeriza de Esaú con su hermano Jacob, la atroz perfidia de Simeón, y Leví con los habitadores de Sichén, la conspiración de los envidiosos hermanos contra el inocente José, que se sucedieron en breve tiempo, con la circunstancia de ser cometidos todos estos insultos dentro de una familia, donde Dios estaba lloviendo bendiciones, no sé que con esta circunstancia tengan paralelo en nuestros siglos.

10. De la descendencia de los hijos de Jacob, durante el cautiverio de Egipto, nada oímos sino el ruido de las cadenas, y el clamor de los gemidos, que sólo nos dicen que los amos eran tiranos, sin declararnos cuáles eran los siervos; pero no bien salieron de la esclavitud [192] a fuerza de maravillas, cuando los vemos ingratos, rebeldes, contumaces, idólatras. Jamás alguna gente con más torpeza abusó de las divinas piedades. Ocupada ya la Tierra de Promisión, en el interregno que sucedió a la muerte de Josué, entre los enemigos del Pueblo de Israel se presenta la bárbara crueldad de Adonibezec, Rey de Jerusalén, que tenía debajo de su mesa setenta Reyezuelos, cortadas las extremidades de manos, y pies. ¿Cuál Príncipe, o Tirano de la Asia usa de violencia tan extraña en los tiempos de ahora con los prisioneros de guerra? Luego vemos a los Israelitas mezclados en matrimonios, y en ritos con los Cananeos, Jebuseos, y Fereceos, dando inciensos a los Ídolos Baal, y Astarot. Castígalos Dios con nuevas servidumbres por espacio de ciento y diez años, debajo de diferentes Reyes, y en diferentes Reinos. Líbralos después de la de Madian por mano de Gedeón; y muerto Gedeón, vuelven a dar sacrificios a Baal, habiendo servido de preludio a la apostasía la detestable crueldad

de Abimelech, hijo de Gedeón, que por ocupar el Reino mató setenta hermanos suyos. Véase si la política de los Emperadores Mahometanos tiene ejemplares bien antiguos, juntando con este el de Artajerjes Ocho, Rey de los Persas, que degolló por el mismo motivo aún mayor número de hermanos, y parientes. Dos veces a fuerza de azotes, se levantaron de la Idolatría, y otras dos veces volvieron a caer en ella; siendo castigo de la última la dominación Filistea, en cuyo tiempo vino Sansón al Mundo, y su mujer Dalila un grande ejemplo de mujeres pérfidas.

11. Sucedió en la Judicatura a Sansón el Pontífice Helí, perjudicial a Israel, porque en la tolerancia de los feos escándalos de sus hijos faltó a las dos obligaciones de Padre, y de Juez. El gobierno de Samuel, que duró veinte y un años, fue feliz; pero degenerando de tan buen padre sus dos hijos Joel, y Abias, con desprecio de las divinas amenazas, pidió el pueblo Rey, y fue ungido Saúl, que empezó bien, y acabó mal. Mordido del áspid de la [193] envidia, no pudo tolerar la dicha de tener en David un vasallo excelente. Sucedióle este en la Corona; pero no impidieron sus grandes virtudes que en su propia casa, y familia se viesen grandes desórdenes. Tres hijos suyos, Ammón, Absalón, y Adonías, el primero incestuoso con violencia, el segundo traidor, y fratricida, el tercero sedicioso, turbaron la República, y dieron mala vejez a su santo padre. El grande séquito que tuvo en su conspiración Absalón, muestra cuánto abundaba entonces de hombres perversos Israel. Subió al Trono Salomón, que primero edificó en Jerusalén el Templo, y después arruinó en su corazón el culto. No hubo después acá Príncipe en sus principios tan ingrato, porque no hubo Príncipe en sus principios tan feliz. Colmado de beneficios, correspondió a Dios con torpezas, y sacrilegios.

12. Dividióse, muerto Salomón, el Pueblo Hebreo en dos Coronas, Israel, y Juda. Introdújose en una, y otra la Idolatría. Diez y nueve Reyes, todos malos, la mantuvieron en el Reino de Israel, hasta que destruyó aquel Reino Salmanasar. En el de Judá, de veinte Reyes que tuvo, cinco solos buenos curaron, cuanto estuvo de su parte, al Pueblo de aquella genial demencia; pero luego padecía nueva recaída. A porfía parece que se competían en aquellos dos Reinos en la maldad de Reyes, y vasallos. Fue desolado primero el

de Israel por los Asirios, después el de Judá por los Caldeos.

13. Recobróse en parte aquella República. Gobernáronla Pontífices, y Capitanes, en que hubo de todo, como ahora; hasta que Aristóbulo, sucesor de Hircano en el Pontificado, tomó carácter, y nombre de Rey. Éste mató de hambre a su propia madre. Sucedióle su mujer Salomé, que todo lo gobernó a voluntad de los Fariseos, y a esta su hijo Hircano, a quien queriendo usurpar el Cetro su hermano menor Aristóbulo, ardió la Judea en guerras civiles; y este fue el tiempo en que se apoderaron de aquel Reino con las armas de Pompeyo los Romanos. Logró de su mano el Cetro de Palestina Herodes Ascalonita, [194] llamado el Grande, Príncipe alevoso, astuto, y cruel hasta el último extremo, que bañó toda la Judea de la sangre de inocentes, y su propio Palacio de la de su mujer, e hijos, víctimas todas de su política, o de su venganza. En su tiempo se levantó la secta de los Judíos llamados Herodianos, que creían ser Herodes el prometido Mesías. Y así estos, como los demás, conspiraron poco después en la muerte del verdadero Redentor: a que se siguió dentro de pocos años, en pena de su obstinación, la ruina de Jerusalén, y la dispersión de toda la gente Judaica.

14. He puesto por mayor delante de los ojos el proceder de aquel Pueblo desde su origen hasta su exterminación: de aquel Pueblo, que era el único depositario del verdadero culto: de aquel Pueblo, que debió a Dios tantos favores: de aquel Pueblo, teatro de sus maravillas: de aquel Pueblo, para cuya enseñanza, y aviso envió tantos Profetas. Cotéjese su obrar con el nuestro, aquellos siglos con los de ahora, y se verá si salimos muy mejorados. ¿Dónde, pues, está esa soñada rectitud de los siglos pasados?

§. III

15. Si en el que se llamaba Pueblo de Dios, y lo era, notamos tantos reveses, en que degeneraba de serlo; ¿qué esperanza puede haber de hallar la justicia, la inocencia, el candor en el resto de la tierra, inundado de la Idolatría? Era entonces la Religión verdadera una pequeña Isla en un anchísimo Océano de superstición; y si en la Isla encontramos tanta agua amarga, ¿qué será en el Mar?

16. Lo primero de que hablan las Historias profanas, que son verdaderamente historias, es la guerra de Troya, y la fundación de las cuatro famosas Monarquías. Todo lo que queda más allá, se mira a tan escasa luz, que apenas se distinguen los cuerpos de las sombras, las verdades de las fábulas.

17. Dieron ocasión a la guerra de Troya el galanteo de un joven licencioso, y la condescendencia de una mujer [195] fácil. Éstas son las virtudes que brillan en aquel siglo. Ya antes había sido robada Helena por Teseo; porque en aquella belleza tan celebrada de la antigüedad veamos en dos torpes raptos dos lunares feísimos. Conducida a Troya la hermosa Griega, llevó consigo juntas las gracias de Venus, y las furias de Marte. Batallóse con crueldad por diez años; y lo que no pudo la fuerza, acabaron la traición, y la maña; pues dejando la invención de Caballo de madera por la fábula, algunos Autores antiguos dicen que Antenor, y Eneas, infieles a su Patria, abrieron a los Griegos la puerta. Más probable es la introducción del astuto Sinón en la Plaza, cuyos bien trazados embustes caracterizan, según el gran Poeta, a los demás Griegos de aquel siglo.

Accipe nunc Danaun insidias, & criminale ab uno
Disce omnes.

§. IV

18. Fueron instrumentos para la fundación de las cuatro Monarquías aquellos vicios que hoy tanto abominamos, la violencia, la ambición, el engaño. Justino dice que antes había Reyes elegidos por la prerrogativa de la virtud, que gobernaban con equidad, ejercitándose en defender sus Pueblos, sin inquietar jamás a los vecinos, hasta que Nino rompió los límites de la Justicia, y del Imperio, metiéndose a conquistador. Pero esta noticia, sobre ser confusa, y vaga, tiene contrs sí la implicación de que aquellos antiguos Príncipes ejerciesen la defensa donde no había agresión.

19. La fundación de la Monarquía de los Asirios, la más antigua de todas, es muy obscura. Unos la atribuyen a Nemrod, otros a Nino; y a este unos le hacen hijo de Nemrod, otros posterior muchos

siglos. De Semíramis, que sucedió a Nimo en el Imperio, hay la misma duda. Algunos Autores señalan dos Semíramis, posterior la una a la otra quinientos años. En una cosa solo se convienen, que es, en que estos tres Personajes fueron [196] tres grandes usurpadores. Nemrod estableció su Principado sin otro derecho que la violencia. Nino le amplificó sin otra justicia que una ambición desordenada. Semíramis, que se supone mujer de Nino, extendió en su viudez mucho más las conquistas: mujer de grandes ánimos, y talentos, pero de iguales vicios; pues demás de una ambición sin límites, se le atribuyen torpezas, y crueldades. Diodoro Sículo refiere, que a los galanes con quienes manchaba el lecho, quitaba luego la vida por no aventurar el secreto. Otros muchos dicen que quiso ser torpe con su propio hijo Ninias, y que esta inverecunda declaración irritó de modo al hijo, que quitó la vida a la madre.

20. La Monarquía de los Medos se fabricó sobre la rebelión de estos contra los Asirios, de quienes eran vasallos. Y Ciro, celebrado por gran Príncipe por los méritos de grande usurpador, transfirió después el Imperio a los Persas.

21. En la sucesión de esta Monarquía empieza la Historia, que hasta aquí estuvo muy balbuciente, a hablar con alguna claridad; pero sólo para representarnos robos, engaños, y tiranías.

22. Cambises, hijo de Ciro, fue tan ambicioso como su padre, pues conquistó a Egipto; y probablemente hubiera hecho lo mismo con toda la costa de África, si en aquellos vastos arenales, movidos del viento, no se hubiera sepultado vivo todo su Ejército. Fue breve su reinado, y sucedióle un Mago (llamaban así los Persas a sus Sacerdotes, y Filósofos), que con extraña astucia fingió ser un germano de Cambises; a quien este había quitado la vida. Descubierto el engaño, y muerto el Tirano, habiéndose convenido entre los principales Señores del Reino, que aquel se entregase el Cetro, cuyo caballo relinchase el primero en puesto determinado al salir el Sol, el extremado ardid de un criado de Darío, que en el sitio designado juntó el caballo a una yegua la noche antecedente, hizo que el caballo relinchase al punto que volvió [197] al mismo sitio; y de esta suerte hizo Rey a su amo. Sucedió a Darío su hijo Jerjes, famoso sólo por haber echado un Puente en el estrecho de Gallipoli, y por la derrota que a su inmenso Ejército dieron las Griegos en

Salamina. Fue muerto alevosamente por el traidor Artabano, Capitán de sus Guardias, quien luego ejecutó otra horrenda perfidia, persuadiendo a Artajerjes, hijo, y sucesor del muerto, que su hermano Darío había sido homicida de su padre, y así fue degollado este inocente; aunque no tardó mucho en ser descubierto, y castigado el delincuente verdadero. Este Artajerjes (a quien llamaron *Longimano*) floreció en tiempo de Esdras: fue buen Príncipe, y restableció en su libertad, y República a los Judíos. Jerjes segundo le sucedió, que dentro de un año fue asesinado por su hermano Secundiano. Ascendió este, haciendo escalón del cadáver de su hermano, al Trono; pero no le sobrevivió más de siete meses. Creo que le mató otro hermano suyo bastardo (Darío Ocho), que le sucedió en el Reino. Siguióse a este Artajerjes Segundo: hubo ruidosas discordias entre Parisatis su madre, y Estatira su esposa; y la primera, que era mujer cruelísima, ocultamente hizo matar a la segunda. Tuvo Artajerjes tres hijos legítimos, y ciento y doce bastardos. Fecundidad prodigiosa pero infeliz; porque Darío, uno de los legítimos, conspirando con cincuenta de los bastardos, quiso quitar la vida a su padre. El motivo (tan torpe como el intento) fue no haber querido alargar a su concupiscencia a su concubina Aspasia. El castigo pasó las márgenes de lo justo, porque no sólo se quitó la vida a los delincuentes, mas también a sus hijos, y mujeres. No paró aquí la calamidad de la dilatada familia de Artajerjes. Su hijo Artajerjes tercero, llamado Ocho, extinguió toda la que restaba, por precaver el riesgo de otra conspiración. Quinto Curcio dice que fueron ochenta hermanos los que mató esta fiera, aunque no sale bien la cuenta con el número de arriba. El Eunuco Bagoas, poderosísimo en el Reino, le quitó la vida con veneno, y juntamente a dos [198] de sus hijos; y al tercero, que era Arses, colocó en el Trono. A este emponzoñó también el fiero Eunuco, y dió la Corona a Darío Codomano, hijo de un hermano de Ocho. No tardó mucho Bagoas en preparar la ponzoña para Darío; pero sorprendido en el designio, fue compelido a beberla. Entró en este tiempo Alejandro en la Asia, derrotó a Darío, y después alevosamente le quitó la vida Beso, vasallo suyo. Este fin tuvo aquel florentísimo Imperio, en cuya descripción no hemos visto sino crueldades, engaños y perfidias.

23. Muerto Alejandro, y divididas las conquistas entre sus

Capitanes, estuvo ardiendo toda la Asia en guerras por el furioso conato de quitarse unos a otros sus porciones, en cuya contienda, prevaleciendo Seluco Nicanor, y agregando muchas Provincias del Oriente, dió principio a los Reyes, y Reinado de Siria, que duraron hasta que se echaron sobre todos los Romanos. Generalmente podemos decir de todos los Príncipes que dominaron la Asia en aquellos retirados siglos, que el más bueno era el que no tenía otra cosa de malo, que la ansia de usurpar todo lo que podía a sus vecinos. En los particulares no nos demuestran más bondad las Historias. De Asclepiadoro, hombre sabio de Alejandría, se refiere que habiendo pasado la Siria para enterarse de las costumbres de sus habitadores, dijo después que en toda aquella vasta Región no había hallado sino tres hombres, que vivían con algo de moderación.

§. V

24. La Grecia, que hace representación muy singular en la Historia antigua, así como nos ha dejado más noticia de sus sucesos, también la dejó de sus insultos. Fue más inexcusable en ella la corrupción de costumbres, por estar acompañada de la cultura de las letras. La ficción, y el engaño era el carácter propio del genio Griego: *Dolis instructus, & arte Pelasga*. ¡Qué ardimiento tan desenfrenado en los de aquella Región, por [199] dominarse unos a otros! Fue tanto, que en Atenas dió motivo a la ley del Ostracismo, cuyo asunto era desterrar por diez años a cualquiera Ciudadano que sobresaliese en riquezas, o en estimación, y aun en virtud, de miedo de que cualquiera de estas ventajas le inspirase el aliento, y facilitase la ejecución de tiranizar aquella República. De donde se puede colegir, que aquellos mismos en quien se veneraban una virtud excelente, no la tenían ni aún mediana, pues esta bastaría para reprimir la ambición, y alejar el miedo de la tiranía. La más fea obscenidad era tan transcendente en la Grecia, que se ejercitaba sin pena, y aun sin infamia. Aun muchachos ilustres se sujetaron sin vergüenza a este oprobio, y no faltaron Filósofos que le autorizaron con su patrocinio.

§. VI

25. Vamos, en fin, a los Romanos, cuya gloria, aunque extinguida ha tantos siglos, tan firme, y brillante imagen estampó en la mente de los hombres, que aun hoy tira gajes de ídolo el simulacro.

26. Los Romanos, por más que los celebren las plumas de tantos Escritores, no fueron otra cosa que unos ladrones públicos de todo el género humano: una República enteramente corrompida por los tres vicios, codicia, lujuria, y ambición; pues como advirtió S. Agustín, nunca llegará a dominarlos tanto la ambición, si antes no los hubieran pervertido la lujuria, y la codicia: *Minime autem praevaleret ambitio, nisi in populo avaritia, luxuriaque corrupto* {(a) *De Civit. lib. 1. cap. 31*}. Contra todo derecho robaron a innumerables Naciones sus riquezas, y entre ellas la preciosa alhaja de la libertad.

27. Aquí no puedo menos de encenderme contra tantos espíritus superficiales, que mirando con abominación los robos pequeños, aplauden con admiración los hurtos grandes. Tienen por un ruin, y digno de horca al que roba [200] a otro hombre cien escudos, pero por glorioso, y merecedor de estatuas al que roba a un Reino el valor de cien millones. El ladrón que mata al caminante para robarle, se lleva tras de sí el odio público; pero el que por usurpar dos, o tres provincias mata los hombres a millares, es celebrado por el clarín de la fama. Discreta, y animosamente aquel Pirata, reconvenido por Alejandro le respondió: Yo soy llamado Pirata, y delincuente, porque en un pequeño Bajel robo a uno, o a otro caminante; si infestara los mares con una grande armada, sería celebrado como un conquistador glorioso. Bien conoció Alejandro que a su corazón se disparaba aquella saeta; pero perdonó la osadía por la magnanimidad; mas este asunto le tratamos de intento en otra parte.

28. Para dar más clara idea de los vicios de la gente Romana, tomaremos las cosas desde su origen, y fijaremos el principio en el Rey Procas; pues de los Reyes antecesores desde el Rey Latino, sólo quedaron los nombres; y cuanto se cuenta del Rey Latino, y de sus guerras, y alianza con Eneas, es muy dudoso, respecto de que muchos, y graves Autores aseguran que Eneas nunca vino a Italia. De dos hijos que dejó Procas, Numitor, y Amulio, este, que era el

segundo, usurpó la Corona al primero, matando un hijo varón que tenía, y haciendo Virgen Vestal a Rea Silvia su hija, por quitarle toda sucesión; pero esta la diligenció con una furtiva torpeza, de que salieron los dos hermanos gemelos Rómulo, y Remo. Mataron los dos al Tirano Amulio, restituyendo el Cetro a su abuelo Numitor, y después Rómulo mató a Remo, por reinar sin competencia. Fundó el Príncipe Fratricida a Roma; y para poblarla, haciendo concurrir, con la artificiosa ostentación de unas grandes fiestas, los Pueblos comarcanos, robaron los Romanos todas las doncellas Sabinas, porque empezase con raptos aquella Ciudad que se había de engrandecer con robos. Fue Rómulo un gran Político; pero al fin los Senadores, que él mismo había establecido, cansados de su imperio, le mataron, haciendo [201] creer al Pueblo que había sido arrebatado al Cielo para Deidad. Sucedióle por elección Numa Pompilio, astuto Político debajo del velo de hombre religioso, que mitigó a aquel Pueblo la ferocidad con la superstición, llamándole de ritos, y haciendo obedecer ciegamente todos sus decretos, porque supo persuadirle que eran dictados por la Diosa, o Ninfa Egeria, con quien tenía extáticos comercios; y así pasó por un Santo un solemne embustero. Sucedióle Tulio Hostilio, hombre feroz, y guerrero, que con el derecho de las armas añadió a Roma muchas tierras, enriqueciéndola especialmente con los despojos de Alba que redujo a cenizas. Anco Marcio, cuarto Rey, fue más justo, porque guerreó provocado, si se puede llamar provocación pedir las Potencias vecinas lo que su antecesor inicuamente les había usurpado. Al fin, en la corrupción de aquellos tiempos el usurpar era gloria, y el no restituir no era pecado. Tarquino Prisco, quinto Rey, añadió doce Pueblos a las usurpaciones anteriores. Matáronle dos hijos suyos, celosos de la autoridad que con él tenía Servio Tulio, hijo de una esclava; y este se apoderó del Reino, fingiendo estar Tarquino vivo, y obrar de orden suyo, hasta que tuvo las cosas en estado de declararse. Tulia, hija suya, que se casó con Tarquino el Soberbio, soberbia ella, y feroz mucho más que el marido, le incitó a que matase a su padre para subir al Trono; y ejecutado el parricidio, le circunstanció aquella, más que mujer, furia, atropellando el regio cadáver con su carroza. Tarquino empezó su Reinado con crueldades domésticas; y ya saciado de sangre de los suyos, se

convirtió su sed a la de los extraños. No fue menos falso, que cruel. A su hijo propio azotó públicamente con concierto entre los dos, para que pasando como agraviados, y deseoso de la venganza de los enemigos, traidoramente los matase, y vendiese, como lo hizo. Sucedió el estupro de Lucrecia, que libró a Roma de aquel Tirano, y hizo aborrecible para siempre la dominación, y nombre Real. [202]

§. VII

29. Empezó el gobierno Consular, que mucho tiempo fue justo con los Cuidadanos, pero siempre injusto con los vecinos, por no apartar jamás el corazón, ni las manos de nuevas conquestas. Faltábase a la fe cuando lo pedía la ambición. Singular testimonio dan las horcas Caudinas, donde cogido todo el Ejército Romano, y puesto debajo del cuchillo de las Samnites, fue dejado salir libre debajo de la condición de una perpetua paz, lo cual no duró más que el tiempo que hubo menester Roma para armar de nuevo el Ejército.

30. Dominada toda Italia, empezó la insolencia de los Magistrados, y la ambición de los particulares. ¡Qué injusticia tan violenta la de Apio Claudio, uno del Decemvirato, hacer traer por fuerza, destinada a su lujuria, a una doncella noble! ¡Y qué espectáculo tan miserable su padre Virginio, viendo que por justicia no podía redimirla de aquella ignominia, degollar a la infeliz doncella en medio de la plaza!

31. La ambición de los nobles se pegó como contagio a los plebeyos, que no sólo excitaron sediciones para obtener sus Magistrados; pero llegaron a la desvergüenza de pretender descubiertamente la mezcla indiscreta de matrimonios con las familias patricias.

32. Pacificóse Roma dentro de sí misma luego que comenzaron las guerras forasteras. Rompió la Romana ambición los términos de Italia. Ducediéronse la guerra púnica Primera; la Ligústica, la Gálica, la Ilírica, la Segunda Púnica, que fue la más trabajosa que tuvieron los Romanos; pero también la más justa, porque había sido el agresor aquel rayo de Marte Aníbal: y aún se puede decir que fue culpable en los Romanos la tardanza en la defensa, pues en un sitio

de nueve meses se estuvieron a la vista esperando a que la lealtad de Sagunto se convirtiese en rabia, y toda la población en cenizas. Volaron triunfantes, vencido Aníbal, las Armas de Roma por África, [203] Europa, y Asia, buscando en todas partes pretextos para el rompimiento. Sólo Viriato, y los Numantinos detuvieron aquel ímpetu mucho tiempo. A Viriato le vencieron a traición, no pudiendo de otro modo, disponiendo con promesas que sus mismos Soldados le matasen. La guerra de Numancia fue la más iniqua que jamás hicieron los Romanos, no sólo por sus principios, mas también por los progresos, toda llena de injusticias, y ruindades. El motivo no fue más que acoger los Numantinos a los Sedigenses, aliados, y parientes suyos, fugitivos del furor Romano. Vencieron los de Numancia a Quinto Pompeyo; y pudiendo destruirle del todo, admitieron la paz propuesta por él, que luego violaron los romanos, acometiendo de nuevo a Numancia debajo de la conducta de Hostilio Mancino, que siendo también vencido, propuso nuevos capítulos de paz; y los Numantinos los admitieron, aunque estaba en su mano degollar todo el Ejército enemigo. Pero esta segunda moderación fue correspondida con segunda perfidia, renovando los Romanos la guerra debajo del pretexto de ser ignominiosa para ellos la paz pactada. Y en fin, triunfaron, no de Numancia, sino de las cenizas de Numancia; porque en la última desesperación de defensa, al fuego, al veneno, al hierro se entregaron voluntariamente hombres, y edificios.

33. Aquí me da Lucio Floro, gran Panegirista del Pueblo Romano, materia para una importante reflexión. Este elegante Historiador, habiendo referido los sucesos de la gente Romana desde su origen hasta la toma de Numancia, conque acaba el capítulo diez y ocho del libro segundo de su historia; empieza el diez y nueve celebrando magníficamente la virtud, y santidad del Pueblo Romano desde sus principios hasta aquel tiempo: *Hactenus Populus Romanus pulcher, egregius, pius, sanctus, atque magnificus*. ¡Oh santidad bien conocida, cuando en todo aquel tiempo hemos visto a Roma trono a la injusticia! Pero si se habla comparativamente de un tiempo a otro, con alguna verdad se puede decir, que hasta la guerra de [204] Numancia se conservó en Roma la integridad de costumbres. Tanta fue después la corrupción, que la antecedente

parece santidad. La única virtud que se había mantenido inviolada en Roma, era el amor de la patria. Éste fue cayendo hasta mirar cada individuo solamente por su interés propio, aún con la ruina del público. Como un hombre milagroso fue mirado Catón, porque no abandonó jamás la República.

34. Siempre desde aquel tiempo se vió Roma dividida en cruelísimas facciones, o más que dividida, despedazada. Aún hoy lastiman la memoria aquellas dos hermanas furias, Mario, y Sila, que con dos diluvios de sangre dos veces hicieron salir de sus márgenes el Tíber. Sucediéronles en la ambición, y en el odio César, y Pompeyo. Vino después el Triumvirato de Augusto, Marco Antonio, y Lépido, haciendo el infame pacto de sacrificar cada uno sus propios amigos a la venganza de los otros dos, para dividir entre sí las Provincias del Imperio.

35. No era menor entre tanto la corrupción del Senado. Venales eran aquellos Padres conscriptos siempre que ofrecían precio correspondiente los compradores. Así lo dijo, porque así lo experimentó, el bárbaro Rey de Numidia Yugurta, que con los dones que les envió, los hizo patrocinar por algún tiempo sus maldades, y ensordecer a las justas quejas de los aliados de la República. Jamás Tribunal alguno fue captado con tanto género de soborno como aquel conque Clodio ganó al Romano, para que le absolviese de sus torpísimos insultos. Regaló al Senado con noches lascivas, entregando al brutal apetito de los Senadores personas de entrambos sexos. Cuéntalo Valerio Máximo (lib. 9. cap. 1).

§. VIII

36. Del vicio de la lascivia no hemos tocado sino uno, u otro hecho que ha ocurrido, siguiendo el hilo de la historia. Oigo llorar a los celosos la corruptela de este siglo en punto de incontinencia. Harto peores [205] fueron aquellos siglos en que apenas había quien la llorase. Hasta la venida del Redentor, aún las Naciones cultas eran en esta materia bárbaras. Los lupanares, o lugares públicos son antiquísimos. Solón por ley los instituyó en Atenas, para evitar adulterios. Entre los Babilonios (según Herodoto) eran las mujeres

una vez en la vida comunes a todos, y los que se veían reducidos a la pobreza, obligaban a sus hijas a sustentarlos a costa de su pública ignominia. El mismo Autor dice que los de Tracia daban a todas las doncellas libertad absoluta. Lo mismo refiere Varrón de los Ilíricos. ¡Cuánto horrorizan las fiestas Bacanales, que pasaron de Egipto a Grecia, y de Grecia a Roma! La ebriedad, el furor, y la incontinencia más bruta pasaban por culto de una Deidad. En Roma era permitido a las mujeres vulgarizar su cuerpo, con la previa diligencia de presentarse a hacer esta protesta delante de los Ediles, sin excluir de esta infamia aún a las mujeres de condición; hasta que avergonzado el Senado al ver que Vestilia, de familia Pretórea, había usado de esta licencia, ordenó que se negase a cualquiera mujer, cuyo padre, abuelo, o marido hubiese sido Caballero Romano. ¿Qué diré del abominable comercio entre personas de un mismo sexo, comunísimo, y practicado sin vergüenza alguna entre Griegos, y Romanos? Pero apártese la pluma de lo que horroriza la memoria, que más mancha el papel con la especie que representa, que con la tinta que imprime. [206]

{(a) Habiendo el Reino de Egipto hecho un papel tan considerable en el mundo, y haciéndole aún hoy en la antigua Historia, puede notarse que no haya sido emprehendido en este Discurso, sino para decir de paso, que en él tuvieron principio las fiestas Bacanales; lo que a la verdad no prueba corrupción de costumbres, porque aquellas fiestas en su origen, aunque contenían una superstición muy ridícula, no envolvían las abominables torpezas que después se introdujeron en ellas. Diremos, pues, algo sobre el punto.

2. Nada me parece prueba mas bien cuánta era la disolución de los Egipcios en materia de lascivia, que una historia de Herodoto; la cual, aunque, como yo la juzgo, sea fabulosa, y por tanto no haga [206] fe en cuanto al hecho, infiere como supuesto necesario, y verdadero la mucha corrupción de aquella gente.

3. Cuenta Herodoto, que en tiempo de Ferón, Rey de Egipto, y sucesor inmediato del gran Sesostris, creció el Nilo muy extraordinariamente, haciendo con la inundación gravísimo daño a las tierras. El Rey, irritado, lanzó a una flecha contra el río, como para castigar su insolencia. Al momento quedó ciego. Adoraban los

Egipcios como Deidad al Nilo; y así la ceguera del Rey, si fue verdadera, y consiguiente a aquel desahogo de su cólera, no podía menos de ser mirada entre aquella gente idólatra como castigo del sacrilegio. Diez años permaneció el Rey ciego, sin que ni con ruegos, ni con sacrificios lograse el beneficio de la luz. Hasta que en fin, de la Ciudad de Butis le vino la respuesta de un Oráculo, cuyo contenido era, que recobraría la vista lavándose los ojos con la orina de una mujer a quien no hubiese conocido otro hombre que su marido. Alegrísimo el Rey con la receta de un remedio a su parecer tan fácil de encontrar, le buscó, como era natural, en su propia esposa; mas no sirviendo de nada el lavatorio, se quedó ciego como estaba. Fue sucesivamente recurriendo a varias mujeres ilustres. Todo fue inútil. Continuó la experiencia en otras muchas de varias condiciones; todo sin provecho. Hasta que finalmente halló el remedio en la mujer de un pobre Labrador. Lograda la vista, hizo cerrar en una Ciudad todas las mujeres en quienes inútilmente había buscado la cura, y poniendo fuego al pueblo las abrasó a todas. Añade Herodoto, que en acción de gracias levantó, y consagró dos Obeliscos al Sol, cada uno de cien codos de altura. La existencia de los dos Obeliscos, ya fuesen obra de este Rey, ya de otro, es real. Uno de ellos fue conducido a Roma por el Emperador Cayo; y es el mismo que Sixto V hizo colocar delante de la Iglesia de S. Pedro.

4. Ya he dicho que tengo esta historia por fabulosa. Pero la misma ficción prueba la realidad de lo propuesto; pues supone como fundamento verdadero el concepto común de la depravación de la gente, aunque errado por nimio.}

37. Generalmente se puede decir, que los demás vicios son achaques de los individuos: la incontinencia, y la ambición son pasiones de la especie. Su imperio comprende igualmente todas las Naciones, y su duración todos los tiempos.

§. IX

38. Con la venida del Redentor mudó algo de semblante el Mundo, convirtiéndose una parte de [207] la tierra en Cielo. Desposáronse

con la virtud los que abrazaron la verdad. Pequeña grey, pero hermosa, sustentaba vida inocente con el pasto de la sana doctrina. La concordia, el candor, la Fe de la primitiva Iglesia, hicieron que hubiese, no en el principio, como fingieron los Poetas, sino en medio de los tiempos, un siglo de oro.

39. Pero esta felicidad no fue de mucha duración. Luego que se acabaron las persecuciones, se puso la Cristiandad en el estado en que hoy la vemos. Parece que la sangre de los Mártires fertilizaba el terreno de la Iglesia, pues luego que faltó este riego, empezó a ser mucho menor la cosecha de virtudes. La semejanza de aquellos tiempos a estos se prueba con testigos superiores a toda excepción.

40. S. Juan Crisóstomo, que floreció en el cuarto siglo de la Era Cristiana, apenas hallaba en la Ciudad de Antioquía cien individuos que viviesen bien, siendo aquella población una de las tres mayores del mundo. Lo menos que se le puede dar de vecindad en aquel tiempo son seiscientas mil almas; y según esta cuenta, apenas entre seis mil había uno bueno. Las palabras del Santo son tan fuertes, que aunque dejemos mucho al hipérbole, queda lo bastante para dar un concepto bajísimo de aquella Cristiandad: *¿Cuántos pensáis (decía hablando con el mismo Pueblo) que se salvarán en esta Ciudad? En tantos millares con dificultad se hallarán ciento que se salven. Aún de estos dudo; porque ¡cuánta es la malicia en los mozos!, ¡el descuido de los viejos! Ninguno tiene cuidado de sus hijos. Ninguno pone atención a imitar al virtuoso anciano. Lo peor es que apenas hay a quien imitar. Faltan ejemplares en los ancianos, y así salen también malos los jóvenes* {(a) *Homil. 40 ad Populum*}.

41. S. Agustín, que vivía por el mismo tiempo, no nos muestra el Occidente más bien parado, que S. Juan Crisóstomo el Oriente: *¿Cuántos son* (dice sobre el Psalmo 48) *los que parece que guardan los preceptos divinos? Apenas se hallan uno, o dos, o poquísimos*. [208]

42. S. Gregorio, que floreció en el sexto siglo, contemplando desde la cumbre del Solio Pontificio toda la Iglesia, la comparó a la Arca de Noé, donde había pocos hombres, y muchos brutos, porque es en la Iglesia, sin comparación, mayor el número de los que obran brutalmente, siguiendo el ímpetu de la carne, que los que viven racionalmente según el espíritu {(a) *Homil. 38 in Evang.*}. ¿Hubo alguna mejoría en los tiempos que sucedieron? Ninguna. Díganlo

tantos Sagrados Concilios, donde por los remedios venimos en conocimiento de las enfermedades; pues frecuentemente se trataba en ellos de ocurrir a grandes, y comunes abusos.

§. X

43. ¿Dónde, pues, estáis, siglos envidiados? Sólo en la imaginación de los hombres. No hubo tiempo donde no se hablase mal del presente, y bien del pasado. Es esta queja tanto peor fundada, cuanto más común. Usa el mundo del lenguaje de los envidiosos, que vituperan a los vivos, y aplauden a los muertos. ¡Raros ojos tenemos! que nos parecen mejor las cosas por la espalda, que por el rostro. Siendo la mayor fealdad de todas el no ser, el mismo no ser es condición para hallar hermosura en lo que fue.

44. No se puede negar que hay en los vicios sus flujos, y reflujos. Hoy domina más un vicio en esta Provincia, que ayer. Mañana, por el comercio estrecho con una Nación viciada por otro lado, es poseída de otra enfermedad diferente, que quieta las fuerzas a la anterior. Esotro día viene un Príncipe justo, que pone a la República en mejor forma; pero a un Marco Aurelio sucede un Cómodo, que todo lo desbarata. Como en un mar tempestuoso (que no es otra cosa el mundo), no sólo se está chocando las virtudes, y los vicios, mas los mismos vicios se impelen a otros. Mas esta es una desigualdad insensible, respecto del todo de los tiempos; o por mejor decir, en [209] todos tiempos hubo la misma desigualdad. No están siempre en un estado las olas; pero no por eso se puede decir que sea más borrascoso el mar en este siglo, que en los pasados.

Concluyo con unas elegantes palabras de Séneca, que comprehenden bien el asunto: *Queja fue esta de nuestros mayores, queja nuestra es, y lo será de los que nos sucedieren: que las costumbres están perdidas, que reina la maldad, que las cosas del mundo se empeoran cada día; pero mirándolo bien, los vicios están siempre en el mismo estado, a la reserva de algunos encuentros que se dan unos a otros, como las olas. Hoc majores nostri questi sunt, hoc nos querimur, hoc posteri nostri queruntur: eversos esse mores, regnare nequitiam, in deterius res humanas, & in omne nefas labi. At lista stant loco eodem,*

stanbuntque, paulum dumtaxat ultro, aut citro mota, ut fluctus {(a) *Lib. 1 de Benef. cap. 10*}.

45. En otra parte dice que los vicios son propios de los hombres, no de los tiempos: *Hominum sunt ista, non temporum* (epíst. 97). Lo cierto es, que los principios por donde los hombres son malos, o buenos, no dependen de los tiempos. Es el hombre malo por ser hecho de la nada: es bueno por la misericordia divina; y una es en todos los siglos la naturaleza del hombre, y la benignidad de Dios. Muchos siglos ha que dijo uno, que conocía bien el mundo (*Juven. sat. 13*)

Rari quippe boni: numero vix sunt totidem, quot
Thebarum portae, vel divitis ostia Nili.

Discurso octavo

Sabiduría aparente

§. I

1. Tiene la ciencia sus hipócritas no menos que la virtud; y no menos es engañado el vulgo por aquellos, que por estos. Son muchos los indoctos que pasan plaza de sabios. Esta equivocación es un copioso origen de errores, ya particulares, ya comunes. En esta Región que habitamos, tanto imperio tiene la aprehensión, como la verdad. Hay hombres muy diestros en hacer el papel de doctos en el teatro del mundo, en quienes la leve tintura de las letras sirve de color para figurar altas doctrinas; y cuando llega a parecer original la copia, no hace menos impresión en los ánimos la copia que el original. Si el que pinta es un Zeuxis, volarán las avecillas incautas a las uvas pintadas, como a las verdaderas.

2. Así Arnoldo Brixiense en el siglo undécimo, hombre de cortas letras, hizo harto daño en Brixia su patria, y aún en Roma con sus errores; porque como dice Guntero Ligurino, sobre ser elegante en el razonamiento, sabía darse cierto modo, y aire de sabio: *Assumpta sapientes fronte, disserto fallebat sermone rudes*; o como asegura Otón Frisingense, una copiosa verbosidad pasó en él plaza de profunda erudición: *Vir quidem naturae non hebetis; plus tamen verborum pro fluvio, quam sententiarum pondere copiosus*. Así Vigilancio, siendo un verdadero ignorante, con el arte de ganar Libreros, y Notarios para [211] pregoneros de su fama, adquirió tanta opinión de sabio, que se atrevió a la insolencia de escribir contra S. Jerónimo, y acusarle

de Origenista. Séneca Pelagiano hizo en el Piceno partido por la herejía de Pelagio, siendo, por testimonio del Papa Gelasio, que reinaba entonces, no sólo un hombre ignorante, pero aún rudo: *Non modo totius eruditionis alienus, sed ipsius quoque intelligentiae communis prorsus extraneus*. S. León en la Epíst. 13. a Pulqueria Augusta, siente que el error de Eutiques nació más de ignorancia, que de astucia. Y en la Epíst. 15. absolutamente le trata de indocto: *Indoctum antiquae Fidei impugnatorem*. Sin embargo este hombre corto revolvió de modo la Cristiandad, que fue preciso juntarse tres Concilios contra él, sin contar el que con razón se llamó Predatorio, en que contra el derecho de la Sede Apostólica hizo el Emperador Teodosio presidir a Dióscoro, Patriarca de Alejandría.

3. El vulgo, juez inicuo del mérito de los sujetos, suele dar autoridad contra sí propio a hombres iliteratos; y constituyéndolos en crédito, hace su engaño poderoso. Las tinieblas de la popular rudeza cambian el tenue resplandor de cualquiera pequeña luz en lucidísima antorcha: así como la linterna, colocada sobre la torre de Faro, dice Plinio que parecía desde lejos estrella a los que navegaban de noche el mar de Alejandría.

4. Puede decirse que para ser tenido un hombre en el Pueblo por sabio, no hace tanto al caso serlo como fingirlo. La arrogancia, y la verbosidad, si se juntan con algo de prudencia, para distinguir los tiempos, y materias en que se ha de hablar, o callar, producen notable efecto. Un aire de majestad confiada en las decisiones, un gesto artificioso, que cuando se vierte aquello poco, y superficial, que se ha comprendido del asunto, muestre como por brújula quedar depositadas allá en los interiores senos altas noticias, tienen grande eficacia para alucinar a ignorantes.

5. Los accidentes exteriores que representan la ciencia, [212] están en algunos sujetos como los de pan, y vino en la Eucaristía; esto es, sin la substancia correspondiente. Los inteligentes en uno, y otro conocen el misterio. Pero como en el de la Eucaristía los sentidos, que son el vulgo del alma, por los accidentes que ven, se persuaden a la substancia que no hay; así en estos sabios de misterio, los ignorantes, que son el vulgo del mundo, por exterioridades engañosas conciben doctrinas que nunca fueron estudiadas. La superficie se miente profundidad, y el resabio de

ciencia sabiduría.

§. II

6. Por el contrario los sabios verdaderos son modestos, y cándidos; y estas dos virtudes son dos grandes enemigas de su fama. El que más sabe, sabe que es mucho menos lo que sabe, que lo que ignora; y así como su discreción se lo da a conocer, su sinceridad se lo hace confesar; pero en grave perjuicio de su aplauso, porque estas confesiones, como de testigos que deponen contra sí propios, son velozmente creídas; y por otra parte el vulgo no tiene por docto a quien en su profesión ignora algo, siendo imposible que nadie lo sepa todo.

7. Son también los sabios comúnmente tímidos; porque son los que más desconfían de sí propios; y aunque digan divinidades, si con lengua trémula, o voz apagada las articulan, llegan desautorizadas a los oídos que las atienden. Más oportuno es para ganar créditos delirar con valentía, que discurrir con perplejidad; porque la estimación que se debía a discretas dudas, se ha hecho tributo de temerarias resoluciones. ¡Oh cuánto aprovecha a un ignorante presumido la eficacia del ademán, y el estrípito de la voz! ¡Y cuánto se disimulan con los esfuerzos del pecho las flaquezas del discurso! Siendo así que el vocinglero por el mismo caso debiera hacerse sospechoso de su poca solidez; porque los hombres son como los cuerpos sonoros, que hacen ruido mayor cuando están huecos.

8. Si a estas ventajosas apariencias se junta alguna literatura logran una violenta actividad para arrastrar [213] el común asenso. No es negable que Lutero fue erudito; pero en los funestos progresos de su predicación menos influyó en su literatura, que aquellas ventajosas apariencias: aunque la mezcla del uno, y otro fue la confección del veneno de aquella hidra. Si se examinan bien los escritos de Lutero, se registra en ellos una erudición copiosa, parto de una feliz memoria, y de una lectura inmensa; pero apenas se halla un discurso perfectamente ajustado, una meditación en todas sus partes cabal, un razonamiento exactamente metódico. Fue su

entendimiento, como dice el Cardenal Palavicini, capaz de producir pensamientos gigantes; pero informes, o por defecto de virtud, o porque el fuego de su genio precipitaba la producción; y por no esperar los debidos plazos eran todos los efectos abortivos; pero este defecto esencial de su talento se suplió grandemente con los accidentes exteriores. Fue este monstruo de complexión ígnea, de robustísimo pecho, de audaz espíritu, de inexhausta, aunque grosera facundia, fácil en la explicación, infatigable en la disputa. Asistido de estas dotes, atropelló algunos hombres doctos de su tiempo de ingenio más metódico que él, y acaso más agudo. Al modo que un esgrimidor de esforzado corazón, y robusto brazo desbarata a otro de inferior aliento, y pulso, aunque mejor instruido en las reglas de la esgrima.

§. III

9. Otras partidas igualmente extrínsecas dan reputación de sabios a los que no lo son. La seriedad, y circunspección, que sea natural, que artificiosa, contribuye mucho. La gravedad (dice la famosa Magdalena Scuderi en una de sus Conversaciones morales) es un misterio del cuerpo, inventado para ocultar los defectos del espíritu; y si es propasada, eleva el sujeto al grado de oráculo. Yo no sé por qué ha de ser más que hombre quien es tanto menos que hombre cuanto más se acerca a estatua: ni por qué siendo lo risible propiedad de lo racional, ha de ser más racional quien se aleja más de lo risible. [214] El ingenioso Francés Miguel de Montaña dice con gracia, que entre todas las especies de brutos, ninguno vió tan serio como el asno.

10. Aristóteles puso en crédito de ingeniosos a los melancólicos. No sé por qué. La experiencia nos está mostrando a cada paso melancólicos rudos. Si nos dejamos llevar de la primera vista, fácilmente confundiremos lo estúpido con lo extático. Las lobregueces del genio tienen no sé qué asomos a parecer profundidades del discurso; pero si se mira bien, la insociabilidad con los hombres no es carácter de racionales. En estos sujetos que se nos representan siempre pensativos, está invertida la negociación

interior del alma. En vez de aprehender el entendimiento las especies, las especies aprehenden el entendimiento: en vez de hacerse el espíritu dueño del objeto, el objeto se hace dueño del espíritu. Atale la especie que le arrebata. No está contemplativo, sino atónito; porque la inmovilidad del pensamiento es ociosidad del discurso. Noto que no hay bruto de genio más festivo, y social que el perro, y ninguno tiene más noble instinto. No obstante, peor seña es el extremo opuesto. Hombres muy chocarreros son sumamente superficiales.

11. Tanto el silencio, como la locuacidad, tienen sus partidarios entre la plebe. Unos tienen por sabios a los parcos, otros a los pródigos de palabras. El hablar poco depende ya de nimia cautela, ya de temor, ya de vergüenza, ya de tarda ocurrencia de las voces; pero no como comúnmente se juzga de falta de especies. No hay hombre que si hablase todo lo que piensa, no hablase mucho.

12. Entre hablar, y callar observan algunos un medio artificioso, muy útil para captar la veneración del vulgo, que es hablar lo que alcanzan, y callar lo que ignoran, con aire de que lo recatan. Muchos de cortísimas noticias con este arte se figuran en los corrillos animadas Bibliotecas. Tienen sólo una especie muy diminuta, y abstracta del asunto que se toca. Ésta basta para meterse en él en términos muy generales con aire magistral, retirándose [215] luego, como que fastidiados de manejar aquella materia, dejan de explicarla más a lo largo: dicen todo lo que saben, pero hacen creer, que aquello no es más que mostrar la uña del León: semejantes al otro Pintor, que habiéndose ofrecido a retratar las once mil Vírgenes, pintó cinco, y quiso cumplir con esto, diciendo que las demás venían detrás en procesión. Si alguien, conociendo el engaño, quiere empeñarlos a mayor discusión, o tuercen la conversación con arte, o fingen un fastidioso desdén de tratar aquella materia en tan corto teatro, o se sacuden del que los provoca en una risita falsa, como que desprecian la provocación; que esta gente abunda de tretas semejantes, porque estudia mucho en ellas.

13. Otros son socorridos de unas expresiones confusas, que dicen a todo, y dicen nada: al modo de los Oráculos del Gentilismo, que eran aplicables a todos los sucesos. Y de hecho en todo se les

parecen, pues siendo unos troncos, son oídos como Oráculos. La obscuridad conque hablan, es sombra que oculta lo que ignoran: hacen lo que aquellos que no tienen sino moneda falsa, que procuran pasarla al favor de la noche. Y no faltan necios, que por su misma confusión los acreditan de doctos, haciendo juicio que los hombres son como los montes, que cuanto más sublimes, más obscurecen la amenidad de los valles:

Majoresque cadunt altis de montibus umbrae.

14. Este engaño es comúnmente auxiliado del ademán persuasivo, y del gesto misterioso. Ya se arruga la frente, ya se acercan una a otra las cejas, ya se ladean los ojos, ya se arrollan las mejillas, ya se extiende el labio inferior en forma de copa penada, ya se bambanea con movimientos vibratorios la cabeza; y en todo se procura afectar un ceño desdeñoso. Estos son unos hombres, que más de la mitad de su sabiduría la tienen en los músculos, que se sirven para darse todos estos movimientos. Justamente hizo burla de este artificio Marco Tulio, notándole en Pisón: *Respondes, altero ad frontem sublato, altero ad mentum depresso supercilio, crudelitatem tibi non placere*. [216]

§. IV

15. El despreciar a otros que saben más, es el arte más vil de todos, pero uno de los más seguros para acreditarse entre espíritus plebeyos. No puede haber mayor injusticia, ni mayor necedad, que la de transferir el envidioso aquel mismo aplauso de que este con su censura despoja al benemérito. ¿Acaso porque el nublado se oponga al Sol, dejará este de ser ilustre antorcha del Cielo, o será aquel más que un pardo borrón del aire? ¿Para poner mil tachas a la doctrina, y escritos ajenos, es menester ciencia? Antes cuando no interviene envidia, o malevolencia, nace de pura ignorancia. Acuérdome de haber leído en el *Hombre de Letras* del Padre Daniel Bartoli, que un jumento, tropezando por accidente con la *Ilíada* de Homero, la destrozó, e hizo pedazos con los dientes. Así que para ultrajar, y lacerar un noble escrito, nadie es más a propósito que una bestia.

16. La procacidad, o desvergüenza en la disputa, es también un medio igualmente ruin, que eficaz para negociar los aplausos de docto. Los necios hacen lo que los Megalopolitanos, de quienes dice Pausanias que a ninguna Deidad daban iguales cultos que al viento Boreas, que nosotros llamamos Cierzo, o Regañón. A los genios tumultuantes adora el vulgo como inteligencias sobresalientes. Concibe la osadía desvergonzada como hija de la superioridad de doctrina, siendo así que es casi absolutamente incompatible con ella. A esto se añade, que los verdaderos doctos huyen cuanto pueden de todo encuentro con estos genios procaces; y este prudente desvío se interpreta medrosa fuga; como si fuese propio de hombres esforzados andar buscando sabandijas venenosas para lidiar con ellas. Justo, y generoso era el arrepentimiento de Catón, de haberse metido con sus tropas en los abrasados desiertos del África, donde no tenía otros enemigos que áspides, cerastas, víboras, dipsades, y basiliscos. Menos horrible se le representó la guerra civil en los campos de Farsalia, [217] donde pelearon contra él las invencibles huestes del César, que en los arenales de Libia, donde batallaron por el César los más viles, y abominables insectos.

Pro Caesare pugnant
Dipsades, et peragunt civilia bella Cerastae.

17. El que puede componer con su genio, y con sus fuerzas ser inflexible en la disputa, porfiar sin término, no rendirse jamás a la razón, tiene mucho adelantado para ser reputado un Aristóteles; porque el vulgo, tanto en las guerras de Minerva, como en las de Marte, declara la victoria por aquel que se mantiene más en el campo de batalla, y en su aprehensión nunca deja de vencer el último que deja de hablar. Esto es lo que siente el vulgo. Mas para que el que no es vulgo, aquel a quien no hace fuerza la razón, en vez de calificarse de docto, se gradúa de bestia. Con gracia, aunque gracia Portuguesa (esto es, arrogante), preguntado el ingenioso Médico Luis Rodríguez, qué cosa era, y cómo lo había hecho otro Médico corto, a quien el mismo Luis Rodríguez había argüido, respondió: *Tan grandissimo asno e, que por mais que ficen, jamais o pueden concruir*.

18. Es artificio muy común de los que saben poco arrastrar la conversación hacia aquello poco que saben. Esto en las personas de autoridad es más fácil. Conocí un sujeto, que cualquiera conversación que se excitase, insensiblemente la iba moviendo de modo, que a pocos pasos se introducía en el punto que había estudiado aquel día, o el antecedente. De esta suerte siempre parecía más erudito que los demás. Aún en las disputas Escolásticas se usa de este estratagema. He visto más de dos veces algún buen Teólogo puesto en confusión por un principiante; porque este, quimerizando en el argumento sobre alguna proposición, sacaba la disputa de su asunto propio a algún enredo sumulístico de *ampliaciones, restricciones, alienaciones, oposiciones, conversiones, equipolencias*, de que el Teólogo estaba olvidado. Esto es como el villano Caco, traer con astucia a Hércules a su propia caverna, para hacer [218] inútiles sus armas, cegándole con el humo que arrojaba por la boca.

§. V

19. Fuera de los sabios de perspectiva, que lo son por su artificio propio, hay otros que lo son precisamente por error ajeno. El que estudió Lógica, y Metafísica, con lo demás que debajo del nombre de Filosofía se enseña en las Escuelas, por bien que sepa todo, sabe muy poco más que nada; pero suena mucho. Dícese que es un gran Filósofo, y no es Filósofo grande, ni chico. Todas las diez Categorías, juntamente con los ocho libros de los Físicos, y los dos adjuntos de *Generatione, & Corruptione*, puestos en el alambique de la Lógica, no darán una gota de verdadero espíritu filosófico, que explique en más vulgar fenómeno de todo el mundo sensible. Las ideas Aristotélicas están tan fuera de lo físico, como las Platónicas. La Física de la Escuela es pura Metafísica. Cuanto hasta ahora escribieron, y disputaron los Peripatéticos acerca del movimiento, no sirve para determinar cuál es la línea de reflexión por donde vuelve la pelota tirada a una pared, o cuánta es la velocidad conque baja el grave en un plano inclinado. El que por razones metafísicas, y comunísimas piensa llegar al verdadero conocimiento de la

Naturaleza, delira tanto como el que juzga ser el dueño del mundo por tenerle en un mapa.

20. La mayor ventaja de estos Filósofos de nombre, si manejan con soltura en las aulas el argadillo de *Barbara, Celarem*, es que con cuatro especies que adquirieron de Teología, o Medicina, son estimados por grandes Teólogos o Médicos. Por lo que mira a la Teología no es tan grande el yerro; pero en orden a la Medicina no puede ser mayor. Por la regla de que *ubi disinit Physicus, incipit Medicus*, se da por asentado, que de un buen Filósofo fácilmente se hace un buen Médico. Sobre este pie, en viendo un Platicante de Medicina, que pone veinte silogismos seguidos sobre si la privación es principio del ente natural, o si la unión se distingue de las partes, tiene toda la recomendación [219] que es menester para lograr un partido de mil ducados.

21. El doctísimo Comentador de Dioscórides Andrés de Laguna, dice que la providencia que, si se pudiese, se debiera tomar con estos Mediquillos flamantes, que salen de las Universidades rebosando las bravatas del *ergo*, y del *probo*, sería enviarlos por Médicos a aquellas Naciones con quienes tuviésemos guerra actual, porque excusarían a España mucho gasto de gente, y de pólvora.

22. Seguramente afirmo que no hay arte, o facultad más inconducente para la Medicina, que la Física de la Escuela. Si todos cuantos Filósofos hay, y hubo en el mundo se juntasen, y estuviesen en consulta por espacio de cien años, no nos dirían cómo se debe curar un sabañón; ni de aquel tumultuante concilio saldría máxima alguna que no debiese descaminarse por contrabando en la entrada del cuarto de un enfermo. El buen entendimiento, y la experiencia (o propia, o ajena) son el padre, y madre de la Medicina, sin que la Física tenga parte alguna en esta producción. Hablo de la Física Escolástica, no de la Experimental.

23. Lo que un Físico discurre sobre la naturaleza de cualquiera mixto, es si consta de materia, y forma substanciales, como dijo Aristóteles; o si de átomos, como Epicuro; o si de sal, azufre, y mercurio, como los Químicos, o si de los tres elementos Cartesianos: si se compone de puntos indivisibles, o de partes divisibles *in infinitum*; si obra por la textura, o movimiento de sus partículas, o por unas virtudes accidentales, que llaman cualidades: si estas

cualidades son de las manifiestas, o de las ocultas: si de las primeras, segundas, o terceras. ¿Qué conexión tendrá todo esto con la Medicina? Menos que la Geometría con la Jurisprudencia. Cuando el Médico trata de curar a un tercianario, toda esta baraúnda de cuestiones aplicadas a la Quina le es totalmente inútil. Lo que únicamente le importa saber es, si la experiencia ha mostrado que en las circunstancias en que se halla el tercianario [220] es provechoso el uso de este febrífugo; y esto lo ha de inferir no por *dici de omni, dici de nullo*, sino por inducción, así de los experimentos que él ha hecho, como de los que hicieron los Autores que ha estudiado.

24. En ninguna arte sirve de cosa alguna el conocimiento físico de los instrumentos conque obra. Ni este dejará de ser gran Piloto por no poder explicar la virtud directiva del imán al polo: ni aquel gran Soldado por ignorar la constitución física de la Pólvora, o del hierro: ni el otro gran pintor por no saber si los colores son accidentes intrínsecos, o varias reflexiones de la luz. Ni al contrario el disputar bien de todas estas cosas conduce nada para ser Piloto, Soldado, o Pintor. Más me alargara para extirpar este común error del mundo, si ya no le hubiese impugnado con difusión, y plenamente ese doctísimo Martínez en sus dos tomos de Medicina Escéptica.

§. VI

25. Otro error común es, aunque no tan mal fundado, tener por sabios a todos los que han estudiado mucho. El estudio no hace grandes progresos si no cae en entendimiento claro, y despierto; así como son poco fructuosas las tareas del cultivo, cuando el terreno no tiene jugo. En la especie humana hay tortugas, y hay águilas. Éstas de un vuelo se ponen sobre el Olimpo; aquellas en muchos días no montan un pequeño cerro.

26. La prolija lectura de los libros da muchas especies; pero la penetración de ellas es don de la naturaleza, más que parto del trabajo. Hay unos sabios no de entendimiento, sino de memoria, en quienes están estampadas las letras, como las inscripciones en los

mármoles, que las ostentan, y no las perciben. Son unos libros mentales, donde están escritos muchos textos; pero propiamente libros; esto es, llenos de doctrina, y desnudos de inteligencia. Observa cómo usan de las especies que han adquirido, y verás cómo no forman un razonamiento ajustado, que vaya derecho al blanco del intento. Con unas mismas especies [221] se forman discursos buenos, y malos: como con unos mismos materiales se fabrican elegantes Palacios, y rústicos albergues.

27. Así puede suceder, que uno sepa de memoria todas las Obras de Santo Tomás, y sea corto Teólogo: que sepa del mismo modo los Derechos Civil, y Canónico, y sea muy mal Jurista. Y aunque se dice que la Jurisprudencia consiste casi únicamente en memoria, o por lo menos, más en memoria que en entendimiento, este es otro error común. Con muchos textos del Derecho se puede hacer un mal Alegato, como con muchos textos de Escritura un mal Sermón. La elección de los más oportunos al asunto toca al entendimiento, y buen juicio. Si en los Tribunales se hubiese de orar de repente, y sin premeditación, sería absolutamente inexcusable una feliz memoria, donde estuviesen fielmente depositados textos, y citas para los casos ocurrentes. Mas como esto regularmente no suceda, el que ha manejado medianamente los libros de esta profesión, y tiene buena inteligencia de ella, fácilmente se previene, buscando leyes, autoridades, y razones; y por otra parte la elección de las más conducentes no es, como he dicho, obra de la memoria, sino del ingenio.

28. He visto entre profesores de todas facultades muy vulgarizada la queja de falta de memoria, y en todos noté un aprecio excesivo de la potencia memorativa sobre la discursiva: de modo, que a mi parecer, si hubiese dos tiendas, de las cuales en la una se vendiese memoria, y en la otra entendimiento, el dueño de la primera presto se haría riquísimo, y el segundo moriría de hambre. Siempre fuí de opuesta opinión; y por mí puedo decir, que mas precio daría por un adarme de entendimiento, que por una onza de memoria. Suelen decirme que apetezco poco la memoria porque tengo la que he menester. Acaso los que me lo dicen hacen este juicio por la reflexión que hacen sobre sí mismos, de que ansían poco algún acrecentamiento en el ingenio, por [222] parecerles que

están abundantemente surtidos de discurso. Yo no negaré que aunque no soy dotado de mucha memoria, algo menos pobre me hallo de esta facultad, que de la discursiva. Pero no consiste en esto el preferir esta facultad a aquella, sí en el conocimiento claro que me asiste, de que en todas Facultades logrará muchos más aciertos un entendimiento como cuatro con una memoria como cuatro, que una memoria como seis con un entendimiento como dos.

§. VII

29. De los Escritores de libros no se ha hablado hasta ahora. Esto es lo más fácil de todo. El escribir mal no tiene más arduidad que el hablar mal. Y por otra parte, por malo que sea el libro, bástale al Autor hablar de molde, y con licencia del Rey, para pasar entre los idiotas por docto.

30. Pero para lograr algún aplauso entre los de mediana estofa, puede componerse de dos maneras, o trasladando de otros libros, o divirtiéndose en lugares comunes. Donde hay gran copia de libros, es fácil el robo, sin que se note. Pocos hay que lean muchos, y nadie puede leerlos todos: conque todo el inconveniente que se incurre es, que uno, u otro, entre millares de millares de lectores, coja al Autor en el hurto. Para los demás queda graduado de Autor en toda forma.

31. El escribir por lugares comunes es sumamente fácil. El teatro de la vida humana, las Polianteas, y otros muchos libros, donde la erudición está hacinada, y dispuesta con orden alfabético, o apuntada con copiosos índices, son fuentes públicas de donde pueden beber, no sólo los hombres, mas también las bestias. Cualquier asunto que se emprenda, se puede llevar arrastrando a cada paso a un lugar común, o de política, o de moralidad, o de humanidad, o de historia. Allí se encaja todo el fárrago de textos, y citas que se hallan amontonados en el libro Para todos, donde se hizo la cosecha. [223] Con esto se acredita el nuevo Autor de hombre de gran erudición, y lectura; porque son muy pocos los que distinguen en la serie de lo escrito aquella erudición copiosa, y bien colocada en el cerebro, que oportunamente mana de la memoria a

la pluma; de aquella que en la urgencia se va a mendigar en los elencos, y se amontona en el traslado, dividida en gruesas parvas, con toda la paja, y aristas de citas, latines, y números.

Discurso nono

Antipatía de franceses y españoles

§. I

1. Los Filósofos que no alcanzando las causas físicas de la concordia, o discordia de algunos entes, recurrieron a las voces generales de simpatía, y antipatía, tienen alguna disculpa. Pero los Políticos, que teniendo dentro de su facultad harto visible las causas de la oposición de algunas Naciones, han acudido al mismo asilo, se puede decir que cierran los ojos, no solo a la razón, mas también a la experiencia. Esta ojeriza nace de los daños, que mutuamente se han hecho en varias guerras, y las guerras de las opuestas pretensiones de los Príncipes.

2. Ninguna antipatía más decantada que la de Franceses, y Españoles. Tanto han ocupado los ánimos la persuasión de la congénita discordia de las dos Naciones, que aun cuando dispuso el Cielo que la Augusta Casa de Francia diese Rey a España, muchos pronosticaban que nunca [224] se avendrían bien. De hecho aun después por algunos años experimentamos los funestos efectos de esta aversión. Empero es cierto que no dependía el encuentro de alguna oculta disimbolización de corazones, causada por el arcano influjo de las estrellas; sí solo de que aun estaban recientes las heridas recibidas en la próximas guerras.

Nondum, enim causae irarum, saevique dolores
Exciderant animo

3. Si hubiese alguna oposición antipática entre las dos Naciones, como esta es natural, sería tan antigua como ellas. Bien lejos de eso, su correspondencia en otros tiempos fue tan amigable, que Felipe de Comines dice que no se vio otra tan bien asentada en todas las Provincias de la Cristiandad: *Ningunas Provincias* (son palabras de este gran Político) *entre Cristianos están entre sí trabadas con mayor confederación que Castilla, y Francia, por estar asentada con grandes sacramentos la amistad de Reyes con Reyes, y de Nación con Nación*.

4. En efecto no se vio jamás entre Príncipes alianza concebida en tan estrechos términos como la que juraron Carlos V, Rey de Francia, y Enrique II de Castilla, pues no solo se la prometieron de Rey a Rey, y de Reino a Reino, pero aun de Particulares a Particulares; de modo, que en cualquier parte, y ocasión que se hallasen Castellanos, y Franceses, se habían de asistir, y defender recíprocamente como hermanos contra cualquiera que los quisiese injuriar.

5. Algunos quieren que el dominio de los Austriacos haya introducido en España la oposición a los Franceses. Yo consentiré en que la aumentó, mas no en que le dio origen; pues ya antes el Reino de Nápoles había sido la manzana de la discordia entre las dos Naciones. Así juzgo, que considerada esta ojeriza en su primer estado, no la heredaron los Españoles de los Alemanes, sino los Castellanos de los Aragoneses. Entre las Casas de Aragón y Francia se había disputado antes furiosamente la Corona de Nápoles; y Aragón en su unión con Castilla trajo acá [225] el derecho, la guerra, la conquista, y por consiguiente el resentimiento.

§. II

6. He dicho que la introducción de los Austriacos en España aumentó la oposición entre Franceses y Españoles. Ni la de los Austriacos con los Franceses es muy antigua. Antes de Maximiliano, abuelo de Carlos V, pocas querellas habían precedido entre unos y otros. La Princesa María de Borgoña, heredera de su padre Carlos el Atrevido, fue la hermosa Helena, que puso en armas los dos partidos. Esta Señora, pretendida para el Delfín de Francia, repelió

la propuesta de aquel Príncipe por muy niño, y se casó con el Emperador Maximiliano. Vengóse después del desaire el Delfín (ya Rey con el nombre de Carlos III) en la persona de la Princesa Margarita, hija de Maximiliano, y de María; pues habiendo contraído esponsales con ella, la despidió, y se casó con Ana, Duquesa de Bretaña. Recibió en esta ofensa dos grandes heridas el corazón de Maximiliano, en que acaso la menos penetrante fue el desaire dado a su hija. Es el caso, que muerta ya entonces la Princesa María, pretendía Maximiliano con ardor a la Duquesa de Bretaña para segunda esposa suya, y llegó a firmar los Tratados con ella por su Procurador el Conde de Nasau. Estando las cosas en este estado, fácil es conocer qué grande sería el dolor de Maximiliano al ver que un rival enemigo suyo, atropellando la fe de dos esponsales, le usurpase la pretendida esposa, habiendo hecho paso para este insulto por el desprecio de su hija.

7. De aquí nacieron porfiadas guerras entre los dos Príncipes. Muerto Maximiliano, y adquirida a la Casa de Austria la Monarquía Española, parecieron sobre el Teatro otros dos de las dos Casas, Carlos V y Francisco I, en cuya emulación concurrieron como causas, no solo la Política, y la Fortuna, mas también la Naturaleza, distribuyendo a entrambos excelentes prendas personales, que aun hoy tienen en las plumas de las dos Naciones pendiente [226] la cuestión de cual deba ser preferido. Los muchos desaires que hizo la fortuna a Francisco I, a favor de Carlos V, especialmente en la pretensión a la Corona Imperial, y en la jornada de Pavía, agriaron el ánimo de aquel Príncipe verdaderamente generoso, de modo que jamás pudo tolerar las dichas de su émulo; y para contrarestarlas buscó una alianza sin ejemplar en los Reyes antecesores suyos, y sin imitación en los sucesores.

8. Continuáronse estas discordias en Felipe Segundo, Rey de España, con los Reyes Franceses, que sucedieron a Francisco. El empeño que por una parte se hizo de favorecer la liga Católica de Francia, y el desquite que se arbitró por la otra de dar aliento a los rebeldes de Holanda, las encendieron más. De los principios señalados, juntos con la cuestión de precedencia entre los Embajadores de las dos Coronas, que se disputó en el Concilio de Trento, y otras partes, además de las opuestas pretensiones de los

Príncipes, y otros capítulos de disensión, que sería prolijo referir, vino esta oposición nacional, que se reputa ya como característica en Españoles, y Franceses, y en que erradamente se juzga que influye la naturaleza de uno, y otro País.

9. No negaré que hay alguna diversidad de genios en las dos Naciones. Los Españoles son graves; los Franceses festivos. Los Españoles misteriosos; los Franceses abiertos. Los Españoles constantes; los Franceses ligeros; pero negaré que esta sea causa bastante para que las dos Naciones estén discordes. La regla de que la semejanza engendra amor, y la desemejanza odio, tiene tantas excepciones, que pudiera borrarse del catálogo de los axiomas. A cada paso vemos diversidad en los genios, sin oposición en los ánimos. Y aun creo que dos genios perfectamente semejantes no serían los que mas se amasen. Acaso se causarían más tedio que amor, por no hallar uno en otro sino aquello mismo que siempre posee en sí propio. La amistad pide habitud de proporción, no de semejanza. Unese la forma con la materia, y no con otra forma, con ser desemejante a aquella, y semejante a esta. Con corta [227] diferencia pasa en la unión afectiva lo que en la natural. Los ardores del amor se encienden en cada individuo por aquella perfección que halla en otro, y no en sí mismo. Puede ser que en otra ocasión, extendiéndome más sobre esta materia, ponga en grado de error común el axioma de que la semejanza engendra amor, como comúnmente se entiende.

§. III

10. Lo que he dicho arriba, que la oposición de dos Naciones viene de las guerras, y hostilidades, que recíprocamente se han hecho, se debe entender por lo común, y no con la exclusión de que tal vez intervenga otra causa. Véese esto en la oposición de los Turcos con los Persas, la cual es la más enconada que hay en el Mundo entre Naciones diferentes. Siendo tanta la ojeriza que los Turcos tienen con los Cristianos, es sin comparación mayor su aversión a los Persas. Ningún oprobio les parece bastante para exprimir el desprecio que deben hacer de aquella Nación. Esto llega a la

extravagancia de ser entre ellos como proverbio, que la Lengua Turca ha de ser la única que se hable en el Paraíso, y la Persiana en el Infierno.

11. Todo este encono nace únicamente de diferencia en materia de religión. Siendo todos mahometanos, se tratan recíprocamente como Herejes. Mutuamente se imputan haber corrompido algunos textos del Alcorán; como si aquel disparatadísimo libro fuese capaz de más corrupción que la que trae de su original. Pero el punto capital de la disensión está en que los Turcos veneran a Abubequer, Othman, y Omar, como que fueron los tres primeros Califas, o Pontífices Sumos, sucesores de Mahoma; los Persas les niegan este carácter, y colocan por primer Califa a Alí, primo hermano, y yerno de Mahoma.

12. Por divertir al Lector con una cosa graciosa, y para que vea el horror que tienen los Turcos a los Persas, pondré aquí la conclusión de la Bula de Anatema, que contra [228] ellos expidió el Musti Esad Efendi, y la trae en el segundo libro de su Historia del Imperio Otomano el señor Rikaut, que dice haberla copiado de un manuscrito antiguo, que halló en Constantinopla. Después de enumerar el Musti Otomano los capítulos por donde los Persas son herejes, y malditos de Dios, prosigue así: *Por lo cual claramente conocemos que vosotros sois los mas pertinaces, y pestilentes enemigos nuestros que hay en todo el mundo, pues sois más crueles para nosotros que los Jecidas, los Kiasiros, los Zindikos, y los Durcianos; y por comprehenderlo todo en una palabra, vosotros sois el compendio de todas las maldades, y delitos. Cualquiera Cristiano, o Judío puede tener esperanza de ser algún tiempo verdadero fiel; pero vosotros no podéis esperar esto. Por tanto yo, en virtud de la autoridad que recibí del mismo Mahoma, en consideración de vuestra infidelidad, y vuestras maldades, abierta y claramente defino, que a cualquier fiel, de cualquiera Nación que sea, le es lícito mataros, destruiros y exterminaros. Si aquel que mata a un Cristiano rebelde hace una obra grata a Dios; el que mata a un Persa hace un mérito que merece setenta veces mayor premio. Espero también que la Divina Majestad en el día del Juicio os ha de obligar a servir a los Judíos, y llevarlos a cuestas, a manera de jumentos suyos; y que aquella Nación infeliz, que es el oprobio de todo el Mundo, ha de montar sobre vosotros, y a espolazos os*

ha de encaminar a toda prisa al Infierno. Espero, en fin, que muy presto seréis destruidos por nosotros, por los Tártaros, por los Indios, y por nuestros hermanos, y colegas de Religión los Árabes. Pensamientos, y amenazas digna de un Sectario de Mahoma. El caso es, que esta terrible excomunión parece que fue oración de salud para los Persas, pues después acá, en los encuentros que se han ofrecido, por la mayor parte dieron en la cabeza a los Turcos. ¿A quién no moverá la risa ver con cuanta satisfacción de la buena causa que defienden, se capitulan unos a otros sobre puntos de religión aquellos bárbaros?

Quis ferat Gracchos de seditione querentes? [229]

§. IV

13. Pero volviendo a Españoles, y Franceses, lo que invenciblemente prueba que su oposición cuando la hay, es voluntaria, y no natural, es la amistad, y buena correspondencia conque viven hoy. Todos debemos repetir al Cielo nuestros votos para que nunca quiebre. Hoy depende de la cariñosa unión de las dos Monarquías el lograr para esta un éxito feliz de las presentes negociaciones sobre la paz de Europa. Y nuestra quietud, y desahogo dependerá siempre del mismo principio. Si se atiende al valor intrínseco de la Nación Francesa, ninguna otra más gloriosa, por cualquiera parte que se mire. Las letras, las armas, las artes, todo florece en aquel opulentísimo Reino. El dio gran copia de Santos a las Estrellas, innumerables Héroes a las Campañas, infinitos Sabios a las Escuelas. El valor, y vivacidad de los Franceses los hace brillar en cuantos teatros se hallan, Su industria más debe excitar nuestra imitación, que nuestra envidia. Es verdad que esta industria en la gente baja es tan oficiosa, que se nos figura avarienta; pero eso es lo que asienta bien a su estado; porque los humildes son las hormigas de la República. De su mecánica actividad tiran los mayores Imperios todo su resplandor. Y por otra parte se sabe que no tiene Europa nobleza de mas garbo que la Francesa.

Discurso décimo

Días críticos

Habiendo en el primer tomo impugnado los Años Climatéricos, impugnaré ahora los días Críticos, que son correlativos suyos.

§. I

1. Es la Crise (de donde se denominan los días Críticos, que por otro nombre llaman Decretorios) una súbita mutación en la enfermedad, o para la salud, o para la muerte. Así la definen los Médicos, los cuales también asientan que no en todas las enfermedades hay estas súbitas mutaciones; pues algunas veces estos dos enemigos, naturaleza y enfermedad, lentamente, sin llegar a lance decisivo de campo a campo, se van consumiendo las fuerzas, ya la enfermedad a la naturaleza, ya la naturaleza a la enfermedad; pero en las enfermedades donde hay Crises, quieren que estas estén consignadas a los días septenarios. Así lo decretó Hipócrates, acaso no como soberano, sino como subalterno de Pitágoras, que fue el primer autor de la supersticiosa observación de los números, tan valida entre los antiguos Gentiles, que sujetaron a su virtud, no sólo los movimientos de las cosas inferiores, más aún las operaciones de sus Deidades: *Numero Deus impare gaudet*.

2. El fallo de Hipócrates arrastró el común consentimiento de los Médicos, los cuales nunca faltan a decir, que hallan constantemente conforme la experiencia a cuanto dictó aquel grande Oráculo suyo. Esto es en tanto grado, que niegan la fe a los experimentos, cuanto pueden, en todo aquello que no leyeron en Hipócrates: pero en

[231] llegando a ser la experiencia tan palpable, que los obliga al asenso, ya dicen que hallan en Hipócrates aquello mismo que antes no querían creer, porque Hipócrates no lo decía. ¡Qué contradicciones no padeció Harvéo para establecer el dogma de la circulación de la sangre! Llevaba muy mal toda la familia médica que aquel inglés descubriese lo que se había ocultado a los ojos linces de su adorado viejo. Llega el caso de no poder resistir la evidencia de los experimentos; y veis aquí que mudando de idioma, dicen ya que en Hipócrates hallan escrita la circulación de la sangre, dando un sentido forzado para este efecto a ciertas palabras muy confusas de Hipócrates.

3. Yo confesaré de muy buena gana que Hipócrates fue un gran hombre, como los médicos en canje me confiesen que fue hombre. Y como me concedan esto, aunque sea con la protesta de no perjudicar al epíteto que le dan de Divino, pretenderé yo con justicia que nada se debe creer sólo porque Hipócrates lo dijo. No le desengañó a Hipócrates su grande entendimiento del torpe error de la pluralidad de Dioses. No niego que pudo ser en esto topo, y en otras cosas lince; pero no se puede creer que en todo lo demás fue lince quien en esto fue topo.

§. II

4. En efecto, sea lo que fuere de la autoridad de Hipócrates, digo que la asignación de días Críticos a los septenarios no se funda, ni en razón, ni en experiencia. En cuanto a lo primero, no pienso que me haya de contradecir Médico alguno; siendo cierto que en cuantos períodos observa la naturaleza, están aún debajo de su llave las causas. Creémoslos porque los vemos; pero ningún Filósofo fue capaz de anticipar el conocimiento a la experiencia con el raciocinio. Aún después de vistos los efectos, se anda tan a tientas en el examen de las causas, que nadie sin temeridad puede lisonjearse de haber acertado con ellas. ¿Quién hasta ahora ha descubierto por qué el mar en su flujo y reflujo sigue los movimientos de la [232] Luna: por qué las fiebres intermitentes recurren en determinados días; y asimismo todas las demás

alteraciones periódicas? La variedad de sentencias muestra que aún no se descubrió la verdad. Si se trajese la semilla de alguna planta extranjera, y no conocida en Europa, yo desafiaría a todos los Físicos de estos Reinos, sobre que por más análisis que hiciesen de ella, no averiguarían en que tiempo del año florecería, y daría fruto. Y qué mucho, si hasta ahora nadie sabe por qué fructifican en la Primavera los guindos, y en el Estío, ú Otoño las cepas.

5. De modo, que aunque fuese verdadero el progreso de los días Críticos por septenarios, nadie antes de ver el efecto podría colegirle por el raciocinio. Después que el efecto se dio por supuesto, se fue a buscar su causa en la Luna. Pero ¿quién averiguaría antes (aún cuando pudiese penetrar que la Luna había de influir en esto) que las crises habían de corresponder, no al mes lunar sinódico, que es de 29 días, doce horas, y 44 minutos: ni al de iluminación, que es de 26 días con corta diferencia; sino al periódico, que es de 27 días, 7 horas, y 43 minutos? Dejando aparte el mes Medicinal, que sin consentimiento de los Astrónomos fabricó Galeno por su capricho, y que como compuesto de dos de diferente naturaleza, el periódico, y el de iluminación, es más embolismado que el mismo mes embolísmico.

6. Es, pues, constante, que si hay algún fundamento para establecer los septenarios por Críticos, se ha de tomar únicamente de la experiencia; pero yo reclamo contra este fundamento, por más que estriben en él los médicos, como incierto, y mal justificado, contentándome con esto por ahora.

§. III

7. De los antiguos, Asclepiades y Cornelio Celso, ambos médicos de grande experiencia, y fama, contradijeron los días Críticos. De los modernos sólo he visto declarados contra ellos a Lucas Tozzi, y al Doctor Martínez. Pero Juan Jacobo Waldismith dice [233] que hay muchos en estos tiempos que siguen la misma opinión; y lo mismo supones Ballivio (*Lib. 2. cap. 12.*). Pregunto ahora si todos estos Médicos no tenían ojos como los demás para ver las crises, y en que días caían. Y si los tenían, ¿cómo la experiencia no les mostró los

septenarios destinados para ellas? Sin duda que es la experiencia dudosa, cuando la vemos afirmada por unos, y negada por otros; y sobre experiencia dudosa no puede firmarse máxima cierta.

8. Diráseme acaso, que en el examen de cuestiones de hechos debemos estar a la deposición del mayor número de testigos, y son sin duda muchos más los que testifican la experiencia de los días Críticos. Respondo, que se debe estar por el mayor número de testigos, como sean imparciales; pero los que se alegan por los días Críticos, todos, o casi todos son parciales, como declarados, y ardientes sectarios de Hipócrates, autor de esta doctrina. Estos tienen el interés de defender a Hipócrates; los otros sólo el motivo de patrocinar la verdad.

9. Es raro el dominio que tiene Hipócrates, no sólo en los entendimientos, más aún en los sentidos de sus secuaces. No ven, ni palpan, sino lo que leyeron en Hipócrates. Un experimento solo que hallen conforme a sus máximas, abulta en su estimación por mil experimentos; y mil experimentos contra ellas no suponen por uno. Sucedióme en alguna ocasión concurrir en el cuarto de un enfermo con un Médico, el cual a vista de un vómito que le sobrevino al enfermo, le pronosticó pronta mejoría, fundado en un aforismo de Hipócrates en propios términos. Yo, que ya en otras ocasiones semejantes había observado falsificarse el aforismo de Hipócrates, afirme que sucedería todo lo contrario, y que bien lejos de mejorar prontamente, se exacerbaría más por algunos días la indisposición que padecía, aunque sin riesgo en la vida. Sucedió puntualmente lo que yo dije. Pero (¡cosa notable!) siendo el suceso constante, y siendo el médico hombre veraz, sabio y virtuoso, nunca fue posible [234] recabar de él una confesión clara del hecho, que él mismo había palpado, aún testificándole en presencia suya el enfermo, y los asistentes. Tan cierto es, que los finos hipocráticos más creen a Hipócrates que a sus propios ojos. Podría referir en confirmación de esto otros casos. El enfermo (que le nombro por si alguno quiere informarse con más individuación) fue el Padre Fr. Manuel de Cevallos, Prior entonces, y hoy Predicador mayor de este Colegio.

§. IV

10. Paso adelante. Los experimentos mismos que alegan los autores que están a favor de los días Críticos, muestran ser incierta la pretendida experiencia. Para lo cual es de saber que para señalar los septenarios, no todos los Médicos empiezan a contar de una misma manera. Unos cuentan desde el primer asomo de la enfermedad: otros desde aquel tiempo que la lesión de las acciones es bien sensible, o manifiestamente perceptible la fiebre: otros desde aquel en que el enfermo, no pudiendo resistir en pie la dolencia, se rinde a la cama. Y pasando muchas veces en estos tres estados algunos días, es claro que el día que para un médico es séptimo, para otro es octavo, para otro nono, para otro décimo. De lo cual se infiere evidentemente que nos engañan, o se engañan muchos de los que aseguran que experimentan Críticos los septenarios; pues en este sistema envuelve implicación manifiesta que haya cuatro días consecutivos todos Críticos.

11. Pero lo que verdaderamente sucede en esto es, que al ver la crise, cada Médico prescinde de su opinión propia, o hace otra cuenta distinta de la que hizo al principio, para hacer que la crise caiga en el septenario, si según la primera cuenta no cae. Entonces se figura, o que la relación del enfermo no fue exacta, o él no observó las señas con toda diligencia; y así la enfermedad para la cuenta de los días Críticos empezó antes, o después del tiempo observado; o en fin, cuando no haya otro recurso, se [235] atiende a la opinión de los que cuentan de otro modo. De esta suerte siempre Hipócrates, y Pitágoras se salen con la suya.

12. ¿Más qué diremos de los muchos enfermos que en las epidemias de Hipócrates se halla haber tenido sus crises en todo número de días, primero, segundo, tercero cuarto, &c.? Éste es un terrible aprieto; porque decir que Hipócrates no contó bien, sería punto menos que blasfemia. Tampoco puede atribuirse a irregularidad, porque los casos irregulares no suceden con tanta frecuencia.

§. V

13. Ni los médicos hipocráticos van consiguientes en sus máximas:

antes en la designación de los días Críticos destruyen la misma regla fundamental que establecen para su cómputo: lo que (si el amor propio no me engaña) probaré con evidencia matemática.

14. Para lo cual es de advertir lo primero, que señalan por días Críticos el séptimo, catorceno, veinte, o veinte y uno, veinte y siete, treinta y cuatro, y cuarenta. En los dos primeros, y tres últimos no hay discordia entre los médicos. En el tercero hay alguna ocasionada de algunos textos opuestos de Hipócrates, pues de unos se colige que es Crítico el día veinte, y de otros, que lo es el veinte y uno. Mas esta controversia ya se concilia con bastante apariencia; porque según el cómputo que se hace por el mes lunar (de que hablaremos luego), el día último de la tercera semana coge doce horas del día veinte, y otras tantas del veinte y uno; por lo cual no hay más razón para tener a uno por Crítico que a otro.

15. Es de advertir lo segundo, que además de los días Críticos, señalan otros, que llaman índices, porque apuntan, o significan lo que ha de suceder en los decretorios, cada uno respectivamente al inmediato que le sucede. Estos son los días cuartos de cada semana lunar; conviene a saber, el cuarto de la enfermedad, y el undécimo, y decimoséptimo. [236]

16. En tercer lugar (lo que ya se apuntó arriba) se ha de advertir que arreglan los médicos la serie de los días Críticos al curso de la Luna en el Zodiaco, o mes periódico, el cual no es otra cosa que aquel espacio de tiempo que la Luna, partiendo de un punto del Zodiaco, tarda en volver al mismo punto, y comprende 27 días, 7 horas, 43 minutos primeros y 7 segundos. Pero despreciando minucias, que hacen embarazosa la cuenta, y su omisión no induce error sensible, podremos suponer el mes periódico de 27 días y 8 horas justas, y así le suponen los médicos.

17. Dividiendo, pues, el mes periódico en cuatro semanas, de las cuales cada una tiene no siete días cabales, sino seis días y veinte horas, dicen que el cuarto de cada semana es índice, y el séptimo decretorio. Ésta es su doctrina; porque no pudieron ajustar con la Luna que gobernase la serie de las crises sino por este método.

18. Y supuesta esta doctrina, digo que yerran miserablemente la cuenta en cuanto a dos días, uno índice y otro Crítico. El índice es el decimoséptimo, y el Crítico el cuadragésimo. En lugar del

primero debieran señalar el decimoctavo, y en lugar del segundo el cuarenta y uno.

19. La razón de lo primero es, porque dando a cada semana lunar seis días y veinte horas, el cuarto de la tercera semana coge mayor porción del día decimoctavo de la enfermedad, que del decimoséptimo; conviene a saber, de aquel catorce horas con corta diferencia, y de este no más que diez, como sacará con evidencia cualquiera que se ponga a hacer la cuenta, que yo no quiero ponerla aquí, y gastar tiempo y papel en ella, por ser tan fácil. Luego por la máxima de que *la mayor parte trae a sí la menor*, la cual siguen los médicos en los demás días índice y decretorios, exceptuando los dos señalados, debieran dar el atributo de índice no al decimoséptimo, sino al decimoctavo, pues este es verdaderamente el cuarto de la tercera semana.

20. Consiguientemente a esto es falso también lo que [237] dicen los Médicos para establecer por cuarto de la tercera semana al decimoséptimo; esto es, que el catorceno es día último de la segunda semana lunar, y primero de la tercera. La primera prerrogativa le toca legítimamente; pero no la segunda. La razón es, porque según la cantidad expresada de las semanas lunares, el día último de la segunda semana coge ocho horas del día trece de enfermedad, y dieciséis del catorce; y así este por coger la mayor porción del día último de la segunda semana, debe tomar esta denominación. Pero por la misma razón debe denominarse primero de la tercera semana el decimoquinto; pues coge dieciséis horas de ella, no tocándole al catorceno más de ocho.

21. Aún es mayor el error en el cuadragésimo que en el decimoséptimo; porque al cuadragésimo no le tocan más de ocho horas del séptimo día de la segunda semana del segundo mes lunar, quedándole diecyséis al cuarenta y uno. Luego éste debiera ser atendido por Crítico, y no aquel. Lo que de aquí se colige es, que este negocio de los días Críticos va a tientas; y que por más que hagan los médicos, no pueden ajustar a Hipócrates con la Luna.

22. Yo sospecho con gran fundamento que Galeno previó esta dificultad, y por eso ideó un mes lunar a su modo, que llamó medicinal, juntando la suma del mes periódico al de iluminación, y partiendo después por medio la suma total, de suerte que la mitad

de la suma total hiciese un mes medicinal entero, el cual venía a tener siete días menos dos horas. Hecha de este modo la cuenta, legítimamente salía por índice el decimoséptimo, y por decretorio el cuadragésimo, y además de eso en el día veinte no había el embarazo de haber de partir mitad por mitad su critiquez con el veinte y uno. Pero como ni Galeno para la fábrica de su mes se gobernó por los Astrólogos, ni después de fabricado se gobiernan por él los Médicos, no necesita de más impugnación que advertir la voluntariedad de su cómputo. [238]

§. VI

23. Mas por apurar del todo la materia, me adelanto a probar que no sólo la cuenta que hacen los Médicos es errada, sino que no se puede hacer en este asunto alguna que no lo sea. Quiero decir, que de cualquier modo que se cuenten los septenarios, será falso decir que tocan a los septenarios las crises.

24. Para esto supongo (lo que nadie puede negar) que las mutaciones periódicas que se hacen en cualesquiera líquidos se arreglan, no sólo al influjo de una causa, sino al complejo de todas las que concurren; y no sólo al influjo de las causas, mas también a la naturaleza de los mismos líquidos. Esto se palpa en infinitos ejemplos. Aunque la Luna sea, según la opinión común, causa de la intumescencia de las aguas marinas, y de la del humor nutricio de las plantas, siguen una, y otra intumescencia distintos períodos, pues aquella sucede dos veces al día, y esta una vez cada mes. En el mismo mar hay notable diferencia por razón de las causa parciales que concurren con el influjo de la Luna. Así en Negroponte sucede el flujo y reflujo muchas veces al día, y en muchas partes del Mediterráneo no se observa flujo o reflujo alguno. Aunque los mismos Astros influyan en todas las plantas, no sucede en el mismo tiempo, ni observa los mismos períodos la maduración de sus frutos, porque el jugo es diferente naturaleza; y aún siendo de la misma, la calidad del terreno y accidentes de la Atmósfera inducen bastante variación. Las fermentaciones, tanto naturales como químicas, se hacen a muy diferentes plazos, según la varia cantidad y naturaleza

de los líquidos: unas son muy prontas, otras muy lentas. Aún los líquidos de una misma naturaleza específica, sólo por razón de la diferencia individual fermentan más o menos prontamente, como se ve en los vinos.

25. Supuesto esto discurro así. En distintas enfermedades, aún de las agudas, es distinta la calidad, y mixtion de los humores viciosos. En las enfermedades, que se [239] distinguen específicamente, no tiene esto duda. Luego la fermentación de ellos seguirá distintos períodos: por consiguiente no se puede señalar regla general, y uniforme, que determine los plazos de la lucha decisiva entre la enfermedad y la naturaleza; antes en distinta enfermedad será distinto el día del duelo.

26. Donde se ha de advertir (para esforzar más esta dificultad) que la diversidad específica de las enfermedades tiene más latitud que la que comúnmente se piensa; pues muchas, que ostentan gran parentesco en la superficie, esconden mucha oposición en el fondo. Vese esto claro en las fiebres epidémicas, que siendo una la cara, suelen pedir distinta y aún opuesta cura. Así yo creo poder asegurar con razón que en varias clases de enfermedades, aunque los Médicos piensan distinguir el concepto específico, no señalan sino el genérico. ¿Cómo, pues, habiendo tanta distinción en las enfermedades, y por consiguiente en los humores, pueden señalarse a sus fermentaciones y segregaciones unos mismos períodos?

27. Ni aún se puede hacer esto, siendo una misma enfermedad en cuanto a la especies; porque, como ya vimos arriba, la diferencia individual basta para variar el período. Las combinaciones de las partículas heterogéneas de los humores (aún cuando se suponga ser estos específicamente unos mismos) son innumerables, y a proporción son más lentas o aceleradas las fermentaciones, como se ve en las mixtiones químicas, que aún haciéndose con las mismas especies de ingredientes, según que se varía la dosis de este, u de aquel, fermentan más breve o tardamente.

28. Esfuérzase esto con la paridad de las fiebres intermitentes, las cuales, según se distinguen entre sí, tienen sus recursos periódicos en distintos plazos, en que hay tanta variedad como se sabe. Y aún una misma fiebre, en virtud de algunas mutaciones accidentales, sale del compás que había tomado al principio: ya se

acelera; ya se retarda; ya la que seguía determinado ritmo se hace errante; [240] ya la que repetía cada día, alterna; ya repite cada día la que alternaba. Es preciso que en los períodos Críticos de las fiebres continuas haya la misma variedad, pues hay el mismo principio; conviene a saber, la distinción, ya sustancial, ya accidental de unas a otras.

§. VII

29. Finalmente (dejando otras muchas cosas) me parece absurda e increíble aquella alteración que los Médicos suponen en la serie de los días Críticos en pasando la enfermedad del cuarenta; en cuyo caso dicen que ya las crises no proceden por septenarios, sino por veintenos, y así son Críticos el sexagésimo, octogésimo, centésimo, y centésimo vigésimo. ¡Raro salto! para el cual es preciso fingir que la Luna, cansada de la superintendencia crítica, la substituye en otro Astro, que hebdomadice de veinte en veinte días; o por lo menos, hecha muy morlona esta guisandera de las fiebres, sólo de tres en tres semanas se digna de bajar a revolver la cazuela de los humores.

30. No omitiré aquí que el grave y elocuente Cornelio Celso, aunque muy venerador de Hipócrates en la parte pronóstica, en cuanto a la asignación de días Críticos le halle destituido de toda razón; y dice, que así él, como otros célebres antiguos, se dejaron arrastrar ciegamente a la supersticiosa observancia de los números, por la autoridad sola de Pitágoras: *Adeo apparet quacumque ratione ad numerum respeximus, nibil rationis sub illo quidem Auctore* (Hipócrates) *reperiri. Verum in his quidem antiquos tunc celebres admodum Pythagorici numeri fefellerunt*.

Nota

Con la ocasión de haber citado en este Discurso a Lucas Tozzi, me parece advertir la poca razón conque algún médico en uno de tantos impresos, como en asunto de Medicina parecieron el año pasado, quiso ajar la grande opinión de este insigne hombre. Fue Lucas

Tozzi [241] primer Médico del Papa Inocencio XII. Muerto este Pontífice, casi al mismo tiempo fue solicitado por el Colegio Sacro para Médico del Cónclave, y de Carlos Segundo, Rey de España, para que viniese a curarle de la enfermedad, de que muy presto murió. Púsose en camino el Tozzi, aceptando este segundo partido; pero arribando a Milán, le llegó la noticia de la muerte del Rey de España: conque se volvió a Roma, adonde, y en toda Italia fue famoso por su excelencia en la práctica de su arte; y por sus escritos lo será en toda la posteridad. Esto no curará la desabrida índole de algunos Médicos, que en citándoles contra su opinión algún Autor, aunque sea el más insigne del mundo, no se embarazan en decir que es un trastuelo, &c. Pero déjenme siquiera elogiar a los muertos los que llevan tan mal que alabe a los vivos:

Hae sunt invidiae nimirùm, Regule, mores
Praeferat antiquos semper ut illa nobis.

Discurso XI

Peso del aire

§. I

1. Las experiencias conque los Filósofos de tiempo inmemorial probaban (a su parecer demostrativamente) ser imposible espacio vacío de todo cuerpo en el Universo, examinadas mejor, se halló no probaban eso, sí otra cosa muy diferente; conviene a saber, la pesantez y fuerza elástica del aire. Los primeros que descubrieron al mundo este secreto fueron los dos célebres matemáticos florentinos, maestro y discípulo, Galileo y Torrizeli. Después de estos, otros muchos, variando y combinando de diversos modos aquellas experiencias, hallaron siempre [242] tan uniformemente correspondientes los efectos a la causa referida, que ya hoy en las Naciones pasa esta por materia demostrada entre los Filósofos de todas las Escuelas; habiéndose rendido a la fuerza de la evidencia aún los Aristotélicos más tenaces. Pero porque esta doctrina aún es peregrina en España, donde la pasión de los Naturales por las antiguas máximas hace más impenetrable este país a los nuevos descubrimientos en las ciencias, que toda la aspereza de los Pirineos a las escuadras enemigas; la explicaré ahora con la mayor claridad que pueda.

2. La experiencia principal en que fundaban los antiguos Filósofos la repugnancia del vacío, es bien sabida. Llénese de agua, u de otro licor cualquiera, un tubo cerrado por uno de los dos extremos, y vuelto abajo el extremo abierto, se verá que el agua no

cae: antes, contra lo que pide su natural gravedad, queda suspensa, ocupando la concavidad del tubo. Esto parecería no poder atribuirse a otra cosa sino a que en aquel tiempo que tardaría en despeñarse el agua, necesariamente había de estar vacía de todo cuerpo la concavidad del tubo, no pudiendo entrar el aire, ni por la boca del tubo; pues le estorba la agua, ni por otra alguna parte, suponiéndose por todas las demás cerrado. De aquí inferían ser sumo el horror que tienen la naturaleza al vacío, pues fuerza a la agua a que contra su natural propensión al descenso, se mantenga suspensa para estorbarle.

3. Confirman esto, porque abriendo la parte superior del tubo, como se hace con la bomba, al punto cae la agua: luego es porque entrando entonces el aire, se evita el vacío; y por consiguiente sólo el miedo al vacío, o la ansia de estorbarle, la tenía antes suspendida. Aún más claro parece que se ve el conato de la naturaleza a impedir el vacío en el ascenso que hace el agua en la jeringa, o bomba, al paso que se retira el émbolo, que llenaba su hueco.

4. Lo mismo infieren de la experiencia de dos cuerpos planos, y lisos, contiguos según las superficies planas, los [243] cuales piden una casi inmensa fuerza para separarse, de modo que las dos superficies planas queden enfrente una de otra; lo cual discurren sucede así, porque no pudiendo el aire entrar en un instante a ocupar el espacio que quedaría entre los dos cuerpos, necesariamente se daría allí vacío por algún breve tiempo.

Nota

5. A aquel cuerpo de figura cilíndrica, que llena la concavidad de la bomba, y que con su extracción hace subir el agua, llaman los Latinos Embolus, voz que tomaron de los Griegos, y los Franceses Pistón. Yo uso de la voz Émbolo, porque no sé que la tenga propia en nuestro Idioma.

§. II

6. Sabiamente notó el Padre Dechales una gravísima inadvertencia de los que atribuyen el ascenso del agua al cuidado de la naturaleza en impedir el vacío; la cual consiste en que descuidando de la causa eficiente, que es la principal en la consideración física, sólo señalan la final. Demos que el agua sube por impedir el vacío. Ése es el fin del movimiento. ¿Pero cuál es el agente que mueve la agua? No ella a sí misma; porque todo lo que se mueve, es movido por otro. Fuera de que esto sería suponer agente intencional a la agua, que conociendo el riego que al Universo amenaza en el vacío, solícita se mueve a precaverle. Recurrir al solitario influjo de la causa primera es escapatoria condenada en buena Filosofía. Muy defectuoso hubiera Dios criado el Universo, si no hubiese fuerzas en toda la naturaleza para remediar, o precaver el daño que le puede hacer un agente determinado. Acudir a las causas segundas universales, Cielos, y Astros, es caer en el mismo inconveniente. Fuera de que los Astros no están atisbando a las contingencias de acá abajo para acomodar a ellas sus influjos. Del mismo modo se han de mover, y lo mismo han de influir, que yo me ponga a travesear con una jeringa en un barreñón de agua, o que me [244] esté quieto. Constantes, y arreglados tienen sus movimientos, sin dependencia de cuanto acá abajo puede alterar el libre albedrío de los hombres. Decir que la naturaleza es quien mueve la agua, es decir nada. La naturaleza, tomada en común, es ente nominal, concepto metafísico, o idea Platónica. Las razones comunes son duendes de los espacios imaginarios, que jamás harán otra cosa que enredar en las cabezas de los Lógicos. La naturaleza sólo es algo, y sólo puede hacer algo, como contraída a este y aquel ente determinado; y así es menester señalar que ente particular es el que mueve la agua para que suba; lo cual no se hará jamás, a menos de recurrir con los modernos al peso del Aire, cuya doctrina vamos ya a explicar.

§. III

7. Que el Aire es pesado no se le ocultó a Aristóteles, pues en el libro 4 de Caelo, cap. 4. expresamente lo afirma, y lo prueba con la experiencia de que el pellejo inflado pesa más que vacío. Pero los

Peripatéticos vulgares, contentándose con trasladar unos de otros, no examinan lo que dejó escrito de bueno su Maestro; y todo es escandalizarse de los modernos, aun cuando estos no hacen otra cosa que repetir, y poner claro lo que Aristóteles, o sus traductores escribieron un poco turbio. El señor Homberg, de la Academia Real de las Ciencias, confirmó la experiencia alegada por Aristóteles, porque pesó un globo de vidrio de trece pulgadas de diámetro lleno de aire en su estado natural: quitóle después el aire por medio de la Máquina Pneumática, y pesándole de nuevo, le halló una onza menos de peso.

8. Que el aire lo tenga esto por su propia naturaleza, o por los hálitos y corpúsculos que nadan en la atmósfera, no nos hace al caso, pues nuestro intento sólo es demostrar que este aire grosero e impuro que respiramos, es pesado, y que a esta causa, y no a otra se debe atribuir el ascenso y suspensión de los licores en los tubos. Pero antes de llegar a este examen, es preciso descubrir la [245] conexión que tiene el peso del Aire con su fuerza elástica, o impulso de su resorte, porque uno y otro concurre al efecto dicho.

9. Consta de innumerables experimentos que el Aire es capaz de comprimirse y dilatarse, y que es portentosa la distancia que hay entre su mayor compresión, y su mayor dilatación. El diligentísimo Boyle, por sus repetidas y bien regladas observaciones halló que el espacio que ocupaba el Aire en su mayor rarefacción, era quinientas y veinte mil veces mayor que el que ocupaba en su mayor comprensión (*tom. 1. de Aeris rarefacti, & compressi extensione*). Y aún halla posible que el arte llegue a comprimirle y extenderle más. De hecho parece que no se engañó en su conjetura, pues Monsieur Papin, que después adelantó más la perfección de la Máquina Pneumática, extendió más el aire que Boyle.

10. Supuesto el peso del Aire, y supuesta también su aptitud a comprimirse y dilatarse, sea tanta, o mayor o menor de lo que hemos dicho, se infiere con evidencia que este aire inferior que respiramos, y en que vivimos, está notablemente comprimido en fuerza del peso del superior que carga sobre él; por consiguiente se dilatará a mucho mayor espacio del que actualmente ocupa, si aquel peso no le oprimiera. En esto consiste la fuerza elástica, o impulso del resorte, el cual no es otra cosa que aquel conato que

cualquiera cuerpo, comprimido violentamente, hace para ocupar el mayor espacio que naturalmente le es debido.

11. Notaré aquí también (porque importa) que la fuerza elástica del aire comprimido es perfectamente igual a la fuerza del peso del Aire comprimente. La razón es, porque cuando algún peso carga sobre un muelle, le va recogiendo, o encogiendo hasta un punto determinado, en que es tanta la resistencia del muelle, como el peso que le encoge. Por tanto la elasticidad, o ímpetu del resorte del aire comprimido está en perfecto equilibrio con el peso de la columna de aire que carga sobre él. [246]

§. IV

12. Entendiendo bien esto, se comprenderá fácilmente cómo de la causa dicha dependen todos los fenómenos que antes se atribuían al miedo del vacío. Sube la agua en la bomba al retirar el émbolo, porque gravitando el Aire sobre la agua que está en el estanque, o barreñón, con su peso la obliga a subir por el agujero de ella, y como por el extremo opuesto no puede entrar el Aire, por estar cerrado, falta la gravitación por la parte interior, que era la única que podría hacer que la agua no obedeciese al impulso que le da con su peso el Aire externo.

13. Mantiénese el agua en el tubo, aún después que este se levanta a alguna distancia de la superficie de la tierra, u de la agua; porque el Aire que está debajo, por estar comprimido con el peso de la atmósfera, tiene tanta fuerza para resistir el descenso de la agua, como el peso de aquella tuvo para hacerla subir en la bomba.

14. Dos cuerpos contiguos por las superficies planas hacen gran resistencia a la división, porque ya el peso del Aire, ya la fuerza elástica que adquirió con la compresión, los impele fuertemente por los lados uno hacia otro.

15. Dudaráse acaso por qué poniendo el extremo abierto de un tubo en la superficie del agua, y teniendo el extremo opuesto cerrado, no sube la agua al tubo; siendo así que parece debiera subir, porque el Aire gravita sobre la agua que está en torno de la boca abierta del tubo, y no dentro de la concavidad de éste, por

estar cerrado el otro extremo. Respondo, que el Aire que está dentro del tubo, por estar comprimido a proporción del peso del Aire externo, tiene tanta fuerza elástica para resistir el ascenso de la agua, como aquel tiene para impelerla arriba; y así, equilibradas las dos fuerzas, el agua se queda en la misma altura que tenía antes.

16. Por estos principios se resolverán otras muchas cuestiones que podrían hacerse, no habiendo alguna que [247] no tenga clara solución, como se haya penetrado bien lo que hemos dicho de las dos fuerzas de gravitación, y elasticidad del Aire; advirtiendo, que en algunos fenómenos es causa únicamente la gravitación, en otros la elasticidad, en otros una, y otra juntas; si bien, que como la elasticidad depende necesariamente de la gravitación, siempre ésta obra, por lo menos mediatamente, aún cuando el efecto parece depender sólo de aquella.

§. V

17. Que por las causas dichas, y no por el miedo del vacío, sube la agua, o se mantiene suspensa, se demuestra con las experiencias siguientes. Usando de un tubo muy largo, como de cuarenta pies, o más, cerrado por una extremidad, el cual se llene de agua, y después se vuelva, sin que la agua se vierta, hasta colocar el orificio patente hacia abajo, bajará el agua del tubo hasta la altura de treinta y dos pies, o poco más, donde se quedará suspensa. Si la experiencia se hiciere con azogue, no subirá este, en cualquiera tubo que sea, más de dos pies, y tres dedos con corta diferencia. Si los tubos se inclinan, cuanto más se aparten de la perpendicular, tanto más capacidad de ellos ocuparán, así la agua, como el azogue; pero sin pasar jamás la agua de la altura perpendicular de treinta y tres pies, ni el azogue de la de dos pies, y tres dedos.

18. Ahora se arguye así. Si la agua, o el azogue subieran solo, y se mantuvieran suspensos, por estorbar el vacío al volver el tubo quedarían elevados hasta su mayor altura, ocupando toda la capacidad del tubo, porque no se diese vacío en la parte superior de la concavidad; no sucede así: luego no es el horror del vacío quien llama los líquidos hacia arriba.

19. Más. O aquel espacio que resta desde la altura de treinta y tres pies, adonde llega la agua, hasta la extremidad superior del tubo, queda vacío de todo cuerpo, o no. Si lo primero, ya el vacío es naturalmente posible, y [247] no le tiene la naturaleza el horror que se dice. Si lo segundo, cualquiera cuerpo que se diga que ocupa aquel vacío, ese mismo podrá ocupar toda la concavidad del tubo, y escusar a la agua el trabajo de subir contra su natural inclinación el la bomba, ni un dedo solo; y cuando se vuelve el tubo, caerá toda el agua: porque si pudo entrar algún cuerpo sutil en la parte superior, y por eso bajó la agua aquellos siete, u ocho pies, como lo restante del tubo no está más cerrado, podrá entrar en todo él: conque no tendrá la agua motivo para quedar suspensa en la altura de treinta y dos pies, como ni el azogue en la de dos pies, y tres dedos.

20. Sube, pues, la agua treinta y dos pies, y el azogue dos pies, y tres dedos, porque tanto peso tiene esta altura en el azogue, como aquella en el agua; y así se equilibran con el peso del Aire el peso del agua en treinta y dos pies, y el del azogue en dos pies, y tres dedos. Ni pueden subir de este término; porque llegando a estar equilibrado el peso del Aire con el de los dos líquidos, no tiene fuerza para hacerlos subir más. Supongo sabido, para inteligencia de esta materia, que los líquidos contiguos, o comunicantes entre sí, se equilibran a proporción de su peso específico, combinado con la altura de la columna, y no con lo grueso de ella; y así en dos tubos comunicantes, de los cuales el uno fuese mil veces más ancho que el otro, se equilibraría una libra de agua en el menor con mil libras de agua en el mayor, y quedarían en la misma altura.

§. VI

21. Que el peso del Aire, y no otra cosa determina los líquidos al ascenso, se demuestra más, porque constantemente observan la regularidad de subir más, o menos, a proporción del mayor o menor peso específico de los mismos líquidos. La agua sube con el exceso dicho sobre el azogue, porque es igual el exceso que hace el azogue en peso al agua. El vino sube algo más que el agua, porque es algo más ligero. [249]

22. Más: Se ha observado infinitas veces que el azogue en el barómetro sube más, cuanto es más bajo el sitio en que se hace la experiencia; y menos, cuanto el sitio es más elevado: de suerte, que sube menos en el medio de la subida de un monte que en el valle; y menos en la cumbre que en el medio. Lo cual no puede atribuirse a otra cosa sino a que cuanto más alto es el sitio, tanto es menor la altura de la atmósfera, y por tanto menor el peso del Aire que carga sobre el azogue.

23. De las experiencias alegadas se infiere evidentemente ser quimérico el efugio de decir que los líquidos suben a determinada altura del tubo, porque lo restante de su concavidad es ocupado por los hálitos exhalados de los mismos líquidos. Si fuese así, tanto subieran en la cumbre de un altísimo monte como en un valle; pues no exhalan allí más vapores que abajo. Subiría menos el vino que la agua, pues como más vaporoso, daría hálitos para ocupar mayor porción de la concavidad del tubo. El azogue sería preciso concebirle sumamente vaporoso, pues es tan poco lo que sube. A proporción de la altura del tubo, subiría más, o menos el licor, por ser más, o menos lo que resta de concavidad que han de ocupar los hálitos; todo lo cual es contra la experiencia.

§. VII

24. Finalmente, los experimentos de la Máquina Pneumática, o máquina del vacío, como la llaman otros, por sí solos ponen esta materia fuera de opinión. Introducido en el recipiente de dicha máquina el barómetro, o tubo lleno de azogue, a proporción que se va extrayendo el Aire del recipiente, va bajando más, y más el azogue; e introduciendo después de nuevo el Aire, en la misma proporción vuelve a subir, hasta colocarse en la altura en que estaba antes. Lo mismo sucede con la agua, y todos los demás licores. Boyle en su máquina agotó el Aire hasta el punto de no ocupar el azogue más que un dedo de altura en el tubo. Como después de Boyle se ha adelantado [250] la perfección, y uso de la Máquina Pneumática, facilitándose mucho más la extracción del Aire, no dudo que se baje ya mucho más el azogue en el barómetro,

o acaso enteramente le desocupe; aunque no me acuerdo de haber leído cosa particular sobre esta materia.

25. El mismo Boyle hizo la experiencia de poner en el recipiente dos tablas de mármol perfectamente lisas una sobre otra, pero la de abajo ligada al mismo recipiente; y habiendo quitado el Aire, halló que sin dificultad alguna se separaba, aún conservando el paralelismo de las superficies. Todo esto prueba concluyentemente, que en todos estos efectos nada hace el miedo del vacío, sí solo el peso y elasticidad del Aire; la cual como falte en el recipiente de la Máquina Pneumática, o por lo menos se debilite mucho, porque ya que no se quite del todo el Aire, queda tampoco, que es preciso enrarecerse en gran manera, y a proporción perder de su fuerza elástica; no puede hacer subir los licores sino a cortísima altura, ni comprimir sino muy débilmente los mármoles uno con otro.

{(a) Aunque las razones conque hemos probado el peso del Aire, son absolutamente concluyentes, porque hemos sabido que hay algunos sujetos tan rudos que no penetran su fuerza, y así se mantienen en la vulgar preocupación; añadiremos en prueba de lo mismo dos experimentos de Monsieur Homberg, cuya ilación en orden al asunto es proporcionada al entendimiento más obtuso.

2. Habiendo Monsieur Homberg extraído por medio de la Máquina Pneumática el Aire de un globo de vidrio hueco, de veinte pulgadas de diámetro, le pesó, dejó después entrar el Aire, y pesándole de nuevo, vio que pesaba dos onzas, y medio adarme más. ¿Quién aumentó el peso, sino el Aire introducido? Luego el Aire es pesado. Este experimento fue hecho en el Estío, y en un tiempo muy sereno.

3. Pesó después por el mes de Enero el mismo globo lleno de Aire en un tiempo frigidísimo, y halló que pesaba cuatro onzas y media más que vacío de Aire; de suerte que venía entonces a tener el Aire mas que duplicado el peso del primer experimento. Es claro que esto provienen de estar el Aire más comprimido en tiempo frío, y los consiguientes pesar más debajo de igual superficie, que en tiempo cálido; así como si ocupasen el hueco del vidrio con lana muy comprimida, pesaría mucho más que ocupándole con lana esponjada. (*Hist. Acad.* Año 1698).}

Discurso XII

Esfera de fuego

§. I

1. Muy desigual contemplo la fortuna en dos Filósofos antiguos, Xenofanes el uno, el otro Occelo, discípulo de Pitágoras. Estos dos Filósofos nos trajeron dos notables noticias de dos regiones confinantes entre sí; bien que muy distantes de nosotros. Xenofanes dijo que la Luna era habitada no menos que la tierra, y del mismo modo poblada de hombres, brutos, y vegetables. Occelo esparció por el Mundo que inmediata al Cielo de la Luna yacía extendida por toda su concavidad una Esfera de verdadero fuego. La primera noticia, bien que opuesta al testimonio de las Sagradas Letras, no tiene contra sí el informe de los sentidos: para conocer la falsedad de la segunda, no es menester más que abrir los ojos. Con todo, Occelo tuvo, y tiene aún hoy infinitos Sectarios. A Xenofanes apenas se le puede asegurar alguno; pues aunque poco ha el célebre matemático Christiano Huigens, inventor de la Péndula, escribió un libro sobre el asunto de estar habitados todos los Planetas, mas se debe creer que lo hizo por juguete de ingenio, a competencia de Keplero, que por opinión: y el mismo concepto se puede hacer del otro filósofo, que en Plutarco (*lib. de Ore orbis Lunae*) para comprobación de la sentencia de Xenofanes fingió haberse visto caer un León de la Luna sobre la tierra del Peloponeso.

2. La sentencia de la existencia del fuego próximo al [252] Cielo de la Luna, sería sin duda muy cómoda a los antiguos Persas, y

Caldéos, que adoraban este elemento como Deidad, y así estaría mas proporcionado a sus cultos, colocándole en aquella elevación. Con todo, a ninguno de aquellos ancianísimos Filósofos de Caldéa, y Persia, los dos Zoroastros, Azonaces, Beroso, Hystaspes, ni Ostanes; sí solo a Occelo Pitagórico se atribuye la gloria de este descubrimiento. Dio gran vuelo a la opinión de Occelo la persuasión (falsa como luego veremos) del patrocinio de Aristóteles. Debajo de cuyo supuesto, hecho el Estagirita dueño del Orbe literario, todo el Mundo subscribió a la existencia de la Esfera del Fuego; hasta que haciendo frente Cardano al consentimiento universal, tras de este algunos ilustres Peripatéticos se declararon contra la común opinión. De este bando fueron muchos famosos Jesuitas, como Arriaga, Cabeo, Scheinero, Kircherio y Gaspar Scotto, a quienes sin embarazo seguimos; porque a la común opinión, al paso que ni la autoridad de Aristóteles la favorece, ni alguna sólida razón la apadrina, la experiencia manifiestamente la impugna.

3. Los lugares que se citan de Aristóteles por la Esfera del Fuego, son: El primero, lib. I. de Caelo, cap.2 & 3. El segundo, lib. 4. de Caelo, cap. 4. El tercero, lib. I. Meteor. cap. 3. En el primer lugar habla Aristóteles, no del Fuego elemental, sino de la materia celeste, a quien a veces da nombre de Fuego: de lo cual se convencerá quien leyere con atención aquellos dos capítulos, especialmente la última parte del cuarto. En el segundo lugar no dice palabra de tal Esfera del Fuego. Solo afirma, y prueba que es el Fuego el más leve de todos los elementos, porque en cualquiera parte del aire que se coloque la llama, se mueve hacia arriba.

4. El último lugar, que es donde podía buscar algún patrocinio la común sentencia, es donde Aristóteles manifiestamente la destruye; pues dice abiertamente que aquel cuerpo colocado entre el aire inferior, y el último Cielo, aunque se acostumbra llamar fuego, no lo es, y que solo [253] se le dio ese nombre por ser un cuerpo caliente, y seco. Pondré sus palabras, porque a nadie quede vestigio de duda: *Ergo in medio, & circum mediun id habetur, quod gravissimum, atque frigidissimum, idemque discretum est, terram dico, & aquam. Sed circum haec, & illa quae iisdem proxima cohaerent, tum aerem, tum id quod ex consuetudine Ignem vocamus, poni affirmamus; ignis tamen non est, cum ille sit caloris redundantia, & quasi fervor*

quidam. Inmediatamente se explica más, advirtiendo que aquello que ocupa la parte superior del espacio interpuesto entre la Luna y la Tierra, y a quien se dio el nombre de fuego, no es otra cosa que el agregado de muchas exhalaciones, que como más leves subieron sobre los vapores; y por ser cálidas y secas se pueden considerar como virtualmente ígneas: *Verum oportet intelligere partem elementi terrae circumfusi, qui aer dicitur, quique etiam a nobis ita appellatur, bamidam, calidamque esse, quoniam vapores mittit, ipsiusque terrae aspirationes continet: superiorem autem partem calidam, & siccam. Natura enim evaporationis, statuitur humor, & calor; aspirationis calor, & siccitas. Evaporatio etiam facultate est tamquam aqua; aspiratio perinde ac ignis.* ¿Quién no se admira a vista de esto que en las Escuelas constantemente se dé a Aristóteles por Patrono de la Esfera del Fuego, creyéndolo unos sin examen, porque otros lo dijeron sin reflexión?

§. II

5. ¿Y qué importaría que Aristóteles fuese de ese sentir, si la experiencia y la razón están por el opuesto? Nadie ha visto ese fuego allá arriba. Luego no le hay. Es clara la consecuencia; porque el fuego, como resplandeciente, donde no hay estorbo interpuesto, necesariamente es visible. Ese fuego no tiene pábulo en que cebarse, porque el aire no puede serlo: luego aunque Dios le hubiera criado al principio, muy luego se hubiera apagado. Decir que aquel fuego, por ser elemental, y puro, no quema, ni resplandece, es hablar por [254] antojo introducir un misterio increíble en la naturaleza, y confundir toda la Filosofía. Nadie hasta ahora descubrió otro medio para conocer que dos sustancias son de una misma, o de diferentes especies, que la conveniencia, o desconveniencia en los accidentes sensibles; porque las sustancias por sí mismas no pueden conocerse. Luego careciendo aquel cuerpo contiguo al Cielo de la Luna de todos aquellos accidentes que observamos en el fuego de acá abajo, necesariamente se debe reputar por ente de distinta especie. Y si este argumento no valiese, no habría alguno conque convencer a quien se le antojase decir que el aire mismo que respiramos es

fuego: que la agua es tierra: que la tierra es aire: que todas las plantas son de una misma especie, &c. Dios nos dio sentidos para informarnos de los objetos. Ellos son las guardas, que puestos a la entrada de la alma, deben registrar si es contrabando, o género permitido; esto es, mentira o verdad, cuanto la opinión ajena pretende introducir en esta animada república. Ceder al testimonio uniforme de los sentidos, es obsequio vinculado a los derechos de las verdades reveladas. Por tanto, si esta humilde deferencia, concedida a la autoridad divina, es sacrificio; concedida a la humana es sacrilegio, porque es igualarlas en el tributo, y el respeto.

6. La razón conspira con el sentido a desterrar ese invisible fuego, como ocioso, y inútil en el Mundo. ¿De que puede servir una llama que a ningún viviente alumbra, ni calienta? Sólo asintiendo a la opinión apuntada arriba de que hay habitadores en la Luna, se podría decir, que les hace el fuego inmediato el beneficio de enjugarlos de las humedades de aquel Astro. En una región donde no hay generaciones, y corrupciones, tampoco puede servir, ni para la composición, ni para la disolución de los mixtos; ¿pues a qué fin le ha criado Dios? [255]

§. III

7. Prueban los Autores contrarios su sentencia, lo primero con la experiencia de que la llama siempre sube arriba, como que va a buscar su esfera. Éste es el grande argumento de los contrarios. A que respondo, que la llama para subir no ha menester tener arriba su esfera; sí solo ser más leve que el aire que la circunda. Generalmente entre cuerpos líquidos de desigual levedad, o gravedad, siempre el mas leve sube sobre el que lo es menos, sin necesitar para esto de tener arriba esfera propia que le llame. Así sube el humo, sin que haya arriba una esfera propia del humo. Suben las exhalaciones, suben los vapores sin parar, hasta que llegan a aquel punto donde el aire, siendo ya más leve que este inferior que respiramos, quedan en equilibrio con él en cuanto al peso, no pudiendo alguno de los dos cuerpos elevar, o impeler al

otro más arriba, porque para esto era necesario que fuese más pesado que él, contra lo que se supone.

8. Lo mismo se experimenta en todos los licores de sensible desigualdad en cuanto al peso. El aceite que se estaba quieto en el suelo del vaso, si echan otro licor más pesado que él en el mismo vaso, va subiendo tanto más, cuanto más licor echaren, según la capacidad del continente; no porque haya arriba alguna esfera de aceite, sí porque siendo el otro licor más pesado que él, llevándole su peso hacia abajo, reempuja hacia arriba el aceite, el cual queda sobre el licor, por ser más leve que él, y debajo del aire, por ser más pesado que el aire. Lo mismo que el aceite con la agua, sucede al espíritu de vino rectificado con el aceite, por ser aquel mucho más leve. No es, pues, necesario para que la llama suba, que mire arriba a su elemento; sino que el ambiente inmediato, como más pesado, la obligue al ascenso.

9. Confírmase más esto, porque el carbón encendido no sube, aunque tiene la forma de fuego. Y esto no tiene solución en el sentir de aquellos Filósofos, que no [256] admiten en el carbón encendido otra forma substancial que la de fuego. Ni hay lugar a la disparidad que señalan entre el carbón, y la llama, diciendo que aquel es pesado, y denso; esta leve, y rara: porque aunque esto es verdad, no es compatible con los principios de los que dan esta respuesta; pues si, según los Peripatéticos, la raridad y levedad son propiedades de la forma substancial de fuego, y la materia del carbón, y la llama es específicamente una, que no tiene diferentes propiedades, o por mejor decir ninguna tiene, deberá ser igualmente leve, y raro uno que otro. Tampoco cabe la solución que dan otros Peripatéticos, diciendo que el carbón encendido conserva la forma substancial del leño, envolviendo en sus poros las partículas de fuego, así como el hierro encendido. No cabe, digo, en la sentencia común que da a la forma de ceniza por sucesora de la forma de fuego, como a la cadavérica de la viviente. En la cual se infiere, que como todo el carbón se hace ceniza, todo fue fuego antes. No sucede así en el hierro encendido; pues sacudida la llama, se ve que retiene su antigua forma.

10. Es cierto, pues, que el fuego sube, o baja según la materia en que prende. Si esta es más leve que el aire, sube: si es más pesada,

baja. Dejando aparte otra razón más oculta, que en algunas materias determinadas interviene para el descenso, como en el rayo, y en aquella valiente imitación del rayo, que por entrar en su composición el metal precioso, se llama *Oro fulminante*; pues es cierto, que como las llamas de estos dos Meteoros ardientes, no solo bajan a proporción de su gravedad, más rompen los cuerpos que les ocurren al paso con extraña furia; otra causa más que la gravedad de la materia influye en su violento precipicio.

11. Para mayor desengaño de los que atribuyen el ascenso de la llama al conato de buscar su elemento, hagan la reflexión de que, como ellos mismos enseñan, la inclinación natural puede frustrarse en uno, u otro individuo de una especie, pero no en todos; porque inútilmente [257] imprimiera el Autor de la naturaleza en alguna especie un movimiento, que nunca, o en ningún individuo de ella había de llegar al término. *At sic est*, que ninguna llama que arde acá abajo, logra, en fuerza de su conato subir, llegar a la esfera ígnea, que dicen está allá arriba: luego no tiene tal inclinación a buscar esa esfera.

12. Últimamente. No es cierto que toda llama afecte el ascenso, extendiéndose en forma piramidal hacia arriba; antes bien, apartando toda presión externa, se conforma en figura orbicular. Lo cual se comprueba con el célebre experimento de Bacon de Verulamio, que citamos en las Paradojas Físicas, núm. 27, y siguientes. Véase aquel lugar.

§. IV

13. Oponen lo segundo los contrarios, que siendo el fuego uno de los cuatro Elementos, se le debe señalar sitio, o lugar determinado, como le tienen la tierra, el aire, y la agua: luego no teniéndole acá abajo, se le debe señalar allá arriba.

14. Respondo lo primero, que este argumento procede sobre un supuesto muy dudoso; esto es, que el fuego sea elemento: nadie ignora cuánto ha estado, y está en opiniones cuales sean los verdaderos elementos de los mixtos, y cuanta variedad de sentencias hay en esta famosa cuestión. Respondo lo segundo, que

no en cualesquiera circunstancias se infiere la consecuencia de unos elementos a otros. En toda la naturaleza no se encuentran tierra, ni agua elementales puras. Con todo, no querrán los contrarios que no haya fuego elemental puro; pues sobre esto reñimos ahora. Del mismo modo, pues, de que los otros tres elementos tengan lugar determinado, no se infiere que le tenga el fuego. La disparidad está en que el fuego, a distinción de los demás, necesita de pábulo el cual no puede tener en el lugar que los contrarios le señalan; antes es preciso que se mezcle con los otros tres elementos para cebarse en ellos.

15. Respondo lo tercero, que no es difícil señalar lugar [258] propio al elemento del fuego, y de hecho ya muchos se le señalaron, aunque con harta diversidad. Los astrónomos modernos, que de común acuerdo convienen en que el Sol es formal, y verdadero fuego, señalan por sitio propio de este elemento todo el espacio que ocupa el cuerpo solar. Otros filósofos constituyeron el lugar principal del fuego en las íntimas entrañas de la tierra, donde dicen hay un pyrofilacio grandísimo, o depósito inmenso de llamas, que en varios ramos se difunde, y comunica a los conceptáculos de los muchos volcanes que hay en la superficie de la tierra. Sobre que se puede ver el Padre Kirquer en su *Segundo Viage extático*; y Bayle en el segundo Tomo de Física.

16. Oponen lo tercero la generación de los Cometas, y otros Meteoros ígneos en la suprema región del aire. Respondo, que también en las otras dos regiones se engendran, sin que en ellas haya fuego formal antecedentemente a su formación, como en la región media los rayos, y en la ínfima los fuegos fatuos. Cómo se producen estas llamas, ora sea por antiperístasis, ora por la violenta fermentación de materias heterogéneas inflamables, tratan en su lugar los Filósofos. Ni ahora es razón detenernos en esto. Añado, que los Cometas es muy incierto que se engendren en la suprema región del aire. A lo menos es cierto, que los que pudieron ser registrados como más exactas observaciones, se halló estar colocados sobre el Cielo de la Luna. Véase lo que sobre esto hemos dicho en el primer Tomo, Discurso X.

Discurso XIII

Del Antiperístasis

§. I

1. Creyóse hasta ahora, y aún se cree, que los sitios colocados a alguna distancia debajo de la superficie de la tierra, como los pozos profundos, y cavernas subterráneas, son en el Estío absolutamente fríos, y en el invierno absolutamente calientes. Dando por constante este hecho a persuasión del sentido, entraron los Filósofos a examinar la causa. Conviniéronse inmediatamente en que las cualidades contrarias crecen en intensión, cuando está cada una cerca de su enemiga; y así el cuerpo frío se enfría más, si está sitiado de algún cuerpo caliente, como el cuerpo caliente se calienta más, si está sitiado de algún cuerpo frío. Colocaron luego, sin más fundamento que la experiencia dicha, esta resolución filosófica en grado de axioma. Tomaron en uso para ella la voz griega *Antiperístasis*, que vale lo mismo que circumobsesión, ú obsesión del contrario: a la verdad con buen consejo; porque a la sombra de una voz griega se autoriza mucho la decisión más errada; y adquiere cierta pompa de verdad sublime, todo lo que se adorna con un rasgo de idioma forastero.

2. Pero como quedase en pie la dificultad de explicar cómo, y por qué del encuentro de las cualidades contrarias resulta la mayor intensión de ellas, aquí se dividieron los sabios exploradores de la naturaleza; cuyas opiniones se entenderán mejor usando del ejemplo de la agua del pozo, que suponen más fría en el Estío. Los

rigurosos Antiperistáticos dicen que la frialdad de la agua, sitiada [260] de su contrario el calor que reina en el ambiente vecino, esfuerza su propia actividad, como quien al verse combatido de su enemigo, pone para defensa el último conato. Pero esta opinión no puede subsistir: lo uno, porque no pueden las cualidades obrar sobre el grado en que están, pues nadie da lo que no tiene; y así la frialdad como dos no puede producir la frialdad como cuatro. Lo otro, porque se siguiera que la nieve metida dentro de un círculo de fuego, en vez de derretirse, se congelara más.

3. Otros recurren a ciertos efluvios, o hálitos (algunos los llaman especies intencionales) despedidos de la agua, que al tropezar con el calor del ambiente, retroceden fugitivos a la madre de donde salieron, y le aumentan la frialdad. Este modo de decir padece las mismas dificultades que el antecedente, y sobre ellas las que se siguen. La primera, que a los hálitos, o efluvios leves de los cuerpos húmedos, el calor los eleva; y así no puede ser el calor quien los abate. La segunda, que si son especies intencionales hallarán tan abierto el paso por el aire caliente, como por el frío; pues caminan tan bien, y vienen tan prontas a nuestros sentidos en el Estío, como en la Primavera, sin necesitar, aunque son tan delicadas, de prevenirse de enfriadera de camino para la jornada. La tercera, que sean lo que fueren aquellos entecillos duendes, que van, y vienen, no pueden tener más frialdad cuando vuelven a la agua, que antes de salir de ella, pues no encuentran en el camino quien pueda comunicársela; y así, ni ellos pueden participársela a la agua, sino es que como el miedo grande se dice que hiela, sueñen estos Antiperistáticos, que aquellas espías avanzadas, que envía la agua a reconocer el calor de su enemigo, vuelven a ella heladas del susto.

4. Otros, en fin, son de sentir que las exhalaciones calientes de la tierra, detenidas en el Invierno dentro de sus entrañas, por la oposición del frío externo, que no las deja salir, calientan en aquella estación la agua de los pozos, y evaporándose por la falta de ese estorbo en el [261] Estío, la ausencia de ellas le permite a la agua recobrar su frialdad nativa.

5. Aunque esta sentencia es más verosímil en cuanto a la causa que señala, padece la nulidad de proceder sobre un supuesto falso; conviene a saber, que la agua de los pozos está más fría en Estío,

que en el Invierno; y así todo lo que hace es proponer una explicación que no disuena de un efecto que no existe.

§. II

6. Digo, pues, que es falso que en los pozos, y lugares subterráneos haya más frío, a proporción que es más cálido el ambiente externo. La verdad de nuestra conclusión se prueba evidentemente con el Termómetro, testigo mayor de toda excepción en esta materia; pues habiéndole colocado en varios lugares subterráneos, se ha visto mantenerse el licor contenido en él en la misma altura todo el año; y si el sitio fuese más frío durante la estación ardiente, necesariamente se había de comprimir, o condensar algo el licor; y por consiguiente bajar algunas líneas en los meses calientes. En este Monasterio hay un pozo, cuya agua juzgan todos ser mucho más fresca en el Estío, que en el Invierno; pero yo, habiéndola examinado varias veces con el Termómetro, la hallé más fresca en Invierno, que en el Estío.

{(a) Monsieur Mariote tuvo por muchos años colocado un Termómetro en una cueva del Observatorio de París, de ochenta y cuatro pies de profundidad: después le puso en una cueva de la calle de Santiago, de treinta pies de profundidad. En uno y otro lugar observó constantemente, que el licor subía siempre a proporción que en la superficie de la tierra se aumentaba el calor; y bajaba a proporción que en la superficie de la tierra se aumentaba el frío; aunque tanto el ascenso, como el descenso, eran mucho menores que el ascenso, y descenso del licor en los Barómetros colocados en la superficie. Prueba concluyente de que no se aumenta el frío en los sitios subterráneos, cuando se aumenta el calor en los superterráneos; ni el calor en aquellos, cuando el frío en estos; antes al contrario, se aumenta el calor en los sitios subterráneos, cuando se aumenta [262] en los superterráneos, y el frío asimismo se aumenta en aquellos cuando en estos, aunque es mucho menor el aumento de frío, y calor en aquellos. Por estas observaciones se debe corregir lo que decimos en el citado número, donde fiados en otro Autor, no digno de tanta fe, sentamos, que en

los sitios subterráneos se mantiene el licor del Termómetro en la misma altura todo el año. Pero se debe hacer excepción de los sitios nimiamente profundos.} [262]

7. Contra esta prueba, que es concluyente (pues jamás miente el Termómetro en el informe de los grados de frío, y calor), reclaman los que no la comprenden con el testimonio del sentido, diciendo que la experiencia muestra lo contrario; porque si alguno baja a alguna cueva subterránea en el mayor frío del Invierno, percibe en ella sensación de calor; y si en el mayor calor del Estío, sensación de frío. Asimismo la agua de pozos o fuentes profundas se siente fría en el Estío, y tibia en el Invierno.

8. Respóndese fácilmente, que para que resulten las sensaciones dichas, no es menester que los lugares profundos estén fríos en el Estío, y calientes en el Invierno; sí solo que en uno y otro tiempo conserven una temperie media, como de hecho la conservan. La razón es clara: porque el que de un ambiente muy cálido (cual es el del Estío) pasa a un ambiente templado, al entrar en él siente frío; y al contrario siente calor el que entra en él, saliendo de un ambiente muy frío, cual es el del Invierno: siendo regla general en todos los sentidos, que en el tránsito de un extremo al medio, no sienten el medio como tal, sino como que declina al extremo opuesto. Y así, si dos hombres que tengan las manos, uno muy frías, y el otro muy calientes, las entran en una agua que esté en la temperie media, aquel siente el agua caliente, y este fría. Del mismo modo, si en un edificio grande hay tres cuartos, uno caliente, otro frío y otro templado, el que del cuarto frío pasa al templado, le siente caliente; y el que del cuarto caliente pasa a él, le siente fresco.

9. Pero donde más palpablemente se demuestra esto, es en la misma agua de los pozos: la cual los que en el [263] Estío están hechos a beber de nieve, sienten caliente, o tibia en aquel mismo grado que la experimentan en las mayores heladas de Enero; y los que en el Estío beben del agua expuesta al común ambiente, sienten el agua de los pozos muy fresca.

10. En los demás sentidos se experimenta lo mismo. El que acostumbra a beber vinos muy dulces, como la Malvasía, siente como agrio, o avinagrado el de Ribadavia, aunque sazonado, y maduro; y el que acabase de tomar algo de zumo de limón, sentirá

un vino verde, como si fuese algo dulce. No tiene, pues, gran misterio la sensación de frío que se percibe en los lugares profundos en el Estío, que el que entra en él acaba de salir de un ambiente cálido: ni la sensación de calor en el Invierno pide más causa, que acabar de salir el que la percibe de un ambiente frío.

§. III

11. Pero es de advertir, que lo dicho se entiende hablando por lo general. Sin embargo de lo cual es cierto que hay algunos lugares subterráneos, que son absolutamente fríos, y otros absolutamente calientes; mas esto sin distinción de tiempos, o estaciones. Varias mineras se han hallado, cuyo ambiente, no sólo cerca de su orificio, mas también en la profundidad, es más caliente que el aire externo aún en el mayor fervor del Estío. En los montes Ruthenenses, que pienso están en la Provincia Aquitania, hay algunas cuevas calidísimas, donde se mueve valientemente el sudor al que por algún tiempo se detiene en ellas. Lo mismo se refiere de otras que hay en el Apenino.

{(a) En el Franco Condado, a cinco leguas de Besanzon, al pie de una roca hay una cueva de ochenta pies de profundidad, donde realmente, durante el Estío, se siente gran frío, y mucho menos en el Invierno. La agua que entra en ella está helada en el Estío, y en el Invierno deshelada. Monsieur de Villerez, Profesor de Anatomía y de Botánica en la Universidad de Besanzon, entró en ella el año de 1711, por el mes de Septiembre, cuando la agua contenida en la [264] cueva empezaba a deshelarse. Con todo, halló el pavimento de la cueva, que es igual y llano, cubierto de tres pies de hielo. Examinando las tierras vecinas, descubrió la causa de tan raro fenómeno. Todas, especialmente las que están sobre la bóveda de la cueva, abundan de un sal nitroso, o sal amoniaco natural. Este sal, puesto en movimiento por los calores del Estío, se mezcla más fácilmente con las aguas, que por la tierra, y por las cisuras de la roca penetran a la cueva. De aquí resulta el hielo, y el frío de la cueva; como con la mezcla del mismo agente se hiela la agua contenida en un vaso artificial.} [264]

12. Ni este calor, ni el de las aguas minerales, nace por lo común (como vulgarmente se juzga) de la proximidad de los fuegos subterráneos. Digo *por lo común*, pues en algunas partes podrá también depender de este principio. Pero en las más, donde salen aguas calientes, no se ha descubierto jamás algún fuego subterráneo, ni es menester ese agente para comunicarles el calor, sabiéndose por muchas experiencias, que la mezcla de algunos minerales, cuyas partículas raen y llevan consigo estas aguas, tropezando con ellos en los conductos subterráneos, excita con la fermentación un calor muy sensible, y a veces violento. A la mezcla que se hace del espíritu de vitriolo, o del espíritu de nitro con el hierro, para sacar la sal de este metal, estando fríos antes uno, y otro material, se sigue prontamente una grande efervescencia. En la mezcla de varios líquidos, donde reine de una parte el alkali, y de otra el ácido, sucede lo mismo. Pero lo más admirable en esta materia es, que haciendo una pasta bastantemente grande de limaduras de hierro, azufre y agua, sin otra cosa, llega a concebir fuego, y se puede hacer con ella artificialmente el volcán, y el terremoto; porque metiéndola debajo de tierra, a poco tiempo rompe la llama, moviendo la tierra sobrepuesta. Monsieur Lemeri hizo esta experiencia, como se refiere en la Historia de la Academia Real de las Ciencias año de 1703.

13. Siendo, pues, constante que en las entrañas de la tierra hay infinita copia de estos minerales, cuya mezcla excita ya menor, ya mayor calor, no ha menester el agua [265] para calentarse mas que mezclar en sí misma las partículas de ellos. Yo me acuerdo de haber leído de un inglés, destinado por su Rey a la averiguación física de las aguas minerales, que habiendo abierto a largo trecho el conducto de una fuente de estas, llegó a un sitio, donde vio que este raudal se formaba de dos diferentes, que concurrían allí; y siendo las aguas de uno y otro frías antes de juntarse, después de la mezcla concebían excesivo calor: lo cual no puede atribuirse a otra cosa que a la fermentación de las partículas de diferentes minerales, que traían una y otra agua. Las aguas de Carlsbaden son de las más calientes que se conocen en Europa: pues hay entre ellas fuente donde se cuecen los huevos; y otra, que llaman la fuente Furiosa, porque rompe hacia arriba con ímpetu desmesurado, vierte el agua

casi hirviendo; lo que atribuye con sólido fundamento el médico Juan Gofredo Bergero a la abundancia que hay en el terreno por donde corren estas aguas de alumbre, nitro, vitriolo, hierro y azufre, que se ha visto ser los minerales más aptos para excitar con la fermentación un calor vehemente. Las resoluciones analíticas que se han hecho infinitas veces de las aguas termales, han mostrado esto mismo; pues siempre se han encontrado en ellas partículas de estos minerales, que al fermentarse se encienden. Las que hay en la Ciudad de Orense, patria mía, llamadas de las Burgas, son tan ardientes como las de Carlsbaden, y jamás en aquellos términos se descubrió algún fuego subterráneo; pero el grave, y molesto olor que exhalan, muestra la abundancia de partículas sulfúreas, y de otros minerales que embeben.

14. La mezcla, pues, de varios hálitos nitrosos, sulfúreos, vitriólicos y otros mezclándose en menor cantidad, pueden producir un calor bien sensible en algunas mineras, o cavernas: así como mezclados en mayor abundancia, producen en la región ínfima del aire los fuegos fatuos, y en la media los rayos. Ni tienen tampoco otro principio los volcanes que la mezcla de dichos minerales en los lugares donde hay gran copia de ellos, concurriendo [266] juntamente mucha materia bituminosa, en quien se cebe y persevere la llama. Aunque de otro modo lo pensó un español, cuyo gracioso discurso refiere el Padre Milliet en el libro 2 de Astronomía. Éste, considerando que los volcanes duran sin extinguirse por tantos siglos, hizo la cuenta de que la materia que arde en ellos no podía ser otra que oro; porque sólo este metal resiste sin consumirse al más porfiado y activo incendio. Pensando, pues, enriquecerse a poca costa, cogiendo una buena porción de aquel metal derretido, descolgó para este efecto, cuando la llama del volcán estaba abatida, desde el borde de la caverna una caldera fuerte pendiente de una cadena de hierro. Pero fue tan infeliz en esta tentativa, como en el primer discurso, porque no bien tocó la caldera aquel voracísimo fuego, cuando se derritió con parte de la cadena, quedando el buen español atónito por un rato con el resto de la cadena en al mano.

§. IV

15. En cuanto a algunos lugares subterráneos, que se experimentan rigurosamente fríos, se debe discurrir del mismo modo, que esto lo ocasionan algunos minerales dotados de esta actividad, o por mejor decir, esto mismo se experimenta, porque en las cuevas donde nace el nitro, se siente en todos tiempos un frío muy agudo. El famoso ingles Boyle, fundado en repetidos experimentos que hizo, dice que si a cuatro libras de agua se mezcla una libra de sal amoniaco hecho polvos, toma el agua una frialdad intensísima. Puede, pues, suceder que los arroyos que discurren por los conductos subterráneos, tropiecen con este mineral u otros semejantes, con lo cual enfriándose mucho el agua, enfríe asimismo a otros lugares por donde transita. Pero creo que los hálitos nitrosos, por la mucha abundancia que hay de ellos, harán más en esto: y a ellos se debe atribuir la frialdad más que mediana de esta o aquella fuente. Digo de esta o aquella fuente, porque aunque en todos los Países montuosos ponderan muchas como friísimas, yo, siendo harto curioso en [267] esta materia, y habiendo viajado por montañas altas varias veces, no he encontrado agua de fuente que pudiese decirse muy fría, sino una que hay en lo alto del monte de Latariegos, que divide al Principado de Asturias por aquella parte del Reino de León. Y aún esta dista algo de la frialdad que da a la agua la nieve. Las demás, que comúnmente se dicen muy frías, se juzgan tales por la comparación que se hace con otras fuentes de conducto poco profundo, a quienes por tanto destempla algo el calor del ambiente externo en el Estío.

16. Ni la desigualdad que comúnmente se observa en las fuentes, depende ordinariamente de otro principio que de la mayor, o menor profundidad del conducto, por la cual son más o menos susceptivas de la impresión del ambiente caliente en el Estío, o del frío en el Invierno; pero si una ú otra se halla intensamente fría, se debe atribuir a las partículas, o hálitos de los minerales arriba dichos; si no es que el agua que fluye sea de nieve, que se derrite en algún seno no muy distante de la montaña donde nace la fuente.

17. En fin, jamás la frialdad de las aguas, o sitios subterráneos se puede atribuir a la cercanía del ambiente fogoso en el Estío. Y si a

proporción del calor externo se hubiese de aumentar el frío en el agua de los pozos, ¿quién no ve que en Países muy ardientes debería llegar a helarse la agua de pozos muy profundos, lo cual sin embargo nunca sucede?

Discurso XIV

Paradojas físicas

1. La voz Griega *Paradoja*, o *Paradoxología*, con propiedad no significa proposición falsa, o implicatoria, sino inverosímil, o increíble; y así propiamente se aplica esta voz a aquellas proposiciones, que por ser contra la común opinión de los hombres, o por los primeros visos que tienen de falsas, dificultan el asenso, aunque examinadas con rigor se hallen verdaderas, o probables. En este Discurso juntaremos algunas pertenecientes a las cosas físicas.

Paradoja primera
El fuego elemental no es caliente en sumo grado.

§. I

2. La Física vulgar distribuye las cuatro cualidades, que llama primeras o elementales, entre los cuatro elementos, señalando a cada elemento una intensa en sumo grado, y otra cerca del sumo grado. Así al fuego atribuye *calor in summo*, y *sequedad propè summum*. Al aire, *humedad in summo*, y *calor propè summum*. A la agua, *frialdad in summo*, y *humedad propè summum*. A la tierra *sequedad in summo*, y *frialdad propè summum*. Esta distribución, que fue arreglada, no por un severo examen de la naturaleza de las cosas, sí sólo por una proporción imaginaria, padece gravísimas dificultades, bien ponderadas por los filósofos modernos. Sólo en el calor sumo del fuego [269] no se ha puesto dificultad alguna hasta

ahora; y esto es puntualmente en lo que yo ahora la pongo.

3. Que el fuego elemental no es cálido *in summo*, se prueba de que hay otro calor mucho mayor; conviene a saber, el del Sol, cuando se juntan sus rayos en el foco del espejo ustorio. Es cierto que no alcanza, ni con mucho, la actividad del más vigoroso fuego a las operaciones de aquel ardentísimo astro. Sirva de prueba el espejo ustorio, que no ha muchos años hizo el señor Villete, artífice excelente de León de Francia, cuya descripción se imprimió en Lieja el año de 1715, y se halla copiada en las Memorias de Trevoux del año de 1716. Este espejo en el punto mismo que se aplica a su foco cualquier madera, por verde que sea, tan prontamente excita en ella llama, como el fuego elemental en una sequísima estopa. En menos de un minuto funde los metales que más resisten la licuación, el cobre, el hierro, el oro, el acero, generalmente todo mineral. La operación más alta que los químicos han descubierto en el fuego, es la vitrificación, dicha así por reducir una especie de vidrio la materia; pero el fuego más intenso, sobre tardar mucho en esta operación, la logra en pocos sujetos. El espejo ustorio vitrifica en breve tiempo todo género de materias, las tejas, los ladrillos, la argamasa, los huesos, todo género de piedras, hasta el mármol, y el pórfido: en que lo más admirable es, que las piedras mismas de que se compone el suelo de los hornos donde se funden las minas de hierro, resistiendo años enteros sin licuarse a aquel fuego intensísimo, al presentarse en el foco del espejo, sin dilación empiezan a gotear.

4. Siendo tanto esto, aún es más lo que nos resta por decir. La resolución analítica del oro, o lo que es lo mismo, la separación de los principios que le componen, se ha juzgado hasta ahora imposible. No guardan tan tenazmente los avaros el oro, como el oro su intrínseca textura: por más que lo han atormentado los químicos en el fuego, jamás pudieron hacerle perder la forma. Sin embargo la valentía de este generoso metal se rindió en el espejo [270] ustorio a la fuerza del Sol, como que sólo se sujeta obediente a aquel astro, a quien se dice debe la existencia.

5. Monsieur Homberg, de la Academia Real de las Ciencias, fue el primero que experimentó este raro fenómeno, resolviendo en humos (que este célebre químico juzgó ser la parte mercurial del

oro) gran porción de la masa que se presentó al espejo del Palacio Real de París, y quedando por residuo una materia terrestre, mezclada con algo de azufre, que después se vitrificó. Así el azufre, y mercurio, que en la opinión de Homberg, juntos con la tierra, componen el oro, aunque volátiles por su naturaleza, y por tanto disipables al imperio del fuego en otros metales, y en todos los demás mixtos; en el oro se unen tan íntimamente, que ninguna otra fuerza que la del Sol los puede separar: luego el calor del Sol es mucho mayor que el del fuego. Y por consiguiente no es el fuego elemental cálido en sumo grado, que es lo que quisimos probar.

Paradoja II
El aire antes se debe juzgar frío que caliente.

§. II

6. Aristóteles atribuyó al aire calor debajo del sumo grado, o cerca del sumo grado. Otros filósofos con más fundamento le juzgan indiferente a frío y calor. Yo, sin meterme a impugnar esta segunda sentencia, digo que mucho mayor razón hay para juzgarle frío que cálido. Lo cual manifiesto de este modo. Para hacer concepto de las cualidades propias de un sujeto, se ha de considerar en aquel estado en que está removido todo agente extrínseco, a cuya operación se puede atribuir el efecto; considerado el aire en este estado, siempre se halla frío: luego por su naturaleza es frío. La menor se prueba, porque el aire sólo a la presencia del Sol se calienta, y siempre que el Sol se ausenta se enfría, tanto más cuanto mayor, o más dilatada es la ausencia. De aquí depende, que en las [271] zonas templadas, el aire se enfría más cuando las noches son largas, y en los países subpolares o circumpolares es el aire extremadamente frío, porque el Sol hace la prolija ausencia de seis meses; y aún cuando los alumbra, es más que medianamente frío, por la mucha oblicuidad de sus rayos.

7. Ni se me diga que en la ausencia del Sol la tierra es quien enfría el aire. Si fuera así, más fría sería la ínfima región del aire,

que la media, pues está más vecina a la causa infrigidante, lo cual es contra la experiencia: pues muchas veces que en la ínfima no se hiela la agua, en la media se cuajan las nubes en granizo: muchas veces se derrite prontamente en la ínfima, lo que en la media se cuaja.

8. Si acaso se me opusiere que Aristóteles y los peripatéticos, cuando dicen que el aire es caliente, hablan del aire elemento puro, no del aire atmosférico, que está mezclado con infinitos corpúsculos heterogéneos, de algunos de los cuales puede participar el frío, especialmente de las muchas partículas nitrosas de que está impregnado; respondo lo primero, que en este país en que escribo, no da el aire seña alguna de ser nitroso, pues en toda esta tierra no se halla un grano de nitro, y no por eso deja de estar bastante frío en invierno. Respondo lo segundo, que del aire elemento puro, sólo se puede hablar adivinando, pues no le respiró jamás hombre alguno, ni es posible, por ser este elemento una campaña abierta a los efluvios de todos los demás cuerpos; y de las cualidades sensibles debemos raciocinar siguiendo el hilo de experiencias sensatas, no de ideales proporciones, como lo hizo Aristóteles en la división de las cualidades elementales: pues el Autor de la Naturaleza no está sujeto a las proporciones que nosotros aprehendemos. Éste fue el falso supuesto sobre que procedió toda la filosofía pitagórica; y la aristotélica, en cuanto a la doctrina de los elementos, adolece algo del mismo vicio, como se ponderará más en otra parte. Lo que ahora digo es, que Aristóteles repartió entre los [272] cuatro elementos las cuatro cualidades, como si fuese dueño de ellas, y de ellos.

Paradoja III

La agua, considerada según su naturaleza, antes pide ser sólida que fluída.

§. III

9. Pruébase por el mismo principio que la paradoja antecedente.

Remuévase por mucho tiempo todo agente extrínseco que pueda calentar el agua, y siempre se hallará la agua sólida; esto es, helada: luego esto pide por su naturaleza. El antecedente consta, pues debajo del Polo, y en las partes vecinas, donde el Sol se ausenta por seis meses, en todo este tiempo está el mar helado; y tanto, que aún después de que el Sol se acerca por otros seis meses, no se deshiela del todo; por cuya razón se halló siempre impracticable el camino a la China por la parte del Norte.

{(a) Mucho tiempo después de escrita la *Paradoja* de que el agua, según su naturaleza, antes pide ser sólida que fluída, leí en la República de las Letras, tomo 8, que algunos años antes había enseñado y probado lo mismo Monsieur Mariote, de la Academia Real de las Ciencias.}

10. Confírmase *ad hominem* contra los aristotélicos, en cuya sentencia la agua es fría *in summo: sed sic est*, que la frialdad *in summo* no puede menos de helar al sujeto en quien se halla: luego la agua por su naturaleza siempre pide estar helada.

11. El ser licuable la agua por un moderado calor, no quita que por su naturaleza sea sólida. Los metales son licuables por un calor intenso, sin que por eso dejen de juzgarse de naturaleza sólida; y más y menos dentro de la misma línea no varían la especie: luego el ser licuable la agua por un calor menos intenso que aquel que derrite los metales, no prueba que no sea de naturaleza sólida como ellos. [273]

Paradoja IV
O todas las cualidades son ocultas, o ninguna lo es.

§. IV

12. Llaman los Filósofos de la Escuela cualidades ocultas a aquellas, que ni son del número de las cuatro elementales, ni resultan de la varia combinación de ellas, porque sus operaciones son de otra línea más alta que todas aquellas que se pueden atribuir a la humedad, sequedad, frío, calor, dureza, blandura, color, sabor, &c.

Y aunque es verdad que algunos, siguiendo el sistema de señalar cualidades segundas, que resultan de la varia composición de las primeras: y cualidades terceras, que resultan de la varia combinación de las segundas; entre las terceras han querido colocar las maravillosas virtudes del imán, la atracción de los purgantes, y otras de las que se llaman ocultas, reduciéndolas todas a manifiestas; son abandonados del común de los filósofos, y con razón: pues se echa de ver, que humedad, sequedad, frío, y calor, de cualquiera modo que se combinen, y recombinen, no son capaces de dirigir el imán al Polo, o de atraer el hierro.

13. No es mi propósito examinar la naturaleza, y origen de unas, y otras cualidades; sí sólo decir que todas son igualmente ocultas, o todas son igualmente manifiestas. Para cuya demostración cotejemos la virtud calefactiva del fuego, que se tiene por la más manifiesta, con la virtud atractiva del imán, que se reputa por ser la más oculta. Todo lo que se sabe, y se dice en la doctrina peripatética de la virtud calefactiva del fuego, se reduce a que es una propiedad de aquella substancia, o cualidad que dimana de su forma, que produce este efecto que llamamos *calor*, y que la acción conque le causa, se llama *calefacción; sed sic est*, que del mismo modo se sabe que la virtud atractiva del imán es propiedad, o cualidad dimanante de la forma de este ente, que produce este efecto sensible de [274] avecindársele el hierro, y que la acción conque le causa se llama *atracción*: luego otro tanto se sabe de la virtud atractiva del imán, que de la virtud calefactiva del fuego: luego igualmente es manifiesta, o igualmente oculta la una que la otra.

14. Y verdaderamente ¿cómo podemos negar que nos es oculta la cualidad, que llamamos *calor*, cuando nos es aún oculto si es, o no es cualidad? No sólo los Filósofos corpusculares, que niegan toda cualidad, y forma; pero muchos de los que las admiten, constituyen el calor por un movimiento, ya vorticoso, ya vibratorio, de las partículas insensibles del cuerpo. Y mientras no haya argumento conque convencerlos, no puede saberse si estos, o aquellos dicen la verdad.

Paradoja V
Es falso, generalmente hablando, que la virtud unida sea más fuerte.

§. V

15. El axioma *vis unita fortior* juzgo tiene más lugar en las cosas civiles, y políticas, que en las naturales. Si se mira bien, se hallará que dos agentes, de los cuales cada uno tiene fuerza como cuatro, juntos no podrán tener más fuerza que como ocho. Si dos hombres separados sostiene cada uno cuatro arrobas de peso, juntos no podrán sostener más de ocho. Es verdad que un hombre que quiebra cada flecha de por sí, no puede quebrar el manojo de flechas, que es el ejemplo del que se valió Sciluro (*Plut. in Apoth.*) para persuadir la unión fraternal a sus hijos; pero esto no es porque a cada flecha se le añada algún grado de resistencia por unirse con las demás, sí sólo porque en el primer caso no tiene que vencer el hombre más que la resistencia de una flecha, y en el segundo la de muchas. Si, suponiendo que sean veinte flechas, a cada una en particular no se aplicase para romperla más que la vigésima parte del impulso que se aplica a [275] todas juntas, tan cierto es que no se rompería cada flecha en particular, como que no se rompe el manojo; pero el hombre no va dividiendo su fuerza, así como va lidiando sucesivamente con cada flecha, sino que a cada una aplica toda la fuerza que quiere. Y así aquí no se verifica que la resistencia unida sea mayor, sino que en muchos hay más resistencia que en uno solo, lo cual es *per se noto*.

16. Esto parece claro; pero aún prescindiendo de esta razón, la experiencia ha mostrado que en algunos agentes la unión disminuye la fuerza, contra lo que comúnmente se juzga. Vulgarmente se imagina que dos hilos enroscados, o unidos en cordón, sostienen más peso que separados, y que una soga hecha de muchas cuerdas delgadas, sostendrá más que todas aquellas cuerdas divididas. Monsieur Reaumur, de la Academia Real de las Ciencias, demostró el año de 1711 que sucede todo lo contrario; conviene a saber, que los hilos, y cuerdas sostienen más peso separados que unidos. Hizo

la experiencia con dos hilos, que cada uno sostenía hasta nueve libras y media; esto es, entre los dos diez y nueve libras, y habiéndolos enroscado, sostuvieron hasta quince y media, y se rompieron con diez y seis. Otra experiencia fue de tres hilos: el primero, que sostenía seis libras y media, el segundo ocho, el tercero ocho y media, en que la suma total son veinte y tres libras; y hecho cordón de los tres hilos, no sostuvo más que diez y siete libras.

17. Responderáseme acaso que esto pudo depender de que cuando los hilos se enroscaron, ya tenían menos resistencia, por haberse prolongado, y adelgazado algo (rompiéndose también quizá algunas sutiles fibras con el peso que antecedentemente habían sostenido). Pero esta respuesta, aunque especiosa, no tiene lugar, atendiendo a que consta de la Historia de la Academia, que se hizo también por orden contrario la experiencia. Un delgado cordón de seda, que sostenía poco más de cinco libras, dividido después en muchos hilos sutiles, y hecha la experiencia, y cómputo del peso que cada uno mantenía, [276] se halló que entre todos sostenían seis libras y media.

18. La causa, a mi parecer, verdadera de este fenómeno es que en el cordón los hilos no están igualmente tirantes: porque siendo moralmente imposible hacer la circunvolución en todas las partes igualísima, es preciso que unos hilos queden más apretados, otros más flojos; que unos en la vuelta que van dando disten menos de la perpendicular, o línea del centro de gravedad, otros más, y aún uno mismo en una parte esté apretado, en otra flojo. De aquí resulta que el peso al principio no carga sobre todos los hilos, sí sólo sobre los que están más tensos, y distan menos de la línea del centro de gravedad; los cuales, no teniendo por sí solos bastante resistencia, se rompen, y cargando después el peso sobre los otros, hace lo mismo con ellos. Que esto sucede así, se verá con evidencia, advirtiendo que una cuerda, de quien se cuelgue poco mayor peso que el que puede sostener, no se rompe momentánea, sino sucesivamente, aunque en breve tiempo, pero el que basta para que se observe que primero se rompen unos hilos, y después otros.

19. De aquí colijo que sin embargo de las experiencias hechas en la Academia Real, se debe hacer juicio que en este agente, como en

todos los demás físicos, la misma es la virtud unida, que separada; porque el romperse el cordón con el mismo peso que sostenían los hilos separados, depende de que unidos no ejercitan simultánea, sino sucesivamente su resistencia. O con más propiedad diré, que aunque los hilos no están unidos, la virtud en cuanto al ejercicio de resistir no está unida. En una palabra, en el cordón está unido el peso correspondiente a la fuerza de todos los hilos, sin estar unida la fuerza de estos. Fuera del cordón es verdad que está desunida la resistencia; pero a proporción está dividido el peso. [277]

Paradoja VI
El Sol en virtud de su propia disposición intrínseca, calienta y alumbra con desigualdad en diferentes tiempos.

§. VI

20. Las causas comunes de experimentarse en la tierra más, o menos calor, y luz del Sol, son la serenidad, o turbación de la atmósfera: la oblicuidad, o dirección conque el Sol nos mira: la positura en que están los lugares, la longitud, o brevedad de los días, el sosiego, o agitación de los vientos, la vecindad de lugares fríos, o calientes, los hálitos que aspiran las regiones subterráneas. Pero prescindiendo de estas causas inferiores, o sin haber desigualdad en ellas, digo que el Sol por sí mismo, o en sí mismo tiene causa para alumbrar, y calentar más, o menos; y de hecho calienta, y alumbra más, o menos en diferentes tiempos, en virtud de sus propias disposiciones.

21. La razón se toma de las manchas transitorias que de algún tiempo a esta parte han advertido los astrónomos en el Sol. Éstas son unas partes nigricantes en la superficie del astro, desiguales en tamaño, y duración, que son ya más, ya menos en el número, y muchas veces, y aún años enteros no se descubre alguna. Creen algunos que los antiguos Caldeos tuvieron tal cual conocimiento de ellas, porque en el libro de Job se lee la sentencia de su amigo Eliphaz de que el cielo no está exento de manchas: *caeli non sunt mundi in conspectu ejus*. Por otra parte la falta de telescopio que

padecieron los antiguos, no hace imposible la observación; porque algunas manchas son tan grandes, que pueden hacerse visibles sin la ayuda del telescopio, como la que se vió el año de 1706, cuya superficie, según el cómputo de los astrónomos, era treinta y seis veces mayor que la de toda la tierra; y llegando a esta magnitud, y aún siendo menores, se pueden discernir mirando el Sol con un vidrio teñido de algún color. [278]

22. Pero el primero de quien hay noticias que las observó fue el padre Christóforo Scheinero, de la Compañía de Jesús, y con tanta aplicación, que desde el año de 1611, hasta el de 1627, hizo mil y cuatrocientas observaciones de estas manchas, de que da noticia en su *Rosa Ursina*. El célebre Galileo Galilei empezó a observarlas casi al mismo tiempo que Scheinero, y fueron después continuando en la misma aplicación los más laboriosos astrónomos del siglo pasado, y de este; de suerte, que esta es una materia, que ya carece de toda duda: y aunque algunos la pusieron en si estas manchas están en el mismo cuerpo solar, o algo distantes de él, la quitan otros, demostrando su inherencia en la superficie del Sol, porque no sólo se revuelven a proporción de la revolución del Sol, pero las que duran hasta hacer una revolución entera, que se absuelve en veinte y siete días, son visibles en toda la mitad del periodo de la revolución; lo cual no podría ser si estuviesen inferiores al astro.

23. Sean estas manchas hollines, o humos que se levantan de aquel grande horno del Sol, como sienten los más, u otra cosa diferente, es claro que mientras duran, deben disminuir su luz, y calor hacia las regiones elementales, más, o menos, a proporción que el tamaño, y número de las manchas fuere mayor, o menor. Y a esta causa se pueden atribuir algunas notables disminuciones del calor, y luz del Sol, que se hallan en las Historias, en ocasiones que no había estorbo alguno en la atmósfera. Mayolo refiere que en tiempos del emperador Justiniano la mayor parte de un año estuvo tan decaída la luz del Sol, que apenas excedía a la de la Luna. Y según Plutarco, en la muerte de Julio Cesar padeció el Sol igual detrimento en su luz por todo un año entero; de lo que también nos dejó noticia Virgilio en aquellos versos del libro segundo de sus Geórgicas:

Ille etiam extincto miseratus Caesare Romam,
Tum caput obscura nitidum ferrugine texit:
Impiaque aeternam timuerunt saecula noctem. [279]

Paradoja VII
El Sol, haciendo reflexión de cuerpo cóncavo, más calienta en Invierno que en Verano, y tanto más cuanto el tiempo estuviere más frío.

§. VII

24. Esta experiencia que se hizo repetidas con admiración de todos los presentes en el espejo ustorio de Monsieur Villete, de quién se dió noticia arriba, observándose asimismo, que cuanto el espejo estaba más frío, tanto su operación en el foco era más fuerte, y pronta, y cuanto más caliente, tanto más tarda, y remisa; entre los que leyeren esto, unos lo tendrán por admirable, otros por increíble.

{(a) No sólo en el uso del *espejo ustorio* cóncavo hace el Sol mayor efecto en tiempo frío, más también en el del convexo. Así a aquella Paradoja se debe dar más extensión. En París se observó esto varias veces con el grande espejo ustorio convexo, fabricado por el célebre Monsieur Schirnaus, que tenía el Duque de Orleans. Es tanta la disminución de la fuerza del espejo convexo en los grandes calores, que casi pierde toda la actividad, como se experimento con dicho espejo ustorio en el calidísimo estío de 1705. La razón es diversa de la que dimos para el espejo cóncavo. La que discurrió Monsieur Homberg, y parece verdadera, es que en los grandes calores se eleva de la tierra gran cantidad de exhalaciones sulfúreas, las cuales embarazan, detienen, y en alguna manera absorben los rayos del Sol; ahora sea que interceptan absolutamente una parte de ellos, ahora que haciendo respecto de ellos el efecto que hace la vaina respecto de la espada, les quitan aquella extrema sutileza que han menester para penetrar prontamente los cuerpos duros. Una experiencia confirmó a Monsieur Homberg en este pensamiento. Entre el espejo y su foco

puso un brasero con carbón encendido; de suerte, que los rayos que iban del espejo al foco, atravesaban los vapores que subían del brasero; y vió que la acción de los rayos se había mitigado mucho. Observó también el mismo físico, que la actividad del espejo es mayor cuando el Sol se descubre después de un gran golpe de lluvia, que cuando ha estado descubierto muchos días consecutivamente; cuya razón parece ser el que la lluvia copiosa precipita las materias sulfúreas, que quiebran la fuerza de los rayos.} [280]

25. Con todo, la razón de este fenómeno no es muy recóndita. Es cierto que el frío condensa los cuerpos, y el calor los dilata. Es cierto también que cuanto un cuerpo está más denso, está más apto para causar reflexión, y lo está menos cuando está más laxo. De estas dos premisas se infiere claramente que no podían menos de suceder los efectos referidos. Y para mayor explicación diré que por dos causas, estando el espejo muy caliente, y por consiguiente menos compacto, y duro, debe ser la operación más remisa en el foco. La primera, porque mucha porción de rayos se absorve en los poros del metal, dilatados por el calor, y no hace reflexión alguna. La segunda, porque dilatado, o esponjado (digámoslo así) el metal, no queda tan igual su superficie cóncava; de que se sigue, que hiriendo muchos rayos de través en las declividades de algunas insensibles prominencias, no hacen reflexión por la línea que era menester para ir a parar al punto del foco. Esto se entenderá bien poniendo atención a lo que sucede en las reflexiones de una pelota, cuando se arroja a una pared muy desigual: pues es cosa muy averiguada por todos los matemáticos que tratan de la Catóptrica, que la luz, y el calor en sus reflexiones siguen puntualísimamente las mismas reglas que los cuerpos en las suyas.

26. Ni debe hacer dificultad que un cuerpo tan duro como es el metálico, padezca alguna insensible rarefacción cuando se calienta. Lo primero, porque si un calor intensísimo dilata tanto el metal, que rompiéndose todas sus ligaduras, se derrite, un calor menos intenso debe hacer a proporción el mismo efecto; esto es, dilatarle, o enrarecerle algo. Lo segundo, porque la experiencia muestra que cualquiera metal está más sonoro cuando frío, y menos cuando caliente: de lo cual evidentemente se colige, que el calor, y el frío

alteran algo su textura: siendo cierto que de esta depende que le cuerpo sea más, o menos sonoro. [281]

Paradoja VIII
La extensión de la llama hacia arriba en forma piramidal, o cónica, es violenta a la misma llama.

§. VIII

27. El conato de la llama al ascenso es la prueba vulgar de los que pretenden que esté allá arriba la esfera, o elemento del fuego. En su lugar mostramos que es muy flaca esa prueba, aún concediendo el antecedente en que estriba; porque todo lo que es más leve que el líquido que le circunda, sube sobre él, si no está por otra parte aprisionado, sin que haya arriba esfera de su especie que le llama. Sube, pues la llama, sube el humo, sube el vapor, suben efluvios elementales de infinitas, y diversísimas especies, sin otra causa que el ser más leves que este aire grueso que hay acá abajo.

28. Pero ahora añadimos que no hay en la llama el conato que se supone, y que se representa en aquella extensión en figura cónica hacia arriba, porque está extensión es violenta, y no natural a la llama. Deducimos esta Paradoja de un experimento que trae Francisco Bacon en la primera de sus Centurias. Tómese una pequeña vela de cera, y acomodándose en un tubo de hierro, colóquese recta en una escudilla llena de espíritu de vino, a tal proporción, que cuando uno, y otro se enciendan, no esté más alta la llama de la cera que la del espíritu. Veráse que al dar el fuego a uno, y otro, se distinguen por el diverso color las dos llamas: la de la vela aparecerá en medio de la del espíritu dilatada, no en figura piramidal, sino redonda, que ocupa cuatro, o cinco veces más espacio que el que suele ardiendo libre en el aire. Esta experiencia prueba que la forma piramidal que regularmente observa la llama, es causada por la presión del aire, como aún sin hacer reflexión sobre este experimento juzgan los Filósofos modernos, y por tanto violenta: pues si fuese natural, se extendería [282] del mismo

modo, faltando la presión del aire, como falta cuando la llama de la vela está circundada de la llama del espíritu.

29. En este ejemplo se echa de ver que la experiencia, así como examinada con reflexión sutil es el único medio para saber algo de cierto en las cosas físicas, tomada a bulto, es ocasión de innumerables errores. Son muchos los que han nacido de atribuir a inclinación nativa, o virtud intrínseca de algún cuerpo, efectos que sólo son causados por el impulso de otro cuerpo vecino. Antes que se descubriesen la gravedad, y elasticidad del aire, se tenía como cosa convencida por la experiencia la inclinación de la agua a impedir el vacío, y hoy es cosa convencida por la experiencia, que el aire es quien la impele.

Paradoja IX

Es dudoso si los graves, apartados a una gran distancia de la tierra, volverían a caer en ella.

§. IX

30. Esta duda se consigue necesariamente a la que hay entre los Filósofos, sobre qué virtud es aquella que mueve a los graves, apartados de la tierra, al descenso. Los Peripatéticos conciben en el grave un determinativo intrínseco de este movimiento, o dos por decir mejor, uno radical, y remoto, que es su forma substancial: otro formal, y próximo, que es la forma accidental, que llaman gravedad: porque lo que dicen que los graves son movidos por el generante, no tiene, ni puede tener otro sentido, sino que el generante produce en ellos esos determinativos, los cuales se le apropian a él como instrumentos, para causar por medio de ellos el movimiento en los graves; pues es cierto que cuando desciende el grave, no es formalmente, y hablando con propiedad, impelido por el generante; y aún muchas veces ya el generante no existe cuando desciende el grave. [283]

31. Esta doctrina, por las arduas dificultades que padece, no trasciende los límites de opinable. Lo primero, no es fácil salvar en

ella la importante máxima filosófica, de que *todo lo que se mueve, es movido por otro*; pues ni en el grave una parte es movida por otra, ni el generante físicamente causa su movimiento: cuando más se podrá decir que le causa moral, o interpretativamente; así como el que da a otro la espalda, conque mata a su enemigo, se podrá llamar causa moral, pero no física del homicidio. Lo segundo, no se encuentra distinción suficiente entre el movimiento de los graves, y de los vivientes, porque uno y otro es igualmente *ab intrinseco*; esto es, proviene de su propia forma, e igualmente es *ab intrinseco*; pues no menos en el viviente, que en el grave produce el generante la forma, y virtud conque se mueve.

32. Por huir el cuerpo a estas dificultades, otros Filósofos buscaron por diferente camino principio extrínseco al movimiento de los graves, y le señalaron en la atracción de la tierra, o globo terráqueo. Esta sentencia ya es antigua, y el Eximio Doctor, en el primer tomo de las Metafísicas cita algunos Autores que la llevaron. Es verdad que contra ella conspiraron, no sólo los Filósofos Escolásticos, pero aún con más rigor los modernos; pues estos generalmente condenan por quimérico todo movimiento por atracción, siguiendo en esta parte todos los Corpusculistas a Renato Descartes, que generalmente negó pudiese un cuerpo mover a otro sin verdadero impulso, y físico contacto; apurando toda su sutileza para explicar, según este sistema, los maravillosos movimientos del imán, y del hierro.

33. Pero cuando se hallaba la virtud atractiva tan abandonada de la Filosofía, y desterrada (digámoslo así) del ámbito del Mundo a la esfera de la imaginación, el Caballero Newton, famosísimo Matemático Inglés, y sutilísimo Filósofo, se puso tan de su parte, que no sólo restituyó al Mundo la virtud atractiva, pero le atribuyó como a causa cuantos movimientos inanimados hay en la [284] naturaleza. Con tanta variedad, y tan atientas procede la Filosofía en la pesquisa de la verdad, que no hay medio que no busque, ni extremo que no abrace.

34. A Newton siguen hoy muchos; y si bien que yo estoy tan lejos de omitir con tanta universalidad la virtud atractiva, que juzgo más probable el que no la hay en ente alguno; pero una vez que se conceda en el imán, y otros algunos cuerpos, se hace muy verosímil

que la haya también en le globo terráqueo respecto de los graves. Como quiera, la probabilidad que tiene esta opinión, junto con las graves dificultades que padece la sentencia Peripatética, deja la materia en el equilibrio de la duda. Y habiéndola en esto, precisamente la ha de haber en si los graves, puestos en cualquiera distancia, descenderían a la tierra.

35. La razón es clara, porque la virtud atractiva, como finita, tiene determinada esfera de actividad; y por consiguiente no puede hacer su operación a cualquiera distancia: luego hay distancia a la cual no alcanza la virtud atractiva del globo terráqueo: luego en suposición de que los graves bajen por atracción, puesto el grave en aquella distancia, no bajaría.

36. Con reflexión no coloqué la sentencia de Descartes entre las probables que hay en esta cuestión, porque supone el movimiento circular de la tierra, que tiene contra sí algunos lugares de la Escritura, por cuya razón condenó la Inquisición de Roma el Sistema Copernicano, que abrazó Descartes. Pero en la sentencia cartesiana también se sigue, que no de cualquiera distancia bajarían los graves a la tierra. Dicen los cartesianos que los graves bajan repelidos por la materia etérea, o sutil, que rapidísimamente gira en torno de la tierra. Para cuya inteligencia se ha de advertir, que en sentencia de los cartesianos, el globo terráqueo, juntamente con el aire vecino, y la materia etérea, y globulosa que le circunda, forma un vórtice, o torbellino, que sin cesar se mueve de Poniente a Oriente; pero de modo, que aunque la [285] tierra en veinte y cuatro horas absuelve todo el círculo, el movimiento de la materia etérea es sin comparación mucho más rápido. De aquí infieren, que los cuerpos graves, como de más tardo movimiento, deben ser repelidos por ella hacia el centro: porque generalmente se observa en todos los torbellinos, que lo que se mueve con más pereza, es repelido hacia el centro por lo que gira con más velocidad. Así en los remolinos de viento, las pajas, y otros cuerpos que levanta, son llevados al medio del remolino. Del mismo modo en los de agua, los cuerpos forasteros, que sobrenadan en ella, son impelidos hacia el centro. Y en un cribo se ve, que en el movimiento que se le da para limpiar el trigo, la paja, y aristas, porque no conciben tanto ímpetu como aquel, y por consiguiente no se mueven con tanta velocidad,

son repelidas al medio por el movimiento del grano, el cual queda hacia el borde del cribo.

37. En esta sentencia es claro que si un Ángel sacase una rueda de molino fuera de este vórtice nuestro, no volvería jamás a la tierra, porque la materia sutil de nuestro vórtice no alcanzaría a ella, y así no podría repelerla hacia su centro; antes se alejaría mucho más de la tierra, porque sería llevada al centro de otro vórtice por el impulso de la materia etérea que gira en él. Todo lo cual confirman las experiencias que el Padre Marino Mersenno, Doctísimo Mínimo, hizo en París, de disparar una pieza de artillería verticalmente, cuya bala no bajó hasta ahora al suelo. Véanse las Epístolas de Cartesio a Mersenno, *tom*. 2. *Epíst*. 106. [286]

{(a) Contra lo que en este número alegamos de la experiencia del Padre Mersenno, hay otra experiencia más segura, referida en las Memorias de Trevoux en el mes de Agosto de 1728. Habiendo tomado cuerpo entre los físicos la cuestión de si una bala de artillería, disparada verticalmente volvería al suelo, en que algunos decían que se alejaría más, y más de la tierra, dejándose arrebatar por la materia etérea a otro vórtice: otros, que se resolvería en polvo; faltándole en el aire superior muy enrarecido aquella fuerza conque [286] el aire inferior mucho más denso, y elástico, comprimiendo unas hacia otras partes, las mantiene unidas; el señor Moutier, Oficial de la Artillería en Strasburgo, trató de averiguar la verdad con la experiencia: para cuyo efecto colocó una pieza de Artillería verticalmente, tan bien asegurada, que ni el fuego, ni el movimiento de la bala al salir, pudiesen inclinarla a alguno de los lados. Colocada así, disparó la bala, la cual no dejo de volver al suelo a su tiempo, aunque a gran distancia de la pieza, lo que causó mucha admiración; porque examinado el cañón después del disparo, se halló que no se había desviado ni una línea de su perpendicularidad. La distancia en que cayó la bala fue de trescientas pértigas, la pértiga (en francés *Perche*) según el Diccionario Matemático de Ozanan, es una medida de diez y ocho pies, u de tres brazas: según el Diccionario Universal de Trevoux, hay variedad en las pértigas; pero la menor, que es la que dice que usan los Geómetras, es de diez pies. Volvió a cargar la pieza aquel Oficial, dándole mayor carga de pólvora, y la bala cayó a distancia

de trescientas y sesenta pértigas.

2. No es del propósito examinar aquí las razones físicas por qué la bala cayó a tanta distancia de la pieza. Lo que nos hace al caso es el hecho desnudo; pues en él se echa de ver el motivo de la alucinación del Padre Mersenno. Tenía el Sabio Mínimo, en virtud de la constitución perpendicular del cañón, aprehendido, que la bala había de caer sobre la pieza, o muy cerca de ella, y no viéndola en sus vecindades, coligió que no había vuelto a la tierra.

3. Pero advierto, que lo dicho no obsta a la verdad de nuestra Paradoja; porque esta procede en la suposición de que los graves se colocasen en una gran distancia de tierra. La distancia a que puede apartarse de ella una bala de artillería, es poquísima, comparada con la magnitud del globo terráqueo, por consiguiente suficientísima para el efecto dicho.}

38. Añado, que en el sistema Cartesiano, bien lejos de tener los graves algún conato a acercarse al centro de la tierra, le tienen vehementísimo a apartarse del centro; y supuesto el movimiento de la tierra en las veinte y cuatro horas, no hay duda que no puede ser otra cosa; porque cualquiera parte de un cuerpo que se mueve en giro, concibe ímpetu para apartarse del espacio donde se hace el giro hacia la parte exterior: tanto más violento, cuanto la rotación es más rápida; y de hecho se aparta, si no hay otra fuerza que le detenga. Así cuando se voltea la honda, [287] la piedra no ha menester para dispararse, apartándose del espacio del giro por la recta tangente del círculo, más que el que se suelte la honda; y sin nuevo impulso, más que el que había concedido antes cuando giraba, tanto más se alejará del que movía la honda, cuanto el movimiento circular hubiese sido más rápido. Siendo, pues, el movimiento diurno de la tierra rapidísimo, especialmente debajo de la Equinoccial, pues en veinte y cuatro horas camina poco más, o menos de siete mil leguas Españolas, es claro que cuantos cuerpos hay en la superficie de la tierra se dispararían, como agitados de una rapidísima honda, con una violencia increíble hacia el viento, si la mucho más violenta rotación de la materia sutil los hiciese parar, o retroceder.

Paradoja X
En la composición de todos los vegetales entra alguna porción metálica.

§. X

39. Ésta es una gran novedad en la Física, pocos años ha descubierta. Monsieur Gofredo, de la Academia Real de las Ciencias, habiendo examinado las cenizas de muchas plantas, en todas halló algunos pequeñísimos granos que eran atraídos por el imán, de donde infirió que los granos mismos eran de imán, o de hierro. Mas porque restaba la duda de si acaso la virtud atractiva del imán se extiende (aunque hasta ahora no se haya conocido) a otras algunas partículas que entren en la composición de los vegetales, sin que sean de imán, ni hierro, o de otro algún metal; los señores Lemeris, padre, e hijo, hicieron nueva pesquisa sobre la misma materia, que resolvió toda la duda: porque usando del Espejo Ustorio, derritieron las partículas que el imán había atraído de las cenizas de las plantas, las cuales se licuaron en la forma misma que el imán, y el hierro, [288] centelleando mucho: y al fin formaron una bola de consistencia, y dureza metálica. Aún en la miel, después de su destilación, hallaron estas partículas, que atraía el imán; donde se infiere, que hasta el jugo más sutil de las flores se extiende esta composición metálica.

{(a) En la Regia Sociedad de Londres se vieron partículas de hierro, extraídas de una piedra humana, contenida en la vejiga, y calcinada por Monsieur Lister; de que puede colegirse que las partículas de hierro, por medio del alimento de los vegetales, pasan a los animales. (Regnault, tom. 1. Conversación 14.) Confesamos, no obstante, que no convence lo que alegamos en favor de la Paradoja, pues siempre queda disputable si el hierro que se halla en las cenizas, existía antes en las materias que se calcinan, o es formado por el fuego.}

40. Sin embargo quedaba aún por averiguar si estas partículas preexisten en las plantas, o resultan de la calcinación, como producción del fuego: en que lo segundo parece más verosímil,

porque no se halla dificultad alguna en que el fuego transmute en metal algunas partículas de los vegetales; y se encuentra gravísima, en que el hierro, siendo tan pesado, puede subir hasta la altura de los árboles.

41. Monsieur Lemeri, el hijo, desembarazó esta duda con sutiles, y curiosas experiencias, las cuales no sólo le aseguraron de la volatilidad del hierro, mas también le inclinaron a creer, que este metal contribuye mucho en todas las plantas para la vegetación. El más señalado experimento, que hizo, fue de este modo. Habiendo echado espíritu de nitro sobre la limadura de hiero, se siguió un violento hervor, que al fin se sosegó, quedando un licor rojo por la disolución del metal: mezclando después en la composición aceite de tártaro por deliquio, se excitó mediana fermentación, en que se fue inflamando el licor más, y más, hasta formar por las paredes del vaso varias sutiles ramas, las cuales, extinguida ya toda sensible fermentación, fueron creciendo hasta toda la altura del vaso.[289]

42. Aunque la primera vez que hizo esta experiencia logró sólo rudos lineamientos de un árbol, variando después de muchas maneras la dosis del aceite de tártaro, fue consiguiendo más perfecta esta vegetación metálica, hasta lograr en fin un árbol perfectamente formado con raíces, tronco, ramas, hojas, flores y frutos. Este hábil Químico coligió, que así la volatilidad, como la vegetación, se debían a la limadura de hierro; pues sin ella, lo más que se produciría serían algunos cristales en el fondo del vaso por la fundición del nitro. Quien quiera enterarse más del modo, y efectos de esta operación, lea la relación de la Asamblea de la Academia Real de las Ciencias de 13 de noviembre del año de 1706.

43. No por eso se piense que la vegetación metálica sólo se hace con el hierro. El Abad de Vallemont en el primer tomo de *Curiosidades de la Naturaleza, y del Arte sobre la Agricultura*, dice que en París se hicieron semejantes vegetaciones artificiales con metales diferentes, oro, plata, hierro y cobre. Pero la más común de todas es la que se hace con la plata, a quien los Químicos dieron el nombre de *Árbol de Diana*: su formación es de este modo. Disuélvese una onza de plata con dos, o tres onzas de espíritu de nitro. Evapórase esta disolución a fuego de arena, hasta consumirse cerca de la mitad. Lo que resta se mezcla en vaso proporcionado, con veinte

onzas de agua común muy clara, y dos onzas de azogue. Dejando después esta mixtura en reposo por cuarenta días, en este espacio de tiempo se va formando un árbol de plata con bastante analogía a los naturales en cuanto a la figura. Monsieur Homberg, Químico celebérrimo de la Academia Real de las Ciencias, usando de los mismos materiales, halló modo de formar este árbol metálico en menos de un cuarto de hora; cuya receta se describe en las Memorias de la Academia, juntamente con la explicación física de este fenómeno, dada por Monsieur Homberg en las Memorias de la Academia de 13 de Noviembre de 1692. [290]

44. Estas vegetaciones metálicas, juntas con la experiencia arriba dicha, de haberse hallado hierro en las cenizas de todas las plantas, no sólo prueban que los metales pueden en virtud de ciertas fermentaciones, hacerse volátiles lo que basta para subir por los tubos, por donde asciende el jugo alimentoso a las plantas; mas también hacen opinable, que a la mezcla del metal deben estas en gran parte la vegetación.

{(a) A lo que decimos de la vegetabilidad de los metales, puede añadirse, prestándole la fe que mereciere, lo que el Padre Regnault, tom. 3. Convers. 16. dice, citando el Diario de los Sabios a 17 de Mayo de 1683, de algunos hechos notables de Alemania; esto es, que en aquella región se hallaron unas setas que apenas podían cortarse, a causa de las partículas de plata que contenían: una varilla de plata, que nació en un bosque; y otra que se elevó de una roca; oro en la médula, y venas de algunos árboles; varillas muy sutiles, o hilos de oro, que saliendo de la tierra, se fueron enroscando, y ascendiendo en torno a una cepa. En fin, en una mies de Avena una espiga de metal, que fue presentada el Emperador Rodulfo.}

45. Esto es lo que en favor de la Paradoja propuesta hallo en los Filósofos que he citado. A que añadiré una conjetura mía, que juzgo muy eficaz para hacer creíble la existencia formal de las partículas de imán, o de hierro en todos los vegetales, suponiendo primero, que el que sean de imán, o de hierro, es una diferencia muy accidental, estando ya convenidos los Filósofos Experimentales en que la piedra imán no es otra cosa más que una vena más pingüe de hierro.

46. Mi conjetura se funda en un teorema, abrazado hoy por todos los Matemáticos, y convencido con ineluctables razones; esto es, que la tierra tiene virtud magnética. Esta verdad está probada con innumerables observaciones. Se ha hallado que la Aguja Magnética, puesta en equilibrio, se acomoda al Meridiano de la tierra, del mismo modo que al de la piedra imán, que mira, no a los Polos del cielo, sino a los de la tierra, pues en las regiones boreales no levanta la cúspide a buscar la altura del Polo celeste, antes la baja de la línea horizontal a [291] buscar el terrestre: generalmente en todo, y por todo, observa la Aguja Magnética, respecto del Polo terráqueo, las mismas proporciones que respecto de la piedra imán. Las varias declinaciones del Polo de la tierra, que la Aguja padece en diversos parajes, no pueden atribuirse a otra causa que al desigual magnetismo del globo terráqueo en diferentes regiones; así como las diferentes declinaciones de los Polos del imán se atribuyen al desigual magnetismo, o perfección de las partes de esta piedra. Se ha visto que la tierra comunica por sí sola el magnetismo al hierro. Si una barra de hierro, al punto que sale encendidísima de la fragua, se pone perpendicular a la tierra hasta que se refrigere, concibe evidentemente magnetismo; y puesta en equilibrio se dirigirá a los Polos de la tierra, como si hubiese sido tocada del imán. Lo mismo sucede si está por muchos años en positura perpendicular, aunque no se hubiese encendido, como se ha experimentado en muchas barras de rejas. Sucede también lo propio si la barra encendida se coloca perfectamente según la línea meridiana, o sin encenderse está muchos años en ella. Quien gustare de ver más extendidas estas observaciones, y enterarse de cómo de ellas se convence el magnetismo de la tierra, vea los Autores matemáticos que tratan del imán, pues entre los Modernos ninguno hay que no toque este punto.

47. Esto supuesto, dos cosas se pueden discurrir, o que exceptuando esta corteza exterior de la tierra, que consta de tantas partes heterogéneas cuantas son menester para la producción, y aumento de tantos, y tan varios mixtos, todo el resto de este globo que nos sustenta, no es otra cosa que una solidísima cantera de piedra imán, como aseguran unos; o que la virtud magnética está distribuida por todo el globo terráqueo, como piensan otros.

48. Todo puede ser verdad, pues no se oponen las dos sentencias; pero a favor de la segunda, que es la que hace a mí propósito, hay otra experiencia célebre, la cual califica eficazmente que esta misma tierra exterior que [292] tocamos está embutida de muchas partículas insensibles de imán, o de hierro; y es que esta misma tierra concibe el magnetismo, o inclinación al Polo; porque los ladrillos que se hacen de ella, bien cocidos, y expurgados de todo humor extraño, siendo tocados del imán, logran la verticidad dicha, especialmente si son estrechos, y largos, y aún sin el contacto del imán, precisamente por guardar la misma positura muchos años (Véase el Padre Dechales lib. 1. & 2. de Magnete). Siendo, pues, cierto que la verticidad al Polo es propia del imán, o del hierro, e incomunicable a otras substancias, evidentemente se infiere que esta misma tierra que tocamos, está impregnada de partículas de imán, o de hierro. Luego alimentándose de ella todos los vegetales, no se debe extrañar que en todos ellos se hallen dichas partículas.

49. Propongo aquí a los que gustaren de filosofar, si se podrá discurrir probablemente que en todos los mixtos hay las mismas partículas, en cuyo caso se descubriría la causa del descenso de los graves; porque habiendo en la tierra virtud magnética, y en todos los mixtos partículas de hierro, por más que cuanto pueden nuestras fuerzas los apartemos de ella, siempre volverán por atracción. Pero (porque quien ama la verdad, nada debe disimular) hallo contra este pensamiento una terrible objeción; y es, que según este sistema, el hierro debería ser más pesado que el oro; pues aunque demos en el oro algunas insensibles partículas magnéticas, o de hierro, no es creíble que sean tan copiosas como en el mismo hierro. Si fuese así, tan bien atrajera el imán aquel metal como este. Si hay en el globo terráqueo otra virtud atractiva, distinta en especie de la del imán, y más universal que esta, en virtud de la cual atraiga a todos los cuerpos que llamamos graves, por haber en estos, respecto del globo, una proporción o correspondencia semejante a la que hay entre el hierro, y el imán, es de más difícil averiguación. De esto dijimos algo arriba, tratando de la causa del descenso de los graves. [293]

Paradoja XI
Sin fundamento, y aún contra toda razón, se atribuye al Sol la producción del Oro.

§. XI

50. Muchos son los Filósofos que conciben al Sol como a un agente universal, sin cuyo concurso no se produce cosa alguna en todo el vasto Imperio de las regiones Sublunares. Dictamen es este que pudo tener algún influjo en el delirio de los que adoraron este Astro como Deidad, porque no se acomodarían a concebir juntas en una causa la universalidad, y la subordinación.

51. No pretendo ahora disputar, según toda su extensión, este asunto; sí sólo probar que no alcanza la actividad del Sol a producir los metales, y especialmente la Plata, y el Oro, que es quien comúnmente se reputa por su más legítimo hijo. Esto se hace claro, considerando la profundidad de sus mineras, adonde el calor del Sol no puede llegar, ni aún con grande espacio; pues cuando más se extiende, no pasa de diez pies de tierra, como se conoce en la frialdad de las cavernas subterráneas. Ni es de discurrir que otra cualidad activa del Sol, distinta del calor, y la luz, penetre a tanta profundidad: pues habiendo mineras profundas hasta quinientos codos, como de una de plata en Hungría testifica Baguino en su Tirocinio Chymico, no cabe en la más audaz Filosofía pensar que pueda taladrar aquella cualidad tan vasta crasicie, especialmente donde la mina está cubierta de durísimos, y continuados guijarros, como de una del Potosí afirma Thomas Cornelio en su Diccionario Geográfico.

52. Ni por desnudar al Sol de esta prerrogativa, falta agente proporcionado para la generación de los metales. Éste es el fuego subterráneo, cuya existencia hacen innegable, ya los muchos volcanes que hay en toda la redondez de la tierra; ya el ascenso de los vapores en las [294] regiones, y estaciones más frías, donde no puede elevarlos el calor del Sol; ya los terremotos, que no pueden venir de otra causa que del encendimiento de dilatadísima copia de materias inflamables; así como tiembla la superficie de la tierra, y

se arruinan los baluartes, cuando prende el fuego en la pólvora de las minas.

53. Algunos Filósofos han pensado que la parte central de la tierra por larguísimo espacio es depósito de un gran tesoro de fuego, a quien por esto llaman Fuego central, y Sol terrestre; el cual siguiendo la ambición congénita, que no le permite contentarse con el lugar que le señaló la naturaleza, por varios conductos rompe hacia la superficie de la tierra, logrando en muchas partes desahogar sus iras en la libre campaña del aire: *Praeter illum Solem Caelestem* (dice Gerardo Juan Vosio, de Idolatría, lib. 2. cap. 63.) *quendam agnoscere oportet quasi Anthelion, sivè Solem, vel ignem adversum, unde caecos per meatus se undique diffundat*. Donde me ocurre admirar la variedad de caprichos de los Filósofos, que sin legítimos fundamentos dan vuelo a sus imaginaciones; pues unos colocan el fuego elemental en la parte suprema, y otros en la ínfima de todo lo sublunar, empeñados, unos en elevarle, y otros en abatirle. Es verdad que los que le ponen en la región ínfima, no tienen contra sí el informe de nuestros ojos, como los que le colocan en la suprema; ni le admiten tan ocioso aquellos, como es preciso le confiesen estos; pues le atribuyen la fábrica de todos los minerales, la elevación de las aguas en vapores a la eminencia de las montañas, para que allí den surtimiento a las fuentes; el ascenso de todas las exhalaciones, y hálitos del globo terráqueo a la primera, y segunda región del aire, sin cuyo movimiento, faltando el beneficio de la lluvia, fuera toda la tierra infecunda.

54. Pero bastando para todo esto el fuego distribuido en varios receptáculos subterráneos, con quien para parte de los efectos señalados concurre también el Sol, no es menester señalarle tan vasto dominio en la imaginada [295] concavidad de este globo. Añádese a esto, que el fuego colocado en el centro de la tierra padecería la misma falta de alimento que elevado al cóncavo de la Luna, no pudiendo discurrirse de donde se le suministre el que basta a saciar la inmensa voracidad de tan copiosa llama. Gasendo impugnó también esta opinión por el capítulo de que aquel fuego por falta de aire se había de sofocar, y con razón, pues cualesquiera respiraderos que se le den hacia las cavernas subterráneas, serán muy poca cosa para el desahogo de tanto volumen de fuego.

55. Desterrando, pues, aquel Sol habitador de tinieblas, como puramente imaginario, y admitiendo el fuego distribuido en varios senos de la tierra, tenemos el agente que se necesita para la fábrica de todos los minerales. Aristóteles fue sin duda de este sentir, pues en el libro 4. de los Meteoros, cap. 6. dice, que todos los metales se forman de aspiración vaporosa condensada; y siendo constante que el calor del Sol no alcanza a levantar vapores en tanta profundidad, especialmente cuando para esto es menester calor bastantemente sensible, sólo el calor del fuego subterráneo puede elevarlos.

56. Por la misma razón no puede tampoco el Sol tener algún influjo en la condensación, ni esta ha menester un artífice tan forastero. Sabiéndose cuanto puede en la concreción, y disgregación de los mixtos el fuego regido de la Química, no se puede negar que podrá mucho más gobernado por la sabia Naturaleza; o, por hablar más cristiana, y más filosóficamente, gobernado por el Autor de la Naturaleza misma.

57. Aunque hasta ahora (como tengo por cierto) no se haya descubierto el arte de la fábrica artificial del oro, Roberto Boyle refiere como cosa constante que un Químico de su tiempo, que se andaba fatigando en los alcances de este inaccesible secreto, logró en una ocasión una pequeña porción de oro, más por accidente que por arte; pues por más que repitió después la operación sobre la misma materia, no se repitió el efecto, por la falta, [296] sin duda de alguna, o algunas imperceptibles circunstancias que observa en esta obra la naturaleza, y son inobservables por el arte. Siendo esto así, el fuego elemental basta para la fábrica del oro; y en caso que no baste manejado por el arte acá en la superficie de la tierra, por las razones arriba alegadas me parece innegable que basta manejado por la naturaleza en la matriz del mineral.

Paradoja XII

Posible es naturalmente restituir la vista a un ciego.

§. XII

58. Esta Paradoja va fundada sobre la fe de los Autores que refieren los experimentos, conque la comprobaremos. El P. Gaspar Schotto (in Jocoser. nat. & art. cent. 3. prop. 83.) refiere, que habiendo llegado a Praga un caballero extranjero, y ofreciéndose hablar sobre materias médicas con el ingeniosísimo Doctor Juan Marcos Marci, vino a caer la conversación sobre el asunto de la presente Paradoja. Dijo el Extranjero que era posible restituir la vista enteramente perdida, y él se ofrecía a hacer la experiencia en cualquier animal. Trájose un ganso, picóle con una lanceta los ojos, de donde al punto fluyó todo el humor aqueo: luego exprimió los humores cristalino, y vitreo, de suerte, que en lugar de los dos ojos no se veían sino dos cavernas. Hecho esto, destiló en ellos una porción de cierta agua que traía consigo, y al instante empezaron a entumecerse de nuevo los ojos, restituyéndose a su antiguo estado, de suerte, que dentro de un cuarto de hora recobró el ave la vista perdida. Guardó mucho tiempo Marcos Marci el ganso, y le mostró a muchos. Es verdad que no veía tan perfectamente como antes, lo que el mismo extranjero había pronosticado, porque no se había [297] cerrado con exacta igualdad la cicatriz.

{(a) Aunque ya hemos dicho algo en otra parte perteneciente al asunto de esta Paradoja, añadiremos aquí, que por las observaciones de Rhedi consta, que rompidos los ojos con aguja, o lanceta, sin aplicación de algún remedio, se recobra la vista por puro beneficio de la naturaleza en menos de veinte y cuatro horas. Así lo experimentó el citado Autor en varias especies de aves. Por tanto se debe creer, que el zumo de la Celidonia, y otras drogas, que como secreto venden algunos para este efecto, es puro embuste de charlatanes, que sabiendo que la curación se deberá a la naturaleza, sin socorrerla con algún auxilio, venden como remedio lo que no hace daño, ni provecho.}

59. El mismo Schotto refiere, que el Padre Nicolao Cabeo restituyó la vista a un cordero, a quién del mismo modo había quitado el humor aqueo de los ojos, vendándolos después con un paño mojado en zumo de la Celidonia mayor.

60. El Docto Premonstratense Juan Zahno (*in Ocul. Artific. syntagm. 3. cap. 8. quaest. 19.*) cita a Henrico de Heer, que escribe que con el zumo de la hierba *Ulmaria*, cogida en el mes de Mayo,

restituyó a una muchacha los humores vitreo, y aqueo. Cita el mismo Zahno una carta del Borri a Thomas Bartolino, donde aquel famoso Químico asegura que se pueden instaurar los humores del ojo con el zumo de la Celidonia en los que tienen los ojos garzos; y con la agua de infusión de acero en los que los tienen negros; y que esta experiencia se hizo más de cien veces, así en hombres, como en brutos; añadiendo que queda la vista aún más clara que antes.

61. No omitiré aquí, que Aristóteles en el lib. 6. de la Historia de los Animales, cap. 5. dice, que si a los pollos tiernos de las golondrinas se les taladran los ojos, sanan y recobran perfectamente la vista. Más es lo que dice Plinio (*lib. 11. cap. 37.*) y por eso menos creíble, que así a las golondrinas, como a las culebras pequeñas, si les arrancan los ojos, vuelven a renacerles. Es verdad que sólo lo refiere como de oídas; pero en el mismo capítulo, absolutamente, y sin esa restricción, afirma que muchos hombres [298] recobraron la vista después de los veinte años de edad:

Post vigesimum annum multis restitutus est visus.

62. Últimamente, quitados todos los humores, y túnicas del ojo, a la reserva sola de la retina, como esta quede en su natural, y debida temperie, se puede restituir la vista, poniendo en la concavidad del ojo artificial que describe el Padre Dechales (*lib. 1. Opticae, prop. 10.*), pues este sirve del mismo modo que el natural para estampar en la retina las imágenes de los objetos; y estando toda la sensación, o acción vital de la vista en la retina (como es más probable, y común), como esta se conserve, se verá del mismo modo con el ojo artificial, que con el natural. Toda la dificultad está en que la temperie de la retina no se destruya de modo que quede inútil para la sensación. Véase el Padre Dechales en el lugar citado, y en la proposición 42 del mismo libro.

63. Vuelvo a decir, que en cuanto a esta Paradoja nada he puesto de mi casa; ni salgo por fiador de los experimentos citados arriba. Sólo advierto, que aun cuando con los medios puestos se pueda restituir naturalmente la vista a un ciego, no por eso dejan de ser milagrosas las curaciones de ciegos hechas por Christo Señor nuestro, y por otros Santos, pues en ellas no se usó de medio alguno

natural, ni artificial.

Discurso XV

Mapa intelectual, y cotejo de Naciones

§. I

1. No es dudable que la diferente temperie de los Países induce sensible diversidad en hombres, brutos, y plantas. En las plantas es tan grande, que llega al extremo de ser en un País inocentes, o saludables las mismas que en otros son venenosas, como se asegura de la Manzana Pérsica. No es menor la discrepancia entre los brutos, en tamaño, robustez, fiereza, y otras cualidades, pues además de lo que en esta materia está patente a la observación de todos, hay Países donde estos, o aquellos animales degeneran totalmente de la índole, que se tiene como característica de su especie. Produce la Macedonia serpientes tan sociables al hombre, si hemos de creer a Luciano, que juegan con los niños, y dulcemente se aplican a chupar en su propio seno la leche de las mujeres. En Guregra, montaña del Reino de Fez, son, según la relación de Luis Marmol en su Descripción de la África, tan tímidos los Leones, de que hay gran número en aquel paraje, que los ahuyentan las mujeres a palos, como si fuesen perros muy domesticados. [300]

{(a) Siguiendo la opinión común, dijimos en este número, que la Manzana Pérsica, que nosotros, hecho sustantivo el adjetivo, llamamos Pérsico, es venenosa en la Persia. Éste es un error común, que viene muy de atrás; pues ya en Columela se halla escrito, como creído del Público.

Stipantur calathi, & pomis, quae barbara Persis
Miserat (ut fama est) patriis armata venenis. [300]

Plinio poco posterior a Columela, estaba desengañado del error; pues en el libro 15, cap. 13, hablando de las Manzanas Pérsicas, dice: *Falsum est, venenata cum cruciatu in Persis gignit*. Mas no por eso dejó de pasar el engaño a otros Escritores que le mantuvieron, y aún mantienen en el Vulgo. Este error vino de la equivocación de tomar por Manzana Pérsica, o por su árbol, otro árbol o fruto llamado *Persea*, del cual dicen algunos Autores, que siendo venenoso en Persia, fue trasladado a Egipto por no sé qué Rey, para castigo de delincuentes; pero en el suelo de Egipto perdió su actividad. No sólo Plinio, mas Dioscórides, Galeno, y Matiolo, deshicieron la equivocación, hablando del Pérsico, y de la Persea, como plantas diversas. Plinio añade, que la Persea no se dominó así por haber sido transferida de la Persia, sino porque el Rey Perseo la plantó en Menfis}.

2. Si no es tanta la diferencia que la diversidad de Países produce en nuestra especie, es por lo menos bastantemente notable. Es manifiesto que hay tierras donde los hombres son, o más corpulentos, o más ágiles, o más fuertes, o más sanos, o más hermosos, y así en todas las demás cosas que dependen de las dos facultades, sensitiva, y vegetativa, comunes al hombre, y al bruto. Aún en Naciones vecinas se observa tal vez esta diferencia.

3. A las distintas disposiciones del cuerpo se siguen distintas calidades del ánimo: de distinto temperamento resultan distintas inclinaciones, distintas costumbres. La primera consecuencia es necesaria: la segunda defectible: porque el albedrío puede detener el ímpetu de la inclinación; mas como sea harto común en los hombres seguir en el albedrío aquel movimiento que viene de la disposición interior de la máquina, se puede decir con seguridad, que en una Nación son los hombres más iracundos, en otra más glotones, en otra más lascivos, en otra más perezosos, &c.

4. No menor, antes mayor desigualdad que en la parte sensitiva, y vegetativa, se juzga comúnmente que hay en la racional entre hombre de distintas regiones. No sólo en las conversaciones de los vulgares, en los escritos de los hombres más sabios, se ve notar tal

nación de silvestre, [301] aquella de estúpida, la otra de bárbara; de modo, que llegando al cotejo de una de estas Naciones con alguna de las otras que se tienen por ocultas, se concibe entre sus habitadores poco menor desigualdad que la que hay entre hombres y fieras.

5. Estoy en esta parte tan distante de la común opinión, que por lo que mira a lo substancial, tengo por casi imperceptible la desigualdad que hay de unas Naciones a otras en orden al uso del discurso. Lo cual no de otro modo puedo justificar mejor que mostrando que aquellas Naciones, que comúnmente están reputadas por rudas, o bárbaras, no ceden en ingenio, y algunas acaso exceden a las que se juzgan más cultas.

§. II

6. Empezando por Europa, los Alemanes, que son notados de ingenios tardos, y groseros (en tanto grado, que el Padre Domingo Bouhursio, Jesuíta Francés, en sus Conversaciones de Aristio, y Eugenio, propone como disputable, si es posible que haya algún bello espíritu en aquella Nación) tienen en su defensa tantos Autores excelentes en todo género de letras, que no es posible numerarlos. Dudo que el citado Francés pudiese señalar en Francia, aun corrigiendo los siglos todos, dos hombres de igual estatura a Rabano Mauro (por más notorios los elogios de Alberto) Astro resplandeciente de su siglo, y el supremo Teólogo de su tiempo: estos epítetos le da el Cardenal Baronio. Fue Varón perfectísimo en todo género de letras; así le preconiza Sixto Senense. El Abad Tritemio, después de celebrarle como Teólogo, Filósofo, Orador, y Poeta excelentísimo, añade, que Italia no produjo jamás hombre igual a este; y no ignoraba Tritemio ser parto de Italia un Santo Tomás de Aquino. ¿Qué sujetos tiene la Francia que excedan al mismo Tritemio, venerado por Cornelio Agripa: a nuestro Abad Ruperto: al P. Atanasio Kircher, quien [302] según Caramuel, fue *divinitus edoctus*: al Padre Gaspar Scotti, y otros que omito? Ni se debe callar aquel rayo, o torbellino de la crítica, terror de los Eruditos de su tiempo, Gaspar Scioppio, que de la edad de diez y

seis años empezó a escribir libros, que admiraron los ancianos. Señalamos en este Mapa literario de Alemania sólo los montes de mayor eminencia, porque no hay espacio para más.

7. Los Holandeses, a quienes desde la antigüedad viene la fama de gente estúpida, pues entre los Romanos, para expresar un entendimiento tardísimo, era proverbio: *Auris Batava: Orejas de Holandés*, tienen hoy tan comprobada la falsedad de aquella nota, y tan bien establecida la opinión de su habilidad, que no cabe más. Su gobierno civil, y su industria en el comercio, se hacen admirar a las demás Naciones. Apenas hay Arte que no cultiven con primor. Para desempeño de su política, y su literatura, bastan en lo primero los dos Guillermos de Nasau, uno, y otro de profunda, aunque siniestra política; y en lo segundo, aquellos dos sobresalientes Linces en humanas letras, aunque Topos en las Divinas, Desiderio Erasmo, y Hugo Grocio. Así que en esta, y otras Naciones se llamó rudeza lo que era falta de aplicación. Luego que se remedió esta falta, se conoció la injusticia de aquella nota.

8. Esto es lo que se vió también en los Moscovitas, cuyo discurso está, o estaba poco ha tan desacreditado en Europa, que Urbano Chevreau, uno de los bellos espíritus de la Francia de este último siglo, dijo que el Moscovita era el *hombre de Platón*. Aludía a la defectuosa definición del hombre, que dió este Filósofo, diciendo que es un animal sin plumas, que anda en dos pies: *Animal bipes implume*; lo que dio ocasión al chiste de Diógenes, que después de desplumar un gallo, se le arrojó a los discípulos de Platon dentro de la Academia, gritándoles: *Veis ahí el hombre de Platón*. Quería decir Chevreau, que los Moscovitas, no tienen de hombre sino la figura exterior. Mas habiendo el último Zar Pedro Alexowit introducido [303] las Ciencias, y Artes en aquellos Reinos, se vio que son los Moscovitas hombres como nosotros. Fuera de que ¿cómo es posible, que una gente insensata se formase un dilatadísimo Imperio, y le haya conservado tanto tiempo? El conquistar pide mucha habilidad; y el conservar, especialmente a la vista de dos tan poderosos enemigos, como el Turco, y el Persa, mucho mayor. No ignoro que es la Moscovia parte de la antigua Escitia, cuyos moradores era reputados por los más salvajes, y bárbaros de todos los hombres, y con razón; pero esto no dependía de incapacidad nativa, sino de

falta de cultura: de que nos da buen testimonio el famoso Filósofo Anacharsis, único de aquella Nación, que fue a estudiar a Grecia. Si muchos Escitas hubieran hecho lo mismo, acaso tuviera la Escitia muchos Anacharsis.

§. III

9. En saliendo de la Europa, todo se nos figura barbarie: cuando la imaginación de los vulgares se entra por la Asia, se le representan Turcos, Persas, Indios, Chinos, Japones, poco más, o menos, como otras tantas congregaciones de Sátiros, o hombres medio brutos. Sin embargo, ninguna de estas naciones deja de lograr tantas ventajas en aquello a que se aplica, como nosotros en lo que estudiamos.

10. No es tanto el aborrecimiento de las Ciencias, ni tanta ignorancia en Turquía, como acá se dice; pues en Constantinopla, y en el Cairo tienen Profesores que enseñan la Astronomía, la Geometría, la Aritmética, la Poesía, la lengua Arábiga, y la Persiana. Pero no hacen tanto aprecio de estas Facultades como de la Política, en la cual apenas hay Nación que los iguale, ni sutileza que se les oculte. El Viajero Monsieur Chardin, Caballero Inglés, en la relación de su Viaje a la India Oriental, dice que habiendo conversado, en su tránsito por Constantinopla, con el Señor Quirini, Embajador de Venecia a la Porta, le aseguró este Ministro, que no había tratado [304] jamás hombre de igual penetración, y profundidad que al Visir que había entonces; y que si él tuviese un hijo, no le daría otra escuela de Política, que la Corte Otomana. Son primorosísimos los Turcos en todas las habilidades de manos, o ejercicios del cuerpo, a que tienen afición. No hay iguales Pendolarios en el Mundo; y este ha sido motivo de no introducirse en ellos el artificio de la Imprenta. Asimismo son los más ágiles, y diestros volatines de Europa. Cardano refiere maravillas de dos que vió en Italia, de los cuales el uno se convirtió a la Religión Católica, y vivió cristianamente, aunque continuando el mismo ejercicio, con lo cual desvaneció la sospecha introducida en el Vulgo de que tenía pacto con el Demonio. La destreza en el manejo del arco para disparar con violencia la flecha, subió en los Turcos a tan alto punto, que se hace

increíble. Juan Barclayo en la cuarta parte del *Satyricon* testifica haber visto a un Turco penetrar con una flecha el grueso de tres dedos de acero; y a otro, que con la asta de la flecha sin hierro, taladró de parte a parte el tronco de un pequeño árbol. En el arte de confeccionar venenos son también admirables. Hácenlos no solo muy activos, pero juntamente muy cautelosos. El tenue vapor que exhala al desplegarse un lienzo, una banda, o una toalla, fue muchas veces entre ellos instrumento para quitar la vida, enviando por vía de presente aquella alhaja: ¡arte funesta, y execrable! Pero así como prueba la pervesidad de aquella gente, da testimonio de su habilidad en todo aquello a que tienen aplicación. [305]

{(a) Acaso lo que se dice de la fiereza de los Turcos, se debe limitar, o padece muchas excepciones. La Historia de Carlos XII, Rey de Suecia, nos los pinta en muchas ocasiones mucho más humanos, y generosos con aquel Príncipe, que lo que merecían sus extravagancias, desatenciones, y rodamontadas. A un Católico, natural, y habitador de Chipre, sujeto muy capaz, oí varias veces encarecer su cortesanía, y moderación con los de aquella Isla. Decía, que están mezclados en todas las poblaciones de ella tantos a tantos, poco más, o menos, Turcos con Cristianos, teniendo frecuentemente las habitaciones contiguas, sin experimentar de ellos los Cristianos la menor vejación, desprecio, befa, o falta de urbanidad.}.

11. Los Persas son de más policía que los Turcos. Tienen Colegios, y Universidades, donde estudian la Aritmética, la Geometría, la Astronomía, la Filosofía Natural, y Moral, la Medicina, la Jurisprudencia, la Retórica, y la Poesía. Por esta última son muy apasionados, y hacen elegantes versos, aunque redundantes en metáforas pomposas. En la antigüedad fueron celebrados los Magos de Persia, que era el nombre que daban a sus Filósofos. Tan lejos están de aquella inurbana ferocidad que concebimos en todos los Mahometanos, que no hay gente que más se propase en expresiones de civilidad, ternura, y amor. Cuando en Persia convida a otro con el hospedaje, o generalmente le quiere manifestar su deferencia, y rendimiento, se sirve de estas, y semejantes expresiones: *Ruégoos que ennoblezcais mi casa con vuestra presencia. Yo me sacrifico enteramente a vuestros deseos. Quisiera que*

de las niñas de mis ojos se hiciese la senda que pisasen vuestros pies.

12. En la India Oriental no hallamos letras; pero sí más que ordinaria capacidad para ellas. Juan Bautista Tabernier, hablando de unos negros, o mulatos que hay en aquella región, llamados Camarines, de los cuales se establecen muchos con varios oficios en Goa a los mismos Religiosos que los enseñan. Persuádome a que la primera vez que los Portugueses vieron aquellos hombres atezados, creyeron que su razón era tan obscura como su cara, y se juzgarían con una superioridad natural a ellos, poco diferente de aquella que los hombres tienen sobre los [306] brutos. ¡Oh cuántas partes de la tierra, donde juzgamos la gente estúpida, sucedería acaso lo mismo! Pero queda oculto el metal de su entendimiento, por no examinarse en la piedra de toque del estudio.

{(a) El P. Papin, Misionero en la India Oriental, en una Carta escrita de Bengala a 18 de Diciembre de 1709 al P. Gobien, de la misma Compañía, que se halla en el tom. 9 de las Cartas Edificantes, habla con admiración de la habilidad de la gente de aquel País en las Artes Mecánicas, y aún en la Medicina. Entre otras muchas particularidades de que hace memoria, dice que fabrican telas de tan extraña delicadeza, que aunque son muy anchas, y largas, pueden sin dificultad enfilarse por un anillo; y que dándoles a uno de aquellos Obreros una pieza de muselina destrozada, o dividida en dos, juntan las partes con tanta destreza, que es imposible conocer donde se hizo la unión. En orden a la Medicina de aquella gente, son muy notables estas palabras del P. Papin: *Un Médico no es admitido a la curación del enfermo, si no adivina su mal, y el humor que predomina en él; lo que ellos conocen fácilmente tentando el pulso. Y no hay que decir que es fácil que se engañen, porque esta es una cosa de que yo tento alguna experiencia*.

2. El Padre Barbier, Misionero Jesuíta también en la India Oriental, refiere el extraordinario ardid conque un Indiano mató una horrenda Serpiente, que infestaba el territorio de *Rangamati*, más allá del Cabo de Comorin. Esta bestia tenía su habitación en una montaña, de donde descubría el curso de un Río vecino, y luego que veía navegar en él algún Batel, bajaba prontamente al Río, acometía el Batel, le trastornaba, y luego devoraba la gente que iba en él. Este estrago duró hasta que un delincuente, condenado a

muerte, ofreció librar de él al País como le concediesen la vida. Aceptada la oferta, más arriba de donde habitaba el Dragón, y donde se lo ocultaba el Río, formó unas figuras de hombres de paja, llenando el interior de arpones, y grandes garfios; y poniéndolos en una especie de barco, la corriente los fue llevando hasta ponerse a la vista del Dragón: este se arrojó al agua, y a la presa que veía en ella: conque tragando los arpones, y garfios, se despedazó las entrañas (Cartas Edificantes, tom. 18.).}

§. IV

13. La mayor injusticia, que en esta materia se hace está en el concepto que nuestros vulgares tienen formado de los Chinos. ¿Qué digo yo los vulgares? [307] Aún a hombres de capilla, o de bonete, cuando quieren ponderar un gran desgobierno, o modo de proceder, ajeno de toda razón, se les oye decir a cada paso: *No pasará esto entre Chinos*; lo cual viene a ser lo mismo que colocar en la China la antonomasia de la barbarie. Es bueno esto para la idea que aquella Nación tiene de sí misma, la cual se juzga la mayorazga de la agudeza; pues es proverbio entre ellos, *que los Chinos tienen dos ojos, los Europeos no más que uno, y todo el resto del mundo es enteramente ciego*.

14. El caso es que tienen bastante fundamento para creerlo así. Su gobierno civil, y político excede al de todas las demás Naciones. Sus precauciones para evitar guerras, tanto civiles, como forasteras, son admirables. En ninguna otra gente tienen tanta estimación los sabios, pues únicamente a ellos confían el gobierno. Esto solo basta para acreditarlos por los más racionales de todos los hombres. La excelencia de su inventiva se conoce en que las tres famosas invenciones de la Imprenta, la Pólvora, y la Aguja Náutica, son mucho más antiguas en la China, que en Europa; y aún hay razonables sospechas de que de allá se nos comunicaron. Sobresalen con grandes ventajas en cualquiera Arte a que se aplican; y por más que se han esforzado los Europeos, no han podido igualarlos, ni aún imitarlos en algunas.

{(a) El P. Du-Halde en el tom. 2 de su grande Historia de la

China, pag. 47 dice, que aunque la pólvora es antigua en la China, no usaban de ella sino para los fuegos de artificio, ignorando enteramente su uso en los cañones. Sin embargo añade, que a las puertas de Nan-kin había tres, o cuatro bombardas cortas, bastantemente antiguas, para hacer juicio de que algún tiempo tuvieron poco, o mucho conocimiento de la Artillería. Lo que es cierto es, que todos los cañones que hoy tienen, los deben a Artífices Europeos: conque si en la antigüedad conocieron el arte, enteramente lo habían perdido.}

15. Nada es digno de tanta admiración como el grande exceso que nos hacen en el conocimiento, y uso de la Medicina. Sus Médicos son juntamente Boticarios: quiero [308] decir, que en su casa tienen todos los medicamentos de que usan, los cuales se reducen a varios simples, cuyas virtudes tienen bien examinadas. Ellos los buscan, preparan, y aplican. En cuanto a la unión de los dos oficios, antiguamente se practicaba lo mismo en todas las Naciones; y ojalá se practicase también ahora. Son sumamente prolijos en el examen del pulso. Es muy ordinario detenerse cerca de una hora en explorar su movimiento. Pero es tal la comprensión que tienen, así de esta señal, como de la lengua, que en registrando uno, y otro, sin que los asistentes, ni el enfermo les digan cosa alguna, pronuncian qué enfermedad es la que padece, qué síntomas la acompañan, el tiempo en que entró, con las demás circunstancias antecedentes, y subsecuentes. [309]

{(a) En orden a la Medicina de los Chinos, el P. Du-Halde dice que su teórica es muy defectuosa, sus principios físicos inciertos, y obscuros, su ciencia anatómica casi ninguna; pero no les niega el conocimiento de muchos remedios muy útiles. Por lo que mira al conocimiento del pulso, confirma lo que hemos dicho en el número citado. Pondré aquí el pasaje, aunque algo largo, traducido literalmente, porque algunos lectores han dificultado el asenso a los que hemos escrito sobre esta materia. Está en el tom. 3 pág. 382.

2. «Toda su ciencia consiste en el conocimiento del pulso, y en el uso de los simples, de que tienen gran cantidad, y que, según ellos, están dotados de virtudes singulares para curar las enfermedades. Ellos pretenden conocer por sólo el movimiento del pulso el origen del mal, y en qué parte del cuerpo resida. En efecto, los que entre

ellos son hábiles, descubren, o pronostican muy exactamente todos los síntomas de una enfermedad; y esto es lo que hizo principalmente tan famosos en el Mundo los Médicos de la China».

3. »Cuando son llamados para algún enfermo, apoyan lo primero el brazo sobre una almohada: aplican luego los cuatro dedos a lo largo de la arteria, ya blandamente, ya con fuerza. Detiénense largo tiempo a examinar las pulsaciones, y a notar los diferencias, por imperceptibles que sean; y según el movimiento más, o menos veloz, o tardo; más, o menos lleno, o disminuido; más uniforme, o menos regular, que observan con la mayor atención, descubren la causa del mal; de suerte, que sin hacer pregunta alguna al enfermo, le dicen en qué parte del cuerpo siente el dolor, en la [309] cabeza, o en el estómago, vientre, hígado, o bazo; y le pronostican cuándo le aliviará la cabeza, cuándo recobrará el apetito, cuándo cesará la incomodidad.

4. »Yo hablo de los Médicos hábiles, y no de otros muchos que no ejercen la Medicina sino para tener de qué vivir, y que carecen de estudio, y experiencia. Pero es cierto, y no se puede dudar, después de tantos testimonios como hay, que los Médicos Chinos han adquirido en esta materia un conocimiento, que tiene algo de extraordinario, y asombroso.

5. »Entre muchos ejemplos que pudiera alegar en prueba, no referiré más que uno solo. Un Misionero cayó enfermo en las prisiones de Nan-kin. Los Cristianos, que se veían en riesgo de perder su Pastor, solicitaron a un Médico de fama para que le visitase. Rindióse a sus instancias, aunque con alguna dificultad. Vino a prisión, y después de considerar bien al enfermo, y tentado el pulso con las ceremonias ordinarias, al instante compuso tres medicinas, que le ordenó tomase una de mañana, otra una hora después de medio día, y otra a la noche. El enfermo se halló peor la noche siguiente, perdió el habla, y los asistentes le creyeron muerto; pero a la mañana se hizo una mutación tan grande, que el Médico, pulsándole, dijo que estaba curado, y que no necesitaba ya sino guardar cierto régimen durante la convalecencia: en efecto, por este medio fue perfectamente restablecido».

6. Los que saben que el Padre Du-Halde escribió su grande Historia de la China sobre gran multitud de Memorias, las más

exactas, y justas, venidas de aquel Imperio, y que el Venerable Padre Contancin, que vino a París, después de treinta y un años de estancia en la China, la revisó toda dos veces antes de darse a la Prensa, harán de este testimonio el aprecio que es justo.}

16. Bien veo que esto se hará increíble a nuestro Médicos; pero las varias relaciones que tenemos de la China (algunas escritas por Misioneros ejemplarísimos), están en este punto tan contestes, que sin temeridad no se les puede negar el asenso. Aún cuando a mí me hubiera quedado alguna duda, me la habría quitado el Ilustrísimo Señor D. José Manuel de Andaya y Haro, dignísimo Prelado de esta Santa Iglesia de Oviedo, que me confirmó esta noticia con las experiencias que tenía de un Médico Chino, que trató en Manila, Capital de las Filipinas, y de quien su Ilustrísima me refirió maravillas, así en orden al [310] pronóstico, como en orden a la curación. Persuádome a que algunos Médicos de la Corte tendrán el libro de Andrés Cluviero, Proto-Médico de la Batavia Indica, de *Medicina Chinesium*, impreso en Ausburg, de que da noticia el Diario de los Sabios de París del año de 1682, donde podrán ver más por extenso esta noticia.

17. Siendo tan sabios los Médicos de la China en la práctica de su arte, no son menos sabios los Chinos en la práctica que observan con sus Médicos. Si el Médico después de examinados el pulso, y la lengua, no acierta en la enfermedad, o con alguna circunstancia suya (lo que pocas veces sucede), es despedido al punto como ignorante, y se llama otro. Si acierta (como es lo común), se le fía la curación. Trae luego de su casa un costadillo de simples, cuyo uso arregla en el *cuándo*, y en el *cómo*. Acabada la cura, se le paga legítimamente, así el trabajo de la asistencia, como el coste de los medicamentos. Pero si el enfermo no convalece, uno, y otro pierde el Médico, de modo, que el enfermo paga la curación cuando sana; y el Médico su impericia cuando no le cura. ¡Oh si entre nosotros hubiese la misma ley! Ya Quevedo se quejó de la falta de ella, sin saber que se practicase en la China. Y aunque lo hizo como entre burlas, pienso que lo sentía muy de veras.

18. Generalmente podemos decir a favor de la Asia, que esta parte del mundo fue la primera patria de las Artes, y las Ciencias. Las letras tuvieron su nacimiento en la Fenicia: de allí vinieron a

Egipto, y Grecia: como el conocimiento de los Astros a una, y otra parte vino de Caldea.

§. V

19. Por lo que mira a África, no tenemos más que echar los ojos a que allí nacieron un Cipriano, un Tertuliano (y lo que es más que todo) un Augustino: a que en la pericia Militar más superiores fueron un tiempo los Africanos a los Españoles, que hoy los Españoles a los Africanos. Menos sangre les costó a los Cartagineses [311] algún día la conquista de toda España, que después acá a los Españoles la de unos pequeños retazos de la Mauritania. El suelo, y el Cielo los mismos son ahora que entonces, y por tanto capaces de producir iguales genios. Si les falta la cultura, no es vicio del clima, sino de su inaplicación. Fuera de que acaso no son tan incultos como se imagina. El Padre Buffer, en el librito que intituló *Exàmen des prejugez vulgaires*, copió la arenga de un Embajador de Marruecos al gran Luis Decimocuarto, la cual está tan elocuente, y oportuna, como si la hubiera formado un discreto Europeo.

§. VI

20. El concepto que desde el primer descubrimiento de la América se hizo de sus habitadores, y aún hoy dura entre la plebe, es, que aquella gente, no tanto se gobierna por razón, cuanto por instinto, como si alguna Circe, peregrinando por aquellos vastos Países, hubiese transformado todos los hombres en bestias. Con todo sobran testimonios de que su capacidad en nada es inferior a la nuestra. El Ilustrísimo Señor Palafox no se contenta con la igualdad; pues en el Memorial que presentó al Rey en favor de aquellos vasallos, intitulado *Retrato natural de los Indios*, dice que nos exceden. Allí cuenta de un Indio que conoció su Ilustrísima, a quien llamaban *Seis oficios*, porque otros tantos sabía con perfección. De otro que aprendió el de Organero en cinco, o seis días, sólo con observar las operaciones del Maestro, sin que este le diese documento alguno. De otro que en quince días se hizo Organista.

Allí refiere también la exquisita sutileza conque un Indio recobró el caballo, que acababa de robarle un Español. Aseguraba este, reconvenido por la Justicia, que el caballo era suyo había muchos años. El Indio no tenía testigo alguno del robo. Viéndose en este estrecho, prontamente echó su capa sobre los ojos del caballo, y volviéndose al Español, le dijo, que ya que tanto tiempo había era dueño del caballo, no podía menos de saber de qué ojo era tuerto; así que lo dijese: el Español, sorprendido, y [312] turbado, a Dios, y a dicha, respondió que del derecho. Entonces el Indio, quitando la capa mostró al Juez, y a todos los asistentes, que el caballo no era tuerto, ni de uno, ni de otro ojo; y convencido el Español del robo, se le restituyó el caballo al Indio.

21. Apenas los Españoles, debajo de la conducta de Cortés, entraron en la América, cuando tuvieron muchas ocasiones de conocer que aquellos naturales eran de la misma especie que ellos, e hijos del mismo padre. Léense en la Historia de la Conquista de México estratagemas militares de aquella gente, nada inferiores a las de Cartagineses, Griegos, y Romanos. Muchos han observado que los criollos, o hijos de Españoles, que nacen en aquella tierra, son de más viveza, o agilidad intelectual, que los que produce España, lo que añaden otros, que aquellos ingenios, así como amanecen más temprano, también se anochecen más presto; no sé que esté justificado.

22. Es discurrir groseramente hacer bajo concepto de la capacidad de los Indios, porque al principio daban pedazos de oro por cuentas de vidrio. Más rudo es que ellos quien por esto los juzga rudos. Si se mira sin prevención, más hermoso es el vidrio que el oro; y en lo que se busca para ostentación, y adorno, en igualdad de hermosura siempre se prefiere lo más raro. No hacían, pues, en esto los Americanos otra cosa que lo que hace todo el mundo. Tenían oro, y no vidrio: por eso era entre ellos, y con razón, más digna alhaja de una Princesa un pequeño collar de cuentas de vidrio, que una gran cadena de oro. Un diamante, si se atiende al uso necesario, es igualmente útil que una cuenta de vidrio: si a la hermosura, no es mucho el exceso. Con todo, los Asiáticos venden por millones de oro a los Europeos un diamante que pesa dos onzas. ¿Por qué esto, sino porque son rarísimos? Los habitadores de la Isla

Formosa estimaban más el azofar que el oro, porque tenían más oro que azofar, hasta que los Holandeses les dieron a conocer la grande estimación que en las demás regiones se hacía de aquel metal. Si en todo el mundo hubiese [313] más oro que azofar, en todo el mundo sería preferible este metal a aquel. Aportando el año de 1605 el Almirante Holandés Cornelio Matelief al Cabo de Buena Esperanza, le dieron aquellos Africanos treinta y ocho carneros, y dos vacas por un poco de hierro, que no valía de veinte sueldos arriba; y lo bueno es, que quedaron igualmente satisfechos de que habían engañado a los Holandeses, que estos de que habían engañado a los Africanos. Tenían sobra de ganado, y falta de hierro. Si acá hubiese la misma sobra, y la misma falta, se compraría el hierro al mismo precio.

23. El Padre Lafitau, Misionero Jesuíta, que trató mucho tiempo aquellos Pueblos de la América Septentrional, a quienes por estar reputados por más bárbaros que los demás, llaman Salvajes, encarece en gran manera su gobierno, y policía, comparándolos en todo con los antiguos Lacedemonios. Es también (lo que se admirará más) gran panegirista de su elocuencia: llegando a decir que hay tal cual entre ellos, cuyas oraciones pueden correr parejas, y aun acaso exceder a las de Cicerón, y Demóstenes. En las memorias de Trevoux (año de 1724 art. 106) se halla la relación del Padre Lafitau. Puede ser que en esto haya algo de hipérbole; pero no tiene duda que se hace muy diferente juicio de las cosas miradas de cerca que de lejos. [314]

{(a) Lo que dice el P. Sebastián Rasles, Misionero en la Nueva Francia, parte de la América Septentrional, de la habilidad de los Ilineses, que es una de las Naciones de la Nueva Francia, es cosa de asombro; y puede persuadirnos a que nada tiene de hiperbólico lo que de la gente de aquellas partes refiere el Padre Lafitau. Es costumbre deliberar sobre los negocios más importantes al público en los convites. El Padre Rasles se halló en uno de ellos, que costeaba el Jefe principal de una población de trescientas cabañas, con cuya ocasión refiere como testigo lo siguiente: «Luego (dice) que arribaron todos los convidados, se sentaron en orden, unos en la tierra desnuda, otros sobre esteras. Entonces el Jefe se levantó, y empezó su arenga. Yo os confieso que admiré su afluencia, la exactitud, y fuerza de las razones que propuso, el aire elocuente

[314] que les dió, la elección y delicadeza de las expresiones conque adornó su discurso. Estoy persuadido a que si yo hubiese escrito lo que nos dijo de repente, y sin preparación alguna, convendríais sin dificultad en que los más hábiles Europeos, después de mucha meditación, y estudio, no podrían componer un discurso más sólido, ni más bien colocado». (Cartas Edific. tom. 23)

2. Lo que testifica el Padre Chome de la Lengua de los Guaraníes, Nación de la América Meridional, donde ejercitó el ministerio de Misionero, creo infiere más que mediana capacidad en aquella gente. «Confiésoos (dice) que después que me hice algo capaz de los misterios de esta Lengua, me admiré de hallar en ella tanta majestad, y energía. Cada palabra es una definición exacta de la cosa que quiere exprimir, y da una idea clara, y distinta de ella». Añade luego, que no cede en nobleza, y armonía a ninguno de los Idiomas que él había aprendido en Europa.}

24. Padece nuestra vista intelectual el mismo defecto que la corpórea, en representar las cosas distantes menores de lo que son. No hay hombre por gigante que sea, que a mucha distancia no parezca pigmeo. Lo mismo que pasa en el tamaño de los cuerpos, sucede en la estatura de las almas. En aquellas Naciones que están muy remotas de la nuestra, se nos figuran los hombres tan pequeños en línea de hombres, que apenas llegan a racionales. Si los considerásemos de cerca, haríamos otro juicio.

§. VII

25. Opondráseme acaso que las absurdísimas opiniones que en materia de Religión padecen los más de los Pueblos de Asia, África, y América, mucho más la carencia de toda Religión, que se ha observado en algunos, nos precisan a hacer bajísimo juicio de sus talentos.

26. Respondo lo primero, que aunque los errores en materia de Religión son los peores de todos, no prueban absolutamente rudeza en los hombres que dan asenso a ellos. Nadia ignora que los antiguos Griegos, y Romanos eran muy hábiles para Ciencias, y Artes. Con todo, ¿qué gente más fuera de camino en cuanto al

culto? Adoraban [315] Dioses adúlteros, pérfidos, malignos. Roma, que como dice San León, dominaba a todas las Naciones, era dominada de los errores de todas. En empezando el hombre a buscar la Deidad fuera de sí misma, no hay que hacer cuenta de la mayor, o menor capacidad, porque anda también fuera de sí misma la razón. Para quien camina a obscuras, es indiferente el mayor, o menor precipicio, porque no los ve para medirlos, y aún no sé si en empezando a errar, se descamina más el que más alcanza; porque en punto de Religión, supuesto el primer yerro, fácilmente se confunde lo misterioso con lo ridículo, y afecta la sutileza hallar algunas señas recónditas de divinidad en lo que más dista de ella, según el juicio común.

27. Respondo lo segundo, que no podemos asegurarnos de que la idolatría de varias Naciones sea tan grosera como se pinta. En orden a los antiguos Idólatras ya algunos eruditos esforzaron bien esta duda, proponiendo sólidos fundamentos para pensar que en el simulacro no se adoraba el tronco, el metal, o el mármol, sino algún Numen, que se creía huésped en ellos. Verdaderamente parece increíble que un estuario, como le pinta graciosamente Horacio en una de sus sátiras, enarbolada la hacha con una mano, asido un tronco con la otra, perplejo sobre si haría un Príapo, o un Escaño, considérase en sí mismo la autoridad que era menester para fabricar una Deidad.

28. Lo mismo digo de los Ídolos animados: ¿Cómo he de creer que los Egipcios, que fueron algunos siglos el reservatorio de las Ciencias, tuviesen por término último de la adoración unas viles sabandijas, y aún los mismos puerros, y cebollas, como dice de ellos Juvenal, con irrisión irónica, que les nacían en sus huertos? ¡*O sanctas gentes, quibus haec nascuntur in hortis Numina*! Más razonable es pensar, que aquella Nación, que era genialmente inclinada a representar todas las cosas con enigmas, y símbolos, adorase en aquellas viles criaturas alguna mística significación que les daban, y que el culto fuese respectivo, y [316] no absoluto. Lo mismo que de aquella Nación, se puede discurrir de otras, así en aquel tiempo, como en este.

29. Confírmame en este pensamiento lo que leí de la superstición que reina en la Isla de Madagascar. Adoran sus

habitadores un Grillo, criando cada uno el suyo con gran cuidado, y veneración. En una expedición que hicieron cuatro Bajeles Franceses el año de 1665 para la India Oriental, entraron de tránsito en la Isla de Madagascar. Sucedió que un Francés curioso, advertido de la extravagante superstición de aquellos Isleños, preguntó a uno de los que entre ellos eran venerados por sabios, qué fundamento tenían para adorar a un animal tan vil: respondió este, *que en el efecto adoraban el principio* (esto es, en la criatura el Creador); *y que era menester determinar la adoración a un sujeto sensible para fijar el espíritu*. ¿Quién esperaría un concepto tan delicado en aquel País? No niego que la respuesta no le redime de supersticioso; pero le pone muy lejos de insensato. Si reconviniésemos a los antiguos Egipcios, creo nos responderían en la misma substancia.

30. En cuanto a los Pueblos que carecen de Religión, es harto dudoso que haya alguno tal en el mundo. Los Viajeros, que los aseguran, es de creer que, o por falta de suficiente trato, o por no entender bien el idioma, no penetraron su mente. Clama toda la naturaleza la existencia del Creador con tan sonoros gritos, que parece imposible que la razón más dormida no despierte a sus voces.

§. VIII

31. Apenas, pues, hay gente alguna que examinado su fondo, pueda con justicia ser capitulada de bárbara. No negaré por tanto que no haya entre determinadas Naciones alguna desigualdad en orden al uso del discurso. Sé que este depende de la disposición del órgano, y en la disposición del órgano puede tener su influjo el clima en que se nace. Pero si se me pregunta qué Naciones son las más agudas, responderé, confesando con ingenuidad, [317] que no puedo hacer juicio seguro. Veo que las Ciencias florecieron un tiempo entre los Fenices, otro entre los Griegos, otro entre los Romanos, otro entre los Árabes. Después se extendieron a casi todos los Europeos. Entre tanto que a cada tierra no le tocaba el turno de la circulación, eran tenidos los habitadores de ella por rudos. Después se vió que no

entendían, ni adelantaban menos que los que tuvieron la dicha de ser los primeros. Acaso si el mundo dura mucho, y hay grandes revoluciones de Imperios (porque Minerva anda peregrina por la tierra, según el impulso que le dan las violentas agitaciones de Marte), poseerán las Ciencias en grado eminente los Iroqueses, los Lapones, los Trogloditas, los Garamantes, y otras gentes, a quienes hoy con desdén, y repugnancia admitimos por miembros de nuestra especie; de modo, que por la experiencia apenas podemos notar desigualdad de ingenio en las Naciones.

32. Mucho menos por razones físicas. Muchos han querido establecer esta desigualdad a proporción del predominio de las cualidades elementales que reinan en diferentes Países. Comúnmente se dice que los climas húmedos, y nebulosos producen espíritus groseros; al contrario los puros, secos, y despejados. Aristóteles se declaró a favor de las tierras ardientes. Lo mismo probaría que los Holandeses, y Venecianos son muy rudos; pues aquellos viven metidos en charcos, y estos habitan el mismo golfo a quien dieron nombre. Lo segundo, que los Negros de Angola son más agudos que los Ingleses. Y no sé que ningún hombre razonable haya de conceder ni una, ni otra consecuencia. Pero no es menester detenernos en esto; pues ya en el primer tomo (Disc. 16 §. 13 y 14) mostramos largamente que no puede inferirse desigualdad en el discurso del predominio que tiene en el temperamento ninguna de las cualidades sensibles. Por lo cual es preciso confesar que el influjo que el País natalicio puede tener en esto, viene de más oculta causa, inaccesible a nuestro [318] conocimiento, o por lo menos no comprendida hasta ahora.

33. Cuando digo, que por la experiencia apenas podemos notar desigualdad de ingenio en las Naciones, debe entenderse en cuanto a las cualidades esenciales de penetración, solidez, y claridad; no en cuanto a los accidentes de más veloz, o más tardo, más suelto, o más detenido; porque en cuanto a esto es visible que unas Naciones exceden a otras. Así es claro que los Italianos, y los Franceses son más ágiles que los Españoles. Y dentro de España hay bastante diferencia de unas a otras Provincias. En esta de Asturias se notan por lo común genios más despejados, por lo menos para la explicación, que en otros Países, cuya experiencia basta para

disuadir aquella general aprensión de que los Países muy lluviosos producen almas torpes; siendo cierto que a esta tierra el Cielo más la inunda que la riega, y con verdad podríamos llamar:

Nimborum patriam, loca foeta furentibus Austris.

34. Pero si entre las Naciones de Europa hubiese yo de dar preferencia a alguna en la sutileza, me arrimaría al dictamen de Heidegero, Autor Alemán, que concede a los Ingleses esta ventaja. Ciertamente la Gran Bretaña, desde que se introdujo en ella el cultivo de las letras, ha producido una gran copia de Autores de primera nota. Sólo el referir los que dió a las dos Religiones Benedictina, y Seráfica, sería muy fastidioso. Pero no callaré que cada una de estas dos Religiones le debe tres estrellas de primera magnitud. La primera el Venerable Beda, el famoso Alcuino, y el célebre Calculador Suiset. La segunda Alejandro de Alés, el Sutil Escoto, y su discípulo Guillermo Ockham. Con esta reflexión de Cardano (*de Subtilit. lib. 16 de Scient.*) que entre los doce ingenios más sutiles del mundo, gradúa en cuarto, y quinto lugar al Sutil Escoto, y al Calculador, de quienes dice: *Barbaros ingenio nobis haud esse inferiores, quandoquidem sub Brumae caelo, divisa toto orbe Britannia duos tam clari ingenii viros emiserit*.

35. Tampoco callaré, que en un tiempo en que en las [319] demás Naciones de Europa apenas se sabía qué cosa era Matemática, tuvieron las dos Religiones dichas ilustrísimos Matemáticos Ingleses. En la Seráfica fue celebérrimo Rogerio Bacon, que por razón de sus admirables, y artificiosísimas operaciones fue sospechoso de Magia; y dicen algunos Autores, que fue a Roma a purgarse de esta sospecha. El vulgo fingió de él lo mismo que de Alberto Magno; esto es, haber fabricado una cabeza de metal, que respondía a cuanto le preguntaban. No fue menos famoso en la Benedictina Oliverio de Malmesbury, de quien Juan Pitseo refiere, que alcanzó el arte de volar, aunque no con tanta facilidad, que pasase de ciento y veinte pasos. Mas al fin, ninguno otro hombre llegó a tanto.

36. En las cosas físicas dió Inglaterra más número de Autores originales, que todas las demás Naciones juntas. Y así los Franceses,

con ser tan celosos del crédito de los ingenios de su Nación, confiesan a los Ingleses la ventaja del espíritu filosófico. Sin temeridad se puede decir que cuanto de un siglo a esta parte se adelantó en la Física, todo se debe al Canciller Bacon. Éste rompió las estrechas márgenes en que hasta su tiempo estuvo aprisionada la Filosofía: este derribó las columnas que con la inscripción *Non plus ultra* habían fijado tantos siglos ha la ciencia de las cosas naturales. El doctísimo Pedro Gasendo no fue otra cosa que un fiel discípulo de Bacon, que lo que este había dicho sumariamente, lo repitió en sus excelentes escritos Filosóficos, debajo de otro método más extendido. Lo que dijo Descartes de bueno, de Bacon lo sacó. Después de Bacon son también grandes originales Roberto Boyle, y el sutilísimo Caballero Newton, dejando a Juan Locke, al Caballero Digby, y otros muchos. Pero la viveza de sus ingenios tiene la desgracia que reparó su mismo Bacon; pues una vez que se apartaron de la verdadera senda, tanto más velozmente se han extraviado, cuanto más vivamente han discurrido. Aunque no falta en Inglaterra (después que la afeó la herejía) un Tomás Moro, célebre en las Ciencias, y aún más célebre por su católica constancia. [320]

37. También diré que en los Filósofos Ingleses he visto una sencilla explicación, y una franca narrativa de lo que han experimentado, desnuda de todo artificio, que no es tan frecuente en los de otras Naciones. Señaladamente en Bacon, en Boyle, en el Caballero Newton, y en el Médico Sydenham agrada el ver cuán sin jactancia dicen lo que saben, y cuán sin rubor confiesan lo que ignoran. Éste es carácter propio de ingenios sublimes. ¡Oh desdicha, que tenga la herejía sepultadas tan bellas luces en tan tristes sombras!

38. Para complemento de este Discurso, y en obsequio de los curiosos, pongo aquí la siguiente Tabla, sacada del segundo tomo de la Spécula Físico-Matemático-Histórica del Padre Premonstratense Juan Zahn, donde se pone delante de los ojos la diversidad que tienen en genios, vicios, y dotes del alma, y cuerpo las cinco principales Naciones de Europa. El citado Autor (que es Alemán) la propone como arreglada al sentir común de las Naciones. Pero yo no salgo por fiador de su verdad en todas sus partes, y en especial le

hallo poco verídico en lo que dice de los Españoles; pues no son en el cuerpo horrendos, ni en la hermosura demonios, ni en la fidelidad falaces; antes bien en los cuerpos, y hermosura son airosos, y en la fidelidad firmes.

	Alemán	Español	Italiano	Francés	Inglés
En el cuerpo	Robusto	Horrendo	Débil	Ágil	Delicado
En el ánimo	Oso	Elefante	Zorra	Águila	León
En el vestido	Mono	Modesto	Lúgubre	Proteo	Soberbio
En costumbres	Serio	Grave	Fácil	Ostentador	Suave
En la mesa	Ebrio	Fastidioso	Sobrio	Delicado	Guloso
En la hermosura	Estatua	Demonio	Hombre	Mujer	Ángel
En la conversación	Ahulla	Habla	Delira	Canta	Llora
En los secretos	Olvidadizo	Mudo	Taciturno	Hablador	Infiel
En la ciencia	Jurista	Teólogo	Arquitecto	Algo de todo	Filósofo
En la fidelidad	Fiel	Falaz	Sospechoso	Ligero	Pérfido
En los consejos	Tardo	Cauto	Sutil	Precipitado	Imprudente
En la Religión	Supersticioso	Constante	Religioso	Celoso	Mudable
Magnificencia	En las fortificaciones	En las armas	En los Templos	En los Palacios	En las armadas
En el matrimonio el marido es	Señor	Tirano	Carcelero	Compañero	Vasallo
La mujer es	Alhaja doméstica	Esclava	Prisionera	Señora	Reina
El criado es	Compañero	Sujeto	Obsequioso	Criado	Esclavo
Enfermedades que padece	Gota	Todas	Peste	Infección venérea	El Lupo
En la muerte es	Desembarazado	Generoso	Desesperado	Violento	Presuntuoso

Carta defensiva

que sobre el primer Tomo del Teatro Crítico Universal, que dió a luz el Rmo. P. Mro. Fr. Benito Feijoo, le escribió su más ficionado amigo D. Martín Martínez, Doctor en Medicina, y Médico Honorario de Familia de S. M. Profesor de Anatomía, Examinador del Proto-Medicato, Socio, y actual Presidente de la Regia Sociedad de Ciencias de Sevilla, &c.

Mándame V. Rma. decir mi parecer sobre el primer tomo de su *Teatro Crítico Universal*; y siendo imprescindibles su precepto, y mi obediencia, no he tenido poco que hacer en saber desnudarme del sublime concepto, y apasionada veneración conque miro cualquier Escrito de V. Rma. para constituirme en el estado de indiferencia, que pide la verdadera crítica.

Solicita V. Rma. desterrar los errores populares: empeño tan propio de su generoso, y nada vulgar ingenio, como de su extendida, y no común erudición. Nunca, Padre Rmo. se logra el fin de semejantes obras, porque el vulgo siempre se queda vulgo, y así el mundo se queda como estaba; pero siempre se logra el intento, porque siendo todos deudores al público de contribuirle con el fruto de nuestras reflexiones, y experiencias, sólo es detestable quien satisfecho con la ruin mecánica de tener que comer, se olvida de la noble tarea de buscar qué enseñar: *Enitendum est* (dice Salustio) *non degere veluti pecora, quae natura prona, & ventri obedientia finxit*.

El insigne Francisco Bacon de Verulamio, el hombre, entre los Naturalistas, de mejores entrañas, y talentos que ha parido la naturaleza, y a quien deben el aumento que hoy tienen (y me atrevo a decir el que tendrán) todas las [323] Artes naturales, solicitó, paseándose por ellas, dar la inducción metódica de buscar la verdad, para así desterrar el error. V. Rma. nuevo Verulamio Español, discurriendo no menos dueño por todas las Ciencias, solicita desterrar el error, para que así parezca la verdad: la erudición en ambos es disputable, el orden analítico diverso, el fin uno.

En nuestra España, feracísima de ingenios, pero escasa de cultura, se contentan nuestros Sabios con meter su hoz en la mies propia, fundada sobre los cimientos de una acomodada Filosofía, sin desear de las demás Artes más que una ordinaria, y superficialísima tintura. Por eso me ha sido V. Rma. admirable entre los demás; porque como prodigioso monstruo de erudición, no contentándose con meter su hoz en la mies Teológica, y Moral, que le son propísimas, la introduce en todas las demás Profesiones con tal acierto, y valentía, como que no le son ajenas; y siéndolo para mí casi todas, no obstante diré con ligereza, y como por complacer al concepto de V. Rma. tomándome la libertad de extenderme algo más en la Medicina, como facultad de quien, aunque no bien inquilino, no soy del todo huesped.

§. I

En el primer Discurso de la *Voz del Pueblo* sale V. Rma. al opósito del numeroso batallón de necios, que tienen canonizada entre sus sentencias que la *Voz del Pueblo es Voz de Dios*; siendo la contradictoria recibida sentencia entre los más sabios. Séneca dice que lo mejor no agrada a los más, y que es argumento de falsedad la muchedumbre: la razón es, porque el vulgo no vive por razón, sino por ejemplo; y más va por donde se va, que por donde se ha de ir. Sus opiniones más son conspiración, que consentimiento; porque más son hijas del tumulto, que de la reflexión. No hay cosa más parecida al pueblo de las gentes, que el vulgo de las aguas; fácil a

tomar movimiento, y aún precipicio: cada gota débil, y poco activa; pero todo el torrente furioso, e irresistible: el correr un pequeño [324] arroyo, aunque sea a despeñarse, es bastante pretexto para seguirle todo un abismo de olas: cuanto más antiguo el origen, tanto más impetuoso el curso: ni respeta su furor al edificio más bien fundado, ni a la muralla más segura; y si por acaso tropieza en alguna constante roca, ya que no pueda desquiciarla, explica en la detención su combate, en la espuma su enojo, y en el murmureo su venganza. Pero al paso de su obstinación, es monstruo de tan raro capricho, que a la más leve determinación suele tomar contrario rumbo, aunque rara vez el más llano, y seguro. Esto nos enseñó Diógenes, cuando en un gran concurso que salía del Teatro, se puso a entrar, rompiendo por entre la muchedumbre, y preguntado por qué con esta acción desairaba el crédito de su prudencia: sentenciosamente respondió: *Siempre estudié en ir contra la multitud, para así mejor acertar*.

§. II

El segundo, y cuarto Discurso son un extracto de la política civil, y cristiana; pues fuera de que es más acomodada temporalmente la práctica de la virtud que la del vicio, aún cuando no lo fuera, la haría desabrida el temor de la pena, que cuanto más coja, y de tardo pie tanto llega más dura, y pesada:

Raro antecedentem scelestum deseruit pede paena claudo

Por lo que fue adagio entre los antiguos, que *los Dioses tenían pies de lana, y manos de hierro*.

§. III

El tercer punto de la humilde, y alta fortuna es un Iris de paz, que viene influyendo alegría a los mortales, y borrando los antiguos fantásticos motivos de su envidia: justifica a la Providencia en la igual distribución de las fortunas, probando que *laboribus omnia Dii*

vendunt; y así, que las mayores dignidades las vende Dios a mayor precio; pues al paso que da más que comer, suele dar menos gana. Son sin duda los bienes temporales como los manjares [325] delicados, que cuanto más sabrosos, tanto más hueso tienen que roer, espinas que temer, y superfluidades que desaprovechar. Toda nuestra desgracia está en no conocerlo, pues pesamos las fortunas a bulto, sin descontar las taras; pero desde hoy ya con las ilustres pruebas que V. Rma. nos franquea, espero que nos vuelva a todos la dicha, volviéndonos el conocimiento; para que así cante Virgilio con tanta razón como dulzura:

O fortunatos nimium, sua si bona norint
Agricolas!

§. IV

En la séptima Disertación, donde se prueba que la aplicación a las letras, y manejo de los libros no daña a la salud, juzgo que en esto todos los excesos son viciosos; pues así como el cuerpo con falta de alimento se ahila, y con sobra se ahita, o con el demasiado ejercicio se disuelve, y con el poco se entorpece; así la mente, sin el debido pasto de la meditación, se debilita, y con el demasiado ejercicio de sus potencias se enerva; pues tanto suele exceder en esto, que enferma, y hace enfermar al cuerpo con crudos conceptos, y melancólicas, e indigestas ideas: uno, y otro extremo son viciosos: *Medio tutissimus ibis*.

§. V

El Discurso sobre la Astrología es tan conforme al mejor sentir de los prudentes, que no deja que decir, sino que admirar. Tiénense estos juicios astrológicos, o vanas predicciones de los efectos de los eclipses, y cometas por cavilación de supersticiosos, pasatiempo de desocupados, nutrimiento de astutos, y embeleso de crédulos.

El vulgo está tercamente impuesto en darlos ciega fe contra lo que enseña la Sacra Escritura por Jeremías, cap. 10. *A signis Caeli*

nolite metuere, quae timent gentes, quia leges Populorum vanae sunt. De las señales del Cielo, que temen las gentes, no temais, porque las leyes de los Pueblos son vanas; y nuestro Pueblo es tan Pueblo, y muchos que se tienen por gentes, que no sólo temen los signos del [326] Cielo, sino los antojos del Repertorio. Cítase un pronóstico casualmente sucedido, sin que basten a quitarle el crédito muchos no sucedidos, y pronosticados. Como si jugando en combinaciones, no fuera moralmente imposible errarlo todo: que el que aún sin puntería tira muchas veces, alguna da en el blanco; y no hay tan desatinado Herrador, que no dé tal cual golpe en el clavo, por más que dé ciento en la herradura. Todos estos pronósticos se parecen al ridículo Oráculo de Tiresias, según Horacio:

O! Laertiade, quidquid dicam, aut erit, aut non.

Y así habían de acabar los Piscatores;

De cuanto he dicho, el Cielo me es testigo,
Que será, o no será lo que yo digo.

Porque mirándolo con reflexión, ¿sobre qué razón, o experiencia fundan los Astrólogos estos soñados influjos de Astros, y Planetas? ¿De qué sabrán que Marte quema, y Saturno enfría? Dirán quizás, que porque Marte es rojo, y Saturno ceniciento: conque por este arancel también dirán que el clavel quema, y la cal enfría; y si dijeren que experimentan salir calor de Marte, no sé yo cómo saben que viene de él, y no de otra causa.

¿Por dónde habrán adivinado cuál es la casa, y exaltación de cada Planeta? Acaso responderán que porque Dios le crió allí. Pero como ninguno de ellos fue testigo de esta grande obra, debemos creer que ninguno de ellos lo sabe. Fuera de que esta división de casas es voluntaria, y diversa, según varios; y el influjo, en caso de haberle, fuera uno, y natural: luego para rastrear el influjo es impertinente la tal división; como que lo que es natural no puede gobernarse por el plácito de los hombres. Y aún suponiendo legítima la división, ¿no es cosa ridícula creer que cuando uno nace, la fortuna de sus hermanos esté escrita en la tercera casa, la de sus padres en la cuarta, de sus hijos en la quinta, de su mujer en la

séptima, y de los amigos en la undécima? ¿No es extravagante cosa que un Planeta mande en España, y otro le quite el mando en Carabanchel? Y en fin, ¿no es necedad que Aries domine en [327] la cabeza, teniendo demasiada, y Piscis en los pies, no teniéndolos?

Pero permitamos que haya estos entusiásticos influjos, casas, y exaltaciones, y que sean verdaderos delirios, o chocheces de Caldeos, y Egipcios; toda la Astrología de un País no puede servir para otro; y si no, díganme ¿qué Astrología tendrán los que habitan debajo del Polo, donde no hay parte Oriente, ni Occidente, y donde siempre están en un mismo aspecto las Estrellas fijas, y el Zodiaco?

Quisiera preguntar también, ya que señalan influjo a todos los Astros, y Planetas, ¿qué influjo tienen las *Ansas de Saturno*, y los *Satélites de Júpiter*? ¿O por qué a la insigne *Vía Lactea*, compuesta de innumerables Estrellas conglomeradas, no la han dado especial influencia, habiéndosela señalado a otros Astros más nebulosos, y pequeños? Ya veo que no hay vacante, porque todos los dominios, y empleos están dados; pero podían señalarles la futura.

Pues pasemos al poder que dan a la Luna. Dicen que en estando esta en Aries, Tauro, o Capricornio, no se ha de dar purga; porque siendo Signos ruminantes, habrá náusea, o vómito. ¡Graciosa locura! no sólo trasladar las propiedades de aquellos animales, cuyos nombres arbitrariamente han puesto a sus Signos, sino hacer que de rechazo vuelvan sobre los purgados. ¡Milagro es cómo estando la Luna en Aries, Tauro, o Capricornio, no vedan a todos que jueguen, porque no topeten!

Tanto se teme el poderoso influjo de la Luna, que apenas hay mujer (de los hombres lo callo de vergüenza) que no resista purgarse, hasta ver en el Almanaque si es día de cuadratura; y para casarse, que es negocio de más entidad, jamás consultan al Piscator, y todas se casan, sin reparar en qué estado está la Luna. Para mí en todo caso, el dar la luz del Sol más, o menos, de lado, o por detrás, a esta gran bola opaca, nada varía la virtud del influjo, y casi nada la del reflejo, principalmente para los que se [328] purgan a obscuras, y se casan a ciegas. El mejor día para purga es cuando es necesario: el mejor para caza cuando hay mucha: para negocio cuando se encuentra conveniencia; y para casarse cuando hay mujer a gusto. Por menos de un real de plata se puede tener este

Pronóstico, que sirve para todos los años; que lo demás es necedad, o superstición, que nos dejaron por herencia los Moros, gente agorera, y que tanto aprecio hace de la Luna, que no sólo la tiene por blasón de sus armas, sino por regla de sus cómputos, y vaticinios. La mejor señal de catarros es cuando el que está caliente se pone al frío: de fiebres podridas, garrotillos, y dolores de costado, cuando después de muchas lluvias viene calor; y de viruelas cuando corren. Entonces habrá más enfermedades de sobreparto, cuando haya más paridas; y el haber más paridas depende de haber más preñadas. Ésta es la pura verdad, y los demás son chismes que les achacan a las Estrellas.

Lo célebre de los Reportorios suele ser que ponen lo que debían olvidar, y olvidan lo que debían poner. Este año, anunciando varios sucesos, no anunciaron que había de haber *día del Corpus*. Mal sabrá los futuros contingentes a quien se le escapan los necesarios. Más útil fuera que hubiera Calendarios, donde se observase la atmósfera, y cuerpos que más de cerca nos circundan, porque estos tienen mayor poder, y aún único para la mutación de los temporales, y sucesos de nuestra salud. Los Planetas, sobre no influir más que luz remisa, e insensible calor, están demasiado altos para nosotros. Por eso aquel famoso Sócrates jamás discurrió de Astros, ni Meteoros, porque decía con gracia: *Quae supra nos, nil ad nos*.

Los Eclipses no incluyen más misterio que ser unos estorbos de la luz: conque para mí lo mismo quiere decir que se interponga entre el Sol, y mi vista el globo de la Luna, que un árbol, o una tapia. La sombra de un tejado, o un sombrero para mí es un total eclipse. Tan nada terribles son estos espantajos de los Astrólogos, que cada día del Estío pudiéramos tomar a buen partido, que algún [329] Planeta se pusiera por toldo entre el Sol, y nuestras molleras, y sería señal de menos tabardillos. Cada noche, interpuesta la tierra a nuestra vista, padece el Sol eclipse; cuyo fatal influjo sólo anuncia descanso, y sueño a los mortales. ¡Bueno es esto para los que en día de eclipse no se atreven a salir de casa, por no quedarse muertos de repente!

Los Cometas son más formidables, pues se cree que traen tras su cola mil calamidades, y plagas. Yo estoy en la opinión de que son unos Planetas vagabundos, y más remotos, conque los temo menos

que a los demás. Y si cuando no hubiera cometas no hubiera guerras, pestes, tempestades, carestías, y muertes de Reyes, yo el primero creería que anunciaban esto; pero como sin ellos lo veo, no creo que cuando sucede, sucede por ellos.

¡Oh qué gran beneficio hará V. Rma. a la universidad de los hombres, si logra desterrar de su mente estos perjudiciales terrores, que aunque sólo pánicos, suelen hacer efectos prodigiosos! Del Pueblo Chinense cuenta Oleario, que da tanta fe a sus Astrólogos, que si les pronostican enfermedad, o muerte, enferman de aprensión, y mueren de miedo; y qué mucho si a los nuestros los tienen engañados estos Piscatores, como si fueran Chinos. Tan insolente suele ser la terquedad, que del mismo ingenioso Cardano (que dió en esta flaqueza) se dice que murió el año que pronosticó; y es que por salir con su tema, se abrevió con hambre la vida, midiéndola hasta el preciso término de su predicción. Todas estas son boberías, que aunque para los ignorantes tienen mucho de cebo, no tienen más de verdad que el último *Dios sobre todo*, que las honesta; porque como notó el Poeta Filósofo:

Prudens futuri temporis exitum
Caliginosa nocte premit Deus,
Ridetque, si mortalis ultra
Fas trepidat: [330]

§. VI

En el duodécimo, y decimotercio Discurso son tan ciertas las conclusiones, que sólo hallo de singular el modo de probarlas; esto es lo que tuvo por difícil Horacio, saber probar el sentir común con modo singular: *Difficile est proprie communia dicere*: prenda que nadie puede negar a V. Rma. David en su tiempo alcanzó que la vida de los hombres se extendía a setenta años; y en los Potentados, cuando más, a ochenta, y de allí en adelante trabajos, y dolores; pues desde David acá nada ha acortado el término de la vida humana, pues hoy alcanzamos quien llega a ochenta, ciento, y algunos más años de edad. En el Psalm. 89 dice: *Dies annorum nostrorum in ipsis septuaginta anni. Si autem in Potentatibus octoginta*

anni: & amplius eorum, labor, & dolor. Y con menos exageración lo nota el Eclesiástico, cap. 18. *Numerus dierum hominum, ut multum centrum anni*. Todo lo que se nos cuenta de mayores edades, o es milagroso, y divino, o fabuloso, y poético, o variedad de cómputos, pues los Egipcios contaban los meses, y las Lunas por años; y así mil años suyos corresponden a poco más de ochenta nuestros. Lo mismo digo de las prodigiosas fuerzas que fingió la antigua poesía en Hércules, Milón, Hector, y Aquiles, y las extraordinarias estaturas; pues, o son fábulas, o monstruosidades, de que no carecen nuestros tiempos. Muchas veces he solido contemplar, viendo armas, y vestigios, que han quedado de quinientos años a esta parte, que no han perdido los hombres, y demás vivientes nada de su estatura, fuerza, y duración; y a debilitarse el mundo sucesivamente (como el vulgo piensa), no fuera poco reparable en cinco siglos su detrimento. La verdadera causa de la decadencia en los hombres, es la frecuencia de aflicciones, y vicios, por los cuales

Nil equidem durare diu sub imagine eadem
Crediderim: Sic ad Ferrum venistis ab Auro
Saecula. [331]

§. VII

En el Consectario de la fábrica del Mundo, como la imaginó Descartes, me he de tomar la liberdad de exponer algunas de mis reflexiones, para persuadir que esta fue sólo una ingeniosa fantasía de este Filósofo, irreconciliable con las leyes del Universo, e incompatible con la constancia de su duración. Y que aún reputándola no como sentencia, sino como hipótesis, en caso de haber Dios hecho sobre sus principios este mundo aspectable, no sólo no se observarían los mismos fenómenos que hoy se observan; pero ni aún se hubiera podido formar, y mucho menos permanecer.

El primer reparo que se ofrece, supuestos los principios de este Filósofo, es, que al empezar el movimiento sobre su propio centro los cuerpos (o sean cilíndricos, o cúbicos), de que se formó su caos, daríamos en el vacío (inconveniente que, según Descartes no puede vencer toda la Omnipotencia de Dios). Pruébase, porque los cuerpos

cúbicos no pudieron revolverse para que tropezasen sus ángulos, sin que se apartasen sus superficies; y por consiguiente, sin que dejasen en medio lugar sin cuerpo, no habiendo entonces materia sutil que le ocupase; porque suponemos que aún no estaba formada, siendo aquella la primera revolución, o movimiento.

Pero saltemos este difícil paso, y permitamos que llegaron a chocarse los ángulos: parece que ninguno podría separarse por la misma razón; pues no habiendo aún materia sutilísima, o ramento, que llenase su hueco (porque esta se había de hacer del ripio que se desmoronase), o no podría separarse, o daremos segunda vez en el vacío, de que tanto huimos.

Hay otra razón para que ningún ángulo pudiera separarse, y es, que siendo estos primordiales cuerpos cúbicos sumamente sólidos, y continuos, sin porosidad, o flaqueza, no parece que tendrían principio de división, ni que habría fuerzas en la naturaleza para quebrantarlos; porque lo divisible es divisible por el hueco interpuesto; y lo indivisible, [332] porque todo es lleno, o compacto.

Nam neque conlidi sine inani posse videtur
Quidquam, nec frangi, nec findi in vina secando.

Demos, no obstante, que se desmoronasen al choque los primeros ángulos: quisiera que me explicara algún Cartesiano quién los determinó a ser colocados en aquella precisa aptitud, para ajustarse al hueco a vista del vorticoso rápido movimiento que debía sacarlos de su quicio. Ya aquí damos tercera vez en el vacío, imposible necesario.

Ni es de omitir el argumento conque Zenón probó contra Aristóteles la imposibilidad del movimiento, el cual vale contra Descartes, porque también este Filósofo defendió a la materia indefinidamente divisible. Decía Zenón: Si el continuo no consta de partes finitas, y físicamente indivisibles, no puede haber movimiento; porque el móvil, puesto en el principio de él, deberá andar primero la primera, y más cercana mitad del espacio; y porque aquella mitad tiene otras dos mitades, antes deberá andar la primera, y más cercana; y ocurriendo siempre mitades de mitades

hasta el indefinito, nunca se dará una mitad, la cual pueda andar primero, sin que le falten que andar otras indefinitas mitades; y así nunca hallará la última por donde debe empezar el movimiento.

Ni vale el juego de palabras en que busca refugio Descartes, diciendo que las partes ni son *finitas*, ni *infinitas*, sino *indefinitas*; que es decir que no podemos señalar la última, aunque la tenga; pues lo primero no se pregunta qué sean las partes respecto de nuestro saber, y comprensión, sino qué sean en sí mismas, si finitas, o infinitas; y decir que ni uno, ni otro, es tragarse el arduo bocado de dos contradictorias, pues, o son finitas en sí, o no son finitas; y si no son finitas, lo mismo es esto que ser infinitas, si no es que juguemos con las voces así como no ser *mortal* es lo mismo que ser *inmortal*; y no ser *prudente* lo mismo que ser *imprudente*. Si preguntáramos de las Estrellas si su número era terminable, o interminable, ¿no sería cosa de risa, que porque no podamos contarlas respondiéramos [333] que ni eran *terminables*, ni *interminables*, sino *indeterminables*? La misma fruslería sería, si de las arenas del Mar se preguntase si eran *pares*, o *impares*; y porque no podemos numerarlas, dijésemos, que ni eran *pares*, ni *impares*, sino *indepares*.

Volviendo a la formación del Universo, tengo al pensamiento Cartesiano por un entusiasmo Filosófico, y un inútil rodeo de supuestos; pues para explicar los fenómenos naturales, era mejor ahorrar palabras, y tiempo, y saltando por muchas dificultades, decir que Dios crió ya hechos, figurados, y movidos los tales tres Elementos, que le agradaron a Descartes, lo cual era más congruente al Libro Sagrado; pues el Génesis no dice que en el principio creó Dios cuerpos cúbicos, que tropezando se formaron en globos, en sutilísimos ramentos, y moles estriadas, de que al fin se hicieron torbellinos, cuyos centros ocuparon los Astros, su intermedio el Eter, y la circunferencia los Planetas; sino que *en el principio creó Dios el Cielo, y la Tierra*, empezando la Historia por donde Descartes la acaba.

Con mucha razón los Escépticos despreciamos estas Físicas ideales, que no se fundan en observación, y experiencia, como inútiles para adelantar las Ciencias naturales; pues si Cartesio no nos puede dejar demostrada la figura de las partículas del fuego, ni el aire (entre quienes vivió), ¿a qué fin intentó investigar, ni de qué

sirve para los usos humanos inquirir los cilindros, y movimientos de aquella primera masa universal, y resucitar la antigua fábula del Caos? Estos no son más que unos ingeniosos delirios; o como decía Dionisio el de Sicilia: *Verba otisorum senum ad imperitos juvenes*.

Pero pasemos adelante. Constituyó este Filósofo la esencia de la materia en la extensión; y la extensión que quedaría, si Dios destruyese un cuerpo, dejando los demás, dice que no es hueco: conque al cuerpo le hace espacio, y al espacio cuerpo. Y si la actual extensión de la materia consiste en tener en sus partes unas fuera de otras, [334] pudiendo Dios de potencia absoluta hacer que se penetren, y estén en un lugar dos cuerpos, también podrá hacer que estén en un lugar dos partes de materia; y así que no tenga sus partes unas fuera de otras; de donde se infiere que la actual extensión no es esencia, sino modo natural de estar la materia: como en mí es modo estar extenso, y no recogido. Y como quiera que en la idea de materia siempre se concibe esencial aptitud al movimiento local, parece que la esencia de la materia más es ser *cosa moble*, que *cosa extensa*.

Persuadiendo con ligereza que no pudo formarse el Mundo con las leyes que le impuso Descartes, voy a imitar a V. Rma. persuadiendo que en caso de ser, no pudo durar; porque intentando todas las partes de la materia con fuerte conato (según él nos enseña) apartarse del centro, a la primera de enmedio no hará estorbo la segunda, que también intenta apartarse, ni a la segunda la tercera, y así hasta el indefinido (para hablar en su término): conque no hallando estorbo que la detenga, la materia central vencerá a la superficial, dejando inane el medio. De donde se sigue que mucho ha que el Mundo hubiera reventado como una bomba cargada de pólvora.

Pero demos que conservara toda la materia sus límites: parece que todos los sutilísimos ramentos, o elemento primero diseminado, siendo una substancia fluidísima, y ella sola capaz del más acelerado movimiento, no habiendo cuerpo que la estorbase el paso (pues si creemos la mente de este Filósofo, penetra los más estrechos intersticios), debiera haberse recogido de golpe al centro del remolino; y aún ahora conforme se fuera engendrando, toda en un momento, siendo liquidísima, debía irse retirando a lo más

rápido de él, impelida de la materia más tarda, y provocada de su agilidad, y ligereza; pues la misma razón que da Descartes para que se retirase al centro del Torbellino la sutilísima materia que forma las Estrellas fijas, hay para que se retire también toda la que ocupa los intermedios de la Globulosa, y Estriada. [335]

De lo cual se seguiría lo primero dar cuarta vez en el inconveniente del vacuo, pues quedarían entre los restantes elementos los espacios inanes que desamparaba el primero. Lo segundo, que accediendo al centro todo el primer elemento diseminado, se hubiera agrandado ya tanto el Sol (y lo mismo los demás Astros fijos), que hubiera ya tostado a los vivientes, y llegado el juicio final, acabando el Mundo con fuego. Lo tercero, que como el continuo choque tira a aterir, y desmenuzar las materias, ya se hubieran todas reducido a sutilísimas, y los tres Elementos se hubieran convertido en uno, disolviéndose el Universo; y no creo yo que Descartes, que mandó en el Mundo como en casa propia, tenga caudal para suplir tantos huecos, y reparos.

Parece que los oigo responder, que los Elementos son convertibles, y que al paso que unas materias se sutilizan, otras sutiles se traban; pero quisiera yo preguntar con qué liga se unen las fluidísimas, minutísimas, y homogéneas partículas del primer elemento; pues no teniendo figura desigual, ni composición heterogénea, no pueden trabarse, ni eslabonarse entre sí, porque no puede de otro modo concebirse que se vuelva en sólido lo líquido, y lo sutil en estriado. Alegan las manchas del Sol: pero estas no creo yo que son concreciones de materia sutil; pues si lo fueran (según su hipótesis), ni pudieran estar, ni las pudiéramos ver en el Sol, como que debieran apartarse del centro del remolino a la circunferencia, donde formaran nuevos Planetas, por no poder seguir lo rápido del centro: más creo yo que estas máculas, o son pábulos del fuego, o deslumbres de la vista, o humos de las fáculas.

Hay otro reparo contra la duración del Universo; y es, que una vez formado el segundo elemento, o materia globulosa, a pocos embates, y tropiezos perdería su figura esférica; pues así como en el primer choque los cuerpos cúbicos perdieron sus ángulos, y se hicieron redondos, así prosiguiendo los tropiezos, los redondos deberían perder su globosidad, y no habiendo de donde reclutar

otros [336] nuevos, porque todo se haría un ripio irregular, y lo sutilísimo no podía condensarse en globos, como queda esforzado, ni lo estriado, porque nadando en un líquido, cedería el lugar, y evitaría el choque; se sigue, que muy luego hubiera faltado el Eter, y la luz, e invertídose el orden de la naturaleza. Este reparo se funda en que el mismo movimiento que sirve a hacer una cosa, continuándose la destruye. Así el movimiento que del mosto hace el vino, prosiguiendo le vuelve vinagre; y el mismo movimiento que anima el mundo pequeño del hombre, ese mismo, continuando su acción le envejece, y acaba.

Últimamente, quisiera que algún Apolo Cartesiano me revelara por qué todos estos vórtices, siendo líquidos, y tocándose unos con otros, no se han confundido, haciéndose de todos los Torbellinos un gran Turbillón: pues de dos Ríos, aunque corran encontrados, el más rápido se lleva al otro, reduciéndole a su corriente, y dirección: luego de dos remolinos de materia líquida, el más vehemente poco a poco irá metiendo al otro en su jurisdicción. De donde se infiere, que todo el Universo ya se hubiera otra vez reducido a la ruda, e indigesta mole en que empezó, y perdido su constante armonía:

Quippe reluctatis iterum pugnantia rebus,
Rupissent Elementa fidem.

§. VIII

Acerca del decimocuarto asunto, que la Música que hoy se usa en los Templos, aunque tenga más primor, y gracia, no tiene la gravedad, y decencia, que corresponde al culto, sólo puede negarlo quien no escuche el dictamen de su conciencia, o no acierte a hacer justicia en los informes de su oído, o quien poco melindroso, todo sensual, y nada reflexivo, no distinga la Ara del Teatro. A tanto ha llegado el abuso, que en nuestros días se escuchan por las calles mezclar a coros las Aves Marías, y los Minuetes, y entreverar impropiamente la tierna, y humilde Oración del Padre nuestro con el marcial estruendo [337] de clarines, y timbales; pero protestando, es menester callar, que es de tal condición el mundo, que siempre ha estimado más delirar con los muchos que sentir con

los pocos. Volviendo al intento, yo siempre he hecho juicio que la Música nueva, en orden a lo artificioso, no es más que una paráfrasis sobre la antigua, y en orden a su viveza, y gracia, que más es a propósito para curar tarantulados, que para hacer devotos.

§. IX

En el decimoquinto Discurso soy del mismo sentir que V. Rma. porque cuatro cosas se consideran en las lenguas: energía en las voces, dulzura en los acentos, riqueza en las frases, y abundancia en las palabras, que corresponda a la abundancia de las ideas. En energía ninguna lengua vence a la otra; pues la misma fuerza de expresión tiene la voz Galerus en Latín, que Sombrero en Romance: en dulzura tampoco, pues a cada uno le suena mejor su nativa, y acostumbrada; y así al Vizcaíno le agrada más la aspereza del Vascuence, que la melodía Griega; y no hay Jueces bastante desapasionados, que den sentencia, pues, o les preocupa el parentesco con la suya, o les inclina la vanidad de la que mejor poseen, u otros infinitos respetos: que en caso de haber Jueces bastantemente indiferentes, sin duda la lengua, que (anteponiendo su nativa) fuera segunda para los más, sería la primera para todos. De la armonía en las lenguas comunes no se puede hacer juicio, porque según las varias Naciones, se varía la prolación, y así se varía la dulzura: Un Español que sabe Latín suele no entender el Latín de un Francés, porque se le desfiguran las voces con el extraño acento, y sonido. Vulgarmente se refiere de un energúmeno, que compelido el diablo a que hablase en Latín con la antigua pronunciación Romana, que se usaba en tiempo de Cicerón, fueron tan extraños los acentos, que ninguno de los Latinos que había delante pudo entender lo que decía. Tampoco unas lenguas van muy desiguales de otras en la riqueza de las frases, pues cada una suele tener su fuerza, y [338] copia donde la otra su debilidad, y pobreza: en el cortejo de las Damas suele preferirse la Francesa, en los ejercicios de devoción la Española, en la explicación de las Ciencias la Griega, y Latina, y así de las demás: conque sólo resta que se excedan en la abundancia de palabras, y en esto (si no

excede) no cede la Española a otra alguna. No niego por esto que es utilísima la Francesa; pero no es porque lleve ventajas a la nuestra, sino porque siendo las lenguas como llaves para abrir el secreto de las noticias, y habiendo cuidado tanto esta Nación de encerrar en la suya las más selectas, quien quisiere descubrirlas necesita poseer esta clave: política muy acertada, y contraria a la Española, que siempre ha tenido a desprecio tratar las materias graves, y científicas en idioma vulgar, como si fuera razón, o conveniencia cuidar más del decoro, y aprecio de una lengua ajena, que de la propia, y natural.

§. X

El intento decimosexto del desagravio de las mujeres, es tan justo, como bien trabajado. A lo menos yo, como Profesor Anatómico, puedo decir, que no siendo la organización que diversifica los dos sexos, instrumento de los pensamientos, y conviniendo hombres, y mujeres en la fábrica del cerebro (única Silla, y Emporio de las ideas), debo creer que en la aptitud para las Ciencias no son desiguales los oficios, pues no son diferentes los órganos.

§. XI

Entremos ya al ancho campo de la Medicina, en el cual V. Rma. cortó tan elásticos los puntos de la pluma, que es de temer que la vehemencia de su Retórica, queriendo apartar al Vulgo del extremo de la confianza, le haga pasar al opuesto extremo del desprecio, y la desesperación.

Sería, Padre Rmo. prudente estratagema, considerando al Pueblo torcido al extremo de un ciego asenso, inclinarle al opuesto, a no ser él de tan flexible, y deleznable condición, que suele quedarse donde le ponen, sin [339] acertar por falta de uso el debido medio de la rectitud:

Dum vitam stulti vitia in contraria currunt.

Nada halaga más mis pensamientos que la doctrina Escéptica; pero V. Rma. se muestra tan rígido, que por precepto superior me es preciso proponerle algunos reparos con la mayor humildad, esperando resignadamente su decisión, porque excediéndome tanto V. Rma. en todas líneas, entre nuestros dos ingenios debo decir con Virgilio:

Tu major, tibi me est aequum parere Menalca.

Que se honre al Médico por necesidad, porque le crió el Altísimo: que justamente recibe su gratificación de los Reyes: que su doctrina corona de glorias su cabeza: que merece ser alabado entre los Magnates: que el Altísimo crió de la tierra la Medicina, y que el varón prudente no la despreciará: que hay Arte para que con el específico de un leño se endulce la agua amarga: que la virtud de las Medicinas es para que la conozcan los hombres, y que Dios les ha dejado esta Ciencia para así ser alabado en las maravillas de la naturaleza: que curados se mitigan los dolores: que pueden confeccionarse suaves ungüentos de sanidad: que se dé lugar al Médico después de orar a Dios, porque para esto lo crió; y finalmente (¡cláusula admirable!) *que jamás se aparte el Médico de nosotros, porque sus obras nos son necesarias*; solo puede negarlo quien niegue la sagrada irrefragable verdad del Eclesiástico, cap.38.

De cuyo infalible testimonio se infiere, que son dignos de todo honor los Médicos, y que hay esta utilísima Arte, pues fuera indecentísimo a la Providencia criar los medicamentos, y no criar quien rectamente los administrase; porque ya se ve, en vano era hacernos el beneficio de su creación, negándonos el de su aplicación. Se infiere también, que de justicia recibe el Médico la donación de los Reyes, y poderosos (bueno es esto, cuando el no gratificar al Médico es pecado, como dijo un discreto, que hasta ahora no ha llegado a pies de Confesor); y en fin, para resumir se infiere, que el intento del Libro Sagrado es apartarnos de la desconfianza que el Teatro Crítico [340] quiere infundirnos. Tan lejos está el supuesto, que V. Rma. presume, que siendo error popular la murmuración, y el desprecio, más necesitamos torcer al vulgo al honor, y al aplauso (como dice el Sagrado Texto) que a la desconfianza, y menosprecio, procurando artificiosamente que se

constituya en el medio virtuoso, y esto con mucho tiento, porque suele acontecer, que

In vitium ducat culpae fuga, si caret arte.

Es tan necesaria, y gloriosa la Arte de la Medicina, que Cristo mismo, y sus Apóstoles curaron. De Cristo refieren los Evangelistas que tomó el pulso, y aplicó sobrenaturales medicinas (así nos hubiera dejado la virtud, como nos dejó el ejemplo): S. Lucas, y S. Pablo la ejercieron: aquel en Antioquía, y este en Damasco; y de S. Pablo consta que hizo su receta, aconsejando el uso del vino a su Timoteo: el Ángel no se desdeñó de hacer colirios: el Sapientísimo Rey Salomón disputó desde el cedro del Líbano hasta el hisopo de la pared; y esta profesión tuvieron muchos Santos, y Pontífices, como Eusebio Griego, Nicolao Quinto, y Juan XXI. Luis Patavino (creado Cardenal por Eugenio Cuarto) fue Médico; y no cito más, así por no dilatar el discurso, como porque estos sobran para autorizar de honesto, necesario, y científico (del modo que lo son las Artes naturales) el uso de la Medicina.

Y descendiendo a noticias profanas, los Egipcios, de Médicos hacían Sacerdotes, y de Sacerdotes Reyes: Medicus non es, nolo te constituere Regem: a lo menos aquel gran Tremegisto igualmente apreció entre sus dictados ser Médico, que Rey, y Sumo Sacerdote. Médicos también fueron Giges, y Sabor, Reyes de los Medos: Avicena, y Sabiel de los Árabes: Mitridates de los Persas: Mesues de Damasco; y no falta quien diga que Alejandro, Hércules, Dionisio el de Sicilia, y el Emperador Adriano. Entre los monumentos más antiguos se hallan venerados por Héroes, o hijos de Dioses, a Apolo, Quirón, Esculapio, Apis, Isiris, y Osiris; y finalmente entre los Griegos mereció el Grande Hipócrates los mismos honores que la Deidad [341] de Hércules: tan lejos está de que a la Medicina la haga despreciable su incertidumbre, que de ahí la vino su mayor gloria; pues, como dijo Platón, *difficilia pulchra*: y si esto es así ¿qué Arte puede disputar con la Medicina en obscuridad, y dificultad? Conque de esto infiero, que la decadencia que ha padecido esta Facultad desde aquellos tiempos a los nuestros, es hija de uno de los errores vulgares, el cual más se debe rescindir que promover.

Verdaderamente, Rmo. P. M. si desnudamos a los Médicos de la moral certidumbre de sus noticias dietéticas, diagnósticas, prognósticas, y curativas, y de la artificiosa administración de sus alterantes, y específicos, esforzando con V. Rma. que *saben muy poco de la curación de los enfermos, pero nada saben, ni aún pueden saber del régimen de los sanos*; lo que sé es, que por poco que sepan, sabrán más que nada; conque es menester suponer que deliraba Homero, padre de la sabiduría Griega, cuando en la Odisea cuarta dijo:

Est Medicus prudens multis praetantior unus
Ille viris.

Y en otra parte: *Medicus, aut quilibet sciens supra omnes homines*, poniendo sobre los hombres al Científico, y sobre los Científicos al Médico.

¿Y en qué profesión se necesita más penosa, y extendida lectura para instruirse: más perspicacia de sentidos, y viveza de ingenio para ajustar prontamente las combinaciones: más solidez de juicio, y nervio de prudencia para profesar materia tan circunspecta, en que se trata de la vida de los hombres, y que la ocasión es precipitada: más refinada política para saberse conducir con tan varios estados, genios, costumbres, y aprensiones de gentes: más enfadosos trabajos para estudiar sobre cadáveres, y asquerosos lechos? Y en fin, ¿qué facultad hay más meritoria, por más expuesta a sustos, tristezas, incomodidades, riesgos, y calumnias? Bien advirtió Hipócrates que el Médico *ex aliena miseria dolorem sibi metit*. [342] Facultades hay de mayor excelencia; pero su gloria no las viene tanto del mérito de los sujetos, como de la dignidad de los objetos. ¡Oh, P. Rmo. si Dios nos hubiera descubierto específicos para todas las enfermedades del cuerpo, como su piedad los ha dejado para las del alma, qué poco tuviéramos los Médicos que trabajar, y cuánto menos que merecer!

Confieso que se desgraciarán algunos por lo instable de las conjeturas; pero preguntémosle al Teólogo si sabe que todos los que confiesa se salvan; o al Jurista, si todas las sentencias que da se aciertan. Ojalá que en todas las profesiones civiles, como en la

Medicina, las culpas de voluntad fueran sólo errores de entendimiento; pero el vulgo ignorante no sabe distinguirlas; y finalmente confieso que a algunos matarán los medicamentos; pero fuera de que a muchos dan vida, y se debe tomar esto en data de los cargos, ¿qué quiere decir esta cantinela, y alboroto popular contra la pobre Medicina? Con errada conjetura mata un General más en un día, que un Médico en cien años.

Desprecia el vulgo nuestras obras, porque, o no suele ver sus efectos, o suele ver los contrarios. Ésta es pensión de todas las Artes conjeturales. Piensa el Político, por medio de un proyecto, componer la República, y con el mismo suele perderla. Juzga el Militar, debajo de una prudente conjetura, que dando batalla, libertará al Estado; pero como es falible, dándola, suele perder un Reino; y no son por esto el Político, el Militar, y otros semejantes, reos del desprecio, y la desconfianza. En las cosas matemáticas, y demostrativas no es mucho que salga el efecto, no pudiendo dejar de salir: esto más se debe a la naturaleza de la Ciencia, que al mérito del Profesor: y así que el Aritmético ajuste exactísimamente la cuenta, y el Zapatero acabe puntualísimamente el zapato, no es de admirar, porque con la debida aplicación no puede dejar de ser así: conque teniendo estos Artífices menos que vencer, no se deben tanto alabar; pero quien siempre lucha entre las olas de la conjetura, teniendo que superar [343] con sus discursos, o los secretos de la naturaleza, o los insultos del acaso, aún cuando no consiga el suceso, tiene el primer derecho a la alabanza. Las demás Ciencias sólo tienen que persuadir, o vencer las criaturas, para instruirlas, o dominarlas; la Medicina sólo tiene el arduísimo empeño de inquirir los arcanos del mismo Criador. Vuelvo a decir con Platón, que sólo *difficilia pulchra*.

Y como quiera que para ser consumado Médico se necesita casi una general Enciclopedia, pues como advirtió Hipócrates, para el digno uso de esta Arte son precisas muchas disciplinas, como son Gramática, Retórica, Filosofía, Pericia Griega, Astronomía, Geometría, Mecánica, Geografía, Historia natural de los tres Reinos, Animal, Vegetal, y Mineral, con la noticia de su naturaleza, y virtudes, Anatomía, Química, y Filosofía Moral, no sólo para conocer la temperatura del cuerpo por las constumbres del ánimo,

sino para curar las dolencias de este; pues como cantó Lucrecio.

… Mentem sanari corpus ut aegrum,
Et pariter flecti Medicinae posse videmus.

Y todo esto, sobre las prendas naturales de vivos Sentidos, y rectas Potencias, sin duda sería muy recomendable cualquier perfecto Médico, sólo por estas circunstancias, entre enfermos, y sanos, aún cuando por la incertidumbre de la materia en que trata no mereciera mayores elogios. Atendiendo a lo cual dijo Séneca *en el lib. 1 de Clementia: Medicinae apud aegros usus, apud sanos bonos existit. La Medicina para los enfermos es provecho, y para los sanos honra*.

Tiene otra grande gloria la Medicina, que no puede quitarla esa misma ponderada incertidumbre; y es, que de ninguna de las Facultades mayores necesita para su ejercicio, y las demás necesitan de ella, no como ministra, sino como auxiliar. Los Juristas esperan su decisión para juzgar en los conceptos, partos, venenos, divorcios, impotencias, manías, estupros, heridas, muertes violentas, repentinas, y otros casos. Los Teólogos toman [344] dictamen en dispensación de vigilias, rezos, entierros en lugar sagrado; y lo que es más, en la exposición de los sentidos alegóricos, y metafóricos de la Escritura, pidiendo a la Medicina noticias de las yerbas, árboles, piedras, animales, fenómenos, y enfermedades de las sacras planas; para lo cual Valles escribió su *Sacra Filosofía*, y el Doctor Moles su Libro *de Morbis in Sacris Litteris*: y así S. Gregorio *lib*. 4 *de Doctrina Christiana*, dijo: *Medicinae cognitio scientiis, & Scripturis necessaria est*.

Confieso, P. M. que no hay tanta Medicina como el vulgo piensa. Ninguno más a favor de la duda, y el Escepticismo, que yo (como tengo esforzado en mis dos tomos de Medicina Escéptica); pero sólo la llevo hasta los precisos límites de la experiencia. Culpo el fárrago de medicamentos; pero alabo el uso de las bien indicados. Confieso la ignorancia de las causas morbíficas (pues quién negará que se ignora lo que se disputa) pero admito los carácteres por donde experimentalmente se distinguen, y curan; y en esto consiste todo el Arte, porque para ser Artes la Pintura, y Música, no han menester saber la naturaleza del color, y el sonido, sino el uso. Aborrezco los

Dogmas, y Sistemas fundados en pensamientos de hombres; pero aplaudo las racionales experiencias, e inducciones, que pueden contribuir a establecer un sistema fundado en la naturaleza misma; y en fin sé que aunque la Medicina abstracta tiene en lo universal conclusiones metafísicas, y demostrables, como las demás que se llaman Ciencias, contraída a lo singular, va expuesta al error, porque de singulares no se da Ciencia; pero no pudiendo nuestra aprensión sufrir los males sin socorro, es menester en la práctica, que el enfermo, y el Médico tomen partido hacia la probabilidad; porque entre lo cierto del mal, y lo probable del bien, mejor es un remedio dudoso que ninguno.

Hágome cargo de los cuatro ídolos de Verulamio, que estorban el progreso de la Medicina: el ídolo de la *Especie*, el ídolo del *Individuo* por las singulares idiosincrasias, el ídolo del *Foro* por la comunicación con los [345] hombres, y el de las Escuelas, que él llama del *Teatro*, donde se ocupa la fantasía con opiniones anticipadas. Considero también que la mente humana es como un espejo desigual, que tuerce, o quebranta los rayos de luz de la verdad, y así fomenta la incertidumbre. Contemplo que en las tinieblas de la naturaleza tanto ve el ciego como el que tiene vista; ¿pero por esto hemos de echar del mundo todas las Artes de la conjetura? No se sabe demostrativamente la causa de una terciana; pero se la distingue como por la uña al Leon, y se sabe el método de castigarla con su específico contrario, que es lo que importa al enfermo; y para decirlo en pocas palabras, P. Rmo. si hubiera Médicos demostrativos, yo el primero entregaría mi salud en sus manos; pero hoy es menester valernos con valerosa confianza de los conjeturales, porque no hay otros.

Etmulero, a quien V. Rma. trae por auxiliar de la incertidumbre, está a cada paso de parte de la utilidad de la Arte; porque si no, debiera haber quemado los tres tomos de Medicina que nos compiló.

Baglivio, en su Libro Centauro, o Hermafrodítico, la mitad de Medicina sólida, y masculina, y la otra mitad de femenina (para hablar en sus voces), está también de parte de la Medicina experimental, sobre los vestigios de Hipócrates, como consta de los mismos textos alegados, y otros muchísimos de sus Obras; pues si se

hubiera declarado partidario de la desconfianza, hubiera violado la fe pública, haciendo que confiásemos en unos preceptos en que él mismo no confió. Aún el mismo Leonardo de Capoa, que fue el crítico que más se señaló en favor de la duda, no hallando en el hecho práctico la evidencia, ni pudiendo estar libre de toda acción, atónito, y como mordiendo el freno, sin duda por el provecho, aunque dudoso, que concebía, recetaba a sus enfermos, y les asistía: conque sinceramente no desconfiaba.

Thomas Sydenham, justísimo idólatra de la experiencia, aunque a cada paso expone su ignorancia teórica, [346] a cada paso descubre su pericia práctica; que si no, en vano era en sus Observaciones Epidémicas contemplar la naturaleza, si no diera lugar al Arte.

Yo mismo, de quien V. Rma. hace memoria (ya se ve, que no para autorizar el Discurso, sino para autorizar mi nombre, incluyéndome en su Escrito) sigo en la Medicina la secta media, y más benigna; de modo que entre los Médicos Dogmáticos (dígolo así) soy el mayor Escéptico, y entre los rígidos Escépticos el mayor Dogmático.

Es así que la Medicina, como dice el Discurso, se engendró con discordias, y se nutre con opiniones; ¿pero qué Facultad humana no padece este mismo infortunio? Aún la misma Teología, fuera de lo que es de Fe, se arde en litigios, y batallas. La Matemática (exceptuando los axiomas universales, los cuales también tiene la Medicina) en llegando a lo singular de curar un edificio, delinear una Ciudadela, o batir una Plaza, tiene tantos dictámenes como cabezas; y en la Milicia, Política, Jurisprudencia, y Moral sucede lo mismo.

Los Moralistas, procediendo con opinión, sólo están obligados a seguir la probable: los Médicos tienen más estrecho el camino, pues están obligados a seguir la más probable; por eso dijo Hipócrates: *Opinio in Medicina maxime in crimen vertitur eam adhibentibus*; luego si la Providencia se contenta con sólo una prudente, y probable seguridad para la salud del alma; con más razón se debe contentar el mundo con la más probable para la salud del cuerpo; mayormente *cum multo pretiossor sit salus animae, quam corporis, que dijo el cap. Canonic. Cum infirmit. de Paenitent. & remissionib*. Conque

si todas las demás Facultades son dudosas, ¿qué hay que admirar que no goce más privilegios la Medicina?

Fuera de que las noticias Anatómicas, que constituyen una de las principales provincias de esta profesión, son demostrativas, y fundadas sobre leyes geométricas, y mecánicas, por las cuales nos consta el uso de las partes, y sus varios consentimientos, y coligaciones, lo cual es perpetuo, [347] e indefectible; porque, para decirlo con elegancia:

Continuo has leges, aeternaque faedera certis
Imposuit natura locis.

Ni siempre se puede fiar a la naturaleza la curación de las dolencias, sin recurrir al Arte; porque ¿cómo reducirá la naturaleza un hueso dislocado, si no la ayuda algún Perito, que por estudio, o experiencia concurre a colocarle? ¿Cómo echará la piedra de la vejiga, sin auxilio del diestro Litótomo? ¿O cómo evacuará las aguas del abdomen, sin Artífice que ejecute la Paracentesis?

Y pasando a los males internos, las tercianas, que al paso de la naturaleza eran antiguamente lance de *a prueba, y estése*, hoy es cosa de ajustar accesiones. En la cólera morbo, de que pocos se libertaban, hoy rarísimo se desgracia. Los dolores infaliblemente se aplacan cuando quiere el Médico. Las disenterías, que como estrella pestilente solían asolar un Ejército, ya se rinden a las vencedoras manos de los Médicos. El mal venéreo indubitablemente se sujeta al Mercurio, la clorosis al Marte, y el histerismo a Júpiter: tanto, que dice el Sinapio, que ya parece no falta sino un secreto contra la muerte: y si estos pasos hay dados en solos dos mil años de Arte, a vigilancia de los Médicos, ¿cuánto se adelantará dentro de otros dos mil, o dentro de otros diez mil (si no le da antes al Mundo la ardiente calentura de que ha de acabar), principalmente si los Soberanos, y los Pueblos prosiguen en promoverlo con el aprecio, y la protección? ¿Cuántos hombres se perderían en una epidemia de fiebres perniciosas, o sincopales, si no hubiera esta saludable Facultad? Me atrevo a decir que a no haber resistido la Medicina a la insaciable hidra del mal venéreo, hubiera ya acabado con el género humano. ¿Cuántos perecerían de sus glotonerías, si no se

hubieran descubierto eméticos, y disolventes? Sólo se conociera bien la utilidad de la Medicina si se perdiera; porque ningún bien hay que hasta que se pierde se conozca.

Por esta ocasión se me ofrece satisfacer a la mentira de Plinio, que ha dado fundamento para calumniar a los [348] Médicos, de que fueron desterrados de Roma por seiscientos años; lo cual muy frecuentemente se suele inculcar en las conversaciones por gente seria, aunque de pocas noticias, y de una más que ferina ingratitud contra una facultad, de quien no pocas veces habrán recibido beneficios: pero que mintió Plinio es claro; porque según Hemina, Emilio, y Livio, hasta el año de 535 de la fundación de Roma, que Archagato llevó el uso de la Medicina a los Romanos, no tuvieron noticia de ella: conque no pudieron desterrarla sin conocerla; y el año 550, sujetada la Grecia, trajeron los mismos Romanos debajo de su servidumbre muchos Médicos, los cuales, o por facilidad de dar venenos empezaron a ser temidos, pues se hallaba en sus casas venal la muerte; o por los adulterios, y revelación de secretos que cometían, empezaron a ser aborrecidos, como insinúa el mismo Plinio; o por el demasiado abuso de cortar, y quemar, que había en los Cirujanos de aquel tiempo (pues para los males internos, según Cicerón, y Quintiliano, no usaban los Médicos, y sólo recurrían a los Dioses); o lo que es más, por ser entonces todos los Médicos Griegos, a los cuales reputaban como esclavos, y enemigos de su Nación, temían que su odio procurase servirse de la Medicina para vengarse de los vencedores; por los cuales motivos, el Senado mandó desterrarlos de Roma el año casi 590, y la proscripción duró solos cien años, hasta los primeros Césares; de donde se infiere que miente Plinio en los seiscientos años, y que es error vulgar esta calumnia, pues esto no fue desterrar los Médicos por Médicos, sino por Griegos; o no fue en odio de la Arte, sino de los Artífices, que abusaban de ella: lo cual consta del citado Plinio, que confesando la utilidad de la Medicina en otra parte, dice que en ninguna facultad hay más inconstancia, *cum sit fructuosior nulla*.

En este mismo sentimiento mío creo que está V. Rma. cuyos singulares talentos no pueden menos de tener presentes estas reflexiones; pero como su fin fue torcer al vulgo al lado contrario de la confianza, dejó correr la pluma [349] con tan ágil, y vehemente

vuelo, que hasta lo último no pudo detenerla.

Preciso es confesar que la sangría es remedio dudoso, y que tiene dividida en bandos toda la familia Apolínea; pero cuando al enfermo le llega el lance de temer, y al Médico el de obrar, no pudiendo hallar la evidencia, es fuerza que ambos tomen partido en la probabilidad, como la prudencia de V. Rma. habrá hecho, y hará siempre que se ofrezca. Ya dije en mi *Medicina Escéptica*, que aborrezco los Hemófobos, y detesto los Hematochitas: en todo hay sus ciertos modos.

Quos ultra, citraque nescit persistere rectum.

El mismo ingenuo Boix, de quien V. Rma. hace honrosa mención, sólo pretendió reformar el abuso de las sangrías, pues las usaba en su práctica, y no del todo las condenaba en sus particulares coloquios, de que gocé con tan fruto no pocas veces, y de que sólo me ha quedado el consuelo de la memoria, lamentándome con Horacio:

Ergo Boixium perpetuus sopor urget?

Me escandaliza oír el copioso número de sangrías que antiguamente solía hacerse, pues el Doctor D. Juan Nieto en su Memorial refiere que uno sufrió en espacio de cinco años (¡rara ponderación!) más de quinientas sangrías (supongo que no serían largas) sin algunas sanguijuelas. Dice también, que a todas las preñadas se sangraba por establecimiento, como si el concebir fuera enfermedad, o delito. Esta práctica es tan abominable como contraria de dejar ahogar los enfermos a la Napolitana, según cuenta Ballonio en el *lib. 2. epid.* 1576 que en una terciana con plétora, en que los Médicos omitieron la sangría, al cuarto paroxismo se rompieron las venas, y se siguió la muerte.

De las purgas digo lo mismo, y de todo, que debe ser gobernado por dictamen de experto, y prudente Médico, dejando aparte los puntos morales, en quienes cada uno oirá su conciencia, y seguirá el consejo de sabio Confesor, dejando aparte también a los idiotas, de quienes ni se habla, ni se debe hablar, en lo cual es cierto que hay gran [350] tolerancia; pero también es cierto que ni hay modo, ni

esperanza de enmendarlo, y sólo hay el consuelo de que en todas las facultades hay idiotismo.

Las observaciones de Ribeiro, que nos objeta V. Rma. no tienen la mayor aceptación entre nuestros Críticos, porque muchas de ellas más son cuentos para entretener principiantes, que observaciones para ilustrar adultos; demás de las que V. Rma. cita, tenemos entre nosotros mismos reparadas otras. Gracia es verle que después de seis, o siete sangrías a la moda Francesa, y un terrible escuadrón de friegas, ligaduras, ventosas, cantáridas, cataplasmas, emulsiones, fomentos, y ayudas, nos salga conque se murió un pleurítico, cosa que puede sucederle al más inhábil. Parece esta observación al milagro de Juan Sánchez, que habiéndosele reventado una escopeta, mató a otro que iba delante en un borrico, y una astilla le descaderó a él, y puso el milagro, que decía: *Habiéndosele reventado una escopeta a Juan Sanchez, mató a uno, y él quedó descaderado: Ex voto*: cosa que sin milagro pudo sucederle a cualquiera. Cosa es también de gusto, que en un dolor de estómago aplicase vino, clavo, y nuez de especia; y no hallando alivio, pasase del fuego a la agua, y pusiese un lienzo mojado en vinagre: pues aunque esto suele suceder, pudo excusar contarnos lo que no nos puede traer provecho. En esto de observaciones reparó bien Ramazzini que fuéramos más doctos, si como hay centurias de curaciones, hechas quizás por acaso, hubiera obras en que se contasen los desaciertos; porque como notó Verulamio, *más presto nace la verdad del error, que de la confusión*. ¡Pero cuán al contrario de las de Riberio son las de Hipócrates, y Sydenham! Éstas sirven de lustre a la Medicina, como las otras de baldón.

Añade V. Rma. que nuestros Profesores tendrán el temor de que *si se da en ahorrar de medicinas, también se ahorrará de Médicos*. Los idiotas puede ser que lo teman; pero los doctos siempre tendrán su merecido aplauso; pues como se dice: *Vino vendibili non opus est hedera*. [351]

Concluye V. Rma. dando reglas para la elección de Médico, todas prudentísimas; pero aquí quisiera yo que por un rato se hubiera desnudado V. Rma. de sí mismo, y de su innata discreción, revistiéndose del carácter del Pueblo; porque las reglas señaladas más son propias para una comunidad de doctos, que para un vulgo

de ignorantes. *La primera es que sea buen Cristiano*: difícil es hacerle los informes; pero más difícil averiguarle las hipocresías. *La segunda, que sea juicioso, y de temperamento no muy ígneo*: el vulgo suele tener por juicio lo que es simpleza, y estolidez, y en todo hay riesgo; porque cuando el Médico debe ser pegaso, no se le ha de buscar tortuga. *La tercera, que no sea jactancioso*: mejor sería que sus aciertos los contasen los vecinos; pero es disculpable que alabe sus agujas quien teme que otro las despache primero. *La cuarta, que no sea adicto a sistema alguno filosófico*. El Pueblo ni entiende de sistemas, ni de filosofías; y a ninguno tendrá por menos adicto que al ignorante que más calle, porque jamás ha saludado libros. *La quinta, que no amontone remedios*. Cuando el vulgo le repare, ya lo habrá pagado muy bien, y más si el Médico ha hecho escritura por cuatro años. Fuera de que cuando muere el enfermo, como víctima que van a inmolar con muchos cordiales, parches, vendas, bálsamos, y ungüentos, no queda otro consuelo a los parientes que el que no ha habido cosa que no se haya hecho. En desterrar este dañoso error privadamente quisiera yo que V. Rma. emplease su incomparable elocuencia, e inexhausto caudal de noticias, desterrándole primero del vulgo de los hombres. *La sexta, que observe, y se informe exactamente de las señales de la enfermedad, que son muchas, y se toman de muy varias fuentes*. El que haya de ser fiscal de esto, debe primero saberlas todas; y este le tengo por muy arduo arbitrio para un pastor, o un rústico.

§. XII

En el erudito Discurso del *Régimen de los sanos* empieza V. Rma. diciendo que *nada saben, ni pueden saber de* [352] *esto los Médicos*; y V. Rma. toca en él con tal destreza tan varios puntos para conservar la salud, que me hace creer que no sólo lo saben los Médicos, sino los curiosos. Toda la razón es, que nadie ha menester preguntar al Médico lo que sabe por experiencia; y lo que el Médico no puede saber sin que él primero se lo diga. Yo quisiera preguntar si el Juez, o el Moralista, que para dar la sentencia, o el consejo necesitan ser informados del hecho, se puede decir que *nada saben, ni aun pueden*

saber de sus profesiones. Temerario sería decir esto; porque supuesto los hechos, hay excepciones, reformas, y contracciones, que sólo saben los científicos, y discurren acerca de lo no experimentado, para que pueda experimentarse sin temeridad: en fin, siendo la paridad tan uniforme en la Jurisprudencia, Moral, y Medicina, cuanto pueda responderse por aquellas, milita a favor de esta; porque en necesitar ser informados de lo experimentado, no nos llevan ventaja los Jurisperitos, o Moralistas:

Totidemque gradus distamus ab illis.

En fin, Rmo. P. Mro. hasta aquí ha llegado el discurso, contenido a los límites de una alabanza de mi profesión: creo que estamos en un mismo pensamiento: conque esta Disertación más es glosa, o interpretación de la mente de V. Rma. que impugnación suya, de cuya osadía está muy lejos mi respeto, amistad, y propio conocimiento; y aun así espero que V. Rma. castigue cualquier defecto, cuya decisión resignadamente veneraré como de un Oráculo. Quedo admirado la elocuencia, ingenuidad, erudición, y juicio de la Obra, y repitiendo que en la lúcida esfera de nuestros Sabios, sólo es V. Rma.

Qui reliquas stellas perstringit, uti aethereus Sol.

Dios guarde a V. Rma. para crédito de las Letras, y de nuestra Nación. De mi Estudio, Septiembre 1 de 1726.

B. L. M. de V. Rma.
su obsequioso amigo, y servidor
Martín Martinez.

Respuesta al Doctor D. Martín Martínez del Rmo. Padre Maestro Fr. Benito Feijoo, Benedictino

Al Ilustrísimo Señor D. Fr. José García Obispo de la Santa Iglesia de Sigüenza, del Consejo de S. M. &c.

Ill.mo Señor.

Osadía fuera buscar a tan pequeño escrito tan esclarecida sombra, si a los hombres grandes no los hiciera mayores la benignidad de extender su protección hasta los más humildes. La aceptación conque V. S. I. se dignó recibir, y leer el primer Tomo (hasta ahora único) de mi Teatro Crítico, me esperanza de que abrazará gustoso el patrocinio de este Papel, que es defensorio suyo. Cuando aquel Libro no me hubiera producido otro fruto que la ocasión de ver, y tratar a V. S. I. daría por bien empleado el trabajo. Medía yo, antes de conocer a V. S. I sus eminentes prendas por el alto carácter de primer Prelado de una Religión de tantos modos grande; y también juzgaba que no podía crecer un sujeto a mayor magnitud que a aquella que desde el Claustro le hace claramente visible a las distancias del Trono, haciendo que en un Monarca grande sea uno de los más sensibles cuidados el premio de sus méritos. Éstas eran las señas que yo antes tenía de la persona de V. S. I. y por donde medía su estatura; pero luego que le traté, conocí que era defectuosa la medida. Tan allá pasa ese mérito gigante. Y pues no alcanzan a definir lo que es V. S. I. tan gloriosas circunstancias, menos podrán mis voces. Nuestro Señor guarde a V. S. I. muchos años. Oviedo, y Noviembre 26 de 1728.

Ill.mo Señor,
B. L. M. de V. S. I.
su más rendido siervo, y Capellán,
Fr. Benito Feijoo.

Al Doctor Martínez

§. I

1. Muy Señor mío. Ya prevenía yo cuando escribía el Discurso Médico de mi Teatro Crítico, que habían de salir a mi oposición muchos contrarios. Pero no me ocurría entonces que me había de combatir (lo que es más de temer) unida en uno solo, la fuerza de muchos; *Tu unus pro decem millibus computaris* puedo decir a V. md. como el Pueblo de Israel a David. ¿Quién no ha de temer viendo delante de sí al sabio, al elocuente, al sutil Martínez? Pero me alienta la consideración de que si el enemigo es muy valiente, a proporción es generoso. Monstruosidad sería a esa grande elevación de ingenio no correspondiese igual nobleza de ánimo.

2. A esta me reconozco yo deudor de los elogios conque V. md. en su doctísima Carta gratuitamente me ilustra. Ésta la contemplo una cortesanía heroica (que también es capaz del heroicismo esta virtud). ¿Y quién puede dudar de que arriba a este eminente grado, cuando en un grande ingenio logra el triunfo de confesar superioridad en otro? Arduidad tan encumbrada, que Ovidio creyó no la superaría jamás hombre alguno:

Qui velit ingenio cedere nullus erit.

3. Así que las mismas alabanzas que V. md. galantemente desperdicia en su Carta, son prueba de las que de justicia merece su persona. ¡Oh qué a propósito me ocurre ahora mi Padre S. Bernardo, respondiendo a otra carta de su grande amigo, y gran

Prelado de Turón Hildeberto! *Ego laudum tu arum argumentum teneo minime dubium ipsas mei laudatrices literas tuas* (Epist. 123). Proseguiré con [356] el contexto, porque todo es del caso presente: *In quibus* (la misma carta de Hildeberto) *alium fortasse delectet eruditiones insigne sermo suavis, & purus, oratio luculenta, gratum, laudabileque compendium. Mihi vero prae his illa ducitur miranda humilitas, qua tantillum tantus praevenire curasti, & obsequio salutandi, & praeconio praedicanti, & precandi reverentiam. Sane quod ad me attinet, lego de me in literis tuis, non quod sum, sed quod esse vellem*. Dicha es poder en la ocasión presente decir, con voces de S. Bernardo, cuanto siento de la carta de V. md. de su persona, y de la mía. Sólo hay la diferencia de que el agigantado exceso de prendas, que San Bernardo confiesa en el amigo a quien respondía, al Santo se le dictaba su humildad, a mí mi conocimiento. Para conocer lo mucho que el ingenio de V. md. excede al mío, no he menester ser humilde, bástame ser racional.

§. II

4. Entrando ya en la materia (que lo es más de conversación erudita, que de disputa contenciosa), empiezo con una cláusula conque V. md. acaba: *Creo que estamos los dos de un mismo pensamiento*. En la substancia del asunto no tiene duda que estamos convenidos; pues ni V. md. niega a la Medicina la incertidumbre, ni yo le niego la utilidad. Lo primero consta de la Carta de V. md. Lo segundo de mi Discurso Médico, especialmente desde el número 65 en adelante.

5. En lo que yo acaso soy singular es en que estoy persuadido a que para lograr la utilidad, importa que todo el mundo conozca la incertidumbre. La verdad de esta máxima (que fue la que motivó mi Discurso Médico, y a la que muchos parece extraña) se conocerá si se ponen los ojos en los estragos que ocasiona la imaginada seguridad de la Medicina, así de parte de los Médicos, como de parte de los enfermos. El que contempla en la Medicina el provecho, y no el daño, se medicina tanto, que padece el daño sin lograr el provecho. La multitud, y frecuencia [357] de remedios, aún siendo

por su especie oportunos, siempre es nociva, según todos los Autores cordatos, salvo el estrecho paso de una urgencia grande, donde es menester que el Médico camine al paso del peligro. El que considera al purgante como un fiel barrendero (y este es el concepto común del vulgo), que sólo saca fuera las inmundicias del cuerpo, no recela a cualquier indisposicioncilla (tal vez sin ella) menudear los purgantes. Si supiera que es un ladrón, que entrando a obscuras, juntamente con lo inútil, lleva lo precioso, se fuera con más tiento.

6. Lo mismo digo de parte de los Médicos. El Dogmático, a quien su poca reflexión hizo arrogante, y llevando, siempre que receta, como aguja magnética la pluma, dirigida al polo del sistema que sigue, juzga que no puede errar; yerra más que todos: porque seguro de que tiene cuanta luz necesita en las Máximas de su Escuela, cierra los ojos a las observaciones que, o las impugnan, o las limitan. Y como es más natural que se extravíe el caminante, que debiendo dudar del camino, no duda, que aquel que en cada división de sendas, tímido se detiene, así en la Medicina va mucho más expuesto al error el Dogmático presumido, que el Escéptico receloso. Si aquel advirtiera que la contradicción que hacen a su sistema infinitos hombres doctos, y expertos, evidentemente le deja dudoso, no le mirará como infalible, y obraría, a fuer de menos confiado, más seguro. Véase a Bernardino Ramazzini, para ver si yo tengo razón (Orat. 4.), donde dice que no hay cosa más perniciosa a la Medicina que la confianza conque entra el Médico en la cura: *Qua confidentia, ut pote ignorantie filia, nihil in Arte Medica exitialius*.

§. III

7. A mí se me nota de que quiero introducir en el mundo una general desconfianza de los Médicos. No intento tanto. Lo que yo digo es que entonces deberá confiar el mundo de los Médicos, cuando los Médicos desconfíen de sí mismos. Si nos figuramos dos hombres caminando [358] con escasa luz por suelo resbaladizo, y desigual, el uno, que, conociendo el riesgo, se mueve con mucha pausa; el otro, que, como si fuera a medio día, y por camino llano, trepa sin recelo: ¿de quien fiaré yo que no tropiece, o por lo menos

que no tropiece tanto? No hay duda que del primero. Éste es el caso en que estamos: luego para lograr útil la Medicina, conduce mucho que Médicos, y enfermos reflexionen bien sobre cuánto es incierta.

8. Responderáseme que los Médicos ya lo saben. Pero yo replico que no todos lo saben; y de los que lo saben, muchos lo ocultan. Los muy encaprichados de la doctrina de su Escuela, como si fuera demostrada, ignoran en gran parte la falibilidad de la Medicina. Como en la curación obren conforme a la mente de sus Autores, se libran de toda duda, porque tienen por un delirio cuanto dicen los contrarios. Entre los que advierten la falibilidad del Arte, muchos dolosamente ostentan al vulgo la certeza, para hacer más plausible la facultad, o más atendida la persona.

9. Entra el Médico al cuarto de un enfermo (esto lo he visto yo muchas veces), y a dos palabras de informe que le oye, empieza a hacer una descripción exacta de la enfermedad: averigua su esencia, deslinda sus causas, señala el foco, explica cómo se hace la fermentación, dónde, y por qué conductos la excreción, apura la análisis de la materia pecante, hasta determinar la configuración de las partículas que la componen, con otras mil cosas que omitimos; y esto todo con tanta confianza, como si fuera para sus ojos perfectamente diáfano el cuerpo del doliente. Toda esta retahíla tienen los circunstantes por cierta; siendo así que no hay en toda ella ni una proposición sola, que, a buen librar, no sea dudosa. En cuanto a los medicamentos habla con la misma satisfacción. Determina a punto fijo su actividad, y modo de obrar, califica su importancia, justifica su inocencia. ¿Qué se sigue de aquí? Que el vulgo, contemplando una deidad tutelar de su vida en el Doctor, le fatiga con continuos votos, obligándole a que [359] sin necesidad amontone recetas sobre recetas, sobre el supuesto de que de aquella mano no puede venir cosa que no sea muy conveniente a su salud. Por evitar este riesgo me pareció importante desengañar de su error al vulgo. Y por lo que llevo expresado siento que será en el mundo más útil la Medicina, constando a todos que es incierta.

§. IV

10. Ocurre Vmd. diciendo: *Que está el mundo tan lejos del supuesto que yo presuma, que siendo error popular la desestimación, y el desprecio, más necesitamos torcer al vulgo al honor, y al aplauso (como dice el Sagrado Texto) que a la desconfianza, y al desprecio*. Señor D. Martín, el desprecio que V. md. supone en el vulgo, puede entenderse de dos maneras; porque, o es relativo al carácter de las Médicos, de modo, que tengan por poco decorosa su profesión, y por este capítulo desestimen a los Profesores: siendo así, yo confieso que este es error que se debe corregir: la Facultad Médica es por su naturaleza honoratísima, y nobilísima (diga lo que quisiere Jacobo Primerosio, *Lib. 1. de Erroribus vulgi in ordine ad Medicam, cap. 18*. probando, injurioso a su propia profesión, que es Arte Mecánica): así que el Médico por su profesión es honorable; y siendo Médico sabio, perspicaz, y sincero, cualquiera República le debe estimar como alhaja preciosísima; o el desprecio del vulgo, en orden a los Médicos, significa que tiene hecho más bajo concepto de su alcance del que en realidad merece su conocimiento. Y este error no le hay en el vulgo; antes el opuesto, que es juzgar que saben más de lo que saben, V. md. mismo lo confiesa en su Carta, diciendo al fol. 22. *Confieso, P. Mro. que no hay tanta Medicina como el vulgo piensa*. Lo mismo asienta Gaspar de los Reyes, citado ya en el Discurso Médico, num. 63. Y aún este añade, que no sólo imagina el vulgo en el Médico más ciencia de la que tiene; pero aún más de la que puede tener: *Caeterum apud rude, & indoctum vulgus, & quod in Medico plus credit, quam habet, aut* [360] *habere potest, &c*. Éste es el error que yo supongo en el vulgo, y de que pretendo retraerle; no el de reverenciarlos más de lo que corresponde a su carácter.

11. Pero V. md. me hace el cargo *de que he cortado tan elásticos los puntos de la pluma, que es de temer que la vehemencia de mi Retórica, queriendo apartar al vulgo del extremo de la confianza, le haga pasar al opuesto extremo del desprecio, y de la desesperación*. Señor D. Martín, antiguamente Arquímedes, y poco ha el P. Marino Mersenno decían, que como les diesen un punto fijo en que estribar, independiente del globo terráqueo, se atrevían a mover toda la tierra de su sitio. Yo nunca imaginé en mi pluma tanta arte, o tanta fuerza, que pueda hacer otro tanto. Apartar al mundo de un error envejecido, de suerte que pase al extremo opuesto, pide brazo

soberano. Al vulgo sólo le mueve tanto quien le domina:

Mobile mutatur semper cum Principe vulgus.

12. Pero demos que fuese tan dócil al impulso de mi pluma; no por eso se seguiría el inconveniente que V. md. previene: porque aunque él por sí no resista, hay fuerza mayor al encuentro de la mía que le detiene. Cuantos se interesan en la estimación de la Medicina, procurarán con todo su conato mantener al vulgo en la ciega veneración del Arte. Ni Hércules contra dos: ¿qué haré yo contra tantos? Y aún si lo miramos bien, con casi ninguna fuerza se puede hacer vano mi empeño: pues yo lidio contra el peso del vasto volumen de la plebe, y ese mismo peso tiene de su parte el que impugna para mantenerla en el error donde hizo asiento. Pongamos que alguno, por haber leído mi Discurso médico, cayese en una total desconfianza de la Medicina. Ésta sólo durará hasta que padezca la primera calentura. Entonces, aún cuando él no llame al Médico, los domésticos harán que venga. Si el enfermo le hace alguna objeción, citándome, suelta Dios su ira. Responde, que el Fraile (Médicos hay también que hablan de este modo) no supo lo que se dijo: que le hubiera sido mejor rezar, que meterse a escribir lo que no entendía: [361] que no sabe las Súmulas de la Medicina: que citó unos Autores disparatados, o él no supo construirlos: que se gobierne por lo que siente todo el mundo, y por lo que dicen tantos hombres doctos, y no por lo que dice un Fraile solo, que tomó el capricho de impugnar a todo el mundo, &c. Con estas razones, sin dar ninguna, tiene desbaratado cuanto está escrito en el Teatro Crítico, y logra una obediencia ciega en el enfermo. No digo yo un Médico, cualquiera Barberillo, diciendo otro tanto, y contando luego los milagros que él hizo con sus emplastros, deja satisfechos al enfermo, y a todos los domésticos. Esto es, Señor D. Martín, lo que sucederá; y sucedería del mismo modo, aún cuando fuese mucho mayor la elasticidad de mi pluma. Estas defensas de cal, y canto burlan las baterías de la más viva elocuencia. El vulgo no ha menester más argumentos, ni más respuestas para mantenerse en la opinión en que estaba.

§. V

13. El cargo que V. md. me hace sobre la cláusula conque empiezo el Discurso del régimen de los sanos, es más grave; porque aquella cláusula, desnuda de una restricción conque yo la limito, sería injuriosa. Yo digo *que los Médicos nada saben, ni aún pueden saber en particular del régimen de los sanos*. Esta proposición, si se le quita aquella restricción en particular, es injuriosa, y falsa; pero con ella tiene decente, y verdadero sentido. Confieso que los Médicos saben, y pueden saber en común los preceptos del régimen: que muchos, no sólo comprenden los que yo estampé en aquel Discurso; pero adelantarían mucho sobre ellos, si se pusiesen como yo a corregir los errores del vulgo en esta materia. Lo que yo niego sólo es, que el Médico pueda saber qué, y cuánto le convenga comer, y beber a este individuo, Pedro, v. gr. que ahora le consulta, sin que él le dé primero la noticia. Que esta limitación sea común al Jurista, y al Teólogo Moral dentro de sus profesiones, a mí nada me importa; porque mi interno no fue poner tachas a la Medicina, sino [362] desengañar el vulgo, el cual ciertamente necesita de este desengaño; pues a cada paso se ven individuos, que contra el informe de la experiencia propia arreglan su régimen al dictamen del Médico; y se ven Médicos que por las reglas comunes de las calidades de los manjares, sin examinar qué efecto hacen en este particular temperamento, a todos prescriben aquellos que están reputados comúnmente por mejores. Si se me dijere que esto no sucede, diré yo lo que he visto infinitas veces. Y no sólo esto sucede, sino que hay Médicos tan poco advertidos, que aquello que a ellos les hace provecho, juzgan que ha de aprovechar a todos, y hacen su propio temperamento regla de su práctica. Señor D. Martín, haga V. md. que en todas partes haya Médicos ingenuos, sabios, cuerdos, y sagaces, que entonces yo quemaré por inútil cuanto he escrito en aquellos dos Discursos.

14. He dicho que a mí no me importa que la ciencia del Jurista, y del Teólogo esté tan estrecha en esta parte como la del Médico. Todavía hallo entre estas facultades una gran diferencia. El reo, demandado ante el Juez, sabe que posee la hacienda; pero no sabe si el poseerla es conforme a la virtud de la justicia. El que consulta

al Médico, sabe que usa de tal alimento; y demás a más sabe que ese alimento es conforme a su complexión, y estómago. Así el Juez, como el Médico han menester informarse de las partes; pero el Juez sólo del hecho: el Médico también del derecho: El Juez halla el hecho en los autos; pero el derecho en los libros. El Médico uno, y otro ha de buscar en el informe del consultante, del cual únicamente puede saber qué es lo que le conviene determinar. Así el reo no sabe qué sentencia debe dar el Juez; pero el consultante, si no está preocupado del error común, sabe qué sentencia debe dar al Médico: pues si le informa de que con este alimento le ha ido bien, y con el otro mal, es claro que el Médico debe determinar que use del primero, y no del segundo. La misma disparidad es adaptable respecto del Teólogo Moral. [363]

§. VI

15. El punto que acaba de tocarse me conduce naturalmente al cotejo que hace V. md. de la Medicina con las demás Ciencias, en cuanto a la incertidumbre. Señor D. Martín, yo por ninguna me apasiono, aun de aquellas mismas que he estudiado. Pero encuentro notable diferencia entre la Medicina, y las otras Ciencias que V. md. trae al paralelo.

16. Es verdad que *el Teólogo* (como V. md. dice) *no sabe si el penitente se salva*; pero sabe ciertamente qué es lo que le conviene al penitente hacer para salvarse. Aquí no llega el Médico; pues no sabe ciertamente qué es lo que le conviene hacer al enfermo para curarse. El Teólogo da receta infalible para conseguir la salud eterna: El Médico no la tiene sino dudosa para lograr la temporal. El penitente si no se salva es porque él no quiere aplicar el remedio: *Ex te Israel perditio tua*. Si el enfermo no se cura es porque el Médico no aplica medicina a su alcance. ¿Pretendo yo por eso que esta ventaja del Teólogo se deba a su mayor ingenio, o estudio? No por cierto. En la Teología el topo encuentra con la certeza: en la Medicina el lince no puede pasar de la conjetura.

17. Usa también el Teólogo de probabilidades. Y aún los *Moralistas* (dice V. md.), *procediendo con opinión, sólo están obligados*

a seguir la probable; los Médicos tienen más estrecho el camino, pues están obligados a seguir la más probable. Es verdad; pero la eficacia es muy diversa: porque el Moralista, usando de opinión probable, absuelve al penitente de la culpa; el Médico, usando de la más probable, no puede muchas veces curar al enfermo de la dolencia. Fuera de que si el penitente, o consultante quiere usar de la receta, siempre se la dará el Moralista, no sólo probable, sino cierta; pues el consejo de que vaya por el camino más seguro, omitiendo aquella acción que está en duda si es lícita, o ilícita, no tiene falencia.

18. Sea cuanto se quisiere la Arte Militar, falible en sus proyectos, hallo no obstante entre ella, y la Medicina [364] notables disparidades. La Arte Militar siempre que hay guerra es necesaria; pues el enemigo ciertamente triunfa si no se sale a la defensa. No puede decirse otro tanto de la Medicina, aún cuando hay enfermedad; pues muchas veces, sin que el Médico acuda, resiste la naturaleza. El General siempre sabe a qué enemigo ha de combatir; el Médico muchas veces ignora la enfermedad que debe expugnar. El General, viéndose inferior en fuerzas, puede excusar la batalla: el Médico no puede evitar la lid con la enfermedad, aunque vea débil la naturaleza. El General, si no es el caso raro de ser traidor, nunca se pone de parte del Ejército contrario. El Médico infinitas veces, por su ignorancia, ayuda contra el enfermo a la dolencia. Así no se puede negar que procede con mucha mayor obscuridad el Médico en su Arte, que el Caudillo en la suya.

19. Dice V. md. que con un yerro ocasiona más muertes un General en un día, que un Médico en cien años. Es así; pero hagamos el cotejo, tomando en lugar de dos individuos, todos los que profesan una, y otra facultad. ¿Quiénes ocasionarán más muertes en un Reino dentro del espacio de cien años, los Generales con sus yerros, o los Médicos con los suyos? O substituyendo a los individuos las facultades, ¿qué yerros son los que hacen más estragos, los de la Medicina, o los del Arte Militar? Yo creo que V. md. resuelve la duda en el segundo tomo de la Medicina Escéptica, fol. 248. cuando dice: *Aquel texto de Galeno, en el método (no solo en las continentes, sino en otras fiebres, causadas por pútrido humor, es saludabilísimo sangrar) tiene muertos más hombres que la Artillería*. Si solamente una máxima errada en la Medicina hace más daño que

todos los cañones de bronce, ¿qué estrago no harán tantas máximas erradas como es preciso que haya en tantas opiniones controvertidas, pues siempre que hay contradictorias, es preciso que sea falsa la una?

20. La Matemática me parece que no puede, en cuanto a la certidumbre, entrar al cotejo con ninguna de las ciencias naturales; porque es la facultad que con buen derecho [365] tiene estancadas las demostraciones. No todo lo puede demostrar; ya porque como está en nuestros entendimientos, es ciencia finita; ya porque en la aplicación salen muchas veces los hombres con el uso fuera de la esfera de su objeto.

21. En cuanto a la política, si se habla de aquella que pasa por tal en el mundo, la juzgo más incierta que la Medicina; y así lo he explicado en el cuarto Discurso de mi primer tomo. Para mí, respecto de los que gobiernan Estados, no hay otra política segura que la que consiste en el complejo de las dos virtudes justicia, y prudencia.

§. VII

22. A los reparos que V. md. pone sobre las advertencias que hago para la elección de Médico, responderé con ingenuidad, y sin cavilación. A la primera de *que el Médico sea buen Cristiano*, opone V. md. *que es difícil hacerle los informes, y aún más difícil averiguarle las hipocresías*. Señor D. Martín, los Médicos viven muy en los ojos del Pueblo. Apenas con otra clase de hombres hay tan frecuente trato. Una hipocresía tan doble, que en la frecuencia del comercio no deje traslucirse la alma, es rarísima. Ni los Médicos son la gente que más estudia en esconder vicios, u ostentar virtudes: luego si aún los que no son muy perspicaces, comúnmente hacen un juicio prudencial, bastantemente seguro de la cristiandad de aquellos con quienes tratan, podrá el Pueblo comúnmente no engañarse en el concepto que hace del Médico sobre su virtud, o malicia.

23. A la segunda de que *sea juicioso, y de temperamento no muy ígneo*, dice V. md. *que el vulgo suele tener por juicio lo que es simpleza, y estolidez, y en todo hay riesgo; porque cuando el Médico debe ser*

pegaso, no se le ha de buscar tortuga. Confieso que este reparo está bien hecho. Es cierto que el vulgo equivoca comúnmente al tardo con el juicioso, y al pronto con el intrépido. También es cierto que ninguna Arte pide tanta agilidad intelectual como la [366] Medicina, no sólo en las enfermedades muy ejecutivas, pero aún en las comunes; porque necesita correr el Médico los ojos por tanta variedad de indicantes, y contraindicantes; y no sólo mirarlos, sino pesarlos. Es cosa muy distinta tener ágil el discurso de tener azorada la mano. No es lo mismo viveza que precipitación. No se opone la prontitud del ingenio con la solidez del juicio. Las águilas cuando quieren, vuelan, y cuando quieren, paran. Y por el contrario, puede ser el Médico tardo en entender, y atropellado en obrar: y aún creo que esto es lo que comúnmente sucede: como también que el que es más veloz en las reflexiones, es más perezoso en las recetas. Aquél atiende a un precepto solo, y por eso obra; este a muchos, que están encontrados, y por eso se detiene. Confieso, pues, que el vulgo no es capaz de hacer juicio del juicio, ni los discretos le pondrán en razón sobre este artículo; pues él siempre se estará en sus trece de tener por hombre muy juicioso a aquel que por su lengua torpe, por su paso lento, y por su entendimiento tardo está ras con ras de ser tronco.

24. La objeción que V. md. hace a la tercera advertencia, es un gracejo galante de aquellos que usan oportunamente los discretos para quitar el fastidio a las seriedades; y así no me detengo en ella.

25. A la cuarta de *que el Médico no sea adicto a sistema alguno filosófico*, opone V. md. *que el Pueblo no entiende de sistemas, ni de filosofías*. Todo el Pueblo, es verdad; pero raro es el Pueblo de algún tamaño, donde no haya muchos que entiendan lo bastante para hacer este juicio; y fácilmente desciende de estos a los demás en crédito, o descrédito del Médico.

26. A la quinta advertencia de *que el Médico no sea amontonador de remedios*, V. md. la califica, apuntando enérgicamente el destrozo que hace en los hombres la multitud de medicamentos. Díceme V. md, que procure yo desterrar este pernicioso error del vulgo de los Médicos. Ésa es empresa más proporcionada a las fuerzas de V. md. [367] y si V. md. no puede, mal podré yo. Con más razón me pudiera V. md. decir, en caso de ponerme a esa empresa, lo que

Héctor a Eneas:

> … *Si pergama dextra*
> *Defendi possent, etiam hac defensa fuissent*

27. A la sexta de *que el Médico observe, y se informe exactamente de las señales de la enfermedad, que son muchas, y se toman de muy varias fuentes*, dice V. md. *que el que haya de ser fiscal de esto, debe primero saberlas todas*. No es menester tanto. Yo sin saber qué señales se deben observar, con saber que son muchas, conoceré que no las observa todas exactamente el Médico, que se contenta con examinar ligeramente no más que la orina, y el pulso: así como sin saber dónde está la mina, con saber que está profunda, sabré que no llegará a ella el que se contenta con dar dos azadonadas.

§. VIII

28. He reservado para ahora (porque me he de detener más en él) el cargo que V. md. me hace de que me muestro rígido Escéptico. Puede ser que en mi escrito, por no haberme explicado bien, lo parezca, pero es cierto que no lo soy. Escéptico rígido es aquel que nada tiene por cierto, y en lo opinable queda siempre con perfecta suspensión, por no admitir desigualdad de probabilidades entre las opiniones opuestas. No es ese mi carácter: pues algo juzgo cierto en la Medicina, y admito desigualdad en lo que es puramente probable. Es verdad que inclino mucho al Escepticismo, y no hallo modo de remediarlo: porque los mismos Médicos que me habían de curar esta enfermedad (si lo es), me la aumentan. Véolos casi generalmente discordes en toda la práctica del Arte. Pues si ellos no han averiguado la verdad, ¿por qué no he de quedar yo en la duda? No son muchos los Autores Médicos que he visto; pero esos bastaron para asegurarme de que rara aserción hay en la Medicina, que esté fuera de controversia. Si leyera más, dudaría más: que es puntualmente lo que Ramazzini, citado arriba, dice de sí mismo, que [368] cuanto más leía los más excelentes Autores antiguos, y modernos, tanto más incierto, y dudoso quedaba de lo que debía obrar: *Quoties cum veterum, tum recentiorum Medicinae Procerum*

praestantiora monumenta, & quae creduntur cedro magis digna volumina, evolvere mihi volupe est, idem prorsus mihi evenire sentio, ac Terentiano Seni, qui cum in filii sui causa plures advocatos accersisset, eosque inter se pugnantes depredisset: incertior (inquit) multo sum, quam dudum.

29. A vista de lo que dice Ramazzini, y a vista de la innegable oposición de los Autores, no creo deban irritarse los Médicos por haber dicho yo que *saben poco de curar los enfermos*. Ya se ve que sabrán más que los Teólogos, porque lo que se sabe, ellos lo saben. Pero que es poco lo que se sabe, lo pruebo, a mi parecer, con evidencia, de este modo, poniendo por mayor en el silogismo una proposición de V. md. *Aquello que se disputa se ignora; sed sic est que en la Medicina casi todo se disputa*: luego casi todo se ignora. La menor del silogismo es innegable, pues apenas hay precepto práctico, que no tenga sus contradicciones, como hice ver en el Discurso Médico, y como se podría probar más largamente: y aún los mismos que concuerdan en el precepto, se hallan después discordes en la aplicación. La mayor es de V. md. en su Carta, fol. 23. a aquellas palabras: *Confieso la ignorancia de las causas morbíficas. (¿Pues quién negará que se ignora lo que se disputa*?) Tengo por concluyente la razón para la ignorancia de las causas; pero del mismo modo prueba la ignorancia de los remedios: pues no menos se disputan (con cortísima excepción) los remedios que las causas.

30. Juan Doleo, en su Enciclopedia Médica, casi en todas las enfermedades, después de referir las varias sentencias que hay en orden a las causas, trae las que hay en orden a los remedios. El mismo Doleo, hablando de las fiebres, dice que los Médicos del mismo modo ignoran los remedios, que las causas: *Febris morbus, vel a limine, sive sui initio, cognitus, at nequidquam a medentibus cognitus* [369] *hactenus in causis, modo fiendi, sedibus, ut nec in remediis*. (De Febribus, cap. 1.). ¿Por qué he de creer yo que cualquiera Médico ordinario sabe lo que un hombre de tanto estudio, y experiencia como Juan Doléo dice que todos los Médicos ignoran?

31. Y sin apartarnos de la fiebre (por ser esta la mayor provincia del gran reino de la Medicina), ¿cuánto encuentro de opiniones se observa en orden a su curación? Unos (y esto es lo más común) culpan los ácidos, y quieren que se acuda con alcalis. Otros (como

Ballivio lib. 1. Prax. Medic. fol. mihi 50.) acusan los alcalis, y buscan el socorro en los ácidos. O estos, o aquellos dañan, sin que yo pueda saber quienes aciertan. Unos dicen que en la fiebre la sangre circula a más velocidad: otros que camina con más lentitud. Aquéllos quieren que se le tire la brida: estos que se le arrime la espuela. Si yerran aquellos, estancan lo que se había de mover: si yerran estos, precipitan lo que se debía refrenar. ¿Cómo he de confiar ni en aquellos, ni en estos mientras no se aclara la duda?

32. No para aquí la controversia en materia de fiebres. Toda la práctica está llena de dudas. El Ramazzini, en el lugar citado arriba, se pone a describir la variedad de opiniones que hay en una junta de Médicos, llamados en el principio de una fiebre, hablando cada uno según la práctica que sigue; y dice así: «Unos muy activos claman hasta ponerse roncos, que se ha de procurar extinguir desde luego el fuego de la fiebre, porque no se abrase toda la casa: que se acometa al enemigo dentro de sus líneas, antes que tome más fuerzas. Otros con el mismo ahínco replican que se debe ir poco a poco: que se ha de procurar la cocción de los humores, porque no se invierta la crisis: que se espere a que la fiebre por sí misma se quebrante, porque según la sentencia de Livio, más aprovechan los Médicos a veces estando ociosos, que obrando. Del mismo modo en el uso de los remedios: unos dicen que sólo con las sangrías se ha de degollar la fiebre: otros, parcos en la efusión de sangre, oponen [370] que inútilmente se derrama en la fiebre el tesoro de la vida; porque según Galeno, la obstrucción, y podredumbre, que son principalísima causa de la fiebre, no se quitan con la sangría. Unos todo el cuidado ponen en purgar a los enfermos; de modo, que tendrían por delito no dar al principio su leniente, y al fin; o quitada la calentura, una purga radical para quitar el miedo de recaída. Otros por el contrario, atendiendo al genio de la naturaleza, que rara vez, o casi nunca termina las fiebres con evacuación por el vientre, aborrecen mortalmente la purga en el fin de la fiebre. Algunos quieren que el enfermo beba agua copiosamente, siguiendo una máxima de Hipócrates, que da a entender que el fuego de la calentura se apaga con agua. Otros quieren que se huya del agua fría, de miedo que se sofoque el calor nativo, y la causa morbífica empeore. Algunos todo su conato ponen

en recetar cordiales, para domar, o precaver la malignidad. Otros (acaso más cuerdos) se detienen en el uso de los cordiales, por no añadir fuego al horno». Hasta aquí el Ramazzini.

33. Sobre esta relación se debe hacer una reflexión, y es, que cada Médico, siguiendo su doctrina, dice de la práctica contraria, no sólo que es inútil, sino dañosa. Luego cualquiera Médico que llame yo, hay otros que dicen que la práctica que sigue este, no sólo no me aprovecha, sino que me daña. No quiero sacar más consecuencias, porque están bien a la vista.

34. Hablando en general de los remedios (exceptuando el mercurio para el mal venéreo), ninguno hay que sea de la aceptación de todos los Médicos. Aún el mercurio le contradijo Fernelio. La purga, que es el remedio más común, tiene muchos, y grandes enemigos aún fuera de la escuela de Helmoncio, en consideración de su inutilidad, y malignidad. No alcanza a la causa morbífica: sólo se entiende con el producto morboso, y es indecible el daño que ocasiona en el cuerpo. Señaladamente puede verse sobre este punto la doctísima Diatriba de Christiano Kursnero [371] *de Purgantium proscriptione*, que apenas deja duda en la materia: y el Panegírico que de aquella Disertación hace Juan Doleo en una Carta que se halla en el segundo tomo de Juan Jacobo Waldismith, fol. mihi 375. de quien pudiera yo trasladar algunas palabras, como son aquellas, fol. 378: *Quamvis tota Medicastrorum cohors furore agitata torvo vultu veritatem sit inspectura. Y aquellas más abajo: Sane crumenam habebunt nimis purgatam, & aliorum excrementis minus impletam, quod minime illis placebit*. Estas expresiones del furor, y del motivo de furor de algunos Doctores, cuando se manifiestan al Mundo los riesgos de sus remedios, ya se yo que no vienen a los Médicos de la sabiduría, e ingenuidad del Doctor Martínez. Pero esta Carta, no sólo la ha de leer el Doctor Martínez, sino algunos, que aunque tengan nombre de Médicos, no merecen ser discípulos suyos.

35. De las opiniones que hay sobre la sangría ya se dijo bastante en el Discurso Médico. Todo lo demás va del mismo modo. A las fuentes en brazos, o piernas, remedio tan común, las condenan muchos por inútiles, y nocivas. Jacobo Primerosio (*lib. 4. de Erroribus in ordine ad Medicinam, cap. 56*), tratando de las fuentes,

empieza con esta vehemente invectiva: *Ignotum veteribus: & nostro tempore, in Anglia praesertim, nimium familiare, & nostro tempore, in Anglia praesertim, nimium familiare, & abominandum prosusque inutile remedium, sunt ulcera illa, quae vulgo fontanellae vocantur*. No se contenta con llamarlas remedio inútil, sino también abominable.

36. No con menos energía Teodoro Craanén (*tom. 1. cap. 43. de Fonticulis, & Setonibus*) declama contra fuentes, sedales, ventosas, y vesicatorios. Empieza así el capítulo: *Nunc autem progredimur ad Fontuculos, Setones, Cucurbitulas, & Vesicatoria*. Y poco después: *Dicimus haec medicamentorum genera, esse potius tormentorum genera, planè inutilia, & contra omnem rationem, sine judicio efficta, & lucri causa tantum ab otiosis, & irrationabilibus Medicis, & Chirurgis excogitata*.

37. A los cordiales tienen infinitos por remedio puramente [372] nominal: algunos (como vimos en Ramazzini) por nocivo. Primerosio (*lib. 4. cap. 35*) dice que el uso de la Triaca, Mitridático, y otros cardíacos, muchas veces aumenta la causa de la enfermedad, sin remediar la debilidad del corazón.

38. En tanta oposición ¿quién nos ha de sacar de la duda? ¿Acaso la experiencia? Todos la alegan a su favor. Los que siguen la doctrina de los días críticos se fundan en la experiencia; y en la experiencia se fundan también los que niegan que haya tal orden de días críticos. Waldismith (*tom. 1. fol. 244*) se funda en la experiencia para decir que la sangría rectamente administrada tiene fuerza de específico en las fiebres intermitentes. Y Doleo (*de Febribus, cap. 8.*) dice que la experiencia cotidiana muestra que las fiebres intermitentes no remiten, antes se aumentan con la sangría.

39. Otro recurso nos dio poco ha un Médico de la Corte, que en no hacer caso de lo que dicen los demás Autores, sino sólo de Hipócrates. Esto sí que es cortar el nudo Gordiano; pero sea así norabuena, quémense todos los demás libros, y queden sólo las Obras de Hipócrates. ¿Nos libramos por eso de las dudas? No por cierto. Entero se queda el Escepticismo, como se estaba. Todos dicen que siguen a Hipócrates, y con todo eso no se ajustan. A Hipócrates seguía poco ha el Doctor Díaz; a Hippócrates seguía el Doctor Boix; con todo sabemos, y consta de los Escritos de uno, y otro, que iban tan opuestos en la práctica, como un Polo está con el

otro.

40. ¿Pues cómo hemos de evitar el Escepticismo Médico? Para evitar el Escepticismo rígido ya hay remedio; para evitar el Escepticismo moderado no le veo. Es cierto que no todas las opiniones que hay en la Medicina son de igual probabilidad; y el conocimiento de esta verdad basta para no ser Escéptico rígido.

41. El Escepticismo moderado, no sólo es inevitable, pero útil en el Médico. Yo he notado siempre, que los Médicos que más han estudiado son los que hablan con más [373] incertidumbre de su propia Arte. Los doctísimos Jesuitas Autores de las Memorias de Trevoux (año de 1709 Mayo, art. 70.) asientan, que la sincera confesión de la incertidumbre de la Medicina es el carácter propio del Médico sabio, y la señal que le distingue del ignorante. Así dicen, con ocasión de hablar de la Carta de un Medico docto: *El Autor de este pequeño escrito es uno de los más juiciosos que produjo este siglo. Empieza confesando, que la Medicina está sujeta a molestas incertidumbres. Esta confesión sincera es el carácter que distingue al Médico sabio del charlatán temerario. Éste quiere engañar; el otro quería curar. Éste promete más de lo que puede; aquel no ofrece sino hasta donde alcanza. Éste tiene por motivo su interés propio; aquel es movido del bien público*.

42. Un engaño perniciosísimo, y dos engaños en uno, padece el Vulgo en el concepto que hace de los Médicos. Tiene por Médico docto al arrogante, y operativo; y al contrario, por ignorante al que duda mucho, y obra poco. Todo es al revés. El que más ha estudiado es el que más duda; y el que más duda es el que menos obra. Divina es aquella sentencia de Ballivio, de que en la Medicina, más que en todas las demás Artes, importa estudiar mucho, y obrar poco: *Si in aliqua Arte, certe in Medicina plura scire oportet, & pauca agere*.

43. Otra vez lo digo. De aquel Médico que desconfíe de su Arte, es de quien debe confiar el enfermo. La confesión sincera de la incertidumbre de la Medicina, es el carácter que distingue al Médico sabio del charlatán temerario. ¡Oh error fatal! Que si el Medico no receta siempre que visita, juzga el enfermo que es porque apenas sabe menos que el otro que apenas suelta la pluma de la mano. Tan al contrario es, que este receta mucho porque estudió poco, y aquel receta poco porque ha estudiado mucho: *Plura*

scire oportet, & pauca agere.

44. Y es de advertir aquí, que entre los que estudian poco cuento aquellos que adictos a Escuela determinada, sólo estudian los Autores que siguen aquel ripio. Estudian [374] sólo a Galeno, y a los que ciegamente siguieron a Galeno: aunque días, y noches estén maceando en esa lectura, es estudiar poco; porque es estudiar sólo el dictamen de un hombre. Es menester ver, y examinar sin pasión lo que dicen, y en qué razones se fundan las impugnan a Galeno, haciendo siempre entre todos los Autores más estimación de aquellos que con sinceridad, y atención escucharon la naturaleza en el órgano de la experiencia, que de los otros que no hicieron más que sacar consecuencias de principios dudosos, aunque para ellos fuesen ciertos. Estos hombres, que como dice Cicerón, con invencible adhesión se pegan a la Escuela en que empezaron su estudio: *Ad quamcumque sunt disciplinam quasi tempestate delati, ad eam tanquam ad saxum adhaerescunt* (in Lucul.), son incapaces de hacer recto juicio en las cosas de Medicina.

§. IX

45. Permítame V. md. decir algo ahora sobre los Textos de la Escritura, conque muchos Profesores pretenden probar la seguridad de su Arte. A la verdad, a V. md. que usa tan sobriamente de ellos, nada tengo que decirle; pero, como he dicho, esta Carta no solo V. md. ha de leerla.

46. Muchos Médicos quieren probar con aquellos Textos tanto más de lo que persuaden, como si con ellos canonizara el Espíritu Santo toda su Práctica, por errada que sea. Yo nunca he negado la utilidad de la Medicina, ni predicado que el enfermo no llame al Médico. ¿Pues qué pretenden contra mí con esos Textos, que a lo sumo sólo podrían probar contra quien absolutamente, y sin restricción alguna condenase como inútil toda la Medicina? ¿Dice acaso la Escritura, que la Medicina que saben los hombres sea cierta? No hay tal cosa: luego no contradice a la Escritura quien sólo establece su incertidumbre.

47. Pero demos el caso, que yo dijese que toda cuanta Medicina

se practica en el Mundo, es no sólo incierta, [375] sino falsa; y no sólo inútil, sino nociva. Digo que no prueban lo contrario esos Textos. Y lo primero debemos echar a un lado aquellos a quienes se tuerce la inteligencia, entendiendo de la Medicina corporal lo que el Espíritu Santo dicta de la espiritual. Tal es aquella sentencia de Cristo Señor nuestro: *Non egent, qui sani sunt Medico; sed qui male habent*. Lo que evidentemente se colige del contexto, pues prosigue el Salvador: *Non veni vocare justos, sed peccatores ad paenitentiam*. Tal es también lo de Isaías: *Non sum Medicus… Nolite constituere me Principem Populi*. Que aquí se habla del Médico Espiritual, o Político de una República decadente, lo asientan todos los Expositores, y consta evidentemente de lo que antecede, y se subsigue; pues no se habla de otra cosa que de la enfermedad espiritual, y política del Reino de Israel.

48. Así se engañó mucho el Divino Valles (*de Sacra Philosoph. cap. 74.*) entendiendo aquel Texto del Médico corporal, y pretendiendo probar con él la nobleza de su Arte, como que en aquella antigüedad se buscaba en los Príncipes el requisito de Médicos, o buscaban a los Médicos para Príncipes: *Ut ego existimo* (dice Valles) *in magna illa antiquitate Medici requirebantur, ut reliquis hominibus imperarent, ac Reges fierent*. Ni en la Historia Sagrada, ni en las Profanas se encuentra vestigio de tal costumbre. Fuera de que este honor de la Medicina, si fuera verdadero, recaía sobre los Cirujanos; porque donde la Vulgata dice *Medicus*, se lee en el Hebreo la voz *Chobes*, que significa lo que la voz Latina *Chirurgus*.

49. A esto no obsta que algunos pocos en diferentes tiempos, de Médicos ascendiesen a Príncipes; pues esto es común a otros empleos menos nobles, de quienes la fortuna elevó algunos a la Corona. Fuera de que las Historias que sobre esto se alegan, son por la mayor parte inciertas. Avicena, que es quien más se proclama, no fue Rey. Lo más a que llegó fue a ser Visir del Sultán de los Árabes Cabous, cuyo Médico había sido antes, como consta de su Vida, escrita en Arábigo por Giozgiani, y traducida [376] en Latín por Nicolao Masa. Giges, Rey de los Medos, no le encuentro en las Historias; pero sí Giges, Rey de Lidia. De este consta, que había sido Capitán de la Guardia de su antecesor Cadaulo, a quien mató; pero no Medico. Cuando se dice que Sapor, Rey de los Medos, fue

Médico, no sé de qué Sapor se habla, porque hubo tres Reyes de los Medos de este nombre; aunque no se decían Reyes de los Medos, sino de los Persas, por estar la Media entonces sujeta a la Persia. De todos tres he leído algo; pero de ninguno que fuese Médico. El Trismegisto no fue Rey, sino consejero de Osiris, Rey de Egipto. El gran Mitrídates no fue Médico, en cuanto esta voz significa Oficio; aunque lo fuen en cuanto significa Ciencia; porque gustó de aplicar su rarísimo talento a las Ciencias naturales, como su prodigiosa memoria a aprender veinte y dos lenguas. En fin, que hubiese uno, u otro Rey que supiese Medicina, está muy lejos de verificar que los Médicos fuesen Reyes; así como el que hubiese algunos Príncipes que supiesen Música, no probará que los Músicos fueron Príncipes; y cierto que hubo muchos más Reyes Músicos que Médicos.

50. Separados los Textos que hablan de la Medicina espiritual, sólo queda a favor de la corporal el célebre del Eclesiástico al cap. 38. donde se dice: *Que se honre al Médico, porque es necesario que se llame en la enfermedad: que Dios crió de la tierra los medicamentos, &c*.

51. Para sacar de este sagrado alcázar a los Médicos, les preguntaré, si saben que la Medicina de los antiguos Griegos, dice Ballivio que discrepaba mucho de la que hoy se usa: *Regula erat apud Graecos Medicinae Patres praescripto moderamine in sex rebus non naturalibus Medicinam, ut plurimum exercere. Novissime abjecta veterum norma, syrupis, aliisque saccharatis indultum iri video*(de Morbor. *Success*. cap.14). Y prosigue aprobando el modo de curar de los Antiguos, y reprobando el de los Modernos. Si la Medicina de la Grecia, de donde se derivó, aunque con varias alteraciones, la nuestra, era distinta de la que hoy se usa; con más razón sería distinta la de Palestina, de cuyo método no nos ha quedado monumento alguno. Siendo distinta, podía aquella ser buena, y útil: la de hoy mala, y nociva; y supuesto esto, podía el Sirácides, Autor del Eclesiástico, aprobar la de entonces, sin calificar la de ahora: Luego nada prueba aquel capítulo contra quien dijese, que es inútil, y nociva la Medicina que hoy se usa.

52. Esfuerzo esto. La doctrina de la verdadera, y útil Medicina, no es de fe que se haya de conservar siempre en el Mundo; porque este es privilegio singular de la Doctrina Sagrada, que Dios reveló a su Iglesia: Luego pudo en un tiempo haber arte Médico, que

constase de documentos saludables, y degenerar después en un sistema lleno de errores. En este caso se conservaría en la Iglesia la misma doctrina del Eclesiástico, sin ser por eso aprobación del errado método. ¿Cómo, pues, se podrá probar que sea aprobación del método que hoy se usa, o que este no sea errado?

53. Más. Los Galénicos reprueban la Medicina Helmonciana por inútil. Los Helmoncianos la Galénica por nociva. ¿A cuál de las dos aprueba el Espíritu Santo? A entrambas no puede ser; porque de ese modo irían contra la Escritura así Galénicos, como Helmoncianos, reprobando la Escuela opuesta que el Espíritu Santo califica. Decir que a esta más que a aquella, será voluntario: luego es preciso confesar, que el Espíritu Santo aprobó el uso de la Medicina recta como tal, sin determinar cuál es la recta, o la torcida, y caso de determinar alguna, determinó la que se usaba en aquel tiempo: luego podré yo decir que la Medicina de este siglo va totalmente errada, sin contravenir a la Escritura.

54. Más. Desde el siglo XI hasta el XV reinó la doctrina [378] de los Árabes en la Medicina; de modo que no había otra. Hoy dicen mil males de ella infinitos Autores, tanto Galénicos, como no Galénicos. Ballivio da a aquella doctrina el nombre de Pestilencia. Si alguno en aquel tiempo en que reinó declamase en esta forma contra ella, le argüirían los Médicos de entonces con el Texto del Eclesiástico, con la misma justicia que ahora se argüirá a quien declame contra la Medicina de este siglo; porque ¿qué más razón hay para decir que el Espíritu Santo aprobó la que ahora se practica, que la que se practicaba entonces? Luego si el argumento entonces no era bueno, tampoco ahora lo es.

55. De lo dicho evidentemente se infiere, que no hay necesidad alguna de entender el consejo del Eclesiástico, como que comprenda a la Medicina, y Médicos de nuestro tiempo, sino debajo de la condición de practicarse en este tiempo la Medicina de aquel siglo. Es de creer, que la Medicina practicada en la Palestina, cuando escribía el Eclesiástico, fuese la mejor del Mundo: siendo verisímil que se conservasen en aquella tierra algunos restos de la Ciencia infusa de Salomón: así como en sentir de muchos Expositores duraron en el Mundo hasta el Diluvio muchas reliquias de la Ciencia infusa de Adán, a las cuales se debió en parte la grande

prolongación de la vida de los hombres Antediluvianos.

56. Pero prescindiendo de esto, tengo para mí como cierto, que la Medicina de la antigüedad fue mucho mejor que la de ahora. Ya porque no se fundaba en raciocinios ideales, sino en experiencias sensibles; ya porque usaba de medicamentos más simples, cuya preferencia, sobre los compuestos, reconocen hoy algunos Filósofos, especialmente el mayor de todos los Físicos Roberto Boyle, en tratado particular que hizo sobre este asunto; ya porque procedía con más seguridad, y menos riesgo, procurando al cuerpo humano la conservación de sus fuerzas, que hoy debilita la nimia repetición de los que llaman remedios mayores. [379]

57. Es muy de notar que la única vez que trata de intento la Escritura de Médicos, y Medicina, no hace memoria de otros remedios más que de los ungüentos: *Unguentarius faciet pigmenta suavitatis, & unctiones conficiet sanitatis*. Lo que da a entender, que los ungüentos hacían la parte principal de la Medicina de aquel tiempo. Son estos unos medicamentos que carecen de peligro. Es verdad que se creen comúnmente de poca eficacia. Pero lo que yo veo es, que las dos únicas enfermedades que cura hoy con evidencia la Medicina, el mal venéreo, y la sarna, se curan con ungüentos. El proclamar tanto la inutilidad de los remedios externos, nace, ya de que no se conocen los que son oportunos, ya de que es impenetrable el modo conque obran varios agentes. Tres dedos (dicen) de carne interpuesta, ¿cómo han de dejar transitar al interior la virtud del más activo medicamento? Pero yo les preguntaré: ¿Cómo un baño de agua tibia sosiega en un momento (como he visto muchas veces) los dolores internos de una furiosa cólica? Dejémonos de filosofías, y atendamos a las experiencias. Si es verdad lo que refiere Helmoncio de aquella prodigiosa piedra del Químico Irlandés Butler, todo lo demás es menos; pues con sola una unción externa, hecha con el aceite en que se infundía aquella piedra, curaba males incurables para los demás Médicos.

§. X

58. A algunos se hará difícil que la Medicina antigua fuese mejor

que la moderna; porque están en el vulgar dictamen de que todas las Artes se fueron perfeccionando, y hoy gozan el aumento que nunca antes tuvieron: aprehensión común, pero errada. Muchos excelentes conocimientos, de que gozó la antigüedad, se perdieron con el tiempo. El gran secreto de las Lámparas Sepulcrales inextinguibles, hoy del todo se ignora. El modo de adobar los cadáveres, de suerte que para siempre quedaban preservados de corrupción, tan común entre los Egipcios, ni hoy le saben los Egipcios, ni otra [380] Nación alguna Varias Artes, que florecieron entre los Antiguos, padecieron después notable decadencia. La Pintura, y Escultura, que llegaron a la mayor perfección en los Apeles, Zeuxis, Protógenes, Parrhasios, Fidias, y Praxiteles, se deterioraron tanto en los tiempos siguientes, que apenas había quien supiese tomar el pincel, o el buril en la mano. Algunas Artes las malearon los hombres, pensando que las perfeccionaban (como sucedió a la Retórica, y a la Poesía), porque adelgazando inconsideradamente, gastaban lo útil, y lo sólido, y no quitaban defectos, sino perfecciones, como el que afila demasiado, echa a perder lo mismo que afila.

Si nimis attenuas ferrum, non ensis acutus,
Nullus erit.

59. No estoy lejos de pensar que sucedió otro tanto a la Medicina en manos de Avicenistas, y Galénicos. Casi todo era raciocinios delgados, en que se hilaba el discurso, dejando intacta la naturaleza. En noche obscura andaban buscando las causas, y cada uno abrazaba como causa la sombra que primero le ocurría; o se le presentaba en las tinieblas de la razón, en lugar de la causa una vana imagen de la causa: como a Eneas en la noche fatal, en vez de la esposa que buscaba, el aéreo simulacro de su esposa.

Infelix simulacrum, atque ipsius umbra Creusae.

60. Hoy ya trabajan algunos con mejor luz. Y no vivo, Señor Don Martín, tan desesperanzado de los progresos de la Medicina, que si se aplican muchos del mismo modo, no me prometa considderable aumentos en ella, aún en más breve plazo que el que V. md. señala.

Desea V. md. justísimamente pare este efecto la protección de los Príncipes; pero para ser esta fructuosa, creo se debe aplicar, no indiferentemente a todos los Profesores quiero decir, no a aquellos, que haciendo asiento en la doctrina estudiada en la Escuela, no adelantan, ni juzgan que se puede adelantar en ella algo; sí solo a aquellos que con sus observaciones propias, o descubren verdades nuevas, o [381] manifiestan errores antiguos. Los dos grandes Reinos de Francia, e Inglaterra tienen para este efecto dos insignes Escuelas, la Academia Real de las Ciencias de París, y la Sociedad Regia de Londres. En España poco ha se erigió la Regia Sociedad de Sevilla; de la cual, si nuestros Monarcas fomentan su útil aplicación, se pueden esperar no menores frutos que los que producen aquellas grandes Academias Extranjeras.

61. Ni pretendo yo que entre tanto que se adelante más la Medicina, se dejen todas las enfermedades al beneficio de la naturaleza. Con lo que hoy se halla en los libros pueden ser útiles los Médicos. Pero si se me pregunta ¿cuáles son ahora los útiles? Responderé, que aquellos que traen el sobrescrito de Ballivio: *Plura scire oportet, & pauca agere*. Es verdad que paga el Mundo a muy alto precio los aciertos de estos con el mayor número de los yerros de los otros. Dice V. md. que en todas las Facultades hay Idiotas, y dice la verdad; pero no sé si tantos en las demás como en la de Medicina. Pide esta Ciencia por su mayor arduidad, mayor ingenio; y no tienen sus Profesores tanto tiempo para el estudio. Pero sea el número de los Idiotas igual en todas, no en todas es igualmente pernicioso. De que el Metafísico no prescinda bien la formalidad, o el Teólogo Escolástico no responda bien al argumento, ningún daño se sigue al Mundo. En la Medicina de las almas la buena fe del penitente suple el defecto de Ciencia del Confesor. En la de los cuerpos el enfermo por su buena fe no dejará de morir. El veneno hará su efecto por más que él lo imagine triaca:

Littera jam lasso pollice sistat opus.

62. He sido, Señor Doní, más largo en la Carta de lo que juzgué al principio. Como la tomé por vía de conversación con V. md. y esta me es tan dulce, me engolosiné demasiado. Como sea este escrito de

algún provecho al público, habrá sido bien empleado el tiempo. Eso es el motivo que me he propuesto en mis Escritos, y ese es el que los hace dignos de mi profesión. La materia [382] por sí misma es digna; el recto fin la hace dignísima. Las razones de Hombre, de Cristiano, y de Religioso, todas conspiran a influir el amor del Público, y el deseo de ser útil al prójimo: *Deus est homini, juvare hominem*, decía Plinio el Mayor. No dudo que hallará V. md. en esta Carta algunas erratas que corregir, o ya porque no alcanzase más mi ingenio, o ya porque llevé demasiadamente veloz la pluma. Pero si el yerro no está en lo substancial de las máximas, no es justo que la corrección de él interrumpa a V. md. sus preciosas tareas. A tan noble entendimiento no le crió Dios para pequeños asuntos. Y la Medicina es acreedora a que V. md. la ilustre más cada día con sus excelentes Libros. Prosiga V. md. en purgar su Arte de varios errores. Los demás Médicos sonlo únicamente de los hombres. V. md. es Médico de los hombres, y es también Médico de la misma Medicina.

Quae, nisi tu velis, non est habitura salutem.

Nuestro Señor guarde a V. md. muchos años para esplendor de su Facultad. Oviedo, y Noviembre 6 de 1726.

B. L. M. de V. md.
Su más el servidor, y Amigo,
Fr. Benito Feijoo.

Indice alfabético de las cosas notables

El primer número denota el Discurso; y el segundo el Número marginal

A

Abaris. Es fabuloso lo que se refiere de su Magia, y dudoso lo que se cuenta de su vida, Discurso V, nº 11.

Averroes. Fue Aristotélico, y Ateísta, Disc. I, nº 26.

Abraham. Su padre ha sido Idólatra, Disc. VII, nº 5.

Accidentes. En qué se distinguen los de Aristóteles, y los de Platón, Disc. I, nº 31. Con estos se defiende bien el Misterio de la Eucaristía. ibi, nº 32. y 33.

Archiménide (yerba). Arrojada entre los enemigos no los hace huir, Disc. V, nº 3.

Adamo (tannero). Sabio Jesuíta, fue tenido por Mágico; y cuento gracioso que sucedió a la hora de su muerte, Disc. V, nº 36.

Adivinación. Sus diferencias, Disc. III, nº 2. y 3. Algunos la practicaron por política, Disc. III, nº 40. Causa por qué logra la estimación de muchos, nº 42. y sig.

Adonibezec (Rey de Jerusalén). Su crueldad, Disc. VII, nº 10.

África. Es capaz de las letras, y armas, Disc. XV, nº 19. Juicio que en ella se hizo de los Holandeses, num. 22.

Agesilao. Cómo sosegó sus Soldados, Disc. III, nº 42. Hacía burla de los Oráculos, Disc. IV, nº 16.

S. Agoberto. Lo que trabajó para impedir la persecución de los Tempestarios, Disc. V, nº 56. Caso singular de una epidemia de bueyes, nº 57.

Agua. No sube por evitar el [415] vacío, Disc. XI, nº 6. Por qué sube, nº 12. Pruébase, nº 17. y sig. La de pozo no está más

fría en Verano, casi todo del Disc. XIII, nº 26. y sig. Las minerales por qué son cálidas, nº 12. y 13. Por su naturaleza pide ser sólida, Disc. XIV, nº 9, 10. y 11.
Agüero. Qué es, Discurs. III, nº 29. Escipión y el Gran Capitán los interpretaron a su favor, ibi. 30. Pueden no ser supersticiosos, ibi, nº 31.
Aire. Peso de él, todo el Disc. XI. Quién descubrió su peso, ibi, nº 1. Le tiene, nº 7. y sig. Pruébase con experiencias, nº 21. y sig. Más frío es que caliente, Disc. XIV, nº 6. y 7.
Alberto el Grande. Su elogio, Disc. XV, nº 6.
Alción. Puede conocer la serenidad del tiempo, Disc. II, nº 59. Parece falso lo que se dice de su generación, ibi.
Alemania. Abunda de Sectarios que llaman Inspirados, Disc. IV, nº 27. Ha producido hombres eminentes, Disc. XV, nº 6.
Alejandro Magno. Con un chiste explicó el poco aprecio que hacía de los Oráculos, Disc. IV, nº 17. Su padre fue de bajo linaje, Disc. V, nº 15. Lo que le dijo un Pirata, Disc. VII, nº 27.
Alejandro de Médicis. Su muerte violenta, Disc. III, nº 19. y 22.
Alejandro Abonotichita. Erigió un Oráculo de Esculapio, y cómo daba las respuestas, Disc. IV, nº 14. Luciano le tuvo por embustero, Disc. V, nº 13.
Alejandro VII. Sumo Pontífice. Mote que le daban las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 41. El de Alejandro VIII. ibi.
Alfaquí (o Predicador de Mahoma). Tenido por famoso Nigromántico, fue preso, y muerto, Disc. V, nº 6.
Alonso Chacón. Vide Chacón.
Ambrosio. Vide Merlín.
América. Son de mucha habilidad sus naturales, Disc. XV, nº 20. Sus estratagemas más admirables, num. 21. Por qué estimaban más el vidrio que el oro, ibi 22. Los de la Septentrional, son muy capaces, nº 23. [416] El ser Idólatras no prueba falta de talento, nº 26.
Amulio. Usurpó la Corona de Roma a su hermano, Disc. VII, nº 28.
Anco Marcio. Guerreó provocado, Disc. VII, nº 28.
Aníbal. Fue vencido de los Romanos, Disc. VII, nº 32.

Antídoto. Contra todo veneno es imposible, Disc. II, nº 23.
Antioquía. Cuán pocos buenos había en ella en tiempos del Crisóstomo, Disc. VII, nº 39.
Antipatía. No la hay entre animales, Disc. II, nº 42. y sig. Ni entre Españoles, y Franceses. Todo el Disc. IX.
Antiperístasis. Véase todo el Disc. XIII. Qué es, ibi, nº 1. Impúgnase, ibi, nº 2.
Apantomancia. Qué es, y quiénes creyeron en esta superstición, Disc. III, nº 28.
Apio (Claudio). Su violenta injusticia, Disc. VII, nº 30.
Apolonio Tianeo. Es singular entre los Magos, y fabulosas alabanzas que le da Hierocles. Disc. V, nº 12. Son falsos sus prodigios, nº 13.
Apuleyo. Refiere por fábula lo que Delrio por verdad, Disc. V, nº 26.
Aragón. Trajo a Castilla la oposición con Francia, Disc. IX, nº 5.
Árbol. De la Isla del Hierro es fabuloso, Disc. II, nº 65.
Arco (Juana del), llamada la Poncella de Francia, fue quemada por hechicera, Disc. V, nº 51.
Argumento. El negativo no prueba sin el positivo, Disc. IV, nº 39.
Aristóbulo I. Mató de hambre a su madre, Disc. VII, nº 13. El II. quiso usurpar el Reino a su hermano, ibi.
Aristóteles. Cuán mal siente de su doctrina el Padre Malebranche, Disc. I, nº 14. Cuán mal le trata Emilio Parisano, ibi, nº 15. Y Roberto Flud, nº 16. Afirmó este que Dios castiga la que sigue su doctrina, nº 16. Fue muy crédulo, Disc. II, nº 3. y 4. No dijo había esfera del fuego, Disc. XII, nº 3. 4. y 5.
Aritmomancia. Qué es, Disc. III, nº 32.
Arnoldo Brixiense. Hombre de pocas letras, hizo mucho [417] daño en Brixia, y en Roma, Disc. VIII, nº 2.
Arnoldo Wion. Publicó las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 37.
Artabano. Sus horrendas maldades, Disc. VII, nº 22.
Artajerjes VIII. Rey de Persia. Su crueldad, Disc. VII, nº 10. El Longimano fue buen Príncipe, Disc. VII, nº 22. El segundo tuvo una fecundidad prodigiosa, pero infeliz, ibi. El tercero

mató a sus hermanos, y él murió de veneno, ibi.
Artes Divinatorias. Todo el Disc. III.
Artes Mágicas. Lo más que se dice de ellas es fabuloso, Disc. V, nº 5. Adriano las buscó para curarse, y no las halló, ibi.
Asclepiadoro. Qué sentía de las costumbres de Siria, Disc. VII, nº 23.
Astrología. Su impugnación, Carta defensiva, todo el §. V.
Asturianos. Son de genio despejados, Disc. XV, nº 33.
Atanasio Kirquer. Su elogio, Disc. XV, nº 6.
Augusto. No fue a Delfos, Disc. IV, nº 12.
Avicena. No fue Rey. Respuesta al Doctor Martínez, nº 49.
Austria (Casa de). Aumentó la oposición entre Españoles, y Franceses, Disc. IX, nº 5. Por qué está mal con Francia, nº 6.

B

Bacon (Canciller). Gran Filósofo, Disc. XV, nº 36.
Bagoas (Eunuco). Mató a Artajerjes III. y a tres hijos suyos, Disc. VII, nº 22. Murió él de veneno, ibi.
Balaan (Profeta). De quién fue inspirado, Disc. IV, nº 34.
Bartolomé Cocles. Son falsas sus predicciones, Disc. III, nº 20.
Basilio Emperador. Fue de bajo linaje, Disc. IV, nº 51.
Basilisco. No le hay, Disc. II, nº 25. Lo que refiere Porta de él es falso, ibi, nº 26. No muere mirándose a sí mismo, nº 27. Los cadáveres que se enseñan [418] no son de Basiliscos, ibi, nº 28. No nace del huevo del gallo, ibi, nº 29.
Beclas. Cómo explicó Focio esta voz, Disc. IV, nº 51.
Beda (Venerable). Cómo se entiende la rueda que se le atribuye, Disc. III, nº 32. No es suya, nº 33. Es ridícula, nº 34.
Bel (Ídolo). No comía los manjares que le presentaban, Disc. IV, nº 9.
Benedicto XIII. Mote que le ponen las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 41.
Benito Espinosa. No fue Ateísta por ser Cartesiano, Disc. I, nº 25.
Brujas. Casos fabulosos que de ellas cuenta Delrio, Disc. V, nº 30. En sueños les suceden sus viajes, nº 62. Es arrojo decir que

no se castiguen, ibi, nº 63. No hay tantas como se dice, nº 64. Todas las Justicias las castigan. ibi, nº 65. La hueste no es procesión de Brujas, ibi, nº 66.
Burgas. Las de Orense son muy ardientes, Disc. XIII, nº 13.

C

Cabalística. Arte moderna. Qué es, y cuales son sus especies, Disc. III, nº 36. 37. y 38. Es falsa, ibi. y Disc. IV, nº 26.
Caín. Su alevosía fue la mayor, Disc. VII, nº 2.
Cambises. Fue tan ambicioso como su padre Ciro, Disc. VII, nº 22.
Camino. No le puede haber nuevo para el Cielo, Disc. VI, nº 25.
Caramuel. Niega que el León huya del Gallo, Disc. II, nº 42.
Carbunclo. No le hay, Disc. II, nº 39. Es lo mismo que rubí, nº 40. No le hay en parte alguna, ibi, nº 41.
Cardano. Vide Gerónimo.
Carlos de Boville. Infamó a Tritemio, Disc. V, nº 39.
Carlos de S. Denis. Cómo definió los Franceses, Disc. VI, nº 9.
Carlos V. Su fortuna, y oposición a Francisco I. Disc. IX, nº 7.
Carlsbaden. Sus aguas son muy calientes, Disc. XIII, nº 13.
Catoblepa. No hay semejante animal, Disc. II, nº 30.
Certamen célebre de dos Magos, Disc. V, nº 28. Otros de dos tropas de Magos, ibi, nº 29.
Cesario Maltesio. No adivinaba [419] los pensamientos, Disc. V, nº 27.
Chacón (Fr. Alonso). No da noticia de las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 38.
China. Cuán mal juzga el vulgo de esta Nación, Disc. XV, nº 13. Su gobierno excede a todas las Naciones, nº 14. Nos exceden en la Medicina, nº 15. 16. y 17.
Chiromancia [Quiromancia]. Qué es, Disc. III, nº 5. Autores que trataron de ella, ibi, nº 6 y 7. Es dependiente de la Judiciaria, nº 12. Es falsa, nº 14. y sig. Respóndese a los contrarios, nº 18. y sig.
Cristina Ponitovia. Profetisa Hereje, Disc. IV, nº 26.
Cristóforo Scheinero. Observó el primero las manchas de Sol,

Disc. XIV, nº 22.
Cristóbal Koter (Hereje). Profeta falso, Disc. IV, nº 26.
Cicerón. Tuvo por vanas las Artes Divinatorias, Disc. III, nº 39. Hizo irrisión de los Oráculos, Disc. IV, nº 5.
Ciego. Se le puede restituir la vista: pruébase con varias experiencias. Toda la Paradoxa XII.
Circe. Sus encantos son fabulosos, Disc. V, nº 11.
Ciro. Pasó a los Persas la Monarquía de los Medos, Disc. VII, nº 20.
Claudio Publio. Hizo burla de los agüeros, Disc. III, nº 40.
Clemente VIII. Pontífice. Mote que le ponen las profecías, Disc IV, nº 41. El de Clemente IX. ibi. El de Clemente X. ibi. El de Clemente XI. ibi.
S. Clemente. No es Autor de los libros de Recognitiones, Disc. V, nº 26.
Cocodrilo. No finge el llanto humano. Disc. II, nº 57.
Cólera. El que tiene demasiada puede ser venenoso, Disc. II, nº 50.
Cometas. Ni causan guerras, ni pestes, Carta defensiva.
Cónsules de Roma. Vendían la Justicia, Disc. VII, nº 35.
Copón. Mató a Cocles, Disc. III, nº 20. y 22.
Cornelio Agripa. Véase Enrico.
Cornelio Celso. No halló razón para los días críticos, Disc. X, nº 30.
Cortesanos de Etiopía. Se [420] desfiguraban por lisonjear a su Soberano, y lo mismo los Aúlicos de Alejandro, Disc. VI, nº 16.
Cotillas. Son muy antiguas en Asturias, Disc. VI, nº 11.
Cromiomancia. Qué es, Disc. III, nº 35.
Cuernos. Los de Unicornio son fabulosos, Disc. II, nº 19. Los que se enseñan de quién son, ibi, nº 20. y sig. No son medicinales, nº 23.
Cuerpo. Sus distintas disposiciones causan distintas inclinaciones en el ánimo, Disc. XV, nº 30.
Culebra. No huye de la sombra del fresno, Disc. II, nº 45.
Cumana (Sibila). Libros que escribió, y cuántos se quemaron, Disc. IV, nº 3.

Cisne. No canta a la hora de su muerte, Disc. II, nº 61.

D

Darío. Ardid conque consiguió el Reino de Persia, Disc. VII, nº 22.

Darío Comodano. Fue derrotado por Alejandro, y muerto por Beso, Disc. VII, nº 22.

David. En su casa hubo grandes desórdenes, Disc. VII, nº 11.

Decio. Mundo. Cómo engañó a Paulina, y la gozó, Disc. V, nº 16.

Delfos (Oráculo). Cómo daba las respuestas, Disc. IV, nº 9. Sólo doncellas eran sus Profetisas; y por qué se quitó, ibi, nº 10. Lo que se dice de su silencio cuando nació Cristo, no es verdad, nº 11. y 12.

Delrio (P. Martín). Fue muy crédulo, pero virtuoso, Disc. V, nº 25. Qué sintió de él Dupin, ibi, nº 26. Fábulas que cuenta por verdaderas, ibi. y sig.

Demonio. Algunas veces hablaba en los Ídolos, Disc. IV, nº 18. No le permite Dios ejercite su poder, Disc. V, nº 1. Quiere que los hombres sean infelices en esta vida, nº 8. No aconseja cosas buenas, nº 27. Detiénele Dios, nº 54.

Demóstenes. Qué sintió del Oráculo de Delfos, Disc. IV, nº 15.

Descartes. Su ingenio, Disc. I, nº 12. Su primer sistema es contra la Fe, nº 36. De su doctrina se sigue [421] que el mundo es infinito, ibi, nº 38. Y que antes que Dios criase al mundo había materia existente, Disc. I, nº 39. Y que Cristo está extenso en la Hostia, ibi, nº 40. Limita la omnipotencia, nº 41. Se opone a la Sagrada Escritura, ibi, nº 44. Es doctrina peligrosa, nº 45. y 46.

Desvergüenza. Es medio ruin, pero eficaz para acreditarse de docto con el vulgo, Disc. VIII, nº 16. Y el porfiar sin término, nº 17.

Diamante. No se ablanda con la sangre del cabrito: resístese al fuego, al martillo no, Disc. II, nº 68.

Días críticos impugnados. Todo el Disc. X. No hay razón que los pruebe, Disc. X, nº 4. y 5. La experiencia no los favorece, nº 7. y 11.

Dioses de la Gentilidad. Eran delincuentes, Disc. VII, nº 8.
Dupin. Qué juicio hace del Padre Delrio, Disc. V, nº 25.

E

Eclipses. No causan influjo malo, Carta defensiva.
Elefantes. Tienen junturas en las piernas, y cómo se cogen, Disc. II, nº 54.
Elena. Males que causó, Disc. VII, nº 17.
Enarco. Célebre embustero, y lo que predijo a Plutarco, Disc. IV, nº 21.
Entendimiento. Es mejor que la memoria, Disc. VIII, nº 28.
Escritores. Hay pocos de la Historia Natural, Disc. II, nº 2. Cómo se han de conocer los mejores, Disc. II, nº 72. y sig. Cómo son algunos que escriben libros, Disc. VIII, nº 29. y sig.
Escrupulosos. Creen han cometido las culpas que más aborrecen, Disc. V, nº 60.
Esculapio. Su Oráculo, qué respuesta dió a Rutiliano, Disc. IV, nº 14.
Esfera del fuego. No la hay. Todo el Disc. XII. Pruébase con razón, nº 6. El subir la llama no la prueba, desde el nº 8. hasta el nº 13. La generación de los cometas tampoco, nº 17. [422]
Esmeralda. Sólo la hay en la India Oriental, Disc. II, nº 60.
Españoles. Son de distinto genio que los Franceses, Disc. IX, nº 9. Hoy viven con mucha amistad, nº 13.
Espejo ustorio. Causa mucho mayor que el fuego, Disc. IX, nº 3. Resuelve el oro, nº 4. Le resuelve en humos, ibi, nº 5.
Extranjeros. De ellos tomamos todo lo malo, Disc. VI, nº 28.
Etiópide (Hierba). No seca los ríos, Disc. V, nº 3.
Eurípides. Qué sintió de los Oráculos, Disc. IV, nº 15.
Eutiques. Tuvo más de ignorancia que de astucia, Disc. VIII, nº 2.

F

Fénix. No le hay, Disc. II, nº 10. Algunos Santos Padres creyeron le había, Disc. XII, nº 79.
Feijoo (Fr. Benito). Sus alabanzas. Carta defensiva. No es rígido

Escéptico, Respuesta, nº 28.
Fontanges. Son antiquísimos, Disc. VI, nº 2.
Fortuna. Humilde, y alta, Carta, nº 3.
Francia. Es el móvil de las modas, Disc. VI, nº 8. Toda es fantasía, nº 9. Ciega nuestro juicio, ibi, nº 10. Sus alabanzas, Disc. IX, nº 13. Sus habitadores son más ágiles que los Españoles. Disc. XV, nº 33.
Francisco Vieta. De rara aplicación, y sutileza, fue acusado de Mágico, Disc. V, nº 35.
Francisco I. Sus prendas, y oposición a Carlos V. Disc. 9, nº 7.
Frío. Debajo de tierra quién le causa, Disc. XIII, nº 15. 16 y 17.
Fuego. No se mantiene sin pábulo, Disc. XII, nº 6. Hay duda si es elemento, y si tiene lugar determinado, ibi, nº 15. Algunos Autores se los señalan. nº 16. Los fatuos de que se componen, Disc. XIII, nº 14. No es caliente en sumo grado, Disc. XIV, nº 2. 3. 4. y 5. No resuelve el oro, Disc. XIV, nº 4. Algunos le señalan como elemento en el centro de la Tierra. Disc. XIV, nº 53. No es así, nº 54.
Furle Cresino (Labrador). [423] Fue acusado de Arte Mágica, Disc. V, nº 31.
Futuro. No cabe en la naturaleza su conocimiento, y sólo toca a Dios, Disc. IV, nº 1.

G

Gabriel. Vide Naudeo.
Galconda (Reino). Su ídolo no respondía, sino los Sacerdotes, Disc. IV, nº 8.
Galeno. En Roma fue sospechoso de Magia, Disc. V, nº 31.
Gaspar Scioppio. Su elogio, Disc. XV, nº 6.
Gasendo. Su ingenio, Disc. I, nº 10.
Georgio Sabélico. Se alababa de Nigromántico, y era un famoso embustero, Disc, V, nº 46.
Gerónimo Cardano. Se preció de tener espíritus asistentes, Disc. V, nº 48. Manchó a su padre con la misma nota, ibi.
Gervasio. Adelantó las fábulas de Merlín, Disc. V, nº 17.
Gitanos. Se jactan de que entienden la Quiromancia, Disc. III, nº

8. Su patria, y costumbres, ibi, nº 9. y sig. Viven casi sin religión, ibi, nº 10. y 12.
Gramático (Apión). Le llamaba Tiberio Campana del mundo, Disc. V, nº 49.
Grandier. Fue quemado vivo, y por qué, Disc. V, nº 53.
Graves. Varias sentencias por qué bajan, Disc. XIV, nº 30. 31. 32 y 34. Dúdase si muy separados de la tierra bajarían a ella, nº 35. y sig.
S. Gregorio VII (Sumo Pontífice). Fue acusado de Mágico, y Simoníaco, Disc. V, nº 51.
Gregorio XIII. (Papa). Mote que le ponen las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 40. El de Gregorio XIV. ibi. El de Gregorio XV. ibi, nº 41.
Grimaldo. (Duque de Benevento) No pudo causar la epidemia de bueyes que hubo en toda Europa, Disc. V, nº 57.
Guerras Filosóficas. Todo el Disc. I, nº 1.
Guiberto (Antipapa). Contrario de Silvestro II. Disc. V, nº 33. [424]

H

Hechicerías. En este punto hay muchas fábulas, Disc. V, nº 2. Causas por qué el vulgo las cree, nº 24. y sig.
Hechiceros. No hay tantos como se cree, Disc. V, nº 1. Son muy pobres, nº 8. Impúgnase su multitud, nº 5. y sig.
Heli (Sacerdote). Faltó al ser de Padre, y de Juez, Disc. VII, nº 11.
Henrico Cornelio Agripa, Archimago. Capaz de cuanto puede alcanzar el ingenio humano, Disc. V, nº 18. Sus ciencias, y vicios, nº 19. Fue mal visto por su soberbia, y maledicencia, nº 20. No traía al demonio en figura de perro, nº 21. y 23. Los hombres más doctos le estimaron, ibi, nº 22. Afirmaba podía comunicar las noticias a los ausentes, nº 47.
Hermolao Bárbaro. No evocó del otro mundo la alma de Aristóteles, Disc. V, nº 49.
Herodes Ascalonita. Mató los Santos Inocentes, su mujer, e hijos, Disc. VII, nº 13.

Hipócrates. Cómo le defienden los Médicos, Disc. X, nº 2. Fue hombre, y pudo errar, ibi, nº 3. Domina en la voluntad de los Médicos, nº 9.
Hiena. Su sombra no enmudece los perros, Disc. II, nº 44.
Hipérides (Orador). Con qué astucia libertó a Frine de la muerte, Disc. VI, nº 18.
Historia natural. Todo el Disc. II. Está llena de fábulas, nº 1. y 3.
Historia. Comenzó con la monarquía de los Medos, Disc. VII, nº 21.
Hombre. Rara ceguera suya querer averiguar lo futuro, Disc. III, nº 1. Donde hay hombres, hay embusteros, Disc. IV, nº 28. Hay muchos que usan de medios supersticiosos, Disc. V, nº 54. Son dignos de severo castigo, ibi. Algunos por falta de juicio dicen que son Magos, ibi, nº 55. De estos fueron los Tempestarios, ibi, nº 50. Cuán reprensible es que se afeiten, Disc. VI, nº 28. Su fábrica es admirable, pero infeliz, nº 3. [425] Dentro de sí tiene los riesgos, nº 4. Su alma está puesta en el fuego, ibi, nº 5. Todo el hombre es heno seco, ibi, nº 6. El que mira una hermosura, saca una imagen impresa en el corazón, Disc. VI, nº 10. Son de vidrio, nº 15. Los que se pintan valientes son los más flacos, ibi, nº 16. Beben veneno, y dicen beben agua, ibi. El penitente huye del riesgo, nº 17. El más severo se deja vencer de la vista, ibi. 18. Como el mundo se deterioró en lo físico, el hombre en lo moral, Disc. VII, nº 1. Como se multiplicaron, se multiplicaron los vicios, nº 3. La seriedad contribuye para su estimación, Disc. VII, nº 9. Los melancólicos no son ingeniosos, ibi, nº 10. Ha de hablar lo que sabe, y callar lo que ignora, nº 12. La obscuridad en el hablar oculta la ignorancia, ibi, nº 13. Con el gesto misterioso engañan, nº 14. Despreciar a otros es bueno para acreditarse con la plebe, ibi, nº 15. Los ignorantes llevan la conversación a lo que saben, nº 18. Hay sabios por error ajeno, nº 19. No es sabio el que estudió mucho, nº 25. 26. y 27. Se juzgan muy distintos en lo racional los de distintas Naciones, Disc. XV, nº 4. En lo substancial es falso, nº 5. y sig. No han caído de sus fuerzas, Carta

defensiva.
Huesos. Los del León tienen médula como los otros, Disc. II, nº 62.
Hueste. No es procesión de brujas, Disc. V, nº 66.
Hugonotes. Tuvieron escuela de profecías, Disc. VI, nº 27.

I y Y

Idólatra. El serlo no arguye falta de talento, Disc. XV, nº 26. En los Ídolos no adoraban los troncos, nº 27. Ni los animales, nº 28.
India Oriental. Sus naturales son capaces de saber, Disc. XV, nº 12.
Inglaterra. Hombres grandes que ha tenido, Disc. XV, nº 34. 35. y 36. Sus Filósofos son veraces, ibi, nº 37.
Inocencio XI (Pontífice). Mote [426] que le ponen las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 41. El de Inocencio X. ibi. El de Inocencio XI. ibi. El de Inocencio XII. ibi, nº 41. El de Inocencio XIII. ibi.
Isaac Aarón. Hombre alevoso, cómo fue castigado, Disc. V, nº 7.
Isis. Su Templo lo arruinó Tiberio, Disc. V, nº 16.
Israel (Pueblo). Se hallan en él entre ilustres ejemplos horribles escándalos, Disc. VII, nº 9. A los beneficios de Dios correspondió con ingratitud, nº 10. Abundaba de hombres perversos, nº 11. Fue muy propenso a la idolatría, ibi, nº 12.
Yepes (Fr. Antonio). Defiende a Silvestre II. Disc. V, nº 33.

J

Jesús (Hijo de Anani). Predijo la ruina de Jerusalén, Disc. IV, nº 23. De parte de quién fue la predicción, nº 24.
Jecid (Califa). Dos Judíos le ofrecieron cuarenta años de vida, y murió muy en breve, Disc. IV, nº 22.
Jorge de Fox. Dió principio a la secta de los Inspirados, Disc. IV, nº 27.
Juan Comenio. Recogió las profecías de tres falsos Profetas, las que tuvo por fabulosas Juan Fenel, Disc. IV, nº 26.

Juan Fausto. Fue tenido por Mago, Disc. V, nº 34.
Juan. Vide Tritemio.
Juana (del Arco). Vide Arco.
Judá. Cuántos Reyes tuvo, y quién la destruyó, Disc. VII, nº 12. Gobernáronla Pontífices, ibi, nº 13. Su obrar fue peor que el de ahora, nº 14. Cuál sería el del Idólatra, ibi, nº 15.
Jueces (Los de Areópago). Se dejaron vencer de la hermosura, Disc. VI, nº 18. Fue el Tribunal más justo, y grave, nº 16.
Julio César Scalígero. Se preció de Mago, Disc. V, nº 48.
Julio III. (Papa). Mote que le ponen las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 40.
Juliano (Apóstata). Es falsa la profecía de su muerte, Disc. IV, nº 29.
Jurieu. Fue fomentador de los Inspirados, Disc. IV, nº 27.

L

Ladrón. No es tenido por tal el que roba mucho, Disc. VII, nº 27.
Lámina. La del Padre Sagüens representa las dos Filosofías, Disc. I, nº 17.
Lapones. Hacen comercio de las hechicerías, Disc. V, nº 5.
Lascivia. Cuán desenfrenada estuvo en los tiempos antuguos, Disc. VII, nº 36. Su duración comprende todos los siglos, nº 37.
Lázaro Riberio. Sus observaciones son baldón de la Medicina, Carta defensiva.
Lenguas. En la energía todas son iguales, Carta defensiva. Cada Nación juzga que la suya es la mejor, ibi.
León. Se rinde a la industria del hombre, Disc. II, nº 15. No huye del gallo, ni del fuego, nº 42. Haylos muy tímidos, Disc. XV, nº 1.
León Isaurico. Predicción que le hicieron dos Judíos, Disc. IV, nº 22.
León XI. (Papa). Mote que le ponen las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 41.
Letras. La aplicación a ellas no daña la salud, Carta defensiva, nº 4.

Libros. Los que juntó Octaviano Augusto, Disc. IV, nº 2. Los que tratan de hechicerías están llenos de fábulas, Disc. V, nº 2.
Lince. No le hay, Disc. II, nº 53.
Llama del fuego. Es violento en ella subir arriba, Disc. XIV, nº 28.
Lobo. Con la vista no causa ronquera al hombre, Disc. II, nº 44.
Lucas Tozzi. Su elogio, Disc. X, nº 30.
Luciano. Hizo burla de los Filósofos, Disc. I, nº 1.
Lucio Floro. Cómo alaba los Romanos, Disc. VII, nº 33.
Ludovico Romano. No es digno de fe, Disc. II, nº 17.
Luis I. No se halla en las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 49.
Luna. Cuántos días le dan los Médicos, Disc. X, nº 16. Cómo la partió Galeno, nº 22. No se habita, Disc. XII, nº 1. [428]
Lutero. Fue de bastante capacidad. Disc. VIII, nº 8.

M

Macedonia. Produce serpientes muy mansas, Disc. XV, nº 1.
Madagascar (Isla). Sus habitadores adoran al grillo; y cómo, Disc. XV, nº 29.
Magia (Uso de ella). Todo el Disc. V.
Magos. Célebre certamen de dos Magos, Disc. V, nº 28. Otro de dos tropas de Magos, ibi, nº 29.
Maignan. Su agudeza, Disc. I, nº 12.
San Malaquías. Fue Profeta. Disc. IV, nº 36. Las Profecías que andan en su nombre no son suyas, ibi. Quién las publicó, nº 37.
Manía. La puede causar una pasión vehemente, Disc. V, nº 58. Y el horror del delito, y severidad del castigo, nº 59.
Mapa intelectual. Todo el Disc. XV.
Marcelo II (Pontífice). Mote que le ponen las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 40.
Marco (Paulo Veneto). En sus relaciones cuenta patrañas, Disc. V, nº 26.
Margarita. No se cría del rocío, Disc. II, nº 69.
María de Borgoña. Causó la oposición entre Austria, y Francia, Disc. IX, nº 6.
Mario, y Sila. Inundaron en sangre a Roma, Disc. VII, nº 34.

Martín Cromero. Rara historia que cuenta de unos Magos, {estos Magos, serán lo mismo que los Mágicos} Disc. V, nº 10.
Martínez (Don Martín). Sus elogios, Respuesta, nº 1. y 3.
Matemáticos. Fueron tenidos por Magos, Disc. V, nº 32 y siguientes.
Maximila (Hereje). Fue tan astuta, que los Católicos la creyeron verdadera Profetisa, Disc. IV, nº 26.
Maximiliano de Austria. Porqué se resintió de Carlos VIII. de Francia, Disc. XI, nº 6.
Medea. Sus encantos son fabulosos, Disc. V, nº 11.
Medicina. Carta defensiva. El Espíritu Santo la alaba. Quiénes la ejercieron. Es la facultad más dificultosa. Su mayor dificultad la hace más despreciable. Necesitan de ella las demás Ciencias. No hay tanta como se piensa. Es útil. [429] Sigue lo más probable. Con ella se curan muchas enfermedades, Carta defensiva. Cómo debe usar de purgas, y de Sangrías. Conviene se sepa su incertidumbre, Respuesta, nº 5. y 7. Hay mucha diferencia entre ella, y las demás facultades, nº 14. 15. y sig. En ella casi todo se ignora, ibi, nº 29. 30. y sig. La Sagrada Escritura no la patrocina, nº 46. Habla de la Medicina espiritual, nº 47. La de tiempo de Salomón era muy distinta, nº 51. Aunque se niegue la Medicina de ahora no es contra la Sagrada Escritura, ibi, nº 52. 53. y 54. La antigua era mejor, ibi, nº 55. y 56. Sólo usaba de ungüentos, ibi, nº 57. Perdió mucho con la agudeza, nº 58. 59. Pide mucho ingenio, nº 61. Vide Tractatum Latunum per totum.
Médicos. Quieren se observen sueños, Disc. III, nº 26. Cuando ignoran la enfermedad dicen es brujería, Disc. V, nº 50. Muchos son sabios por error ajeno, Disc. VIII, nº 19. y sig. Son tenaces en defender a Hipócrates, y los días críticos, Disc. X, nº 2. y 3. No ven sino lo que dice Hipócrates, Disc. X, nº 9. Los de la China son los mejores del mundo. Disc. X, nº 15. y 16. Cómo se portan con ellos, nº 17. El Médico bueno es muy recomendable, Carta. Por qué fueron desterrados de Roma, ibi. Cómo ha de ser el bueno, Carta defensiva. El menos confiado es el mejor, Respuesta, nº 6.

Ocultan su ignorancia, nº 8. Son muy satisfechos de que saben, ibi, nº 9. Su facultad es nobilísima, nº 10. Cómo la defienden, nº 12. No saben gobernar los sanos, nº 13. Cómo son, y cómo deben ser, nº 22. y sig. El Escepticismo es útil en el Médico, nº 41. Los adictos a una Escuela siempre estudian poco, nº 44. No los buscaban para Príncipes, nº 48. Las historias que para esto se alegan son inciertas, ibi, nº 49. Algunos trabajan hoy como conviene, ibi. número 60. Pueden ser útiles con lo que se halla en los libros, num. 61. Vide [430] Tractatum Latinum.

Memoria. No es igual en bondad al entendimiento, Disc. VIII, nº 28.

Mentira. Nunca es lícita, Disc. IV, nº 33.

Merlín (Ambrosio). Prodigios que de él se cuentan, Disc. V, nº 14. Su generación es fabulosa, ibi, nº 15. Sus predicciones son falsas, nº 17.

Miguel Nostradamo. Sus profecías son muy ambiguas, Disc. IV, nº 34.

Miguel Escoto. Fue tenido por Mago, Disc. V, nº 32.

Modas. Todo el Disc. VI. Siempre el mundo fue inclinado a nuevas modas, ibi, nº 1. La moda no agrada por mejor, sino por nueva, ibi, nº 2. El sueño de Platón en cuanto a las modas es verdadero, Disc. VI, nº 3. Ahora la moda manda en el gusto, ibi, nº 4. Pone nuevas leyes para sacar nuevos tributos, ibi, nº 5. En pocos años se ponen modas de muchos siglos, nº 6. Chiste conque un loco motejó las modas, ibi, nº 7. Al principio no agradan, nº 12. Todas parecen mal, ibi, nº 13. Los polvos en el pelo los inventó alguna vieja, nº 14. Tirar el pelo hace calvas las mujeres, ibi, nº 15. Ya todas las operaciones son de la moda, nº 17. Fue moda en las mujeres estudiar Matemáticas, ibi, nº 18. Cuento chistoso, nº 20. Fue hermosura ser cejijuntas, ibi, nº 21. Hasta la devoción es de la moda, Disc. VI, nº 22. En la virtud no debe entrar la moda, nº 23. La moda se ha de regular por la utilidad, ibi, nº 26.

Modas en cuanto a lo moral, Disc. VI. Declamación, desde el nº 1. hasta el 22.

Monarquías. Las fundó la violencia, Disc. VII, nº 18. A quién se atribuye la de los Asirios, ibi, nº 19. La de los Persas era la de los Medos, nº 20. En ella comienza la historia, ibi, nº 21. Sus varios progresos, ibi, nº 22. La de Siria la comenzó Seleuco Nicanor, nº 23. La de Grecia, y sus engaños, ibi, nº 24. La de los Romanos, y sus perfidias, Disc. VI, nº 25. y sig.

Montaña de Fraemont. Su [431] lago no causa nublados al golpe de una piedra, Disc. II, nº 66.

Montano (Hereje). Profeta falso, Disc. IV, nº 26.

Moreri. Su Diccionario explica con impropiedad las profecías de Malachías, Disc. IV, nº 41.

Mosalamo (Judío). Menospreció los agüeros, Disc. V, nº 40.

Mujer. Parece mal con las nuevas modas, Disc. VI, nº 12. Se hacen canas, y calvas, y parcen viejas, nº 14. y 15. Se martirizan, y a nadie obsequian, ibi, nº 16. Extravagancia de una, nº 19. Fue perfección suya ser cejijuntas, nº 21. Predicar a la mala es perder tiempo, Disc. VI. Declamación, nº 1. Daños espirituales que causan con vestirse a la moda, ibi. hasta el nº 22. Las hermosas deben ser más honestas, nº 7. Deben procurar ser respetadas, nº 8. y 9. Dan al demonio el tiempo que gastan en componerse, nº 12. Perjuicios que causa el descubrir los pechos, nº 14. y sig. La muerte padece dos muertes, nº 20. La que sirve a Dios no padece, nº 21. Dios mira el corazón, y no la cara, ibi, nº 22. Para las Ciencias no son desiguales a los hombres. Respuesta.

Mundo. Para cuándo profetizaron su fin, Disc. IV, nº 32. Sino Israel, todo era Idolatría, Disc. VII, nº 8. Con la venida de Cristo se mejoró, Disc. VII, nº 38. Duró poco su mejoría, ibi, nº 39. Cuán pocos había buenos en el cuarto siglo, nº 40. y 41. Y en el sexto, ibi, nº 42. Cómo puso Descartes su fábrica, no compatible con su duración, Carta. Todo el §. VIII.

N

Naciones. Todas son capaces de saber. Todo el Disc. XV. No se puede determinar cuál es más, ibi, nº 31. La agudeza no proviene del clima, nº 32. El clima húmedo no es opuesto a la agudeza, ibi, nº 33. La Inglesa es más aguda. nº 34. 35. 36. y 37. Propiedades de algunas Naciones, ibi.
Natal. Alejandro llama a Tritemio Varón piadosísimo, [432] Disc, V, nº 42.
Navarro (Fr. Manuel). Defiende a Tritemio, Disc. V, nº 39.
Naudeo (Gabriel). Defiende a Silvestre II. Disc. II, nº 33.
Nectenabo. Dicen fue padre de Alejandro, Disc. V, nº 15.
Nemrod. Emprendió la fábrica de la Torre de Babel, Disc. VII, nº 5. Fue tirano, y causó la idolatría, nº 5. Estableció su Monarquía sin algún derecho, nº 19.
Nerón. Se aplicó a la Magia, y la dejó por fabulosa, Disc. V, nº 5.
Nicolás Dravisio. Qué contenían sus falsas profecías, Disc. IV, nº 26.
Ninias. Mató a su madre, Disc. VII, nº 19.
Nino. Hay duda si fue hijo de Nemrod, Disc. VII, nº 5. Fue Idólatra, ibi, nº 6. Rompió los límites de la Justicia, nº 9.
Noé, y sus hijos. Asistieron a la fábrica de la Torre de Babel, Disc. VII, nº 4.
Nostradamo (Miguel). Sus predicciones son creídas de algunos Franceses, Disc. IV, nº 34. Comentólas un Eclesiástico, ibi, nº 35. Son falsas, ibi. Vide Miguel.
Numa (Pompilio). Pasó por Santo, siendo un solemne embustero, Disc. VII, nº 28.
Numancia. Su guerra fue la más inicua que hicieron los Romanos, Disc. VII, nº 32.

O

Ocelo. Inventó la esfera del fuego, Disc. XII, nº 1.
Ojancos. No los hay, Disc. II, nº 6.
Olanda. Abunda de inspirados, Disc. IV, nº 27. {en el texto la puse con H}
Olandeses. Son de mucha habilidad, Disc. XV, nº 7.
Olao Magno. Es Autor fabuloso, Disc. V, nº 9.

Oliverio de Malmesbury. Alcanzó el arte de volar, Disc. XV, nº 15.
Olimpias. Fingió que Alejandro era hijo de Júpiter, Disc. V, nº 35.
Oniromancia. Qué Autores la defienden. Disc. III, nº 24. La Sagrada Escritura la condena, ibi, nº 25.
Onomomancia. Qué es, Disc. III, nº 34.
Oposición. La de Turcos, y [433] Persas es la mayor, Disc. IX, nº 10. Cuán mal se tratan, ibi, nº 11. Anatema que los Turcos echaron a los Persas, nº 12.
Oráculos. Cómo daban las respuestas, Disc. IV, nº 7. y 8. El de Delfos, nº 9. Para que dijesen verdad no era preciso la dictase el demonio, nº 13.
Oro. Ocupa lugar, Disc. II, nº 67. No lo produce el Solo, Disc. XIV, nº 51. Prodúcele el fuego, ibi, nº 52. 55. y sig.
Oviedo. La torre de su Iglesia mayor cuándo se quemó, Disc. IV, nº 32.

P

Palma. Cede al peso Disc. II, nº 64. En cuántas partes divide la Quiromancia la palma de la mano, Disc. III, nº 13.
Papebroquio. Qué juicio formó de las Profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 41.
Paracelso. Se tenía por Mago, Disc. V, nº 46.
Paradojas físicas. Todo el Disc. XIV. Paradojas, qué significa, ibi, nº 1. El fuego elemental no es caliente en sumo grado, ibi, nº 2. y sig. Antes es frío que caliente el aire, nº 6. y sig. La agua antes pide ser sólida, que fluida, nº 9. y sig. O todas las cualidades son ocultas, o ninguna, nº 12. y sig. La virtud unida no es más fuerte, nº 15. El sol por sí calienta con desigualdad, nº 20. La extensión hacia arriba es violenta a la llama, nº 27. Es dudoso si los graves muy apartados de la tierra volverían a caer en ella, nº 30. En la composición de todos los vegetales entra alguna poción metálica, nº 39. Sin razón se atribuye al Sol la producción del oro, nº 50. Posible es naturalmente restituir la vista a

un ciego, nº 58.
Paulina. Cómo fue engañada, Disc. V, nº 16.
Paulo III. (Pontífice). Mote que le ponen las Profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 40. 48. y 49. El de Paulo IV. ibi. El de Paulo V. Disc. IV, nº 41.
Paulo Veneto. No es digno de fe. Disc. II, nº 16.
Pedro Alexowit. Introdujo las Ciencias de Moscovia, [434] Disc. XV, nº 8.
Pedro del Ramo. Propuso defender lo contrario de cuanto afirmó Aristóteles, Disc. I, nº 7.
Persas. Son muy aplicados a las Ciencias, y Policía, Disc. XV, nº 11.
Phelipe II. Su oposición a los Franceses, Disc. IX, nº 8.
Philosofía. Puede ser contra Fe, Disc. I, nº 20. Cuán malos fueron sus inventores, nº 23. y 24. La corpuscular se opone a gracia, y libertad, nº 48. La Aristotélica es necesaria para la Teología, nº 50. 51. y 52.
Philósofos. Cuán mal se tratan, Disc. I, nº 1. y sig. y nº 11. Hacen su causa materia de Religión, nº 20. 21. y 22. Cómo lo prueban, nº 28. y sig. No han de perder de vista la Fe, nº 53. No han de ser parciales, ibi, nº 54. Ni tenaces en su opinión, ibi, nº 55.
Phocio. Extraño ardid conque volvió a la gracia del Emperador Basilio, Disc. IV, nº 51.
Phrine. Cómo se libró de la muerte, Disc. VI, nº 18.
Piedra de la serpiente. Es cuerno de ciervo, Disc. II, nº 52.
Pio IV. (Papa). Mote que le ponen las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 40. El de San Pio V. ibi.
Pigmeos, y otros monstruos. No los hay, Disc. II, nº 6.
Piraustas, o Pirogonos. No los hay, Disc. II, nº 38.
Plata. No la produce el Sol, Disc. XIV, nº 51. El fuego sí, ibi. 52. y sig.
Platón. Afirmó que lo pasado volvería a ser, Disc. VI, nº 3.
Plinio. Fue veraz, Disc. II, nº 3. y 5. Se ríe de los hechiceros, Disc. V, nº 3.
Profetas. En la Gentilidad hubo muchos, Disc. IV, nº 19. Sus predicciones son falsas, ibi, nº 25. Lo mismo las de los

Herejes, ibi, nº 26.

Q

Quakers (o tembladores). Hay muchos en Inglaterra, Disc. IV, nº 27.
Qualidades. O todas son ocultas, o ninguna, Disc. XIV, nº 12. y sig.
Quevedo. (Don Francisco). Sin conocimiento dijo [435] mal de Tritemio, Disc. V, nº 42.

R

Rabano (Mauro). Su elogio, Disc. XV, nº 6.
Rémora, o Echenis. No la hay, Disc. II, nº 31. No detuvo la Capitana de M. Antonio, ibi, nº 32. Ni las Naves de Periandro, y de Calígula, nº 33.
Renuncia. La de Felipe V. ni su vuelta al Reino no se hallan en las Profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 49.
Respuesta al Doctor Martínez, 319. y sig.
Rea (Silvia). Fue deshonesta. Disc. V, nº 15.
Ricardo Arsdekin. Cuenta muchas fábulas, Disc. II, nº 7. Qué juicio formó de las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 41.
Richelieu. Fue notado de vengativo, Disc. V, nº 53.
Rogerio Bacon. Fue reputado por Mago, Disc. V, nº 32. y Disc. XV, nº 35.
Romanos. Fueron dominados de muchos vicios, Disc. VII, nº 26. Su principio fue lleno de enormes delitos, nº 28. Sus Reyes fueron muy malos, Disc. VII. ibi. Sus Cónsules vendían la justicia, ibi, nº 29 y sig.
Rómulo, y Remo. De quién fueron hijos, Disc. V, nº 15. Rómulo mató a Remo, y ambos murieron muerte violenta, Disc. VII, nº 28.
Rosa de Jericó. Qué es, Disc. II, nº 93.
Ruc. Ave fabulosa, Disc. II, nº 16.
Rueda. (que llaman de Beda) Cómo se entendía, Disc. III, nº 32. No es de Beda, nº 33. Es ridícula, y falsa, nº 34.

S

Sabiduría aparente. Todo el Disc. VIII. La del mundo es guerra, Disc. I, nº 48.
Sabios del mundo. Su definición, Disc. I, nº 20. A los fingidos los tiene el vulgo por verdaderos, Disc. VIII, nº 3. 4. y 5. Por qué no tienen estimación los verdaderos, ibi, nº 6. y 7.
Sacerdotes de los Ídolos. Cómo fingían las respuestas, Disc. IV, nº 7. y sig. Los de Isis cómo engañaron a [436] Paulina, Disc. V, nº 16.
Sagüens. Cantó la victoria contra Aristóteles antes de conseguir el triunfo, Disc. I, nº 17. Es Autor del Libro: Accidentia profligata, nº 19. y 35.
Salamandra. Muere en el fuego, Disc. II, nº 35. No lo apaga, ibi, nº 35. Su cadáver se hace cenizas, nº 37.
Salomé (Reina de Judea). Su gobierno, Disc. VII, nº 13.
Salomón. A los beneficios correspondió con torpezas, Disc. VII, nº 11.
Samuel. Su gobierno feliz, sus hijos malos, Disc. VII, nº 11.
Sangre menstrua. No causa los malos efectos que dicen, Disc. II, nº 48.
Saúl (Rey de Israel). Comenzó bien, y acabó mal, Disc. VII, nº 11.
Saxo (Gramático). Es Autor fabuloso, Disc. V, nº 9.
Scepticismo. Qué es, Respuesta, nº 28.
Scitia. Sus naturales no eran incapaces de saber, Disc. XV, nº 8.
Semíramis. Fue usurpadora, y tuvo muchos vicios, Disc. VII, nº 19.
Séneca. Su sentir del mundo, y de sus vicios, Disc. VII, nº 44. y 45.
Séneca (Pelagiano). Siendo rudo, pasó por docto, Disc. VIII, nº 2.
Sentidos. Se debe estar a lo que ellos experimentan, no siendo contra la Fe, Disc. XII, nº 6.
Serpientes. Haylas en Macedonia que no muerden, Disc. IV, nº 14.
Sibilas. Cuántas fueron, y de qué Nación, Disc. IV, nº 3. Cómo se buscaron sus Obras, ibi, nº 4. Qué verdad tengan sus profecías, nº 5. Qué juicio hicieron de ellas los Santos

Padres, ibi, nº 6.
Siglos. En los primeros dicen reinó la virtud, Disc. VII, nº 1. Estos no se encuentran en las Historias, nº 2.
Silvestre II. (Pontífice). Fue tenido por Mago, Disc. V, nº 33.
Simón. Mago. No hizo los prodigios que cuenta Delrio, Disc. V, nº 26.
Sixto V. (Papa). Mote que le ponen las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 40.
Sol. Causas que hay para que alumbre más, o menos, [437] Disc. XIV, nº 20. En sí mismo la tiene, ibi, nº 21. Tiene manchas, ibi. De qué proceden, ibi, nº 23. Calienta más en Invierno, que en Verano, nº 24. Dase la razón, ibi, nº 25. y 26. No produce el oro, nº 51.
Sueños de Darío, y César explicados, Disc. III, nº 27.

T

Tannero. Vide Adamo.
Tarquino (Prisco). Murió a manos de sus hijos, Disc. VII, nº 28.
Tarquino (el Soberbio). Fue muy cruel, Disc. VII, nº 28.
Tempestarios. Por qué los llamaban así, Disc. V, nº 56.
Testigos. Si son parciales no prueban, Disc. X, nº 8.
Teodoro Maillocio. Es fábula lo de sus amores, Disc. V, nº 27.
Tomás Campanela. Opuesto a Aristóteles, Disc. I, nº 8. Desprecio conque le trata Duval, ibi, nº 9. No siguió a los Maniqueos, nº 10.
Tomás Moro. Fue muy docto, y muy Católico, Disc. XV, nº 36.
Tiempo. Todo lo destruye, Disc. VI, nº 1.
Tierra. Tiene la virtud magnética, Disc. XIV, nº 46. y sig. Su diversa temperie causa diversidad en los vivientes, Disc. XV, nº 1. y 2.
Tigre. No tiene antipatía con toda música, Disc. II, nº 43.
Tiraneo. Vide Apolonio.
Torpedo (o Trimielga). No entorpece el brazo, Disc. II, nº 50.
Torre de Babel. Quién la edificó, Disc. VII, nº 4.
Tritemio (Juan). Hombres doctos le juzgaron Mago, Disc. V, nº 38. Su libro de la Steganografia no es contra la Fe, ibi, nº

39. Es agudísimo, nº 40. Qué significa, nº 41. Por qué se le defiende, nº 42. Por qué le condenó la Inquisición, nº 53. No es de Tritemio el libro Imágenes Mágicas, ibi, nº 44.
Triumvirato. Su infame instituto, Disc. V, nº 34.
Tulia. Atropelló con su carroza el cadáver de su padre, Disc. VII, nº 28. [438]
Tulo Hostilio. Hombre feroz, destruyó a Alba, Disc. VII, nº 28.
Turcos. Son políticos, y tienen singulares habilidades, Disc. XV, nº 10.

V

Vacío. Razones que prueban que no le hay, Disc XI, nº 2. 3. y 4.
Vegetales. Todos constan de parte metálica. Paradoja X, nº 39. y sig.
Veneno. No lo es, si pasa a ser alimento, Disc. II, nº 17. El que mata mordiendo, no mata si se le come, Disc. II, nº 49.
Vicio. Desde su principio fue gigante, Disc. VII, nº 2. En la antigüedad era despótico, ibi, nº 3. Castigóle Dios con el diluvio, ibi, nº 4. En breve crece a una estatura disforme, nº 7. Vaguea por las Naciones, nº 43.
Vigilancio. Adquirió opinión de sabio, siendo ignorante, Disc. VIII, nº 2.
Virtud. Debe ser constante, Disc. VI, nº 23. Puede admitir variación en cuanto al modo, ibi, nº 24. Unida no es más fuerte, Disc. XIV, nº 15. Pruébase con razón, ibi, nº 16. Con la experiencia, Disc. XIV, nº 17. Es mejor que el vicio, Carta, §. II.
Víbora. No muere cuando pare, Disc. II, nº 12. y 13. De figura de caballo no le hay, ibi, nº 14 y sig. No se rinde a una doncella, ibi, nº 15.
Volcanes. Quien los causa, Disc. XIII, nº 14.
Voz del Pueblo no es voz de Dios, Carta, §. I.
Urbano VII. (Para). Mote que le ponen las profecías de Malaquías, Disc. IV, nº 40. El de Urbano VIII. ibi. 41.
Uso de la Magia. Todo el Disc. V.
Wion. Vide Arnoldo.

Vulgo. Juzga hechiceros a los de especial habilidad. Disc. V, nº 37. Y a las viejas de mala cara, nº 50. Tiene por Médico docto al que receta mucho, Respuesta, nº 42. y 43.
Wortigerno (Rey de Inglaterra). Quiso hacer un castillo inexpugnable, y qué le sucedió, Disc. VI, nº 1. [439]

X

Xenofanes. Dijo que la Luna se habitaba, Disc. XII, nº 1.
Xerxes (hijo de Darío). Fue derrotado, y muerto, Disc. VII, nº 22.
Xerxes II. Fue asesinado por su hermano, Disc. VII, nº 22.

Z

Zahoríes. No los hay, Disc. II, nº 53.
Zeballos (Fr. Manuel). Caso que le sucedió con un Médico, Disc. X, nº 9.
Zoroastro. Inventor de la Magia, hay duda de su vida, Disc. V, nº 4.
Zoroastro hermano de Nino. Fue Idólatra, Disc. VII, nº 6.
Zorra. La de Esopo. Porque ella no tenía cola, quería que ninguna la tuviese. Disc. VI, nº 14.

F I N.

BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO (Casdemiro, Orense, 8 de octubre de 1676 - Oviedo, 26 de septiembre de 1764) fue un ensayista y polígrafo español.

Nació en el seno de una familia hidalga del muy antiguo linaje de Feijoo, en el pazo de Casdemiro, parroquia de Santa María de Melias. Sus padres fueron D. Antonio Feijoo Montenegro y Sanjurjo y Da. María de Puga Sandoval Novoa y Feijoo. Cursó sus estudios primarios en el Real Colegio de San Esteban de Rivas de Sil. En 1690 ingresó en la Orden Benedictina, por lo cual debió renunciar a

los derechos que le correspondían al mayorazgo de su casa.

Estudió en Salamanca y ganó por oposición una cátedra de Teología en la Universidad de Oviedo, en donde residió desde 1709 hasta el fin de sus días, si bien se había ordenado sacerdote en el monasterio de San Juan de Samos (Lugo). Desde muy joven perteneció a la orden de San Benito de Nursia o benedictina y había dado clases en Galicia, en León y en Salamanca. Feijoo es considerado el primer ensayista de la literatura española y uno de los más famosos miembros (junto con Mayans) de la que es considerada la Primera Ilustración Española (desde 1737 hasta poco después de la muerte de Fernando VI), tras una primera etapa de pre-ilustración representada por los *novatores*: un grupo constituido fundamentalmente por médicos y cuyas obras se reimprimieron sin pausa a lo largo de todo el siglo XVIII.

Hasta 1725, Feijoo no comenzó a publicar sus obras, casi todas ellas colecciones de opúsculos polémicos que llamó discursos (de discurrir, esto es, disertar libremente), verdaderos ensayos si la libertad de su pensamiento hubiera sido absoluta. Su obra en este género está integrada, por una parte, por los ocho volúmenes (118 discursos), más uno adicional (suplemento) de su *Teatro crítico universal*, publicados entre 1727 y 1739 (el título teatro ha de entenderse con la acepción, hoy olvidada, de «panorama» o visión general de conjunto), y, por otra, por los cinco de las *Cartas eruditas y curiosas* (166 ensayos, más cortos), publicadas entre 1742 y 1760. A estas obras hay que agregar también un tomo extra de *Adiciones* que fue publicado en 1783 y su copiosa correspondencia privada, que continúa inédita hasta el día de hoy.

Feijoo fue un hombre versado en letras, pero que parece citar muchas veces de segunda mano. Por otro lado, algunos de sus discursos, como el del «Anfibio de Liérganes», son una muestra palpable de los límites de su pensamiento y su capacidad intelectual; en él admite como verosímil la existencia de un ser mitad hombre y mitad pez.

Los temas sobre los que versan estas disertaciones son muy diversos, pero todos se hallan presididos por el vigoroso afán patriótico de acabar con toda superstición y su empeño en divulgar toda suerte de novedades científicas para erradicar lo que él

llamaba «errores comunes», lo que hizo con toda dureza y determinación, como Christian Thomasius en Alemania, o Thomas Browne en Inglaterra. Se denominaba a sí mismo «ciudadano libre de la república de las letras», si bien sometía todos sus juicios a la ortodoxia católica, y poseía una incurable curiosidad, a la par que un estilo muy llano y atractivo, libre de los juegos de ingenio y las oscuridades postbarrocas, que abominaba, si bien se le deslizan frecuentemente los galicismos. Se mantenía al tanto de todas las novedades europeas en ciencias experimentales y humanas y las divulgaba en sus ensayos, pero rara vez se propuso teorizar reformas concretas en línea con su implícito progresismo. En cuestión de estética fue singularmente moderno (véase por ejemplo su artículo «El nosequé») y adelanta posturas que defenderá el Romanticismo, pero critica sin piedad las supersticiones que contradicen la razón, la experiencia empírica y la observación rigurosa y documentada.

Sus discursos suscitaron una auténtica tempestad de rechazos, protestas e impugnaciones, sobre todo entre los frailes tomistas y escolásticos. Las más importantes fueron las de Ignacio de Armesto Osorio, autor de un *Teatro anticrítico* (1735) en dos volúmenes, fray Francisco de Soto Marne, que publicó en su contra dos volúmenes de *Reflexiones crítico-apologéticas* en 1748; Salvador José Mañer, quien publicó un *Antiteatro crítico* (1729); Diego de Torres Villarroel y otros muchos. Le defendieron el doctor Martín Martínez y los padres Isla y Martín Sarmiento y el mismo rey Fernando VI, quien, por un real decreto de 1750, prohibió que se le atacara.

El padre Feijoo publicó asimismo otras obras menores: *Apología del escepticismo médico* (1725), *Satisfacción al Escrupuloso* (1727), *Respuesta al discurso fisiológico-médico* (1727), *Ilustración apologética* (1729), *Suplemento del Teatro Crítico* (1740) y *Justa repulsa de inicuas acusaciones*, como nota curiosa en el 4.º tomo de sus *Cartas Eruditas y Curiosas*, la #20 trata sobre el tratado de Augustin Calmet sobre vampiros.

Está enterrado en la iglesia de Santa María de la Corte.